ITALIA Y AMÉRICA

Aldo Albònico y Gianfausto Rosoli

COLECCIONES MAPFRE 1492

La relación de Italia con el Nuevo Mundo ha sido abundante a lo largo de cinco siglos y, si bien en los primeros tuvo un carácter elitista, éste se quebró en el XIX y el XX con el desarrollo masivo de la emigración. Es destacable que en el entorno de Cristóbal Colón había un buen número de italianos que, de maneras diferentes, participaron en la colonización de las Indias; de la América española primero y de territorios franceses y holandeses más tarde. Los distintos Estados concedieron gran importancia a este descubrimiento y fueron las imprentas italianas y la República de Venecia los que difundieron las noticias de América. En la primera parte, los autores centran su trabajo en los aspectos relacionados con la cultura, la política, las relaciones diplomáticas y las artes. La segunda está dedicada a la emigración en sus aspectos cuantitativos, sociales e institucionales. El lector tiene en sus manos una obra que le desvelará muchos aspectos desconocidos de la relación de Italia con las Américas.

Aldo Albònico (Milán, 1947). Catedrático de la Universidad de Mesina. Es autor de una docena de libros sobre España, Portugal y Latinoamérica, entre los cuales se encuentra *Il mondo americano di Giovanni Botero* (1990).
Gianfausto Rosoli (Rezzato, 1938). Director del Centro Studi Emigrazione de Roma y de la revista *Studi Emigrazione*. Junto con Fernando Devoto ha publicado *L'Italia nella società argentina* (1988).

Colección Europa y América

ITALIA Y AMÉRICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Traducción de la segunda parte: Margarita Hernando de Larramendi
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-618-9
Depósito legal: M.7434-1994
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19 - Madrid 28007
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

ALDO ALBÒNICO Y GIANFAUSTO ROSOLI

ITALIA Y AMÉRICA



EDITORIAL
MAPFRE

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE

LA EMIGRACIÓN ITALIANA DESDE 1861 HASTA NUESTROS DÍAS

(Gian Fausto Rosoli)

APÉNDICES

PRESENTACIÓN

Difícil tarea la de dar cuenta de la presencia de Italia en el Nuevo Mundo y describir la imagen de éste en la península italiana. A lo largo de cinco siglos los aspectos de semejante relación han sido tan numerosos y tan abundante la oleada de italianos que pasaron el Atlántico que resulta imposible hablar de manera exhaustiva, en un solo volumen, de tales problemas. Como una selección era necesaria, hemos decidido polarizar la atención sobre los aspectos relacionados con la cultura, la política, las relaciones diplomáticas, las artes y la emigración.

El tema migratorio ocupa por sí solo la mitad del volumen. No se juzgue desproporcionada la atención concedida al fenómeno. Éste es el eje alrededor del cual se desarrolla, en los siglos XIX y XX, gran parte del interés nacional para con América y el que, voluntariamente o a la fuerza, quiebra los moldes de élite que habían caracterizado hasta esa fecha el acercamiento italiano al Nuevo Mundo. Imprescindible, pues, la exposición de la emigración en todos sus aspectos cuantitativos, sociales e institucionales.

Los autores no ocultamos que tal vez otros tantos semblantes de los efectivamente aquí examinados podrían añadirse (los fenómenos económicos, las relaciones literarias, la presencia de viajeros americanos en Italia, etc.). Sin embargo, el enfoque de lo ocurrido en el hemisferio occidental nos parece haber resultado, al fin y al cabo, bastante amplio y pormenorizado. Así pues, abrigamos la esperanza de que el lector encuentre en las siguientes páginas un panorama estimulante y apto para señalar las múltiples facetas de los contactos entre Italia y América.

A. A.-G. R.

Advertencia: los capítulos de la parte primera han sido redactados por Aldo Albònico directamente en castellano (el autor agradece al amigo Jaime Martínez por haber leído el texto y quitado los italianismos más llamativos). A Gianfausto Rosoli se deben los capítulos de la parte segunda (de su traducción se ha encargado Margarita Hernando de Larramendi). Las microbiografías, la cronología y la bibliografía son obra conjunta.

PRIMERA PARTE

LA PRESENCIA ITALIANA EN EL NUEVO MUNDO Y LA IMAGEN DE AMÉRICA EN ITALIA

Aldo Albònico

I

DE 1492 A FINALES DEL SIGLO XVI

De todo lo dicho sobre Cristóbal Colón (Cristoforo Colombo, en italiano) en los siglos pasados y muy recientemente con ocasión del V Centenario del desembarco en Guanahaní, cabe señalar aquí muy poco, debido a razones de espacio. Merece la pena dar cuenta de los navegantes menos conocidos que Cristóbal Colón y de los muchos italianos que, de maneras diferentes, participaron en la colonización de las Indias occidentales, para luego detenernos a describir el importante papel que tuvo la imprenta italiana en la difusión del conocimiento del Nuevo Mundo. Gran parte de la presente parte del volumen hará también hincapié en el interés que las tierras recién descubiertas despertaron en los muchos estados en que la Italia de entonces se encontraba dividida (Cfr. Fig. 1), así como en la imagen que se dio de América, de sus naturales y de los españoles y de los demás europeos que estuvieron allá.

Cristóbal Colón y el entorno de los italianos que cruzaron el Atlántico

Si bien no parece oportuno demorarse aquí en desentrañar la enigmática figura de Cristóbal Colón (1451-1506), sus cuatro viajes a las Indias, y el mérito —o al revés, la responsabilidad— que tuvo al abrir a Europa otro continente, hay que recordar, sin embargo, por lo menos dos cosas del primer Almirante del Mar Océano. Antes que nada, que la crítica académica más reputada, tanto española como de otros países, ya reconoce que aquél fue originario de Italia,

y que con toda probabilidad nació en la región de Liguria. La segunda observación, de más monta, subraya aquellas características suyas que eran también las del numeroso grupo de italianos que en la segunda mitad del siglo XV estaban en la península ibérica —tanto en Lisboa como en Andalucía y en otras partes— como agentes de los mercaderes y banqueros, sobre todo, de Génova y de Florencia, aunque también de Milán, Venecia, etc. La cultura y los móviles de aquel ambiente marinero, comercial y financiero, mostraban luces y sombras: para redondear las ganancias, no se rehusaba recurrir a la piratería, el tráfico de esclavos era comúnmente acptado en la época, y el préstamo con usura se conjugaba con conocimientos náuticos y cosmográficos de vanguardia. En la disponibilidad de ingentes reservas financieras, en la capacidad de manejar los instrumentos comerciales, en el mayor conocimiento del mundo exterior, y quizás en el hecho de ser más avispados según los tópicos del Renacimiento de Maquiavelo se fundaba la superioridad comercial que los italianos tenían entonces en Castilla y Portugal (y también en Inglaterra, en Flandes o en el Levante mediterráneo). No sorprende que aquella clase de italianos —después de haber contribuido poderosamente en los dos siglos precedentes a la explotación de las islas atlánticas— se volcase también hacia el Nuevo Mundo. Sin embargo, su éxito fue limitado y tuvieron que contentarse, en la gran mayoría de los casos, con la fase explorativa.

A pesar de que es siempre peligroso intentar racionalizar demasiado, puede acaso afirmarse que los italianos de la época, que se habían criado en realidades urbanas y sociedades complejas, no tenían ni la mentalidad ni el empuje militar necesario para trasladar una civilización entera de un lado a otro del Atlántico. Esto se ve muy bien en la experiencia de Cristóbal Colón en la isla de La Española. Los modelos que el Almirante tenía eran los de las colonias comerciales de los genoveses en el Mar Negro y en las islas griegas, y los de las *feitorias* portuguesas en Guinea. Él intentó reproducir estos ejemplos, aplicándoles pocas variantes porque quería mantener a toda costa el duopolio de la empresa entre él y los Reyes, excluyendo de significativas ganancias a los demás. Su escasa capacidad de mando, excepto en la mar y en los navíos, hizo que el fracaso fuera completo: el relevo de Colón en el año 1500 por Francisco de Bobadilla no fue sino un acto necesario, a pesar de que la



Figura 1.—Antiguos estados italianos (1500).

situación caótica de La Española tardó en mejorar y la explotación de los naturales empeoró mucho bajo los sucesores del genovés. Para con los indios el Almirante no tuvo ningún cuidado: como la mayoría de los españoles, los vio sólo como un medio y una ocasión de enriquecerse. También el pretendido móvil de la conquista —su conversión al cristianismo— le interesó a Cristóbal Colón sólo de palabra: no queda rastro de que haya gastado fuerzas en procurar la evangelización. Por el contrario, sí tenemos la prueba de que puso trabas al único misionero, el jerónimo Ramón Pané, que intentó hacer algo.

Gran parte de los genoveses compatriotas del Almirante y de los demás italianos no se portaron de manera diferente. Fuera de la familia de Colón, muy pocos tuvieron ambiciones tan altas como las del primer Almirante y por ello fracasaron menos: después, hacia la mitad del siglo XVI, la decadencia financiera, política y cultural de la península itálica resolvió automáticamente el problema.

VESPUCIO, LOS CABOTO Y LOS VERAZZANO

A pesar de ser casi tan conocido como Cristóbal Colón, no se puede dejar de nombrar aquí rápidamente al florentino Américo Vespucio (Amerigo Vespucci, 1454-1512), porque, además de haber sido el que tuvo la suerte —a través del geógrafo alemán Martín Waldseemüller, en 1507— de dar su nombre al nuevo continente, la realidad de sus viajes ha sido puesta en tela de juicio y su figura muy ensalzada o muy rebajada. Además, Vespucio ha sido a menudo presentado como adversario y rival de Colón, a pesar de que en unas cartas el Almirante habla muy bien del florentino. De origen más elevado que el del descubridor del hemisferio occidental, y de mayor cultura, Vespucio es tan representativo como Colón del grupo de italianos que participó en la exploración de las nuevas islas y tierras oceánicas. Como aquél estuvo antes al servicio de casas mercantiles, y posteriormente de dos diferentes Coronas —primero la de Castilla, luego la de Portugal, y otra vez la de Castilla—, hasta recibir en 1505 la ciudadanía y ser nombrado en 1508 piloto mayor de la Casa de Contratación de Sevilla, cargo que mantuvo hasta su muerte.

Si la biografía de Colón, antes del descubrimiento, resulta muy controvertida, más lo es la realidad de los viajes de Vespucio, tanto que la *questione vespucciana* ha dividido de manera muy agria, y aún sigue dividiendo, a la crítica académica mundial. El hecho —es cosa muy sabida y no merece la pena aquí sino pasar muy rápidamente sobre el asunto— se debe a que muy tempranamente la historia de sus descubrimientos se difundió de manera apócrifa. El más famoso de los textos que se encargaron de hacerlo fue el *Mundus Novus,* librito cuyo primer ejemplar que nos ha llegado apareció en Augsburg en 1504, pero del que se supone que había una edición italiana el año precedente. La publicación, que ya en el título anunciaba el descubrimiento de «otro mundo», tuvo una gran fortuna (más de 50 ediciones hasta la mitad del siglo) sea en latín sea en la versión italiana y en otras lenguas. El otro texto importantísimo para la creación de un Vespucio apócrifo es la *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente trovate in quattro suoi viaggi,* carta dirigida al confaloniero Pier Soderini y que se difundió en Florencia en 1505-1506 acreditando la idea de que Vespucio había efectuado cuatro viajes entre 1497 y 1504: los dos primeros al servicio de España, respectivamente al golfo de México, y a la costa incluida entre Venezuela y el Brasil septentrional; el tercero (es el mismo viaje descrito en el *Mundus Novus*) bajo la Corona lusitana, de Brasil a la Patagonia; el cuarto, aún al servicio de Portugal y siempre al Brasil. De sólo dos viajes hablan, sin embargo, las tres cartas dirigidas por Vespucio a Lorenzo di Pierfrancesco de Médicis entre 1500 y 1502, que quedaron inéditas hasta la segunda mitad del siglo XVIII. El fragmento de una cuarta carta, encontrado en 1937 en Florencia, luego desaparecido y nuevamente encontrado hace poco en Washington, ha complicado aún más la materia. Si indudable es la participación de Vespucio en la expedición de Alonso de Ojeda a lo largo de la costa de Venezuela (fue él a llamar así, «pequeña Venecia» al país, por las chozas sobre palafitas de los indios) en 1499-1500, y al Brasil en 1501-1502, son controvertidos los demás viajes. Cabe decir que la descripción de las nuevas tierras y de sus habitantes que se encuentra en los textos relacionados con Vespucio (en gran parte apócrifos) es a menudo excesiva, y ha orientado negativamente a la sucesiva literatura americanista con una serie de *topoi*: así con ocasión de la descripción de los indígenas gigantescos —prefiguración de los pata-

gones—, de su longevidad, de la concupiscencia de la indias y de los auxilios al coito que empleaban, etc.

Juan (Giovanni) Caboto (?-1498) presenta, a semejanza de Colón y de Vespucio, caracteres enigmáticos. No sabemos realmente su origen, a pesar de haber vivido muchos años en Venecia, por lo que recibió la ciudadanía de la «Serenísima» en 1476. Estuvo con toda probabilidad en Arabia y otras tierras lejanas, y terminó por afincarse en Bristol, el puerto inglés del que salían los barcos pesqueros y alguna que otra expedición para explorar el Atlántico norte. Del rey de Inglaterra Enrique VII, en 1496, Juan recibió, junto con sus tres hijos Luigi, Sebastiano y Sante, letras patentes para gobernar las nuevas tierras que descubriera. De la expedición, desarrollada el año siguiente con un solo navío y equipaje de Bristol (había también un genovés) no tenemos ninguna relación, sólo noticias indirectas en cartas contemporáneas. Quizás a través de la del mercante inglés John Day a Colón, Juan de la Cosa —compañero de Colón y cartógrafo— pudo poner en su planisferio de 1500 parte de la costa norteamericana. Resulta que Caboto puso la bandera inglesa, y también la de Venecia, en la isla de Bretón que está entre la Nueva Escocia y el golfo de San Lorenzo. Después de entrar en ese golfo —brazo de mar que aún lleva el nombre del marinero italiano—, volvió rápidamente a Inglaterra bordeando la isla de Terranova. Caboto tuvo en Londres muy buena acogida y, esperando realizar una nueva y más importante expedición, empezó a distribuir feudos y obispados en las nuevas tierras. Sin embargo, de los navíos que salieron en 1498 se perdió el rastro (excepto de uno, que terminó en Irlanda), y con ellos el de Juan Caboto, muerto, según parece, en el océano.

De sus hijos, Sebastiano (1480-1557) volvió a seguir las huellas del padre. Muy controvertida es la expedición de 1508 o 1509, desarrollada con dos navíos a su costa pero aún bajo la protección del rey de Inglaterra: llegó a la parte meridional del Labrador, tierra que llamó Bacalaos (parece más probable, sin embargo, que ese nombre se deba a los marinos portugueses de Corte Real); entró luego en la gran bahía que más tarde recibiría el nombre del inglés Hudson y creyó que era el Índico. La escasez de noticias sobre la expedición a Norteamérica contrasta con la abundante documentación que tenemos sobre su certera exploración al Plata, hecha por Sebastiano en favor de la Corona de Castilla, a cuyo servicio había pasado desde

1512 y de la cual recibió en 1518 el cargo de piloto mayor. Aquella hazaña empezó en 1526 como expedición al Maluco, a la China y al Japón, pero sufrió desde el comienzo una serie de infortunios —entre los cuales el naufragio de la nao capitana en la isla brasileña de Santa Catalina— y desavenencias entre el comandante y algunos oficiales. Por eso, llegados al gran río visitado por Juan Díaz de Solís en 1516 y que de aquél había recibido entonces el nombre, Caboto decició mutar el objetivo del viaje y remontar el mismo en busca de las riquezas que pensaban que debían existir allí. En efecto, de unos indios Caboto había recibido unos objetos de plata, pero éstos no pertenecían a aquella tierra, muy pobre en metales, sino que venían del lejanísimo imperio de los incas. Para encontrar al «Rey blanco», la «Ciudad de los Césares» y otras fabulosas tierras de las que les habían hablado los indios, Caboto y los suyos —entre quienes estaba el futuro cosmógrafo Alonso de Santa Cruz— remontaron los ríos Paraná, Paraguay y Pilcomayo. Desde luego no encontraron nada valioso y los naturales masacraron a los hombres dejados en el fuerte de Sancti Spiritu, construido 50 kilómetros al norte de la actual ciudad argentina de Rosario. Para intentar recuperar en parte los gastos, la armada vagabundeó luego entre La Española, Nombre de Dios y la costa mexicana buscando esclavos, y finalmente volvió a Sevilla, después de cinco años de ausencia. Encarcelado por unos meses y procesado por las muchas acusaciones que se le hicieron, Caboto tuvo al fin una condena simbólica y siguió atendiendo a su oficio de piloto mayor. En 1548 dejó España y volvió a Inglaterra, país en que promovió la constitución de una compañía para comerciar con Rusia a través de la ruta marítima boreal.

El italiano que más contribuyó a dar a conocer Norteamérica fue sin embargo Juan (Giovanni) da Verazzano (o Verrazzano, 1485-1528), y lo hizo bajo el amparo de una cuarta Corona, la de Francia, prueba indudable de que en esta época las fronteras eran mucho menos infranqueables que hoy y que entonces los italianos se movían con mucha soltura. Florentino como Vespucio, y como éste bastante acomodado, Verazzano tiene una biografía controvertida. Se cree que fue a Francia después de haber viajado mucho por el Mediterráneo, la península ibérica y, quizás, Inglaterra. Había partido a comienzos de 1524, tal vez del puerto de Dieppe, con un único navío y una tripulación de unos 50 hombres. Verazzano nos cuenta

su viaje en la carta enviada al rey Francisco I, su protector. Después de 50 días de navegación al oeste de Madera, llegó a las costas de la que hoy es Carolina del Sur. Tras poner rumbo al mediodía, y haber llegado quizá hasta el 32°N, Verazzano volvió a dirigirse al norte para no correr el riesgo de encontrar barcos españoles, y navegó a lo largo de toda la costa oriental norteamericana hasta la Nueva Escocia, en donde ya había estado Juan Caboto, para regresar a Francia en el verano del mismo año de 1524. Los naturales le dieron una impresión positiva hasta Nueva York, más o menos, pues más al norte los encontró huraños y hostiles.

Verazzano no descubrió el deseado estrecho de mar para pasar a las Indias de las especias, pero pareció demostrar, como ya Vespucio en la parte meridional, que las tierras encontradas eran o un enorme apéndice de Asia u otro continente, tierras, en ambos casos, desconocidas para la sabiduría antigua. La toponomástica franco-toscana con que Verazzano tildó a las bahías y cabos de la costa atlántica de los Estados Unidos y Canadá, antes de ser substituida con nombres hispanos o ingleses, permaneció en las cartas de marear del siglo XVI: a esto contribuyó también su hermano Girolamo, autor en 1529 de un planisferio en que marcó las tierras exploradas por Juan y por él.

Francisco I, acosado por la derrota de Pavía (1525) y sus consecuencias, tardó un poco en proporcionar los medios para otro viaje en busca del estrecho de las Indias de las especias. Es materia muy controvertida si Verazzano efectuó o no en 1526-1527 un viaje al Brasil.

Es cierto, sin embargo, que con cinco navíos franceses, y acompañado por su hermano, empezó otra exploración en 1528 dirigiéndose al sur. Allí, habiendo desembarcado descuidadamente en una de las Pequeñas Antillas, Juan y seis marineros fueron atacados por los indígenas, quienes, ante la mirada de su hermano y de la tripulación, los mataron y, parece, los devoraron.

En conclusión, a través de Vespucio, de los Caboto y de los Verazzano, la marinería italiana contribuyó enormemente al conocimiento de la costa atlántica americana, de Terranova hasta el Río de la Plata.

ALGUNOS NAVEGANTES Y AVENTUREROS MÁS

De la familia de Colón hay que recordar rápidamente, más que a los hijos Diego y Hernando —ambos bastante conocidos—, a su hermano Bartolomé (Bartolomeo, hacia 1455-1514). Fue éste el primer adelantado de las Indias (los sucesivos, Juan Ponce de León y Vasco Núñez de Balboa, sólo llegarían en la segunda década del siglo XVI) y el italiano que quizá luchó más contra los indios en la isla de La Española. Fue también un encarnizado enemigo de los españoles que se pusieron en contra del Almirante durante los primeros años de la colonización de las Antillas: combatió con las armas al alcalde mayor Francisco Roldán en La Española y a los hermanos Porras en Jamaica. A pesar de todo no fue muy afortunado: por la reacción de los indígenas, no pudo sostenerse en los placeres auríferos de Santa María de Belén en Panamá; posteriormente, la suspicacia de Fernando de Aragón le impidió explorar la Florida y seguir buscando, en la parte noroccidental del golfo de México, el paso hacia las islas de las especias. Fue un importante cartógrafo, pero de su obra tenemos escasas noticias, aunque se conservan algunos mapas cuya autoría se le atribuye dudosamente.

Sería muy larga la lista de los demás italianos que participaron en las primeras empresas de las Indias. Decenas estuvieron en las tripulaciones de Colón: fueron particularmente genoveses pero también procedían de otras regiones, como un tal Bartolomé de Milán, lombardero —esto es, cañonero—, que estuvo en el cuarto viaje colombino. De entre los ligures destaca, por la carta que escribió en octubre de 1495 a un coterráneo suyo, Michele da Cúneo, quien recibió del Almirante, en el segundo viaje, una pequeña isla antillana que bautizó con el nombre de su ciudad de origen, Saona (Savona). El breve pero valioso texto de Cúneo arriba mencionado da cuenta sin rodeos de la *sacra auri fames* de los europeos, de la manera despiadada con que capturaban a los indios de La Española para enviarlos como esclavos a España, de la violencia con que el saonés consiguió convencer a una hermosa hembra caníbal (*camballa,* en el italiano de la época) para que se acostase con él, etc.

En la expedición de Fernando Magallanes al Maluco en la cual se descubrió el estrecho en la América austral y que terminó dando la vuelta al mundo, había 30 italianos. Entre ellos, destacan Juan

Bautista de Poncero (Giovanni Battista da Poncevera), ligur, que fue maestre del navío *Trinidad* y, probablemente, autor de una relación sobre el viaje que nos ha llegado en portugués; y, especialmente, Antonio Pigafetta, vecino de Vicenza, cuyo relato es el informe más detallado de la expedición que tenemos. Su descripción de los patagones como gigantes desmesurados dio origen a una disputa sobre el tamaño y las características de aquella gente que llegó hasta finales del siglo XVIII.

Un cierto Vicente de Nápoles estuvo en una de las armadas —la que salió de México en 1527— enviadas al Maluco por Hernán Cortés. Después de muchas peripecias, regresó a España a través de Portugal, y de aquella desafortunada peregrinación dejó dos relaciones, una dirigida al Consejo de Indias en 1534, y otra, más tarde, de regreso en la Nueva España, al mismo Cortés.

No faltaron personajes más bien raros. Uno de éstos fue el milanés Luigi da Lampugnano, descendiente de aquellos miembros de la homónima familia patricia ambrosiana que asesinaron al duque Galeazzo Maria Sforza en 1476. Aquél, asentado en Venezuela, en la Costa de las Perlas, entre 1528 y 1535 intentó mejorar la pesca de las ostras perleras empleando un arrastre hecho de madera y metal. Los españoles vecinos de Cubagua no apreciaron ni el invento ni la competencia que el artefacto hacía a los buceadores indios y negros, y pusieron muchas trabas a su empleo, que en efecto contribuía poderosamente a la excesiva explotación de los bancos perlíferos. Las licencias que Lampugnano había conseguido de la corte poco le valieron, pues las autoridades locales aplicaron esa arma temible, a menudo empleada contra los extranjeros indeseables —aunque también contra los compatriotas—, evocada por el refrán: «A los amigos, el corazón; a los enemigos, la ley». Lampugnano acabó perdiendo todo su dinero y murió, trastornado de la cabeza, en el golfo de Paria.

Una referencia a la historia de aquel milanés comprometido infelizmente en la explotación de las margaritas se encuentra también en la *Historia del Mondo Nuovo* de Gerolamo Benzoni, también él originario de la ciudad de San Ambrosio. La obra, publicada en Venecia en 1565 con dedicatoria al papa Pío IV, es importante: se considera, en efecto, la primera muestra italiana, de cierta envergadura, de la «leyenda negra» antiespañola en las Indias. Sobre esa obra y su autor hubo, y hay todavía, muchas polémicas. Por ejemplo, el fran-

ciscano francés André Thevet, que estuvo en el Brasil y fue autor de una historia de la presencia gala allá, llegó hasta a negar en 1584 la existencia de Benzoni, afirmando que la *Historia del Mondo Nuovo* era un panfleto artificial, construido por algún enemigo de España utilizando las crónicas de Pedro Mártir de Anglería, Francisco López de Gómara, Pedro de Cieza de León, etc. En efecto, la obra italiana resulta tributaria en gran medida de aquellas crónicas; sin embargo, la crítica moderna cree que Benzoni existió realmente, a pesar de que los investigadores discutan entre ellos si pertenecía a la nobleza o al pueblo llano, y si nació en Milán o en la pequeña ciudad lombarda de Crema. Parece indudable, de todos modos, por los muchos detalles originales que presenta el volumen, que su estadía en las Indias fue verdadera: Benzoni estuvo en Venezuela, en las Antillas, en Centroamérica y en el Perú, como uno más de los muchos aventureros de la época. El contenido de su libro —en el que se denunciaba tanto el trato despiadado de los españoles para con los indios como la poca calidad intelectual y moral de los naturales— gustó al público italiano —lo prueba la nueva edición, un poco ampliada, que tuvo la *Historia del Mondo Nuovo* en 1572— y más aún a los lectores europeos, pues la obra tuvo 32 ediciones en los principales idiomas modernos y en latín. La edición en esta última lengua, aparecida en Frankfurt en 1594, acompañada de los famosos grabados de Théodore de Bry, marcó, si así puede decirse, toda una época.

Lo que acabamos de contar sobre Benzoni nos permite introducir mejor el tema del notable interés que las islas y tierras descubiertas por Colón despertaron en Italia. Esto explica que muchos autores, que nunca habían estado allá, escribieran igualmente sobre el tema. De esta tarea se encargaron principalmente los humanistas, en los primeros decenios.

Pedro Mártir de Anglería y otros cronistas humanistas

El primer gran historiógrafo de las Indias fue un italiano de Lombardía, Pietro Martire d'Anghiera, conocido en el mundo de habla castellana como Pedro Mártir de Anglería. Nacido en Arona, en el Ducado de Milán, en 1457, se trasladó a España en 1487, y en

la corte de Castilla permaneció hasta su muerte. El más importante de entre los humanistas italianos allá residentes —en 1520 fue nombrado cronista por el emperador— dio cuenta detenidamente de las nuevas islas y tierras occidentales, primero en sus epístolas en latín —escritas desde 1493 a Pomponio Leto y a otros importantes personajes—, y luego en la obra *De Orbe Novo decades,* en que refundió y modificó en parte noticias ya dadas. Éstas fueron editadas paulatinamente, hasta la primera impresión completa (sólo ocho décadas, de las diez previstas, llegaron a terminarse), aparecida en Alcalá de Henares en 1530 (tuvo luego otras ediciones en Europa). Hay que hacer hincapié en el hecho de que la obra de Pedro Mártir fue, antes que la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, la más importante sobre el tema y que tuvo una enorme influencia sobre los medios intelectuales de la época.

De los primeros 34 años de la presencia europea en el Nuevo Mundo, Pedro Mártir dio una imagen atenta, a pesar de las enmiendas que puedan señalarse en su obra. En su epistolario americanista tiene gran importancia el tema —más bien equivocado, por lo menos en los años de Colón, porque pocas riquezas pudo sacar el Almirante— del oro encontrado en las Indias. En la siguiente revisión de la materia, el humanista lombardo quitó relieve al tema del oro y a la figura del descubridor, paralelamente al cambio de postura de la Corona, que aconsejaba dar realce a los fingidos fines espirituales de la conquista. Sin embargo, todavía en el *De Orbe Novo* se conserva la recreación mítica de las nuevas Indias hechas por Pedro Mártir, autor que había conocido personalmente al descubridor y que había manejado los escritos de aquél. En efecto, el humanista da la impresión de haber intentado resucitar la Edad de Oro de la antigüedad clásica afirmando que los indios de La Española encontrados por el Almirante no conocían la propiedad privada, que vivían en una condición privilegiada en la que la codicia y las pasiones todavía no habían prevalecido, etc.; ni siquiera, en las páginas de su texto, faltan ancianos y sabios indios empeñados en amonestar a Colón sobre el destino del hombre. A pesar de que la posterior descripción de los caribes caníbales corrigió semejante imagen idílica, los relatos de Colón, ampliados por Pedro Mártir, condicionaron durante algún tiempo, en Italia y en Europa, la imagen de las tierras occidentales. Además, los defensores de la idea de la inocencia y de

la bondad del indio no dejaron de volver a aquellos pasajes del *De Orbe Novo* cuando fue necesario, particularmente en el siglo XVIII. En relación con el tema —candente en los decenios siguientes— de las matanzas perpetradas por los cristianos en la isla de La Española y en otras tierras, Pedro Mártir se mantiene prudente, aunque reconoce que hubo verdaderos estragos. Sin embargo, en la edición de 1530, que contiene todas las décadas, también existen acusaciones contra los indios —a través de las palabras de frailes como Tomás Ortiz, muy hostiles a los naturales— que contrastan en cierta medida con lo dicho anteriormente.

Pedro Mártir de Anglería, como todo buen intelectual, fue un verdadero intérprete de la nueva realidad. A pesar de algunos errores, consiguió insertar bien la futura América en el mundo conocido. Hay que subrayar esta tarea, porque la alta cultura de la época, la que más se relacionaba con la sabiduría de la antigüedad, tuvo bastante dificultad en ello. Por lo que se refiere a los españoles, es suficiente recordar que Antonio de Nebrija, el gran autor de la gramática de la lengua castellana, cuando tuvo que enfrentarse con las tierras occidentales —desconocidas por los antiguos exceptuando alguna que otra dudosa referencia, como las profecías de Séneca—, prefirió obviar el problema. Más divertido es, sin embargo, lo que hicieron otros humanistas italianos. Merece la pena indicar, de manera muy rápida, los infortunios de dos literatos de Sicilia.

El primero, Nicolás Esquilache (Nicolò Scillacio) de Mesina, residió algún tiempo en España. Después de regresar a Italia, donde fue médico, filósofo y científico en la Universidad de Pavía, publicó, en 1494 o 1495, el *De Insulis Meridiani atque Indici maris nuper inventis,* que relata el segundo viaje de Colón. La hazaña colombina tuvo una ubicación fantástica, porque en este librito se describe al Almirante no dirigiéndose hacia el poniente, sino hacia el levante. De esta manera, Colón, llegado a África, desembarca en la verdadera India asiática. Así, pues, Esquilache sufre un evidente cruce cultural, provocado por la confusión entre un deficiente recuerdo humanístico de las antiguas navegaciones del cartaginense Anón a Guinea, y los recientes viajes de los portugueses al cabo de Buena Esperanza. En general, su visión de las Indias está muy equivocada, como si lo que se describe estuviera deformado por las lentillas de la antigüedad clásica, tanto que el Nuevo Mundo, resplandeciente de oro, pa-

rece ser más bien el bíblico Reino de Saba. No obstante esto, el librito, escrito en un latín áulico, pone de relive muchas novedades americanas, desde la naturaleza y sus frutos, muy diferentes de los de Europa, hasta los caníbales. El *De Insulis* tuvo éxito también más allá de los Alpes y fue editado en Amberes, Basilea y París.

Si el burdo error de Scillacio puede, en cierta medida, perdonarse por la candidez del autor —que escribía en Italia— y por lo rápido con que dio cuenta de la recién acaecida travesía de Colón, más grave parece lo que escribió, muchos años después, Lucio Marineo Sículo. Éste, nacido en 1444 y pasado a España en 1485, fue uno de los muchos sicilianos que difundieron en la península ibérica las letras clásicas: dio clases en la Universidad de Salamanca y luego fue cronista y capellán del rey Fernando el Católico. Aquí, Marineo —que Marcelino Menéndez y Pelayo juzgó muy severamente tildándolo de «aventurero literario con algo del advenedizo y del parásito»— nos interesa porque, particularmente en su obra más conocida, el *De rebus Hispaniae memorabilibus* (1530), dijo convencido que los romanos habían conocido las Indias occidentales. A semejante conclusión llegaba el humanista contando un acontecimiento ocurrido cuando el franciscano Juan de Quevedo era obispo del Darién entre 1514 y 1520. Por aquella época, unos mineros encontraron —cuenta el humanista— una moneda del emperador Octaviano Augusto, hallazgo que fue remitido al nuncio apostólico en Castilla, Giovanni Ruffo, y que éste envió al papa. Así, pues, concluía Marineo, las Indias no eran desconocidas a los antiguos, y Colón no había hecho gran cosa. Lo dicho por el cronista siciliano enojó, entre otros, a Fernández de Oviedo que, en la parte de su *Historia General y Natural de las Indias,* la cual no se publicó hasta bien entrado el siglo XIX, reaccionó de manera muy fuerte contra semejante patraña: el hallazgo de la moneda romana era «la mayor falsedad del mundo», Marineo hablaba «no como cosmógrafo sino como novelero», etc. Sigue siendo una incógnita por qué Marineo dijo aquello: esto es, si fue sólo ceguera debida a su gran opinión de los antiguos, o si hubo también la voluntad de obsequiar a Carlos de Habsburgo —que precisamente en 1530 era coronado emperador por el papa, en Bolonia— o si quizás, evocando los supuestos antecedentes imperiales de América, el siciliano intentase también conseguir que el Nuevo Mundo fuera abierto más generosamente a los súbditos de

las diferentes comunidades sobre las que reinaba Carlos I. Merece poner de relieve que lo que contó Marineo fue recogido por otros autores como, por ejemplo, el dominico español Gregorio García, que en su obra *Origen de los Indios del Nuevo Mundo* (1607), dio fe a lo de la moneda romana, y confirmó que los romanos ya habían colonizado América.

Lo que más importa subrayar es que lo dicho arriba atestigua la dificultad que tuvieron muchos de los humanistas italianos —y también los de los demás países— en separarse de los moldes culturales de la antigüedad y alejarse de la visión del mundo de Claudio Tolomeo, de Plinio, etc. Además, exceptuando a Pedro Mártir de Anglería, resulta que lo que escribieron otros italianos contemporáneos en latín sobre las Indias no parece gran cosa. Por ejemplo, de los muchos *Elogia* (aparecidos en latín en 1551, y en italiano tres años después) de personajes ilustres redactados por Paulo Jovio (Paolo Giovio), humanista lombardo y obispo de Nocera (1483-1552), sólo Colón y Cortés tienen alguna relación con las Indias.

Además de las obras, más o menos originales, redactadas por los humanistas, otro capítulo importante para el cabal conocimiento del Nuevo Mundo fue, por supuesto, el de las traducciones de obras españolas.

Las traducciones de las crónicas de América

La edición de la carta de Cristóbal Colón a Gabriel Sánchez en la que le anunciaba el descubrimiento de 1492 tuvo inmediata acogida en Florencia, y desde Italia, más que desde España, la hazaña fue conocida en Europa a través de la traducción latina del aragonés Leandro de Cosco, editada en Roma ya en el año 1493. Hubo también una versión versificada italiana, hecha por Giuliano Dati. De los textos de Vespucio ya se ha hablado, y se dirá más al referirnos a la imprenta veneciana. Aquí hay que poner de relieve, antes de nada, la rapidez con la que se tradujeron las primeras cartas de Hernán Cortés. Buena parte de la segunda *Carta de relación,* recién editada en Sevilla, apareció con fecha de 1522 también en Milán (y el traductor utilizó los ejemplos de la aceptación del dominio español por muchas naciones indias, para persuadir a los milaneses a que se

sometieran pacíficamente al imperio universal de Carlos I de España y V de Alemania). A la edición milanesa de Cortés siguió otra veneciana en 1524, etc. Siempre en Venecia, en 1534, salió de los talleres de traducción italiana una parte del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería. Merece subrayarse que esta versión —muy libre, y que algunos críticos atribuyen a Andrea Navagero— da a la figura de Colón más realce del que le dio Anglería, y parece menos inclinada a favor de España, carácter que ocasionalmente tuvo la imprenta veneciana. Navagero también tradujo y editó en el mismo año de 1534, anteponiéndole el título de *Libro secondo delle Indie Occidentali*, el *Sumario de la Historia General de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo.

De 1555 es la traducción, editada en Roma, de la primera parte de la *Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León, a la que siguen otras ediciones, todas venecianas. Por cuatro veces, entre 1556 y 1564, se tradujo la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara, separadamente o conjuntamente a su *Historia General de las Indias* (la edición original española remonta al 1552). En 1563 aparece *La Historia dello Scoprimento et Conquista del Perù* de Agustín de Zárate, otra obra cumbre para el conocimiento de la destrucción del incario y de las sucesivas luchas entre los conquistadores y su rebelión contra la Corona.

Sólo a través de la traducción italiana, además, se ha conservado la importantísima obra —de la que se discute su autenticidad— de Hernando Colón (Fernando Colombo). Desafortunadamente, en efecto, se ha perdido el original, y de la historia del Almirante, escrita por su segundo hijo, tenemos únicamente la versión italiana de Alfonso de Ulloa, editada en Venecia en 1571 con el título de *Historie Del S. D. Fernando Colombo; nella quali s'ha particolare, et vera relatione della vita, et de' fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre...*

Cierra la lista de las traducciones del gran siglo americano, la de la obra cumbre del jesuita José de Acosta, la *Historia Natural y Moral de las Indias*, publicada en España en 1590. Fijarse en la versión italiana (Venecia, 1596) es interesante porque se detecta allí una burda intervención de la censura. En España las autoridades, por varias razones —entre ellas las intervenciones censorias de Bartolomé de las Casas, hostil a que se celebrase la conquista a través de las páginas de Fernández de Oviedo o de López de Gómara— impidieron o limi-

taron la publicación de muchas crónicas americanas. En Italia, por lo general, no hubo problemas de ese tipo, y por eso extraña más el corte que los censores venecianos impusieron a la obra de Acosta antes de que se publicara (hay en el texto una nota explicativa del traductor). Fueron omitidas, en efecto, las páginas en que se daba cuenta de los ritos religiosos precolombinos que tenían ciertos parecidos con el culto cristiano y que Acosta terminaba explicando de manera ortodoxa, atribuyendo aquella rareza a los intentos de imitación de Dios que tenía el demonio.

Antes de seguir con el examen de las obras italianas sobre el Nuevo Mundo, será oportuno detenerse de manera más detallada en las diferencias regionales que presenta Italia en lo referente a nuestro tema.

Los estados italianos frente al Nuevo Mundo

Desde luego el primer estado de la península italiana que tuvo que enfrentarse con las nuevas islas oceánicas fue el de la Iglesia. Son conocidos los cuatro documentos que entre mayo y septiembre de 1493 el papa Alejandro VI, perteneciente a los Borja de Valencia, emitió para legitimar la posesión de la Corona de Castilla. Otras bulas emitió desde entonces el papado dando el patronato real sobre los asuntos religiosos de Indias y reglamentando otras pendencias, pero es éste un capítulo que atañe más a las relaciones eclesiásticas entre la Santa Sede y España que a Italia en sí. De prescindir de este aspecto —que excede los lindes que tiene el presente volumen—, el estado de la Iglesia a lo largo del siglo XVI tuvo con América contactos semejantes a los que tuvieron los demás príncipes italianos, esto es, recibió noticias y, a veces, objetos procedentes del Nuevo Mundo. Claro es que, por su misma naturaleza, el dominio del papa sería el trámite más apto para dar cuenta de la religión de los naturales de las islas y tierras encontradas allende el Atlántico y de su evangelización. Sin embargo, a pesar de que por lo menos los asuntos religiosos de Indias pasaron por Roma —gran parte los resolvía directamente la Corona de Castilla a través de los privilegios del patronato—, no puede afirmarse que la corte romana se impusiera como centro de difusión de noticias americanas. Por supuesto, se

publicaron varios libros de argumento americano en la ciudad eterna. Precisamente allí se editó la primera obrita italiana sobre América, esto es, *Questa e la historia della inventione delle diese isole di Canna-ria in Indiane, extracte duna Epistola di Chrisfofano Colombo...*, del ya nombrado poeta Giuliano Dati. Sin embargo —ya lo veremos—, Venecia hizo mucho más en el campo editorial. Los Médicis de Florencia, por su parte, fueron los únicos soberanos italianos que ambicionaron hacer algo concreto en el Nuevo Mundo. Por eso habrá que dedicar una atención preferente a las dos ciudades que acabamos de mencionar, y también a Milán, cuya actividad americanista ha sido mejor estudiada en estos últimos años.

Por lo que se refiere a los demás estados, muy numerosos, en que entonces se dividía la península italiana, hubo situaciones bastante diferentes. Del interés o de la actividad americanista que tuvo cada uno de ellos no puede darse en este volumen una detallada reseña: en parte, porque el espacio disponible no sería suficiente, en parte porque el tema no ha sido investigado de manera realmente exhaustiva.

Al principio, la ciudad conocida como «la Superba» por sus riquezas tuvo una relación ambigua, si se puede decir así, con el Nuevo Mundo. Por haber nacido en ella los Colón, por haber salido de la ciudad gran parte de los caudales que sirvieron para armar navíos y compañías comerciales en las Indias (algunas empeñadas también en procurar esclavos), y por haber proporcionado muchos hombres a las tripulaciones de los barcos, Génova tendría que haber facilitado muchos escritos sobre el Nuevo Mundo o, por lo menos, sobre Colón. Por el contrario, el panorama editorial es prácticamente nulo, y casi nada se encuentra tampoco en los archivos. Ni siquiera las relaciones de los embajadores genoveses en España pueden competir con las homólogas venecianas. Alguna que otra inclinación profética suscitaron las Indias occidentales: por ejemplo, en el dominico Agostino Giustiniani, que maldijo las perversas acciones de los españoles en las Indias, adoptó mucho a las nuevas tierras como símbolo del tránsito escatológico. De las hazañas colombinas quedan algunas trazas, o mejor, imágenes, en las artes, como en las decoraciones del palacio patricio Belimbau, en el que Lazzaro Tavarone pintó en 1627-1629 la poderosa serie de frescos del ciclo colombino. Lástima que los indios allá dibujados tengan la cara de los marineros y de los pajes ligures de la época.

Del *Mezzogiorno,* esto es, de la parte meridional de Italia, hasta hace muy pocos años se solía decir que no tuvo ningún interés por América. Se ha escrito que allá una muralla silenció la hazaña de Colón, situación que fue todavía mayor después de que se realizó la substitución de la antigua rama aragonesa afincada en Italia y se produjo la anexión directa de los reinos de Nápoles y de Sicilia a la Corona de Aragón. Gracias a las recientes investigaciones promovidas con ocasión del V Centenario, el panorama ya no aparece tan sombrío ni tan desolador el silencio de los intelectuales meridionales sobre el tema americano.

Ya he hablado de Nicolás Esquilache y de Marineo Sículo, humanistas activos en España, a quienes podría añadirse otro siciliano también nombrado cronista por Carlos I: Bernardo Gentile, del que se dice que escribió sobre las Indias y que, con toda probabilidad, fue el que cuidó la edición póstuma del *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería. Hay que añadir que las *Epistolae* de Pedro Mártir de Anglería a la corte romana fueron bien conocidas también en Nápoles y que el rey Federico, de la dinastía aragonesa, invitó al humanista lombardo a continuar su trabajo sobre las Indias ya interrumpido. Se puede recordar, además, que fue el mesinés Giovanni Filippo del Ignamine, doméstico del rey de Aragón y médico del papa, el que comisionó la recreación en octava rima, hecha por Giuliano Dati, de la carta de Colón anunciando el descubrimiento. En el *De situ Terrarum* (1501-1502) del humanista Antonio de Ferraris, originario de la región de Pulla, se encuentra un diálogo sobre las nuevas tierras, la evocación de la Edad de Oro, y también la profecía —quizás influenciada por los acontecimientos del Reino de Nápoles— de los muchos males que los naturales de las Indias recibirían. Después de éstos, el *Meridione,* en efecto, no dio gran cosa, y habrá que esperar al siglo siguiente para que hombres de la Italia del sur se comprometiesen, no tanto con la pluma sino con la espada, en Sudamérica.

De entre los pequeños principados, el de Mantua (Mantova), bajo los Gonzaga, tuvo una vida cultural realmente notable. También aquellos señores recibieron noticias muy tempranas sobre las nuevas tierras: la documentación que se conserva en los archivos indica que estuvieron al tanto de las conquistas por lo menos hasta 1534, cuando llegaron los informes sobre el oro del Perú. Sin em-

bargo, no parece que los Gonzaga tuviesen un efectivo interés en lo que pasaba allende el Atlántico: curiosidad hubo, pero bastante superficial y genérica, relacionada con la novedad del descubrimiento primero, y después por el hallazgo de las grandes riquezas encontradas por Cortés y por Pizarro. Si el duque de Milán y el ramo napolitano de la dinastía aragonesa estaban acosados por gravísimos problemas políticos y tenían otras cosas en que pensar, los señores de Mantua carecían de preocupaciones semejantes. Aun así preferían pensar, lo que es muy comprensible, en cosas más concretas que en el oro y la plata de las Indias: su importantísimo fin, en efecto, era obtener del emperador el título de marqueses, lo que consiguieron en 1530, con ocasión de la coronación de Carlos de Habsburgo en Bolonia.

Sea suficiente poner punto final a esta rápida reseña evocando a los duques de Saboya, entonces más volcados hacia Francia que hacia Italia. En aquel estado se encuentra una atención aún menor que la de los estados regionales antes nombrados. No resulta que los Saboya hayan tenido interés efectivo hacia la nueva realidad sino en función de sus ambiciones territoriales. En efecto, el tema americano fue empleado sólo ocasionalmente como arma de propaganda, dentro del periódico conflicto entre España y Francia, lo que ocurrió —lo veremos en el próximo capítulo— en los primeros decenios del siglo XVII. Antes de eso, la más valiosa aportación de un autor de origen piamontés a la materia americana fue la de Giovanni Botero (a éste dedicamos más adelante un apartado específico).

El Ducado de Milán

En 1492 el Ducado de Milán, a pesar de no ser ya el más poderoso principado de Italia, era todavía un estado importante. Sin embargo, la inmediata invasión francesa reveló su debilidad militar. El Ducado perdía su independencia temporalmente en el año 1500, y definitivamente en 1535, cuando el último de los Esforza (Sforza) dejó en herencia el territorio a Carlos I de España. Antes de pasar a ser un dominio más de la Corona de Castilla, el Milanesado mostró algún interés hacia los asuntos de las Indias occidentales. Sorprende —tanto en Milán como en otras ciudades italianas— la rapidez con

que se supo de los descubrimientos de Cristóbal Colón, y esto a pesar de que las noticias no siempre fueran muy exactas. Por ejemplo, los Esforza supieron del hallazgo de nuevas islas, que se decían ricas en oro y especias, ya a través de la carta enviada por el *oratore ducale* Taddeo Vimercati, esto es, por el embajador de Milán en Venecia, el 27 de abril de 1493. Estamos al tanto de que en el mismo período el duque había recibido también igual comunicación directamente del embajador de los Reyes Católicos, pero este último documento se ha perdido. Además, los Esforza recibieron en los años siguientes otras cartas sobre los progresos en la exploración y conquista. En Pavía —donde estaba la Universidad del Ducado— se publicó, según lo que ya hemos visto, la obra de Esquilache sobre el segundo viaje de Colón, dedicada al duque Ludovico. También se editaron inmediatamente en Milán otros escritos relacionados con los nuevos descubrimientos (las cartas de Hernán Cortés, etc.). Ni siquiera el aspecto milenarístico de las Indias —tan apreciado por los franciscanos y otros que veían en el Nuevo Mundo la ocasión de construir una cristiandad más pura o, con la predicación universal del evangelio, la manifestación de la próxima segunda llegada de Cristo— fue completamente extraño al medio intelectual y religioso milanés, gracias al círculo de la beata Arcangela Panigarola, que tenía visiones y esperaba al pastor angélico. Un uso religioso de las Indias se encuentra también en las páginas del dominicano Isidoro degli Isolani, autor del *De imperio Militantis Ecclesiae* (Milán, 1517). Este fraile meditó sobre el significado y destino de las islas oceánicas: afirmó que el cristianismo ya había sido predicado allí, pero que los naturales lo habían olvidado; las Indias cabían dentro de la jurisdicción de la Iglesia y había que evangelizarlas cuanto antes, si bien la completa conversión de los indígenas se daría, junto con la de los judíos, sólo después de la aparición del anticristo, preludio del último milenio de la historia universal.

Otro medio para medir de manera más cabal la importancia que se dio a las Indias occidentales en la época es averiguar qué y cuánto se dice de ellas en los epítomes históricos generales que se publicaron en el período. El resultado del examen presenta, desde luego, diferencias, a veces marcadas, entre uno y otro texto. El conjunto, sin embargo, no es muy satisfactorio. Tómese como muestra una obra no muy culta, y por eso quizá más representativa: la *Historia*

Universale escrita por un dominico milanés, Gaspare Bugatti, y publicada en 1571, la cual tuvo también una continuación en 1587, indicio de cierto éxito. Ahora bien, de entre las 1.000 páginas de la edición del 1571, una decena, esto es el 1%, tratan de las Indias. Más que la poca cantidad, es la calidad de las informaciones lo que preocupa, pues las fuentes empleadas resultan muy viejas (el *De Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería y la traducción italiana del *Sumario de la Historia Natural y General de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo) y, a pesar de haber sido escrita y publicada en Milán, en la historia de Bugatti no queda rastro ni siquiera de la obra de Gerolamo Benzoni. La imagen de América, además, es decepcionante, pues casi no se habla ni de los aztecas ni de los incas, y el Nuevo Mundo se describe como una tierra llena sólo de salvajes desnudos. Sobre tal imagen, que reflejaba la opinión dominante sobre América, y no sólo de las capas social y culturalmente más alejadas de las Indias, tendremos ocasión de volver más adelante.

En los decenios siguientes —ya se ha hablado de Benzoni— no hay en Milán figuras intelectuales de gran calidad que puedan relacionarse con América. Destaca, sin embargo, la personalidad del cardenal y arzobispo de Milán, Carlo Borromeo (1538-1584). Éste, santificado en 1610, se puso en relación con el Nuevo Mundo a través de los misioneros activos allá, atención que fue continuada por su primo Federico, eclesiástico que unos años más tarde tuvo también a su cargo la gran archidiócesis ambrosiana (véase el siguiente capítulo). Por lo que se refiere a Carlo Borromeo, no puede omitirse aquí que la tradición popular conecta al santo lombardo con la difusión en Lombardía del cultivo de un importantísimo vegetal americano, el maíz: así se dice porque en las comarcas de Milán, de Como y de la Suiza italiana el maíz fue llamado, y todavía lo es, *Carlôn*. En realidad, la relación es puesta en tela de juicio por los científicos, porque la primera noticia documentada sobre el maíz en Lombardía remonta a 1632 en la provincia de Bérgamo (que entonces pertenecía a la República de Venecia) y a 1649 en la ciudad de Milán. Puede ser, sin embargo, que San Carlo, antes de morir en 1584, habiendo conocido aquel tipo de grano en el estado cercano, intentase promover, en sus frecuentes visitas pastorales, el cultivo. Entonces el maíz no tuvo éxito, pero la memoria histórica de los curas párrocos y de los campesinos, cuando el producto finalmente arraigó

en el último cuarto del siglo XVII, reconoció que el primero en favorecer su cultivo había sido el gran Carlo, esto es, en dialecto, el *Carlôn.*

FLORENCIA Y LOS MÉDICIS

En relación al interés nutrido por las dinastías reinantes italianas hacia el mundo americano, el ejemplo más interesante, y también el más estudiado, parece ser el de los Médicis (Medici) de Florencia.

El interés mediceo se manifestó de diversas maneras. Antes que nada, a través del coleccionismo, afición que aparece en aquella época entre los príncipes, y que no es, desde luego, reconocimiento de culturas diferentes sino gusto por lo exótico. Bastante indicativo es el hecho de que, tanto en los *guardaroba* de los Médicis como en la corte de Francisco I de Francia y en los palacios de otras dinastías europeas, los objetos americanos se conservaron muy a menudo como «disfraces para fiestas». Por lo que se refiere a los Médicis, sorprende ver que la casi totalidad de los objetos recogidos pertenecen al área mexicana, y son en su mayoría mixtecas y aztecas. Muy pocos son los objetos de otras civilizaciones precolombinas, entre los cuales destaca un pequeño ídolo maya. El primero de los Médicis que tuvo interés por las Indias «nuevamente descubiertas» fue Giulio, quien llegó a ser papa bajo el nombre de Clemente VII. Debido a los enlaces matrimoniales, Clemente VII antes y, posteriormente, el resto de su familia —duques de Florencia en 1537, y grandes duques desde 1569— consiguieron objetos mexicanos muy valiosos, parte de los cuales, desafortunadamente, ya no se conservan en Italia. El códice mixteco conocido con el nombre de *Vindobonensis Mexicanus I,* por ejemplo, fue regalado por Carlos I a su cuñado, Manuel I de Portugal quien se lo dio al papa Clemente; pasado en herencia a Ippolito Médicis, terminó en las manos del cardenal Nicolaus von Schomberg, quien se lo llevó a Alemania y ahora se conserva en Viena. Más de tres siglos estuvo en Florencia otro códice mixteco, el *Zouche-Nutall,* para terminar vendido por los monjes del monasterio de San Marco de la ciudad antes de que los bienes eclesiásticos de aquél fueran incautados por el nuevo Reino de Italia; actualmente se encuentra en el British Museum de Lon-

dres. En Roma, en el Museo Pigorini, se conservan dos preciosas máscaras de la cultura mixteca-puebla, una de las cuales perteneció a los señores de Toscana: turquesas y nácar sobre un molde de madera forman la imagen de dos serpientes —probablemente los dioses Xiuhtecutli y Xiucóatl— tragándose la cara de un hombre. Muchísimos objetos americanos enriquecían las colecciones de los Médicis: trajes, rodelas y escudos, armas, abanicos y otros objetos hechos de plumas, idolillos, broches y collares de piedras semipreciosas, etc. De esto estamos al tanto a través de los inventarios que se conservan, catálogos que atestiguan la dispersión que sufrieron los objetos en el siglo XVIII. También la máscara antes mencionada yacía olvidada cuando fue encontrada por el antropólogo Luigi Pigorini en el ochocientos. Es, pues, una suerte que se conserve todavía en Florencia, en la Biblioteca Medicea Laurenziana, el ejemplar más bello y completo —el que tiene láminas— de la *Historia de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. No se sabe realmente cómo llegó a Florencia: quizá lo trajo de Roma el gran duque Ferdinando I a finales del siglo XVI o incluso antes, cuando era cardenal en la ciudad del papa.

En el período en el que los Médicis siguieron interesándose por el asunto —esto es, hasta comienzos del siglo XVII, cuando reinaron, uno tras otro, Cosimo I, Francesco Maria, Ferdinando I—, los objetos mexicanos, sin pasar de ser algo más que una curiosidad exótica, no quedaron siempre encerrados en cajones y en guardarropas. Es curioso señalar que las figuras americanas —animales, plantas y hombres— que aparecen en el techo de la Armería medicea, fresco pintado por Ludovico Buti en 1588, resultan fieles a las que están en las láminas que acompañan la obra de Sahagún o que se encuentran en las páginas de dibujos del veronés Jacopo Ligozzi, a quien el gran duque Francesco Maria hizo reproducir plantas y animales americanos. Esto permite introducir otro apartado en el interés de los Médicis para con el Nuevo Mundo: el que se refiere a la naturaleza americana.

Sabemos, en efecto, que los duques tuvieron el cuidado de aclimatar plantas y animales americanos en Toscana: la gran difusión de la pita en las costas italianas en el siglo XVIII remonta, a aquellos intentos. Además de pavos, guacamayas, etc., tenemos la certeza de que fueron importados en Toscana algunas llamas u otros camélidos de

los Andes, porque sabemos que una «oveja indiana» fue enviada por Cosimo en 1572 a su amigo el duque de Baviera Alberto V, y porque en las lámparas de hierro forjado del antiguo alumbrado que se encuentran en algunas calles de Siena y de otras ciudades de Toscana aparecen figuras de llamas peruanas. Hay más: los Médicis importaron directamente, a través de navíos propios, animales, plantas y piedras semipreciosas —amatistas, particularmente— del hemisferio occidental. Ellos fueron los únicos soberanos italianos que tuvieron la ambición de ir directamente a América y comerciar allí. Cosimo I (1537-1574) intentó transformar el Ducado en una potencia marítima y tuvo planes que iban más allá del Mediterráneo. El marino Bernardo Baroncelli redactó una carta de marear para ir a la Nueva España, al Perú, al Río de Orellana (esto es, al Amazonas) y al Río de la Plata. Uno de los frescos de Palazzo Vecchio da la imagen de todo el orbe conocido en la época, y entre aquellas 50 pinturas, obra de Egnazio Danti y de Stefano Buonsignori, resalta la representación de la Nueva España (1564), acompañada por una atenta explicación de las ciudades y las villas, del número de vecinos, de la Universidad de México, etc. Algunas expediciones marítimas fueron llevadas a cabo y tuvieron éxito: por ejemplo, la ya señalada que, además de unas llamas, trajo a Liorna en 1572 ídolos, retratos de la Virgen y de Santos hechos de pluma (el arte amanteca de México), y otras cosas. Ferdinando I (1587-1609) siguió las huellas de su padre, Cosimo, hasta su muerte: la última expedición colonial pagada por los Médicis, para proveerse de cosas americanas, fue la desarrollada en 1608-1609 por el capitán inglés Robert Thornton, que llegó al Amazonas, al Orinoco y a la isla de Trinidad. Al período de gobierno de Ferdinando I se remontan también algunos atlas en los que se encuentran detallados mapas de América. Además, el gran duque premió con generosidad a Francesco Carletti, el viajero florentino que dio la vuelta al mundo: después de haberle contado su estadía en el Nuevo Mundo y en otras tierras, Carletti dedicó a su señor el libro de los *Ragionamenti* (véase el siguiente capítulo).

El caso de Florencia resulta especial porque el intento de conectarse directamente con las regiones americanas no se encuentra en ningún otro estado italiano. Semejante afición a las tierras de la Nueva España, además, es sorprendente: la corte de los Médicis pa-

rece la única, también, en la que se tuvo la percepción, si no la conciencia, de que el espacio americano no estaba habitado sólo por salvajes desnudos y, quizá, caníbales, como los que vivían en las Antillas o en el Brasil. Ésta era precisamente la imagen que dominaba en las páginas que, en la segunda mitad del siglo XVI, se escribieron en Italia —y también en gran parte de Europa— sobre las Indias occidentales.

Limitado interés, por otra parte, despertó —tanto en Florencia como en otras partes— el sino de los pueblos conquistados por los españoles. La pluma de Francesco Guicciardini, el más agudo y conocido escritor político florentino después de Maquiavelo, apuntó en el primer tercio del siglo la debilidad y la incapacidad de defenderse que tenían los naturales de la Indias, y los llamó «animales mansos». La definición, sin embargo, no tenía nada de piedad cristiana, pues Guicciardini constataba sencillamente las relaciones de fuerza entre invadidos e invasores, siendo aquella tragedia sólo un *exemplum* más dentro de la nueva «ciencia de la política» que estaba naciendo en el período.

Venecia, centro de difusión de las noticias de América

El primer testimonio veneciano sobre el Nuevo Mundo se remonta a 1501: Angelo Trevisan, secretario del embajador de «la Serenísima» en la península ibérica, Domenico Pisani, envió a Giovanni Malipiero, patricio de la República de San Marcos, cuatro cartas dándole cuenta de los viajes de Colón, a partir de lo que por entonces ya había escrito Pedro Mártir. Hacia 1504 aquella correspondencia venía refundida en el librito anónimo *Libretto de tutta la navigatione de'Re di Spagna de le isole et terreni nuovamente trovati.* Ese texto confluyó en el volumen de Fracanzio di Montalboddo, *Paesi nuovamente ritrovati et Novo Mondo da Alberico Vesputio Fiorentino intitolato.* Editado en 1507 en Vicenza, el volumen contiene, como se desprende del título, el *Mundus Novus* de Vespucio y, además, textos sobre las andanzas de Colón y otros marineros, tanto españoles como portugueses (estos últimos, por sus viajes a África y a la India). No obstante esta tempestiva actividad editorial que permitía la primera colección de viajes americanos, la cultura, digamos oficial y

tradicional, esto es, la de los patricios que solían tomar notas en sus diarios de los grandes acontecimientos, por ejemplo Marin Sanudo y Girolamo Priuli, señaló al principio los descubrimientos americanos de manera dudosa y confusa. Sólo en 1519 Sanudo celebró los éxitos financieros de la conquista, limitándose a condenar la antropofagia de los naturales. El primer embajador en España de Venecia que informó cabalmente de la realidad del Nuevo Mundo fue Gasparo Contarini, quien dio cuenta en 1525, con cuatro años de retraso, de las conquistas de Cortés en México, describiendo el Consejo de Indias, etc. Posteriormente la diplomacia de Venecia se recupera y a través de la correspondencia de los embajadores de «la Serenísima» puede uno obtener interesantes noticias sobre los acontecimientos americanos, desde el progreso de las conquistas hasta la polémica sobre las encomiendas después de las Leyes Nuevas de 1542-1543, como se lee en las cartas enviadas particularmente por Michele Suriano en 1559. Otro enviado, Leonardo Donà, se empeñó con entusiasmo, alrededor de 1570, en comunicar a las autoridades de la República por lo menos un poco de la extraordinaria novedad que para él representaban las Indias occidentales, con lo bueno y lo malo que había allá. Para hacerse una idea de la curiosidad del público, italiano y también de otros países, sobre los temas americanos, hay que recordar que, a pesar de que aquella correspondencia diplomática era secreta, a menudo estas cartas fueron copiadas y circularon tanto manuscritas como en folletos estampados. De esta manera, aunque no incluyesen sólo noticias americanas, se editaron libros enteros que daban una visión del mundo entonces conocido a través de las relaciones de los embajadores, venecianos y de otros países.

No hay que olvidar, además, la aportación italiana a la cartografía: podemos referirnos sólo a Giacomo Gastaldi, autor de muchos mapas americanos, entre los cuales destaca el primero en el que aparece el estrecho de Anian (nombre sacado probablemente del libro del viajero medieval veneciano Marco Polo), esto es el futuro estrecho de Bering, que separa Alaska de Asia. En la sexta década del siglo XVI, Gastaldi fue precisamente uno de los cartógrafos que mejor impuso la separación del nuevo continente, antes, por lo general, unido a la gran tierra asiática o poco definido en sus fronteras occidentales.

Hablando de tipografías y tipógrafos, hay que hacer hincapié, además, en que fue un súbdito de la República de San Marcos, el ciudadano de Brescia Giovanni Paoli, quien dio a América su primer impresor. Efectivamente, éste, conocido por el nombre de Juan Pablos, introdujo en 1539 el arte de la prensa en México, por cuenta del conocido editor y librero alemán Juan Cromberger, residente en Sevilla (el título del primer libro producido en el Nuevo Mundo era una breve doctrina cristiana en lengua mexicana y en castellano). Paoli se independizó de su patrón alemán en 1540 y siguió publicando en México hasta su muerte en 1560, aunque su oficio fue continuado por su viuda. También el cuarto taller de imprenta que se abrió en la Nueva España en 1577 fue de un italiano, el turinés Antonio Riccardo, conocido como Ricardo a secas. Éste dejó México en 1580 y se trasladó a Lima, siendo así el primer impresor de Sudamérica. Además de libros, hubo en la capital de la Nueva España lunarios o almanaques, imprimidos por un «licenciado Brambila» que la crítica no ha logrado identificar pero que por su apellido se revela, sin duda, como lombardo.

La colección de navegaciones y viajes de Ramusio

Después del *De Orbe Novo decades* de Pedro Mártir de Anglería, el libro que cronológicamente más contribuyó en Italia a dar a conocer a América fue las *Navigationi et Viaggi* del veneciano Giovanni Battista Ramusio. He dicho cronológicamente porque la obra de Ramusio, publicada en italiano, tuvo quizás una difusión más amplia que aquella escrita en latín por el abad de Jamaica. Ramusio (1485-1557), hombre de cultura de la ciudad lagunar, se interesó no sólo por las Indias occidentales, sino también por todos los nuevos descubrimientos, cuyas relaciones incluyó en los tres volúmenes de su gran colección, aparecidos entre 1550 y 1559. Notable fue, sin embargo, la atención que dio a las nuevas tierras, tanto que todo el tercer volumen de la obra, aparecido en 1556, está dedicado al Nuevo Mundo. Allí se encuentran —además de la reedición de las traducciones italianas del *Mundus Novus* de Vespucio, y de parte de la obra de Pedro Mártir y del *Sumario* de Fernández de Oviedo, ambas hechas por Andrea Navagero, que Ramusio ya había editado 20

años antes— la *Historia General y Natural de las Indias* de Oviedo, parte de las cartas de Cortés sobre México, la expedición en busca de la mítica ciudad de Cíbola en Norteamérica hecha por fray Marco da Nizza y por Francisco Vázquez de Coronado, la navegación de Francisco de Orellana por el Amazonas, las crónicas de Francisco de Jerez y de otros autores sobre la destrucción del imperio incaico, etc. A través de las más de 20 relaciones, el lector italiano realmente podía tener un conocimiento completo de las nuevas tierras occidentales.

Ramusio antepuso a las crónicas dos introducciones que reflejaban la discusión habida hasta ese momento sobre América en la cultura veneciana y que a su vez estimularon nuevos debates. El discurso que el editor desarrolla sobre el Nuevo Mundo está dedicado al científico Girolamo Fracastoro, quien, en su poema médico *Syphilis seu de morbo gallico* (1530), había escrito sobre la triste enfermedad que muchos imputaban a América. Allí Ramusio revuelve la acusación e imputa a los españoles la culpa de haber llevado a las Indias la viruela y otras muchas enfermedades y de haber destruido muchas naciones. Remontándose a Platón y a su recuerdo de la Atlántida, el veneciano alaba el Nuevo Mundo y exalta —más que las conquistas hispánicas— los grandes conocimientos científicos que el descubrimiento ha proporcionado y el encuentro con hombres que —dice— no eran totalmente salvajes pues tenían cierta forma de escritura, etc. Defiende, además, a Colón y al veneciano Caboto de las acusaciones que se les hacían y del olvido en que habían caído. Ramusio, también, tuvo para con América una atención concreta y no sólo libresca, porque él constituyó, junto con el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, que estaba en Santo Domingo, y otros venecianos, una sociedad para vender productos en ambas partes del mundo.

Como ya el fino literato Pietro Bembo se había quejado de que los nuevos descubrimientos habían dañado profundamente a Venecia, el editor tenía conciencia de la decadencia comercial de la República, determinada por la importación directa de las especias asiáticas que ahora hacían los portugueses. Su discurso sobre las especias, también incluido en el tercer volumen de las *Navigationi et Viaggi*, atestigua, con la mezcla que allí se encuentra, sus propósitos optimistas —Venecia resurgiría con el tráfico mercantil, puesto que

todo el mundo ahora está al alcance— y su reprobación por la codicia contemporánea. Además, señala la dificultad en que las nuevas rutas económicas habían puesto a los antiguos estados italianos. La incertidumbre de Ramusio, quizás el italiano que más meditó en el siglo XVI sobre las consecuencias de la llegada de los españoles a América y de los portugueses a Asia por vía marítima, reflejaba la incapacidad de los intelectuales de ponerse al día no científica sino anímicamente.

En Ramusio se encuentran noticias también sobre las «Américas no hispánicas». Además del comentario del mismo editor, *Discorso sopra la terra ferma dell'Indie occidentali dette del Lavorador, de los Bacchalaos, et della nuova Francia,* en el volumen hay cinco relaciones de viajes al Canadá, entre otras la de Verazzano —de la que ya se ha hablado— y la del desembarco de Jacques Cartier en Terranova en 1534. En la segunda edición del volumen segundo de las *Navigationi et Viaggi* (1574) se añadió otra narración directamente conectada con las tierras más septentrionales de América. Se trata de un escrito en el que se afirmaba que el continente americano había sido descubierto por los europeos no en 1492, sino a finales del siglo XIV, por los hermanos venecianos Zeno. Esa pretendida relación, publicada ya en volumen en 1558, no es más que una falacia histórica perpetrada por el patricio Nicolò Zeno, descendiente de aquellos marineros. De todos modos los mayores geógrafos de la época, de Mercador a Ortelio, acogieron en sus mapas gran parte de la fabulosa topografía americana de los Zeno y hasta el siglo XVIII gran parte de la opinión veneciana siguió empeñándose en acreditar aquel «predescubrimiento» veneciano de Norteamérica.

A pesar de todo, en gran parte de las relaciones recogidas por Ramusio, Canadá se nos muestra como una tierra fría, pobre y en la que ocasionalmente aparecen también antropófagos. Semejante panorama, probablemente, no invitó a los lectores a profundizar más sobre el tema. Por si acaso, ulteriores noticias sobre Canadá en la Italia del siglo XVI podían encontrarse en la traducción de la obra del franciscano André Thevet, *La singularitez de la France anctartique...*, aparecida en Venecia en 1561 con el título de *Historia dell'India America detta altramente Francia Antartica.*

MÁS ACERCA DE LA PRESENCIA ITALIANA EN EL NUEVO MUNDO: LOS JESUITAS Y LA VISIÓN DEL BRASIL

Las *Navigationi et Viaggi* sin duda contribuyeron mucho a promover en la península italiana un mejor conocimiento del Nuevo Mundo. Sin embargo, a pesar de las referencias a esta u otra crónica contenida en aquella colección que se encuentran en los italianos que más tarde escribieron sobre América, al fin y al cabo se comprueba que la opinión «medianamente culta» sobre las Indias occidentales trajo poco provecho del rico abanico de tierras y poblaciones ofrecido por Ramusio. Como ya tuvimos ocasión de decir antes, en la segunda mitad del siglo América es un continente habitado por salvajes desnudos, en el que civilizaciones más desarrolladas como los aztecas, etc., parecen no haber existido nunca.

Quizás esto se deba principalmente a las relaciones misioneras, en las cuales los indios nómadas o seminómadas tienen una parte importante, y en las que tampoco se consigue apreciar bien las diferencias que separan a aquéllos de los descendientes de los incas, mayas, etc. Además, se detecta —consecuencia de la Reforma protestante y de la sucesiva Contrarreforma católica— cierta mutación en la percepción de los pueblos de América. En el primer período del descubrimiento, tanto los escritores que se habían formado en los ambientes humanísticos y en la atmósfera del Renacimiento como aquellos que seguían anclados en antiguos modelos culturales —piénsese en Bartolomé de las Casas, o en los franciscanos que consideraban la pobreza un valor— habían evaluado positivamente el «estado de naturaleza», es decir, atribuían caracteres buenos a los sencillos hombres de las islas antillanas.

Hay que remarcar que lo que acabamos de afirmar debe ser aceptado con algunas cautelas, pues aquella percepción nunca fue plenamente aceptada y no tuvo completa validez. En efecto, la existencia de la antropofagia y otras raras costumbres en los salvajes americanos lo impedían. Sin embargo, este juicio positivo desaparece muy pocos decenios después: en los misioneros y cronistas españoles, y en los italianos que vuelven a meditar sobre la materia, vivir muy cerca de la naturaleza es vivir lejos de Dios, y sólo la civilización europea permite a los indios alejarse del pecado. A finales del siglo XVI, pues, el Nuevo Mundo en la reflexión italiana

es ante todo un continente que debe ser reducido a los modelos europeos y a la cruz.

Los italianos participaron en la evangelización americana a través de muchas órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, carmelitas, etc. Como resulta imposible dar cuenta aquí de todos, hago hincapié sólo en la Compañía de Jesús. Efectivamente, en la península las Indias ejercieron una gran atracción sobre los miembros y discípulos de la sociedad de San Ignacio de Loyola, tanto que *indípetas* fueron llamados los que insistentemente pedían ser enviados a las misiones. Más que las Indias occidentales se preferían la India asiática, el Japón y la China, pero también América era apetecida como tierra de posible martirio. De los 350 jesuitas que se dirigieron a la América española con anterioridad a la muerte de Felipe II (1598), alrededor de 50 fueron italianos. De los muchos que se señalaron, merece la pena nombrar, entre los que fueron a Nueva España, a Giovanni Ferro que, llegado en 1579, estuvo allá 32 años; aprendió las lenguas náhuatl, cuitlateca, contalpa, matlatzinca, y sobresalió particularmente en la tarasca, en la cual escribió un catecismo y cuyo pueblo evangelizó. De los que estuvieron en el Perú, el calabrés Roberto d'Arnoni, presente allí desde 1584, consiguió dominar el quechua y el aimará de manera tan perfecta que las enseñó en el colegio de Potosí y tuvo el encargo de examinar a los curas que iban a regir parroquias entre los indios.

De entre los muchos buenos misioneros hubo también algún alma inquieta: el siciliano Vincenzo Le Noci, por ejemplo, consiguió pasar a México en 1574 a pesar del parecer negativo de sus superiores, y dio clases en la capital de Nueva España; sin embargo, se cansó pronto y movió todas sus amistades —incluido el virrey de Sicilia— para volver a Europa. En 1579 consiguió su objetivo alegando querer ingresar en una cartuja; vuelto a Italia, reveló que esto era sólo un pretexto, y murió jesuita.

Mientras, ningún italiano participó en la fracasada expedición jesuítica a Florida de 1566-1572. Miembros de la Compañía procedentes de la península fueron al Brasil, a cuya cristianización habían contribuido anteriormente algunos franciscanos italianos (1550). Si en 1561 llegó el coadjutor Scipione Comitoli, en 1575 el padre Giuseppe Morinelli fue el superior de la expedición jesuítica de aquel año, integrada por otros dos compatriotas, etc.

En el Brasil merece detenerse, porque esta tierra portuguesa fue, quizá por lo salvaje de sus habitantes, la que mejor representó a América en el imaginario colectivo de finales del siglo XVI, y porque las relaciones jesuíticas fueron las que más contribuyeron a su conocimiento. En efecto, si las primeras descripciones de la que inicialmente se llamó Tierra de Santa Cruz se encuentran en los textos de Vespucio, en las colecciones de viajes de Montalboddo y de Ramusio, y en la traducción de la obra de Thevet sobre la Francia antártica, fueron las selecciones de la correspondencia jesuítica, las *Litterae Quadrimestres* y las *Litterae Annuae* (que previamente circulaban manuscritas, y en 1581 fueron publicadas) las que permitieron divulgar de verdad el conocimiento —censurado, desde luego— de la actividad misionera allá. Además de las cartas directamente publicadas en las colecciones imprimidas en latín, italiano, español, etc., el público pudo encontrar una atenta reelaboración de aquel material en la obra del padre bergamasco Giovan Pietro Maffei, *Historiarum Indicarum libri XV* (Florencia, 1588, traducida al italiano al año siguiente). Dedicada a dar cuenta de las Indias portuguesas —de Oriente y de Occidente—, la historia de Maffei fue durante muchos años la más exhaustiva fuente sobre el Brasil.

Tanto en las cartas de los padres como en la obra de Maffei, los tupinambás, guaraníes, y demás naturales del país no eran pintados con pinceladas muy suaves: famosa es la agudeza, destinada a tener larga fortuna, con que se explicaba la falta en la lengua del país de las letras *f, l* y *r,* afirmando que los indios no tenían aquellos sonidos porque precisamente carecían de fe, de ley, y de rey. Las costumbres antropófagas y la dificultad que tenían los padres para dar el bautismo e impedir aquellos sacrificios (los tupinambás decían que los bautizados sabían mal, no podían ser comidos, etc.) causaron gran impresión en la imagen de los lectores, fuesen piadosos o no, reforzando la tremenda imagen suscitada por los caníbales antillanos al comienzo de la exploración del continente.

A finales del siglo XVI, pues, la imagen de América volvía a ser casi la de una centuria antes. El panorama editorial del siglo relativo al Nuevo Mundo, por su parte, se cerraba en Italia con la significativa producción de Giovanni Botero que en buena medida remataba aquella imagen.

UNA OBRITA Y UN AMPLIO EPÍTOME DE GIOVANNI BOTERO

Las *Relationi Universali*, escritas por el piamontés Giovanni Botero (1544-1617) y aparecidas entre 1591 y 1596 son el último gran esfuerzo hecho en el siglo XVI por un italiano para dar a conocer el Nuevo Mundo. Miembro de la Compañía de Jesús y posteriormente —tras su expulsión debida a su carácter inquieto— *oblato* de San Ambrosio, fue uno de los secretarios de San Carlo Borromeo y preceptor del primo de aquél, Federico, también cardenal y arzobispo de Milán, del que tendremos ocasión de hablar en el próximo capítulo. Además, Botero fue preceptor de los hijos varones del duque de Saboya y estuvo también en la corte de Felipe III. En realidad, Botero no tuvo, como ya Ramusio, el propósito de privilegiar a las Indias occidentales respecto a otras tierras, fueran antiguas o recién descubiertas; sólo quiso dar una representación total del mundo entonces conocido. Sin embargo, como la cantidad de páginas y de noticias concedidas a América es muy considerable, y no inferior a aquellas concedidas a otros continentes, tenemos que reservarle, igual que a Ramusio, una plaza importante en la historia del interés italiano hacia el hemisferio occidental.

Ya años antes Botero había escrito sobre temas americanos. Merece la pena dar cuenta de esto porque hay allí una de las poquísimas referencias italianas a un argumento muy interesante: el de la pretendida predicación del evangelio en las Indias en los tiempos antiguos por los mismos apóstoles. Hay que recordar que en la Edad Media se sabía que discípulos de Cristo habían difundido el evangelio en Asia, más allá del río Indo. Esta predicación se atribuía especialmente a Santo Tomás, y los portugueses, cuando llegaron por mar a Calicut y al Malabar, encontraron allí, en efecto, comunidades cristianas, y también el lugar en que se decía que estaba sepultado ese apóstol. Parece que de aquellas tradiciones venía la idea de que Santo Tomás había predicado no sólo en las Indias orientales sino también en las occidentales. Leyendas sobre su estadía en Brasil remontan ya a los primeros años del siglo XVI y luego se esparcen por muchas comarcas de Sudamérica y de México. La identificación con Santo Tomás (también con San Bartolomé) de unos antiguos semidioses suyos, hechas por los indígenas tanto en el Brasil como en el Perú, apoyó con más fuerza la leyenda, a la que dieron

fe, entre otros, los primeros jesuitas que pasaron al Brasil, el obispo de Lima, Toribio de Mogrovejo (luego santificado), cronistas precoces como Gonzalo Fernández de Oviedo, y tardíos como el dominico Gregorio García. Aunque no tomasen medidas oficiales, tanto el papa en Roma como el rey de España desconfiaron de semejantes creencias, que podían ser peligrosas política y religiosamente. Sin embargo, éstas terminaron por desaparecer a lo largo del siglo XVII, aunque de nuevo fueron recogidas a finales de la sucesiva centuria y en los comienzos del siglo XIX.

Ahora bien, Botero es quizás el italiano que más creyó en una antigua predicación apostólica en América y la expresó en una epístola teológica en latín, *De Catholicae religionis vestigiis,* editada en París en 1585, y de nuevo en Milán el año siguiente. Juntando los hallazgos en Yucatán de cruces, las antiguas profecías de los indios, los ritos religiosos indígenas que se parecían a dogmas (la Trinidad) y a sacramentos católicos (Confesión auricular y Eucaristía), Botero no dudó en afirmar que en las Indias de España y de Portugal, igual que en todo el mundo, el evangelio había sido anunciado. Las afirmaciones contenidas en la epístola latina —la cual fue vertida al italiano, con algunos cambios, por otro autor, Angelico Fortunio, en 1588— debieron de costar a Botero muchas críticas. Es posible, incluso, que el *oblato* fuera amonestado por alguna autoridad eclesiástica para que no continuase difundiendo aquellas ideas. Como quiera que fuese, el hecho es que diez años después, cuando apareció la primera edición completa de las *Relationi Universali* (1596, en Bérgamo, con dedicatoria al duque de Saboya), Botero no volvió a repetir sus antiguas creencias y prefirió callar el tema o explicar de manera más ortodoxa las semejanzas entre algunas ceremonias de los indios y los ritos católicos, esto es, a través de la corrupta imitación de la verdadera fe que el diablo había difundido entre los habitantes del Nuevo Mundo.

El valor de las *Relationi Universali* no consiste en su originalidad, porque la parte americana de aquella obra está sacada ante todo de la *Historia de las Indias* de López de Gómara y de otras crónicas americanas, de las relaciones jesuíticas, etc. Sin embargo, el *collage,* comparado con otras obras semejantes entonces en venta, está bastante bien hecho: dio, puesta al día, una completa descripción geográfica del Nuevo Mundo, desde la costa septentrional de Bacalaos hasta

el estrecho de Magallanes; una reseña de los diferentes indios y de las poblaciones hechas por los españoles, portugueses, etc. También hizo hincapié en la difusión del cristianismo entre los indios, discutiendo los métodos misioneros más convenientes. Si algún lector buscara en Botero una discusión de la legitimidad de la conquista, tema que había dividido a los españoles a lo largo de toda la primera mitad del siglo, o la condena de las matanzas entonces cometidas, no encontraría nada. En muy pocos autores italianos del siglo XVI se trata este tema (uno es Benzoni, al que ya aludimos), pues quizás el poderío del Rey Católico era demasiado fuerte: sólo en la centuria siguiente, como veremos, se encuentran referencias, junto con la evocación del autor español más controvertido en el tema, Bartolomé de las Casas. También en las *Relationi Universali* la discusión sobre la mejor manera de evangelizar a los indios —si es lícito emplear la fuerza o no, etc.— es prudente, y toma como modelo las opiniones del jesuita español José de Acosta, que acababa de publicar entonces el *De procuranda Indorum salute* y su gran *Historia General y Moral de las Indias.* Botero, que no tiene, como la mayoría de los italianos y de los europeos de la época —religiosos incluidos—, una opinión favorable de los indios, sin embargo mejora la escala de civilización que había elaborado Acosta, y aplica a los «bárbaros» —esto es a las gentes que tenían costumbres más o menos salvajes y diferentes de las de los cristianos— criterios de evolución diacrónica que han sido apreciados por los antropólogos.

Las *Relationi Universali* tuvieron un éxito enorme, tanto en Italia como en toda Europa: fueron vertidas a muchas lenguas europeas en todo o en parte (en castellano tuvieron dos diferentes traducciones casi en los mismos años) y siguieron reeditándose hasta el siglo XVIII. Grande fue, pues, la importancia de las *Relationi Universali* en promover en conocimiento del Nuevo Mundo que, si no exhaustivo, era por lo menos de buena calidad y representaba un buen sucedáneo de la lectura de las crónicas redactadas directamente por castellanos.

Queda muy poco por decir. Del viajero Francesco Carletti, con el que se cierran las andanzas italianas en el Nuevo Mundo en el siglo XVI, hablaremos en el próximo capítulo.

II

EL SIGLO XVII. ÉPOCA DE ESTANCAMIENTO

Francesco Carletti y la decadencia del interés americanista en Florencia

El último gran viajero italiano a América en el siglo XVI, y el primero de la nueva centuria, es el florentino Francesco Carletti, quien entre 1594 y 1606 dio la vuelta al mundo. Volvió rico, pero corsarios holandeses le quitaron todas sus cosas, incluidos los apuntes del viaje, así que él tuvo que reconstruirlos de memoria para su protector, el gran duque de Toscana.

Los *Ragionamenti del mio viaggio intorno al mondo,* entonces redactados, fueron editados sólo casi un siglo más tarde, en 1701, en Florencia. La obra difiere bastante de otras semejantes porque el autor no tiene inconveniente en revelar lo que es: un mercader y aventurero que ve y juzga todo lo que encuentra según la ocasión de ganancia que aquello ofrece. Así pues, muy pocas son las observaciones piadosas en Carletti, y faltan las fingidas razones de propagación de la fe, etc., que, al contrario, acompañan a la gran mayoría de las crónicas americanas. Llegado de las islas de cabo Verde a Cartagena de Indias con un cargamento de esclavos, el florentino saca de ellos menos de lo que esperaba: decide, pues, continuar vagabundeando por América para redondear sus ganancias y pasa de Nombre de Dios a Panamá, y de allí al Perú; luego va a Acapulco y a la capital de México. Carletti observa en seguida que los indios, desafortunadamente, no son sujetos de comercio alguno, porque son tan pobres que no pueden permitirse ninguna mercadería europea: a pesar de ese fallo, su juicio sobre las tierras americanas es positivo.

De la organización de las Indias occidentales Carletti aprecia mucho la falta de ladrones en las carreteras, notable éxito de las autoridades que quitan una gran pesadilla a los mercaderes. Sólo condena, en términos no morales sino económicos, la excesiva explotación de algunos sectores, lo que terminaría por poner fin a toda clase de ganancia. El dominio español sobre los indios, por ser estos últimos tan tardos o cobardes, es plenamente legítimo para el italiano; no falta el convencimiento, equivocado pero muy común en la época, de la próxima desaparición de los naturales también en la Nueva España y en otras comarcas, como ya en las Grandes Antillas. Muy atenta, además, resulta la descripción de los productos: la del cacao y de la bebida de chocolate es una de las más detalladas llegadas a Europa.

El donaire y el desparpajo con que el mercader florentino contó sus andanzas por América un siglo después del descubrimiento pueden compararse con las afirmaciones crudas y sin rodeos del compañero de Colón, Michele da Cúneo. Ambos italianos, a pesar de que su postura pueda o no gustarnos en términos éticos, representan un buen antídoto a la retórica y a las cautelas con que oficialmente a menudo se cubría, tanto en Italia como en España, la realidad de las Indias.

Los *Ragionamenti* de Carletti no ponen punto final al interés de los Médicis hacia América, pero sí marcan el clímax anunciando el siguiente decaimiento. Después de la muerte de Ferdinando I (1609) los ambiciosos proyectos ultramarinos desaparecieron. Ferdinando II (1620-1670) volvió a acrecentar con objetos americanos sus colecciones, pero parece que ya no ingresaron obras precolombinas, sino más bien obras contemporáneas: cuadros de arte amanteca (esto es, hecho con plumas), cerámicas de Guadalajara, etc. Gran parte del material debió de llegar —ahora que los barcos de Toscana no cruzaban el Atlántico— a través de la mediación de los misioneros, la gran fuente de provisión de productos americanos en toda la península. Y de socorros directos de los Médicis a los misioneros de la Nueva España tenemos una prueba concreta en el afortunado hallazgo, a comienzos del siglo XX, en un convento franciscano en ruinas cerca de Ciudad de México de un retrato de Cosimo III (1670-1723).

En el período de este último gran duque llegó a Florencia, a través de caminos desconocidos, otra obra valiosa: el códice luego lla-

mado *Magliabequiano* por el nombre del bibliotecario del gran duque, Antonio Magliabechi. Se trata de un manuscrito poscolombino, copia de un calendario mexicano antiguo, que hoy se conserva en la Biblioteca Nazionale de la ciudad. Siempre en Florencia, apareció en 1699 la traducción italiana de la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís, con un retraso de 15 años respecto a la edición de la obra original. Además, hay que dar realce al hecho de que en la edición italiana se insertó una lámina representando a Moctezuma. El retrato no era de fantasía sino muy verídico, ya que estaba sacado de una pintura que pertenecía al gran duque. Ésta, hoy en el Museo Etnológico de Florencia, es un cuadro pintado en México probablemente por un europeo o por un criollo en la segunda mitad del siglo XVI, retrato que se inspiraba a su vez en los códices aztecas. Sorprende, pues, el persistente interés para con México en la Florencia medicea y cómo, todavía en el siglo XVII, subsistiese allí el recuerdo por lo menos de una de las tres más importantes civilizaciones precolombinas. Merece hacer hincapié en el hecho porque —como ya se ha dicho hablando de los temas indígenas del siglo XVI, y como vamos a señalar ahora por lo que se refiere a la sucesiva centuria— en todos los demás estados de Italia —pero lo mismo pasaba en el resto de Europa, excepto tal vez en España— la imagen del indio americano era la del salvaje desnudo y no la del azteca o la del inca. Habrá que esperar al siglo XVIII, en efecto, para que las civilizaciones superiores de América sean descubiertas otra vez.

El cardenal Federico Borromeo y los piadosos intentos religiosos lombardos

Lo que acabo de decir del olvido de las grandes civilizaciones precolombinas se aplica también al Ducado de Milán y es interesante detenerse en el caso de la Lombardía española. En el primer tercio del siglo XVII, la personalidad más importante fue Federico Borromeo (1564-1631), primo del San Carlo del mismo apellido y, como él, cardenal y arzobispo de Milán, de 1595 hasta su muerte. Ahora bien, Federico tuvo muchos méritos culturales, pues proporcionó a la ciudad una gran biblioteca y una pinacoteca, ambas llamadas Ambrosiana. Fue también un prolífico polígrafo, y dejó más de

200 manuscritos, tanto en italiano como en latín, sobre temas muy diversos (sin embargo, generalmente, de muy poco valor). Por lo menos en una decena de estos manuscritos se encuentran referencias a las Indias occidentales. En ningún caso se trata de meditaciones originales, sino todo lo contrario: Federico no resulta un verdadero intelectual, aunque sí un lector curioso, como la mayoría de sus contemporáneos. Quizá pueda afirmarse que en sus manuscritos se encuetran reflejados gran parte de los convencimientos sobre América esparcidos en los ambientes eclesiásticos. Por ejemplo, la gran sensualidad de los indios, su limitada inteligencia (aunque suficiente para entender la fe) o la presencia del demonio entre ellos. Notas y anécdotas se encuentran muy a menudo, particularmente en dos pequeños tratados, escritos en italiano por el autor, y luego traducidos al latín, *Parallela cosmographica* y *De Insanis Quibusdam Tentationibus*. Allí se pueden encontrar ideas bastante raras, como la de que el Nuevo Mundo —a pesar de estar el diablo activo en él, incitando a los indios a comerse los unos a los otros— es, de los cuatro continentes entonces conocidos, el que menos está sujeto a las influencias de brujerías y supersticiones porque éstas son degeneraciones del verdadero culto a Dios, y en las Américas los naturales siempre tuvieron muy poca sensibilidad religiosa. Tenemos aquí las piezas claves, como ya se ha dicho, de la percepción italiana —y europea— del hemisferio occidental en la época: de un lado, el olvido de las civilizaciones superiores de los aztecas y mayas, con el gran sentido trágico de la vida que tuvieron aquellos naturales y que ellos vertieron en grandes templos y sacrificios continuos; y, por otra parte, el realce dado a las limitadas capacidades intelectuales y a la poca afición religiosa de los muchos pueblos primitivos. De estos últimos, que se encontraban todavía en la Edad neolítica, se ocuparon los misioneros. Mejor dicho: los sacerdotes españoles, criollos y de otros países europeos se ocuparon también de los antiguos mexicanos, etc., pero —por lo que parece, y como ya he contado— el público y los feligreses del Viejo Mundo recibieron más bien la impresión de que en las Indias occidentales vivían principalmente salvajes que tenían muy pocas luces y casi ninguna idea religiosa. Así pues, resulta que Federico Borromeo tenía precisamente creencias parecidas, y que aquella idea del Nuevo Mundo la había sacado casi sólo de las piadosas relaciones de los misioneros y, particularmente, de los jesuitas.

Su mentor en materia americana fue, *de facto,* el jesuita español Diego de Torres, al que el cardenal conoció con toda probabilidad en el año 1602 o 1603, cuando aquél, entonces procurador de la provincia del Perú, estuvo en Italia. Vuelto a Sudamérica como responsable de la nueva provincia de Paraguay de la Compañía, Torres mantuvo una intensa relación epistolar con el arzobispo de Milán hasta casi la muerte de este último. Este epistolario es muy llamativo y atestigua el cuidado que Federico tuvo en proveer el bienestar de las misiones del Paraguay. Torres, por su parte, supo manejar bien la vanidad —digámoslo así— personal y familiar del cardenal, pues el culto de Carlo Borromeo, canonizado en 1610, fue muy favorecido en el alto curso del Paraná. Una de las nuevas reducciones se puso bajo la protección directa del santo (de su gran primo, Federico envió a Asunción muchas reliquias: vestimentas eclesiásticas, y también una gota de sangre y un fragmento de intestino), y los primeros libros publicados en el Paraguay fueron dedicados al mismo Federico. Torres pedía a su protector milanés rezos y limosnas —también dirigidas a rescatar a los blancos prisioneros de los araucanos de Chile—, el envío de rosarios, imágenes, alfileres y otras baratijas muy apetecidas por los indios, y también la intercesión cerca del papa y otros personajes ilustres en favor de las misiones paraguayas. El pedido más interesante de Torres, sin embargo, fue el que se desarrolló desde 1618 o 1619, como explicaremos inmediatamente.

Hay que recordar que hacia 1596 había empezado en Paraguay la lucha contra la costumbre de tomar la infusión de la yerba mate *(Ilex paraguaiensis),* bebida que algunos misioneros consideraban no sólo dañina para el cuerpo, sino obra del demonio, porque procuraba un hambre insaciable, tanto en los indios como en los europeos y criollos, y favorecía toda clase de pecados. Se establecieron penas en dinero y también la cárcel para quien fuera cogido bebiendo mate, etc. Entre los que estaban convencidos de la maldad de esa yerba estaba el padre Torres, que buscó la ayuda de Federico. El arzobispo dio las muestras del mate que Torres le había enviado a un famoso médico de Milán, Antonio Clerici, y éste preparó un parecer (el texto se conserva en latín, en español y en italiano en la Biblioteca Ambrosiana) en el que confirmaba que, sin duda alguna, en aquella *erba devoratrice* (yerba devoradora) había una oculta intervención diabólica. El parecer fue mandado a Torres, y éste daba las gracias

del envío a Federico en 1621. Aún en los años siguientes Torres siguió pidiendo al protector ambrosiano amigables intercesiones del obispo de Asunción sobre el asunto. Lo mejor de todo ese disparatado tejemaneje —ejemplo menor, pero significativo— es que no todos los jesuitas compartían las convicciones negativas de Torres sobre el mate, pues, en los mismos años en que aquél buscaba socorro en Borromeo, otros padres de la Compañía pensaban en todo cuanto fuese oportuno para promover el cultivo de la yerba y su comercialización. Al final fueron éstos, ya se sabe, los que se salieron con la suya, y las reducciones paraguayas tuvieron precisamente en el mate, exportado a Buenos Aires, al Perú y a otros sitios, uno de los productos que daban importantes ganancias (en 1740, finalmente, al empleo del mate —como ya al del tabaco y al del chocolate— no le fueron puestas más trabas).

A pesar de las reservas que podamos tener nosotros sobre la calidad intelectual del arzobispo de Milán y su actuación en los asuntos misioneros, el padre Torres no dudó de la intervención valiosa de los dos Borromeo en favor de la Iglesia paraguaya y de los indios neófitos. Como escribía el jesuita en una de sus últimas cartas, Federico había contribuido obrando, especial pero no únicamente, con medios terrenales y San Carlo, su primo, rezando desde el Cielo.

Todavía curas y misioneros, de Canadá a Perú

Hemos hablado de las misiones. A pesar de las suspicacias con que de vez en cuando las autoridades de Madrid miraban a los curas no peninsulares que iban a América, muchos sacerdotes italianos seguían dirigiéndose allende el Atlántico. Pertenecían, en su mayoría, a regiones incorporadas a la Corona de Castilla, como los Reinos de Nápoles y de Sicilia, la Cerdeña, el Milanesado; otros venían de tierras imperiales como el Trentino; menos numerosos los que procedían del estado del papa (el Lacio, las Romañas, etc.) y poquísimos los de Venecia. De entre los 114 jesuitas italianos que fueron al Plata, esto es, a la gran provincia del Paraguay, de 1585 a 1768, resulta, por ejemplo, que sólo uno venía de la República de San Marcos. Por eso merece recordarse aquí a un cura secular procedente de esas tierras no muy amigas del Rey Católico: Giovanni Antonio

Suardo, de la familia condal de los Suardo de Bérgamo. Después de haberse graduado en la Universidad de Pavía y haberse ordenado clérigo, Suardo vivió en Lima de 1620 a 1637, ocupándose de asuntos jurídicos. Aprendió el quechua y de su estadía en Perú nos dejó un interesante diario —todavía en gran parte inédito— que proporciona ricos y divertidos detalles del ambiente de la corte virreinal, desde las encarnizadas riñas entre los curas y frailes de la Universidad de San Marcos hasta los autos de fe celebrados en la ciudad de Los Reyes.

Mucho más numerosos, desde luego, fueron los sacerdotes que tuvieron almas a su cuidado y, en particular, los que fueron misioneros. La lista, de intentar ser exhaustivos, sería larguísima. Sólo se puede dar aquí una muestra de sacerdotes muy diferentes entre sí, tanto porque fueron diferentes los pueblos entre los cuales estuvieron como por las sensibilidades que tuvieron y los métodos misionales que aplicaron.

A pesar de la importancia de la amplísima provincia jesuítica de Paraguay —instituida en 1604 por el propósito general de la Compañía, el italiano Claudio Acquaviva—, vamos a detenernos más en ella en el próximo capítulo. Sea suficiente aquí lo que ya se ha dicho sobre la actividad de Federico Borromeo, y recordar a los jesuitas que se encargaron de la edificación de las almas también a través de obras artísticas, como las pinturas salidas del pincel de Bernardo Bitti, nacido en Las Marcas, región de Italia central, y presente en el Perú y en la actual Bolivia a finales del siglo XVI.

En el siglo XVII también la parte septentrional de Norteamérica se abrió a la colonización y con ella a la evangelización. De entre los jesuitas que estuvieron en las posesiones de la *Nouvelle France*, es decir, del Canadá, puede destacarse la actividad de Francesco Giuseppe Bressani, originario de Roma. Salido de París en 1642, estuvo tres años en Quebec para aprender la lengua de los hurones, nación india aliada de los franceses, a los cuales tenía que catequizar. Cuando se dirigía a la tierra de aquéllos fue capturado por los iroqueses, enemigos de hurones y franceses, y vendido a un fuerte inglés en la Nueva Holanda. Pudo al fin actuar como misionero cerca de los hurones hasta 1649.

De regreso a Italia, publicó en 1653, en Macerata, una *Breve relatione d'alcune missioni de' P.P. della Compagnia di Giesù nella Nuova*

Francia. El escrito, uno de los primeros sobre los indios canadienses, se considera importante también desde el punto de vista antropológico: Bressani apreció varias características de los indios e intentó comprender muchas costumbres crueles o extrañas de ellos (por ejemplo, la sauna). No faltan en su libro notas curiosas, como la que explicaba el nombre del país a través de una fantástica etimología española (= *hà nada,* mientras ya el pequeño vocabulario añadido a la relación de Cartier en la colección de Ramusio había aclarado que Canadá quería decir «una tierra» en la lengua del país).

No todos los misioneros mostraron igual disponibilidad para con los indios, a pesar de que unas poblaciones podían captar mejor que otras la simpatía de los misioneros. Ya hemos visto la dificultad que también los jesuitas tuvieron con los brasileños antropófagos. Siempre en el Brasil, un caso muy claro de incomprensión viene del capuchino Dionigio Carli. Éste, en el libro publicado en Bassano del Grappa en 1687, *Il moro trasportato nell'inclita città di Venetia,* tras una corta estadía en la antigua Tierra de Santa Cruz, critica despiadadamente las costumbres bestiales de aquellos indios y juzga muy severamente también a los negros, cuyo comercio desde África y cuya esclavitud aprueba sin reservas: el trabajo que se les impone es meritorio porque a través del mismo consiguen superar su maldad y, además, permite comprar ricos muebles y adornos para las iglesias. No faltan aspectos curiosos, y folklóricos, en las páginas de la obra del capuchino: uno es la parcial anticipación de las pinturas de mestizaje criollas del siguiente siglo, porque Dionigio Carli describe de manera detenida el cruce racial salido de la unión de un indio y de una negra (los españoles los llamaban *zambos* o *zambaigos*), esto es —dice— hijos color «rosa seca», rojo oscuro, lo que hacía que en aquella choza se encontrara gente de tres colores.

Al otro extremo de América —y con esto doy por concluida una reseña que debería de ser muy larga— actuaba el jesuita ligur Nicolò Mascardi quien, entre 1655 y 1674, exploró extensísimas regiones de Chile llegando hasta la Patagonia y el estrecho de Magallanes.

De entre los misioneros martirizados, unos fueron italianos, por ejemplo el jesuita Oracio Vecchi matado por los araucanos en Chile.

La América no ibérica: las fundaciones inglesas

En el siglo XVI, poco habían intervenido en América las potencias no ibéricas. Escasa fue pues, entonces, la atención en Italia al respecto. El proceso se puede detectar mejor a través de Venecia.

Por lo que se refiere a Inglaterra, hay que decir que en la época del reinado de Isabel I, el aspecto más llamativo fue el horror producido por las hazañas del corsario Francis Drake en las islas y costas americanas. Tanto por la animadversión a la Reforma protestante como porque el eco de aquellas incursiones llegaba a través de fuentes españolas, el ambiente véneto estuvo poco inclinado a mirar con simpatía aquellos intentos ingleses. A pesar de la suspicacia de «la Serenísima» respecto al poderío del Rey Católico, en el combate anglo-español los venecianos se colocaban al lado de España, tal vez porque parecían gravísimas las intenciones atribuidas a Drake, esto es, adueñarse de las tierras occidentales permitiendo a los indios y a los negros libertad de conciencia, lo que significaría volver a la idolatría o pasar al protestantismo. Incluso los que desaprobaban el trato que los españoles daban a los indígenas no estaban dispuestos a permitir que éstos mejorasen su condición dañando sus almas.

No parece haber sido diferente la situación en otros estados italianos: tanto en Venecia como en las demás tierras de la península, los ingleses fueron más bien conocidos como corsarios. Las exploraciones que éstos u otros marineros desarrollaban en el período (el mismo Drake, Walter Raleigh, Martin Frobisher, etc.) pasaron casi desapercibidas (no hubo traducción alguna al italiano de sus acciones) y, como no se pensaba que los habitantes de las Islas Británicas poseyesen calidad como colonizadores, sólo de pasada se dio noticia de sus primeros intentos en la costa de los actuales Estados Unidos (la colonia de Roanoke, 1584-1590) que pronto, en efecto, fracasaron.

Mayor atención y simpatía se concedió a la colonia de Virginia, destinada a permanecer desde la fundación de Jamestown, en 1607. Eso se debió mucho al hecho de que en aquellos años —precisamente desde 1605-1606 hasta 1621-1622— Venecia e Inglaterra se acercaron en el plan político-militar, en la perspectiva común de poner obstáculos al poder de los Austrias y del papado. Ese acercamiento tuvo consecuencias culturales, que se encuentran reflejadas,

una vez más, en los informes de los embajadores venecianos en Londres. Nunca como en aquellos 15 años, la diplomacia de «la Serenísima» informó sobre los progresos de la colonización inglesa en América. Sin embargo, aun así habría mucho que decir sobre la percepción véneta de aquella realidad. En efecto, la colonia de Virginia y la isla Bermuda —y más tarde las tierras norteñas en que desembarcaron en 1620 los padres peregrinos— fueron consideradas por los diplomáticos de la República no por el valor e interés que tenían en sí, sino como piezas dentro de la partida de ajedrez que jugaban Inglaterra y España o también la que, a nivel más amplio, el mundo salido de la Reforma veía oponerse al que se mantenía fiel a Roma. Siempre —lo que era exacto— se siguieron considerando mucho más importantes las tierras continentales de los españoles; sin embargo, aun cuando se reconoció el intento de poblar de manera estable que tenían algunos colonos anglosajones, más atentos a la agricultura y a la cría de ganado que a buscar Eldorados, se les escapó a los diplomáticos venecianos el carácter de la Virginia Company o Compañía colonial de la Virginia. Describiendo la colonia, los venecianos se encuentran todavía dominados por moldes políticos y culturales castellanos, según los cuales todo debe relacionarse con la Corona. Tanto que el embajador Marcantonio Correr se refiere a la Virginia como a un virreinato con un gobernador nombrado por el rey cuando, en realidad, la colonia era propiedad de la Compañía y su gobernador nombrado por el consejo de la misma. Además, el soberano Jaime I desconfiaba mucho de semejante asunto. Por otra parte, en los informes venecianos se encuentran noticias interesantes, desde la mala fama que tuvo la colonia cuando los que regresaron de allá revelaron las muchas mentiras que había en los folletos de propaganda de la Compañía, hasta la mejora que significó la provisional paz estipulada entre los colonos y los indios algonquinos.

No faltaron venecianos en el establecimiento virginiano. Dentro de la política de atracción de valiosos artesanos extranjeros que hacía entonces Inglaterra, cuatro oficiales del arte del cristal de Murano fueron convencidos para que se trasladasen allende el Atlántico. Esto ocurrió entre 1621 y 1625 y dichos artesanos fueron quizá los primeros emigrantes italianos en las tierras anglosajonas de América. Su historia se encuentra en los informes del embajador Girolamo Lando, diplomático que consiguió, después de la muerte de dos de

aquéllos, que los sobrevivientes pudiesen volver a Inglaterra. Este embajador, y otros después de él, no ocultaba su desprecio y perplejidad por gente que abandonaba la civilización para irse a regiones salvajes. La misma opinión, de manera más o menos manifiesta, se aplicaba a los caballeros y nobles anglosajones que cruzaban el mar. Quizá también por eso, se dio menos realce, casi en el mismo período, a la última y trágica intentona de sir Walter Raleigh en la Guayana (1617), cuyas anteriores aventuras americanas, además, eran ignoradas o infravaloradas por los embajadores de «la Serenísima».

Después del fracaso de la Virginia Company, en 1623, huellas más escasas se encuentran en la documentación veneciana —a pesar de que los anglosajones siguieron progresando en Norteamérica particularmente por el desarrollo de la que luego sería la Nueva Inglaterra—, a causa del fin del acercamiento anglo-veneciano.

La historiadora que más ha estudiado el tema, Federica Ambrosini, ha observado que una de las cosas que sorprenden en los informes de los embajadores venecianos es la incapacidad de éstos para apreciar y poner de manifiesto la novedad y la importancia del proceso entonces empezado en el Massachusetts y en la Nueva Inglaterra con los intentos de construcción de una sociedad radicalmente nueva por espíritus no conformistas y disidentes religiosos. La explicación que se ha dado para justificar ésta y otras ausencias o cerrazones es que la aristocracia de la República prefería ignorar lo que no le gustaba, y que en el trato con las tierras extraeuropeas toda consideración espiritual o ideal tenía que dejarse de lado. Por eso, para el embajador Angelo Correr, que escribía desde Richmond en 1637, la América construida por puritanos de toda clase, desde el desembarque litigando los unos con los otros, no era más que un ejemplo pintoresco de los peligros del fanatismo religioso. Más que aquel experimento le parecía interesante la colonización promovida en el Maine por sir Ferdinand Gorges, tan tradicional como la de Virginia.

Cuando la epidemia puritana consiguió derrocar y matar al rey Carlos I (1649), Venecia interrumpió sus relaciones con Inglaterra; el patriciado veneciano tuvo confirmación de que en su animadversión contra Oliver Cromwell no andaba equivocado cuando, en 1655, «la Serenísima» envió a Londres una misión extraordinaria pidiendo auxilios militares al *lord protector* para la isla de Candia sitia-

da por los turcos. Cromwell tuvo buenas palabras, pero al fin decidió enviar su armada contra las Indias españolas y adueñarse de Jamaica: otra vez América se revelaba contraria a los intereses venecianos.

Después de la restauración de la dinastía Estuardo, el embajador Pietro Mocenigo profetizaba en 1668 que muy pronto Inglaterra y Holanda se lanzarían conjuntamente contra el imperio del Rey Católico en América, y sugería que la única manera para España de salir del apuro era renunciar a conservar el ya anacrónico monopolio comercial allá. Además, en su *Relatione* presentaba las tierras británicas en el Nuevo Mundo —las del extremo norte y Terranova, Nueva Inglaterra, Virginia, parte de la Florida, Jamaica, Bermuda— como una gran extensión, y exaltaba los principios mercantilísticos de la nación inglesa. No profundizaba, sin embargo, en el conocimiento de aquellos mecanismos ni explicaba cómo semejante prosperidad podía fundarse en una renovada explotación de las riquezas naturales de aquellas tierras, en el asiento de negros, etc.

Otra gran ausencia en la correspondencia de los representantes venecianos sobre Norteamérica es la de los naturales del país. También a este respecto se ha dicho que la diplomacia de la República de San Marcos ignoraba lo que no le gustaba, y es cierto que los pobres indígenas de América septentrional no podían competir con los Moctezuma y los Atahualpa de las tierras conocidas por los españoles en el siglo anterior. Sólo de Pocahontas, la princesa algonquina que salvando al capitán John Smith y luego casándose con otro blanco y convirtiéndose al cristianismo había favorecido el afincamiento en Virginia, había dado cuenta al Senado en 1613 el embajador veneciano; pero, cuando aquélla fue de visita a Inglaterra en 1616 —hecho que se celebró mucho en Londres— el representante de «la Serenísima» no dijo ni una palabra sobre el asunto.

Noticias rápidas sobre las diferentes naciones indígenas de Norteamérica y sus costumbres se encuentran en el *Atlante veneto* del geógrafo franciscano Vincenzo Coronelli, pero las mejores imágenes sobre los pieles rojas se encuentran en la segunda edición ampliada (1598, mientras la primera había aparecido en 1590) de una obra de diversión como es los *Habiti antichi et moderni di tutto il mondo,* del pintor y entallador Cesare Veccellio, que era primo de Ticiano. En ella una sección entera propone las vestiduras de los naturales del

Perú (5 láminas), de México (3), de Florida y Virginia (12 en conjunto), acompañadas de largos comentarios en latín y en italiano, que daban noticias también de las costumbres y tradiciones de aquellos indios.

En efecto, la atención a lo extraeuropeo en Venecia ya no era la del siglo anterior. También escaseaban nuevos compendios histórico-geográficos y, con la excepción de la edición italiana del volumen de Luca di Linda, seguían circulando las *Cosmographias* y los *Theatros del mundo* de una centuria antes, en las que, por sencillas razones de cronología, nada había sobre la colonización británica en la América del Norte. A finales del siglo, el *Atlante veneto* del ya citado Coronelli vino a dar una visión más equilibrada de las posesiones europeas en el Nuevo Mundo. En su edición de 1691, en efecto, la obra dedicaba seis páginas a la América septentrional (allí se incluía también a Centroamérica) y ocho a la parte meridional del continente. La rápida descripción de las colonias anglosajonas incluía a Maryland, Nueva Suecia, Nueva York, Nueva Inglaterra y Virginia. En el mapa del hemisferio occidental del mismo Coronelli, que lleva la fecha de 1695, las posesiones de España, Portugal, Francia e Inglaterra estaban muy bien marcadas. Las británicas, a pesar de ser las más pequeñas como extensión territorial, aparecían mucho más grandes por incluir —además de parte de la costa atlántica de los actuales Estados Unidos— todas las tierras de la bahía de Hudson, Groenlandia, y una gran extensión en la Guayana. Menos disponible a cambios innovadores, por su parte, aparece Coronelli en otros terrenos, por ejemplo, a la hora de señalar las instituciones académicas. Hablando de las universidades en el Nuevo Mundo, recuerda sólo cinco existentes en las tierras españolas y olvida el Harvard College, que tenía ya medio siglo de vida. Olvido bastante grave, porque sabemos que en el siglo XVII fueron relativamente numerosos los anglosajones de Norteamérica que se graduaron en Medicina en la Universidad de Padua, la mayoría de los cuales pertenecía a la clase rectora de la Nueva Inglaterra y había estado o estaría en el Harvard College. Por lo que se refiere todavía a la presencia norteamericana en Venecia, según un escrito británico de 1663, poco antes de aquella fecha también algún navío de la Nueva Inglaterra o de Virginia había llegado a Venecia; sin embargo, de ese raro acontecimiento no queda constancia en ninguna fuente de la ciudad lagunar.

LAS TIERRAS HOLANDESAS Y FRANCESAS

Algunas semejanzas con las observaciones dedicadas a la América anglosajona tienen las referencias venecianas con la presencia holandesa en el hemisferio occidental. Los primeros contactos oficiales de Venecia con las Provincias Unidas salidas victoriosas de su lucha contra los españoles remontan a 1608. Pocos de los diplomáticos venecianos de la época tenían una alta opinión de los hombres de los Países Bajos; sin embargo, entre 1617 y 1624, los representantes de la República invitaron allí muchas veces al Senado veneciano a invertir dinero en las navegaciones holandesas, y particularmente en la Compañía de las Indias Occidentales, creada en 1621. Las autoridades prefirieron oponer una política dilatoria, y ni siquiera el descubrimiento de la conjuración del marqués de Bedmar contra «la Serenísima», que alarmó mucho, pudo vencer en 1619 las suspicacias hacia el radicalismo calvinista (que parecía en Venecia muy molesto, a diferencia del tranquilo anglicanismo, apto para frenar al hegemonismo papal-Habsburgo) y el temor, en caso de un abierto compromiso, de una venganza española. Además, la descripción que dio en 1626 el embajador Alvise Contarini de la actividad y objetivos de la Compañía de las Indias Occidentales no era la más idónea para crear entusiasmos. En efecto, el diplomático colocaba el intento dentro de la tradicional lucha antiespañola del país y consideraba más corsarios que mercantes a sus adeptos, quienes se dirigían a apresar buques españoles cargados de oro y no a establecerse de manera estable allende el Atlántico.

Tampoco hubo editor en Venecia que tradujese los viajes extraeuropeos holandeses, como ya había pasado con los ingleses. Algunas referencias se encuentran sólo en obras históricas generales como en el *Compendio historico universale di tutte le cose notabili successe nel mondo...* (1622) de Giovanni Nicolò Doglioni, y en su inmediata continuación (la *Nuova aggiunta al Compendio,* del mismo año y autor), y en *Delle historie memorabili de' suoi tempi...* (1642) de Alessandro Zilioli. En estas obras la exactitud de las referencias biográficas a Walter Raleigh, a Henry Hudson, etc., contrastaba con lo indeterminado y a veces lo erróneo de la ubicación de las tierras evocadas, tanto que se presentaba la Virginia como una región brasileña, lo que atestiguaba una notable confusión entre las posesiones

inglesas y las de la Compañía holandesa. Con relación a la postura ideal de los autores, si Zilioli veía particularmente con cierta simpatía las acciones de las potencias norteñas, Giovan Battista Birago Avogadro aparecía más en consonancia con la opinión mayoritaria que había en Venecia en su continuación (1653) de las *Delle historie memorabili* del autor anterior. Filohispánico y, aún más, filolusitano, Birago Avogadro desarrollaba una larga comparación entre los dos pueblos que habían luchado en el Asia oriental y en el Brasil. Mientras describe a los portugueses como un pueblo piadoso y serio, que supo civilizar a los salvajes brasileños, los holandeses quedan pintados como dominados por un sinnúmero de vicios. Además, la acción de los batavos en el Brasil se describe como muy perjudicial para indios y negros, tanto que, después de un desvío inicial, estos últimos —continúa Birago Avogadro— se habían dado cuenta y habían vuelto a unirse a los lusitanos en la tarea de echar a aquellos malos invasores.

Volviendo a la diplomacia veneciana, si ya en la relación antes citada de 1626, el embajador Alvise Contarini contaba la conquista —y la inmediata pérdida— de la ciudad de Salvador de Bahía por los holandeses de la Compañía de las Indias Occidentales, la siguiente lucha encarnizada en el Brasil ya portugués, y ahora parte de los dominios del Rey Católico (después de la incorporación a España de la Corona de Portugal en 1580), no recibió gran atención en los informes venecianos. Lo que más llama la atención es el olvido —quizá porque no había en ella matiz alguno antiespañol— de la fundación de otro tipo de colonia más al norte, en la isla de Manhattan, lo que dio origen a la ciudad de Nueva Amsterdam (rebautizada Nueva York con la conquista inglesa) y a la Nueva Holanda. Análogamente, el embajador Pietro Mocenigo —que hemos encontrado exaltando el poderío inglés después de la Restauración de 1660— alabando también a las Provincias Unidas parecía no haberse dado cuenta de que la Nueva Holanda ya había pasado bajo el pabellón británico. Sólo el representante de «la Serenísima» en París, en 1664, observaba que la guerra con los ingleses, aun en Norteamérica, era un síntoma de la decadencia de la República batava.

Diferente —y curiosa— es la percepción de las hazañas francesas en América por parte de los representantes venecianos. En efecto, los medios políticos y culturales de la República de San Marcos

tardaron muchísimo en reconocer a Francia no sólo el *status* de potencia marinera y colonial, sino cualquier aptitud o vocación para ello. Al comienzo del siglo XVII, ya olvidados los intentos en la *France anctartique,* el embajador en París Angelo Badoer se dolía de que la monarquía gala asistiese pasivamente a las acciones marítimas ajenas. Éste y otros venecianos, también en los años sucesivos, explicarían el hecho indicando la feracidad de la tierra francesa, que permitía al país prescindir de las colonias. Semejante justificación llegó a ser casi un *leitmotiv* en la visión de Venecia: una visión interesada —se ha escrito— porque permitía a la ciudad lagunar, que cada día se encerraba más en sí misma, absolverse a sí misma encontrando en el extranjero un país próspero sin tener importantes contactos con el mundo oceánico.

Fuera verdad o no que a esto se debiera la actitud veneciana, la diplomacia de la República dio muy poco realce a las acciones coloniales francesas en América. Por ejemplo, en la primera década del siglo, cuando la correspondencia veneciana había dado cuenta de las acciones inglesas en Virginia, pasó casi desapercibida la fundación contemporánea de Quebec. El embajador Antonio Foscarini sólo dedicaba muy escasos renglones a «aquella parte de las Indias que se llama Nueva Francia, donde su Majestad posee unas tierras cercanas al mar». El nombre de Canadá, a pesar de constar ya en una carta del historiador y polemista Paolo Sarpi en 1610, aparecería en la correspondencia diplomática sólo mucho más tarde.

El mito de una Francia rica y feliz incluso sin colonias pareció entrar en crisis en la segunda mitad del siglo, con las iniciativas mercantilistas y las Compañías de comercio del ministro Jean-Baptiste Colbert, entre las cuales destacaba la de las Indias occidentales. No se dio mucha atención a la reclamación directa para sí del gobierno de la colonia por el estado francés en 1663; sin embargo, la conclusión de la fase de las Compañías permitía a los representantes venecianos, a finales del siglo, volver a su *leitmotiv* de Francia, país sin colonias importantes, pues —escribía el embajador Pietro Venier en 1695— sólo muy pocos mercaderes seguían comerciando con las Indias occidentales. Este diplomático, además, seguía presentando los asentamientos de la Nueva Francia como un simple centro mercantil cuando ya tenían una población bastante desarrollada. La realidad del Canadá quizá se apreciaba mejor en el *Atlante veneto* de Co-

ronelli. Puede añadirse, además, que la creciente influencia francesa en el mundo se encontraba reflejada entonces en el *Onomasticum* del compendio geográfico en latín del jesuita de Ferrara Giovanni Battista Riccioli (*Geographiae et hydrographiae reformatae...*, 1672), en donde la lengua moderna que flanqueaba al latín al dar la toponomástica americana era, en lugar del castellano, el francés. Sin embargo, la opinión dominante a finales del siglo sobre la Nueva Francia seguía siendo negativa: un patricio estudioso de geografía —quien estaba más bien atrasado porque basaba sus opiniones en las escuetas relaciones presentes en la colección de Ramusio del siglo anterior—, Paolo Querini, escribía en sus apuntes hacia 1693 que el Canadá era un país pobre y que en sus cuevas vivían antropófagos.

En fin, para concluir, sólo falta subrayar el total olvido —en la correspondencia de los embajadores venecianos— de los problemas teológico-jurídicos que, bien mirado, llevaba consigo el apoderarse de Canadá y de otras tierras de la América del Norte, y la conversión de los indígenas, tanto por parte de franceses como de ingleses y holandeses. No sólo no hay nada que se parezca al gran debate español del siglo anterior —y que en los estados italianos volvía a aparecer en la primera mitad del siglo XVII, después de la traducción de las obras de Las Casas (véase este mismo capítulo, más adelante)—, sino que falta en aquella correspondencia toda referencia a los naturales del país y a su rápido decrecimiento.

Queda completamente fuera de la perspectiva veneciana, pues, el Canadá de los misioneros. Éste, muy celebrado en Francia, tuvo también en Italia unos fastos parciales a través de la pluma del ya nombrado jesuita romano Francesco Giuseppe Bressani que, después de una estadía de una década en el Nuevo Mundo, daba del país y de sus habitantes una descripción interesante. El jesuita, sin embargo, tenía que admitir que aquellas comarcas soportaban un clima tan duro que impedía escribir con la pluma durante cuatro meses porque la tinta se helaba. Hace, además, una buena defensa de las cualidades de los naturales, a pesar de que su historia sea, al fin y al cabo, el relato de una derrota, ya que los paganos iroqueses habían masacrado a la más cristianizada de las naciones indígenas, los hurones. Al libro de Bressani se puede acercar el del franciscano recoleto francés Louis Hennepin, la traducción de cuya obra (*Descrizione della Luigiana. Paese nuovamente scoperto nell'America Setten-*

trionale) apareció en Bolonia en 1686. Ahí no se describía el Canadá sino las regiones al suroeste de aquél, en el que, a pesar de sus esfuerzos, los misioneros no consiguieron grandes resultados.

En las publicaciones mencionadas no se encuentran reflejados, desde luego, los contrastes entre las diferentes órdenes religiosas católicas (capuchinos, carmelitas y sulpicianos, además de jesuitas y franciscanos recoletos), que fueron muchos y graves en las posesiones francesas de América. De estos contrastes se habla en los documentos de la Congregación romana de Propaganda Fide; la Congregación, creada en 1622 con el propósito de coordinar desde Roma la actividad misionera en las tierras americanas en las cuales la autoridad del papa no era prohibida por el patronato regio, fue, hasta que el Canadá terminó de depender de la supervisión de Propaganda Fide (1908), el centro italiano quizá más informado sobre las tierras americanas más septentrionales (y también, en parte, de la actividad de los 144 jesuitas que obraron en las colonias británicas desde 1634 hasta 1774), pero, por supuesto, sus informes y sus correspondencias no fueron conocidos por el público. De todos modos, en la segunda mitad del siglo XVII la actividad misionera disminuyó en parte y el acento religioso recayó más en la creación de una iglesia para la comunidad europea emigrada (Quebec tuvo su obispado en 1674).

El coleccionismo americanista

El coleccionismo americanista también se benefició grandemente de los misioneros. Todas las colecciones eclécticas que surgieron en una u otra ciudad italiana tuvieron en los frailes y curas italianos, y también en los españoles, criollos u otros extranjeros de paso por la península, los mejores proveedores de artículos exóticos. Milán, por ejemplo, consiguió ya en el siglo XVI una magnífica mitra de plumas, obra de la artesanía mexicana. Ésta, donada al papa Pío IV, fue regalada por éste al cardenal y arzobispo Carlo Borromeo, y aún se conserva en el Museo del Duomo de Milán. Puede ser que aquel sombrero obispal —otros semejantes se conservan en Florencia, y muchos en Austria y en Alemania— fuese llevado a Italia por el piadoso obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, que en la Nueva Es-

paña dio su protección a semejantes artesanías y que durante el viaje que realizó a España y a Roma entre 1547-1554 trajo consigo a un grupo de artesanos tarascos.

El mismo Federico Borromeo recibió regalos americanos, que en parte terminaron en la Ambrosiana. De todos modos, fue Manfredo Settala (1600-1680), canónico ambrosiano, el que reunió más objetos de América, además de los procedentes de las regiones asiáticas y africanas: bezoares de Perú, armas y cestas de Chile, coronas de plumas de los indios brasileños tupinambá, etc. El museo de Settala, organizado como una *WunderKammer* o Cámara de las Maravillas, de manera no diferente a los que existían en otros países y particularmente en las tierras de lengua alemana, llegó a ser una atracción para todo extranjero que pasaba por Milán. Cuando murió su dueño, los objetos terminaron en la Biblioteca Ambrosiana, pero ésta no supo cuidarlos bien y después de la Segunda Guerra Mundial los productos etnográficos se dispersaron en gran parte o fueron destruidos (todavía se conserva en la Ambrosiana el manto tupinambá, completamente estropeado y con las plumas comidas por las polillas).

Hay que subrayar, además, la persistencia en Milán del arte amanteca. Ya se ha hablado de la visita a Italia del obispo Vasco de Quiroga: puede ser que, por la buena impresión dejada por las obras de los artesanos mexicanos, las autoridades llamasen de la Nueva España a algún otro oficial. Como quiera que fuese, poco antes de 1618, el lombardo Dionisio Minaggio, jardinero del gobernador español del Milanesado, hizo un libro —que todavía se conserva— con 156 curiosos cuadros de plumas de aves representando escenas ornitológicas, de caza (hay también guacamayas y un indio con cerbatana), de la comedia del arte, de música, etc.

Otra serie de importantes objetos americanos fueron los recogidos en Roma por el jesuita Athanasius Kircher.

Hazañas bélicas napolitanas en el Brasil

El siglo XVII es «la centuria de hierro» de la historia de la Edad Moderna, y esta misma expresión la emplean muchos jefes militares italianos contemporáneos. No sorprende, pues, a pesar de la

decadencia de la península, encontrar soldados italianos allende el Atlántico.

El episodio ocurrió con ocasión de la conquista de la zona más rica del Brasil por parte de los Países Bajos que se habían independizado de España. Tropas de la Compañía de las Indias Occidentales se adueñaron de Salvador de Bahía en 1624. La respuesta del Rey Católico fue inmediata, y dentro de la gran armada que se dirigió el año siguiente a reconquistar la ciudad hubo cuatro navíos napolitanos y un tercio de 830 soldados todos enrolados en el Reino de Nápoles; su comandante era el mariscal de campo Carlo Andrea Caracciolo, marqués de Torrecuso, y la oficialidad contaba con una cincuentena de hombres, entre ellos Giovan Vincenzo Sanfelice, conde de Bagnoli. Además, hay que decir que de entre los brasileños que se empeñaron en la misma causa había un Lorenzo Cavalcanti, descendiente del florentino Filippo Cavalcanti que, a mitad del siglo XVI se había casado con una mujer de la familia de los Alburquerque, capitanes donatarios de Pernambuco, dando origen a uno de los más poderosos apellidos del país. La reconquista de Bahía, gracias a la ausencia de la armada holandesa, fue fácil y los napolitanos tuvieron muy pocos muertos. A pesar de la rendición del enemigo la ciudad fue igualmente puesta a saco. En el viaje de regreso, naufragó uno de los buques de la escuadra napolitana.

El esfuerzo de los soldados y oficiales napolitanos no terminó allí, porque los mismos volvieron a Brasil poco después. En efecto, los holandeses conquistaron en 1630 Olinda y Recife, y de Pernambuco extendieron su dominio a lo largo de gran parte de la costa. Mucho más trabajosa fue entonces la lucha, y las tropas napolitanas llegadas en 1631 —unos 300 hombres bajo la guía del Sanfelice ya nombrado— sufrieron duros combates navales y terrestres hasta ser vencidos en 1635. Entre los muertos estaba el jesuita siciliano Antonio Bellavia que, presente en Brasil desde 1622, había catequizado a los indios del Maranhão. Entre los refuerzos enviados de España, de Portugal y de otros países de la Corona había otra vez soldados napolitanos, pero el cuerpo expedicionario fue derrotado en 1636. Sanfelice experimentó la guerra de guerrillas y luego, en 1637, hizo una épica retirada estratégica hasta Bahía, quemando al pasar todo lo que no podía ser transportado por la columna de soldados, habitantes, esclavos negros y auxiliares indios. En 1638 él mismo dirigió

valerosamente la defensa de Bahía de los ataques de Mauricio de Nassau, que finalmente tuvo que levantar el cerco; participó luego en el combate naval del año siguiente, en el que otra vez las fuerzas del Rey Católico salieron mal paradas. Vuelto a Europa en 1641, Sanfelice obtuvo por su valor el título de príncipe y un feudo en Terra d'Otranto. Terminaba por aquellas fechas el dominio de España sobre Portugal y, en consecuencia, fueron retiradas del Brasil las tropas españolas e italianas (parece que entonces los napolitanos eran unos 600). Sin embargo, los mismos brasileños acudieron contra los holandeses que seguían en Pernambuco y aquella actividad político-militar vio la participación de otro jesuita siciliano, Benedetto Amodei, quien empujó al combate en 1643-1645 al general patriota António Teixeira, certificándole haber tenido visiones proféticas acerca de la victoria (este padre murió en 1646, considerado un santo por los habitantes). En fin, cuando se dio el cerco de Recife (1653-1654), que terminó con la rendición final y la evacuación del Brasil por los soldados de las Provincias Unidas, también participaron tres navíos de Génova del marqués Pallavicino.

La difusión de las acusaciones lascasianas y la actividad editorial

Por lo que se refiere a la imprenta, todavía durante el siglo XVI Venecia fue la capital. En los libros de tema americano publicados entonces —fueran obras originales o traducciones— merece ser remarcado un tema: la difusión de las obras de Las Casas y de la «leyenda negra» antiespañola en las Indias.

El bombardeo fue abierto en 1612-1613 por los *Ragguagli di Parnaso* de Trajano (Traiano) Boccalini que, particularmente en el *ragguaglio* noventa de la segunda centuria, llegó, con el fin de desenmascarar al mito hispano-imperial de la monarquía católica y sus métodos de gobierno, a tomar el pelo al mismo Colón y a todos los primeros exploradores de América llamándolos «argonautas del mal francés» y afirmando que lo único que habían traído de América era aquel instrumento de punición de los libidinosos. Con acentos que habían sido ya de Pedro Mártir de Anglería, Boccalini condenaba la *sacra auri fames,* etc. En 1618, otro *Avviso di Parnaso,* esta vez apócrifo porque no era de Boccalini sino de Giacomo Castellani bajo el

pseudónimo de Valerio Fulvio Savoiano, volvía a atacar a los españoles con mayor saña que su antecesor, acusándoles de ser ellos los bárbaros y sodomíticos, los que impedían la predicación del evangelio en las Indias, etc.

En fin, más de 70 años después de su publicación en Sevilla (1552), aparecía en Venecia en traducción italiana, en 1626 (fue reeditada en 1630 y 1643), la *Istoria ò brevissima relatione della distruttione dell'Indie Occidentali* del defensor de los indios Bartolomé de las Casas. Más tarde eran publicados *Il Supplice schiavo indiano* (ediciones de 1616, 1636 y 1657); en 1640 *La libertà pretesa dal supplice schiavo indiano;* en 1644 y 1645, la *Conquista dell'Indie Occidentali.* El primer texto es la traducción de la durísima denuncia *Brevísima relación de la destrucción de las Indias;* los demás son traducciones de otros panfletos lascasianos, respectivamente el *Tratado sobre la materia de los indios que se han hecho en ellas esclavos,* el *Octavo remedio para la reformación de las Indias,* y *Aquí se contiene una disputa o controversia,* todos editados en España en 1552.

El hecho de que sólo con tanto retraso apareciesen en Italia traducciones de las obras lascasianas, mientras que en las Provincias Unidas se publicaran ya desde 1578, permite relacionar la iniciativa a la coyuntura bélica que, primero con el inicio de la primera guerra de sucesión de Mantua (1613), y luego con el comienzo de la que sería la guerra de los Treinta Años (1618), opondría a España el Ducado de Saboya, Francia, etc. La ola de publicaciones lascasianas ha sido juzgada como un recurso de la propaganda francesa en Venecia; además, también en este período Turín se había convertido en un centro de difusión de la «leyenda negra» contra España, porque a la corte de Saboya se debía el haber encendido las brasas estimulando a los escritores a atacar a España, por ejemplo a través de las obras redactadas, bajo diferentes pseudónimos, del luego traductor de la *Brevísima relación,* Giacomo Castellani.

Los resultados políticos y culturales de aquella oleada de leyenda negra son controvertidos. El entusiasmo hacia las doctrinas lascasianas parece haber sido en Venecia quizás agudo, pero efímero. Además, hay que subrayar lo ajeno que resultó al fin y al cabo a la diplomacia veneciana en el siglo XVII el problema de la explotación del indio en los virreinatos y capitanías de España, ausencia que en aquella correspondencia se coloca al lado del total desinterés —al

que ya he aludido— por la conversión de los indígenas, afán que, en formas casi místicas, tenía entonces la penetración francesa en el Nuevo Mundo. Por otra parte, la difusión de la traducción italiana de la *Brevísima relación* debió de ser muy amplia y dirigirse también a otras tierras sujetas al Rey Católico (en España después de 1552 no se había vuelto a imprimir) porque al lado del texto italiano aquella edición ponía también el original castellano. Quizá no se pueda rechazar completamente la persistencia en la península italiana de ciertas corrientes subterráneas relacionadas con el asunto lascasiano, arroyos antiespañoles que saldrían a la luz de vez en cuando, en las épocas siguientes. Sin embargo, si, como ha hecho Pier Chaunu, medimos la jerarquía de la saña antiespañola por el número de las traducciones de Las Casas, encontramos que Venencia y Turín se encontraban en los puestos más bajos de Europa, frente a las 46 traducciones holandesas, a las 37 francesas y las 13 inglesas.

Además, también en la Lombardía española —lo que no termina de sorprender— hubo cierta reflexión sobre Las Casas. El obispo de Chiapas fue sacado primeramente del olvido precisamente por el teólogo dominico boloñés Michele Pio, que publicó en Pavía, el máximo centro cultural del Milanesado, en 1613, una pequeña biografía de Las Casas. Ésta ha pasado casi desapercibida hasta hace poco por estar incluida, con otras vidas de hombres ilustres de la Orden de Santo Domingo, en un librito en cuyo título no se podía detectar que tratase del apóstol de los indios. Allá, Michele Pio hacía hincapié en la defensa de los naturales desarrollada por Las Casas y en el cumplimiento de su profecía de la destrucción de la isla de La Española. Las fuentes empleadas eran los mismos escritos de Las Casas y también la *Brevísima relación,* de manera que a la Lombardía española hay que atribuir el primado en el redescubrimiento del defensor de los indios. Las páginas de Michele Pio fueron luego reeditadas como apéndice a nuevas reediciones del *Avviso di Parnaso* de Castellani.

Dentro del candente tema de los malos tratamientos a los indios se puede registrar también otra curiosa publicación, una de las pocas que se imprimieron en castellano en Italia en el período de la preponderancia española, y la única, excepto las relacionadas con Las Casas, que resulta haber sido publicada sobre la vidriosa materia. Se trata del *Llanto sagrado de la América meridional* del agustino

peruano Francisco Romero, texto que fue editado en Milán en 1693, por el impresor oficial del Ducado. Su autor, que tenía buenas relaciones en la corte del último Austria, Carlos II, en Roma, y quizás en Milán, relató en aquella obra sus intentos de evangelización en el territorio de la actual República de Colombia, los abusos que se cometían contra los indios y el pésimo gobierno de las Audiencias, gobernadores, corregidores y otras autoridades civiles. Como Francisco Romero era un misionero apostólico, es decir, había recibido directamente de Propaganda Fide sus autorizaciones, se ponía, en cierta medida, fuera del patronato regio. El agustino, además, consideraba que las autoridades eclesiásticas eran superiores a las civiles —idea que ya había sido de San Carlo Borromeo—, y proponía el remedio de atribuir funciones de gobierno, en las Indias, a los obispos. No sorprende, pues, que la obra fuese retirada pronto y desapareciese de la circulación; se conservan muy pocos ejemplares en todo el mundo, y ninguno en Italia.

El *Llanto sagrado,* como se ha indicado, no es la única obra original sobre las Indias publicada en el siglo XVII en Italia: a pesar de que el número de escritos semejantes sería mucho más importante en la sucesiva centuria, se debe recordar aquí, por lo menos, el libro de Alonso de Ovalle, jesuita criollo de Santiago de Chile, *Historica relatione del Chile e delle missioni che esercita... la Compagnia di Giesù...* (Roma, 1646). En relación con la difusión de los productos americanos hay que recordar la aparición en Roma, en 1651, del volumen del médico español Francisco Hernández, *Rerum medicarum novae Hispaniae mineralium mexicanorum,* en el cual preciosas láminas daban cuenta de los animales y de la naturaleza mexicana (la anterior pieza clave sobre el mismo tema, la obra de Nicolás Bautista Monardes sobre las virtudes medicinales de muchos vegetales, animales, etc., de las Indias, había sido traducida al italiano pocos años después de su aparición en 1565 en España).

Cierra la centuria el libro escrito por Giovanni Francesco Gemelli Careri. Este calabrés, licenciado en Derecho, habiéndose cansado de su actividad en los tribunales, empezó en 1693 un largo viaje que le llevaría hasta la China y, desde allí, a Filipinas y a la Nueva España, para regresar a su patria en 1698. De todas sus andanzas dio cuenta en el *Giro del Mondo,* obra editada por primera vez en 1699-1700 en Nápoles y que tuvo seis ediciones hasta 1728 en Italia y en

Europa. En la parte que se refiere a México —la sexta y última— el viajero italiano da una serie de curiosos cuadros del país, entre los cuales están la descripción del trabajo en las minas de plata, la avidez de las autoridades coloniales y la persistencia de la idolatría entre los indígenas.

III

EL SIGLO DE LAS LUCES: NUEVO INTERÉS HACIA AMÉRICA

En el siglo XVIII, en particular en su segunda mitad, el Nuevo Mundo y sus habitantes son objeto otra vez, y quizá con más empuje que en el siglo XVI, del interés de los intelectuales de Europa. También en Italia América vuelve a polarizar la atención: se «descubren» las antiguas civilizaciones precolombinas; se discute sobre el sitio que compete a las tierras americanas en el orbe y sobre el «buen salvaje»; siempre por primera vez, con ocasión del triunfo de la revolución independentista y republicana contra Inglaterra, la parte septentrional del continente logra salir triunfalmente del olvido.

Los aztecas de un discípulo de Giambattista Vico, Lorenzo Boturini Benaduci

La investigación que se desarrolla en la península italiana en lo que será «el siglo de las luces» empieza a ocuparse de América con la obra de Giambattista Vico (1688-1744). Este genial filósofo de la historia incluye al Nuevo Mundo en su sistema ya en los *Principi di una Scienza Nuova intorno alla natura delle nazioni* (1725), obra conocida también como *Scienza Nuova prima.* En ella, mejor que en otros escritos, Vico expresa su pensamiento sobre el origen y la cronología del mundo y las tres grandes épocas de la humanidad, esto es, la edad de los dioses, la de los héroes, y la de los hombres, en las que predominan, respectivamente, los sentidos, la fantasía y, finalmente, la razón. Como en los años en los que Vico escribía no había comenzado aún el debate sobre las antiguas civilizaciones americanas,

el filósofo napolitano se refiere a los indios del presente. Subraya que los naturales del Nuevo Mundo viven no en el estado primordial de las bestias, sino en un estado tribal y patriarcal. Los coloca, pues, en la edad de los dioses. Además, ya que los indígenas americanos habían dejado hacía 1.500 años antes el estado *ferino,* es decir, de las bestias, no puede aplicarse a ellos la definición de «hombres salvajes».

Los indios de la época que vivían en estado tribal encuentran en Vico, pues, una colocación en la historia cultural de la humanidad que no es mala ni perjudicial. Sin embargo, habrá que esperar a un discípulo lombardo del filósofo napolitano para que no ya los indígenas desnudos sino el pueblo de Moctezuma encuentre su sitio en el desarrollo comparado de la civilización. En efecto, el italiano que dio la más valiosa aportación al redescubrimiento de los antiguos mexicanos fue el originario de Sondrio, pero educado en Milán, Lorenzo Boturini Benaduci (1702-1755). En México, adonde había llegado fortuitamente, se enamoró de las antigüedades aztecas y estuvo siete años (1736-1744) recogiendo escrituras y otros objetos (más de 500). Desafortunadamente las autoridades del virreinato de la Nueva España pusieron en duda la legalidad de su ingreso en el país y le secuestraron el material recogido. A pesar de esto, Boturini pudo reconstruir de memoria la lista —el *Catálogo del Museo Indiano*— de las cosas que le habían sido encautadas y redactar un primer proyecto —*Idea de una nueva historia general de la América septentrional*— de la obra que quería escribir. Posteriormente viajó a España, donde encontró crédito en la corte, pero, a pesar de las órdenes dadas por las autoridades de Madrid, los antiguos documentos y objetos recogidos por el italiano no le fueron devueltos y se dispersaron. Sin embargo, Boturini Benaduci fue nombrado «cronista en las Indias» (nótese que era *en* y no *de* las Indias, porque otro español tenía ese cargo oficial); pudo publicar la *Idea de una nueva historia general* (Madrid, 1746), y redactar parte de esta ambiciosa historia.

El estudioso lombardo tuvo la convicción de que los pueblos precolombinos habían estado en contacto con las naciones de otras partes del mundo, y en sus escritos aplicó la filosofía de la historia de Giambattista Vico a los antiguos mexicanos profundizando en las intuiciones de aquél. Lo mismo que había hecho el filósofo napolitano con los mitos del mundo mesopotámico, egipcio y mediterráneo,

hizo Boturini: con indudable genialidad y novedosamente reconstruyó las tres edades del mundo no en Eurasia sino en la América septentrional, manejando e interpretando figuras del panteón y de la historia de los aztecas. La obra de Boturini es aún más valiosa si tenemos en cuenta que es anterior al «redescubrimiento» de las antiguas civilizaciones americanas, que vino unos años después.

Antes de describir la manera en que otros intelectuales italianos aprovecharon aquellos nuevos conocimientos, hay que hablar del otro gran tema polémico del siglo, esto es de las reducciones jesuíticas del Paraguay.

Fin de las misiones jesuíticas y polémicas sobre América

Ya he tenido la ocasión de referirme a los jesuitas y también, a través del cardenal Federico Borromeo, a las reducciones del Paraguay. Normalmente se viene considerando a éstas como un «invento» de dos padres italianos, Simone Mascetta y Giuseppe Cataldini, de Nápoles y de Las Marcas, respectivamente. Presentes desde 1609 en la provincia paraguaya, fundaron las misiones del Guairá y murieron en la reducción de San Ignacio Miní (actual Argentina), respectivamente en 1653 y 1658.

Si se sabe que el nombre de aquellas especiales misiones viene de *reducere ad ecclesiam et vitam civilem,* muy controvertido es el modelo —si lo hubo— que siguieron. Hay que desmentir que las ideas de Tommaso Campanella, el inquieto monje calabrés autor en 1602 de la *Città del sole,* tuviesen alguna importancia en su construcción.

De todos modos, como se sabe, cuando el dominio jesuita en el Paraná y en el Plata consiguió su forma más o menos definitiva incluía 30 reducciones esparcidas en un territorio de 400.000 kilómetros cuadrados, con 141.000 o más almas en 1732. No cabe duda de que la existencia que los guaraníes llevaban bajo la suave férula de los padres (por lo general, en cada reducción había de 1.500 a 7.000 indígenas, y dos jesuitas) era mucho mejor de la que tenían sus compañeros en las chacras o en los ingenios de los colonos de Asunción del Paraguay o en las tierras brasileñas de São Paulo. En las reducciones trabajaban en los campos o en los talleres, vivían en habita-

ciones familiares monogámicas y rezaban varias veces al día llamados por el toque de las campanas. Más controvertido es si los indios no eran más felices viviendo seminómadas y salvajemente, antes de la llegada de los blancos.

El relativismo y la crítica de la civilización ejercidos por Montaigne y Jean-Jacques Rousseau siguen produciendo efectos. Sea como fuere, la percepción del «sacro experimento» —como también ha sido llamada la experiencia de las reducciones— tuvo en Italia tantos detractores (particularmente numerosos en Venecia fueron los libelos contra los jesuitas) como defensores. El más famoso de estos últimos, en Italia, fue el gran erudito Ludovico Antonio Muratori, bibliotecario en Módena, quien, a pesar de no ser muy amigo de las teorías políticas jesuíticas, dio un título significativo –*Il Cristianesimo felice nelle missioni de' padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai*– a su obra sobre el tema escrita en 1743. El mismo erudito confesó a un amigo haberse enamorado de las reducciones por lo que de cristianismo primitivo había en ellas. Quizá por esto Muratori renunció a aplicar en su libro los rigurosos criterios de análisis histórico y cuidadosa valoración de las fuentes siempre propugnados por él, y redactó una obra entusiasta sobre la base de unos textos de la misma Compañía de Jesús. Entre las fuentes manejadas por el gran erudito hay unas cartas —también reproducidas en el apéndice del libro— del padre modenés Gaetano Cattaneo, quien estaba desde 1729 entre los guaraníes y que murió de fiebres en 1733 en la reducción de Santa Rosa. Además de describir las hazañas de los miembros de la Compañía y la organización de las misiones, Muratori presenta —a través de las palabras de los padres— un cuadro sombrío de la colonización ibérica y de la dura explotación de indios y negros, a pesar de las piadosas leyes de protección existentes. No falta la descripción de las incursiones que contra las reducciones hacían los *mamelucos,* esto es, los habitantes de la ciudad brasileña de São Paulo, para esclavizar a los muy apetecidos indios civilizados por los padres. Cuando los paulistas destruyeron la reducción de Jesús y María y se llevaron a São Paulo a miles de guaraníes esclavizados, el padre Simone Mascetta fue uno de los que asumieron el triste encargo de acompañar 800 millas a los prisioneros, para luego intentar conseguir, con poca fortuna, su restitución (pudo volver al Guairá con sólo 50 de ellos). Hay que añadir que en São Paulo, re-

ducto de aventureros de toda clase y raza, ya entonces había también italianos.

A pesar de la propaganda hecha por Muratori y de las muchas obras promocionadas directamente por la Compañía, un cuarto de siglo más tarde se produjo la destrucción de lo que se había llevado a cabo en la provincia del Paraguay y en las demás regiones de América en las que también estaban los jesuitas, fuesen ciudades o territorios alejados. Preparada por críticas cultas y vulgares, llegó por causas políticas y económicas: expulsados de los territorios de Portugal por decreto de 1759, de los de Francia en 1764, y de los de España en 1767, los padres —tanto los españoles y criollos como los extranjeros, y entre éstos había muchos italianos— terminaron en gran número en la península italiana, particularmente en el estado de la Iglesia, donde en 1773 los sorprendió también la disolución de la Compañía, decretada por el papa. A pesar de la persecución, algunos de los antiguos padres provenientes del Nuevo Mundo no callaron, y a través de una serie de obras —publicadas en italiano, castellano o latín— se comprometieron con la defensa de los indios, de los criollos y de la naturaleza americana.

Blanco privilegiado de la contestación de los antiguos misioneros fueron las afirmaciones de George-Louis Leclerc, conde de Buffon —que en su *Histoire naturelle* había juzgado inmadura e inferior la naturaleza americana— y del filósofo holandés Cornelius de Pauw, que en las *Recherches philosophiques sur les Américains* había aumentado el daño atacando ferozmente a los hombres que vivían en América, particularmente a los indios —tanto los precolombinos como los contemporáneos—, pero sin salvar tampoco a los criollos. Especialmente contra Pauw y sus acusaciones se pronunciaron todos los jesuitas que escribieron en Italia. Excepción en este sentido es la obra del catalán Joan Nuix, quien en las *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnoli nell'Indie contro i pretesi filosofi e politici per servire di lume alle storie del Sig. E. Robertson* (Venecia, 1780) se expresó de manera diferente de los demás, quizá para contrarrestar la obra demoledora del señorío de España en el Nuevo Mundo que terminó siendo esta literatura jesuítica.

La obra más famosa publicada en Italia por los jesuitas expulsados fue la pujante *Storia antica del Messico cavata da'migliori storici spagnoli* (Cesena, 1780-1781) de Francisco Xavier Clavigero (luego

traducida al castellano), texto que, además de ser una completa apología del indio mexicano, representó una verdadera revolución permitiendo el redescubrimiento de los aztecas. Lo mismo, en relación con la parte austral del continente, hizo el padre chileno Juan Ignacio Molina en dos obras (*Compendio della storia geografica, naturale e civile del Regno del Chile,* Bolonia, 1776, y *Saggio sulla storia naturale del Chile,* Bolonia, 1782), dedicadas a la exaltación de la naturaleza americana, en polémica con Buffon, y a la defensa política y cultural de los criollos. José Manuel Paramás desarrolló una comparación entre la sociedad de los guaraníes del Paraguay y la república ideal de Platón (*Introduzione a De vita et moribus tredecim virorum Paraguaycorum,* 1793).

Más realce es oportuno dar aquí a uno de los ex jesuitas de nacionalidad italiana que igualmente escribieron. Se trata de Filippo Salvatore Gilij, nacido en la región de Umbría en 1721 —su apellido en origen debía de ser Gigli—, que pasó a América en 1743, y vivió entre los indígenas del Orinoco desde 1749 hasta su expulsión, en 1767. En la selva oriental de Venezuela siguió las huellas de otro jesuita español, José Gumilla: éste había publicado en 1741 y 1745 el *Orinoco Ilustrado* y Gilij, de regreso en Italia, editó a su vez (Roma, 1780-1784) un libro mucho más extenso, el *Saggio di Storia americana...,* que es la obra que, junto con las de Charles-Marie de La Condamine y de Alexander von Humboldt, mejor permitió conocer las tierras del Orinoco. Todos los aspectos de la región, y particularmente los antropológicos y lingüísticos, son investigados por el ex jesuita. Su obra, además, destaca positivamente por su equilibrio entre los escritos, a menudo desmandados, producidos por la gran polémica sobre el Nuevo Mundo. A pesar de ser un defensor de lo americano y adversario de los *philosophes,* el padre italiano no dudó en condenar también las exageraciones de algún que otro antiguo compañero de religión (incluso las del gran Clavigero, que había llegado a justificar el canibalismo, etc.). De esta manera queda lejos tanto de los paladines de la total superioridad europea como de cierto fanatismo de los ex jesuitas criollos.

A pesar de que sólo escribiesen cartas y relaciones que por mucho tiempo quedaron inéditas, merece la pena recordar también a los jesuitas italianos cuyo campo privilegiado de actividad fueron las misiones de la Baja California. En este sentido destacan desde

finales del siglo XVII hasta la tercera década de la centuria siguiente: el trentino Eusebio Francesco Chino (llamado Kino en el mundo hispánico), el milanés Giovanni Maria Salvaterra (conocido mejor como Salvatierra), y el palermitano Francesco Maria Piccolo. Tampoco podemos evitar mencionar, por lo menos de pasada, a algunos de los padres italianos que aunque no escribieron sí trabajaron en las antiguas misiones. Entre los arquitectos destacaba el lombardo Juan Andrea Bianchi en las ciudades de Buenos Aires y Córdoba, y los dos milaneses Giuseppe Bressanelli y Giovanbattista Primoli, el primero artífice de muchas construcciones en ciudades paraguayas y en las reducciones de Loreto, San Borja, San Ignacio Miní, etc., y el segundo en ciudades y reducciones del Plata.

Por lo que se refiere al Brasil, es suficiente dar cuenta del padre de Menaggio (pueblo del lago de Como) Gabriele Malagrida (1689-1761), que pasó gran parte de su vida, desde 1721, en la rica colonia lusitana en América. Misionero en el Maranhão y en las regiones de Bahía, Pernambuco, Recife y Paraíba, Malagrida, a pesar de sus esfuerzos, tuvo más éxito en las ciudades de los colonos brasileños y en Portugal que entre los indios. Su descripción de éstos —dos veces intentaron matarlo— no difiere mucho de las imágenes de los misioneros del siglo XVI (antropofagia, ignorancia, crueldad, olvido de la ley natural y de la idea de una divinidad superior); caracteres que hacían necesario, para la evangelización, que los indígenas fuesen antes sojuzgados por las armas europeas. Muy hostil al despotismo de Pombal y a sus medidas tanto en las colonias como en la parte continental de Portugal, Malagrida estuvo entre los muchos jesuitas encarcelados en Lisboa y por varias razones —debió de influir su dureza y su inclinación profética y visionaria, que se acrecentó mucho en las mazmorras— fue escogido probablemente como víctima para un escarmiento general de los enemigos de la política pombalina: procesado por herejía y otras acusaciones infamantes, fue quemado en la capital portuguesa. Hoy está considerado un mártir de la Iglesia.

Canadá hasta el final de la guerra de los Siete Años

A diferencia de lo que ocurría con Hispanoamérica, todavía en el siglo XVIII Canadá era un país más bien desconocido en Italia.

La Congregación romana de Propaganda Fide, que tenía la tarea institucional de presidir la evangelización de aquellas tierras, recibía, sí, noticias, pero sus informes tenían muy limitada circulación incluso dentro de los ambientes eclesiásticos. Lo poco que hay sobre la Nueva Francia se encuentra en la producción editorial veneciana. A pesar de no ser ya la del siglo XVI que llevaba la delantera en Europa, Venecia, en la segunda mitad del siglo, editando un cuarto de los libros italianos, era todavía el centro más importante de la península; igualmente, producía las dos terceras partes de las publicaciones periódicas. El examen de lo que se encuentra allí sobre el tema canadiense puede darnos una idea cabal, pues, del conocimiento o, mejor, del desconocimiento que había entonces.

Sabemos, por ejemplo, que la parte más municipalista o conservadora de los intelectuales de la época seguía reivindicando para los hermanos Zeno el descubrimiento de Norteamérica. A aquélla se unió otra batalla análoga, aunque históricamente menos descabellada, en favor de los merecimientos de Juan y de Sebastiano Caboto. Poco interés —lo que parece confirmar la sordera espiritual veneciana del siglo anterior— seguía produciendo la evangelización: en los cinco tomos de las cartas jesuíticas publicadas en la ciudad de San Marcos *(Lettere edificanti, e curiose, scritte dalle missioni...,* 1751-1755), sólo una de las correspondencias se refiere a la América más septentrional. En efecto, después del exterminio de los en parte convertidos hurones por los iroqueses, ésta y otras naciones indias de Norteamérica se mostraban reacias a la conversión, así que, contrariamente al siglo anterior, Canadá no podía presentarse como un buen botón de muestra de la evangelización de los naturales (de igual manera el modelo dominante, hasta la séptima década del siglo, fue el de las reducciones del Paraguay).

Siempre en relación con los indígenas, si en los ambientes tradicionales era todavía negativa su descripción (véase, por ejemplo, el *Dizionario Poligrafico* de 1767), tocaba ahora a las publicaciones conectadas con la nueva filosofía de las luces ensalzar sus virtudes. Ya llegaba el mito del buen salvaje, del que, en relación con los naturales de la Nueva Francia, uno de los primeros forjadores había sido el francés barón de Lahontan. Además, en el *Nuovo Dizionario scientifico e curioso sacroprofano,* de 1746, Giovan Francesco Privati daba de Canadá y de sus habitantes, en cinco páginas, una descripción de

categoría (sin embargo, aquella publicación tenía carácter excepcional, pues las escasas referencias que se encontraban en los demás libros seguían representando las tierras septentrionales de Norteamérica únicamente como un país del que se podían sacar sólo pieles de castor).

Más tarde, en los dominios venecianos y en otros estados de la península (así hacía Alessandro Verri en Milán, etc.), unos cuantos intelectuales encontrarían en los salvajes del Canadá y de Norteamérica un ejemplo de virtudes naturales: mucho, desde luego, contribuyeron a ello los *Moeurs des Sauvages Amériquains comparée aux moeurs des premiers temps,* obra del jesuita Joseph-François Lafitau, y la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* de Guillaume-Thomas Raynal, tanto en la edición original como en sus traducciones italianas (desde 1778). El camino de las nuevas ideas no fue, sin embargo, siempre fácil, ya que, por ejemplo, las *Lettres Iroquoises* de Jean-Henri Maubert de Gouvet fueron bloqueadas por la censura en la aduana de «la Serenísima» en 1755, y quemadas por difundir y exaltar el equivocado naturalismo de los salvajes y mofarse de toda religión revelada y de todo gobierno político.

Nueva atención sobre Canadá trajo consigo la guerra de los Siete Años, conocida en la América anglosajona como guerra franco-indiana. De las peripecias de aquella lucha entre Francia e Inglaterra informaron las gacetas a partir de 1755. A este respecto destacó la veneciana *Storia dell'anno,* publicación que era casi un anuario de historia contemporánea. Ésta estuvo al tanto del desarrollo del conflicto a través de fuentes inglesas, o porque —como precisaba el periódico— la prensa de Londres era más objetiva, o porque, según parece, eran más rápidas las comunicaciones entre Venecia y Londres (para tener idea, la noticia de la caída de la ciudad de Quebec, tardó 42 días en ser conocida a través del camino inglés). La *Storia dell'anno* dio gran realce a los combates coloniales de 1755, pero al año siguiente, cuando la guerra estalló también en Europa, la atención hacia las acciones canadienses disminuyó, aumentando sólo con ocasión de la toma de Quebec y de la de Montreal, con la que, prácticamente, los anglosajones ganaron la lucha en Norteamérica. Como las autoridades de la República exigían de las gacetas gran sobriedad de comentarios, el redactor de la *Storia dell'anno,* el abad

Giovanni Epis, profundizó en las razones del conflicto sólo cuando ya no podía dudarse de quién iba a ser el vencedor. Así, en el número del periódico que se refería a los acontecimientos de 1759, se explicaba el conflicto a la luz de la competencia comercial, casi único esquema de interpretación de la realidad colonial: se hizo más hincapié, pues, en la pérdida de las pieles de castor que en la suerte de los franco-canadienses, cuya existencia parecía más bien ignorarse. Poco realce tuvieron también la cesión de Luisiana a España por parte de Francia y la reducción de Norteamérica a un condominio anglo-español. Por otra parte, el *Compendio della guerra nata per confini in America tra la Francia, e l'Inghilterra...*, publicado por Marc'Antonio Badia en 1763 en Venecia (es falso el pie de imprenta, que dice Amsterdam) no es una obra original, sino una compilación hecha a través de los artículos de la recién citada *Storia dell'anno.*

Además de las gacetas, pocos intelectuales parecen haberse apasionado en Italia por la guerra que cambió el destino de Canadá. El más conocido fue el cosmopolita Francesco Algarotti, al que tendremos ocasión de encontrar también pontificando sobre el imperio incaico. Siempre inclinado a alabar a los naturales, aunque su afición era más de salón que real, ensalzó también a los iroqueses, lo que ya era un tópico entonces. Más renglones dedicaba, sin embargo, a los europeos, en cuya lucha se orientó decididamente a favor de los anglosajones. La guerra, escribía carteando con sus amigos, se la habían buscado los franceses de Canadá molestando con sus amigos indios a los mucho más numerosos ingleses y angloamericanos (70.000 contra un millón, decía al literato) que se encontraban tranquilos ocupándose de sus comercios. Sin embargo, cuando hubo que firmar la paz, Algarotti no se mostró partidario de la total absorción de Canadá por parte de Inglaterra, y aconsejó que se incorporasen sólo los puertos de las antiguas posesiones francesas y se devolviese la parte interior —pobre, fría, inútil y en la que sólo había *arpents de neige,* como había dicho Voltaire— a los antiguos dueños.

Los testimonios que acabo de comentar son, a pesar de sus limitaciones, los más informados que se encuentran en Venecia. Chapuceras y divertidas son las referencias estrictamente literarias a Canadá que se dan entonces por parte de autores tanto venecianos como de otras partes de Italia. La más chabacana es la comedia *Gl'Inglesi in America, o sia il Selvaggio* del napolitano Francesco Cerlone, que se

estrenó en 1764, esto es, recién concluida la transferencia de soberanía en la América del Norte. La acción, como afirma el autor, transcurre en el Canadá, pero éste en la obra no es más que un nombre, así como los ingleses son más bien un pueblo abstracto, representando de manera genérica a los invasores europeos. En efecto, en el escenario aparecen palmeras y cipreses, y el rey del país es un negro que va montado en camello. La disparatada historia debe mucho a *The Tempest* de Shakespeare y a *La bella Selvaggia* de Carlo Goldoni y se presenta como un increíble centón de los estereotipos exóticos (no sólo americanos) desde el siglo XVI hasta su tiempo.

Más serias, dentro de lo que cabe, son las dos novelas de tema norteamericano publicadas por un escritor libertino de Brescia, en Lombardía, el eclesiástico Pietro Chiari. Éste, que extrajo mucho de su material de una obra de William y Edmund Burke sobre los asentamientos europeos en Norteamérica, es —según el parecer del estudioso que más ha trabajado sobre el tema, Piero Del Negro— el artífice de la creación de Canadá como *topos* mítico del «buen salvaje» también en Italia. Las dos heroínas de las novelas de Chiari son canadienses. La primera, protagonista de *La donna che non si trova, o sia le avventure di Madama Delingh* (1768), es una piel roja que, a través de las luces de la razón, consigue sobresalir no sólo en América sino también en Europa, a lo largo de un arco de 20 años. La obra puede verse como una recreación de la historia de Pocahontas, pues la bella salvaje se casa aquí con un comerciante de Filadelfia hijo de un inglés y de una francesa, y esa boda marca simbólicamente el ingreso de Canadá en el sistema colonial británico. Todavía más movida es la segunda novela, *La Corsara Francese della guerra presente,* publicada por Chiari en 1781, después de haber escrito dos pequeños ensayos descriptivos sobre Canadá y haber cambiado sus simpatías de los ingleses a los franceses y a los norteamericanos. En la nueva novela la heroína es hija de una iroquesa y de un franco-canadiense, que, cuando se produce la insurrección de los colonos norteamericanos contra la Corona de Inglaterra, se compromete como corsaria en favor de los rebeldes. En la obra, Chiari expresa su completa adhesión a la causa de la independencia de Estados Unidos y parece significar también la revancha de los indios y de los franceses derrotados en la guerra de los Siete Años. Hay que destacar, por lo menos, en esas dos novelas de Chiari, además de la pos-

tura libertaria y abstractamente filoindigenista, el bienintencionado intento de propagar una realidad muy poco conocida en Italia: a través de las complejas ascendencias familiares de sus personajes, el abad logró quizás indicar el parcial *melting pot* que —como ya en el mundo iberoamericano, pero sin sus dimensiones— ocurría en el Canadá.

Limitada atención —puede anticiparse— se concedió en Italia a los acontecimientos de Canadá contemporáneos y sucesivos a la emancipación de las 13 colonias, esto es, a la opinión de los francocanadienses durante el conflicto, a la fijación de confines entre aquel dominio británico y el nuevo estado, etc. Poco, en fin, puede decirse de las demás posesiones coloniales francesas en América: de la importancia económica de las Antillas —las plantaciones de azúcar de Santo Domingo y de la Martinica— se encuentran varias referencias en las publicaciones de la época, entre las cuales destacan las *Osservazioni sopra i vantaggi, e svantaggi, della Francia, e della Gran Bretagna rispetto al commerzio...*, traducción italiana, de 1758, de una obra francesa.

El nacimiento de los Estados Unidos

Casi siempre se repite que la opinión italiana fue muy favorable a la guerra de Independencia de las 12 y luego 13 colonias norteamericanas (1755-1783). El hecho es cierto, si bien la crítica ha señalado lo superficial que era, al fin y al cabo, esta postura, sacada de las gacetas de la época. En efecto, surgen muchas dudas cuando se analiza la representatividad de estos periódicos.

Fueron muchos los intelectuales que manifestaron su opinión sobre este asunto —Francesco Algarotti, Giuseppe Baretti, Vincenzo Cuoco, Antonio Genovesi, etc.—, y ésta no siempre fue coincidente ni inmutable. Es verdad que el abad Ferdinando Galiani ya en 1764 se había declarado convencido de que pronto se profundizaría la fractura entre una parte de los norteamericanos y los ingleses, y que había dado realce a los intentos de los colonos. Además, en los años siguientes profetizó que el futuro del mundo se jugaría en la disputa por el predominio entre Europa y América, y que éste terminaría por inclinarse a favor del Nuevo Mundo (1778). Sin embargo, al co-

mienzo de la rebelión, los que tiraron al mar las cajas de té en Boston fueron considerados como «rebeldes salvajes» por uno de los jefes del movimiento reformista italiano, Pietro Verri. Seguro en el juicio —pero, como siempre, excesivo en su imitación y exaltación de la romanidad antigua— fue Vittorio Alfieri, el gran trágico y poeta, que en la oda *America Libera* saludó con satisfacción la libertad de las colonias y dedicó a George Washington su *Bruto I.* Prudente era Giuseppe Compagnoni, más tarde autor de una historia de la guerra, que en 1777 pedía a Benjamin Franklin, representante de los insurrectos en París, el permiso para un poema que alabase al general Washington pero que no ofendiese a los ingleses. Quizá los versos que más reflejaban la opinión de la gran mayoría de los italianos fuesen los que salieron en 1779 de la pluma del fino poeta neoclásico Vincenzo Monti: *Non mi cal che in Francia o di Brettagna/Sul lido american prevalga il fato* (es decir: «No me importa que en la costa americana prevalezca Francia o Inglaterra»); expresión cínica, pero sincera, que reflejaba la todavía más antigua de los italianos del siglo XVI: *Franza o Spagna, purché si magna* («Mientras podamos comer, nos da igual que domine Francia o España»).

En efecto, los italianos no tenían nada concreto que ganar o perder con la victoria de los unos o de los otros: sólo jugaba, en favor de los insurrectos, la vaga esperanza, concebida por algunos, de que una Norteamérica independiente ofrecería más ocasiones de comercio a las navieras italianas, mientras que el tímido patriotismo de aquel entonces también podía ver en la derrota de los ingleses un escarmiento al despotismo. Sea como fuere, varias gacetas sufrieron un gradual acercamiento a los rebeldes. Este proceso se puede apreciar bien en la antes citada publicación periódica veneciana, la *Storia dell'anno:* inicialmente en ella se escribía que la hazaña bostoniana de 1773 contra el té británico era obra de los «feroces colonos»; ya al año siguiente a los insurrectos se les calificaba de «esforzados»; las escopetadas de Lexington y Concord de 1775 recibían el aplauso del periódico, y en 1777 el director escribía que justamente la única base de negociación era la completa independencia de las colonias. Sin embargo —y quizás eso no se debiera sólo a razones de censura—, los principios revolucionarios incluidos en la Declaración de Independencia fueron juzgados equivocados y peligrosos por la *Storia dell'anno,* y como tales censurados. No obstante, una traducción

completa de la Declaración apareció en la *Gazzetta Universale* de Florencia en septiembre de 1776. Otras gacetas italianas de la época no explicaron este importante tema, a pesar de que informaban de manera constante sobre el desarrollo de la guerra.

Puede ser que la creciente simpatía con que se describió la toma de conciencia independentista se debiese al hecho de que los acontecimientos del conflicto fueron conocidos en Italia más a través de fuentes francesas, por lo general favorables a los insurrectos. En efecto, a menudo terminaron por aceptarse, sin discusión, los argumentos de la propaganda norteamericana y francesa. Además, como era muy difícil juzgar a través de los hechos —condición que volvería a repetirse 40 años después, con ocasión del proceso de independencia de Hispanoamérica, y muchas otras veces—, en Italia el debate fue más bien abstracto, y reflejó una previa orientación filosófico-política. Por lo que respecta a los silencios, aunque se contaron los intentos de las fuerzas independentistas de llevar la guerra a Canadá —por lo demás abortados por la reacción de los lealistas—, en general se les dio poca notoriedad. Así pues, no hubo —como ya hemos anticipado— ninguna meditación seria sobre las razones de la fidelidad de los anglosajones más septentrionales y de los francófonos al pabellón británico. En general, se seguía pensando de manera equivocada que los franco-canadienses serían favorables a los Estados Unidos. Quizá con la sabiduría de Perogrullo, se juzgó un error la anexión de Canadá después de la guerra de los Siete Años: así, por ejemplo, opinaba Vincenzo Martinelli en la *Istoria del Governo d'Inghilterra e delle sue colonie in India e nell'America settentrionale*, publicada en Florencia en 1776.

Por lo general, fueron prudentes los informes de los representantes diplomáticos, por lo menos hasta que la lucha pasó de ser un asunto interno de Inglaterra y se transformó en una guerra internacional, a la que se sumó deliberadamente Francia y en la que quedaron involucrados España, Holanda, y también los países neutrales. El más hostil a los insurrectos fue sin duda el ministro del rey de Cerdeña en Londres, el marqués de Cordon, que siguió apostando sobre la derrota de la rebelión porque, de no ser así, se daría un ejemplo peligrosísimo; también después de la paz de París este diplomático expresó su aprecio por Jorge III de Inglaterra y explicó lo acaecido como una *comedy of errors* y una conjuración. Como conse-

cuencia, las autoridades del Piamonte cerraron durante la guerra sus pocos puertos a los buques norteamericanos. Más perspicaz y posibilista fue el embajador en Londres de la República de Génova, Francesco Ageno, que fue también el único que quedó impresionado por la Declaración de Independencia. Los representantes de los estados italianos más cercanos a la monarquía francesa estuvieron bastante influidos por Benjamin Franklin, especialmente el abad Raimondo Niccoli, enviado del gran duque de Toscana. Este último fue probablemente el más informado de los soberanos italianos acerca del asunto norteamericano, por la misión que el toscano Filippo Mazzei (véase más adelante), gran amigo de los insurrectos, desarrolló en Florencia como agente de Virginia. La República de Venecia, a la que le quedaban muy pocos años de vida, mantuvo como siempre su desconfianza: su representante, Daniel Dolfin, hizo hincapié en los manejos franceses, pero también profetizó, en febrero de 1783, que las 13 colonias, de mantenerse unidas, llegarían a ser la potencia más formidable del universo.

Terminados los combates y firmada la paz, hubo en muchos periódicos expresiones de entusiasmo frente al empuje de pueblos nuevos como el norteamericano. Así, por ejemplo, el florentino *Lo Spirito dell'Europa letteraria e politica* no dudó en emplear la palabra revolución reflexionando sobre la «magnitud» de los sucesos de Norteamérica; salvando, desde luego, al «alumbrado» gobierno de Toscana, se decía que el 4 de julio —día de la Declaración de Independencia— sería desde entonces la fecha negativa de toda tiranía. Posteriormente hubo reconocimientos también de parte de algunos eclesiásticos; así, por ejemplo, en 1791 el periódico *Annali di Roma,* expresando sus buenos auspicios por la consagración del nuevo arzobispo de Baltimore, decía que los norteamericanos, después de haber sido guiados por Dios en la lucha para librarse de un gobierno represivo, ahora estaban preparados para quitarse de encima las falsas religiones y volver a la verdadera fe.

No faltaron, tampoco, penetrantes conclusiones, como la que en un mitin político constitucional de 1789 en Bolonia reconoció que los franceses que habían luchado en América, al volver a su patria, habían volcado en ella los principios democráticos.

Algunos hombres ilustres y las primeras negociaciones diplomáticas con los Estados Unidos

Entre los extranjeros que destacaron en la guerra de Independencia hubo también algunos italianos. El más conocido es el piamontés Francesco Vigo, que había sido soldado en el ejército español de Cuba y luego comerciante de pieles y otros productos con los indios y los blancos avecindados en el Mississippi. Cuando estalló el conflicto contra Inglaterra, estuvo al mando de una banda de hombres de la frontera, y como ayudante de campo de George Rogers Clark, comandante de las fuerzas revolucionarias en el oeste, participó en la conquista de Fort Vincennes, hazaña que puso fin al dominio británico en la parte noroccidental del país. Oficiales napolitanos, por su parte, sirvieron tanto en buques franceses como británicos, señalándose particularmente en las batallas que tuvieron lugar en las Antillas en abril de 1782.

Hubo también un italiano que asistió, como espectador, a los complejos acontecimientos que hicieron que los territorios de la Luisiana cambiasen de dueño repetidas veces en menos de medio siglo (de Francia a Inglaterra, de Inglaterra a España, de España a Francia, de Francia a los Estados Unidos): se trata de François Marie Reggio, que era abogado del ayuntamiento de Nueva Orleans en 1796.

Sin embargo, las recíprocas influencias y los fecundos contactos entre las élites intelectuales de las dos naciones tienen en la figura de Filippo Mazzei (1730-1816) a su máximo representante. Médico, jurista, estudioso de problemas agrícolas, Mazzei estaba en Londres vendiendo productos italianos cuando un grupo de personalidades norteamericanas le sugirieron que atravesase el Atlántico para introducir allí el cultivo del gusano de seda, de la vid y del olivar. En 1773 Mazzei se llevó a Virginia productos, materiales y campesinos expertos y tuvo éxito en muy pocos años. Hombre de muchos intereses y capacidades, el toscano se comprometió con la causa independentista y fue amigo y consejero de muchos patriotas, particularmente de Thomas Jefferson, cuya propiedad agrícola colindaba con la suya. Contribuyó también a la elaboración de la carta constitucional del estado de Virginia y desarrolló en Italia misiones económico-diplomáticas (véase más adelante). Mazzei dio cuenta de su larga ex-

periencia en varios trabajos, entre los cuales destaca la obra en cuatro tomos *Recherches historiques et politiques sur les Etats-Unis de l'Amerique Septentrionale.* Editada en París en 1788, desafortunadamente no tuvo apenas circulación en la península italiana y no consiguió influir en el debate americanista, tanto político como naturalístico. En fin, la biografía de Mazzei *(Memorie della vita e delle peregrinazioni...)* apareció en la ciudad suiza de Lugano en 1846.

Aunque hubo una no despreciable circulación de ideas entre las élites italianas y las de los Estados Unidos, formales relaciones diplomáticas sólo llegaron hasta bien entrado el siglo XIX. No faltaron, sin embargo, tempranísimas ofertas por parte de personalidades norteamericanas. Recién estallada la lucha contra los ingleses, el Congreso de los insurrectos nombró un comisario ante el gran duque de Toscana, el principado italiano que tenía mejor fama, por sus reformas, allende el océano, agente que, aunque nunca fue a Florencia, sí se carteó con el encargado de negocios de Toscana en París, a fin de conseguir un importante préstamo financiero. Otro patriota americano, enviado por el estado de Virginia, propuso en Viena, en 1778, al ministro del Reino de Cerdeña un ventajoso tratado comercial para proveer directamente tabaco a las tierras sabaudas. Ambas ofertas fueron rechazadas. La misión de Mazzei de 1780-1783, nombrado a su vez nuevo agente de Virginia en Europa, principalmente se dirigió hacia Toscana, pero también hacia otros lugares. La mejor disponibilidad la encontró en Génova, y de la simpatía de la aristrocracia de «la Superba» para con la causa norteamericana Mazzei daba noticia a Benjamin Franklin (con éste tuvo sin embargo algún contraste, por la oposición que el representante del Congreso de los insurrectos en la capital francesa mostraba hacia las iniciativas diplomáticas individuales de cada una de las 13 ex colonias). En 1784 el ministro genovés en París volvía a tomar contacto con Franklin, sondeando la posibilidad de constituir un consulado en Boston. Contestando positivamente a las autoridades de Génova, los plenipotenciarios norteamericanos ofrecieron también un tratado de amistad y comercio, y unos días después enviaron proyectos semejantes a los representantes que en París tenían el Reino de Cerdeña, la República de San Marcos, la Toscana y el Reino de Nápoles. Rehusados esos ofrecimientos por la mayoría de los países (el abad Galiani aconsejó en este sentido a las autoridades partenopeas), sólo Toscana y Génova

aceptaron y empezaron negociaciones, las cuales, por varias dificultades, terminaron en 1785 sin que se llegase a la aprobación de los textos elaborados. Sí fueron expedidas patentes para un consulado genovés en Filadelfia a Giuseppe Ravara —interesante figura de azaroso comerciante, que participaría en la expedición de Alejandro Malaspina—, quien fue, pues, el primer representante italiano en los Estados Unidos. Por parte norteamericana, a pesar de que hubo contactos para el establecimiento de consulados en Civitavecchia, en el estado de la Iglesia, la primera oficina consular estadounidense fue la de Liorna (1794), en el Gran Ducado de Toscana. Siguieron, entre 1796 y 1805, en este orden, consulados en Nápoles, Génova, Roma, Palermo y Mesina.

Los incas de Gian Rinaldo Carli

A pesar de que una parte de la obra de Boturini se publicara, su influencia fue muy limitada, y su trabajo *Idea de una nueva historia general de la América septentrional* quedó ignorado en Italia. Sus investigaciones y sus interesantes teorías no fueron pues conocidas por la otra figura de relieve que en la segunda mitad del siglo XVIII se interesó en Lombardía por los antiguos pueblos americanos. Se trata del istriano Gian Rinaldo Carli (1720-1795), quien, en origen súbdito de la República de San Marcos, fue por muchos años uno de los máximos funcionarios de la Lombardía austríaca. La obra de Carli no tiene la importancia de la de Boturini porque, a diferencia de éste, nunca fue a América y trabajó a través de libros ajenos. Aun así resulta igualmente significativa del interés que despertaron los temas americanos en la segunda mitad del siglo en Italia. Hay que subrayar que, por encima de todo, marcó un hito en el redescubrimiento de las civilizaciones precolombinas en la península; se comprometió luego en la defensa del Nuevo Mundo frente a sus críticos, y postuló, en fin, la unidad del desarrollo cultural del género humano. Rara figura de polígrafo, nuestro administrador lombardo se carteó con Franklin, Clavigero y otros jesuitas españoles y criollos expulsados de las tierras americanas. En relación con el Nuevo Mundo, aplaudió la independencia de las 13 colonias, escribió una defensa de Cristóbal Colón contra los que atribuían el mérito del descubri-

miento al alemán Martin Behaim y, lo más importante, fue autor de las *Lettere Americane.* Se trata de una serie de cartas enviadas a un primo suyo, como él docto y curioso, que fueron luego recogidas y publicadas tres veces entre 1780-1786. En esta larguísima obra (ocupa cuatro tomos, y más de 1.600 páginas, en la última edición), Carli reacciona contra la visión negativa de los indios y de los criollos americanos dada por el filósofo holandés Cornelius de Pauw. Lo que más le interesa al erudito italiano, sin embargo, no son tanto los naturales de su tiempo como los antiguos pueblos del Nuevo Mundo (aztecas e incas, particularmente). Carli, pues, se compromete a demostrar las semejanzas de las épocas culturales del mundo y de la civilización en los sitios más diferentes, y desarrolla una evolución paralela del mundo egipcio, griego-romano, azteca, etc. Para conseguirlo no duda —y es ésta la parte más caduca de su obra— en afirmar la existencia de la tierra de Atlántida y que ésta fue un continente puente entre las civilizaciones de ambas orillas del Atlántico. Según él la desaparición de la Atlántida causó la fractura de la continuidad y determinó el retraso técnico de los pueblos precolombinos frente a los europeos. Si eran inferiores en lo mecánico —afirma Carli— algunos de los antiguos pueblos americanos podían sin embargo ufanarse de instituciones y costumbres valiosísimas. El italiano es, en efecto, uno de los más sinceros partidarios del imperio incaico, cuya forma de gobierno —conforme a las inspiraciones del despotismo ilustrado del siglo, que Carli *de facto* defendía— le parece admirable por su organización comunitaria, sus previsiones económicas, etc. Para redactar su obra, Carli se sirvió mucho, desde luego, de las crónicas de América, entre las cuales destacan los *Comentarios reales* de Garcilaso de la Vega el Inca (comienzos del siglo XVII), cuya obra contribuyó a poner otra vez en circulación.

Otros intelectuales relacionados con el Nuevo Mundo y nuevos ingresos de plantas americanas

No faltaron —tanto en la Italia como en la Europa de la época— otros partidarios del señorío del Inca, despótico pero provechoso para la comunidad. El más famoso fue el veneciano Francesco Algarotti, autor del *Saggio sopra l'imperio degli Incas* (1753). En esta

obra manifiesta una gran consideración hacia la figura del Inca soberano, hacia su poder absoluto, sus órdenes draconianas, etc.; pero en ella se evalúa, sin embargo, muy negativamente al pueblo y a los peruanos, considerados indolentes e incapaces. La construcción del brillante ensayo aparece en cierta medida artificiosa, y en efecto el autor propone demasiadas salidas ingeniosas y atrevidas (por ejemplo, tiene la osadía de auspiciar la destrucción de las bibliotecas, consideradas fuente de todo mal, lo que parece un recurso más bien fingido, entre cínico y lúdico).

En cierto grado comparable con Algarotti, por la desfachatez mundana con la que se abordan temas muy complicados, podemos citar al abad Ferdinando Galiani, al que ya hemos aludido previamente. Éste, en la disertación *Degli uomini di statura straordinaria e de' giganti* (1757-1758, que quedó entonces sin editar), intervino en uno de los debates más trillados de la época, esto es, si los patagones eran realmente gigantescos o no. Volviendo sobre las teorías de Cornelius de Pauw, censuró el método del iluminista holandés y contestó la teoría que veía en el ambiente geo-climático la causa determinante de la degeneración de animales y hombres en América, creencia que era una variante de la de la «inmadurez» del Nuevo Mundo, expresada en origen por el naturalista y científico francés Buffon. Sin embargo, Galiani terminaba aceptando la tesis de la inferioridad racial del indio americano, por ser barbilampiño, poco dotado sexualmente, etc. Típico representante de la cultura iluminística de segunda categoría, el abad napolitano mezcla sandeces y observaciones agudas y termina resultando contradictorio al admitir la posibilidad de que los indígenas americanos puedan de todos modos mejorar. Además, su cinismo y su respeto a la *realpolitik* hicieron que justificase el señorío de España sobre los indios —postura que venía desde muy lejos, y que se encontraba en Benzoni, en Carletti y otros muchos—, pero los mismos móviles también lo empujaron a aplaudir los intentos de los colonos norteamericanos de desprenderse de la tutela de Inglaterra.

Siempre en relación con la polémica sobre la naturaleza del Nuevo Mundo y de sus habitantes, si los jesuitas expulsados dieron precisa contestación al desprecio de Cornelius de Pauw para con los indios y todo lo americano, la reflexión de los italianos que no tenían relación con la Compañía no fue unívoca. El que más se com-

prometió en la defensa de Pauw fue Antonio Fonticelli, que en su *Americologia* (1789) expresó su incondicional aprecio por las conclusiones del holandés. Otros fueron más moderados, pero las teorías de Pauw dejaron cierta huella, tanto en el campo filosófico como en la ciencia (un eco se encuentra en el biólogo y naturalista Lazzaro Spallanzani).

Más discreto y menos extremista parece el ambiente del reformismo político y cultural lombardo. En Milán, cierto interés por América tuvieron, además de Gian Rinaldo Carli, Pietro Verri y el matemático y abad Paolo Frisi —quien fue también traductor de la *Colombiade* de Madame de Bocage, obrita a la que antepuso una docta introducción—, personalidades cuya orientación reformadora y atención para con el Nuevo Mundo fue recogida por muchos otros lombardos en el siglo XIX. Ninguno de ellos, sin embargo, estuvo en América. Por eso hay que recordar a otra figura relacionada con los mismos círculos familiares e intelectuales: Luigi Castiglioni, que en su *Viaggio negli Stati Uniti dell'America Settentrionale fatto negli anni 1785, 1786 e 1787* (1790) relató su viaje a Norteamérica para buscar plantas que se pudiesen aclimatar útilmente en Lombardía. Durante dos años anduvo por los Estados Unidos y el Canadá examinando árboles y arbustos y recogiendo semillas. De regreso, en sus campiñas entre Milán y el lago de Como, sembró varias especies una de las cuales, decenios más tarde, la *Robinia pseudoacacia,* se difundió en toda la Italia del norte porque la plantaron al lado de las vías del ferrocarril.

Continuando con todo lo relacionado con la historia natural y con las transferencias de productos americanos, puede recordarse la contribución dada a la aclimatación de la patata. Las primeras noticias sobre el tubérculo americano remontan a su presencia en el jardín botánico de Padua, en 1597; sin embargo, la patata no tuvo importancia agrícola en Italia, particularmente en Piamonte, hasta los comienzos del siglo XIX, por estímulo del boloñés Filippo Re. Antes de que se difundiese fue necesario vencer muchas reservas ya que la mayoría de los campesinos desconfiaban de un nuevo vegetal que se criaba bajo la tierra y del que creían que, como máximo, sólo serviría para alimentar a los cerdos. También hombres cultos opinaban que era una droga o un narcótico. Entre los precursores de aquel importante cultivo destacaba Alessandro Volta, el científico lombar-

do inventor de la pila eléctrica: al regresar en 1777 de un largo viaje a través de Alsacia, Saboya y Suiza, regiones en que la patata ya se cultivaba, Volta sembró el producto en sus tierras cercanas a Como y tuvo bastante éxito.

Desde luego, los viajeros científicos italianos no tuvieron a su alcance los medios financieros y las facilidades militares que podían obtener los científicos franceses, españoles, británicos, y todos los que tenían detrás de sí estados poderosos (ya hicimos hincapié en el carácter excepcional de las expediciones de los Médicis). Por eso, los no muy numerosos exploradores científicos que pasaron el océano tuvieron que hacerlo, hasta la creación del Reino de Italia en 1861, poniéndose al servicio de otras potencias o yendo a su propia costa. Una de las empresas más ambiciosas fue la vuelta al mundo de Alessandro Malaspina di Mulazzo (conocido en el mundo hispánico como Alejandro Malaspina), noble de la comarca de Lunigiana que entró muy joven al servicio de los Borbones de España. En 1789-1794 tuvo la responsabilidad de las dos corbetas con las que se exploraron las costas americanas desde el Plata hasta Norteamérica, se efectuaron relieves hidrográficos, se volvió a estudiar la posibilidad de construir un canal en Panamá, etc. La pérdida del favor de las autoridades que sufrió Malaspina a su vuelta a España, que lo llevó también a la cárcel, determinó que sus méritos fuesen reconocidos sólo a mitad del siglo XIX, cuando se publicó la relación de su viaje.

Apéndice de la presencia italiana en Sudamérica es la limitada atención dada al Brasil. Este país —en el siglo XVIII la más rica colonia de Portugal y tesoro de la Corona por sus placeres de oro y diamantes y por los ingenios de azúcar— estuvo durante largo tiempo cerrada a las visitas extranjeras por la desconfianza de las autoridades. Sólo indirecto fue el conocimiento de la América lusa que tuvo el médico y botánico de Padua, Domenico Vandelli: éste, el creador del primer huerto botánico portugués, estuvo en Coímbra desde 1764, encargado de renovar allí la enseñanza universitaria por voluntad del todopoderoso ministro del rey, el marqués de Pombal.

En fin, para terminar la reseña de las relaciones italoamericanas, hay que hacer mención, de pasada, a la continuidad dinástica que unía a algunos estados italianos como el Reino de Nápoles y el Ducado de Parma a los Borbones de España. Esto explica el hecho de

que un aristócrata napolitano, Carmine Nicola Caracciolo (1671-1726), príncipe de Santobuono, llegase a ser virrey y capitán general del Perú. Literato de la Arcadia y diplomático, a pesar de haber sido nombrado grande de España por el último de los Austrias, cuando estalló la guerra de sucesión española se comprometió con el candidato francés. Con ocasión del momentáneo triunfo de los austríacos en el Reino de Nápoles, Caracciolo tuvo que refugiarse en Madrid: por su fidelidad, Felipe V lo recompensó nombrándole virrey del Perú en 1711, cargo que el aristócrata pudo ejercer en las tierras americanas sólo desde finales de 1715. Impresionado por la inmensidad del territorio, propuso su división a través de la constitución de otro virreinato en la parte septentrional, lo que se hizo efectivo en 1717 (primera institución, temporal, del virreinato de Nueva Granada). Caracciolo puso mucho empeño en reprimir el contrabando y mejorar los transportes marítimos con España; se opuso a la compraventa de esclavos indios que se practicaba en Santacruz de la Sierra (actual Bolivia) cuando los jesuitas acudieron a su autoridad; además, dio empuje a la Universidad de Lima. Su misión terminó a finales de 1719 y dos años más tarde el italiano volvió a Madrid. No regresó nunca a Nápoles.

Lo americano en la música

A pesar de no ser un tema de primera categoría, es interesante aludir a la manera —y, también, a los tópicos— con que América figuró en el melodrama, expresión dramático-musical nacida en el año 1600. La primera pieza que trata de América —y no podía ser de otra manera— se refiere a Colón: se trata de *Il Colombo overo l'India scoperta,* del cardenal Pietro Ottoboni (libreto y música), representado en Roma en 1691. En el siglo XVIII, más que en el anterior, el melodrama buscó inspiración en la historia y en las tierras americanas. Fuentes privilegiadas para las piezas de ambientación mexicana fueron las historias escritas por Antonio de Solís y por Francisco Xavier Clavigero, mientras que para el Perú se acudió por lo general a la novela filosófico-sentimental publicada en 1777 por Jean-François Marmontel, *Les Incas, ou La destruction de l'Empire du Pérou.* Tenemos así un *Montezuma,* con libreto de Alvise Giusti y

música de Antonio Vivaldi, puesto en escena en Venecia en 1733. En la obra una hija del soberano azteca está enamorada de un hermano de Hernán Cortés: después de muchos trajines, Moctezuma permite el casamiento y se somete a la autoridad de Carlos V. Diferente desarrollo, pero análogo final agradable presenta otro *Montezuma,* el de Vittorio Amedeo Cigna Santi, representado, con música de diferentes autores —Giuseppe Paisiello y Baldassarre Galuppi, por ejemplo—, entre 1765 y 1772. Cigna Santi escribió también el libreto de *La conquista del Messico,* con música de Giacomo Insanguine (1780) y de Nicola Antonio Zingarelli (1781). Un tercer *Montezuma,* escrito por Giovanni Gnall-Bottarelli, fue puesto en escena en Londres en 1775. De 1783 a 1799 tuvieron lugar, en Venecia, Turín, Nápoles, Milán, etc., las representaciones de un sinnúmero de piezas dedicadas al Perú, las cuales, sin embargo, pueden reducirse a tres melodramas fundamentales, titulados *Alonso e Cora, Idalide,* y *La Vergine del Sole.* El enredo de las tres está sacado de Marmontel y, con alguna variación, representan el dramático amor entre una virgen del sol y un español: la doncella es condenada a muerte, pero, por la intervención del Inca o del pueblo, según los diferentes melodramas, la condena no se cumple y los amantes pueden casarse.

Ya a través de estas pocas notas se puede concluir que la recreación de la América antigua en la Italia del siglo XVIII era tan falsa como los volcanes de cartón piedra que se veían en el telón de fondo; a mil leguas del espíritu de las obras de Solís y de Clavigero, estos melodramas sólo se ajustaban a la lagrimosa y anacrónica pluma de Marmontel.

Sería muy largo, por otra parte, relatar la presencia de la música italiana allende el Atlántico. Sea suficiente decir que cuando los habitantes de los establecimientos anglosajones —los más reacios al arte debido a su puritanismo— ablandaron su aversión, también allí la música italiana tuvo grandes éxitos. La primera referencia al tema se remonta a 1738 y atañe al mismo Franklin, que hacia 1738 vendía en su tipografía las sonatas de Arcangelo Corelli y los conciertos de Francesco Geminiani. El primer concierto dado por músicos de la península tuvo lugar en Filadelfia en 1757; diez años más tarde Giovanni Gualdo abría en la misma ciudad una tienda de instrumentos y partituras; en 1774 actuaba, en Nueva York, la primera cantante italiana, doña Mazzanti, etc.

IV

DE LA ÉPOCA NAPOLEÓNICA A LA UNIDAD ITALIANA

El siglo XIX se abre con los problemas bélicos y dinásticos creados por la revolución francesa y la aventura napoleónica. El asunto fue trascendente tanto en Italia como en el Nuevo Mundo e influyó no sólo sobre los acontecimientos ocurridos en la América española, en Haití y en el Brasil, sino también en la percepción de tales sucesos.

La emancipación hispanoamericana a través de la prensa

Escasa y poco coherente, al fin y al cabo, fue la información periodística sobre el proceso de Independencia (1808-1826) de la América española. Esto se debió, en primer lugar, a los graves sucesos políticos que afectaron en el período a la península italiana; además, el hecho de que las gacetas nacionales dependiesen totalmente sobre el tema de la prensa extranjera (por lo general inglesa, pero también francesa y española) influyó mucho, así como influyó también la objetiva dificultad de dar cuenta de una lucha que era en sí bastante confusa.

Los sobredichos caracteres se encuentran, por ejemplo, en la prensa napolitana. Cuando ya habían sido expulsados los Borbones de la parte continental del Reino, y estaba sentado en su trono José Bonaparte, el hermano de Napoleón, *Il Monitore Napolitano* informaba, en julio de 1806, de la primera intentona independentista llevada a cabo por Francisco de Miranda en las costas de Venezuela. De la insurrección de Caracas de abril de 1810, cuando el rey de Nápo-

les había vuelto a cambiar y era Joaquín Murat, daba cuenta el mismo diario con tres meses de retraso: las alabanzas con que acompañaba la noticia quedarían como la máxima apreciación napolitana del proceso revolucionario. En efecto, la actitud pro-británica de los insurrectos no podía agradar al gobierno del napoleónico Murat, lo que explica los insultos con que se contó en 1813 el fin de la experiencia político-militar de Miranda, prócer que había transitado 20 años antes por la Italia del Sur y que era considerado un aventurero al servicio de Inglaterra, aunque con anterioridad hubiera sido alabado.

La siguiente restauración borbónica tanto en Italia como España llevó a las diversas ramas de la familia a ser solidarias contra las fuerzas revolucionarias. Esto se tradujo en silenciar en la prensa napolitana las noticias de América o en resaltar las victorias de las fuerzas realistas: en 1816 el *Giornale del Regno delle Due Sicilie* ensalzaba así, pues, la reconquista de Venezuela por el general Pablo Morillo; las retiradas de los revolucionarios se presentaban como huidas vergonzosas; las críticas eran muy acusadas, hasta el punto de tildar de mulatos, aventureros, desertores y forajidos ex napoleónicos, a todos los jefes de los insurrectos y a sus compinches extranjeros quienes —se escribía— a la fuerza y a través de amenazas enrolaban a los leales súbditos del rey de España, etc. Durante el breve experimento de gobierno constitucional que se inició en el Reino de las Dos Sicilias en 1820, el tono de las informaciones cambió y se hizo prudente. Como también España, después del pronunciamiento de Rafael Riego, tenía un gobierno constitucional, el nuevo diario napolitano *L'Amico della Costituzione* parecía, más que declararse favorable a los insurrectos, abogar por una solución que pudiese satisfacer a las dos partes en conflicto. Esto se detecta tanto a través de los auspicios que la prensa partenopea liberal formulaba a favor de la conclusión de la guerra, como del gran realce dado al momentáneo armisticio firmado entre Bolívar y Morillo, presentado en términos triunfales, en 1821. De manera semejante se expresaba la *Minerva Napolitana,* pero, más acertadamente, ésta escribía que las regiones que se habían independizado *de facto* de España habían suspendido los combates, pero que no parecían dispuestas a someterse a Madrid, porque la independencia era un licor tan rico que quien lo había gustado una vez ya no podía privarse de él. La segun-



Figura 2.—Antiguos estados italianos (1815).

da batalla de Carabobo en junio de 1821 determinó la definitiva independencia de Venezuela y la formación de la República grancolombiana, si bien el fin, un mes antes, del experimento constitucional en Nápoles y la restauración del absolutismo de Ferdinando I significaron la vuelta al punto de vista anterior.

El *Giornale del Regno delle Due Sicilie* daba cuenta en septiembre de 1821 de la entrevista en Guayaquil entre Bolívar y San Martín y de las desavenencias entre los dos caudillos; la resistencia de las residuales fuerzas realistas siguió siendo sobrevalorada hasta el último momento, tanto que la derrota final de Ayacucho (diciembre de 1824) fue completamente inesperada y al susodicho diario napolitano no le quedó, para justificar su equivocada interpretación del curso de la guerra, que quejarse en mayo de 1825 de las deficiencias de sus fuentes de información extranjeras. La victoria de las fuerzas republicanas cambió un poco, pero no completamente, la postura de la prensa. En el mismo año 1825 el ministro plenipotenciario de España en Nápoles tuvo que quejarse formalmente porque el *Giornale del Regno delle Due Sicilie* en un artículo se había referido a las antiguas provincias españolas de la Nueva Granada empleando la nueva denominación de Colombia: el Consejo de Estado le dio la razón al ministro pero —a fin de evitar equivocaciones y de temperar en parte los inconvenientes que podría producir una aplicación estricta de referencias a una situación política que ya no existía— afirmó que el gobierno no quería prohibir a la prensa que siguiese informando sobre los acontecimientos de América, pero que las noticias había que darlas en la forma como aparecían en la fuente periodística original.

Por legitimismo y consideración a España, el gobierno napolitano tardaría muchos años en reconocer a las nuevas repúblicas de habla hispana allende el Atlántico. Sin embargo, entre 1829 y 1831, la prensa napolitana reservó expresiones halagadoras a Bolívar con ocasión de sus postreras actuaciones políticas y de su muerte.

Si vamos al otro extremo de la península, al Reino Lombardo-Véneto, nueva formación administrativa incorporada al Imperio Austríaco, encontramos quizás una situación menos cerrada pero igualmente poco satisfactoria para con las antiguas posesiones europeas en el hemisferio occidental. El examen, por ejemplo, de una publicación trimestral como los *Annali Universali di Statistica,* nacida en Milán en 1824 con una tirada de 500 ejemplares, nos da que has-

ta finales de 1829 aparecieron 26 artículos sobre América Central y 12 sobre América del Sur. Sin embargo, la calidad y la originalidad de estos artículos no compensa su alto número, pues la gran mayoría son resúmenes, más o menos reelaborados, de publicaciones francesas e inglesas. Con muy pocas excepciones, las contribuciones parecen favorables, a pesar de la censura, a los nuevos estados americanos, pero —o porque los redactores compartían demasiado los ideales de independencia y libertad de sus correligionarios de allende el Atlántico, o porque su perspicacia era limitada— no profundizan en el tema y el tono es muy optimista y nada problemático. Ejemplo llamativo de ese infeliz matrimonio entre superficialidad informativa y voluntarismo político es lo que se escribía en 1825 sobre Haití. En la época, este país —el segundo en independizarse, después de los Estados Unidos— iba degradándose económicamente; la parte oriental de la isla, anexionada hace poco, ansiaba desprenderse de la tutela de los negros haitianos, y la débil política del presidente mulato Jean-Pierre Boyer preparaba una época de desórdenes. Por el contrario, en la revista de Milán se publicaban descripciones que describían la isla como una tierra de concordia y paz, y también a través de la pluma de Pietro Custodi —conocido patriota del Resurgimiento— se proponía una visión optimista del futuro de Haití.

No muy diferente es el panorama de la América de habla hispana recién liberada. La imagen de la Gran Colombia es positiva y, aun cuando, *obtorto collo,* los autores tienen que admitir que algo en efecto no es muy satisfactorio, los inconvenientes se atribuyen a la pésima herencia del gobierno de España y no dejan de expresar su confianza en la gran mejora que las nuevas costumbres republicanas y la educación producirán en esos pueblos. Desafina, en semejante conjunto idílico, un solo artículo, de finales de 1825, *Caratteri e costumi dei Colombiani, e stato attuale delle arti e dell'industria in quella Repubblica:* quizá reaccionando contra el tinte demasiado laudatorio de escritos ya aparecidos en los *Annali* sobre la Gran Colombia, el autor se divierte en sacar de las mismas fuentes extranjeras todos los defectos que aquel país y sus habitantes podían enseñar a un europeo, tanto que el artículo se acerca casi a la sátira y a los efectos cómicos del escritor español Mariano José de Larra. Se puede anticipar que algunos decenios más tarde sería esta imagen negativa la

que dominaría en conjunto, no obstante los matices que se podrían detectar, en el panorama de las referencias italianas a América Latina. Que la atención para con las tierras americanas fuese inconstante lo prueba además el hecho de que, a pesar de sus numerosos artículos, los *Annali* nada dijeron acerca de la muerte de Bolívar en 1830.

Al fin y al cabo, en las primeras décadas del siglo XIX el italiano que leyera la prensa periódica nacional terminaría por tener de la América ibérica una imagen tranquilizadora y costumbrista, en la que no recibían respuestas los candentes problemas de la emancipación política y económica ni las acusadas dificultades de las nuevas repúblicas.

JUICIOS SOBRE SIMÓN BOLÍVAR

Dentro del panorama de las repercusiones que la revolución hispanoamericana produjo en Italia, los juicios sobre la compleja figura, humana y política, de Simón Bolívar pueden constituir un apartado especial.

Éste había viajado por Italia junto con su mentor Simón Rodríguez; en 1805 había presenciado en Milán la coronación de Napoleón como rey de Italia y posteriormente, frente a las ruinas de Roma, había jurado defender la libertad de su país. Hay que decir que, en la mayoría de los casos, las referencias de los escritores italianos al prócer resultan rápidas y ocasionales, o producidas por motivaciones quizá no coincidentes pero muy politizadas. En efecto, esto se ve también en la primera biografía del Libertador, no sólo italiana sino también europea, que aparece en Milán en 1818, dentro de la colección *Serie di Vite e Ritratti de' Famosi Personaggi degli Ultimi Tempi,* obra de redactores anónimos. La inclusión de Bolívar —celebrado como político liberal y protagonista de las luchas independentistas contra Bonaparte— en una colección de volúmenes dedicados a recordar a las muchas personalidades que habían contribuido a derrocar el despotismo napoleónico, no termina de convencer completamente y se ha dicho que semejante inclusión se remontaría al intento de la política británica de presionar al rey de España Fernando VII.

A causas menos diplomáticas responden las citas de Bolívar que se encuentran en varios e importantes revolucionarios y patriotas de la península que actuaron desde el período de la restauración (1815) hasta la constitución del Reino de Italia (1861). A pesar de los diferentes matices que se pueden individuar, todas las referencias comparten un prejuicio favorable a Bolívar que prescinde de sus muchas actuaciones controvertidas, pues la afirmación de la independencia hispanoamericana era un ejemplo para la lucha italiana y Bolívar era su prócer más ilustre. El historiador Alberto Filippi, coordinador de la más ambiciosa y reciente investigación sobre el tema, a pesar de mostrarse inclinado a ensalzar a Bolívar, no oculta que las razones inmediatas y apremiantes de la lucha política cotidiana condujeron a los autores italianos de la época a forzar los términos de analogía entre las diversas situaciones de Italia y de América. Además, la gran mayoría de los patriotas escribieron desde su exilio en varios países europeos y, por ello, con la perspectiva un poco desequilibrada del desterrado. Por su parte, los pocos que conocieron directamente las tierras americanas, sólo en contados casos supieron reconocer la originalidad del tipo de guerra que allí ocurría o había ocurrido.

Así, por ejemplo, Luigi Angeloni, neojacobino y el más conocido agitador de la primera época del Resurgimiento, sólo en 1837 se planteó algunas dudas sobre la conducta del Libertador, pero consiguió rechazarlas en seguida por la peor calidad de los adversarios del gran general. Carlo Bianco de Saint-Jorioz, el teórico de la guerra nacional de insurrección a través de bandas armadas (tratado publicado en 1830), exaltó a las guerrillas sudamericanas, además de las de España que había visto directamente. Raras, aunque no ausentes, son las positivas evocaciones de Bolívar en el más tenaz y constante apóstol del Resurgimiento, Giuseppe Mazzini. El héroe militar Giuseppe Garibaldi, por su parte, compartió con Bolívar la fascinación de la dictadura y —a pesar de ejercitarla de manera diferente a aquél, por muy poco tiempo y de forma intachable— no olvidó referirse positivamente al Libertador. Hay un episodio curioso relatado por el mismo protagonista en sus *Memorie:* Garibaldi tuvo la ocasión, en su última estadía en Sudamérica, de ser huésped por un día, en Guayaquil en 1851, de la antigua indómita amante de Bolívar, Manuela Sáenz, entonces ya muy enferma, y con ella tuvo la posibilidad de comentar la figura del Libertador.

La más amplia biografía de Bolívar escrita por un italiano en el siglo XIX es, en fin, la *Vita di Simón Bolívar* de Luigi Musini, revolucionario republicano y posteriormente uno de los primeros diputados de inspiración socialista en el Parlamento nacional: publicado en 1876, el estudio no es una obra crítica sino militante; muestra todo el asco del autor contra la orientación oligárquica dominante ya en la política tanto de Italia como de Hispanoamérica. Musini no propone una interpretación del Libertador bonapartista, ni caudillista o cesarista, sino republicana, libertaria y democrática, y es inútil hacer hincapié en lo temeraria que es semejante operación, lo que queda demostrado por el olvido en que cayó pronto la obra.

Quizás el enfoque mejor pensado sea el expresado por Cesare Cantù en su famosa historia universal (véase más adelante para otras referencias a su obra). Este gran polígrafo e historiador italiano, en efecto, no rechaza de antemano las muchas críticas a la actuación política del Libertador que circulaban entonces y, más bien, termina por compartirlas en parte: afirma, por ejemplo, que si bien Bolívar poseía el genio de la guerra, carecía del de la administración, y esto fue muy dañino para los republicanos hispanoamericanos, puesto que la parte meridional del continente no tuvo, a diferencia de los norteamericanos, políticos hábiles, etc.

La perspectiva diplomática de los estados de la península

En una memoria de octubre de 1817 el restaurado rey Fernando VII contestó a las interesadas ofertas con las cuales el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda se proponía como intermediario en el conflicto entre España y sus antiguas colonias americanas. Allí el gobierno de Madrid invocaba su derecho a reducir a los insurrectos y se apelaba a todos los estados europeos a tomar parte en la lucha legitimista que oponía a los dos continentes, porque la actuación de los gobiernos revolucionarios era una amenaza para todos y no sólo para su Majestad Católica. A pesar de las declaraciones, las potencias de la Santa Alianza poco hicieron para respaldar a España: los pequeños reinos y principados italianos, militarmente débiles, todavía hicieron menos, limitándose a asistir a la lucha. Más se comprometió la Santa Sede rechazando con dos encíclicas (la *Etsi longis-*

simo de 1816, y la *Etsi iam diu* de 1824) la rebelión de las antiguas colonias. Sin embargo, la diplomacia pontificia no cerró completamente la puerta a posibles contactos con los insurrectos y, en 1823-1825, terminó por enviar a Hispanoamérica una primera misión que se dirigía a intentar solucionar los problemas político-religiosos dejados por el retiro de España (en la expedición que fue a Chile iba también el joven canónico Giovanni Maria Mastai Ferretti, el futuro Pío IX que, por ello, se consideró, posteriormente, el primer papa «americano»).

En la documentación diplomática de los antiguos estados de la península, por lo general, se encuentra noticia del desarrollo de los acontecimientos sólo a partir de la definitiva derrota de Napoleón. Antes, en efecto, los acusados cambios territoriales, la ocupación de España por las tropas francesas, el bloqueo, etc., lo impidieron. La restauración, con ciertos cambios dinásticos y territoriales, de los antiguos estados en 1814-1815 permitió reanudar las relaciones.

Si se examina la correspondencia del Reino de Cerdeña, por ejemplo, se ve que cuando la corte sabauda se encontraba refugiada en la isla de Cerdeña bajo la protección de la flota británica, poca o ninguna noticia se recibió del mercader y cónsul sardo que en Cádiz mantenía los contactos entre el gobierno de Víctor Manuel I y el gobierno patriótico español. En 1815 la fuente de información directa sobre los asuntos españoles y americanos todavía seguía siendo ese agente y, sólo desde noviembre de 1816, se encargó del asunto el recién llegado embajador de Cerdeña en Madrid, el conde Prospero Balbo. En la correspondencia de éste, y posteriormente en la de sus sucesores, no escasean las noticias sobre los muchos problemas, tanto políticos como bélicos, relativos a la acción española, y también portuguesa, en las tierras americanas —las referencias a la parte de Portugal abordan particularmente el conflicto causado por la ocupación temporal luso-brasileña de Montevideo—, así como sobre maniobras urdidas por las potencias. Sin embargo, como el gobierno de Turín era reacio a todo tipo de acción revolucionaria y estaba comprometido, igual que el de Madrid, con la exigencia de restablecer el *statu quo ante* —parece que el mismo rey Víctor Manuel I leyese los informes—, no hay comentarios que no sean conformistas: sólo se puede encontrar, de vez en cuando, en aquella correspondencia, apreciaciones despectivas, como definir a Bolívar «presidente de la

farsante República de Venezuela», etc. Todavía a finales de 1823 el representante sardo en la capital de España seguía enviando despachos llenos de esperanza sobre el retorno de América a la dominación del Rey Católico y que relataban los buenos intentos de la Santa Alianza. El vaticinio se revelaría prontamente falaz por la supresión de la Constitución de España y por la más decidida toma de posición del gobierno británico que, a comienzos de 1824, consideraba ya un asunto zanjado la independencia de las antiguas colonias españolas. Al igual que los demás estados de la península, el Reino de Cerdeña tardó muchos años en reconocer a las nuevas repúblicas americanas, a pesar de tener interés en recoger la herencia marítima y comercial de la antigua República de Génova (ahora borrada del mapa de Europa e incorporada a los dominios de los Saboya). Únicamente en 1834, con la apertura de una legación de Río de Janeiro, y en 1836 de otras en Buenos Aires y Montevideo, el gobierno sardo empezaría a conocer más de cerca los problemas de los pueblos que se habían emancipado de España.

No muy diferente —porque semejantes eran los objetivos que perseguía el gobierno— es el panorama que se encuentra en la documentación diplomática del Reino de las Dos Sicilias. Sin embargo, ocasionalmente el enfoque no se adaptaba de manera muy estricta a la corriente política dominante. En efecto, en ciertos informes de los cónsules napolitanos en Nueva York y en Filadelfia se detecta la perspicacia de hombres acostumbrados a juzgar críticamente los diferentes efectos de los juegos político-comerciales de las grandes potencias, hasta dejar traslucir que en Sudamérica se estaba reproduciendo la emancipación que 40 años antes habían logrado las 13 colonias inglesas en la parte norte del continente.

Italianos en la lucha por la independencia de Hispanoamérica

Otro apartado lo constituye la concreta participación italiana en las guerras de emancipación.

A pesar de la retórica oficial con que ocasionalmente se continúa presentando los acontecimientos de la independencia de las antiguas Indias de España, hubo de todo. Hubo italianos afincados en las tierras americanas que conspiraron en pro de la libertad política

y lucharon al lado de los insurrectos; otros siguieron ocupándose de sus negocios; otros se mantuvieron fieles a la monarquía española e incluso colaboraron con los realistas; muchos llegaron *ex profeso* de Italia para participar en los combates.

Como resulta imposible dar cuenta aquí de todas las regiones americanas y de todos los individuos, nos limitaremos a recordar sólo a las personalidades destacadas que estuvieron en el territorio de Venezuela. De entre los que conspiraron con los patriotas destacan Francesco Isnardi, de Turín, y Luigi Santinelli, de Nápoles. El primero, afincado en el país después de haber comerciado en las cercanas posesiones holandesas, fue secretario del Congreso de las provincias de Venezuela de 1811; al año siguiente fue apresado por el general realista Monteverde y murió en la cárcel. El segundo, oficial en el ejército español desde 1774 y luego «ayudante graduado de teniente coronel en el batallón de milicias disciplinadas de blancos de Caracas», fue el prócer militar de la revolución caraqueña de 1810 y continuó durante los años siguientes en el campo de los insurrectos.

De los que abandonaron Italia para ir a combatir con Bolívar, algunos fueron porque, influidos por el ideario revolucionario y romántico de la época, veían imposible realizar sus aspiraciones en su patria, otros —y quizá fueran la mayoría de los antiguos militares napoleónicos— porque, encontrándose sin empleo tras la caída de la estrella de Bonaparte, quisieron seguir con su profesión allende el mar, igual que los miles de soldados británicos cesantes al acabarse las guerras continentales. Por último, otros fueron contratados directamente por los agentes de Venezuela en Europa. Como quiera que fuese, ya en 1816, 13 oficiales italianos se dirigieron a Venezuela de los cuales 11 murieron por enfermedad o en combate a los pocos meses de su llegada. Así, por ejemplo, Francesco Neri quien, habiendo empezado como soldado raso en 1796, había llegado al grado de general del ejército napoleónico y que acabó muriendo de fiebre amarilla en América; y también el teniente coronel Manfredo Berzolari que tuvo a su cargo a lo largo de un mes el diario de operaciones del ejército del Libertador pero que, capturado por los realistas, fue fusilado en 1818. Mejor suerte y más posibilidades de influir en el desarrollo de la guerra tuvieron el piamontés Carlo Luigi Emanuele Castelli y Agostino Codazzi, natural de las Romañas. El primero, que llegó en 1816, consiguió ascender al grado de general; el se-

gundo fue uno de los pocos militares italianos que salían no de las filas del ejército francés o de sus aliados sino de sus enemigos, esto es, de las tropas anglo-sículas creadas en Sicilia en 1814 por los británicos. Tendremos ocasión de volver a hablar de Codazzi, porque él llegaría a ser una personalidad importantísima de Venezuela, no sólo militar sino también científica, hasta el punto de ser enterrado en el Panteón Nacional junto a los demás próceres venezolanos. Durante su primera estadía en el país, de 1817 a 1822, Codazzi actuó de enlace entre el discutido general mexicano Aury y Bolívar, llevando a cabo misiones entre Venezuela y la Nueva Granada. Otro personaje importante que combatió, llegando a obtener el grado de teniente coronel y que, como Codazzi, dejó unas memorias (editadas en 1855, después de su muerte), fue Costante Ferrari, ya capitán en el Reino itálico.

Junto a militares del ejército de tierra, podemos encontrar también marinos y corsarios. La gran mayoría eran de Génova o de Liguria y casi todos ya habían actuado como corsarios al servicio de Francia en el Mediterráneo y en el Atlántico entre 1800 y 1814, o en el Caribe durante el conflicto entre los Estados Unidos e Inglaterra (1812-1814). Por ejemplo, el genovés Giovanni Barbafuma, llamado Barbafún o Barbafán, tuvo ocasión de salvar con toda probabilidad la vida de Bolívar al avisarle en 1815 de que en Cartagena el general Morillo le preparaba una emboscada. Sin embargo, otros no dejaron el mismo buen recuerdo. Por lo curioso del caso, merece señalarse la hazaña de los hermanos Bianchi, también de Génova, que en 1814, quizás insatisfechos por la insuficiente retribución de sus servicios como corsarios, se llevaron los 24 cajones que contenían las joyas y la plata labrada de la catedral de Caracas destinadas a armar un ejército en el oriente venezolano. Los líderes revolucionarios, entre ellos el mismo Bolívar, sólo consiguieron que les fuesen devueltas las dos terceras partes, y los Bianchi se quedaron con aproximadamente 400 kilos de plata, una corona de oro y varios hilos de perlas; además, muchos decenios después, en 1865, el entonces único superviviente de los Bianchi tuvo el valor —a pesar de que habían escrito juicios muy poco agradables sobre las autoridades revolucionarias (de Bolívar dijeron que era un hipócrita)— de dirigirse al presidente Guzmán Blanco pidiéndole el reconocimiento de sus antiguos méritos y una compensación por los mu-

chos gastos que él y sus hermanos habían sufrido en la defensa de la República.

De los que lucharon en el otro bando, se puede recordar a Giovanni Gabasso, quien fue el que quizá más se destacó en la guerra marítima al servicio de los realistas. Por último, evocamos también al coronel napolitano Maceroni quien, comisionado por Bolívar, reclutó voluntarios en varios países europeos a partir de 1816, y a otro militar que tuvo importancia científica, el piamontés Giuseppe Caffari, responsable de los servicios médicos del ejército del Libertador entre 1817 y 1820.

Las relaciones con los Estados Unidos

La aventura napoleónica afectó en cierta medida también a las relaciones de los estados italianos con la República norteamericana.

Antes de que los Estados Unidos quedaran implicados en 1812 en la guerra contra Gran Bretaña, el hecho de mayor importancia fue la consecuencia del *Embargo Act* emitido por el presidente Thomas Jefferson para proteger la neutralidad estadounidense. Joaquín Murat, rey de Nápoles nombrado por Bonaparte, por su parte prohibió la estadía en su Reino de los barcos norteamericanos y, a lo largo del período 1809-1812, capturó 55 navíos de aquel país por valor de más de tres millones de ducados napolitanos. Restablecidos los Borbones en el trono de las Dos Sicilias, las autoridades estadounidenses intentaron desde 1816 recuperar aquellas pérdidas a través de intermediarios, pero sólo en 1832 pudo llegarse a una solución: el estado norteamericano recibía una indemnización de las dos terceras partes del valor de los barcos incautados.

Diverso éxito tuvo entonces la oferta estadounidense de firmar un tratado de comercio. Pese a ello, sí se empezaron a establecer relaciones diplomáticas formales entre los dos países: los Estados Unidos tuvieron en Nápoles un encargado de negocios desde 1838; las Dos Sicilias tardaron un poco más y nombraron un representante de grado homólogo en 1846. En realidad, más que las relaciones políticas importaban las comerciales. En efecto, por aquella fecha una decena de personas entre cónsules, vicecónsules y agentes protegían los intereses norteamericanos en la Italia del Sur,

mientras que la red consular napolitana contaba con igual número en las costas atlánticas (la oriental y la meridional) de los Estados Unidos. En 1845, gracias al empeño del nuevo encargado de negocios, William Polk, hermano del presidente norteamericano, pudo llegarse también a la firma del primer tratado de comercio (otro vendría en 1856).

Los acontecimientos revolucionarios de 1848 —intento separatista siciliano y experimento constitucional en la parte continental del Reino— proporcionaron algunos problemas al gobierno de Washington, tanto en Nueva York —donde se intentó constituir un consulado separatista siciliano— como en Nápoles y en Palermo, por el generoso, pero desautorizado, apoyo concedido por algunos cónsules norteamericanos a los insurrectos. A pesar de las simpatías que la causa liberal y unitaria italiana despertaba en la opinión estadounidense, y de los muchos incidentes relacionados con el asunto, las relaciones entre los Estados Unidos y las Dos Sicilias en el decenio antecedente a la constitución del Reino de Italia progresaron, tanto en el intercambio comercial como en el grado del representante estadounidense en Nápoles que, en 1854, pasó de encargado de negocios a ministro residente (a pesar de esto las Dos Sicilias no cambiaron el *status* de su encargado).

El único estado italiano que podía competir, por extensión territorial, fuerza comercial y poderío militar con las Dos Sicilias era el Reino de Cerdeña, a cuyo territorio, premiando la contribución de los Saboya a la causa antinapoleónica, el Congreso de Viena había añadido el de la antigua República de Génova.

Precisamente la incorporación de los intereses marítimos ligures empujó al gobierno sardo a pensar, ya en 1815, en un ambicioso plan que preveía un consulado general en Filadelfia y 11 consulados en los puertos más importantes de las costas orientales y meridionales de los Estados Unidos. El proyecto tardó mucho en llevarse a cabo (en 1824 eran ocho) y sufrió modificaciones: en 1840 el consulado general fue transferido de Filadelfia a Nueva York y, después del *gold rush* hacia California iniciado en 1848, se determinó la creación de una oficina consular también en San Francisco (parece que en 1852 eran 118 los italianos en la costa occidental). Por su parte, también el gobierno de Washington amplió su red consular, que llegó a ser particularmente importante en Cerdeña.

Del mismo modo, como ya había ocurrido con las Dos Sicilias, las autoridades norteamericanas buscaron reforzar y elevar de grado las relaciones recíprocas con el Reino sardo. Los contactos, iniciados en 1838, inesperadamente tuvieron un éxito inmediato y aquel mismo año se estipuló un tratado comercial y se nombraron encargados de negocios tanto en Nueva York (sólo los ministros residentes estaban en Washington) como en Turín (aquí, sólo en 1840). El secretario de Estado para los Asuntos Exteriores, el conde Clemente Solaro della Margherita, al dar al diplomático escogido las instrucciones que debían guiarlo en el nuevo destino, le ordenaba mantener una posición muy prudente —tanto porque la política del gobierno real era la de mantenerse independiente lo más posible como porque así lo exigía la situación multirreligiosa del país al que iba—, procurar informar bien de lo que pasaba y hacer propaganda de Génova como mejor puerto del Mediterráneo.

La postura anteriormente mencionada fue, con muy pocas modificaciones, la adoptada por los representantes, primero sardos y luego italianos, en los Estados Unidos hasta finales del siglo XIX. Se ha escrito que antes de que el tamaño de los flujos migratorios italianos creciese desmesuradamente, y antes de que los Estados Unidos se convirtiesen en una gran potencia, el gobierno de Turín, y luego el de Roma, pedía poco a sus agentes diplomáticos y consulares: los invitaba —se ha dicho— a ser «fotógrafos de lujo» de una realidad interior y exterior que pocas consecuencias, al fin y al cabo, podía ejercer sobre los destinos italianos, volcados hacia el Viejo Continente; lo único que se les pedía a los encargados de negocios (desde 1848 ese cargo se sumó al de cónsul general) y a los cónsules era cuidar los intereses económicos y comerciales y, dentro de lo posible, hacerse propagandistas de éstos y de la imagen del país.

De entre los muchos productos intercambiados, los contactos militares y la industria bélica tuvieron una importancia particular: el primer buque de guerra sardo pasó por el puerto de Nueva York en 1847; al año siguiente el gobierno norteamericano, que tenía muy a menudo una armada en el Mediterráneo, pidió y obtuvo la concesión de facilidades —por un período inicial de tres años, sucesivamente renovable— para su propia marina de guerra en el puerto de La Spezia. En el mismo período, la primera tarea del nuevo funcionario que ejercía los cargos de cónsul general y encargado de nego-

cios sardo fue, además, negociar la compra de armas producidas en los Estados Unidos, quizás en vista de las inminentes empresas bélicas que el Piamonte planeaba. Otros encargos que el diplomático recibió fueron averiguar la posibilidad de establecer un constante servicio de navegación entre Génova y Norteamérica y vigilar la actividad de los muchos emigrantes políticos presentes allende el Atlántico.

Esta última preocupación —véase, para más detalles, el parágrafo siguiente— había sido puesta de relieve en los decenios anteriores a la decidida opción patriótica de la monarquía sabauda (1848). Sin embargo, incluso después, el intento de control de la emigración revolucionaria y adepta a las ideas republicanas de Giuseppe Mazzini no cesó. También Giuseppe Garibaldi, con ocasión de sus estadías en Nueva York, fue objeto de la atención del representante sardo (y aun de los de Toscana y de las Dos Sicilias). No faltó, en relación con el asunto de los prófugos políticos, un desagradable incidente, cuando el gobierno norteamericano presentó en 1853 como cónsul en Génova a uno de los antiguos deportados a América en 1836, Eleuterio Felice Foresti que, por ser republicano, fue rechazado por las autoridades de Turín hasta 1858 (damos más adelante otras noticias sobre este patriota). Hubo otras ocasionales desavenencias cuando el representante sardo apoyó, con cierta discreción, las quejas españolas por la postura estadounidense en los asuntos cubanos; o cuando el joven encargado de negocios norteamericano en Turín, John M. Daniel, tuvo que ser retirado por su gobierno en 1853 por haber escrito a un diario norteamericano que los nobles de la corte sabauda olían a ajo y cebolla.

A pesar de lo que acabamos de contar, las relaciones entre los dos países fueron muy buenas, porque las autoridades y gran parte de la opinión pública norteamericana apoyaban la postura liberal y nacional del Piamonte. Así, en 1854, el gobierno de Washington elevó unilateralmente el nivel de su representación diplomática transformando al encargado de negocios que tenía en Turín en ministro residente. Por parte del Piamonte una decisión análoga llegó sólo en febrero de 1861.

En 1855 fue enviado a Nueva York como cónsul general y encargado de negocios una personalidad muy interesante y atípica en el mundo de la diplomacia: Giuseppe Bertinatti. Éste era discípulo y

amigo del sacerdote, filósofo y hombre político Vincenzo Gioberti y, como patriota, en los años anteriores había sido obligado a residir muchos años en el extranjero. Bertinatti acogió con favor su nombramiento para una sede muy poco apetecida por los diplomáticos tradicionales: la ocupó durante los siguientes 12 años siendo así el primer representante del nuevo Reino de Italia en los Estados Unidos. Bertinatti desarrolló un buen trabajo y consiguió acrecentar las simpatías estadounidenses hacia la causa unitaria italiana (por ejemplo, en vista de la guerra de 1859 contra los austríacos, organizó un comité de apoyo).

Poca importancia tuvieron las relaciones de los Estados Unidos con los pequeños principados de la península. Sólo en los dominios pontificios el gobierno norteamericano tuvo desde 1848 un encargado de negocios y, desde 1854 hasta 1867, un ministro residente. También los Estados Unidos intentaron tener un encargado de negocios en el Gran Ducado de Toscana pero, como los Habsburgo-Lorena admitían sólo ministros residentes, al final se contentaron con tener cónsules, como en los demás estados (caso sorprendente, Thomas Appleton dirigió el consulado de Liorna durante 46 años, siendo el principal enlace entre los dos gobiernos).

Igualmente, sólo mantuvieron cónsules en la parte septentrional del Nuevo Mundo el gran duque de Toscana (tuvo cuatro) y el papa-rey (siete). La protección de los súbditos del Ducado de Parma y de los del Ducado de Módena que vivían en los Estados Unidos estuvo, por lo general, a cargo de potencias extranjeras: los Borbones de Parma se apoyaron en España o en las Dos Sicilias por razones dinásticas, y los Este de Módena, por los lazos políticos existentes, en el Imperio Austríaco.

Poco hay que decir sobre Canadá. Este país a lo largo del siglo XIX fue más bien considerado un reducto del antiguo régimen y, por ello, ensalzado por los defensores del *statu quo* y del legitimismo dinástico, y denostado por los patriotas y liberales. En efecto, los francófonos canadienses —gracias también a la política conciliadora de Londres y a su tolerancia allí con la iglesia católica— se mantuvieron alejados de las ideas de la revolución francesa y continuaron siendo fieles al papado. De esta manera la Santa Sede encontró en el Canadá uno de sus consuelos frente a las corrientes de impiedad que socavaban Europa y América; incluso algunos franco-canadien-

ses se alistaron en el ejército del pontífice en defensa del poder temporal de la Iglesia.

El Nuevo Mundo como lugar de emigración y de deportación política: América del Norte

La emigración política —voluntaria o forzada— a América empezó *de facto* después de la caída de Napoleón (1815) y fue consecuencia de la estrechez de objetivos de los gobiernos de la Restauración. Antes de esto —e incluso posteriormente— los italianos que emigraron al Nuevo Mundo tuvieron motivaciones muy diferentes.

Cuáles fueron las de Lorenzo da Ponte —nombre adoptado por el israelita véneto Emanuele Conegliano después de su conversión al catolicismo— es un misterio. Extraña figura de aventurero, Da Ponte, que había recibido también las sagradas órdenes, ejerció ya en Venecia, Austria, Alemania e Inglaterra varios oficios, a pesar de que su fama se relaciona principalmente con el hecho de haber sido el libretista de melodramas de Mozart, Salieri, Paisiello y otros. En los Estados Unidos, adonde fue en 1805 (no volvió jamás a Europa), Da Ponte realizó los más diferentes trabajos, de tendero a empresario lírico. La experiencia americana de Da Ponte se encuentra relatada tanto en la *Storia compendiosa della mia vita,* de 1807, como en las más ambiciosas *Memorie* del autor, cuya definitiva redacción es de 1829-1830. Quizá no merecería recordarlo aquí si no fuera porque Da Ponte hizo mucho por la difusión de la cultura y de la lengua italiana: además de su actividad de librero y de las clases particulares que daba, promocionó la constitución de un fondo italiano en la biblioteca de Nueva York y tuvo, en 1825, el encargo de dar clases de italiano en el Columbia College (que sería más tarde la Columbia University). Sin embargo, la plaza —posteriormente ocupada por ilustres catedráticos— de momento no pasó de ser sólo teórica, y sin sueldo, por falta de alumnos, lo que puede constituir un índice no despreciable de la poca consideración que la cultura italiana tenía entonces en los Estados Unidos.

En sus últimos años Da Ponte tuvo que defenderse de la competencia que —lo escribió él mismo— un «enjambre» de exiliados italianos llegados a Nueva York sin medios y sin capacidades especí-

ficas le hacían. Uno de ellos, a quien ya tuvimos la ocasión de mencionar, fue Eleuterio Felice Foresti, que terminó por ser precisamente, por algunos años, el sucesor de Da Ponte en la plaza de literatura italiana en el Columbia College.

A pesar de que el fenómeno de la emigración política italiana fue mucho mayor en América Latina que en Norteamérica, también a Nueva York —constante puerta de ingreso en los Estados Unidos— llegaron muchos exiliados. La causa hay que buscarla en el hecho de que algunos gobiernos de la Italia preunitaria —y lo mismo hacían otros países europeos— escogieron el Nuevo Mundo como tierra de deportación. Este recurso fue «estrenado» después del primer gran episodio del Resurgimiento nacional, es decir, de la intentona de los carbonarios lombardos y piamonteses de 1821. Algunos de los patriotas ya recluidos en la fortaleza de Spielberg, en Moravia, fueron enviados en 1833 a América. Entre ellos estaban Silvio Pellico y Pietro Maroncelli: éste fue uno de los que murieron en los Estados Unidos, a semejanza de Da Ponte, con el que Maroncelli mantuvo también relaciones. Otro «cargamento» de relieve, otra decena de encarcelados en la fortaleza morava, llegó en 1836, a través de un buque austríaco: entre ellos estaba el conde Federico Confalonieri que fue recibido personalmente por el presidente de los Estados Unidos, mientras el ya recordado Foresti fue uno de los que luego mejor se afincó en el país sin dejar por ello de continuar comprometiéndose en favor de la causa de Mazzini; también fue amigo de Giuseppe Garibaldi. Cuando el gobierno sardo rehusó aceptarlo como cónsul norteamericano, Foresti vivió en Génova como particular y, gracias al hecho de haberse acercado a patriotas más gratos al gobierno, pudo obtener el *exequatur* en 1858 y actuar allí por pocos meses, antes de morir, como cónsul estadounidense.

Otra gran oleada de refugiados llegó después de la caída de la República romana de 1849: en Nueva York estuvieron, entre otros muchos, el dictador de la misma República, Giuseppe Garibaldi, que en Roma no había aceptado, por ser limitado a pocas personas, el ofrecimiento de protección del encargado de negocios estadounidense. El ministro de la Guerra de aquella desafortunada hazaña, Giuseppe Avezzana, fue recibido por el alcalde de Nueva York. Garibaldi, que llegó más tarde, rehusó entre 1850 y 1851 los festejos públicos que se le querían dar y prefirió vivir modestamente allí, en

Staten Island, trabajando en un taller de velas de Antonio Meucci (el que fue, posteriormente, el controvertido inventor del teléfono). En aquel período, y también a su vuelta a los Estados Unidos a finales de 1853, Garibaldi expresó la intención de pedir la ciudadanía del país, pero al final el intento no se concretó. En la ciudad de Nueva York había entonces unos 700 compatriotas, en parte refugiados políticos.

Interesante es también la historia de Felice Argenti quien participó en la intentona revolucionaria de 1821 en Piamonte. Primero fue a Cuba y a México; en este último país fue involucrado en una intentona republicana contra el efímero emperador Agustín de Iturbide. Posteriormente estuvo en Estados Unidos y en Sudamérica, y consiguió que el gobierno de Brasil le nombrara cónsul en Liorna, encargo que no pudo asumir debido al veto impuesto por el Imperio Austríaco. De vuelta a Italia, fue encarcelado, condenado, y luego deportado a Norteamérica en el grupo que llegó a Nueva York en 1836. En los Estados Unidos siguió viviendo —excepto durante un breve paréntesis en 1848, cuando estuvo de nuevo en Milán para sumarse a la revolución que había estallado allí— y en San Francisco consiguió enriquecerse temporalmente convirtiéndose en titular de un banco y de una factoría lanera.

En América Latina

Ya hemos aludido, aunque de manera muy rápida, a las sospechas con que los gobiernos de los estados italianos preunitarios miraron hacia las nuevas repúblicas independientes de habla hispana. Menores cautelas despertó el más estable imperio de Brasil, que se había independizado de Portugal en 1822. Iniciativas de cierta envergadura, que se dirigían especialmente a mejorar el intercambio comercial, fueron adoptadas sólo por el Reino de las Dos Sicilias y por el Reino de Cerdeña.

De entre los representantes diplomáticos que fueron enviados allí destaca el genovés Marcello Cerruti, quien estuvo como cónsul general y encargado de negocios sardo en la América austral desde 1852 hasta 1860, primero en Brasil y posteriormente en la Confederación Argentina. Cerruti actuó con éxito a favor de los inmigrantes

italianos y firmó tratados comerciales, de amistad y de navegación con los estados arriba citados y también con Paraguay y Uruguay, antes de ser transferido a los Estados Unidos en 1860.

La diplomacia de los Borbones napolitanos, más aún que la de los Saboya, privilegió al Brasil. Sólo cuando envió allí a sus representantes diplomáticos pudo tener alguna información sobre otros países de América Central y América del Sur. Ya antes de la independencia de Brasil, el gobierno napolitano había firmado una convención con el rey de Portugal (1819) para tener la posibilidad de transferir criminales a los territorios ultramarinos lusos; salió entonces una sola expedición de 300 condenados a cadena perpetua, de los cuales gran parte se afincó en Brasil, y una treintena de ellos acabaron enriqueciéndose a través del comercio. En 1826 el Reino de las Dos Sicilias reconoció formalmente al imperio de Brasil y nombró un cónsul general y un encargado de negocios. Pese a ello, muy poco apetecida tenía que ser la legación de Río de Janeiro si el diplomático nombrado rehusó ir y, sólo en 1829, fue allá el barón Emilio Antonini. En 1838 el gobierno napolitano intentó establecer nuevos acuerdos para la deportación de presos, pero las autoridades de Brasil se negaron por el temor de que los convictos causaran nuevos trastornos al imperio. En efecto, el año anterior el gobierno pontificio había seguido las huellas del de Nápoles y enviado a un grupo de presos políticos suyos a Bahía para que se empeñaran en la colonización de aquella región, pero los deportados, no habiendo sido respetadas las condiciones que se les habían garantizado, se unieron a los insurgentes locales en contra del gobierno imperial.

El establecimiento de nuevos lazos matrimoniales entre las dinastías reinantes en Nápoles y en Río de Janeiro estrecharon las relaciones. En efecto, una hermana, Teresa Cristina, y un hermano, Luigi, del rey napolitano Ferdinando II se casaron, respectivamente, con el emperador Pedro II y la hermana de éste, la princesa Januaria (sin embargo, no faltarían posteriormente algunas desavenencias, cuando el príncipe Luigi se opuso a la política de su cuñado, el emperador). Nuevos intentos napolitanos para encontrar un lugar apto para deportar allende el Atlántico a los indeseables, tanto patriotas como criminales comunes, tuvieron lugar después de la revolución de 1848. Las negociaciones se dirigieron hacia la Argentina, a través del cónsul general napolitano en el Brasil, Gennaro Merolla, y de un

antiguo exiliado del Reino de las Dos Sicilias, Pietro de Angelis, que en el país del Plata había logrado una buena posición al servicio del autoritario presidente Juan Manuel de Rosas. Como el gobierno de Río de Janeiro tuvo el temor de que los emigrantes napolitanos pudiesen ir a engrosar las fuerzas militares de Rosas, entonces enemigo de Brasil, la misma emperatriz escribió en 1850 a su hermano Ferdinando II para que le hiciese el favor de renunciar al proyecto. Así, los contactos se reanudaron sólo después de la caída de Rosas (1852). Debido a que el Reino de las Dos Sicilias no había reconocido todavía oficialmente la independencia del país rioplatense, y que allí había dos gobiernos —uno de la provincia de Buenos Aires y otro de la Confederación Argentina—, hubo muchas dificultades y sólo en enero de 1857, después del *exequatur* recíproco al intercambio de cónsules, se llegó a firmar una convención, entre el Reino y la Confederación Argentina, que permitiría el establecimiento allá de miles de presos: todos los que aceptaran la conmutación de la cárcel por la deportación. Sin embargo, este acuerdo fue rechazado por los detenidos políticos y condenado por la diplomacia y la prensa liberal del Reino de Cerdeña, de Inglaterra y de la misma Argentina. La convención, pues, no fue ratificada y en 1859 abortó la última tentativa borbónica de deportar a Sudamérica, a través de la corbeta *Stromboli* desde Cádiz, a 66 patriotas.

Queda por hablar de la actuación de los refugiados políticos italianos que fueron a Sudamérica huyendo del despotismo. No se puede discutir el asunto si no es empezando por el exiliado más famoso, es decir, Giuseppe Garibaldi.

Giuseppe Garibaldi y otros patriotas

Ya hicimos referencia a las dos breves estadías de Garibaldi en Nueva York (y en el siguiente capítulo veremos cómo se le ofreció el grado de general del bando unionista con ocasión de la guerra civil estadounidense). Sin embargo, un largo período de la vida de este gran patriota transcurrió en Latinoamérica y, por eso, con un poco de retórica, se le llama «el héroe de los dos mundos».

Entre la primera y la segunda estadía en Nueva York, Garibaldi viajó como capitán de navío a Nicaragua, pasó a Panamá, navegó

hasta Lima y, después de haber estado en China volvió a los Estados Unidos a través del estrecho de Magallanes. Es curioso observar que su misterioso viaje a Centroamérica en el verano de 1851 suscitó la suspicacia tanto de la diplomacia del Reino de Cerdeña como del ministro de España en Washington, ya que había rumores de que el patriota italiano se había puesto de acuerdo con el revolucionario venezolano Narciso López sobre un común intento de golpe de mano para libertar a la isla de Cuba del dominio español (en los decenios siguientes, en efecto, cierto número de italianos lucharía al lado de los independentistas cubanos).

La parte más movida de la acción de Garibaldi en Sudamérica se refiere, sin embargo, a épocas anteriores. Condenado a muerte por su actuación revolucionaria en Génova, Garibaldi pudo escapar del Reino de Cerdeña y refugiarse en Río de Janeiro en 1836, ciudad en la que vivían muchos patriotas italianos. Entre éstos sobresalían el mazziniano genovés Luigi Rossetti, afincado allí desde 1827, y que puso en contacto al futuro general con el armador véneto Luigi Dalecazi, en cuya casa se reunían muchos exiliados. Gracias a éste y a Giacomo Picasso, Garibaldi pudo vivir durante un cierto tiempo —bajo el nombre falso de Giovanni Borel—, como capitán de un barco de transporte. Garibaldi, y como él muchos exiliados, anhelaban con cierta exaltación revolucionaria continuar allí la guerra contra el Reino de Cerdeña, entonces políticamente conservador, y contra el Imperio Austríaco. Con este fin Garibaldi tuvo el generoso, pero descabellado, proyecto de conseguir de Mazzini una patente de corso que le permitiese atacar a los buques enemigos de la revolución italiana. La ocasión de luchar por lo que se pensaba que era una buena causa vino un poco más tarde, a través del conde boloñés Livio Zambeccari, exiliado desde 1826 en Montevideo y Buenos Aires y, desde 1834, residente en Porto Alegre. En la capital de la provincia de Río Grande do Sul, Zambeccari había conseguido distinguirse políticamente y por su afiliación masónica —muchos de los revolucionarios tanto italianos como americanos pertenecían a las logias, según una tradición que duraría hasta bien entrado el siglo XX— había sido nombrado secretario de Bento Gonçalves, que proclamó en 1836 la secesión de aquella provincia del imperio del Brasil. Jefe de estado mayor de la recién creada República riograndense, Zambeccari fue detenido por las tropas imperiales y encarce-

lado, pero tuvo igualmente la posibilidad de llamar a Garibaldi, a Rossetti y a otros compatriotas para que se sumasen a la lucha.

La superficialidad política de aquella lucha —y también de la otra que seguidamente haría Garibaldi más al sur— no puede ser silenciada hoy, pues la predilección por la forma de gobierno republicana y la saña contra la «tiranía» imperial eran a menudo acríticas; además, años más tarde se mostrarían en cierto modo contradictorias con el afán unitario —en perjuicio de poblaciones que tenían tradiciones e intereses económicos diferentes— expresado, tanto en Italia como en los Estados Unidos de Norteamérica, por Garibaldi y otros. Hace ya medio siglo, cuando era bastante raro que se levantasen críticas a los próceres del Resurgimiento, uno de los pocos historiadores italianos que tuvo interés en la historia de Sudamérica, Gino Doria, escribió que «el héroe de los dos mundos», a pesar de ser una gran persona y hombre de inmaculada decencia, no supo en sus *Memorie* darnos una explicación histórica clara y objetiva ni de las razones que habían llevado a enfrentarse a Río Grande do Sul contra el imperio brasileño ni de las que habían guiado a Uruguay contra Argentina. La tiranía de Pedro II era un invento de los riograndeses y Garibaldi se lanzaba quijotescamente en favor de toda causa que le pareciera buena, sin profundizar ni jurídica ni históricamente. Claro es que buscar lucidez y perfecta coherencia en los revolucionarios es demasiado pedir; conviene más bien hacer hincapié en el empuje ideal y en el generoso internacionalismo de aquellos combates. Además, la buena fe de la generación de los italianos que lucharon en Sudamérica desde el tercer decenio del siglo, tal vez se pueda considerar superior, en conjunto, a la de la generación anterior, la de los militares ex napoleónicos que lucharon en las campañas de la Independencia.

Como quiera que fuese, Garibaldi junto con otros italianos actuó como corsario contra las fuerzas imperiales brasileñas; luchó en particular en Lagoa dos Patos y en 1839 tomó parte en la invasión riograndense de la provincia colindante de Santa Catarina (y allí encontró a su compañera, Anita, destinada a morir en Italia, durante la fuga consiguiente a la derrota de la República romana de 1849).

Concluida la secesión riograndense en 1841, Garibaldi marchó a Montevideo. Después de un breve período en el que actuó de comerciante y de maestro de matemáticas, pasó a luchar por la capital

de la República de la Banda Oriental del Uruguay, empeñada tanto en una guerra civil como contra las fuerzas argentinas del presidente Rosas: participa en la expedición de socorro a la provincia de Corrientes, aliada de Montevideo, en la guerrilla y, por fin, en la defensa de la capital, cercada por sus adversarios uruguayos y argentinos. Al igual que las comunidades de otras naciones, los italianos de Montevideo, en 1843, organizaron su propia milicia en favor de la ciudad: aparecieron entonces —uniforme más bien casual, porque era el traje de trabajo de los carniceros— los *camicie rosse,* cuyo destino sería glorioso en el decenio central del Resurgimiento y que tendría un apéndice en la Primera Guerra Mundial y también posteriormente. En la organización de la legión italiana Garibaldi tuvo el auxilio en particular de Francesco Anzani, que había luchado en varios países europeos antes de llegar al Brasil en 1839. Los voluntarios se destacaron en la lucha, siendo elogiados públicamente. El general, y muchos otros patriotas, renunciaron a seguir luchando por Montevideo cuando llegaron las noticias de la conmoción que empezaba a turbar a casi toda Europa en 1848: el héroe, con unos 60 compañeros, dejó Montevideo en abril de aquel año y se dirigió a Italia.

Juzgada serenamente, la actuación militar de Garibaldi y la de los italianos en Brasil y en Uruguay no parece gran cosa, no porque les faltase valor sino porque semejantes episodios bélicos fueron, al fin y al cabo, reducidos. Depurada de toda patriotería, la importancia de la estadía de Garibaldi —y de otros exiliados— en Sudamérica consiste en el aprendizaje militar que allí hicieron y en la capacidad movilizadora que tuvo en Italia el eco —ampliado por la propaganda revolucionaria— de tales pequeñas hazañas. Menos claro, quizá, resulte —como siempre ocurre cuando se habla del vidrioso problema de evaluar intervenciones extranjeras en conflictos nacionales— el significado ideológico y político de ese compromiso (por el indudable jacobinismo que trajo consigo, etc.) así como el alcance del mismo en la sucesiva evolución de aquellos países sudamericanos.

Sobre las repercusiones de la conducta de los exiliados italianos se pueden añadir todavía otras cosas. Algunos, en efecto, terminaron políticamente de manera incoherente. Uno de los casos más claros es el del napolitano Pietro de Angelis (1784-1859), que ya hemos ci-

tado anteriormente. Tuvo buenos empleos durante el reinado de Murat; militar borbónico después de 1815, y diplomático del gobierno constitucional entre 1820 y 1821, tuvo que exiliarse en París y, desde 1827, en la Argentina, cuya nacionalidad adoptó. Insatisfecho de la política liberal, se pasó al bando de Juan Manuel de Rosas, del que acabó por ser el historiador oficial y un descarado adulador. Después de la caída del dictador intentó acercarse a sus vencedores, pero tuvo que marcharse y estableció muy buenas relaciones con el emperador de Brasil. Ya olvidadas sus desavenencias con el gobierno napolitano, aceptó ser su primer cónsul en la Confederación Argentina (1855). Se arrepintió pronto y buscó nuevos empleos tanto en Brasil como cerca del presidente de Paraguay, Carlos Antonio López. Figura políticamente ambigua, dispuesto a poner su pluma al servicio de las causas más diversas, De Angelis fue, sin embargo, un valioso intelectual: gran coleccionista de documentos, tuvo el mérito de fundar sólidamente en Sudamérica la historiografía y los estudios de política internacional.

Viajeros y misioneros en el oeste de Norteamérica

Como la historia de los italianos desterrados al Nuevo Mundo se mezcla con los viajes realizados por otros que no estaban allí exiliados, desde ahora no estableceremos distinciones entre las diferentes «categorías» de italianos que pasaron el Atlántico.

Por lo que se refiere a la parte occidental de Norteamérica, parece como si los pocos italianos que se comprometieron en la conquista del *Far West* perdiesen muy a menudo las características nacionales adquiriendo pronto —a diferencia de los compatriotas que más tarde se avecindarían en las grandes ciudades— la mentalidad del hombre de la frontera.

El carbonario marqués Orazio de Attelis di Santangelo llegó desde España en 1824 y en Nueva York vivió dando clases de italiano; posteriormente fue a México y a Luisiana, en Nueva Orleans fundó un periódico en español, *El Correo Atlántico,* y volvió a Italia en 1848. El conde Francesco Arese Lucini, inquieto miembro de una de las más destacadas familias patricias de Milán, después de haber participado con los franceses en la conquista de Argelia, llegó

a St. Louis como exiliado en 1837. En parte siguiendo las huellas de Constantino Beltrami, remontó el río Missouri a caballo y en piragua, fue hasta el actual estado de Dakota del Sur y, después de haber conocido muchas tribus indígenas (entre ellas a los sioux), llegó a Quebec y Montreal a través de la región de los grandes lagos (su libro *Notes d'un voyage dans les prairies et dans l'intérieur de l'Amérique Septentrionale* fue publicado en Turín en 1894). Posteriormente, en los años centrales del Resurgimiento, tuvo importantes encargos político-diplomáticos.

Otros se contentaron con enriquecerse, como el siciliano Salvatore Pizzinato: llegado a Nueva York en 1833, organizó un rico tráfico de frutas centroamericanas. Giovanni Dominis, desde 1827, comerció con los indios cambiando pieles por ron en la Columbia Británica, se puso a vender salmón ahumado en los Estados Unidos e intercambió plantas y animales entre diferentes regiones (por ejemplo, el pino de Oregón y la oveja de California), etc. Así pues, tuvo una existencia muy agitada, continuada por su hijo, que se casó nada menos que con la reina de las islas Hawai.

El Lejano Oeste fue también, desde luego, objeto de visitas de periodistas italianos. Uno de éstos fue Antonio Gallenga que, llegado hasta Nashville y Louisville en 1838, sacó impresiones contradictorias de los norteamericanos. Como ya hiciera Gustavo Strafforello, autor en 1856 de *Il nuovo Monte Cristo,* contribuyó a propagar una serie de imágenes del paisaje de los Estados Unidos occidentales y de sus habitantes, destinadas a tener un largo éxito: inmensas dimensiones del territorio, grosería de sus habitantes, etc. Ni siquiera faltaron viajes y reportajes de hombres cultos y de categoría, como el del rector de la Universidad de Bolonia, Antonio Caccia, que en *Europa ed America: scene della vita dal 1848 al 1850* (1850) relató su visita a California en el período del comienzo del *gold rush* dando cuenta de los salvajes aspectos de la existencia allá. También después de la Unidad italiana, otro rector del ateneo boloñés, Giovanni Cappellini, dejó constancia de un viaje suyo al *Far West* (1863).

De entre los muchos misioneros se puede recordar al dominico Samuele Mazzucchelli, perteneciente a una rica familia romana que, en el tercer decenio del siglo, evangelizó a los indios de Iowa, Illinois y Wisconsin. Conocido como «father Kelly», publicó un diccionario de la lengua chippewa y el primer libro escrito en la lengua de

los sioux, y también dejó constancia de su experiencia misional (*Memorie storiche ed edificanti di un missionario apostolico...*, 1844-1845). El lazarista piamontés Félix de Andreis, llegado a Baltimore en 1816, fundó el seminario de St. Mary Perryville (Missouri). Giuseppe Rosati fue obispo de St. Louis desde 1824 y coordinador de las misiones hasta las Montañas Rocosas. En el oeste se destacaron también los jesuitas: entre ellos el piamontés Paolo M. Ponziglione, que estuvo 40 años en Kansas y Wyoming; el romano Gregorio Mengarini, que se ocupó durante diez años, desde 1841, de catequizar a los indios de Montana y escribió en latín una gramática de la lengua de los indios selish y un diccionario de la nación indígena llamada *flatheads* (cabezas chatas) y el padre Ravalli de Ferrara, que estuvo en el oeste desde 1844 hasta su muerte destacándose como médico, farmacéutico y, también, como arquitecto.

Otros intelectuales y científicos que viajaron al Nuevo Mundo

Una de las figuras más interesantes es Giacomo Constantino Beltrami, originario de Bérgamo y funcionario en Las Marcas durante el dominio napoleónico. Cuando, con la Restauración, fue reconstituido el dominio temporal del papa, Beltrami tuvo muchos problemas y, después de los movimientos revolucionarios de 1820-1821, emigró a Norteamérica. Cuando llegó hasta el Mississippi en 1823, se agregó primero a la expedición militar que remontaba el río y luego prosiguió solo hasta un pequeño lago, bautizado por él con el nombre de Giulia, en el que creyó identificar las fuentes de ese gran río (después de muchas polémicas, en 1832, éstas fueron identificadas, sin embargo, en el lago Itasca). A pesar de que Beltrami es, por lo general, conocido por sus exploraciones en el área del Mississippi —de las que dio cuenta en el libro *La découverte des sources du Mississippi et de la Rivière Sanglante,* publicado en Nueva Orleans en 1824—, viajó también a México y a Haití. Después de haber recogido objetos de los indios de Norteamérica (todavía conservados, junto con documentos en parte aún inéditos, en Bérgamo), consiguió objetos aún más preciosos en Latinoamérica, como el catecismo escrito en náhuatl por el franciscano Bernardino de Sahagún. Lo que

merece la pena subrayar es que Beltrami, persona muy avanzada políticamente, se empeñó en particular en comprender las civilizaciones indígenas y puso las bases para una interpretación no eurocéntrica sino anticolonialista de las tierras del hemisferio occidental; también fue uno de los pocos italianos —y europeos— que se interesó por Haití y que dio crédito inicialmente a la posibilidad de éxito de una República negra y mulata.

Un apartado independiente podrían constituir las exploraciones científicas llevadas a cabo por italianos de la época, las cuales, sin embargo, están en muchos casos conectadas con la actividad de los exiliados políticos. Ya tuvimos ocasión de nombrar a Agostino Codazzi como a uno de los militares que la conclusión de la aventura napoleónica dejó sin sueldo y sin perspectivas. Partiendo de las Romañas, se señaló en el ejército de Bolívar; terminadas las guerras de Independencia, estuvo al servicio de Venezuela y luego de la Nueva Granada o Colombia. El gobierno del primer país le encargó redactar un atlas geográfico y estadístico, trabajo que Codazzi llevó a cabo publicando en Caracas (1840) el *Atlas físico y político de la República de Venezuela dedicado por su autor el coronel de Ingenieros A. Codazzi al Congreso Constituyente de 1830* y en París (1841) un *Resumen de la geografía de Venezuela,* además de otros ensayos. Cuando en 1847, por razones políticas, emigró a Colombia, recibió análogos encargos geográficos, pero su muerte en 1859 le impidió ver editada la nueva obra (ésta fue publicada en 1864 por sus discípulos: *Carta jeográfica de los Estados Unidos de Columbia... construida... con arreglo a los trabajos corográficos del jeneral A. Codazzi...).* Codazzi también fundó, trayendo a Venezuela a campesinos alemanes, la colonia Tovar, uno de los primeros establecimientos de inmigración no española en el país; además, aceptó encargos gubernamentales, entre ellos el gobierno de la provincia de Barinas desde 1845 hasta 1848.

Las experiencias de otros viajeros tuvieron una mínima repercusión en el patrimonio científico italiano: así ocurrió, por ejemplo, con las del botánico piamontés Carlo Giuseppe Bertero quien, médico en un navío francés, entre los años 1811 y 1821 recogió en las Antillas una riquísima colección de flora tropical y, en los años siguientes, hizo lo mismo en Chile; muy poco de todo ello terminó en Italia, mientras que, por lo menos, parte de sus descubrimientos fueron publicados en la revista *El Mercurio Chileno.*

Interesante es también demorarse sobre el caso del Brasil, tierra que —como ya escribimos— debido a la desconfianza de las autoridades coloniales portuguesas estuvo cerrada a las exploraciones europeas hasta el siglo XIX (también Alexander von Humboldt tuvo que resignarse a no visitar la tierra descubierta por Pero Alvares Cabral). En la primera parte del siglo las expediciones pretendían estudiar la flora y la fauna, mientras que en la segunda mitad la atención preferente estuvo dirigida hacia los indígenas. El primer científico italiano que tuvo la suerte de investigar personalmente en Brasil fue Giuseppe Raddi, botánico y zoólogo, director del Museo de Física e Historia Natural de Florencia. Su estadía de algunos meses en la región de Río de Janeiro en 1817 se desarrolló en el marco de la expedición científica austro-bávara que acompañó a una princesa austríaca en su matrimonio con el heredero al trono del Portugal. Pudo efectuarse, así pues, gracias a los lazos dinásticos entre los Lorena de Toscana y los Habsburgo y renovó el interés toscano hacia América. Una relación y hallazgos botánicos del área de Río de Janeiro dejó también el ligur Giuseppe Casaretto, médico en la expedición del Reino de Cerdeña que en 1838 tenía que dar la vuelta al mundo pero que redujo su radio de acción a Latinoamérica.

Cinco años después, en 1843, llegó al Brasil la armada del Reino de las Dos Sicilias encargada de conducir a la novia del emperador de Brasil, Pedro II, la ya recordada Teresa Cristina de Borbón, hermana del rey Ferdinando II. El capitán de navío napolitano Eugenio Rodríguez dio una interesante descripción de aquella travesía y sobre el viaje que repitió al año siguiente publicó una década más tarde una obra en dos tomos dirigida a facilitar la navegación en el área *(Guida generale alla navigazione per le coste settentrionali ed orientali dell'America del sud dal Río della Plata al Pará).* El valioso trabajo estaba dentro de la ambición de ciertos círculos napolitanos que esperaban que, gracias al nuevo lazo dinástico, el Reino de las Dos Sicilias incrementase su comercio con el área brasileña y con el Atlántico meridional.

Siempre en el período antecedente a la unidad italiana, fueron importantes las exploraciones del lombardo Gaetano Osculati (1808-1884), capitán de navío y hombre culto. Financiado por un grupo de personalidades locales y, a cambio del envío de los materiales recogidos, por el Museo de Historia Natural de Milán —insti-

tución que se colocó a la cabeza del interés americanista en Italia durante algunas décadas—, Osculati estuvo en la parte oriental de Canadá y de los Estados Unidos, en Florida y en Cuba recogiendo animales de toda especie y conchas; por último, bajó de Quito por el Río Negro y el Amazonas, llevándose preciosos objetos relacionados con los indios de Ecuador y Brasil. Los hallazgos fueron estudiados posteriormente en Italia por la nueva escuela de naturalistas, antropólogos, etc., que se iba formando y que actuaría en los años inmediatamente sucesivos a la Unidad italiana. La descripción de aquel viaje de Osculati, escrita por él mismo, fue editada mucho tiempo después (*Esplorazioni nell'America equatoriale,* Milán, 1929).

Por California había viajado, con ocasión de un viaje marítimo alrededor del mundo realizado entre 1826 y 1829, Paolo Emilio Botta, hijo del primer historiador italiano de la revolución norteamericana: más conocido por su descripción de las islas Sandwich (es decir, las Hawai), este italiano con vocación de antropólogo tuvo ocasión de ver también a los indios norteamericanos, de los cuales apreció su sensibilidad y sus capacidades a pesar de su *feísimo* aspecto.

El científico italiano que actuó de «bisagra» —si así se puede decir— entre la primera mitad del siglo y la época unitaria es también el mejor conocido y el que más huellas dejó en un país sudamericano: el milanés Antonio Raimondi (1826-1890). Emigrado al Perú después de haber participado en los combates patrióticos de 1848-1849, encontró allí su segunda patria. Ocupó la cátedra de Historia Natural en la Universidad de San Marcos en Lima, y a través de 15 años de viajes recorrió todo el país reconociéndolo topográfica y naturalísticamente. La publicación de los resultados de su intensa investigación —ya recogidos en los tres volúmenes de *El Perú* (Lima, 1874-1879)— tuvo que interrumpirse por los trágicos acontecimientos de la guerra del Pacífico y del saqueo de la capital peruana. A pesar de esto, Raimondi rechazó la oferta del gobierno de Roma de regresar y permaneció en el país andino. Muchos objetos enviados por él —entre los cuales había una momia— fueron estudiados por otros científicos en Milán y en diversos museos e instituciones italianas. De él hay que recordar su gran modestia y espíritu práctico, que se expresó también en la invitación hecha a los jóvenes peruanos a dejar la política y estudiar mejor su patria.

Otros italianos ejercieron la docencia en aquellos años en diferentes universidades sudamericanas: Pietro Carta Molina, que desde 1827 tuvo la cátedra de Física Experimental y estableció en Buenos Aires el primer laboratorio de estas asignaturas, el observatorio astronómico y el Museo de Ciencias Naturales; Ottavio Fabrizio Mossotti, que fue el sucesor de Molina; Manuele Solari, catedrático de Medicina en Lima; Giuseppe Éboli, primer catedrático de Química en el mismo ateneo limeño, etc.

Escritos italianos sobre América

Ya aludimos a Carlo Botta y a su reconstrucción historiográfica de la lucha de las 13 colonias contra la Corona británica. La *Storia della guerra di indipendenza degli Stati Uniti d'America* apareció en París en 1809 (fue luego reeditada en Florencia en 1856). Historia más militar que política, la de Botta propone una visión de las colonias demasiado idealizada, casi como si fueran un prototipo geórgico-idílico de la sociedad agraria; tiene, además, un corte muy literario y moralizante. La obra utiliza, sin embargo, entrevistas a personajes importantes como el marqués de Lafayette y presenta otras aportaciones valiosas. Fue muy apreciada: John Adams y Thomas Jefferson afirmaron en 1829 que era la mejor guía de la guerra pasada y, en efecto, la cronología de los sucesos todavía hoy es bastante valiosa. El representante del Reino de Cerdeña y luego de Italia, Giuseppe Bertinatti, con cierta sobrevaloración de los méritos de Botta, intentó que las autoridades estadounidenses pusieran el busto del escritor en el Capitolio de Washington con ocasión de los trabajos de reforma del monumento por pintores y escultores italianos.

Entre las muchas actividades editoriales de la Restauración hay que incluir también la *Storia dell'America* (1820-1823) de Giuseppe Compagnoni, ex jesuita y patriota, a quien se considera el creador de la bandera italiana. A pesar de no haber pisado nunca suelo americano y de usar muy abundantemente la historia de Carlo Botta, Compagnoni es un entusiasta del Nuevo Mundo y contando su historia se acerca al punto de vista de los americanos y no al de los europeos: así, por ejemplo, a los indios los mira con una simpatía similar a la de Rousseau.

En los años siguientes, otra atención a América dedicaría el gran polígrafo Cesare Cantù, a quien ya tuvimos la ocasión de mencionar. Lo hizo en muchas obras, pero particularmente en su enorme *Storia Universale,* quizás el más grande éxito editorial del siglo XIX en Italia (la primera edición, en 35 volúmenes, apareció entre 1838 y 1846, y la última, la décima, entre 1883 y 1890).

A pesar de las críticas que se le puedan hacer, aquel titánico trabajo revela aún hoy un enfoque moderno, contiene juicios muchas veces certeros, y un afán de documentación encomiable. Casi de vanguardia, además, puede considerarse la atención dedicada por Cantù a las exploraciones geográficas del Nuevo Mundo, desde las navegaciones de los vikingos —que él aceptó como verídicas— hasta sus días. Si la figura de Cristóbal Colón, a quien dedica un capítulo entero, es ensalzada (Cantù, por ejemplo, discrepa del editor veneciano Ramusio considerando que Marco Polo no tiene merecimientos suficientes para ser puesto al mismo nivel del genovés), el historiador lombardo no duda en denunciar las gravísimas supercherías que el Almirante hizo en perjuicio de los indios y que después de él continuaron los españoles, añadiendo la explotación de los africanos.

Por lo que se refiere a los naturales, merece hacer hincapié en el hecho de que Cantù rechaza cualquier exaltación del estado de naturaleza y califica negativamente la vida de los indios salvajes. En cambio, exalta el proceso de civilización «bien entendido». De las naciones precolombinas da una reseña equilibrada nombrando también a los muiscas (o chibcha), nota de verdad poco común y notable; a pesar de los sacrificios humanos, aprecia más a los aztecas que a los incas, pues la organización social de estos últimos le parece poco valiosa ya que se funda antes que nada en la constricción y no en la libertad (en realidad, Cantù se muestra en esto incoherente, pues no detecta análogo límite en las reducciones jesuíticas). Toda la colonización hispánica del Nuevo Mundo es puesta en tela de juicio en la *Storia Universale:* el italiano sólo salva, como ya había hecho Muratori, la actitud de los religiosos (de Las Casas a las reducciones jesuíticas), y actúa según una línea interpretativa que venía de lejos y que sería confirmada por la crítica posterior. Hay que subrayar, además, que la postura de Cantù se insertaba dentro de aquella opción *risorgimentale* muy poco favorable a España, que encontró expresión

también en la gran novela histórica de Alessandro Manzoni *(I promessi sposi,* o *Los novios* en la traducción española) y en los melodramas románticos de Verdi de ambientación castellana *(Don Carlos, Hernani, Il trovatore,* etc.).

La colonización del Brasil portugués le parece menos destructiva, porque no se basaba en la explotación de la minería, Cantù juzga meritoria y prometedora, a pesar de haber sido en gran parte desarrollada por protestantes, la colonización anglosajona. Sin embargo, el historiador reconoce la superioridad de la postura hispánica en relación con los indígenas porque, después de los estragos de la conquista y a pesar de la explotación económica, los naturales no fueron sistemáticamente destruidos y se dio un gran mestizaje racial, mientras que los ingleses han construido su civilización prescindiendo completamente de los indios (y el autor subraya que los británicos han tratado peor a sus esclavos negros).

No hace falta comentar la simpatía con que Cantù juzga la independencia tanto de los Estados Unidos como de los territorios españoles en América. Si él define el documento constitucional aprobado por las 13 colonias como «el mejor posible», las guerras de liberación de Bolívar, San Martín, etc., las considera «el hecho más insigne del siglo XIX» y las justifica totalmente a causa de la mala administración de Madrid en el pasado. Prometedor, en fin, le parece el porvenir del Nuevo Mundo, precisamente aquel continente con cuya posesión Europa había conquistado su superioridad sobre los demás continentes. Las evaluaciones de Cantù —aquí necesariamente un poco banalizadas (véase también el siguiente capítulo)— estaban destinadas a dejar una huella bastante profunda en la percepción de lo americano.

Tal vez aún merezca la pena subrayar el artificio dialéctico con que Vincenzo Gioberti, partidario de la solución católica moderada de la Unidad italiana, en su libro *Del Rinnovamento civile d'Italia* (1851) —una de las piezas clave de la imprenta del Resurgimiento—, intentaba relacionar el progreso de los Estados Unidos con lo que él creía que podía ocurrir también en la península. Retomando la idea antiquísima de la *translatio imperii,* Gioberti dijo en efecto que la trayectoria de la civilización, yendo hacia Occidente, premiaba a los Estados Unidos, pero que al occidente de ellos estaba Italia, que venía, pues, a ser otra tierra privilegiada.

Reflexiones sobre los salvajes americanos dedicó también el más grande poeta italiano de la primera mitad del siglo, Giacomo Leopardi, muy inclinado a las meditaciones filosóficas. Carlo Cattaneo, uno de los más claros pensadores del Resurgimiento, se interesó mucho por los Estados Unidos y, de pasada, también por México, en 1845. Siempre en Milán, el lingüista y arqueólogo Bernardino Biondelli se interesó por los aztecas; sin embargo, de este autor, así como de otros, e incluso de las numerosas traducciones de obras extranjeras de tema americano —entre las cuales destacan las colecciones de viajes—, resulta imposible tratar aquí por limitaciones de espacio.

V

DE LA UNIDAD ITALIANA
A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Pocos años después de la formación del Reino de Italia empezó la gran emigración de italianos a América. Como este fenómeno es analizado detenidamente en la segunda parte del presente volumen, en este capítulo y en el siguiente se hará hincapié sobre otros temas, aunque resulte imposible prescindir totalmente del mismo.

El nuevo Reino de Italia y las Américas

El enfoque diplomático es importante porque, para bien o para mal, la postura política y económica adoptada por los gobiernos ejerce muchas consecuencias sobre los hombres, el ambiente natural y las relaciones recíprocas.

Hay que subrayar, antes que nada, que el Reino de Italia representó, desde su fecha de nacimiento, en marzo de 1861, hasta la conquista de Roma en septiembre de 1870, un elemento de subversión en la política europea. El nuevo estado, de matiz liberal y a veces anticlerical, no podía más que ganarse la simpatía de los gobiernos avanzados de la época, en tanto que los conservadores veían con preocupación la constitución de una nueva formación territorial nacida sobre las ruinas de los antiguos tratados internacionales y contra la antigua alianza entre el trono y el altar.

La mayoría de los estados políticamente independientes que existían entonces en América, con los Estados Unidos a la cabeza, acogieron con satisfacción la unificación de los pequeños reinos y principados de la península italiana. Sin embargo, en las Américas el

nuevo Reino no se caracterizó por su novedad revolucionaria. Hay que subrayar, en efecto, que lo que importaba a las autoridades de Turín, y luego de Florencia (nueva capital italiana desde 1864 hasta 1870), era conseguir la Unidad y, ante esto, otras consideraciones político-ideológicas pasaban a segunda línea. Además, a pesar de ser un estado constitucional y liberal, Italia mantenía su organización monárquica y los republicanos, además de los reaccionarios clericales, eran sus más encarnizados enemigos: por eso, siempre hubo cierta desconfianza hacia los regímenes republicanos dominantes en el Nuevo Mundo. A pesar de la simpatía y la amistad existente, esto se vio también en las relaciones con los Estados Unidos, por ejemplo con ocasión del efímero imperio mexicano.

La aventura imperial de Maximiliano de Habsburgo y las relaciones italo-mexicanas

Por lo revolucionario que tenía en sí el proceso de formación de la Unidad italiana, no extraña que el presidente constitucional de México, Benito Juárez, reconociera, ya en octubre de 1861, el Reino de Víctor Manuel II de Saboya. México fue así uno de los primeros que acogió favorablemente a nivel diplomático al nuevo estado. De no verificarse la controversia internacional sobre las deudas de México con el exterior, con toda seguridad las relaciones se habrían ido estrechando sobre una base de amistad y colaboración. Desafortunadamente, sin embargo, el recién nacido Reino necesitaba entonces, para seguir existiendo, continuar siendo aliado de las potencias británica y francesa; así pues, no se pudo aprovechar la amistad que ofrecía la República de México. A esto se debe la conducta siguiente de las autoridades gubernamentales italianas, mientras que los patriotas más audaces —con Garibaldi a la cabeza— nunca ocultaron sus simpatías hacia la causa de Juárez.

En cierta medida de las relaciones italianas con México fueron contradictorias con la postura a favor de los nordistas adoptada en la guerra civil norteamericana (véase más adelante). Después de la inesperada muerte del artífice político y diplomático de la Unidad, el conde de Cavour, sus sucesores tuvieron el propósito de fortalecer la alianza que unía el nuevo Reino a Francia y Gran Bretaña

participando con ellas —a pesar de la presencia de la poco amistosa España borbónica— en la expedición militar dirigida a solucionar con la fuerza las pendencias financieras europeas con México. Finalmente el proyecto no se llevó a la práctica y las relaciones italo-mexicanas quedaron en una especie de «limbo» hasta que se perfiló la candidatura de Fernando Maximiliano de Habsburgo para asumir la Corona del país americano. El gobierno de Turín tenía mucho interés en el asunto porque en las cancillerías circulaban rumores de que el emperador de los franceses, Napoleón III, quizás intentara vincular la concesión del trono mexicano a un Habsburgo con la cesión de la región de Venecia, todavía bajo el poder de Austria, al Reino de Italia. Según dichos rumores, el plan de Napoleón preveía aún otros regímenes monárquicos en varios países de América del Sur, para los cuales se pensaba, quizás, en los ex soberanos de los estados italianos existentes en 1859. Más tarde se vio que aquellas esperanzas y proyectos no tenían una sólida base. Con todo, en su afán por conseguir a toda costa la Unidad, los gobernantes italianos del período dieron fe al asunto y lo antepusieron a otras consideraciones. Por eso, a pesar de que en 1863 las autoridades italianas se complacían por no haber enviado buques a México —pues, observaban, se encontrarían ahora metidos en una guerra desastrosa—, cuando la aventura imperial de Maximiliano se concretó, el gobierno italiano terminó apoyándola.

Había que elegir, en efecto: de mantenerse fiel a la vocación revolucionaria del Resurgimiento y al principio de la independencia nacional, Italia no debería reconocer el imperio de Maximiliano, pero esto significaba —elemento muy grave— perder el contacto con Francia, cuya amistad era imprescindible, y renunciar a otras ventajas, verdaderas o aparentes, que el establecimiento de relaciones formales podría traer consigo. Esto es, primera ventaja, presentarse frente a la comunidad internacional como una potencia cuyo reconocimiento era apetecido, lo que permitiría dar al Reino una nueva legitimación, tanto más importante por cuanto venía de un miembro de la casa de Habsburgo; segunda ventaja, esto permitiría seguir abrigando la esperanza de que, debido a la simpatía que Maximiliano siempre había demostrado para con los italianos, se pudiesen obtener —a través de su mediación— algunas de las provincias de lengua italiana que todavía conservaba su hermano, el emperador de Austria; por último, semejante postura conseguiría cuidar mejor

los intereses comerciales italianos en México (exportaciones de pastas alimenticias, papel, etc.). Se sacrificó, pues, a Juárez. Pronto se estableció en México una legación, una de las pocas que Italia tenía en América Latina (sólo había entonces en Brasil, en la Confederación Argentina y en Perú) y entre 1864 y 1865 se intercambiaron ministros plenipotenciarios.

Haberse amparado bajo un estricto criterio de interés nacional no significó cerrar los ojos frente a la realidad mexicana e internacional. La actuación tanto gubernamental como de los diplomáticos italianos en el lugar fue, sin embargo, un poco contradictoria. A pesar de las muy buenas relaciones que el Reino de Italia tenía con los Estados Unidos y del apoyo dado a la causa de Lincoln en la guerra de Secesión, el presidente del gobierno italiano, Alfonso la Marmora, escribía a su ministro en México que la monarquía imperial de Maximiliano sería un baluarte contra el avance de los republicados en el mundo y contra la expansión de los Estados Unidos hacia el sur; por el contrario, La Marmora escribía a Washington que razones de «fuerza mayor» le habían llevado a aprobar a Maximiliano, que Italia sólo reconocía al gobierno que *de facto* controlaba la capital y los puertos mexicanos del Atlántico y que esto no significaba aprobar los métodos con que se había levantado el nuevo imperio ni legitimaba la intervención europea en contra de la doctrina de Monroe. Por otro lado, el mismo La Marmora aconsejaba al ministro plenipotenciario italiano ser muy prudente en su actuación y evitar toda identificación con cualquiera de los bandos y, en particular, con las tropas francesas porque una intervención extranjera siempre era una herida para el orgullo nacional. Los informes de 1865 a 1867 de los representantes italianos en la capital mexicana, por su parte, no ocultaron la gran cantidad de asuntos que no marchaban bien en el régimen de Maximiliano y lo vidrioso de la situación: la rareza de la conducta del emperador, demasiado inclinado a enfrentarse con los problemas de una manera abstracta; la ambigüedad de la política francesa y las intrigas del mariscal Bazaine; los desmanes de las tropas del imperio (en la legión extranjera que luchaba como auxiliar de los franceses había también italianos súbditos de las provincias austríacas); la apatía de los indígenas, la postura clerical y las ambiciones desenfrenadas de los conservadores mexicanos; el celo de los consejeros europeos, el muy diferente vigor de Juárez y de los

republicanos, etc. La diplomacia italiana y el mismo rey Víctor Manuel fueron requeridos por Maximiliano en 1866 con el fin de que se comprometieran para conseguir el reconocimiento de los Estados Unidos al imperio. La petición —descabellada en sí— no tenía posibilidad alguna de ser atendida y no lo fue; además, aquel año Italia ya no tenía interés alguno en Maximiliano, porque en la guerra de 1866 contra Austria ya había conseguido parte de las provincias que deseaba anexionarse. La contestación del rey de Italia al ya muy débil titular del antiguo trono de Moctezuma fue evasiva y en nada se comprometió Víctor Manuel cuando recibió en Padua la visita de la emperatriz Carlota. El último representante italiano en Ciudad de México, Francesco Curtopassi, fue, junto con el ministro de Prusia, el ministro europeo que más hizo para salvar la vida del desafortunado emperador, pero fue expulsado junto con todos los demás diplomáticos. Antes de dejar el país, se preocupó de obtener garantías de los jefes republicanos para que se respetara a la legación y a la pequeña colonia italiana.

Si el Reino de Italia había hecho muy poco para respaldar a Maximiliano, no se había comprometido nunca en ayudar a Juárez. Esto, desde luego, no pudo tener más que consecuencias desfavorables; así, debido al voluntario aislamiento de México de Europa en los primeros años de la restablecida República, las relaciones entre los dos países quedaron paralizadas por unos años. Además —hecho muy poco conocido—, el gobierno mexicano editó en 1885 un librito polémico contra Cesare Cantù, por la visión de los acontecimientos mexicanos dada por éste en la continuación de su historia universal *(Gli ultimi trent'anni,* 1879).

La amistad con los Estados Unidos y la guerra civil norteamericana

Ya se ha hablado de la gran labor diplomática desarrollada en favor de la Unidad italiana por el cónsul general y encargado de negocios sardo en Nueva York, Giuseppe Bertinatti. Éste —como ya tuvimos la ocasión de anticipar—, poco antes de que Víctor Manuel II de Saboya asumiera el título de rey de Italia, fue nombrado ministro residente del nuevo estado en Washington (28 de febrero de

1861). Nuevo cónsul general italiano en Nueva York fue el ex cónsul de las Dos Sicilias, Giuseppe Anfora di Licignano. Bertinatti, además, consiguió del gobierno norteamericano el abierto reconocimiento de las anexiones realizadas y del nuevo Reino, mientras que la mayoría de las potencias se limitaron a tomar nota de la comunicación oficial enviada —como se escribió entonces— por «el gobierno de Víctor Manuel».

En el mismo informe —fechado el 23 de abril de 1861— en el que daba cuenta al conde de Cavour de sus positivas gestiones para el reconocimiento del nuevo Reino, Bertinatti describía la caída de Fort Sumter, episodio que formalizó la secesión de los estados del sur y dio inicio a la guerra civil norteamericana. El trágico desenlace ya lo había previsto Bertinatti con anterioridad haciendo hincapié en las razones económicas, además de políticas, sociales y de costumbres, que diferenciaban a las regiones del gran país.

A diferencia de la mayoría de sus colegas diplomáticos de otros países acreditados en Washington, el ministro italiano se comprometió en seguida con la causa de los unionistas. En esto encontró el inmediato respaldo de Cavour quien, a pesar de las obligatorias fórmulas diplomáticas tendentes a mantener prudencia, a favorecer un acuerdo de compromiso entre los contendientes, etc., autorizó a Bertinatti *de facto* a favorecer al bando unionista y a auspiciar el triunfo de su causa, a la que juzgaba no sólo constitucionalmente justa, sino como la lucha de toda la humanidad y de la civilización. No extraña la postura del principal artífice de la Unidad italiana (después se vería, sin embargo, cómo éste había infravalorado los graves problemas causados por la anexión de las Dos Sicilias). El maquiavelismo del que Cavour había dado pruebas en la crisis italiana volvió a relucir en las instrucciones dadas en relación con el asunto de la secesión americana; así, por ejemplo, sólo de manera formal se reveló la prohibición a los italianos de tomar parte en la guerra. La gran mayoría de la opinión liberal italiana se movilizó igualmente en favor del bando de Lincoln y del mantenimiento a toda costa de la Unión.

Como ya algunos norteamericanos habían estado entre los garibaldinos que desembarcaron en Sicilia en 1860, un grupo más numeroso de italianos luchó en la guerra civil norteamericana. Al «héroe de los dos mundos» le fue ofrecido el puesto de general de la

brigada de voluntarios extranjeros que bajo su nombre (la *Garibaldi Guard*) se había formado en Nueva York pero, en vista de que la situación italiana parecía presentar inminentes posibilidades de acción, Garibaldi prefirió renunciar. En las fuerzas unionistas se señalaron, de todos modos, Ercole Saviotti, Enrico Fardella di Torrearsa, Francis Spinola (que era también diputado en el Congreso federal) y Luigi Palma di Cesnola. Este último general llegó a ser, después de la conclusión del conflicto, una personalidad influyente, a la que se debe la fundación del Metropolitan Museum de Nueva York. A pesar de que la mayoría de los italianos que participaron en la guerra estuvieron en el bando unionista, hubo también algunos que combatieron a favor de los confederados.

Después de Cavour y de su sucesor el barón Bettino Ricasoli, el gobierno italiano tuvo alguna que otra ambigüedad, como ya comentamos al referirnos a la simpatía con la que las autoridades de Turín —y posteriormente de Florencia— vieron la tentativa imperial de Maximiliano de Habsburgo en el cercano México, experimento muy criticado *—et pour cause—* por el gobierno de Washington. Durante el período bélico Bertinatti siempre estuvo al lado del gobierno de Lincoln y una atenta descripción de la guerra de Secesión se encuentra en sus informes. Actuó como árbitro en un asunto entre los Estados Unidos y Costa Rica; fue solicitado también por las autoridades norteamericanas para tomar parte activa en otras cuestiones vidriosas, y requerido para mediar con el gobierno de París, oferta que el presidente del gobierno italiano, La Marmora, prefirió prudentemente rechazar. El diplomático tuvo desde 1864 el grado de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario y, como él, análogo grado tuvieron todos los sucesores en el cargo hasta 1893.

LAS RELACIONES CON LOS ESTADOS UNIDOS HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Bertinatti representó al Reino de Italia en Washington hasta 1867, cuando *—promoveatur ut amoveatur—* recibió el grado de embajador y fue trasladado a Constantinopla, por considerarse que se había inclinado demasiado hacia los deseos del gobierno cerca del cual estaba acreditado.

A pesar de que no cabe dar cuenta en este volumen de las relaciones entre la Santa Sede y los numerosos estados americanos, no se puede evitar aludir rápidamente a ellas, por lo menos en lo que se refiere a los Estados Unidos. La difícil situación que se había creado en lo que quedaba del estado pontificio después de las anexiones italianas de 1860 (garantía militar francesa al poder temporal del papa, intentonas garibaldinas, etc.) decidió finalmente al Congreso de Washington a no votar más el presupuesto de su representante diplomático en Roma, de tal manera que esta legación norteamericana fue cerrada a finales del año 1867. En septiembre de 1870 se produjo la toma de la ciudad eterna por las tropas italianas. La anexión fue pronto reconocida por Washington, gobierno que, por su base protestante y liberal, no podía sino ver con satisfacción la caída del poder temporal. Disconforme, desde luego, fue la reacción de los católicos estadounidenses, una parte de los cuales se movilizó para que el papa se trasladara de Roma a su país. La campaña contra el Reino de Italia bajó de tono sólo cuando se celebró un gran mitin de apoyo al proceso unitario en Nueva York en enero de 1871 con un gran concurso de gente y de personalidades, guiadas por Theodore Roosevelt.

Después de 1870 la atención italiana hacia los Estados Unidos descendió debido a que la estabilización del sistema interior y la nueva situación europea hicieron que las autoridades dirigieran completamente su interés, en política internacional, hacia un limitado círculo de capitales, el *inner circle* de Berlín, Viena, París, Londres, San Petersburgo y, un poco más alejadas, Madrid y Constantinopla. A pesar de esto, la «última de las grandes potencias» —según la definición que recibió Italia hasta la Primera Guerra Mundial— cuidó bastante el nivel de sus representantes en los Estados Unidos.

Entre los sucesores de Bertinatti hubo personalidades de primera categoría, como Luigi Corti —destinado unos años más tarde a ocupar el cargo de ministro de Asuntos Exteriores— que estuvo en Washington de 1870 a 1875, y como Alberto Blanc, que fue su sucesor hasta 1880. El que más huella dejó fue Francesco Saverio Fava, que provenía de la diplomacia borbónica y que estuvo al frente de la legación por un período larguísimo (1881-1901). Los diplomáticos y cónsules tuvieron que enfrentarse al aumento de la presencia nacional en el país: en el territorio de los Estados Unidos ya había

10.000 italianos en 1860. De la diferencia cualitativa que empezaba a detectarse entre la emigración de élite de antaño y las oleadas siguientes, las autoridades y los observadores comenzaron a darse cuenta sólo en el penúltimo decenio del siglo, cuando el número de los emigrantes italianos se multiplicó de manera inesperada (se duplicaron en sólo dos años, de 1880 a 1882, por ejemplo; véanse noticias más detalladas en la segunda parte de este volumen).

El enorme aumento numérico y la mutación del material humano —antes personas muy instruidas o comerciantes y marineros del norte de Italia, ahora campesinos pobres u otras personas sin oficio, en gran parte procedentes del *Mezzogiorno*— determinaron un completo cambio, en negativo, en la percepción de «lo italiano» en los Estados Unidos. Dramáticas ejemplificaciones de la nueva situación fueron las matanzas de italianos que se sucedieron con frecuencia durante aquellos años: Walsenburg (Colorado), Hanville e Tallulah (Louisiana), Erwin (Missouri), Tampa (Florida). El episodio más grave fue el que ocurrió en Nueva Orleans en marzo de 1891, cuando 11 italianos, ya detenidos en la cárcel bajo la acusación de haber matado al jefe de la policía de aquella ciudad, fueron linchados mientras las autoridades mantenían una actitud pasiva. Como las protestas diplomáticas italianas —también por la complejidad del sistema federal estadounidense, que dificultaba en los estados la aplicación de los acuerdos internacionales firmados por el gobierno de Washington— no dieron resultado, Roma retiró su ministro e igualmente hizo el gobierno norteamericano. La controversia se solucionó un año más tarde con la concesión de una indemnización *cumulativa* por parte del gobierno federal a los parientes de las víctimas, mientras los culpables de la matanza quedaban absueltos por los tribunales locales. La voluntad de ambas partes de llegar a un arreglo permitió olvidar pronto el asunto. Aún más, por voluntad de los Estados Unidos, el grado de representación diplomática recíproca fue cambiado en 1893 de legación a embajada, con lo que se permitió igualar formalmente la sede de Washington a la de las más importantes capitales europeas (en el mismo año fue constituido un consulado en la capital americana). A pesar de esto, y de la triunfal acogida que brindaron a la vuelta de Fava 800 delegados de las 80 asociaciones italianas de Nueva York, las causas de lo acontecido no cambiaron, pues estaban en el número y en la escasa instrucción de los emigrantes.

Parte de los italianos del sur, sobre todo los sicilianos, gozaron pronto de muy mala fama por su tendencia a reproducir, empeorándolas, algunas costumbres de su tierra de origen. A pesar de que la prensa en las regiones de los Estados Unidos en que había una gran concentración de estos emigrantes a finales del siglo XIX asumiese tintes amarillos y denunciase de manera apocalíptica conjuraciones de una presunta y poderosísima asociación mafiosa italo-americana llamada «Mano negra», no se puede negar la realidad de la mafia y de otras organizaciones criminales de origen étnico (casi lo mismo tendrían los judíos, irlandeses y chinos emigrados). El linchamiento ocurrido en Nueva Orleans en 1891 se debió precisamente al hecho de que la colonia siciliana que había allí, que controlaba el mercado de la fruta del Caribe, estaba solucionando sus problemas internos con asesinatos y explosiones, delitos que habían quedado sin culpables; el jefe del departamento de policía fue asesinado, según parece, por investigar sobre estos hechos o, por lo menos, al morir dijo que sus asesinos eran *dagoes,* esto es, italianos (la palabra viene tal vez del nombre español Diego). De todos modos, no hay duda de que había un prejuicio étnico y también hostilidad hacia los italianos porque no rechazaban mezclarse con los negros.

Más complejo es el tema de la postura sindical y política de los emigrados. Al comienzo fue muy escasa la conciencia sindical de los peones y campesinos italianos, a menudo empleados como esquiroles y fuerza de choque para romper las huelgas. Posteriormente, cuando empezaron a rebelarse contra la explotación, fueron tildados de anarquistas y elementos adversos al sistema: el empuje revolucionario o destructor que existía sin duda en una pequeña minoría habría de caracterizar, para bien o para mal, a la inmigración italiana hasta la tercera década del siglo XX.

Los asuntos de la mafia y de la disconformidad política afectaron a los agentes consulares, quienes tuvieron que dedicarse muy a menudo a ejercer una más o menos discreta vigilancia. En el período empezaron los intercambios de criminales y de inspectores de policía entre Sicilia y los Estados Unidos: fue famoso el investigador italoamericano Giuseppe Petrosino y su asesinato en Palermo en 1909 dio mucho que hablar.

Acosado por un problema realmente difícil y que con el transcurso del tiempo se tornaba tremendo, el ministro —y luego emba-

jador— Fava intentó promover la protección de los compatriotas y, alejándolos de los *slums* urbanos, encaminarlos hacia aquellos objetivos de colonización agrícola en que seguían pensando las autoridades tanto estadounidenses como italianas. En una investigación llevada a cabo por la embajada tuvo que admitirse, sin embargo, que por varias razones el afincamiento de los italianos en las cada vez menos asequibles zonas agrícolas era un sueño (además, pocos querían afincarse de manera estable en las praderas del oeste) y que el porvenir de la inmigración sólo estaba en el incipiente sistema industrial (aunque gran parte de los inmigrados de la península se dedicaban a la artesanía y al pequeño comercio). Se vio que las sociedades de patronato italianas no podían dar ninguna ayuda para colocar a los recién llegados; para sustraer a éstos del *padrone system* y de los *bosses* (véase la segunda parte del presente libro) y proporcionarles una mínima protección, nada se podía hacer sin la colaboración de las autoridades públicas locales y éstas, tradicionalmente, rehusaban interferir en el mercado de trabajo y en la libre empresa. Fue un éxito, pues, obtener del gobierno federal en 1894 que uno o dos agentes italianos, sin ningún carácter oficial, estuviesen al lado de los funcionarios norteamericanos en la isla —Ellis Island— en la que desembarcaban los compatriotas; sin embargo, este servicio fue suprimido pocos años después, en 1900.

Otro tema que determinó cierta preocupación en el período de gobierno de Francesco Crispi fue el creciente proteccionismo estadounidense, pero el aumento de los impuestos de aduana decidido por el gobierno federal terminó por afectar menos de lo que se creyó inicialmente a los más importantes productos italianos de exportación (seda, azufre, vino y cítricos).

En la correspondencia diplomática del período se puede, desde luego, encontrar la descripción de la conquista del *Far West,* la lucha contra los indios, el poderío de las grandes compañías de ferrocarril (importante fue la baratísima mano de obra china e italiana en la construcción de las vías férreas), etc.

Otros problemas con los que se enfrentó la diplomacia nacional en relación con los Estados Unidos fueron las quejas norteamericanas contra Gran Bretaña por la postura que esta última había adoptado en la guerra de Secesión, cuestión conocida con el nombre de «Alabama Claims» y en la que dos diplomáticos italianos (uno era

Luigi Corti) fueron llamados, entre otros, para resolver de manera satisfactoria ante el Tribunal Internacional de Ginebra, actuación (1871-1873) que fue uno de los primeros ejemplos de aplicación del arbitraje internacional. Un ulterior asunto candente para el que se reclamó la mediación arbitral del ministro plenipotenciario acreditado en Washington, Alberto Blanc, fue el de Cuba en 1878, isla en la que acababa de terminar la guerra de diez años entre las fuerzas lealistas y los insurrectos que reclamaban, con algún apoyo de los Estados Unidos, la independencia de España. La sentencia emitida por Blanc en la ocasión fue considerada ecuánime tanto por Madrid como por Washington, pero el contraste volvería a aparecer años más tarde.

Blanc fue, además, un agudo observador del expansionismo yanqui, particularmente en el Pacífico, tanto que, con ocasión del tratado de comercio firmado por los norteamericanos con las islas Hawai, el diplomático escribía en 1876 que no había ninguna duda de que también allí la joven nación intentaba sustituir toda influencia europea: la «doctrina de Monroe» ya no era el medio para impedir que las potencias europeas volvieran a adueñarse de América, sino el instrumento apto para afirmar la supremacía de los Estados Unidos en todo el hemisferio. A conclusiones semejantes llegó su sucesor, Fava, considerando tanto la actitud norteamericana ante la guerra entre Chile, Perú y Bolivia (1879-1883) como ante los primeros intentos de realizar el canal interoceánico de Panamá.

En el período fueron firmados muchos tratados entre Italia y los Estados Unidos, entre ellos el convenio de extradición (1868), el tratado de comercio y navegación de 1871, el acuerdo comercial de 1900, etc.

Merece que se dediquen unas líneas, también, al mito de «América», nombre con el que, tanto en Italia como en la mayoría del mundo, se identificaban, y se siguen identificando, los Estados Unidos y no otros países del continente (éstos son llamados por su nombre propio).

La identificación de los Estados Unidos con la tierra del progreso técnico y material debió de tener sus consecuencias en el éxodo irrefrenable de las capas populares. Más matizada era, desde luego, la percepción de América por parte de las capas altas, burguesas o intelectuales. Si la aristrocracia veía a menudo a los Estados Unidos

como un país despreciable por sus costumbres vulgares, la opinión burguesa liberal se dividía entre la admiración a Inglaterra —los ambientes monárquicos y menos radicales— y a la República norteamericana. A ésta —máxime en los años decisivos del Resurgimiento— se habían dirigido todas las simpatías de los elementos avanzados, pero la sucesiva evolución del capitalismo yanqui hacia formas industriales de gran tamaño, los conflictos sociales y étnicos, y el haberse volcado el país hacia el expansionismo económico y militar enfriaron mucho aquellas simpatías hasta casi desvanecerlas. En los años ochenta y noventa, y más durante la guerra hispano-americana, puede afirmarse que los Estados Unidos fueron vistos por algunos sectores de opinión como un país agresivo hacia el exterior e intolerante en el interior, y que estas imágenes continuaron hasta la Primera Guerra Mundial. Antes de ésta, los italianos que siguieron considerando a los Estados Unidos como un modelo a imitar fueron por lo general los empresarios manufactureros, atentos a las innovaciones en los métodos de producción (sobre el fordismo y el taylorismo reflexionaría, con muchos años de retraso, también Antonio Gramsci, uno de los dirigentes del movimiento revolucionario comunista menos dogmáticamente cerrado), y los sociólogos y periodistas más volcados hacia las novedades. De estos últimos hay que recordar, por lo menos, la actividad de difusión de la filosofía yanqui de la libre iniciativa desarrollada con gran éxito editorial por Gustavo Strafforello.

Por otro lado —porque uno ve los defectos ajenos y no los suyos propios— las ambiciones coloniales italianas no fueron apreciadas en los Estados Unidos. A pesar de esto, las relaciones entre los dos países fueron buenas. En 1901, a Fava le sucedió como embajador otro importante diplomático, Edmondo Mayor des Planches, que hizo mucho por la emigración y para estrechar la amistad recíproca.

Un fuerte avance en las relaciones políticas, diplomáticas y económicas entre los dos países representó, temporalmente, el primer conflicto mundial. Tanto el común esfuerzo bélico (fuerzas militares estadounidenses lucharon también en el frente italiano), como la gran propaganda, estrecharon los lazos existentes y permitieron a los emigrados italianos ser mejor aceptados en Norteamérica. Gran éxito tuvo además en Italia el wilsonismo, es decir, el nuevo rumbo en

las relaciones internacionales (fin de la diplomacia secreta, constitución de la Sociedad de las Naciones, etc.) que propuso el presidente Thomas Woodrow Wilson. La simpatía, sin embargo, se redujo rápidamente, a causa de la postura estadounidense durante la Conferencia de Paz de París (1919-1920), cuando, no pudiendo oponerse frontalmente a las peticiones territoriales de Francia y de Inglaterra, el presidente norteamericano se mostró contrario a las reivindicaciones en la frontera oriental de la península que reclamaba la potencia menos importante de la coalición vencedora, es decir, Italia. Esto llevó a una rápida caída de ilusiones en relación con América (el mismo Wilson sufrió luego un total revés en su país y su política internacional fue rechazada), capaz de enfriar la pasada beligerancia común.

En las repúblicas latinoamericanas

Hay que recordar que una regla nunca escrita del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano consideraba que los funcionarios procedentes de las filas del Reino de las Dos Sicilias debían ser destinados, sobre todo, a sedes diplomáticas extraeuropeas o en las que prevaleciera el interés comercial. Por eso encontramos a menudo en la época, en los consulados y legaciones italianas de los numerosos estados americanos, a varios agentes ex borbónicos: entre ellos el ya citado Francesco Saverio Fava que, antes de permanecer durante 20 años en Washington, había estado en Río de Janeiro y en Buenos Aires.

Uno de los elementos conflictivos que amargaron en varias ocasiones las relaciones del Reino de Italia con algunos países de la América ibérica fueron las consecuencias que ejerció la «cuestión romana» producida por el presunto cautiverio del pontífice en el Vaticano. La república que más se señaló en esta oposición fue la de Ecuador durante el gobierno del catolicísimo Gabriel García Moreno (1860-1865 y 1869-1875), presidente que, cuando fue tomada Roma, no sólo protestó muy enérgicamente cerca de Víctor Manuel, sino que también envió un llamamiento a todos los estados hermanos para que se unieran a su queja. Entonces ningún gobierno acogió la invitación, pero en los decenios siguientes, de vez en cuando, algún

que otro ejecutivo conservador del área, presionado por los obispos del país, tuvo recelo en conservar buenas relaciones con un país cuyo rey y cuyo gobierno estaban, por lo menos formalmente, excomulgados por las ofensas infligidas al papa. El mismo García Moreno convenció al Congreso de Colombia para que pusiera en el presupuesto una ayuda financiera al Vaticano.

De mayor monta fueron los problemas relacionados con la emigración, especialmente en el Cono Sur (Brasil, Argentina y Uruguay), de los que se da cuenta de manera detallada en la segunda parte del presente volumen.

Ocasionalmente hubo incidentes diplomáticos, producidos por los vaivenes de la política internacional de la época y la inestabilidad económica de muchos gobiernos. El episodio más conflictivo fue la participación de buques de guerra italianos, junto con los de Alemania y de Gran Bretaña, en el bloqueo de las costas de Venezuela de diciembre de 1902 a febrero de 1903. La intervención, típico acto de la «diplomacia de los cañoneros» de la época, se debió a la insolvencia del país caribeño en el pago de sus deudas: la conducta italiana no trajo consigo ningún acto de violencia y, con los acuerdos de Washington y la sentencia del Tribunal de La Haya (1903-1904), las reivindicaciones financieras de las potencias tuvieron un parcial reconocimiento. Es curioso ver cómo la comunidad italiana en Venezuela, que entonces estaba constituida por 3.000 personas o más, se dividió sobre la intervención y cómo lo hicieron también sus periódicos (el republicano *La patria* se puso en contra del diario portavoz de la embajada, *La Voce d'Italia*). El presidente Cipriano Castro en 1908 se tomó la revancha impidiendo que otros emigrantes italianos —especialmente mineros toscanos— ingresaran en el país.

Las relaciones con los demás países oscilaron bastante. La revolución que, al derrocar al emperador Pedro II, transformó Brasil en una República (1889), encontró pocas simpatías en los ambientes oficiales italianos. Contó, sin embargo, con el apoyo de la opinión progresista nacional, del mismo modo como ya había contado, el año anterior, con el entusiasmo de ésta por la abolición de la esclavitud en el país lusófono. Inmediatamente posterior fue la enorme oleada de inmigración italiana a Brasil, precisamente para sustituir a la mano de obra esclava en las faenas agrícolas. En este caso, las condiciones de trabajo, a menudo las peores encontradas en Suda-

mérica por los emigrantes, crearon alguna fricción entre los gobiernos y hasta empujaron a las autoridades de Roma a prohibir la emigración a Brasil (1902).

Ya se ha señalado la parálisis que sufrieron las relaciones italomexicanas una vez finalizada la aventura imperial de Maximiliano de Habsburgo. A pesar de algún que otro intento de una o de otra de las dos partes, y del envío esporádico de encargados de negocios y cónsules, sólo hacia 1879 se normalizaron las relaciones con la presencia tanto en Roma como en Ciudad de México de representantes con categoría de ministros. En ausencia de pleitos graves entre los dos países, la actividad de los diplomáticos italianos en México se encaminó, en los años siguientes, a informar al gobierno de Roma de los progresos políticos y económicos de aquella república americana, y a seguir el desarrollo —a veces problemático— de la pequeña comunidad italiana. Ésta, anteriormente formada en su mayoría por mercaderes, desde la mitad de los años setenta vio ensanchar sus filas con campesinos dedicados a formar nuevas colonias agrícolas. Buenas fueron las relaciones durante el largo gobierno de Porfirio Díaz, período en el que México (igual que Brasil, Argentina, etc.) fue también objeto de una serie de monografías por parte de autores italianos. La revolución empezada en 1910 fue observada con atención por los diplomáticos.

Italia estuvo inmersa también en la cuestión cubana, asunto que merecería quizás un apartado específico. Ya cuando había terminado en España el efímero reinado de Amadeo de Saboya, hubo algún intento nacional de aprovechar la ocasión para mejorar el comercio con las Antillas españolas; posteriormente, al estallar la insurrección cubana, Italia intentó proveer el abastecimiento de las fuerzas armadas de España en la isla, de 1874 a 1878. También hemos visto cómo más de una vez los representantes italianos en Washington intervinieron, de una manera primero informal y luego oficial, para reducir la tirantez de relaciones entre la potencia norteamericana, que intentaba poner punto final a la última presencia importante europea en el Caribe, y España que quería conservar a toda costa su dominio en Cuba y Puerto Rico. Hay que recordar, en efecto, que desde 1887 España estuvo insertada, a través de un tratado bilateral con Roma, en el sistema de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). España había vencido entonces su tradicional in-

disponibilidad a entrar en combinaciones internacionales, precisamente con el fin de que la Triple Alianza garantizara sus posesiones coloniales. Por eso el gobierno italiano tuvo que silenciar, en relación con el asunto de la libertad de Cuba, muchas críticas a la actitud de las autoridades de Madrid que salían de los partidos y de la opinión pública progresista italiana. Cuando caducó el tratado que la unía a la Triple Alianza (1895), España buscó renovarlo con garantías explícitas sobre sus colonias, pero los aliados no accedieron y se encontró aislada internacionalmente frente a la presión de los Estados Unidos. El cónsul italiano en La Habana daba por perdida la isla ya en 1895.

Cuando la controversia hispano-estadounidense se transformó en 1898 en conflicto armado, hubo algún contraste entre los gobiernos de Madrid y de Roma por el imperfecto armamento del más grande crucero español, botado dos años antes en los astilleros de Génova. Las autoridades italianas sólo reconocieron el buen derecho de España y la provocación montada por los Estados Unidos. Una parte de la opinión pública simpatizó con el valor quijotesco de los españoles; otra parte imprimió panfletos en favor de la libertad de Cuba y no faltaron algunos radicales y republicanos que se sumaron con las armas a las huestes de los independentistas. La participación de éstos fue contada pocos años después por el escritor cubano Fernando Ortiz (*Los mambises italianos,* 1909).

La guerra solicitó el envío de *attachés* militares (uno para el ejército y otro para la armada), que desde entonces acrecentaron el personal de la embajada italiana en Washington. El éxito, bien conocido, supuso para España la pérdida no sólo de Cuba y de Puerto Rico, sino también de las Filipinas y de Guam, lo que confirmaba los planes expansionistas de los Estados Unidos en el área del Pacífico, repetidamente mencionados en los informes de los diplomáticos italianos en Washington.

Otras guerras ocurridas en Sudamérica recibieron la atención de observadores italianos. Nos limitaremos a recordar el pequeño volumen publicado en 1869 por Emanuele Bozzo, *Notizie storiche sulla repubblica del Paraguay e la guerra attuale...,* muy hostil al presidente Francisco Solano López, en el que se da cuenta del tremendo conflicto en que el Paraguay fue destruido por las fuerzas de Brasil, Argentina y Uruguay (hay elencos también de las decenas de italianos

muertos por los paraguayos), y la más equilibrada y ambiciosa obra de 1882 de Pietro Perolari Malmignati, *Il Perù e i suoi tremendi giorni (1878-1881)*, en la que se ilustra la primera fase de la «guerra del Pacífico» que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia.

No nos ocuparemos aquí del tema de las relaciones con Argentina porque a ellas se refiere detalladamente la segunda parte del presente libro. Hablar del país del Plata en relación con Italia en las décadas a caballo entre el año 1900 significa, en efecto, tratar de la emigración. Sólo merece la pena apuntar el gran número de opúsculos y libros que se dedicaron entonces al tema: de las guías para la emigración y los tratados hitórico-geográficos del país hasta los panfletos ácratas, socialistas y anarco-sindicalistas celebrando las estadías de Enrico Malatesta, Enrico Ferri, Pietro Gori, Luigi Fabbri, etc.

A pesar de la existencia de comunidades italianas, a veces muy numerosas, la importancia político-diplomática que los estados latinoamericanos tuvieron para Italia fue bastante escasa hasta la Primera Guerra Mundial. Aun cuando se puso en tela de juicio la expansión italiana en África proponiéndose Sudamérica como campo de intervención más útil, el proyecto (reflejado, por ejemplo, en el libro de Ferruccio Macola, *L'Europa alla conquista dell'America Latina*, 1894) no pasó de ser visto como algo más bien veleidoso. Limitada vigencia y efectos, a menudo, tuvieron los tratados bilaterales firmados en la época con los países latinoamericanos. Además, a través de los tratados generales estipulados en aquellos años se puede medir también el escaso alcance, en la sociedad internacional, de las repúblicas existentes al sur de los Estados Unidos. Por ejemplo, el Acta Final de la Conferencia de Berlín de 1885 sobre el Congo, el Níger y la reglamentación de la carrera colonial en África fue firmado por 16 estados, todos europeos entre grandes y pequeños, salvo Turquía y los Estados Unidos; sin embargo, casi todos los estados americanos estuvieron en la firma de convenciones de menor importancia política pero que atestiguaban la creciente internacionalización del mundo, como el Acta de Lisboa de 1885, adicional a la convención postal universal.

En fin, ni siquiera la participación de Italia en la *Grande guerra*, esto es, el primer conflicto mundial —desde mayo de 1915 y al lado de Francia, Gran Bretaña y Rusia— tuvo repercusiones importan-

tes en América Latina. A las hostilidades —se puede recordar— se sumaron oficialmente las repúblicas de Brasil, Cuba, Costa Rica, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Panamá, las cuales declararon la guerra a los imperios centrales; con éstos (Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria, Turquía) rompieron las relaciones Bolivia, República Dominicana, Ecuador, Perú y Uruguay; los demás estados se mantuvieron neutrales, siendo México y Argentina, en buena medida, pro alemanes y hostiles a los Estados Unidos.

Los científicos y los viajeros

Ya se ha mencionado la gran obra desarrollada en el Perú por Antonio Raimondi, científico con el que se cierra, puede decirse, el período más bien «heroico» e individual de las expediciones italianas a América. Con la formación del Reino de Italia, en efecto, la situación cambió, en parte, de rumbo. Ya en 1865 la corbeta de vapor *Magenta* había iniciado una vuelta al mundo con el encargo de recoger muestras de todos los países visitados. En 1867, uno de los científicos de la expedición, Enrico Giglioli Hillyer, había visitado precisamente a Raimondi en Lima. Con ocasión de aquella primera expedición económico-científica promovida por el estado italiano, el florentino Giglioli tuvo también la posibilidad de examinar a los indígenas de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, estudio que continuaría bajo la guía de Paolo Mantegazza, el fundador en Italia de la antropología y de la etnología.

La actividad antropológica de Mantegazza, que era de formación médica, se remonta a su estadía en la pampa argentina entre 1854 y 1859, cuando tuvo ocasión de interesarse por muchas tribus indígenas que allí vivían (parte de su experiencia quedó reflejada en su obra *Río de la Plata e Tenerife,* de 1867). En 1869, el científico italiano consiguió apoyo gubernamental suficiente para abrir en Florencia un Museo Nacional de Antropología y Etnología y para publicar una revista de gran nivel dedicada expresamente a tales asignaturas. Se puede añadir que Mantegazza, hombre muy curioso y controvertido, contribuyó también a que se conocieran otra vez en Europa las hojas de coca y sus efectos (él mismo era adicto a esta droga). La obra promocional de Mantegazza, encargado por el gobierno de

Buenos Aires de proveer de profesores a aquella facultad de Ciencias Físicas y Naturales, hizo que otros italianos fueran a la Argentina, entre ellos el paletnólogo y malacólogo Pellegrino Stroebel, quien estuvo allá enseñando durante dos años y que efectuó investigaciones en el área (recogidas en las obras, de 1867 y 1868, *Paraderos preistorici in patagonia* y *Viaggi nell'Argentina meridionale effettuati negli anni 1865-1867).*

La colaboración científica entre Argentina e Italia dio sus máximos resultados en la expedición conjunta a la Patagonia meridional y a la Tierra del Fuego de 1882-1883, dirigida a estudiar la posibilidad de poblar aquellas tierras.

El plan original preveía que los científicos italianos, dirigidos por el oficial de marina Giacomo Bove, prosiguieran por su cuenta explorando el Antártico, pero el insuficiente respaldo del gobierno de Roma limitó la acción del cañonero *Cabo de Hornos* a las tierras australes del país sudamericano. Posteriormente, tras firmar otro acuerdo, Bove exploró con algunos estudiosos más el territorio norteño de Misiones, con el fin de averiguar si allí se daban mejores posibilidades de colonización. La corbeta *Vettor Pisani,* que tenía por comandante a Giuseppe Palumbo, también recogió interesantes materiales en el Perú durante su viaje alrededor del mundo (1882-1884).

Otro notable viajero en Sudamérica fue el pintor piamontés Guido Boggiani, amigo de Gabriele D'Annunzio. Durante los años 1887-1893 y 1896-1901 Boggiani estuvo en el Mato Grosso y en el Chaco oriental, donde murió a manos de los indios. Además de sus intentos de aprovechamiento económico de la selva, puede resaltarse que fue un discreto etnógrafo y que dejó constancia de sus exploraciones en una serie de escritos (por ejemplo, sobre los indios caduvei, publicados sólo en parte en Italia y en Paraguay) y a través de dibujos, fotografías, utensilios, vestidos, etc., de los indios de Paraguay y de Brasil que se llevó a Europa. En el mismo período, Luigi Balzan visitó Argentina, Paraguay y otras tierras de la parte central de Sudamérica, por encargo de la Sociedad Geográfica Italiana. Anteriormente había estado en el área amazónica Ermanno Stradelli, motivado por intereses antropológicos; el entomólogo Enrico Festa permaneció en Ecuador y Colombia entre 1895 y 1898 a petición del Museo Zoológico de la Universidad de Turín.

Ya se ha comentado que antes de Florencia había sido Milán el centro científico más volcado hacia América; en la última década del siglo —gracias a las colecciones recogidas por Bove y Boggiani— adquirió mucha importancia el Museo Prehistórico y Etnográfico de Roma (inaugurado en 1876 y posteriormente bautizado como Luigi Pigorini, que aprovechó también los objetos coleccionados en el siglo XVII por el jesuita alemán Athanasius Kircher). Sin embargo, la expansión colonial en África, perseguida desde 1882 por las autoridades italianas, determinó un cambio de rumbo y orientó las exploraciones, la búsqueda de material etnográfico, etc., hacia el continente negro. El interés nacional para con el Nuevo Mundo no desapareció, pero disminuyó comparativamente. Sin ser una paradoja, cuando empezó a aumentar la emigración de italianos a América, el interés científico, casi con despecho, se orientó hacia tierras en las que la presencia italiana era mucho más reducida pero que estaban protegidas por el pabellón nacional.

LO ITALIANO POR EXCELENCIA: EL MELODRAMA Y EL TEATRO

Hay que remontarse rápidamente a los años anteriores a la Unidad italiana para subrayar que, después de los numerosos melodramas sentimentales del último cuarto del siglo XVIII, América vuelve a aparecer en 1833, en el escenario de Milán, con *Il furioso all'isola di San Domingo,* obra poco conocida de Gaetano Donizetti, compuesta sobre un absurdo libreto de Jacopo Ferretti: la disparatada historia de americano tiene sólo el título y la nacionalidad española de los protagonistas, porque en el caótico enredo falta cualquier referencia efectiva a las costumbres y lugares antillanos. Más coherente con la ambientación ultramarina había sido *Amazilia* de Giovanni Schmidt, con música de Giovanni Pacini, puesta en escena en Milán en 1826: la acción —una historia de rivalidades entre caciques salvajes— transcurre entre la Florida y Luisiana y concluye con la llegada salvadora de un ejército de conquistadores españoles que llevan la civilización (en este caso la «leyenda negra» parece no haber existido nunca). Filiación evidente con la tragedia homónima de Voltaire tiene el melodrama *Alzire,* con texto de Salvatore Cammarano y música de Giuseppe Verdi, que fue representada en 1845 en Nápoles.

Más logrado, por lo menos musicalmente —Verdi la apreció mucho—, es *Il Guarany,* del brasileño António Carlos Gomes (Milán, 1870). El libreto de A. Scalvini no es, sin embargo, original, pues se trata de la trillada historia de amor entre una joven criolla y el hijo de un reyezuelo indígena. Gomes, de regreso a su país de origen, compuso también, con ocasión del IV centenario del descubrimiento, la obra *Cristoforo Colombo,* que fue representada en Río de Janeiro en 1892.

Aun antes del aniversario, el melodrama de tema americano, a lo largo de todo el siglo XIX, se encontraba sobrecargado por la presencia del autor del descubrimiento. En efecto, casi una quincena de intentos tratan de poner en las tablas a una figura que, por su significado o, si se quiere, por su ambigüedad, era muy difícil de representar y que tanto menos se podía insertar dentro de la corriente patriótica del Resurgimiento: Verdi, a pesar de ser repetidamente requerido, siempre se negó a hacerlo. Quizás la mejor de esas *opere* fue el *Cristoforo Colombo* escrito por Felice Romani y orquestado por varios compositores: la versión de Francesco Morlacchi se puso en escena en Génova en 1828 y la de Giovanni Bottesini en Cuba (1846), ambas con el título de *Colón.* Padres de renombre tuvo el *Cristoforo Colombo* de Luigi Illica, con la apacible y melancólica música de Alberto Franchetti, que fue estrenado en 1893 y subrayó la condición humana del Almirante al término de su vida.

Una obra novedosa sobre el descubridor llegaría sólo en 1952, un año después del V centenario de su nacimiento. Melodrama escrito no para el teatro sino para la radio, con letra y música de Alberto Savinio, presentaba un enredo muy atrevido para aquellos años: el fantasma de Colón, que no consigue encontrar descanso, poco antes del *Columbus day* se dirige a la Casa Blanca de Washington y, después de haber aterrorizado a la muchedumbre, encuentra al presidente Truman, que le permite radiar un mensaje explicando las razones por las cuales fue a descubrir América 450 años antes y por qué quiere hablar ahora: entonces Colón quiso esparcir lo esencial del espíritu europeo, es decir, la dignidad y la libertad del hombre; ahora los norteamericanos, herederos de semejante tradición —dice el Almirante a través del micrófono— deben continuar la tarea. A pesar de la buena fe y las loables intenciones de Savinio —fruto de la tragedia bélica que había asolado Europa física y aní-

micamente—, no puede uno dejar de notar la manipulación con la que, otra vez, se trataba a la figura histórica de Colón, muy poco apto para ser portador de mensajes de libertad después de haber esclavizado a los taínos.

Otro tema interesante es la presencia de cantantes italianos allende el Atlántico. Ya hemos aludido a la actividad teatral de Lorenzo da Ponte en Nueva York. La temporada lírica organizada por él en 1825 se sirvió de la gran compañía italiana de la familia García, en la cual actuaba María Malibran, que luego fue famosísima. Esas representaciones del *Barbiere di Siviglia* de Gioacchino Rossini y de otros melodramas fueron la primera gira de cantantes italianos de cierta categoría en los Estados Unidos. Antes, sin embargo, otras compañías de menor envergadura habían actuado, pues ya en 1810 había sido puesto en escena el *Barbiere* en Nueva Orleans; posteriormente el *Tancredi*, también de Rossini, fue representado en Ciudad de México en 1825 por la misma compañía de los García (quienes fueron desvalijados de todas sus pertenencias por los bandoleros del país); en 1827 se cantó el rossiniano *Otello* en Buenos Aires; el empresario Rivafinoli de Milán actuó en los Estados Unidos (también con Da Ponte) y en México; la gran intérprete Adelina Patti hizo su presentación en Nueva York en 1859, etc. Merece recordar también que el himno nacional de México fue cantado por primera vez en 1854 por la soprano Claudina Fiorentini y el tenor Lorenzo Salvi.

No sorprende que en América (y en otras partes del mundo) la cultura italiana fuese relacionada casi exclusivamente con las artes. Lo italiano por excelencia, en las tierras de habla inglesa, francesa y española del Nuevo Mundo, fue, antes que nada, el melodrama lírico. Desde el último cuarto del siglo, hasta bien entrada la centuria, se sumó a éste particularmente en la Argentina, el teatro dramático. Entre 1873 y 1885 la gran actriz trágica Adelaide Ristori, especializada en interpretar la parte de infelices reinas, efectuó giras en las dos Américas; desde 1893 le tocó a Eleonora Duse tener un enorme éxito, hasta morir en 1924 en Pittsburgh, precisamente durante una *tournée* por los Estados Unidos. En Sudamérica, aprovechando la diferencia de estaciones, las compañías teatrales italianas podían añadir otra temporada a la que desarrollaban en Europa (la del Teatro Colón de Buenos Aires empezaba a finales de mayo), al igual que los

braceros italianos —por eso llamados «golondrinas»— que iban a segar el trigo en las regiones australes cuando en su patria era invierno. El gran Teatro Colón de Buenos Aires, el Teatro Imperial de Río de Janeiro, la Ópera de la ciudad brasileña de Manaos —milagroso edificio de mármoles preciosos construido en la selva gracias a la venta del caucho—, y otros muchos teatros —de Montevideo a San Francisco pasando por Recife, Caracas, La Habana, Ciudad de México— *risuonarono* con las voces de cantantes italianos: Francesco Tamagno, Enrico Caruso, Tito Schipa, Beniamino Gigli, Gemma Bellincioni, Lina Cavalieri, etc. Y si efímera fue la creación por Da Ponte de una Italian Opera House en Nueva York, en la construcción del primer Metropolitan de la misma ciudad —como ya tuvimos la ocasión de recordar— participó un italiano.

No debemos olvidar a los directores de orquesta y a los compositores. El más famoso de los primeros fue, desde luego, Arturo Toscanini, que había debutado en Río de Janeiro en 1886; en 1908 abrió la estación musical en el Metropolitan Opera House; siendo preferido a Gustav Mahler como director de la New York Philarmonic, Toscanini desarrollaría gran parte de su prestigiosa carrera —por su aversión política hacia el gobierno fascista de Mussolini— en los Estados Unidos.

Más numerosos son los compositores. Ruggero Leoncavallo, que en 1894 había tenido gran éxito en los Estados Unidos con *Pagliacci,* iba muy a menudo a Chicago, cuyo teatro lírico era dirigido por otro coterráneo suyo, el parmense Cleofonte Campanini. Pietro Mascagni escribió *Isabeu* (1911) para el Teatro Colón de Buenos Aires. Componiendo *Madame Sans-Gêne* igual hizo Umberto Giordano para el Metropolitan de Nueva York (cuyo director fue, de 1908 a 1935 el friulano Giulio Gatti-Casazza). Por encima de ellos, y de los numerosísimos artistas menores, está Giacomo Puccini, el único quizá que supo crear dos significativas obras «americanas» o, mejor dicho, estadounidenses, esto es, *Madame Butterfly* (1904) y *La fanciulla del West* (1910). Éstas tuvieron un enorme éxito popular porque manaban de las mismas fuentes del país: las dos historias habían sido sacadas de dramas muy efectistas escritos por el norteamericano David Belasco, hombre que estaba tan en sintonía con su público que fue uno de los que después lanzó en el cine el género *western.*

La época de Mussolini en Norteamérica

La formación del movimiento fascista (1919) y la rápida toma del poder por parte de Benito Mussolini (presidente en 1922 de un gobierno todavía constitucional y dictador desde 1925) marcó indudablemente un corte, a pesar de los matices que se puedan introducir, en la vida política y cultural italiana.

También el fascismo intentó llevar a cabo en las Américas una política que se caracterizase por el dinamismo y la novedad. Su imagen tuvo mucho éxito, pero no logró construir allá una política coherente, ni en el aspecto ideológico-político ni en el económico. El *Duce,* en efecto, consiguió atraer hacia su régimen a la gran mayoría de los italianos emigrados, pero su política —por ser un poco oscilante y contradictoria en relación con el nacionalismo autóctono existente en cada una de las repúblicas americanas, y por la debilidad económica italiana— no fue realmente satisfactoria ni en las relaciones bilaterales ni en las continentales ya que Mussolini no encontró en el Nuevo Mundo aliados estables y capaces de apoyar de verdad su política expansionista en Europa y en África.

Se ha escrito que el fascismo italiano encontró aprobación en los Estados Unidos más que en ningún otro país del hemisferio occidental. En efecto, fue alabado por todos los que temían a los comunistas —fuesen grandes capitalistas o pequeños propietarios—, por los que se habían opuesto a la política internacionalista del presidente Wilson, por los antiguos *liberals* que, después de la Primera Guerra Mundial, se habían quedado desengañados de las esperanzas reformistas.

En fin, los Pactos de Laterán —que en 1929 pusieron punto final a la «cuestión romana» y restituyeron «Italia a la Iglesia y la Iglesia a Italia»— dieron al *Duce* el apoyo de todos los católicos norteamericanos (y el de los del resto del mundo). Incontables son las declaraciones en favor de la obra normalizadora y reconstructora del fascismo —que fue, en efecto, importante— que dejaron en la época importantísimas personalidades estadounidenses. Un italoamericano progresista, Constantine Panunzio, llegó a escribir que en la tercera década del siglo sus ideas antifascistas habían encontrado oposiones más recias entre los *native americans,* esto es, entre los de ascendencia anglosajona, que entre los italoamericanos.

Por su parte, Mussolini acentuaba o relajaba su polémica contra el capitalismo y el imperialismo estadounidense según el viento que impulsaba a la política exterior italiana, la cual siempre fluctuaba entre el respaldo al *statu quo* y el «revisionismo» de la situación resultante de la Primera Guerra Mundial. Los acentos críticos, desde luego, también se apagaban a la hora de negociar préstamos o de obtener el petróleo norteamericano (lo que ocurrió en 1935-1936, cuando el gobierno de Washington hizo caso omiso de las recomendaciones de la Sociedad de Naciones y siguió vendiendo petróleo a Italia, entonces empeñada en la conquista de Etiopía).

En los Estados Unidos el *Quota Act* de 1924, que redujo muchísimo las posibilidades de emigrar, significó una seria dificultad para la situación económica y social italiana, pero muchos emigrados respaldaron la medida para protegerse mejor de la excesiva competencia de los nuevos emigrantes. La comunidad italiana en los Estados Unidos se dividió entre una minoría de antifascistas (más noticias sobre éstos se dan en la segunda parte del presente trabajo) y una mayoría de gente que creyó sinceramente en el fascismo, porque les permitía enorgullecerse de un gobierno alabado por gran parte de los americanos que encontraba en la calle y que se interesaba por ellos más que los liberales de anteguerra. Éstas, sin embargo, eran reacciones que afectaban más bien a los emigrados nacidos en Italia, pues la tendencia de sus hijos, que se consideraban americanos o casi, ya era de indiferencia hacia semejantes problemas.

Al igual que en otros países, el intento de dirigir la fidelidad de la comunidad emigrada a través de organismos *ad hoc*, los *Fasci italiani all'estero* (fascios en el exterior), fue insatisfactorio. En 1929 la *Fascist League of North America* fue disuelta por Roma antes de que una comisión federal —solicitada por un atrevido artículo antifascista que afirmaba que el *Duce* emplearía a sus partidarios italoamericanos en acciones de sabotaje— se pusiera a investigar sobre sus actividades. La *Fascist League* fue sustituida por la *Lictor Federation* y otras organizaciones, pero al final la diplomacia tradicional italiana, que siempre había obstaculizado semejantes organizaciones fascistas paralelas, volvió a dominar el asunto. Los italoamericanos abandonaron sus simpatías hacia el fascismos cuando todo el mundo empezó a darse cuenta de que la política de Mussolini —aliado de Alemania en el Eje desde 1936 y, en 1940, también de Japón en el Pacto Tri-

partito— terminaría por chocar con los intereses de los Estados Unidos y cuando la gran mayoría de los norteamericanos dejó de mimar al anteriormente tan alabado jefe de gobierno.

En Canadá la presencia italiana tuvo que afianzarse, aunque no sin algunas dificultades. A causa de experiencias negativas al comienzo del siglo, el mundo anglosajón, y más aún la comunidad francófona del Quebec, miraron a Italia y a los italianos con recelo. La común beligerancia en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial mejoró la situación, pero el posterior neo-aislacionismo, a semejanza del de Estados Unidos, enfrió nuevamente las relaciones. La toma del poder por parte del fascismo en Roma fue aceptada bastante favorablemente por una opinión pública que, como la del vecino meridional, había tenido mucho miedo del *Red scare*, es decir, de los desórdenes revolucionarios posteriores a la conclusión del conflicto. El aplauso fue aumentando hasta la guerra de Etiopía, siendo Mussolini muy exaltado por los católicos franco-canadienses debido a los acuerdos de 1929 con el Vaticano y también a la intervención en España contra los anarquistas y comunistas que perseguían a la Iglesia. En los años siguientes (por lo menos hasta 1938, cuando también el estado fascista adoptó medidas racistas) los diplomáticos italianos incluso tuvieron que aceptar la postura de los radicales de derechas francófonos y sus manifestaciones contra los judíos y pro-nazis, y prefirieron entenderse más con los anglosajones. También en Canadá la comunidad italiana fue fácilmente asimilada por el fascismo (el primer *fascio* se constituyó en 1925); allí, al igual que en los demás *Dominions* británicos, no se había dado inmigración política alguna y los antifascistas eran muy pocos y ambiguos en relación con las autoridades consulares italianas y la policía local.

El fascismo al sur del Río Grande

Por lo que compete a la acción de Mussolini en Latinoamérica, hay que reconocer que él nunca tuvo planes de expansión efectiva allí y que probablemente sólo pensó en qué ventajas se podían conseguir a través de una atenta política diplomática y de una eficaz propaganda. Mucho éxito, en efecto —como ya en Norteamérica—

encontraron las visitas oficiales, las travesías en vuelo de Balbo y los homenajes concedidos por la gran mayoría de los políticos iberoamericanos al *Duce* de Italia. Igualmente, el fascismo llegó a tener una gran influencia en las comunidades de emigrados, a través de sus muchas organizaciones y subsidios (sólo en la ciudad brasileña de São Paulo había 36 *Fasci di combattimento* más otras asociaciones patrióticas), y un buen recuerdo del *ventennio* de gobierno de Mussolini se encuentra todavía hoy entre los viejos emigrantes afincados en América.

Lo dicho arriba es indudable, pero semejantes éxitos, al fin y al cabo, sirvieron para poco. En efecto, la realidad del intercambio económico en los años posteriores a 1929 era decepcionante. También hombres adictos al régimen se quejaron de lo poco que se invertía en Latinoamérica, pues en 1935, para las tres embajas y siete legaciones que tenía Italia al sur del Río Grande, sólo había un consejero comercial.

Además, por lo movedizo de los gobiernos en el área y otras muchas razones, poco consiguió el fascismo incluso a nivel político-ideológico. Mucho le decepcionaron a Mussolini, por ejemplo, los «hombres fuertes» locales. Así, el brasileño Getúlio Vargas, al comienzo poco amado, fue exaltado después de su conversión autoritaria en 1937, para ser de nuevo atacado cuando, contra todo pronóstico, se lanzó a los brazos de los Estados Unidos en 1941. Lo mismo ocurrió con el general José Uriburu, autor del golpe de 1930 que determinó durante más de una década el rumbo de Argentina: su gobierno fue prontamente reconocido y alabado por Roma, pero sólo dos años después era públicamente criticado por su política reaccionaria, y la importante revista mensual *Gerarchia,* inspirada directamente por Mussolini, llegaba a echar de menos al derrocado estadista del partido radical Hipólito Yrigoyen, quien por lo menos —se escribía— había sido elegido por el pueblo, esto es, por los hijos de los emigrantes. Hay que decir que el fascismo, por tener en sí también caracteres de izquierdas y populares, se encontró a menudo con dificultades frente a lo reaccionario a secas de tantos dictadores hispanoamericanos. De ahí la preocupación de la prensa italiana —hecho que mostraba también un gran orgullo nacionalista— por dejar siempre bien sentado que había una gran distancia entre el régimen de Mussolini y el de los caudillos locales y por amones-

tar a los autores de cuartelazos para que no se autoatribuyeran patentes de fascismo.

Movediza, y no siempre controlable, resultó también la actuación de las comunidades de emigrados, bien por razones objetivas, bien por la actividad de los antifascistas (sobre este tema, véase la segunda parte del presente volumen). Por ejemplo, durante la revolución que llevó a Getúlio Vargas al gobierno de Brasil en 1930, la comunidad italiana de São Paulo se había declarado fiel al gobierno federal del presidente Washington Luiz: por ello, los edificios en los que estaban las redacciones de los diarios *Il Fanfulla* e *Il Piccolo* fueron asaltados por la muchedumbre después de la victoria de la intentona; el episodio no tuvo más consecuencias, ya que Vargas expresó posteriormente su simpatía hacia la comunidad italiana.

Lo más importante es que no hubo una postura clara y constante en relación con el destino de las comunidades de emigrados. Tratando de este asunto la prensa no tuvo una opinión unitaria y los diferentes autores se expresaron como más les gustaba. La mayoría de los periodistas y los muchos escritores viajeros que entre las dos guerras mundiales visitaron América Latina —Corrado Zoli, Armando Fraccaroli, Mario Appelius, etc.— acreditaron que, con algunas excepciones, los hijos de los emigrantes —y más si tenían una condición acomodada— pensaban poco en Italia. Particularmente en el Plata, ellos no querían hablar la lengua de sus padres y procuraban pasar por argentinos ocultando su origen. La misma revista *Gerarchia,* en un arrebato del mejor pragmatismo de Mussolini, escribió en 1937 que había que renunciar a seguir considerando italianos a los hijos de los emigrados; la mejor política, pues, era la de reconocer la legitimidad del nacionalismo de cada país y aprovechar la presencia de muchos ciudadanos latinoamericanos con apellido italiano para mejorar las relaciones. Semejantes buenos propósitos, sin embargo, desaparecieron al aproximarse la Segunda Guerra Mundial, cuando la prensa volvió a presentar los más trillados temas de propaganda (latinidad frente a internacionalismo judeo-masónico-anglosajón, etc.).

No hubo pues, en relación con América, un verdadero sistema de consignas. La percepción de las realidades de aquel continente, tanto del pasado como del presente, se debió más a la sensibilidad y a la cultura de los diferentes autores que a una indicación externa.

Claro es que el clima de orgullo nacionalista y de alardes retóricos en que vivió inmersa Italia durante el período de Mussolini dejó una amplia huella.

Esto se ve, por ejemplo, en los actos de conmemoración que se celebraron en 1930, centenario de la muerte de Simón Bolívar. El Libertador fue recordado tanto por el hermano del *Duce,* Arnaldo Mussolini, en el diario príncipe del régimen fascista, *Il Popolo d'Italia,* como por el gran historiador Gioacchino Volpe con un discurso pronunciado en la Academia de Italia (y luego publicado como pequeño librito). No faltó en aquella ocasión un concurso reservado a la juventud católica italiana para que se escribiese un estudio sobre Bolívar (con uno de los dos premios fue galardonado el jovencísimo Paolo Emilio Taviani, 20 años más tarde político del partido de la Democracia Cristiana, poderoso ministro de la República, estudioso de Colón y, en 1922, presidente de las celebraciones italianas del V Centenario del Descubrimiento o encuentro de dos mundos). En 1934 fue inaugurado en Roma un monumento al Libertador, obra de Pietro Canonica, ofrecido por las seis repúblicas bolivarianas a la ciudad.

A pesar de la retórica, el estudio de la historia y de la literatura de aquellos países fue muy limitado. Uno de los pocos académicos que se enfrentó de veras con el problema de la historia iberoamericana fue Gino Doria, autor quizá de la primera *Storia dell'America Latina* (1937) escrita por un autor italiano con criterios científicamente válidos y suficientemente documentada; sin embargo, en la parte contemporánea, la obra se reduce sólo a la historia de dos países, esto es, Argentina y Brasil. A pesar de la simpatía que Doria tenía para con los latinoamericanos, se encuentran en su obra juicios despectivos sobre las altas pretensiones de la política ejercida en aquellas tierras: feroz cerrazón a lo externo en el Paraguay; intentos de supremacía, y constante desconfianza acerca de peligros verdaderos o imaginarios, en la Argentina; fingida imitación de la democracia europea en Uruguay, donde en realidad el partido blanco soñaba con dominar al colorado, y éste al revés; fortaleza del tradicionalismo en Perú y Bolivia, donde a cada momento se esperaba ver aparecer a un virrey obsequiado de indios andrajosos y hambrientos; en Chile, aristocracias de terratenientes gobernando con paternalismo; teatros de contiendas tragicómicas actuando bajo la mano del titiri-

tero en Centroamérica, etc. También Doria daba, además, un juicio negativo —pero sin ninguna saña, considerándola como algo natural— sobre la total integración de los emigrados italianos en la cultura de los países en que se encontraban.

Si un estudio detenido de la literatura hispanoamericana vendría sólo después de la Segunda Guerra Mundial (y fue Giuseppe Bellini el que le dio el más grande impulso), no faltaron escritores italianos de gran categoría que se ocuparon, en el período de entreguerras, de la literatura angloamericana. Entre éstos destaca, por ejemplo, Emilio Cecchi que, además de señalarse por su labor de difusión de los autores norteamericanos, viajó tanto a los Estados Unidos como a México. Cecchi tradujo sus estadías (1930-1931 y 1937-1938) en correspondencias periodísticas que luego recogió en dos volúmenes. Los libros *Messico* (1932) y *America amara* (1940) son muy interesantes también psicológica y sociológicamente, porque a través de ellos se puede ver que la imagen de los Estados Unidos, y un poco también la de México, empeoró en muy pocos años, por las huellas —aunque no exclusivamente— dejadas en la conciencia y en la sensibilidad por las críticas ejercidas por las autoridades fascistas.

En efecto, las relaciones italo-mexicanas habían empeorado mucho en la época, especialmente cuando el presidente Lázaro Cárdenas se comprometió con una política de izquierdas que tenía su botón de muestra en la ayuda al bando republicano en la guerra civil española (y, precisamente, el triunfo final del general Francisco Franco, cuyo éxito había sido facilitado por la contribución militar de Italia y de su aliada Alemania, proporcionó por un momento nuevas posibilidades a la acción fascista en Latinoamérica). Desafortunadamente, resulta imposible pormenorizar aquí —debido al poco espacio— los demás aspectos interesantes de las relaciones con América Latina en el período de entreguerras, desde la valoración italiana de la guerra de los «cristeros» que turbó a México y a la conciencia católica internacional, entre 1926 y 1929, hasta la postura que la diplomacia de los países iberoamericanos adoptó en la Sociedad de Naciones con ocasión de la guerra italo-etiópica.

El cine, de Rodolfo Valentino a la guerra

La cinematografía, el gran invento nacido en Europa a finales del siglo XIX (pionera fue también la producción comenzada en Turín), llegó a ser un fenómeno mundial a través de las producciones de Hollywood. La importancia de lo italiano en la historia del cine tiene que medirse en ese recorrido de ida y vuelta que pone en relación las películas y los actores nacionales con la «Meca» californiana.

Contar lo que pasó antes de la Segunda Guerra Mundial es mucho más sencillo que relatar la precedente y contemporánea influencia de la música y del teatro italiano en las Américas. Por lo que se refiere a los actores, un nombre mítico los resume a todos: Rodolfo Valentino. Pobre inmigrado procedente de Pulla, cuyo verdadero nombre era Rodolfo Guglielmi, actor mediocre (entre sus películas, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis, El jeque, Sangre y arena, El hijo del jeque*) y mejor danzarín (en 1923 efectuó una gira por los *States* con el espectáculo de baile *Valentino special*); a pesar de esto, fue sin duda, después de Cristóbal Colón, el italiano de su época más conocido en los Estados Unidos. Su muerte, repentina e inesperada, en 1926, fue uno de los hechos más delirantes de la historia del divismo, con una cola para ver al muerto que se prolongaba diez cuadras o manzanas de la ciudad, entre desmayos, cargas de la policía montada y asalto final a la capilla ardiente para adueñarse de alguna prenda relacionada con el difunto. Valentino lanzó al mundo el modelo de macho latino o *latin lover,* que se reencarnaría periódicamente —a través de otros italianos, hispanos y, en menor medida, franceses— en el futuro.

El posterior destino de los actores italianos en el cine estadounidense —poco lucido— no es, al fin y al cabo, más que la frustrada continuación de ese mito primigenio. Merece recordarse en efecto —episodios curiosos los dos— que los dirigentes de la compañía cinematográfica Fox, ya en el año en que murió «el divino Valentino», presentaron al hermano de aquél —que se reveló inútil— como sucedáneo y al mismo tiempo lanzaron en Italia un concurso selectivo para encontrar a su sucesor; sin embargo, el escogido, Alberto Rabagliati, no intervino en ninguna película y tuvo que volver a Italia, donde tuvo suerte como cantante. Igual destino les tocó a otros ac-

tores (por ejemplo, Vittorio de Sica) y actrices (Caterina Boratto, Milly, etc.) de Italia, pues su estadía en Hollywood no fue suficientemente importante, lo que ha llevado a algunos críticos a afirmar que la estrategia norteamericana en relación con los actores italianos (y europeos en general, con algunas pocas excepciones) se dirigió más bien a intentar impedir su trabajo en Europa que a lanzarlos en los *studios*.

No hay que olvidar otras manifestaciones anteriores y curiosas del cine italoamericano, como la actividad de la pequeñísima compañía cinematográfica Dora Film, en la que una familia napolitana, movilizando todas sus energías (Elvira Notari actuaba como director, su marido como operador, y sus hijos como actores), lograba rodar en la época del cine mudo películas que llevaban a la pantalla productos típicamente partenopeos y que se enviaban a Nueva York (cantante inclusive, con el fin de subrayar los pasajes más dramáticos) para el deleite de los pobres emigrantes. Y no sólo eso, pues un agente de la Dora Film en el barrio de Little Italy en Nueva York aceptaba pedidos de los más pudientes y les enviaba documentales de la aldea de la que eran naturales, con las imágenes en movimiento de parientes y amigos.

Durante el siguiente período el cine continuó tratando poco el tema de la emigración. Ya en los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando la propaganda de los beligerantes en ambos bandos parecía dispuesta a acreditar las cosas más increíbles, el director italiano Carmine Gallone rodó *Harlem* (1943), obra en la que un emigrante italiano —interpretado por uno de los más conocidos actores de entonces, Massimo Girotti— consigue el título de campeón de boxeo venciendo las perfidias del ambiente judeoplutocrático y masón, y lucha al final contra un negro, lo que permite unir el tema racista con la obra de propaganda bélica y nacionalista.

Otro tema vidrioso relacionado con lo italoamericano se encuentra en el cine negro o policíaco de aquel período que relata la historia de los gánsters de origen italiano —perteneciesen o no a la mafia—, cuyo más conocido exponente fue Al Capone (en las décadas siguientes el filón no se agotaría: es suficiente nombrar *El Padrino* de Francis Ford Coppola, de 1969, basado en la obra de Mario Puzo y enriquecido gracias a la interpretación de Marlon Brando). Acerca del tema, el fascismo, por supuesto, prefirió desviar la aten-

ción, y dar nombres extranjeros a todos los malos y maleantes que aparecían en las películas, y ubicar en hipotéticos ambientes anglosajones los delitos y delincuencias llevados a la pantalla. A pesar de que el fascismo intentase finalmente presentar a los millones de italoamericanos en los Estados Unidos como si fuesen rehenes del enemigo, en las carteleras cinematográficas estadounidenses del período bélico siguieron apareciendo nombres como Perry Como, Ida Lupino, etc. (algunos años más tarde llegarían Frank Sinatra, Dean Martin y muchos otros).

A pesar de que los intentos autárquicos y nacionalistas llevaron en la última época a italianizar también nombres y apellidos de actores anglosajones (el doblaje, por ejemplo, transformó a Joseph Cotten en... ¡Giuseppe Cotone!), los espectadores pudieron ver en los cines de la península a las estrellas del cine yanqui hasta la víspera de la guerra.

Como en aquella época todavía el cine latinoamericano no había dado significativas pruebas, sólo puede hablarse de la influencia, más bien escasa, de las películas italianas al sur de Río Grande.

Las giras teatrales italianas siguieron teniendo éxito en el período de entreguerras. Las compañías dramáticas, llegadas a América en transatlántico (en el viaje había tiempo suficiente para ensayar los espectáculos), tenían un repertorio que iba de Luigi Pirandello a Giuseppe Giacosa, Giacinto Gallina, Sem Benelli, etc.

Entre los actores es suficiente recordar a Memo Benassi; entre las actrices, además de Eleonora Duse, ya citada, destacan Paola Borboni (que gozó también de las atenciones del presidente del Brasil, Getúlio Vargas), Irma Gramatica y muchas otras.

El segundo conflicto mundial

A pesar de la creciente propaganda antiyanqui, Italia nunca se habría enfrentado con los Estados Unidos ya que todos sus intereses expansionistas estaban en Europa y en África. Sin embargo, el ataque a Pearl Harbor (diciembre de 1941), determinado por las duras divergencias económicas y militares entre los intereses nipones y los de Norteamérica en el Extremo Oriente, trajo consigo la declaración de guerra italiana a los Estados Unidos.

Las medidas de seguridad que tomaron los respectivos gobiernos afectaron más a los bienes económicos que a las personas; no obstante, menos de 200 italianos fueron recluidos en campos de concentración en los Estados Unidos, mientras que muy diferente fue el número de japoneses y de japoneses-americanos internados. Ya desde el ingreso de Italia en la guerra al lado de Alemania (junio de 1940) muchos norteamericanos, olvidando sus alabanzas al *Duce,* sospecharon que la numerosa comunidad italiana emigrada podría ser una «quinta columna» del fascismo, y la revista *Fortune* escribió que 25.000 miembros del partido de Mussolini en los Estados Unidos se preparaban para morir luchando. Desde luego, no ocurrió nada de eso, y los italoamericanos se mantuvieron fieles a su país de adopción. La gran mayoría de los prohombres de la comunidad que antes se habían señalado por su afición al *Duce* —por ejemplo, el director del diario *Il Progresso Italo-Americano,* Generoso Pope— se dieron prisa en rechazar su anterior actitud y miles de italoamericanos lucharon en el frente.

Muy limitadas fueron las acciones bélicas entre las fuerzas militares de los dos países (algunos submarinos italianos operaban también en el Atlántico) hasta que los norteamericanos desembarcaron primero en África septentrional y luego (10 de julio de 1943) en Sicilia. Para la invasión de la isla los servicios de inteligencia estadounidenses utilizaron ampliamente a italoamericanos naturales de Sicilia y establecieron contactos y acuerdos con la mafia. Conforme las columnas de los aliados ocupaban los pueblos, sustituían a las autoridades fascistas por elementos locales de su confianza que en la gran mayoría de los pueblos —y no sólo porque escaseaban los antifascistas— eran hombres de la mafia. Esto no quedó sin consecuencias ya que a ello se deben el posterior poderío que tuvo la organización criminal y los intentos de independizar Sicilia que se dieron en la inmediata posguerra, tentativa que tuvo, según parece, ciertas simpatías en algunos ambientes allende el Atlántico.

Siguieron la caída de Mussolini (25 de julio de 1943), el armisticio-rendición de las fuerzas armadas italianas (8 de septiembre), la división de la península en dos estados, ambos supeditados a los intereses de los invasores: en el centro-norte la República Social, de nuevo guiada por Mussolini, continuó la guerra al lado de Alemania y Japón; en el sur siguió el gobierno monárquico, más tarde integra-

do por personalidades de los partidos antifascistas. Inicialmente fue Gran Bretaña la que tuvo el control de la ocupación de Italia pero, como el abastecimiento era norteamericano, fueron pronto los Estados Unidos los que llevaron la voz cantante. La población civil, y también la mayoría de los políticos antifascistas, por su parte, prefirieron a los yanquis antes que a los británicos. Fue, por tanto, el gobierno de Washington el que se ocupó más de los asuntos italianos.

Un capítulo bastante olvidado de la Segunda Guerra Mundial —que no se puede omitir aquí— es el de la participación en ella de los estados latinoamericanos. En relación con Italia, hay que decir que entre diciembre de 1941 y enero de 1942, El Salvador, Costa Rica, Cuba, República Dominicana, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Panamá entregaron su declaración de guerra al gobierno de Roma. Las demás repúblicas latinoamericanas, a excepción de Chile y de Argentina, sólo interrumpieron las relaciones diplomáticas. Como las autoridades italianas ya estaban desengañadas sobre la capacidad de los estados latinoamericanos de desarrollar una política independiente de Norteamérica, el ministro de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, acogió semejantes declaraciones con fatalismo; él mismo, en sus *Diarios,* apuntó la reacción más enfadada de Mussolini al respecto.

Pocos meses más tarde, dos de los estados que habían cortado las relaciones entraron en guerra con Italia: México (mayo de 1942) y Brasil (agosto 1942); Chile, por su parte, rompió las relaciones en enero de 1943. Así que, de las 20 repúblicas latinoamericanas, sólo la Argentina siguió conservando siempre normales relaciones con el Reino de Italia (el gobierno de Buenos Aires entregó una teórica declaración de guerra sólo a Japón y a Alemania a finales de marzo de 1945). Los intereses italianos en 13 estados al sur del Río Grande quedaron confiados, hasta 1945, al gobierno de España y, en seis países, al de Suiza.

El estado de guerra o la interrupción del enlace con los gobiernos de la casi totalidad de América determinó la parálisis del comercio y de las comunicaciones, la confiscación de buques y propiedades, etc.; en algún que otro país, por ejemplo en México, los italianos sufrieron alguna medida de prevención, pero en ningún caso nuestras comunidades en el Nuevo Mundo tuvieron que sufrir

los sacrificios impuestos, por el contrario, a los inmigrados japoneses. Lo que ocurrió en el verano de 1943, esto es, el encarcelamiento temporal de Mussolini, la rendición de Italia a los aliados, y luego la división de la península tuvo que conmover a los italianos emigrados, pero, por lo menos, en cuanto a lo que se refiere a América Latina, estamos muy poco enterados de cómo se vivieron allá aquellos dramáticos acontecimientos.

Al igual que pasó en la mayoría de las embajadas italianas existentes en los estados neutrales —por ejemplo, en la España del general Francisco Franco—, también en Buenos Aires el personal diplomático se mantuvo fiel al rey Víctor Manuel III. Precisamente a través de sus representantes en Buenos Aires, Madrid, Lisboa, Berna, etc., el Ministerio de Asuntos Exteriores del gobierno monárquico italiano —residente primero en ciudades del sur y, desde junio de 1944, en Roma— realizó sondeos para reanudar relaciones formales con América Latina.

Las positivas reacciones encontradas —incluso en países como Brasil, el único de Latinoamérica cuyas fuerzas armadas participaban en la campaña de Italia con un cuerpo expedicionario de 25.000 hombres— estimuló a continuar la acción diplomática. Oportunamente presionado, el Departamento de Estado norteamericano permitió que 19 repúblicas (todas menos la Argentina, entonces considerada sospechosa por sus simpatías con el Eje y que, de todos modos, seguía conservando relaciones con Roma), firmaran en octubre de 1944 un documento común expresando la intención de volver a estrechar relaciones diplomáticas con Italia. Dieciséis estados se pusieron en contacto con el gobierno italiano para llevar a la práctica inmediatamente la resolución (México nombró un encargado de negocios; Perú un embajador, etc.); sólo hubo cierta demora en solucionar los problemas existentes con Bolivia, Guatemala y Haití (este último país también en los años siguientes se mostró menos favorable a Italia que las demás repúblicas americanas). Sin embargo, por la dificultad de comunicar con el otro hemisferio y por la tremenda situación financiera los nuevos representantes italianos tardaron en llegar a América hasta la mitad de 1945.

Por la inexplicable decisión del gobierno del general Franco de no seguir protegiendo los intereses italianos, éstos, en muchos

estados del continente, fueron confiados desde junio de 1945 —situación diplomáticamente anómala— a los mismos gobiernos de los países en que aquellos intereses se encontraban, o quedaron en el aire. Con algún esfuerzo, sin embargo, la situación mejoró rápidamente.

VI

LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Las vías diplomáticas en América Latina

Hemos visto lo rápida que fue la normalización de las relaciones diplomáticas con América Latina, incluso antes de que terminara el conflicto. Estas repúblicas fueron generosas con Italia también en el siguiente período, así como ingentes fueron los socorros materiales dispuestos por las comunidades de emigrados, en contestación a la invocación enviada a los compatriotas de las dos Américas por los ministros de Asuntos Exteriores italianos en 1946: sólo la penuria de barcos nacionales (la flota mercante se había reducido a una décima parte respecto a 1939) impidió un inmediato transporte de las ayudas de Latinoamérica.

La reapertura de consulados, legaciones y embajadas trajo consigo, desde luego, el problema de definir nuevamente la política de Italia para con Latinoamérica. Puede anticiparse que, en conjunto, muchas de las viejas perspectivas permanecieron en el nuevo enfoque. En las instrucciones preparadas en julio de 1945 por el Ministerio de Asuntos Exteriores para los jefes de las misiones diplomáticas que iban a salir para Iberoamérica, por ejemplo, se afirmaba que la nueva Italia democrática quería prescindir de la retórica que en el pasado había dominado la conducta oficial. A pesar de eso, el documento presentaba un insistente panegírico de la latinidad: no se trataba, eso sí, de la exaltación anacrónica de la romanidad imperial de la que había dado muestra el fascismo, pero era siempre una categoría más bien borrosa e ideológicamente ambigua la que venía puesta como piedra de toque de toda una política. En el documento citado

quedaba escrito que había que volver a la verdadera esencia de la latinidad porque en ésta cabía una de las más grandes categorías históricas de la humanidad, y su tradición universal y universalística llevaba a hermanar a los pueblos; así pues, valorar la latinidad, aquende y allende el Atlántico, era la tarea de la nueva Italia, etc.

Hay que decir que no sólo el gobierno italiano hizo entonces hincapié en la latinidad: Francia, a la que se debía, en la época del emperador Napoleón III, la definición de América Latina, desarrollaba en aquellos años la misma política para salir de su ocaso como potencia militar, y para dar a su política exterior un fundamento cultural más amplio. España, por su parte, a pesar de que la derrota del Eje quitase mucha fuerza a la doctrina de la hispanidad elaborada después de la guerra civil, siguió confiando en su anterior política. Los países latinos de Europa buscarían en los años siguientes un entendimiento entre ellos para ponerse como bisagra entre los anglosajones y los eslavos y para, quizá, constituir un «bloque latino» atrayendo a los estados de Centroamérica y Sudamérica. Sin embargo, a pesar de las organizaciones constituidas, el proyecto no pasó de ser una iniciativa veleidosa y —como se verá más adelante— no faltaron acusadas competencias entre Italia y España en Hispanoamérica sobre este asunto.

La evocación del tema de la latinidad ocultaba, en efecto, a veces, cierta hostilidad al mundo anglosajón, por razones tanto políticas y culturales como religiosas. Esto se detectaba también en la insistente valoración que se hacía —en los documentos de la diplomacia italiana, española, etc., de la época— del papado. Semejante desconfianza y hostilidad para con el poderío anglosajón —tanto de Gran Bretaña como de los Estados Unidos— se encuentra en las instrucciones, ya citadas, para los diplomáticos italianos que se dirigían a América Latina en 1945. Allí se subrayaba, en efecto, el gran poderío —económico, político y militar— que los norteamericanos habían conseguido al sur del Río Grande durante la guerra, poderío del que ya algunos estaban hartos; por eso, la vuelta de Italia a Latinoamérica podía ofrecer a aquellas tierras la posibilidad de salir gradualmente de la esfera anglosajona para volver a su matriz latina y católica. No se ocultaba el intento de ganarse las simpatías de los latinoamericanos poco amigos de los vecinos del norte y de los que empezaban a darse cuenta de que, acabada la amenaza

del Pacto Tripartito, los Estados Unidos volverían a tener una conducta conflictiva con las demás tierras del hemisferio occidental.

El Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, sin embargo, no tardó en darse cuenta de lo veleidosa que era semejante postura y al poco tiempo, frente al creciente enfrentamiento mundial de la «guerra fría», puso punto final a toda ilusión de «competir» con los Estados Unidos desarrollando en América Latina una política capaz de atraer a los que, por una razón u otra, discrepaban de Washington. Esto se vio muy bien durante el viaje político-diplomático que hicieron a Sudamérica dos representantes del gobierno de Roma y la evaluación italiana del fenómeno peronista. Antes de examinar esta cuestión, hay que contar la gran ayuda que los estados latinoamericanos dieron al gobierno italiano en las Naciones Unidas, cuando se discutió el tratado de paz y cuando se revisó el mismo.

Se debe hacer hincapié en el hecho de que, recién acabada la guerra y reorganizada la política internacional a través de la Organización de las Naciones Unidas, el «bloque» latinoamericano era muy apetecido, por lo importantes que eran los 20 votos de éste, a menudo decisivos en una asamblea tan pequeña como era entonces la de la ONU. La diplomacia italiana intentó inmediatamente aprovecharse de la posibilidad de jugar con semejante baza, y se puede decir que los estados latinoamericanos, en conjunto, hicieron casi todo lo posible para complacerla. Ya en la conferencia de San Francisco (abril-junio de 1945), la embajada italiana en Washington pidió que los representantes latinoamericanos se interesaran amablemente por todo lo que se relacionara con la península; lo mismo se hizo, en julio siguiente en vísperas de la conferencia de Postdam, con el fin de que los amigos de Latinoamérica se comprometiesen para que Italia obtuviera una paz «justa».

A pesar de que Italia en 1947 sufrió ciertas amputaciones territoriales en sus confines, perdió todas las colonias africanas, etc., los estados iberoamericanos hicieron todo lo posible. En los años inmediatamente siguientes, éstos continuaron apoyando los intentos nacionales de revisar el tratado de paz, lo que permitió volver a obtener de la ONU en 1950 la administración de la antigua colonia de Somalia, y en 1954 solucionar la cuestión de Trieste. Sólo Haití se opuso, por razones de solidaridad racial, a los intentos italianos de recuperar los territorios en África.

La ayuda diplomática prestada por los estados latinoamericanos fue agradecida por el gobierno de Roma particularmente en 1948-1949, cuando se firmaron una serie de tratados de amistad y colaboración con muchas repúblicas (con Argentina en diciembre de 1948, con Chile en marzo de 1949, etc.).

Ya se han mencionado las críticas por la actitud de los Estados Unidos hacia Latinoamérica que se encuentran en la correspondencia diplomática italiana del período inmediatamente posteior al conflicto. Allí se hallaría la base sobre la que construir, quizás, una postura neutralista italiana en política internacional, hecho que, al contrario, no se realizó. Hay que decir que la única alternativa posible a la alianza con los Estados Unidos contra la Unión Soviética era, para el gobierno de Roma, la formación de un bloque de neutrales que se comprometiese en impedir que la situación internacional empeorase aún más. Exactamente éste fue el veleidoso y no siempre coincidente programa de la diplomacia de Francisco Franco y de Juan Domingo Perón. El contenido latino y católico del «eje hispano-argentino» de esos años, abierto en potencia a otras fuerzas y estados conservadores (Santa Sede, Portugal, Irlanda, los demás países latinoamericanos, etc.), teóricamente habría podido interesar a la Italia recién salida de las decisivas elecciones populares de abril de 1948 con una aplastante mayoría demócrata-cristiana. Sin embargo, la debilidad económica y militar de semejante eje era manifiesta, y no ofrecía ninguna garantía a un país como Italia que, incluso después de la ruptura entre Yugoslavia y la Unión Soviética, se encontraba entre los primeros objetivos de un posible ataque armado del bloque oriental. Además, la convergencia entre España y Argentina, más que en un sólido programa ideal y económico, parecía fundarse, a pesar de la retórica, en circunstancias excepcionales y transitorias, esto es, la semejante situación de rechazo internacional (completo, o casi, contra España; parcial contra Argentina) en que los dos estados se encontraban.

No obstante las acusadas semejanzas que podían encontrarse en la actuación diplomática de Italia y de España en el período, en relación con Hispanoamérica —llamamiento a la herencia étnica y a los lazos culturales existentes allende el océano para obtener algún socorro en el difícil trance en que ambos países se encontraban—, el caso italiano era muy diferente. Sumarse a la promoción de un

bloque de pretendidos neutrales —la «tercera posición» de la que hablaba el peronismo— habría sido posible si los gobernantes italianos hubieran reflejado mejor el ideario y los valores de cierto catolicismo anterior a la Segunda Guerra Mundial. No fue así, pues sólo una minoría de los demócrata-cristianos italianos siguieron mostrando alguna animadversión contra los anglosajones y el mundo protestante, y pensaron en hipótesis de «tercera fuerza», de «bloque católico», etc. Además, Alcide de Gasperi, presidente de gobierno de 1945 a 1953 —en coaliciones en las que sólo hasta 1947 participaron también socialistas y comunistas— quiso que los pequeños partidos centristas de orientación no religiosa compartiesen las responsabilidades de gobierno, aunque en la Cámara de los Diputados la Democracia Cristiana tuviera la mayoría absoluta. Como algunos de esos partidos eran muy amigos de los norteamericanos y otros muy enemigos de todo lo que supiese a dictadura ibérica o iberoamericana, se explica la imposibilidad de cualquier intento de acercar a Italia a una convergencia internacional caracterizada políticamente por un tinte católico conservador y por algún que otro capricho antiyanqui.

En efecto, el mismo importante diplomático que en 1945 se había expresado contra el predominio estadounidense en Latinoamérica, es decir, Vittorio Zoppi, a finales de 1948 aclaraba que Roma no podía ni quería hacer nada para oponerse a los deseos de Washington en el hemisferio occidental. En 1949, los jefes de la misión extraordinaria italiana en Sudamérica a la que ya hemos aludido —el vicepresidente del Senado, Salvatore Aldisio, y el subsecretario de Asuntos Exteriores, Giuseppe Brusasca— escribían, al término de la gira, que, conforme a las instrucciones, se habían desentendido de toda queja antiyanqui hecha por los latinoamericanos y que habían rechazado cualquier ofrecimiento de convergencias políticas o económicas apoyadas en hipótesis de «tercera fuerza», «bloque latino», «sociedad de las naciones católicas», etc. Nuestro embajador en México escribió que allí se necesitaba que los Estados Unidos se interesasen más y con mayor continuidad por las repúblicas sureñas del continente, y no menos, como quería al contrario cierto nacionalismo equivocado. Lo que ofreció entonces Italia a los gobiernos latinoamericanos fue una cooperación económica triangular que supiese aprovechar las materias primas locales, los capitales norteamericanos y el trabajo italiano.

Lo que acabamos de escribir nos introduce, pues, en otro tema importantísimo de la política italiana hacia las Américas después del conflicto: el de la emigración. Si el Ministerio de Asuntos Exteriores y la gran mayoría del país fueron favorables a permitir otra vez el éxodo después de la parcial autarquía del período fascista, en el gobierno de gran coalición existente en Roma hasta 1947 había orientaciones no unánimes debido a la suspicacia de las izquierdas (véase el apartado siguiente). Frente a la limitada disponibilidad de los Estados Unidos, fueron los países del sur (y posteriormente Canadá) los que mostraron mayor interés en el asunto, tanto que ya en 1945 habían llegado ofrecimientos directos de Venezuela, Perú, Costa Rica, Ecuador, Argentina, México, Uruguay y, de manera indirecta, de Brasil y Colombia.

Un ejemplo concreto de percepción de lo americano: la Argentina de Perón

Como ya había sucedido durante la Segunda Guerra Mundial, al finalizar los combates, Italia encontró apoyo en la República Argentina. Pudo recuperar ocho de los buques nacionales vendidos en 1941 al gobierno de Buenos Aires con contrato de retroventa; a través del Banco de Nápoles pudo llegar a la península trigo argentino. Además, los vecinos de nacionalidad italiana en el país del Plata no tuvieron que sufrir ninguna de las limitaciones económicas y políticas que se levantaron, en cambio, después de Pearl Harbor, en casi todas las demás repúblicas americanas.

Lo que hemos comentado favoreció cierta continuidad político-ideológica y patriótica dentro de la comunidad emigrada, hecho que terminó por preocupar a las cumbres de la diplomacia italiana ya en mayo de 1945, pues éstas subrayaban cómo nuestros representantes en Argentina, y en otros países latinoamericanos, habían señalado que si una parte de los emigrados habían aceptado al nuevo régimen democrático establecido en la madre patria, otros parecían aún adictos a «antiguas y equivocadas ideologías». En los años siguientes, la actividad de los grupos del neofascismo italiano en Argentina (los herederos del *Fascio* y del *Dopolavoro* se llamaron al comienzo *Consociazione italiana*) siguió recibiendo atención por parte de los cónsu-

les y embajadores, aunque el problema no se plantease nunca de manera exhaustiva. Influyeron en esto muchas causas, entre ellas, quizá, cierto malestar psicológico por los éxitos patrióticos conseguidos en el pasado por Mussolini. En realidad, como la historiografía no se ha ocupado de ese aspecto, sabemos muy poco acerca de la persistencia de las simpatías hacia el *Duce* dentro de la comunidad emigrada y, tema aún más interesante, sobre el flujo de antiguos fascistas que se fueron al Plata después de 1945, precisamente porque Argentina parecía ofrecer buenas garantías. Podemos recordar, por dar sólo algunas noticias, que el comandante del buque de entrenamiento de la armada italiana *Amerigo Vespucci,* en el informe redactado después de la visita efectuada a Buenos Aires en 1953, escribía que el partido neofascista italiano era muy fuerte en Argentina, y que el gobierno de Perón le daba un apoyo concreto aunque no oficial; incluso la tripulación del barco había sido invitada a comer y bailar en la sede del *Movimento Sociale Italiano,* esto es, en la sección local del partido neofascista. En otro informe del mismo año, redactado por el delegado de gobierno del transatlántico *Giulio Cesare,* se lee que de la prensa italiana en la Argentina, la de orientación neofascista era, con mucho, la más leída. En 1955, una revista de derechas llegó a acreditar que un millón o más de *fascisti* italianos habían encontrado en Argentina un trabajo decente y que algunos de ellos ocupaban, incluso, altos cargos.

Hay que añadir que muy pronto las autoridades consulares y diplomáticas italianas despreciaron a los militantes antifascistas nacionales residentes en el Plata. Estos últimos, por sus características —pervivencia allá de muchos partidarios de la masonería, de anarquistas, etc.—, se encontraban cada día más alejados de la sensibilidad política de la península, tanto de la de los ambientes gubernamentales, como de la existente en la oposición. Así pues, las capas politizadas de la comunidad italiana en el Plata, fueran de derechas o de izquierdas, se encontraban desfasadas respecto a la evolución política de la madre patria y poco en consonancia con ella. Esto, que confirmaba el carácter rezagado de todo grupo emigrado, no dejó de tener consecuencias ya que la nueva Italia democrática manifestó siempre tener dificultades para relacionarse con los emigrados. Este hecho se detecta muy bien en la prensa italiana de la época y directamente allá, en las acusadas desavenencias que hubo entre los

nuevos emigrantes —los que cruzaron el océano después de 1946— y los antiguos.

En relación con el régimen político existente entonces en Argentina, los juicios de los diplomáticos italianos no fueron, por lo general, halagadores. Por las razones ya dichas, y también por su alto origen social y su tendencia política moderada, la mayoría de aquellas autoridades se expresaron en términos críticos acerca de la política obrera del presidente Perón. En muchos informes diplomáticos —y aun en parte de la literatura italiana del período sobre la Argentina— se comenta que la emancipación del obrero y del peón argentinos, aunque deseable, había sido demasiado radical y demasiado rápida. Más que las disposiciones a favor de los sindicatos, etc., se puso de relieve la demagogia y las ambigüedades del peronismo, tanto en lo económico como en los asuntos internacionales.

Estaban, antes que nada, las tergiversaciones de Perón hacia el Pacto Atlántico, la Unión Soviética y la posibilidad de una nueva guerra mundial. Puede recordarse que algunos acusaban al presidente argentino de querer aprovecharse, política y económicamente, de la tensión internacional: el mismo Agostino Rocca, el emigrado italiano que fue el artífice en Argentina de la gran empresa Techint —uno de los mejores ejemplos de la capacidad empresarial nacional— escribió que Perón deseaba que estallase el conflicto entre las grandes potencias. Cuando se estipuló el protocolo de amistad y colaboración italo-argentino, en diciembre de 1948, la diplomacia de Roma rechazó el texto, demasiado comprometedor, propuesto por Buenos Aires, que preveía consultas y socorro económico mutuo en caso de agresión.

Sin embargo, el gobierno italiano pudo por lo general contar con el respaldo de la diplomacia argentina para satisfacer los contenciosos dejados por la guerra. No hay que olvidar la simpatía con que la prensa argentina dio cuenta, por ejemplo, de los esfuerzos italianos para recuperar la ciudad de Trieste. Más importante, social y económicamente, fue el asunto de la emigración.

Ya en 1945 el gobierno de Buenos Aires, junto con otros estados latinoamericanos, se había declarado dispuesto a acoger a un buen número de emigrantes italianos. El Ministerio de Asuntos Exteriores acogió la proposición aunque supeditó el éxodo a acuerdos bilaterales que garantizasen condiciones de trabajo equitativas y

de democracia. Esta emigración, cuantitativamente no despreciable (entre 1946 y 1955, casi 360.000 salidas, contra 74.000 que regresaron a Italia), se desarrolló dentro del marco de los acuerdos italo-argentinos firmados en febrero de 1947 y en junio de 1952. Mucho se podría contar sobre el tema, pero nos limitaremos a indicar lo compleja que, según parece, fue la estipulación de los acuerdos de 1947, por la oposición a los mismos, en Italia, de los partidos de la izquierda marxista y del más importante sindicato, la *Confederazione Generale Italiana del Lavoro* (CGIL), entonces todavía unitario. Este último se mostró más bien perplejo en 1946-1947 ante el problema general de la emigración: a pesar de que la componente comunista del sindicato se resistió mucho a aceptar semejante manera de resolver el paro, se dijo que el acuerdo podía aceptarse si existiesen tutelas y garantías y si la CGIL tuviera la posibilidad de colaborar con las organizaciones sindicales de los países de destino. Esta condición planteaba en Argentina evidentes problemas político-ideológicos, dada la orientación del justicialismo. Por eso parece que la CGIL estorbó la firma de los acuerdos italo-argentinos; sólo después de un ruidoso mitin de protesta celebrado en Roma por la muchedumbre que quería emigrar al país del Plata, se concertaron los acuerdos. En la época, a los comunistas italianos se los acusó de oponerse a la emigración, y más a la emigración transoceánica hacia un país tildado de «fascista», porque abrir esa válvula de escape significaría aligerar el malestar económico y social y, por ende, alejar la ocasión revolucionaria. La siguiente ruptura de la unidad sindical en Italia —consecuencia del cambio de la alianza gubernamental y de la «guerra fría»— determinó que la actitud sobre la emigración se ideologizase aún más y se estableciese un enlace entre las cumbres políticas a ambos lados del Atlántico.

Los nuevos acuerdos intergubernamentales entre Roma y Buenos Aires de 1952 decidieron la oportunidad migratoria de medio millón de campesinos italianos. A pesar de la momentánea mejoría de la economía de Occidente que trajo consigo el conflicto de Corea, en Argentina ya había entonces cierta crisis económica. Teniendo en cuenta que en muchas reclamaciones oficiales italianas de aquellos años se criticaban las condiciones del mercado de trabajo, y que fueron numerosas las quejas de los emigrados, no se puede dejar de subrayar la demagogia de aquellos acuerdos. Muchos testi-

monios revelan las causas que empezaron a empujar a los recién emigrados a volver a su patria: poco trabajo, escaso poder adquisitivo de los sueldos, imposibilidad de enviar dinero a Italia, diversidad de la vida americana y —elemento al cual ya se ha aludido— el barranco de incomprensión, y quizá, la hostilidad, que había entre los viejos y los nuevos emigrados.

Interesante es también la postura adoptada sobre el problema de la ciudadanía. Inmediatamente después de finalizar el conflicto mundial, hubo una decidida inversión de ruta frente a la política fascista de defensa de la nacionalidad de los italianos emigrados. Sin embargo, el tema no se meditó suficientemente, tanto que la tentativa argentina de la primavera de 1955 de constituir un movimiento peronista de extranjeros, dirigido a favorecer la naturalización de los inmigrados, cogió por sorpresa al Ministerio de Asuntos Exteriores italiano. Hubo discusiones en el interior y el subsecretario del Ministerio, que había visitado el país del Plata, dijo que el deseo de la mayoría de los inmigrados era conseguir la ciudadanía argentina sin perder la de Italia; como la legislación italiana de 1912 no permitía la doble ciudadanía, se pensó en cambiar la ley, pero nadie quería que un asunto tan vidrioso se discutiese en el Parlamento de Roma; además, parecía más útil a los intereses nacionales tener influyentes ciudadanos argentinos de origen italiano que unos italianos que seguían asidos a su condición de extranjeros. La sucesiva caída de Perón solucionó de momento el asunto, por lo que no se tomó ninguna decisión o, más bien, se tomó la de hacer la vista gorda. De esta manera, gran parte de los italianos emigrados en el Plata, y en otros países de América, gozaron *de facto,* y no de derecho, de una doble ciudadanía, porque el estado italiano casi nunca los borraba de su registro civil y seguía dándoles pasaportes a pesar de que tuviesen también el documento argentino (sólo en 1971, y únicamente con Argentina, el gobierno de Roma firmó un tratado de doble ciudadanía). En 1956, la embajada italiana en Buenos Aires propuso limitar la emigración.

Falta ahora averiguar qué se decía de Argentina en la prensa italiana de la época. Ciertas tintas negras que ofrecía la imagen del país del Plata en la Italia de la posguerra se deben —es fácil detectarlo— a una razón muy sencilla. Perón tenía algo de Mussolini, y su régimen poseía unos caracteres parecidos a los del fascismo: esto explica

las críticas de la prensa italiana. Ni siquiera en los grandes diarios y revistas moderados, que dominaron el panorama editorial del período, se encuentra cierto aprecio. También *Il Corriere della Sera,* el máximo diario italiano, consideraba a Perón un dictador que había hecho algo a favor del pueblo más bajo, pero sólo porque le convenía a él, porque necesitaba una palanca de nuevo cuño para adueñarse del poder. El bienestar de los argentinos —se escribía— a Perón no le importaba gran cosa: lo que le venía bien era tener un arma poderosa contra la antigua oligarquía y contra las tentaciones políticas de las fuerzas armadas. También Evita sale bastante mal parada: por su ambición, por la cursilería de algunos actos y posturas, etc. Pero, quizá, lo que llama la atención, aún más que las críticas, es el escaso número de artículos dedicados al tema argentino a lo largo de toda una década; los reportajes se animan, huelga decirlo, sólo con ocasión de la muerte de Evita y de la crisis final del régimen. Se llega, pues, casi a una paradoja: a los lectores italianos se les dice continuamente que Perón es un dictador, pero muy pocas veces se les explica de manera cabal por qué.

Desde luego, una favorable apreciación del peronismo se encuentra por parte de la extrema derecha italiana; igualmente, gran parte de la prensa de inspiración católica daba un juicio positivo, excepto, como es natural, en el último período, cuando el presidente se volvió contra la Iglesia: entonces el tono cambió de repente y se publicaron noticias sobre aspectos del régimen que antes se habían callado, como el dominio de la censura, la abundancia, en el sindicato peronista y entre las supremas autoridades, de masones y, también, de marxistas, etc. Huelga decir lo negativo que era el juicio pronunciado por las izquierdas, tanto de inspiración marxista como radical burguesa. La prensa comunista, no obstante, reconoció que Perón había mejorado la condición del proletariado argentino: la satisfacción por la caída del dictador en 1955 se tiñó de preocupación porque —se escribía— los cuarteleros que habían derrocado al «líder máximo» cuidarían de la libertad del pueblo todavía menos que aquél. Sorprende, en la prensa socialista nacional, la completa ausencia de informaciones sobre la suerte del antiguo partido socialista argentino, a pesar de que militantes italianos de buena categoría —como Rodolfo Mondolfo y muchos otros— habían vivido en el país. Lo mismo —con la excepción de neofascistas y comunistas—

pasa con las demás fuerzas políticas italianas, que no demuestran interesarse por sus homólogos extranjeros. Se confirma la impresión, pues, de que lo que ocurría en Argentina, y más aún en los demás países de Latinoamérica, era algo ajeno. Parece indudable que si Italia y Argentina se mostraron más bien desconectadas entre 1945 y 1955, no oficialmente pero sí por el clima ideológico-político dominante, mucho se debía al haber salido la península de una experiencia autoritaria, tanto que Perón no podía encontrar grandes simpatías. Sin embargo, cuando la Argentina volvió a la democracia parlamentaria a finales de los años cincuenta, no hubo un cambio significativo en las relaciones ni en la percepción de la prensa.

Hay que señalar, una vez más, que la visión del mundo de los partidos y sindicatos en la Italia salida de la guerra abarcaba, más allá de los asuntos nacionales, sólo Europa, los Estados Unidos y la Unión Soviética. La voluntad y la capacidad de planear novedosos proyectos políticos y económicos no pasó de las fronteras europeas, y la nueva oleada de emigración hacia el Plata no se desarrolló dentro de marco ideal alguno.

La nueva hegemonía de los Estados Unidos

La derrota militar sufrida en la Segunda Guerra Mundial significó para Italia el fin de una época de política exterior independiente y pronto —igual que la mayor parte de las naciones de Europa occidental— tuvo que aceptar el paraguas estadounidense. Esto se hizo evidente después de alguna que otra oscilación a la que hemos aludido rápidamente arriba. La cuestión se solucionó, por una parte, cuando los Estados Unidos decidieron no dejar a Gran Bretaña el control del Mediterráneo y dirigir directamente la reconstrucción económica y política de Europa occidental; por otra, cuando las fuerzas moderadas de la Democracia Cristiana, del Partido Republicano y del Partido Liberal (posteriormente, también de los socialdemócratas) consideraron a Washington como la necesaria brújula de su quehacer político (influyó bastante también la análoga elección realizada por el Vaticano).

Solucionado de una manera satisfactoria el problema institucional (referéndum y proclamación de la república en junio de 1946), la

alianza italo-estadounidense fue afianzada fuertemente por la acción del ya citado Alcide de Gasperi, jefe de gobierno, por el conde Carlo Sforza, que sucedió en 1947 a De Gasperi como ministro de Asuntos Exteriores, y por Alberto Tarchiani, activísimo embajador italiano en Washington. Más que las armas de Norteamérica, fueron sus socorros económicos, frente a las incógnitas de la aplicación en la península del modelo soviético, los que movilizaron a la mayoría de los ciudadanos en favor de una solución moderada preconizada por el partido de la Democracia Cristiana. Al triunfo centrista y filoccidental conseguido en las votaciones del 18 de abril de 1948 contribuyó también la Little Italy de Manhattan y las comunidades italianas establecidas en Nueva York y en las demás ciudades de los Estados Unidos. Los antiguos emigrados contrastaron poderosamente la atracción ejercida por el cartel electoral socialcomunista inundando su país de origen con cartas en las que advertían a parientes y amigos, antes de la prueba electoral, del peligro en que se metían y en las cuales garantizaban, al mismo tiempo, la continuación de las ayudas económicas y militares de América.

En los años siguientes, Italia sería uno de los más fieles aliados de los Estados Unidos en la OTAN—creada en 1949 y de la que Italia fue miembro fundador— y también en la ONU, después de ser admitida en ella (1955). Más autónoma se mostró la diplomacia de Roma en relación al proceso de construcción de la unidad europea; análogamente, algunas personalidades intentaron actuar de manera independiente de los potentados económicos norteamericanos en la cuestión del petróleo árabe, pero estos intentos tuvieron al fin que moderarse mucho; lo mismo ocurrió con recurrentes veleidades nacionales de llevar a cabo una política propia en el Mediterráneo.

Desde finales de la década de los sesenta, hasta 1980 más o menos, la acentuada politización italiana del período se dirigió a pintar a los Estados Unidos casi como al diablo (eran los años de la intervención en Vietnam, de los desórdenes raciales en los barrios negros, etc.). En la década posterior la tendencia se ha invertido y los *mass media* —lo que testimonia la falta de madurez y de equilibrio que abarca a éste y a muchos otros sectores de la sociedad italiana actual— se han puesto a exaltar los aspectos más discutibles del *american way of life.* No es una paradoja, sino un preciso acto de desarrollo histórico, el que Italia esté hoy más americanizada que hace

casi medio siglo, cuando se encontraba destruida y bajo la ocupación militar de los aliados.

Al igual que en la economía y que en los más diferentes sectores, esto ha tenido grandes repercusiones en la cultura, tema que sería muy largo de examinar aquí. Sólo aludiremos a las importantes consecuencias —no todas positivas— de la introducción de la cultura sociológica elaborada en Norteamérica, iniciativa que tuvo al comienzo una inspiración ético-política ya que veía esta operación científica como un medio de modernizar la península. Otro ejemplo, más basto, que se puede señalar es la fuerte promoción del inglés y la sustitución progresiva del francés en la enseñanza escolar y como lengua de intercambio. Si éste es un fenómeno mundial, hay que decir que Italia no ha sabido proteger mínimamente su lengua y su especificidad cultural de la pujante fuerza angloamericana, porque —y hablamos no abogando por ningún excesivo purismo lingüístico— tanto la clase presuntamente rectora como la gente común ni siquiera advierten el problema. En esto, se puede decir, los italianos estamos más cerca de los hispanoamericanos —con su alegre desparpajo frente a la cotidiana contaminación del idioma español a través de los anglicismos— que de otras naciones europeas más conscientes.

De la condición de los italoamericanos hoy —de sus preferencias políticas o de los pocos representantes que, a pesar de su importancia numérica, siempre tuvieron en las asambleas parlamentarias, etc.— se pueden encontrar más detalles en la segunda parte de este volumen. Añadiremos sólo unas noticias, por lo poco conocida que es, sobre la «rebelión» que parte de esa minoría desarrolló a partir de 1970 para conseguir de una vez que no se continuara tildando de mafiosos a todos los que tenían un apellido italiano. Lo que se hizo fue en gran medida una respuesta de masas a la novela y a la película *El Padrino* que, como ninguna otra, había hecho pública, a través de la figura de Vito Corleone, la criminalidad de origen siciliano. En junio de 1970 hubo una gran manifestación bajo la estatua de Colón en Nueva York. Varias decenas de italoamericanos se congregaron con pancartas y banderas italianas y estadounidenses, muchas tiendas cerraron, los descargadores paralizaron la actividad del puerto y, por último, los manifestantes marcharon hasta la sede del FBI, esto es, la Agencia Federal de Investigación Criminal,

donde Joseph Colombo, el promotor del mitin y uno de los prohombres de la comunidad de la ciudad, habló a la muchedumbre y a la policía. Ese mismo año el Departamento de Justicia Federal borró de su vocabulario palabras como *mafia* y *cosa nostra*. Lo acaecido puede leerse de diferentes maneras, según demos más o menos crédito a los indicios que atestiguan que eran mafiosos los que manejaron a una muchedumbre que se había congregado de buena fe. En efecto, posteriormente, Joseph Colombo fue detenido por el FBI al sospecharse que era el jefe de un cartel de seis «familias» criminales que controlaban el *racket* portuario, juegos de azar, etc., en Brooklyn; un año después él mismo fue malherido a balazos. Si bien es indudable que la mayor parte de los italoamericanos (5.000 agentes de este origen pertenecen a la policía de Nueva York) no tiene nada que ver con la mafia, carece, en cambio, de sentido negar, como parece haber intentado hacer la manifestación arriba descrita, que la criminalidad italoamericana, con fuertes enlaces en Sicilia y en otros sitios, sea toda una invención y una mentira.

Los enfrentamientos actuales de los italoamericanos pobres con los negros y, en menor medida, con otros grupos étnicos en Nueva York y en otras partes de las megalópolis de los Estados Unidos es otro aspecto que no se puede callar: lo que parece demostrar que el pretendido *melting pot* norteamericano —es decir, el crisol en que todas las razas se fundirían homogeneizándose— no era sino un sueño iluminista.

Poco hay que decir sobre las relaciones con Canadá. El proceso de su total independización de Gran Bretaña, las dificultades federales entre los francófonos de Quebec y la mayoría anglosajona, y la aplicación de la política del «multiculturalismo» (véase la segunda parte del presente libro) han recibido poca atención en Italia. Sin embargo, gracias a la creciente emigración nacional a Toronto y a otras partes de Canadá en la posguerra, el conocimiento recíproco no es tan escaso como antes.

En relación todavía con el tema de la criminalidad, en los últimos años desafortunadamente se ha visto que ésta no se limita a los Estados Unidos, sino que, a través del creciente comercio de la droga, la mafia tiene importantes conexiones también en Canadá y Latinoamérica. Estos enlaces, por si fuera necesario, han sido confirmados por la detención en 1922 de los tres hermanos sicilianos

Cuntrera, quienes a partir de 1970, y durante sucesivas estadías en Brasil, Canadá y Venezuela, habían logrado llevar a cabo un orgánico y sofisticado sistema financiero para «limpiar» las ganancias de numerosas familias mafiosas. Como ocurre en la misma Italia, parece que en muchos países los delincuentes han gozado de buenas protecciones, ya que las autoridades de Caracas, por ejemplo, se negaron tres veces durante la última década a conceder la extradición y sólo en septiembre de 1992 enviaron a los Cuntrera a Italia.

EL CINE, GRAN ESPEJO DE COSTUMBRES

El cine italiano tuvo su mejor momento a partir de la época neorrealista. Películas como *Paisá* de Roberto Rossellini (1947), *Ladrón de bicicletas* de Vittorio de Sica (1948) y muchas otras constituían una categoría de cine que nada tenía que ver con América: poco apreciada, también por razones políticas, en los Estados Unidos, tuvo mejor resonancia en América Latina.

Al otro lado del Atlántico fueron algunos actores y directores italianos en la década de los cincuenta. Los que llegaron a Norteamérica (Vittorio Gassman, Rossano Brazzi, Alida Valli, etc.) se encontraron con un desencanto semejante al de sus predecesores; mejor les fue a los que se dirigieron más al sur —Adolfo Celi y Luciano Salce a Brasil, Galeazzo Benti a Venezuela, Marco Ferreri a México, etc.—, pero todos terminaron por regresar. A finales de aquella década se invirtió el flujo y productores, actores y directores de los Estados Unidos se trasladaron a orillas del Tíber, atraídos por lo barato de Cinecittà, esto es, los *studios* nacionales en la periferia de Roma, y por la *dolce vita.* El fenómeno duró un decenio o poco más. El resultado fueron *situation comedy* a veces billantes (que juntaban, por ejemplo, actores como Gregory Peck y Audrey Hepburn o Gina Lollobrigida y Rock Hudson) y, particularmente, películas de tema histórico como *Cleopatra* (1963).

La percepción de lo americano en la Italia de la posguerra a través del cine se limitó casi exclusivamente al *american way of life.* El tema podría comentarse mucho, pero nos limitaremos a recordar la respuesta nacional a la invasión hollywoodiana, esto es, la sátira que el gran actor cómico Alberto Sordi desarrolló contra las modas y los

mitos que venían de Norteamérica. Marcó un hito el personaje de Nando Mericoni, que apareció por primera vez en *Un giorno in pretura* (1954, que se traduciría como *Un día en el juzgado*) y volvió el mismo año, con más detalles en *Un americano a Roma* (ambas películas fueron rodadas por el director Steno). Se trataba de un romano de las capas populares que charlaba por los codos, enamorado fanáticamente de todo lo estadounidense y que se empeñaba en hablar un inglés imaginario, conducta que quedaba reflejada en la evocación continua de una Kansas City jamás conocida. El personaje de Mericoni, o epígonos suyos muy semejantes al prototipo, volvió a aparecer en la pantalla en posteriores películas de su intérprete, Alberto Sordi, a pesar de que la ingenua y *naïf* exaltación de Norteamérica, pasando los años, ya se había transformado en algo menos inocente y, junto con lo bueno, las peores cosas de la manera de vivir norteamericana se habían afincado en Italia.

Hasta los años setenta fueron prácticamente desconocidos los intentos del cine latinoamericano (y entonces fueron privilegiadas las obras politizadas). Con anterioridad, la imagen de México quedó reducida a lo que aparecía en las obras del director español emigrado Luis Buñuel (ignorada, al contrario, quedó la comicidad de Cantinflas). De Brasil se conoció, más o menos, sólo *Orfeo negro* de Marcel Camus (una coproducción franco-ítalo-brasileña de 1958, en la que el mito de Orfeo y Eurídice volvía a desarrollarse durante el carnaval de Río de Janeiro) y, posteriormente, la interpretación intelectual de los bandoleros del noroeste brasileño —los *cangaceiros*— dada por Glauber Rocha. No es una paradoja afirmar que las películas de Walt Disney dedicadas a celebrar la amistad bélica entre los Estados Unidos y América Latina y la unidad panamericana (*Saludos amigos,* 1943; *Los tres caballeros,* 1945) contribuyeron también a promocionar bastante la imagen de Latinoamérica en la península.

Lo que sorprende, quizás, es la ausencia, en el cine nacional neorrealista, del tema de la emigración transoceánica, que había vuelto a darse de manera significativa desde 1946 y que se dirigía especialmente hacia Argentina y Brasil. Mientras la emigración clandestina a Francia en el período inmediatamente posterior al conflicto tiene su epopeya en una pieza clásica como *Il cammino della speranza* de Pietro Germi (1950), la única película que trata el tema referida a Sudamérica es una muy poco conocida. Se trata de *Emigran-*

tes de 1948 —fíjense en el detalle del título en castellano—, escrita, interpretada y dirigida por Aldo Fabrizi: producida en Argentina, no fue aceptada por la gran distribución en Italia. Una atención ligeramente mejor tuvo la emigración, tal vez para cerrar históricamente el tema, algunos años más tarde, cuando la oleada hacia América estaba acabándose: en efecto, el tema de los italianos en Australia encontró en 1971 una buena película de Luigi Zampa, interpretada por Alberto Sordi, pero nada se rodó sobre Venezuela, etc. Poco antes, sin embargo, el tema argentino había dado la historia cruel y amarga de *El gaucho* (1964), obra de Dino Risi que tuvo poca resonancia a pesar de su calidad y de los actores que intervenían en ella (Vittorio Gassman, Nino Manfredi, Amedeo Nazzari, Silvana Pampanini, etc.). En *El gaucho* se describe la barrera social que separa a los emigrados que tuvieron suerte de los compatriotas fracasados y la inversión de las partes: en la sexta década del siglo Italia era el país rico, aunque de manera efímera. Esta película termina adquiriendo un significado simbólico, de conclusión de la experiencia migratoria nacional y pone punto final a todo un período, aunque la nueva época sea quizás éticamente peor que la anterior.

Más referencias —lo que no sorprende— ha dedicado el cine nacional a la situación de los italianos en Norteamérica. Sin embargo, ni una imagen se ha rodado sobre la experiencia canadiense y, por lo que atañe a los Estados Unidos, la percepción de los italoamericanos por los directores ha sido por lo general bastante negativa, lo que en cierta medida refleja quizá la opinión media nacional, incierta entre la indiferencia y la crítica. La realidad de las conexiones entre las dos orillas del Atlántico de la criminalidad de origen siciliano ha sido analizada, con su habitual manera tragicómica, por Alberto Sordi —notable intérprete de las costumbres nacionales— en *Mafioso* (1962), dirigido por Alberto Lattuada. En la película se cuenta cómo un siciliano, que ha conseguido emanciparse en Turín de ciertas tradicionales malas costumbres, durante una visita a la isla se ve obligado a ir a Nueva York y ejecutar a un desconocido en una barbería, para posteriormente regresar a la vida de siempre en el norte de Italia. Con un tema muy particular de la emigración se ha enfrentado otro importante actor italiano especializado —como los demás antes citados— en la comedia satírica, Ugo Tognazzi. Los intentos, frustrados, de un italiano para quedarse en los Estados

Unidos casándose con una mujer local cualquiera se cuentan en *Una moglie americana* de Gian Luigi Polidoro (1965), película que detecta cierto conocimiento de la sociedad estadounidense y alude a algunos de sus aspectos más o menos tópicos, como el matriarcado.

Volviendo al tema general de la difusión del cine italiano en el Nuevo Mundo, más receptiva en conjunto parece haberse mostrado América Latina, a pesar de preferirse allí las películas italianas de categoría inferior. En Hollywood no han faltado reconocimientos y premios Oscar al cine nacional, incluso en los años más recientes, a pesar de que la crisis de ideas y de calidad de nuestros directores remonte por lo menos a 1980. Sin embargo, las películas italianas han sido en los Estados Unidos más un manjar para capas intelectuales que para el público común.

Cómo y cuánto los italoamericanos se reconozcan a sí mismos en lo que pueden ver de Italia en la gran pantalla, o cómo esto haya modificado la imagen del país al otro lado del océano, es un tema de investigación que queda por hacer. El problema no parece turbar el sueño de los descendientes de italianos en los Estados Unidos, pudiéndose contentar con el hecho de que bastantes actores —Al Pacino, Robert de Niro, Silvester Stallone, John Travolta— y directores —Francis Ford Coppola, Martin Scorsese, etc.—, todos de primera categoría, tienen su origen. Sin embargo, la representación de la mafia tal y como figura en la ya citada película *El Padrino* causó un gran escándalo y sufrió el boicot de una parte de la comunidad italoamericana.

Los intercambios ocurridos durante la experiencia de Cinecittà y, posteriormente, la conclusión de aquella época dorada y ciertos caracteres de la vida pública italiana llevaron a los Estados Unidos, en los años sesenta y setenta, a muchos protagonistas del cine italiano, ya fueran productores como Dino de Laurentiis —realizador allá, antes de su quiebra financiera, de producciones colosales como *King Kong* y *Superman*—, músicos como Mario Nascimbene, Nino Rota, Ennio Morricone, o técnicos de gran valía como Carlo Rambaldi, a quien se debe la realización del muñeco del extraterrestre *E.T.* De entre los directores, quizá sólo Michelangelo Antonioni dio, en 1970, una obra significativa como *Zabriskie Point:* la película, como la mayoría de los productos de aquellos años, fue juzgada como una metáfora de la condición humana y política del país de

los yanquis, porque la politización del período 1968-1980 dejó sus huellas también en la percepción de los Estados Unidos en el cine. Una pronta y casi completa homologación, en lo peor, al modelo norteamericano ha sufrido el director cinematográfico y teatral Franco Zeffirelli, y por esto, se dice, es el director italiano de más éxito en los *States.*

Otro tema, por unos aspectos interesantes de la recreación italiana de algo típicamente «norteamericano», han sido los llamados *spaghetti-western,* películas en las que la epopeya del lejano oeste es revisada con desparpajo y cierto humor. Desde 1964 su mejor expresión se ha encontrado en algunas obras de Sergio Leone, como *La muerte tenía un precio* (el título italiano, *Per un pugno di dollari,* es completamente diferente), *El bueno, el feo y el malo,* etc.

Se ha escrito que, después del fascismo, el séptimo decenio del siglo representó la época de mayor aislamiento ideológico de Italia frente a lo extranjero. La afirmación es cierta, pero sólo si se puntualiza que esta repulsa se aplicaba más bien a lo que venía del mundo capitalista burgués: la borrachera política de esos años se aplicaba a lo que venía del *establishment* de Inglaterra, de los Estados Unidos, etc., mientras que todo lo que llegaba de los países del Tercer Mundo o de los movimientos rebeldes de las metrópolis capitalistas era muy bien acogido. Sin embargo, la gran obra de difusión y de proselitismo ético-político a que se asistió entonces tuvo poca expresión en el cine. Parece increíble, pero el cine italiano de los años «duros» escasea en referencias a las guerrillas latinoamericanas abundantemente exaltadas, sin embargo, en toda clase de prensa, etc. Los temas internacionales estuvieron por lo general ausentes en semejante panorama cinematográfico, ya que sólo el sufrido y ambiguo compromiso de los ricos intelectuales comunistas en favor de Vietnam fue analizado en 1970 en una obra muy original, pero esotérica, de Francesco Maselli. En este sentido es necesario mencionar, de pasada y por tener un elemento de comparación, una obrita poco ambiciosa pero agradable de Nanny Loi, *Sistemo l'America e torno* (1974, que se podría traducir como *Arreglo los Estados Unidos y vuelvo*), en la cual algunos fenómenos americanos del período —entre ellos el *Black Panther,* esto es, la militancia política revolucionaria de los afroamericanos— eran enfocados de una manera honesta y bien intencionada. En la película que acabamos de recordar tenía el papel

protagonista el cómico Paolo Villaggio —en una de sus mejores interpretaciones—, lo que parece indicar toda una tendencia —la del *castigat ridendo mores*— del cine italiano. Y con la confirmación de esa orientación, en relación con la realidad estadounidense, puede concluirse esta reseña, pues en la extraña película norteamericana de Jim Jarmush *Daunbailò* —transcripción fonética a la italiana de la expresión inglesa *Down by law*— actuó en 1986 el toscano Roberto Benigni, perteneciente a la oleada de los nuevos actores cómicos nacionales.

Todavía Latinoamérica

Por lo que se refiere a la postura más general de la diplomacia italiana hacia Latinoamérica, después de la gira de 1949 no hubo otras manifestaciones. Muy a menudo algún departamento del Ministerio de Asuntos Exteriores o algún parlamentario pedía una acción seria hacia aquellas tierras, en consideración también a los millones de italianos allí afincados. Espejo tajante de que los asuntos latinoamericanos tenían un muy bajo grado de prioridad, es un episodio ocurrido en diciembre de 1952. El presidente de gobierno italiano, De Gasperi, frente a las repetidas insistencias de una sección del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el fin de que se hiciese algo en América Latina, dijo que: *«È bene pensarci e ... ripensarci; e riparlargliene più avanti»;* esto es, que había que pensarlo bien, volver a pensarlo, y hablar del asunto más adelante. Tampoco cuajó en 1953 la propuesta de una misión económica oficial a Centroamérica y al Caribe para mejorar la balanza comercial negativa.

Que, a finales de la década, la política exterior italiana se hizo más dinámica y menos cuidadosa para con los intereses de los Estados Unidos, se vio mejor en el área del Mediterráneo y en Europa que en Latinoamérica. El comité para este continente, constituido por funcionarios de varios departamentos del Ministerio de Asuntos Exteriores en 1954, tampoco consiguió gran cosa. Faltando planes ambiciosos, la actuación diplomática se estancó en problemas de poca monta. En los informes diplomáticos no se detecta —ni siquiera podía existir, quizás— una original interpretación de conjunto del mundo latinoamericano: la visión era, a menudo, más bien pe-

simista por las características de gran parte de la vida social y económica y de los sistemas políticos (muy duro era el juicio sobre lo pseudorrevolucionario del régimen mexicano, por ejemplo).

A veces hubo rencillas más bien raras. Es divertida la que opuso la diplomacia italiana a la española. Entre 1954 y 1956, en efecto, el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano se preocupó por el fuerte envío de curas misioneros españoles a Hispanoamérica y denunció la confusión entre lo político y lo religioso en la España de Franco y el empleo de la fe, por parte de éste, como instrumento de propaganda. El embajador italiano en Argentina subrayó la necesidad de conservar el carácter nacional de la asistencia religiosa para la gran comunidad de compatriotas presente allá e hizo hincapié en la manera de ser más democrática y popular de los curas italianos, apta para consolidar el rumbo de la vida política y social del Plata después de la dictadura peronista. Hubo varios recursos enviados a la Secretaría de Estado vaticana para reducir la presencia sacerdotal española allende el Atlántico y, al contrario, aumentar la italiana, pero no se consiguió nada. En buena medida, este acusado tema de competencia ideal —si así se puede decir— fue un aspecto de la lucha entre latinidad —que habría que leer, sin embargo, como italianidad— *versus* hispanidad.

Al fin y al cabo, puede decirse que la política italiana de cara a Latinoamérica después de la Segunda Guerra Mundial se diferenció principalmente de la política fascista en dos puntos: no tuvo el veleidoso intento de aparecer como una gran potencia y volvió a favorecer la emigración. A pesar de las declaraciones democráticas, las relaciones con los gobiernos del subcontinente no cambiaron gran cosa, ni se dio pie a proyectos de cierta envergadura.

Ya hemos hablado de la limitada importancia que, a pesar de la presencia de millones de personas de origen italiano allá residentes, obtuvo Latinoamérica en la política exterior italiana de los años cincuenta. En esa década hubo periódicamente muestras de interés. Por ejemplo, el ministro de Asuntos Exteriores Giuseppe Pella convocó a todos los jefes de las misiones diplomáticas italianas en el continente —en 1954, 17 de las 20 tenían ya el grado de embajadas, conservando el grado de legaciones sólo las de Honduras, Costa Rica y Paraguay— para informarse de los problemas del área, pero no tuvo consecuencias. La primera visita oficial de un presidente de la

República Italiana a Latinoamérica sólo se realizó en 1958, cuando Giovanni Gronchi fue a Brasil.

De la política italiana para con América Latina en el período siguiente poco puede decirse con exactitud, ya que la documentación diplomática italiana que puede consultarse en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Roma sólo llega hasta 1956-1957. No sabemos, pues, muchas cosas. Ignoramos, por ejemplo, cómo reaccionó el gobierno de Roma frente al intento de algunos organismos de la administración estadounidense, en 1957-1958, de estrechar los vínculos militares occidentales; para ello proponían establecer mayores contactos entre las repúblicas que habían firmado el Tratado Interamericano de Alianza Recíproca (TIAR) y los países de la Alianza Atlántica (OTAN), en vista de una mejor integración occidental, lo que no fue bien acogido por la mayoría de los estados de Latinoamérica.

A veces, alguna que otra iniciativa menos conformista de la época se reveló atrevida y salió en la prensa. Fue éste el caso del apoyo dado por la embajada italiana al dictador Marcos Pérez Jiménez en Venezuela por su favorable postura a una gran afluencia de trabajadores italianos a ese país. Inevitablemente, cuando el presidente fue derrocado en 1958, miembros de la comunidad italiana sufrieron algún desmán.

Nuestra diplomacia parece haberse señalado pocas veces en los años siguientes. Por voluntad de Amintore Fanfani se creó en 1966 en Roma el Instituto Italo-Latino Americano (IILA), institución mixta a la que fue confiada la tarea de promover el intercambio cultural. En 1973, cuando el golpe militar puso fin a la presidencia de Salvador Allende en Chile, la embajada italiana en Santiago y el gobierno de Roma proporcionaron con mucho empeño auxilio y protección a los refugiados políticos. Alguna que otra intervención diplomática hubo también durante la tragedia de los «desaparecidos» en la Argentina. Cierta atención diplomática dirigida a los países latinoamericanos productores de petróleo —Venezuela particularmente— tuvo lugar con ocasión de las crisis energéticas mundiales. Sin embargo, desde el punto de vista económico, Latinoamérica en su conjunto sigue perdiendo importancia desde 1970 como socio comercial, no sólo con respecto a Italia (el intercambio en los años ochenta era del 3,5-4 %), sino también con la Comunidad Económica Europea.

Es interesante detenerse sobre la presencia de Latinoamérica en la prensa y sobre la imagen de la misma en Italia. El único fenómeno importante fue literario y se refiere al *boom* de la nueva novela hispanoamericana (las ficciones de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, etc.). Por el contrario —hecho que igualmente se detecta en relación con los Estados Unidos y Canadá— hay que decir que, de limitarse a los diarios, a las revistas y a los libros de éxito de ventas, casi no tendría uno conciencia de la gran masa de ciudadanos de origen italiano allende el Atlántico. Esto parece un problema ajeno a la opinión pública, del que vuelve a hablarse sólo durante alguna celebración —como ahora, con el V Centenario de 1492—, o de algún que otro acontecimiento especial.

Además, hay que constatar que, al contrario de España, cuya imagen ha mejorado muchísimo en Italia en los últimos 15 años, de los estados latinoamericanos sigue conservándose en nuestro país una imagen bastante estereotipada y costumbrista. El creciente vaivén de nacionales yendo de turistas a México, al Caribe, a Brasil, etc., y la inmigración de latinoamericanos a Italia quizás han empeorado, más que mejorado, esta imagen. No hay duda de que, cuando la prensa cotidiana comenta los sucesos políticos y económicos nacionales, muy a menudo indica que, de seguir así, Italia terminará económicamente como Argentina, tendrá servicios sociales tan malos como México, su clase política se irá asemejando cada día más por la corrupción a la de los países caribeños o andinos, etc. No es un panorama muy halagador, al que hay que añadir, en los últimos años, la caída de imagen de Italia allende el océano.

Lo que hemos dicho puede reflejar la opinión común o mayoritaria. Diferente fue hasta hace poco, sin embargo, el crédito que algunos países y experiencias gozaron en la opinión de la izquierda italiana. La revolución cubana de 1959 fue el primer acontecimiento latinoamericano que ejerció gran efecto en Italia. El «noviazgo» con Latinoamérica de los elementos avanzados o revolucionarios italianos continuó en los años siguientes, con características no muy diferentes de las de otros muchos países del mundo occidental: exaltación de Che Guevara, del movimiento tupamaro uruguayo, de la guerrilla salvadoreña y de la Nicaragua sandinista. Esta pasión dio origen a una literatura sobre América Latina que fue tildada de ser una *mezza cultura,* esto es, una cultura aprendida de oídas y coja ya

que se construía no a través de textos serios de historiografía y economía, sino gracias a panfletos partidistas y a veces delirantes (mucho hizo en este sentido el editor Giangiacomo Feltrinelli, partidario de un decidido internacionalismo militante y gran amigo de Cuba). Más importante fue la movilización en favor del Chile de la Unidad Popular, país que, por sus características más europeas, fue considerado con atención también por todos los partidos políticos italianos. Se ha dicho que el derrocamiento de Allende influyó también en la estrategia del Partido Comunista Italiano, ya que su jefe, Enrico Berlinguer, a través de la experiencia chilena se dio cuenta de que no era posible gobernar a un país sólo con el 51 % de los votos electorales.

Otro acontecimiento, quizás interesante para medir la percepción italiana de Latinoamérica, fue la guerra de las islas Malvinas de 1982. La inmensa mayoría de la prensa y del sistema político establecido tomó partido en favor de Inglaterra, pues casi sólo los más anglófobos de derechas intentaron justificar el intento argentino; sin embargo, si el conflicto no hubiese sido guiado por generales que se habían destacado por la persecución de las izquierdas y por graves violaciones de los derechos humanos, sino por otros, la opinión italiana de izquierda le habría concedido más crédito y favor.

Para concluir, no hay que olvidar el esfuerzo de los miles de voluntarios italianos, de inspiración religiosa o laica, que desde hace varios años participan en los programas de cooperación y de ayuda económica y técnica en las regiones más necesitadas de Latinoamérica.

SEGUNDA PARTE

LA EMIGRACIÓN ITALIANA DESDE 1861 HASTA NUESTROS DÍAS

Gianfausto Rosoli

I

LA GRAN DIÁSPORA ITALIANA EN EL MUNDO EN LOS SIGLOS XIX Y XX

EL CONTEXTO EUROPEO

En la primera mitad del siglo XIX las emigraciones de trabajo representan, a causa de sus dimensiones y características, un fenómeno nuevo en la historia de la civilización europea. Estos desplazamientos se diferencian de los precedentes movimientos de colonización y conquista, reducidos cuantitativamente, porque crean un gran mercado de trabajo de dimensión «atlántica». Durante los primeros decenios, la emigración interesó sobre todo a los países del noroeste europeo, especialmente en dirección a América del Norte, lo que ayudó a consolidar el *stock* de origen anglosajón instalado ya en aquellas tierras tras el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los flujos procedentes de España, Italia, Portugal y, en menor medida, de Polonia y Rusia, se concentraron en América Latina, manteniéndose en cierta manera una característica diferenciación en la población de las dos áreas americanas. En la segunda mitad del siglo pasado, en cambio, fueron las corrientes migratorias procedentes de la Europa meridional primero y después de la oriental, las que asumieron una neta predominancia en los movimientos transoceánicos, incluidos aquellos hacia Norteamérica.

En el espacio de un siglo, de 1830 a 1930, más de 50 millones de europeos se dirigieron hacia el continente americano, dejando en él una huella indeleble en cuanto a desarrollo demográfico, económico y social. Este gigantesco movimiento de población, que asume características «bíblicas», se manifestó de diferentes maneras tanto de espacio como de tiempo. La cadencia y la inten-

sidad de los flujos migratorios cambiaban de país a país y de región a región, como consecuencia de los diversos tiempos en los que obraron los principales determinantes de naturaleza económica y demográfica.

La emigración del siglo XIX se encuentra estrechamente ligada a las fases del proceso de transformación de las estructuras productivas, especialmente a los cambios tecnológicos producidos en el sector agrícola y proto-industrial que volvieron obsoletas las viejas profesiones y crearon un excedente de mano de obra. Añádase a esto la maduración de la «cuestión agraria», con características bastante similares en todos los países europeos, debidas al cambio de las relaciones de producción que siguieron a la industrialización concentrada, con una progresiva parcelación territorial y al cultivo de las tierras marginales: factores éstos que agravarán cada vez más la situación de la economía agraria en la segunda mitad del siglo. La revolución de los medios de transporte facilitará enormemente el traslado de millones de trabajadores de un continente a otro, dando origen también a nuevas competencias para los productos llegados a los mercados europeos a través de los más eficientes medios de transporte. Las transformaciones económicas y estructurales tuvieron lugar más tarde en concomitancia con el gran proceso de aceleración demográfica determinado por la fuerte disminución de la mortalidad. Los europeos son 200 millones en 1814 y serán 400 millones en 1914: el incremento demográfico anual se acerca al 8 o 10 ‰, alimentado por una natalidad rural sostenida y, sobre todo, por una caída vertical de las tasas de mortalidad —anteriormente recordadas— a consecuencia de las mejores condiciones médico-sanitarias, higiénicas y alimenticias.

El fuerte crecimiento de la población acentuó en muchas áreas la crisis alimenticia y la escasez de espacios libres, contribuyendo a agravar la disminución de los salarios y la desocupación del proletariado urbano. Aunque el aumento de la población llevaba consigo una creciente demanda de bienes y una mayor producción, la expansión industrial no tenía la capacidad de absorber la oferta de trabajo disponible. Los desplazamientos internos de la población rural hacia las ciudades, y los transoceánicos hacia las ocasiones de trabajo en el extranjero, representaron la respuesta natural a la «presión demográfica diferencial» entre países europeos y americanos.

Durante la primera fase de la *old inmigration* (la que fue a poblar sobre todo Norteamérica y Australia) los factores de expulsión anteriormente descritos parecen predominar sobre los factores de atracción, aun en su estrecha interdependencia recíproca. Los componentes cualitativos, el papel de guía de los primeros inmigrantes (o pioneros) y las políticas gubernativas ejercieron una función determinante en la orientación de los flujos migratorios. Durante la primera mitad del siglo XIX predomina la emigración desde las Islas Británicas, Alemania (los estados del futuro Imperio Alemán) y los países escandinavos. En Gran Bretaña, las emigraciones fueron estimuladas por una intensa acción gubernativa, sostenida con gran dispendio de medios y una intensa propaganda, con el fin de reducir la desocupación y frenar así las tensiones sociales.

En la segunda mitad del siglo maduran las condiciones para la entrada de otros países europeos que hasta el momento habían permanecido al margen del fenómeno migratorio. La consolidación de

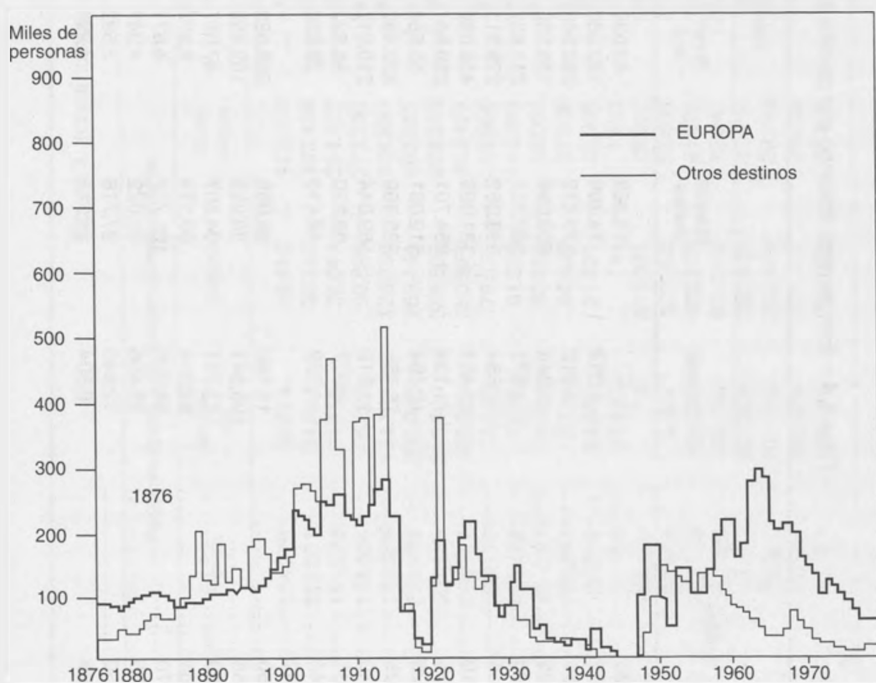


Figura 3.—Emigrantes italianos en el extranjero (1876-1976).

Figura 4.—Emigrantes italianos por países de destino (1876-1985).

Años	Países transoceánicos					
	Canadá	*Estados Unidos*	*Argentina*	*Brasil*	*Otros países*	*Total*
1876-1880	—	13.368	43.039	18.612	57.961	132.980
1881-1885	1.059	74.398	132.660	41.857	44.999	294.973
1886-1890	5.213	170.472	258.843	173.695	46.804	655.027
1891-1895	2.344	206.596	155.583	329.904	42.791	737.218
1896-1900	3.571	307.731	211.637	250.320	36.248	809.507
1901-1905	19.654	998.352	278.511	200.103	49.592	1.546.212
1906-1910	45.451	1.331.099	456.086	103.258	32.576	1.968.470
1911-1915	71.134	1.054.701	259.957	107.422	32.168	1.525.382
1916-1920	12.494	512.081	55.558	18.462	7.640	606.235
1921-1925	20.655	225.969	322.483	48.526	36.885	654.518
1926-1930	11.918	162.644	210.817	27.066	34.421	446.866
1931-1935	2.077	66.220	50.823	7.455	14.331	140.906
1936-1940	1.392	48.416	29.930	5.041	13.866	98.645
1941-1942	—	—	—	—	—	—
1946-1950	15.590	66.068	268.523	25.366	113.681	489.228
1951-1955	105.541	88.952	162.488	62.009	261.068	680.058
1956-1960	123.791	104.507	47.057	23.557	191.320	490.232
1961-1965	98.314	65.174	6.302	4.484	67.751	242.025
1966-1970	88.078	101.787	4.677	2.679	79.537	276.758
1971-1975	23.496	55.022	4.347	4.302	48.799	134.966
1976-1980	12.645	27.778	3,592	5.244	62.716	111.975
1981-1985	9.504	21.219	4.294	3.049	58.256	96.322

Figura 4 (continuación)

Países europeos y de la cuenca mediterránea						*Total gen.*		
Bélgica	*Francia*	*Alemania*	*Suiza*	*Otros países*	*Total*	*Cifras absolutas*	*Media anual*	*Tanto por mil*
—	184.279	36.574	66.410	123.741	411.004	543.984	108.797	3,9
—	212.501	34.634	35.161	193.436	475.732	770.705	154.141	5,3
—	151.570	51.758	36.014	214.127	453.469	1.108.496	221.699	7,4
—	134.484	76.228	60.829	273.794	545.335	1.282.553	256.511	8,3
—	124.839	154.703	128.233	334.891	742.666	1.552.173	310.435	9,2
—	271.493	280.045	269.141	403.361	1.224.040	2.770.252	554.050	16,8
—	301.123	310.999	386.527	289.319	1.287.968	3.256.438	651.288	19,3
—	325.317	280.906	350.977	253.477	1.217.677	2.743.059	548.612	15,5
—	339.170	4.167	75.525	59.909	478.771	1.085.006	217.001	6,9
—	659.472	7.235	51.233	143.861	861.801	1.516.319	303.264	7,9
29.761	431.597	4.294	90.656	58.061	614.359	1.061.225	212.245	5,3
5.972	175.767	3.138	64.438	67.920	317.235	458.141	91.628	2,2
1.526	38.016	54.965	21.421	29.936	145.864	244.509	48.902	1,1
4	29	15.143	744	1.135	17.055	17.055	8.528	0,2
110.436	192.039	74	313.031	22.912	638.492	1.127.720	225.544	4,9
84.932	194.614	2.504	322.275	58.631	662.956	1.343.014	268.603	5,6
33.892	397.878	158.009	422.756	91.625	1.104.160	1.594.392	318.878	6,5
15.332	140.195	478.763	622.208	72.947	1.329.445	1.571.470	314.294	6,1
18.428	66.492	267.085	398.825	47.936	798.766	1.075.524	215.105	4,0
14.486	35.808	201.136	222.443	29.222	503.095	638.061	127.612	2,3
12.693	25.547	145.899	121.576	26.589	332.304	444.279	88.855	1,5
11.250	25.133	143.741	108.004	32.205	320.333	416.655	83.331	1,5

las economías americanas, en particular de la estadounidense, tras la guerra de Secesión, y la revolución en los transportes marítimos, favorecen un éxodo desde Europa de proporciones gigantescas. La producción industrial del mundo aumenta siete veces en este período, permitiendo una fuerte acumulación de capital y la progresiva conformación de un mercado mundial.

Los economistas del siglo XIX, a diferencia de los del siglo precedente, que consideraban negativamente los movimientos migratorios, los ven ahora de modo positivo, como instrumento para descargar las poblaciones excedentes y las tensiones sociales en otros territorios, así como para crear nuevos mercados. Se suelen considerar predominantes en esta fase los factores de atracción para la formación de un verdadero mercado internacional del trabajo. También Argentina y Brasil adoptarán, a partir de los años ochenta, políticas gubernativas e incentivos dirigidos a atraer trabajadores europeos para el desarrollo de sectores enteros de sus economías. Durante los últimos 20 años del siglo, los dos países latinoamericanos logran absorber más de un quinto de toda la corriente migratoria europea.

La emigración italiana se introduce con un cierto retraso en este horizonte expansivo de la población europea, pero manifiesta una consistencia y una duración particulares. Sintéticamente se pueden reconocer en este ciclo migratorio las características de una duración más que secular y, a la vez, de una extremada difusión territorial, ya que los flujos italianos se dirigen hacia casi todas las naciones industrializadas o en vías de desarrollo.

En síntesis, la emigración italiana, que presenta varios paralelismos con el caso español, se extiende con continuidad durante el período que va desde los años precedentes a la Unidad política (1861) hasta la fase de la integración europea. Italia ha sido el único país del mundo industrializado que ha alimentado durante tanto tiempo una masiva emigración al extranjero (sumándola a las migraciones internas y sin eliminar éstas).

Desde 1876, año de inicio de la recogida sistemática de datos sobre la emigración, hasta 1980, emigraron al extranjero más de 26 millones de italianos (una consistencia numérica superior al total de la población italiana en el momento de la Unidad). Los datos estadísticos son inadecuados para tan largo período y no concuerdan

entre el país de origen y el de destino, pero en conjunto se suele afirmar que más de la mitad de los emigrantes regresaron a la patria al menos una vez. La mayor parte de éstos (el 75,5%) fueron hombres y en edad activa (80%). El destino principal durante todo el período fue Europa, con una clara secuencia temporal: hasta los años treinta predominó la emigración transoceánica y, después de la Segunda Guerra Mundial, la emigración hacia Europa. (Cfr. Fig. 3.) El fenómeno migratorio italiano se concentró en los decenios a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX: el 55% del flujo total de un siglo había tenido lugar antes de la Primera Guerra Mundial, cuando ya habían emigrado 14 millones de italianos.

Manteniéndonos en el período de un siglo, los países que acogieron al mayor número de emigrantes italianos fueron los Estados Unidos de América (5.700.000), Francia (4.400.000), Suiza (4.000.000), Argentina (3.000.000), Alemania (más de 2.500.000) y Brasil (1.500.000). (Para una visión detallada de los mayores destinos de la emigración italiana en un siglo, Cfr. Fig. 4.) Las regiones que más contribuyeron al éxodo migratorio fueron el Véneto (con más de 3.000.000 de emigrantes), Campania (2.700.000) y Sicilia (2.500.000), seguidas por Lombardía y Piamonte (ambas con 2.300.000), Friuli (2.200.000) y Calabria (con poco menos de 2.000.000 de emigrantes).

Características sociales y modelos de las migraciones italianas

La complejidad del fenómeno migratorio italiano hace problemática una cómoda sistematización interpretativa o una mera sucesión de fases temporales, si bien las guerras mundiales y las crisis internacionales representan periodizaciones ya aceptadas. Dentro de este cuadro general y esquemático, las diferenciaciones son muy marcadas, tanto en el ámbito de destino individual como en el regional y de fases económicas.

Abarcar un fenómeno tan complejo, de un siglo de duración, implica necesariamente aceptar distorsiones evidentes, siempre que se quieran considerar de manera adecuada las causas y los efectos de las migraciones, que cambian radicalmente con las mo-

dificaciones del contexto global. Resulta evidente, por ejemplo, que el mundo campesino italiano del siglo XIX (que gozaba entonces de una fuerte identidad) es totalmente diferente del mundo rural de los años cincuenta del siglo XX, en fase de rápida transformación y profunda crisis, con una tendencia a la desaparición causada por la irrupción de los nuevos modelos socio-culturales difundidos por la urbanización. Y lo mismo sirve para muchos otros sectores de la estructura económica, de la política y de los procesos culturales. Será necesario, pues, recurrir a numerosas simplificaciones, tratando de determinar posibles constantes en un período tan largo.

Se puede considerar, ejemplificando, que en la primera fase de emigración de masa, desde la Unidad de Italia hasta la Primera Guerra Mundial, predominaron los factores económicos como causa del éxodo. En la segunda fase, que cubre los 20 años transcurridos entre las dos guerras mundiales, a los factores económicos se suman los factores políticos, puestos en evidencia por los condicionamientos del régimen fascista, como prueban claramente los numerosos estudios referidos al caso francés. En la tercera fase, que se refiere al período posterior a la Segunda Guerra Mundial, de la estrecha interacción de los varios elementos parecen destacar los factores culturales. Y en efecto, en esta fase cambian más rápidamente que en el pasado las expectativas individuales, incluida la valoración sobre la propia condición presente y las ofertas posibles existentes en otros lugares, frente a la lentitud de las mejoras objetivas en las condiciones de vida. Los procesos culturales, mediatizados por las comunicaciones de masa y la propensión a la movilidad, se aceleran más allá de sus motivaciones económicas, y constituyen la causa determinante de lo que entonces se llamó «éxodo rural». Además de esto la perspectiva europea estimulará al máximo la propensión a la movilidad ya difundida en los trabajadores italianos.

El tradicional debate sobre la prioridad o el predominio de los factores de expulsión respecto a los de atracción *(push/pull factors),* que durante decenios ha ocupado a los estudiosos que trataban de explicar la naturaleza de los fenómenos migratorios (al menos los clásicos del siglo XIX), parece hoy haber perdido vigor. En este debate se transparentaba un fuerte contenido ideológico en el planteamiento, o bien el reflejo del contexto individual analizado. Parece

más correcto considerar la fuerte interacción entre las dos vertientes, de expulsión y de atracción, en la complejidad de los factores en juego: de naturaleza subjetiva, familiar, social, cultural, política, económica, e incluso religiosa, que operaban concretamente en ambientes temporales y espaciales bien determinados. Frente a los fuertes condicionamientos locales e internacionales, la respuesta de la emigración se articula como estrategia de los núcleos familiares, que permanecen en el centro de las vicisitudes migratorias. Las motivaciones que empujaban a abandonar la patria, incluso en el cuadro predominante de la pobreza y de la ausencia de ofertas satisfactorias, podían ser variadas: el deseo de mejorar los propios títulos o experiencias profesionales; la búsqueda de ahorros para impedir la proletarización del grupo familiar en el pueblo; o el malestar por una marginalidad social o política sin perspectiva de adecuadas salidas locales, en comparación con ocasiones más apetecibles en otros lugares y demasiado a menudo largamente ensalzadas.

El empuje de la primera emigración política durante el Resurgimiento

Ya a principios del siglo XIX, a continuación de las revueltas políticas producidas en Europa con las campañas napoleónicas y las revoluciones ocurridas en varios estados, el flujo de exiliados políticos hacia las dos Américas comenzó a agrandarse. No obstante lo exiguo de su número, sus aportaciones fueron significativas desde el punto de vista político y cultural. Será suficiente recordar la contribución realizada a la revolución de Simón Bolívar, así como a otros procesos de independencia de las colonias españolas. Un grupo de italianos estuvo activo en Argentina, por ejemplo, en la revolución de mayo de 1810: los nombres de Belgrano (creador de la bandera argentina), Castelli, Guido, Podestà y otros se han asociado siempre a los padres fundadores de la república independiente.

Al más de un centenar de militares de las armadas napoleónicas que se refugiaron en el continente americano tras la caída del Imperio Francés, se añadieron, a partir de los fracasados movimientos li-

berales de 1821, numerosos exiliados políticos procedentes de Piamonte, Lombardía, los estados de la Iglesia y el Reino de Nápoles. Los republicanos constituyeron la parte más conspicua y dinámica, marcando profundamente las características culturales y el destino político de las nacientes comunidades italianas en América. Entre otros igualmente significativos citaremos a Carlo Enrico Pellegrini —ingeniero y pintor, director de trabajos municipales y padre de Carlos Pellegrini, futuro presidente de la República Argentina de 1890 a 1892— que en 1828 llegaba a Buenos Aires después de haber estado implicado en los movimientos independentistas italianos. El primer liderazgo mazziniano dominará durante mucho tiempo a las élites italianas en el extranjero, incluso después de que Italia alcanzara la Unidad bajo la casa real de Saboya. Para tener una idea de la importancia de este primer grupo de prófugos, por lo general altamente cualificado e influyente, incluso a nivel local, baste mencionar a Giuseppe Garibaldi, cuyas hazañas ya se han contado en la primera parte de este trabajo; pero muy pronto empezaron a predominar comerciantes, marineros y profesionales, activos en todos los sectores económicos, especialmente en el sector de la navegación marítima y fluvial del Plata, que se encontraba en manos ligures.

Aunque escasean las noticias exactas sobre los flujos migratorios italianos antes de la sistemática recogida de datos, comenzada por la Dirección de la Estadística en 1876, podemos recabar informaciones muy útiles de fuentes indirectas. Según los datos recogidos por Leone Carpi, en los primeros 20 años de la Unidad (1861-1880) habrían abandonado la patria 240.000 italianos; 50.000 de los cuales hacia los países de más allá del océano. En la primera valoración de los italianos residentes en el extranjero, efectuada por los cónsules en el censo de 1871, éstos ascendían a menos de medio millón (452.000, el 32% de los cuales en las Américas); pero ya en el segundo censo, de 1881, se registraba un significativo aumento con más de un millón (1.032.000 personas), de las que el 56% residían en el continente americano, el 36% en Europa, y el 6% en África. En el lapso de pocos años la emigración italiana había realizado un significativo salto hacia adelante y, sobre todo, invirtiendo la tendencia, había manifestado su clara preferencia por el continente americano.

LA EMIGRACIÓN ITALIANA Y LA CONQUISTA DE UN «ESPACIO PROPIO»

Ya las primeras estadísticas revelaban, pues, un fenómeno en plena expansión, capaz de articularse en vastos espacios. Podemos considerar que en los años ochenta del siglo XIX la emigración italiana consigue construir un cuadro internacional de sus salidas de trabajo en Europa y América, determinadas y consolidadas predominantemente a través de las redes primarias. Algunos países muestran una mayor capacidad de absorción que otros: es el caso de Estados Unidos y Argentina, en América, mientras que en Europa, es Francia el país que muestra una mayor continuidad en la recepción de italianos, a pesar de que en la crisis económica de 1890 serán Suiza y Alemania las que aprovecharán la disponibilidad de los trabajadores italianos, especialmente en la construcción y las obras públicas.

El fuerte aumento de las directrices extraeuropeas está ligado principalmente a la absorción masiva del flujo italiano por parte de tres países: Argentina y Brasil primero, y Estados Unidos después. El ciclo emigratorio hacia Brasil fue el que se agotó con mayor rapidez, ya al finalizar el siglo, y es el que estuvo más directamente sujeto a las fases coyunturales de la economía (sobre todo en lo que se refiere al café), y a los acontecimientos políticos (abolición de la esclavitud, parcial en 1852 y total en 1888). La emigración italiana en Argentina sigue ritmos más parecidos a la de los Estados Unidos, y muestra un ciclo más sólido no ligado sólo a las políticas de incentivación (viajes pagados anticipadamente, alquileres favorables de tierras etc.). El gigantesco mercado del trabajo estadounidense ejerce la máxima atracción sobre los trabajadores italianos al principio del siglo XX, cuando allí alcanzan su madurez los procesos de industrialización y de concentración urbana, absolutamente necesitados de mano de obra poco cualificada y a bajo salario, deseable, sin embargo, para algunos grupos marginales de inmigrantes.

¿ESTABILIDAD O TEMPORALIDAD?

Italia puede ser considerada como ejemplo típico de un país de emigración, puesto que mientras que la llegada de extranjeros ha

sido siempre modestísima (hasta 1970) —a diferencia de otros países europeos de emigración— la partida hacia países extranjeros ha sido durante bastante tiempo considerable, y constituida en cierta medida por emigraciones definitivas. En Italia, la emigración neta (emigración – retorno) ha variado mucho de un período a otro. Hay que observar que, en general, una emigración definitiva, en sentido absoluto, no ha existido nunca en los fenómenos colectivos.

El énfasis tradicional depositado en el continente americano, como verdadera opción dramática y definitiva para las regiones pobres de Italia, ha subestimado la importancia de la consistente emigración temporal hacia Europa que, a lo largo del período, revistió para Italia carácter estructural. Por otra parte la misma temporalidad de la emigración hacia el continente americano ha sido subestimada. Ya en algunas investigaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores de principios del siglo XX, la duración media de permanencia en el extranjero se calculaba alrededor de cinco años, quizá el período suficiente para juntar algún ahorro o para verificar la inoportunidad de un asentamiento definitivo.

Desde que disponemos de datos sobre los retornos (sólo desde 1905, y limitados al continente americano) hasta la Primera Guerra Mundial, alrededor del 48% de los emigrantes italianos había vuelto a la patria. En el período de entreguerras, con el aumento de la emigración continental —de tendencia más temporal— regresó el 52%, y en el período de después de la Segunda Guerra Mundial (caracterizado por una mayor movilidad) volvió el 57% de los emigrantes. Raramente, pues, la emigración fue una opción definitiva e irrevocable (caso más frecuente en la emigración «política»). Pero no obstante el retorno, se puede comprender la aportación sustancial que las sociedades de origen dieron a las poblaciones de acogida. Sólo en el período que va de la Unidad al censo de 1911 se calcula una pérdida neta total de más de 4.000.000 de individuos emigrantes, lo que representa, en los países de llegada, una contribución demográfica consistente.

Se debe observar, además, que la emigración no tuvo un carácter unidireccional, sino más bien polidireccional y poliforme en cuanto a etapas y destinos. En el caso italiano esta tendencia está aún más marcada respecto a otras emigraciones europeas a causa de la falta de salidas estables en las colonias políticas, y a la rápida dis-

ponibilidad de mano de obra para proyectos y empresas en los más variados países (de la Patagonia al Perú, de la sustitución de esclavos en Brasil a la realización de la Transiberiana, de los ferrocarriles transcanadienses a las estructuras industriales de Norteamérica, o las empresas de colonización en México, Bosnia, Rumanía y Rusia). En la ideología expansionista de principios del siglo XX esta dispersión a los «cuatro vientos» se consideraba en el cuadro de un *imperialismo straccione* (de última potencia, que se impone más con el trabajo que con el capital).

LA «ESPECIALIZACIÓN» REGIONAL

La emigración económica está ligada a unas estrategias concretas que las redes de las «cadenas migratorias» son capaces de construir tanto en el país de origen como en el de destino. Lo que nos interesa señalar es la marcadísima especialización regional de los flujos migratorios italianos hacia los países de destino. La Italia septentrional, por ejemplo, ha tenido siempre una creciente preferencia por la emigración europea (a excepción de la «fase brasileña» del Véneto), mientras que en las regiones meridionales ha predominado siempre la emigración transoceánica.

Naturalmente es preciso tener en cuenta el período histórico. Mientras el sur, durante el período de emigración de masa (1880-1914), envió casi toda su emigración hacia el continente americano, después de 1950 comenzó a conocer y privilegiar las metas europeas, pero en un contexto completamente diferente al que existía medio siglo antes. Hay que señalar que varios factores, como la posición geográfica, las transformaciones sucedidas en los países extranjeros, el coste de los medios de transporte, y la estructura económica local, desempeñaban un papel determinante en la orientación de las diversas opciones regionales. Baste pensar que el viaje de Sicilia a Alemania septentrional costaba por lo general, a principios del siglo XX, más que embarcarse para Nueva York.

Existían también aspectos de «profesionalidad» en los emigrantes respecto a los diferentes mercados de trabajo extranjeros: individuos o grupos elegían naciones o localidades específicas donde sus profesiones tenían posibilidades de ser ejercidas con éxito. En mu-

chos casos se daba una capacidad de combinación entre el trabajo desarrollado en la patria y en el extranjero, con la posibilidad de sumar dos actividades seguidas (dos temporadas agrícolas en Italia y Argentina, como hacían los llamados *golondrinas*) e integrar las rentas entre profesiones que se articulaban con la cadena de un mercado más amplio.

La cuestión de la especialización regional es compleja. La fortísima propensión a emigrar del Véneto (considerado en las fronteras que entonces tenía), cuyo volumen de emigrantes desde 1876 hasta la Primera Guerra Mundial (3.200.000) supera incluso la población regional presente en 1871, muestra una clara preferencia por Europa y, de entre las metas americanas, por Brasil. Liguria prefiere netamente las orillas del Plata; Las Marcas, Argentina, y las regiones meridionales de Campania, Sicilia, Calabria y Basilicata muestran una casi exclusiva preferencia por los Estados Unidos, aunque no falten, por supuesto, otras metas.

Todavía más interesante resulta la comparación de las tradiciones regionales, relacionadas con las diversas dinámicas de integración, y las precedentes tradiciones de movilidad, incluida la diferente propensión al retorno. En Argentina, por ejemplo, los piamonteses muestran una mayor propensión a volver pero, según parece, desde posiciones de relativo éxito, mientras que el regreso es típico de los meridionales establecidos en los Estados Unidos, casi siempre desde posiciones de marginalidad. La actitud familiar de los piamonteses parece responder de hecho a la lógica de desplazamiento fundada sobre una experimentada tradición de movimientos temporales, encaminados a conseguir un rápido éxito económico y orientados sustancialmente a la vuelta. El grupo familiar septentrional se concentra sobre territorios económica y geográficamente más homogéneos, trenzando vínculos familiares de carácter nuclear y con fuertes afinidades culturales y profesionales, por lo que mantiene un claro interés en las efectivas posibilidades de reinserción en la realidad de partida. El comportamiento de sicilianos y calabreses refleja más bien una consolidada experiencia de emigración transoceánica, que tiende a lograr el mejoramiento de las condiciones de todo el grupo familiar disperso en múltiples núcleos domésticos, optando por una integración en el lugar con sólidas relaciones económicas y sociales donde esto es posible, como en Argentina, o bien orientán-

dose hacia un retorno masivo en las condiciones opuestas, como en el caso de Estados Unidos.

Naturalmente las excesivas generalizaciones dan una idea falsa del fenómeno. Sin embargo, algunas de las ejemplificaciones, aun lejos de ilustrar adecuadamente los casos regionales y sus diversos comportamientos en el tiempo, sirven para desmontar la imagen de gran uniformidad que ofrecen los datos estadísticos y que, en general, transmiten también los estudiosos.

LOS FACTORES ECONÓMICOS

El análisis de los fenómenos migratorios se ha conducido generalmente con la adopción de los enfoques en boga en los diferentes períodos. La emigración se ha asociado tradicionalmente a la visión de masas hambrientas y totalmente empobrecidas, empujadas por la extremada miseria a buscar en otros lugares una razón de vida; esta idea ha perdurado incluso en la literatura científica hasta nuestros días. Esta visión «pauperista» está estrechamente ligada al predominio o exclusividad de las causas económicas, según las cuales algunas regiones se habrían desarrollado a expensas de las otras, tras las innovaciones tecnológicas que provocaron la ruina de ciertas actividades tradicionales a causa de la incapacidad capitalista de crear rápidamente las condiciones de trabajo necesarias para la absorción de la mano de obra desocupada.

Una rígida interpretación económica no carece seguramente de fundamento, pues reales y dramáticos son los fenómenos de la miseria, de la pobreza, de la explotación y de los engaños y violencias infligidos a los emigrantes por agentes de emigración, compañías de navegación, etc. Sin embargo, mirándolo bien, una relación unívoca entre miseria y emigración no se sostiene, sobre todo en el caso de una emigración transoceánica (tan imponente como la italiana) que para llevarse a cabo exige un mínimo de capital. La miseria, sobre todo cuando es extrema, representa más un obstáculo que un motor para la emigración.

Una contraprueba en el caso italiano se encuentra considerando las zonas donde estaba vigente el sistema del latifundio, y donde trabajaba la parte más pobre de la población de jornaleros. Los trabaja-

dores del latifundio, sobre todo en Calabria, fueron los últimos en emigrar, después de los aparceros y de los pequeños propietarios. La pobreza extrema constituía más bien una barrera a la emigración transoceánica precisamente porque la búsqueda impelente del mínimo cotidiano indispensable para sobrevivir disuadía de proyectar el abandono de la patria. Por otra parte la emigración tiene conexión también con la percepción, aunque sea modesta, de los propios derechos y expectativas elementales, lo que difícilmente se produce en los casos extremos de pobreza.

Naturalmente, esto no significa que en los lugares de emigración no hubiera una carencia generalizada de bienes, sino que no se puede establecer una correlación directa y automática entre miseria y emigración. De hecho, y como veremos, la emigración fue mucho más significativa, y durante mucho tiempo, precisamente en las regiones destinadas a ser más tarde las más desarrolladas del país: Liguria, Piamonte, Lombardía y Véneto. El bloqueo proteccionista de 1887, que facilitó en concreto el despegue industrial italiano, concentrado en las regiones septentrionales, acentuó los desequilibrios territoriales, agudizando en el sur la crisis agraria, y constituyó la premisa de uno de los éxodos más masivos de la historia europea.

Los factores *push/pull* muestran sus límites como explicación de todos los aspectos de los movimientos migratorios, y constituyen más bien las «condiciones de posibilidad» para la verificación o la expansión del éxodo. Indudablemente las crisis económicas, la miseria, las tensiones políticas, el surplus demográfico, el déficit alimenticio y similares, representan el resorte para una emigración de masa, aunque no expliquen con precisión el porqué desde ciertos lugares y hacia ciertos otros. En este campo es indispensable una conexión con los estudios realizados en los países de llegada para verificar los procesos de integración económica y social de los inmigrantes.

Los factores demográficos

La emigración se interpreta generalmente como resultado de la «presión demográfica diferencial», es decir, producida por el desequilibrio entre el excedente de población y la capacidad de desarro-

llo económico existentes en un lugar de origen en relación con uno de destino. Este esquema general se encuadra en las grandes transformaciones demográficas, anteriormente recordadas, con el rápido descenso de la mortalidad junto a una alta natalidad, afirmándose los diferentes tiempos de la «transición demográfica».

Es indudable que en el paso de un modelo demográfico antiguo a uno más moderno se genera un excedente de población; pero la emigración no se produce sincrónicamente con el comienzo de la transición demográfica. De hecho, mientras tales factores tienen una validez en el ámbito macroterritorial, no lo tienen necesariamente y de manera determinista en el ámbito regional y local. No es tanto el surplus demográfico, por una parte, ni el «vacío demográfico», por otra, lo que explica las tasas de emigración. Son más bien las características de la estructura de la familia, las estrategias a medio y largo plazo de los grupos familiares, incluido el sistema hereditario y la existencia de una economía local de «pueblo», con sus identidades y potencialidades lo que explica la emigración. Algunos ayuntamientos de la zona alpina alimentaron una emigración constante durante muchos decenios, pero integrada en las estructuras locales, mientras que las estructuras económicas y familiares de Toscana y de otras zonas de Italia se revelaron extraordinariamente eficaces en la absorción de los excedentes de población.

En cambio la ruptura de las estructuras productivas y sociales tradicionales ocurrida en el sur agravó considerablemente el cuadro económico de precariedad, induciendo, casi por contagio y sin recato, a una despoblación masiva de todas las categorías de trabajadores.

El papel de las mujeres que habían permanecido en el pueblo fue determinante para sostener la emigración de los hombres, con los que más tarde se reunían; el mantenimiento de la economía local se debía sobre todo a ellas. No obstante la dolorosa separación de sus miembros, tampoco la estructura patriarcal de la familia resultó resquebrajada por la emigración, al menos en la fase inicial, aunque se introdujeran en ella elementos de novedad con el refuerzo y la ampliación de los vínculos de solidaridad familiar.

Los factores sociales

No faltaron motivos exquisitamente sociales que acentuaran el impulso a abandonar la patria. En los altos niveles de organización sindical y política existentes en algunas localidades italianas se verificó un freno al éxodo desordenado, más frecuente donde tales organizaciones no existían. En algunos casos, como sucedió en la zona de Mantua con los movimientos campesinos, y en Sicilia con los «fascios sicilianos» de 1892, se da una sucesión entre conflictos sociales fracasados y emigración, que se acrecienta de pronto (como tras la intervención normalizadora del ejército en los movimientos de Milán de 1898).

No todos los emigrantes, pues, abandonaron su país por motivos económicos. Muchos fueron obligados a ello por el malestar social o la marginación sufrida, por razones políticas, por la intolerancia contra las minorías políticas y religiosas (como los valdeses, por ejemplo), o bien por las persecuciones contra grupos o partidos considerados extremistas. Son conocidos los casos de los exiliados políticos por la causa de la Unidad italiana, los mazzinianos en primer lugar, cuyo representante más ilustre y universalmente conocido por su actividad «en los dos mundos» fue Giuseppe Garibaldi. Una vez alcanzada la Unidad política, numerosos fueron los socialistas y los anarquistas obligados a tomar la ruta del exilio. En época posterior, después de la Primera Guerra Mundial, serán los antifascistas, una vez consolidado el fascismo en 1924, los que encuentren en el extranjero una salida a las presiones políticas y una perspectiva de libertad.

Los motivos económicos se mezclan, pues, con las motivaciones políticas, sobre todo en el siglo XX, caracterizado por los enormes desórdenes políticos constituidos por las guerras y el constante aumento de refugiados. Pero no hay que olvidar que la visión de los países de destino se elaboraba siempre a través de la cultura dominante, incluida la popular, que contribuyó en gran medida a los mitos de la «tierra prometida», identificada por lo general con el continente americano.

Es natural que un gran número de intereses, económicos y políticos, haya girado siempre alrededor del fenómeno de la emigración, hasta el punto de «contagiarlo». Baste pensar en lo que se ha defini-

do como «el comercio de la emigración», y no sólo del transporte de emigrantes, que interesaba tanto a las compañías de navegación (algunas involucradas también en proyectos de colonización) como a sus numerosos intermediarios, que operaban incluso en las aldeas. Las formas y las redes de intermediación y de *bossismo* (es decir, de control financiero y clientelar de la emigración a través de un *boss* o notable) tanto en los lugares de partida como sobre todo en los de trabajo, representan niveles diversos del interés, no siempre legal, hacia los emigrantes.

Las demandas de los países de acogida fueron importantes, indudablemente, durante el largo período, así como las facilidades ofrecidas por la reducción del coste del viaje y otros incentivos. Pero todas estas condiciones no explican por qué sólo determinadas personas, y no otras, partieron para los mismos lugares y las mismas profesiones. Nuestros conocimientos sobre el fenómeno social de la emigración son todavía insuficientes.

Es indispensable, por ejemplo, analizar la dimensión microsocial del fenómeno y el funcionamiento de las redes primarias para comprender la rápida difusión de los mensajes y mitos populares, favorecidos por la incipiente alfabetización de masa. Piénsese, por ejemplo, en el papel desempeñado en el contexto de origen por las «cartas americanas» enviadas por parientes y amigos. Estas cartas, leídas en los momentos de encuentro comunitario colectivo, en las plazas, en los mercados, en las iglesias, constituían un argumento más convincente que cualquier circular gubernativa o ley de emigración que la prohibiese o estimulase.

Estrategias individuales y redes sociales

Según un planteamiento determinista que dominó durante mucho tiempo los estudios de carácter cuantitativo de matriz marxista, a los sujetos migrantes se les negaba la capacidad de orientarse en el mercado internacional del trabajo, como si fueran átomos totalmente dominados y carentes de autonomía. Aun reconociendo los condicionamientos estructurales, en realidad el macrofenómeno de la migración intercontinental, no menos que el de radio más restringido, fue producto de las microestrategias de los sujetos y de las fami-

lias. Estas estrategias se concretan sobre todo a través de las redes sociales primarias o de interacción «cara a cara», que permiten el desplazamiento de una persona de un lugar de origen a otro de destino no totalmente desconocido, con opciones concretas y garantías seguras.

Los emigrantes, en busca de objetivos prácticos (destino concreto, trabajo y alojamiento) utilizaron sus propias redes, proporcionadas por el grupo de parientes o vecinos. El sistema, observado ya por los primeros estudiosos de la emigración, se ha llamado de la «cadena migratoria». Ésta se manifiesta a través del apoyo económico —normalmente bajo la modalidad de adelanto de los gastos del viaje— y la intervención de los parientes ya emigrados. Sólo a través de estos canales garantizados el emigrante se da cuenta de las oportunidades que existen en una localidad extranjera y está provisto de los medios necesarios para afrontar su primer asentamiento.

Hay que señalar también que la mayor parte de los emigrantes no utilizó los servicios ofrecidos por los estados o los entes públicos, aunque es verdad que las políticas migratorias constituyen un aspecto importante en todo el proceso y, en general, son la *conditio sine qua non* formal para que se puedan verificar y registrar los movimientos migratorios. Al análisis de las políticas migratorias italianas y de los organismos producidos dedicaremos un capítulo especial.

Las cadenas de solidaridad y las relaciones de cooperación no operaban sólo en sentido bipolar, de los pueblos de origen a un determinado lugar de destino; era más frecuente el caso de la multipolaridad de destinos, con varios pasos siempre «asistidos» por la cadena. El enfoque microsocial devuelve toda la importancia que tuvieron a las redes sociales, tanto en la sociedad de origen como en la de acogida, y permite desvelar aspectos desconocidos de la experiencia migratoria, desmintiendo la imagen de una marginalidad totalmente incurable, expresada por muchos estudios de tendencia marxista en los años setenta. Esta línea interpretativa ayuda sobre todo a comprender de una manera más realista las estrategias individuales, colocando a los emigrantes en el centro de la historia, aun con los límites y condicionamientos de la época. En el fondo, la emigración italiana es una gran página de la historia social, que plantea más interrogantes de los que se puedan explicar no sólo sobre la sociedad italiana sino también sobre las sociedades de acogida.

¿IDENTIDAD NACIONAL, REGIONAL O COSMOPOLITA?

La emigración italiana postunitaria se caracterizaba por una fuerte identidad regional y local, subrayada por las sensibles diferencias culturales, lingüísticas y de tradición política existentes en los estados preunitarios. La experiencia migratoria, sobre todo en los contextos más hostiles a los italianos, como en los Estados Unidos, en los que estaban muy señalados los procesos de segregación étnico-racial y de exclusión social, llevó a enfatizar una identidad política que era sustancialmente extraña a la tradición de las comunidades italianas, criticadas más bien por su encendido *campanilismo* (es decir, por un exagerado amor a la propia ciudad o al propio pueblo).

Aunque originada en un principio por mecanismos de defensa, la actitud de las comunidades italianas en el extranjero, y sobre todo de sus élites, se deslizó cada vez más hacia los mitos patrióticos, ya presentes en el exilio mazziniano, y más tarde hacia los mitos nacionalistas difundidos por la cultura oficial italiana a principios del siglo XX. Con la llegada del fascismo, se trató de llevar a cabo el máximo esfuerzo para conseguir implicar en la ideología del régimen a las masas emigrantes en el extranjero, exaltando la unidad, la laboriosidad y la disciplina de las comunidades italianas. Pero más allá de algunos éxitos momentáneos que funcionaban con ocasión de fiestas o aniversarios nacionales, las comunidades italianas en el extranjero se caracterizaron más bien por una identidad nacional variada y poco homogénea, con fuertes dicotomías y contraposiciones regionales, que pueden encontrarse todavía hoy y que la proliferación del asociacionismo regional pone en evidencia.

Por otra parte la integración en el país de acogida y el éxito económico y profesional alcanzado por muchos emigrantes no excluyen las identidades locales que, por el contrario, renacen en los momentos de crisis de los nacionalismos, bajo forma de recuperación de la dimensión étnica. A través de la reactivación del sentido de pertenencia y de identidad original, así como de la producción de papeles funcionales y simbólicos en las sociedades de acogida, las comunidades emigrantes representaron un factor importante de pluralismo étnico. Los factores culturales, los valores de solidaridad de grupo y la red de relaciones primarias, de predominante orienta-

ción afectiva, son los que constituyen cada vez más el núcleo de la relativa autonomía de los grupos emigrantes. El espíritu de pertenencia contribuye a reforzar las solidaridades intermedias, que se revelan más resistentes de lo previsto.

La necesidad de defender el propio universo comunitario, debilitado por los mitos individualistas y la exigencia de integración, inducen al emigrante a elaborar un sentido de pertenencia alejado de una dimensión única y estrechamente nacional. Su natural colocación en un espacio transnacional lo lleva no sólo a no olvidar su identidad originaria, sino a sobreponerse a menudo a la de la comunidad de llegada, con un sentido de pertenencia nacional variada. En sustancia, los emigrantes no son sólo artífices de nuevas formas de movilidad geográfica y social, cuyos valores fundamentales han experimentado, sino también de nuevas formas de pertenencia en el contexto, construyendo síntesis originales en un paralelo constructivo y en una perspectiva más universal.

Análisis cuantitativo de la emigración italiana: de 1876 a la Primera Guerra Mundial

Nos limitaremos ahora a una exposición predominantemente cuantitativa del fenómeno migratorio italiano, presentando analíticamente los datos con intención informativa, por período histórico, por país de destino y por región de origen, resaltando las transformaciones recientes.

Una esquemática enumeración de los datos concernientes a la emigración italiana en el espacio de un siglo puede, no obstante su aridez, facilitar la comprensión de las variaciones internas del fenómeno: distribución en el extranjero, procedencia regional, características estructurales y dinámicas.

Los 40 años que van de 1876 al estallido de la Primera Guerra Mundial registran el abandono de la patria de 14 millones de ciudadanos italianos, con una media de 350.000 unidades al año, cifra no igualada por ningún país europeo durante un período tan largo. La progresión fue constante en el tiempo: de 1.314.000 unidades en el decenio 1876-1885, a 2.391.000 en los 10 años siguientes, a 4.322.000 emigrantes en el decenio a caballo entre los dos siglos,

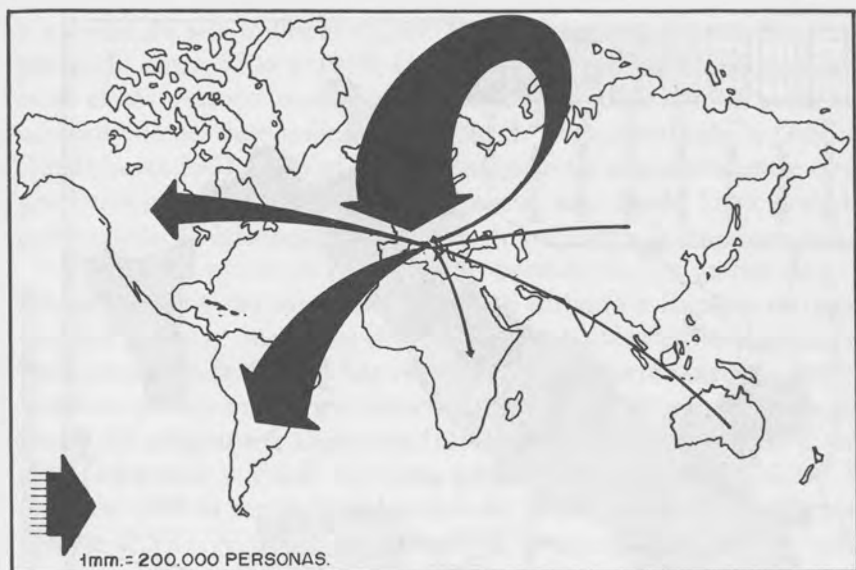


Figura 5.—Destinos de las corrientes migratorias italianas (1876-1900).

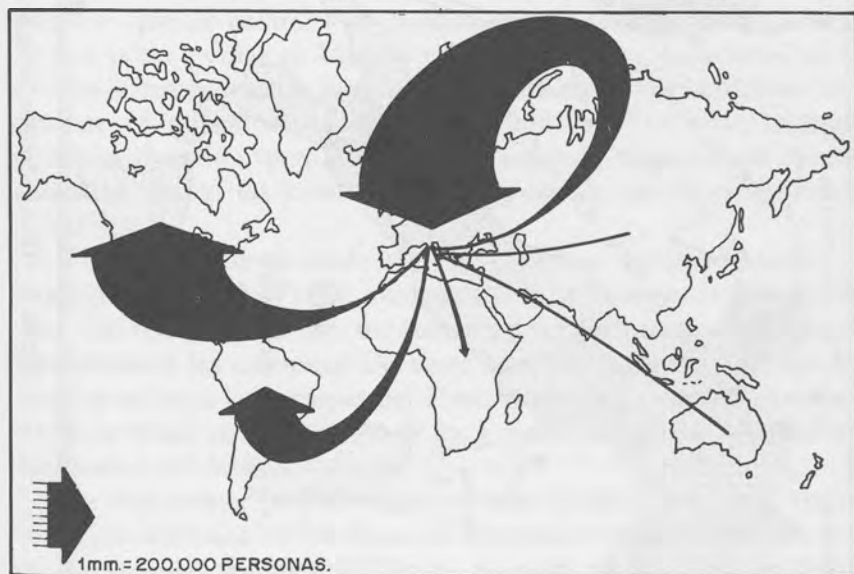


Figura 6.—Destinos de las corrientes migratorias italianas (1901-1915).

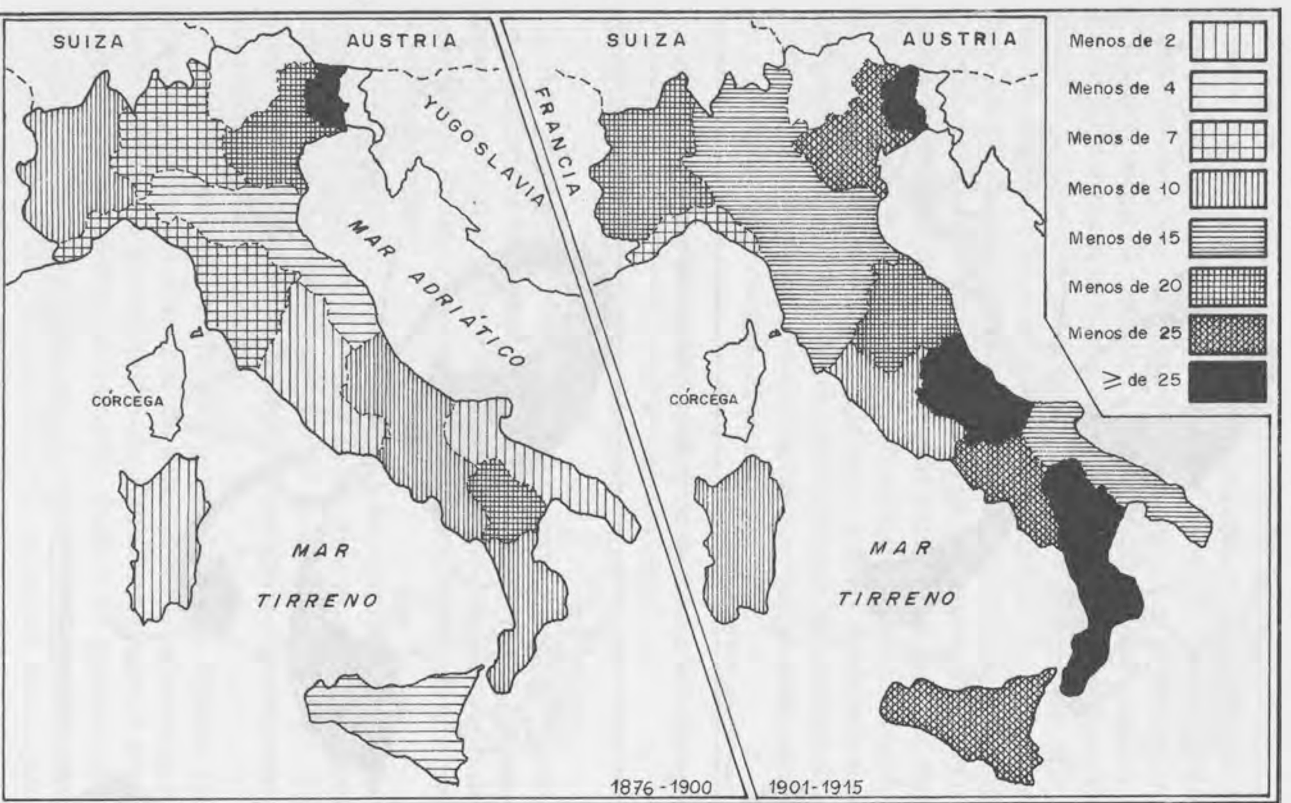


Figura 7.—Tasa migratoria hacia el extranjero de las regiones italianas.

y a cerca de seis millones (5.999.000 unidades) en el período comprendido entre 1906 y 1915. Un éxodo tan masivo acabó por destruir el incremento natural de la población italiana, que se había acrecentado en siete millones y medio de personas desde la Unidad (1861) hasta 1901. Pero el saldo migratorio (la diferencia entre emigraciones y retornos) no puede calcularse sino desde 1905, cuando comenzaron a registrarse los retornos de procedencia transoceánica.

El destino principal en todo este período fueron ambas Américas, con el 54% del total, contra el 44% dirigido a Europa; se registran sin embargo marcadas diferencias temporales en la alternancia de las metas. (Cfr. Fig. 5.) Las regiones que en mayor medida contribuyeron al flujo migratorio fueron: el Véneto (13%) con casi dos millones de emigrantes; Piamonte (11%) con más de un millón y medio; Campania y Friuli con una proporción casi igual (10,5% la primera, 10% la segunda) y Lombardía y Sicilia con el mismo porcentaje (9,5%). Ninguna región italiana, pues, fue inmune a la «plaga» de la emigración o de la «fiebre americana» —como entonces se llamaba— aunque comenzaran antes las regiones septentrionales, destinadas a ser las más industrializadas, y después las meridionales, mientras que las centrales se mantuvieron en una posición moderada con pocas puntas en Umbría y Las Marcas. Las variaciones territoriales y temporales se ven mejor considerando los dos subperíodos, de 1876 al final del siglo, y de 1901 a 1915: desiguales en cuanto a duración, pero en el que el segundo, aunque más breve, manifiesta todos los caracteres patológicos de una fuga de masa. (Cfr. Fig. 6.)

El período que va desde 1876 hasta el final del siglo contempló la emigración de 5.257.000 unidades, con una media de 210.000 al año. En este período hay un sustancial equilibrio entre las metas americanas y las europeas. De entre las primeras se consolidan las directrices hacia las regiones del Plata, abiertas ya por los ligures antes de la mitad del siglo, y las de los Estados Unidos, especialmente los estados del Atlántico.

En este primer período existe un neto predominio de las regiones septentrionales en los flujos de emigración: más del 60% es originario de estas regiones. El Véneto, en particular (incluido el Friuli de entonces), en aquellos años de crisis y reestructuración del sector agrícola totaliza más de un tercio de todas las emigraciones del pe-

ríodo (el 34%). Si consideramos además que el Friuli de entonces se limitaba sólo a la provincia de Udine (el resto se anexionaría tras la Primera Guerra Mundial, junto con la región de Trentino-Alto Adigio, cuyos habitantes emigraban con pasaporte austríaco), podemos comprender cuál fue la fuerza de expulsión del campo septentrional. Las tasas de emigración al extranjero de las regiones italianas se mantienen en torno al 9-10‰ habitantes. En el Véneto se llega hasta el 40‰ en los años 1888-1891, el momento de más fuerte crisis del campo con la expulsión de la mano de obra excedente. Sólo en la provincia de Udine las tasas de emigración en el decenio 1890-1900 alcanzan de media alrededor del 50 ‰, pero en 1899 tocan el 63‰. (Cfr. Fig. 7.)

Por lo que se refiere a las características demográficas, el porcentaje de mujeres en las emigraciones pasa del 17% en el primer quinquenio 1876-1880, al 25% hacia el final del siglo. En cuanto al aspecto profesional, las profesiones agrícolas de los emigrantes muestran una tendencia al aumento en los años de la gran crisis agrícola; pasan del 37% en el quinquenio 1876-1880 a cerca de la mitad alrededor de 1890, en los años del gran éxodo de los campesinos vénetos. En el último decenio del siglo el porcentaje se reduce al 40% y mostrará una constante tendencia a la baja.

El período 1901-1915 registra los máximos históricos de la emigración italiana de masa, que presenta caracteres patológicos y de verdadera fuga. Más de un tercio de todas las emigraciones que se dieron en un siglo tuvieron lugar en estos 15 años: 8.769.000 emigrantes, con una media de más de medio millón al año (584.000), esto es, una media doble respecto a la del período precedente. La cota histórica se alcanza en 1913, con 872.000 emigrantes, una cifra nunca alcanzada por ningún país occidental.

El continente americano registró en este período el máximo de su atracción, con cinco millones de italianos que atraviesan el océano (el 57% del total). (Cfr. Fig. 6.) Los Estados Unidos se encuentran, naturalmente, en el primer lugar, acogiendo a casi tres millones y medio de italianos (400.000 sólo en el año punta de 1913), correspondientes a 2/5 de todas las emigraciones del período. En Europa el primer puesto está ocupado por Suiza (un millón de italianos), seguida por Francia y Alemania con casi 900.000 emigrantes cada una.

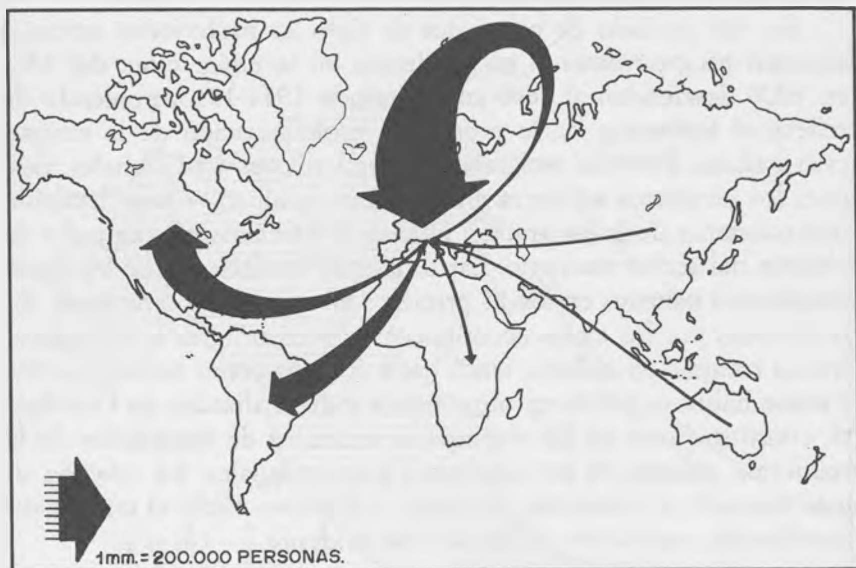


Figura 8.—Destino de las corrientes migratorias italianas (1916-1942).

La inversión de tendencia que se manifiesta con el predominio de los flujos extraeuropeos se debe a la creciente importancia de la emigración meridional e insular que se dirige sobre todo hacia metas americanas. (Cfr. Fig. 7.) Sicilia ve 1.126.000 emigrantes (el 13% del total del período), Campania alrededor de un millón (11% del total), el Véneto casi 900.000 emigrantes, seguido de cerca por Piamonte y Lombardía. Pero el éxodo se ha difundido ya en las regiones meridionales, hasta entonces poco sensibles. Las tasas de emigración son el 40‰ de los habitantes de Sicilia en 1913, el 45‰ en 1905 en Calabria y el 37‰ en Basilicata.

El componente femenino se mantiene todavía más bien bajo, alrededor del 20-22%. De 1905 en adelante disponemos de datos de retorno, pero sólo de procedencia americana: casi dos millones en 11 años. El 66% proviene naturalmente del mayor país de acogida, los Estados Unidos, con 1.200.000 retornos, la mayor parte de los cuales de las regiones meridionales, que son las que más emigrantes proporcionan a Norteamérica.

En este período de principios de siglo las profesiones agrícolas reducen progresivamente su incidencia en la emigración: del 35% en 1900 descienden al 26% en el período 1911-1915, poniendo de relieve el fenómeno de la progresiva proletarización de la emigración italiana. Primero emigraron los agricultores tradicionales, después los jornaleros sin tierra y los peones de albañil —que han sido una constante de la emigración italiana— y finalmente una parte de obreros del sector moderno. Las fortísimas oscilaciones de los flujos migratorios italianos en los 15 primeros años del siglo estuvieron determinadas por los ciclos económicos y las coyunturas internacionales. La emigración italiana, tanto hacia Europa como hacia América, y como había sucedido en otros países industrializados de Occidente, constituye uno de los principales vehículos de integración de la economía italiana en las relaciones internacionales. La relación es más marcada en dirección al contexto europeo hacia el cual la subordinación económica italiana es más evidente.

La emigración italiana en el período de entreguerras

El período comprendido entre las dos guerras mundiales está caracterizado por acontecimientos internacionales que marcan profundamente la suerte de la emigración italiana en el extranjero. En primer lugar, el fin de la gran guerra mundial, con las problemáticas reordenaciones económicas y territoriales; en segundo lugar, la gran crisis internacional empezada en los años veinte y que se extiende a los años treinta en todo el mundo, poniendo en cierto modo fin al gran período «liberal» de la emigración. Estos 20 años están caracterizados por una reducción de conjunto de las emigraciones y por una inversión de tendencia; ante el cierre del mercado norteamericano, decidido con las leyes del *Quota Act* estadounidense de 1924, son las metas europeas las que ganan peso. Francia, en particular, asume para la emigración italiana el papel que habían desempeñado los Estados Unidos a principios de siglo.

De 1916 a la Segunda Guerra Mundial abandonan la patria 4.355.000 italianos, el 51,5% hacia Europa y el 44% hacia América. (Cfr. Fig. 8.) Justo después de la Primera Guerra Mundial las emigraciones se reanudan de forma consistente (casi 900.000 emigrantes en



Figura 9.—Tasas migratorias hacia el extranjero de las regiones italianas (1916-1942).

el bienio 1919-1920), pero agotan pronto su carga por efecto de las medidas proteccionistas de los países americanos, a excepción de Argentina. La media de las emigraciones italianas pasa de 300.000 unidades en el quinquenio 1921-1925 a 90.000 en el quinquenio de principios de los años treinta, y a 50.000 al final del decenio. En definitiva: más del 60% de las emigraciones ya había tenido lugar en 1926.

Los destinos extraeuropeos son netamente mayoritarios (casi 3/5 del total) en los años que siguieron a la guerra. Norteamérica, prácticamente los Estados Unidos, absorbe entre 1919 y 1920 cerca de medio millón de italianos, la mitad del total. Pero tras las medidas restriccionistas estadounidenses, ya anunciadas en 1922, Sudamérica vuelve a cobrar importancia, especialmente Argentina, que recibe más de medio millón de italianos en el decenio de los años veinte. Los contingentes dirigidos hacia otros países latinoamericanos son escasos. De las muchas metas tradicionales transoceánicas de la emigración italiana sólo Estados Unidos y Argentina tienen relieve, con la sucesión temporal que ya hemos recordado. La emigración hacia Europa se dirige en primer lugar a Francia: más de un millón y medio de italianos (el 70% del flujo hacia Europa), empujados hacia esta nación, en parte a causa de la política del fascismo. Hacia el final del período la emigración italiana se halla casi totalmente europeizada. Entre 1938 y 1940 unos acuerdos especiales regulan la emigración de agricultores italianos y de trabajadores de la industria hacia Alemania. (Cfr. Fig. 8.)

Por lo que se refiere a las características demográficas, la incidencia femenina en los flujos de emigración se hace muy consistente en este período, alcanzando los porcentajes más elevados de todo el siglo. Esto se debe también a la política de estabilización de los gobiernos a causa del favor concedido a los núcleos familiares y, sobre todo, a las estrategias del grupo primario, que frente a las presiones externas opta por permanecer en el extranjero definitivamente. El reequilibrio de la composición por sexo va acompañado por la reducción del volumen de emigraciones: las tasas femeninas, en el último quinquenio de los años treinta llegan al 77,5%.

La presencia de núcleos familiares completos se comprende por la disminución de las fuerzas activas sobre el total de las emigraciones que, hacia el final del período constituyen poco más de la mitad.

También el porcentaje de las profesiones agrícolas se reduce cada vez más, pasando del 24,5% a principios de los años veinte a apenas el 9% a finales de los años treinta.

Por lo que se refiere a las regiones italianas, que ven también reducirse el número de emigrantes en estos 20 años, las que aportan una contribución mayor son Piamonte (más de medio millón de emigrantes, el 12% del total), Lombardía (con el 11,5%), Sicilia (10,5%), seguida por Véneto (9%), Friuli (8,5%) y Campania (7,5%). (Cfr. Fig. 9.) Considerando las tasas migratorias en los años significativos de punta, vemos que en 1920 el más elevado es el de Abruzzo-Molise (37‰), seguido de Calabria (36‰), Sicilia (30‰), Friuli (24‰) y Piamonte. Después de 1921 vuelve a predominar la emigración procedente de las regiones septentrionales; la tendencia se refuerza también por la predominante disponibilidad de las metas europeas ante el cierre de los mercados americanos. (Cfr. Fig. 9.)

Los italianos retornados durante el período de entreguerras fueron 2.267.000 (más de la mitad de los emigrantes). Los retornos desde América son alrededor de un millón, 63% desde Norteamérica, 36,5% desde Sudamérica (4/5 desde Argentina). Los retornos europeos se comienzan a calcular a partir de 1921. No obstante la desviación de los primeros cinco años, los retornos desde Europa son en conjunto (1.159.000 retornados) superiores a los procedentes del continente americano. El 72,5% de los retornos europeos proviene de Francia. Las regiones que contemplan un mayor número de retornos son Piamonte, Lombardía, Véneto y Sicilia. En conjunto, en el período 1920-1940 los saldos se mantienen en niveles modestos, con tendencia a volverse negativos hacia el final del período. (Cfr. Fig. 7.)

Las cifras de la emigración italiana después de la Segunda Guerra Mundial: el final del ciclo

El período comprende los 40 años que van desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años ochenta. Esta fase está marcada por dos momentos significativos constituidos por la I Conferencia Nacional de la Emigración (1975) y por la II (1988): la primera de las cuales coincide con la fase final de la emigración tradicional.

La reanudación de la emigración italiana, apenas terminado el segundo conflicto mundial que había reducido la población civil (en 1946 se registró el punto más bajo de pobreza de toda la historia de la Italia unida), era un hecho natural y «anunciado». Natural por la eliminación de las barreras artificiales que el fascismo había introducido, y anunciado por la orientación hacia una relativa liberalización de la mano de obra adoptada por el gobierno italiano y por los organismos internacionales, aun con reticencias y contradicciones. Se advierte, en conjunto, la exigencia de una colaboración internacional por parte de los varios gobiernos nacionales y de las recién instituidas organizaciones internacionales.

De 1946 a 1988 emigraron más de ocho millones de italianos (4,5 millones de los cuales en la primera fase, 1946-1961); en el mismo período retornaron más de cinco millones. Se dio, pues, un saldo negativo de aproximadamente tres millones de italianos que permanecían en el extranjero. La reanudación de la emigración es bastante sensible en los primeros años, llegando gradualmente la consistencia media a más de 300.000 unidades anuales (y más de 165.000 unidades de emigración neta). Con todo, aun en los años de la «reconstrucción» y del éxodo los cocientes de emigración siguen siendo notablemente inferiores a los observados al inicio del siglo.

Estos 40 años pueden dividirse en dos períodos, de desigual duración: el primero, que registra sustancialmente el final de la emigración secular y de tipo «tradicional», se cierra con la crisis energética de principios de los años setenta y la celebración de la I Conferencia Nacional de la Emigración (1975). El segundo, que abarca el último decenio, contempla la drástica reducción de los flujos de salida (por debajo de las 100.000 unidades) y registra las mayores transformaciones internas de la emigración, como el aumento de los componentes familiar y juvenil y la mejora de los títulos profesionales, con una consistente cuota de emigración «tecnológica».

La fase «tradicional» (1946-1976)

La mayor parte del movimiento migratorio italiano en el período 1946-1976 (siete millones y medio de emigraciones de las cuales cinco millones dirigidas a Europa) se encamina hacia paí-

ses europeos. (Cfr. Figs. 10 y 11.) América del Norte y América del Sur absorben una cantidad casi igual de emigraciones: poco más de 900.000 cada una, dividiéndose 1/4 aproximadamente del flujo global. La cuota parte de Norteamérica se dirige, a partes casi iguales, hacia Estados Unidos (488.000 emigrantes) y Canadá (alrededor de 440.000). Más de la mitad (53%) de las emigraciones hacia Sudamérica se dirigen a Argentina (medio millón); el 27,5% hacia Venezuela, destino nuevo para los flujos migratorios italianos, puesto que hasta 1948 había recibido menos de una décima parte del flujo de los que allí se dirigieron durante un siglo, y Brasil absorbió el 13% (124.000 unidades). Los nuevos destinos extraeuropeos de la emigración italiana son, pues, Venezuela, Canadá y Australia (con 360.000, el 15,5% del flujo extraeuropeo).

Los retornos son más de 4.300.000 en todo el período (de los cuales más de tres millones y medio procedentes de Europa). Los saldos superan los tres millones, con predominio de los países extraeuropeos (1.646.064) respecto a los países europeos (1.481.430). Las tasas de rotación (o de recambio) con Europa son mucho más elevadas que las tasas con respecto a los países extraeuropeos: 71 retornos frente a 100 emigraciones. (Cfr. Fig. 12.)

Los flujos hacia países extraeuropeos, a excepción de los que están dirigidos hacia África y Asia, se presentan en este período caracterizados por otra estabilidad; las tasas de rotación (retornos por cada 100 partidas) son inferiores al 30%: apenas el 15% para Australia y 10% para Canadá, aumentan al 19,5% para los Estados Unidos, al 36% para Brasil, al 24% para Argentina y al 47,5% para Venezuela. Los países de la Comunidad Económica Europea absorben el 53% de los flujos con destino a Europa; sólo Suiza recibe el 45,5% de los flujos europeos con más de 2.300.000 emigrantes, situándose en primer lugar en valor absoluto como país importador de mano de obra italiana. Le siguen Alemania (1.137.810 unidades, más o menos el 22% de las emigraciones europeas) y Francia con un millón (el 20% de las emigraciones europeas). El 84% de los retornos del período 1946-1976 proviene de los países europeos.

Las regiones que dieron una mayor contribución en estos 30 años fueron Campania (12,5% del total), Véneto y Puglia (11,5%), Sicilia (10,5%), Calabria (10%). (Cfr. Fig. 13.) La tasa nacional de emigración con el extranjero sube del 2,4‰ en 1946 al 7,7‰ en los

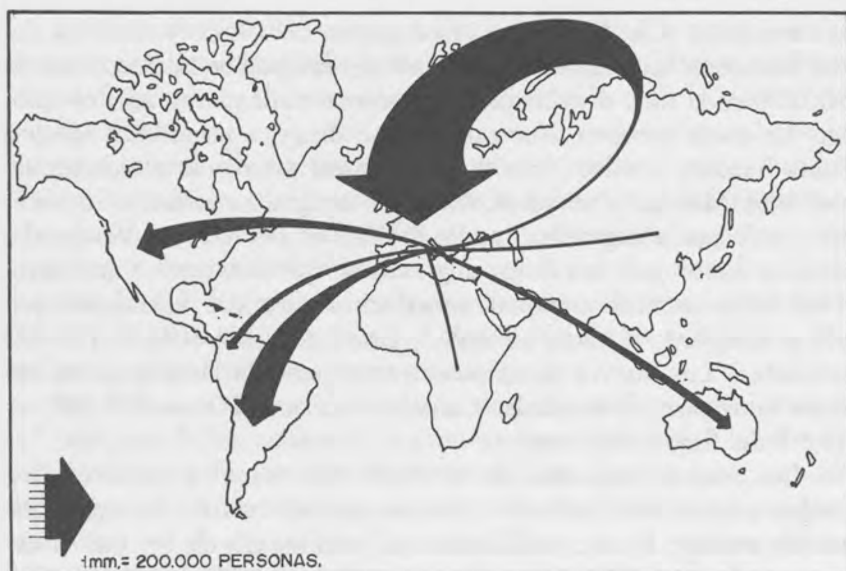


Figura 10.—Destinos de las corrientes migratorias italianas (1942-1961).

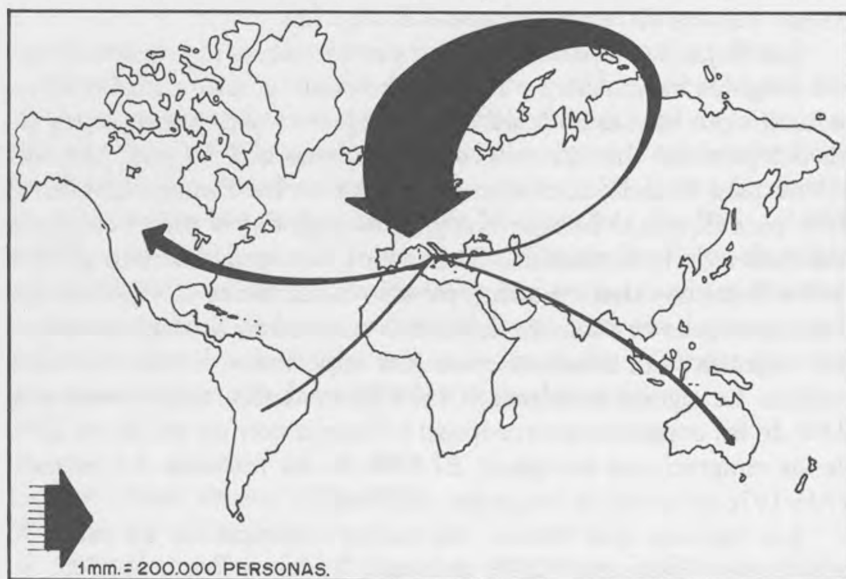


Figura 11.—Destinos de las corrientes migratorias italianas (1962-1976).

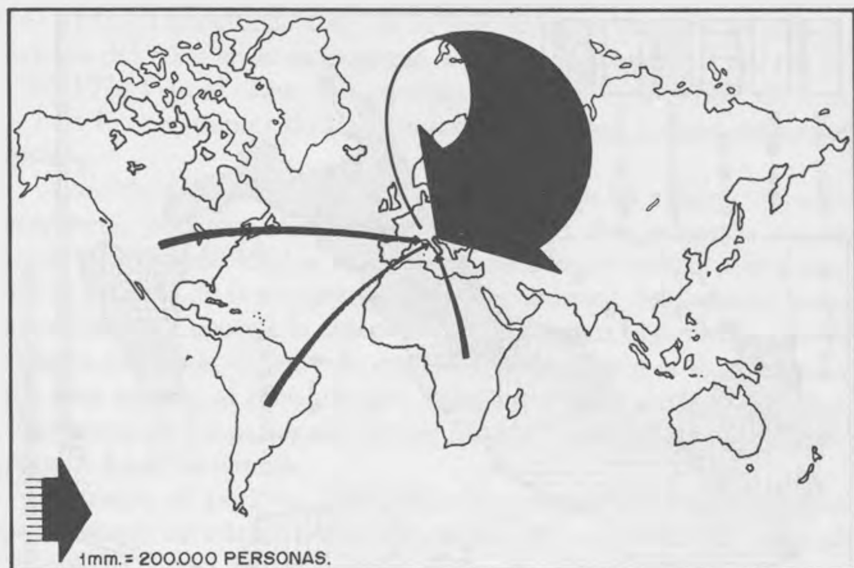


Figura 12.—Procedencia de los flujos migratorios de retorno (1946-1976).

años 1960 y 1961 (años punta de la emigración en este período, llegando casi a 400.000) para descender alrededor del 2‰ después de 1971. Tasas de emigración superiores a 10‰ habitantes se encuentran en el norte sólo en Véneto, entre 1947 y 1956, y en Friuli de 1947 a 1962. Las tasas más elevadas se concentran, en cambio, en el sur: Abruzzo-Molise (donde la tasa de 1951 a 1971 supera el 15‰ y llega a 25-27‰ en los años 1956-1961); Basilicata (tasas superiores a 11‰ desde 1951 y de 28‰ en 1961-1962); Puglia (20‰ de 1960 a 1962, superiores al 10‰ de 1959 a 1966); Calabria (de 1948 a 1970 siempre superiores al 10‰); entre 1960 y 1963 también Campania tiene tasas superiores al 10‰. Éstas son las regiones de mayor éxodo durante este período. Los retornos más numerosos se registran en Puglia (13%), Campania (12%), Véneto (11%). (Cfr. Fig. 12.)

La presencia femenina en los flujos de emigración de estos 30 años pasa del 37% en el quinquenio 1946-1950 al 21,5% en 1961-1965 (período punta de las emigraciones) para aumentar nuevamente al 30,5% en el quinquenio sucesivo (1965-1970) y al 33% en

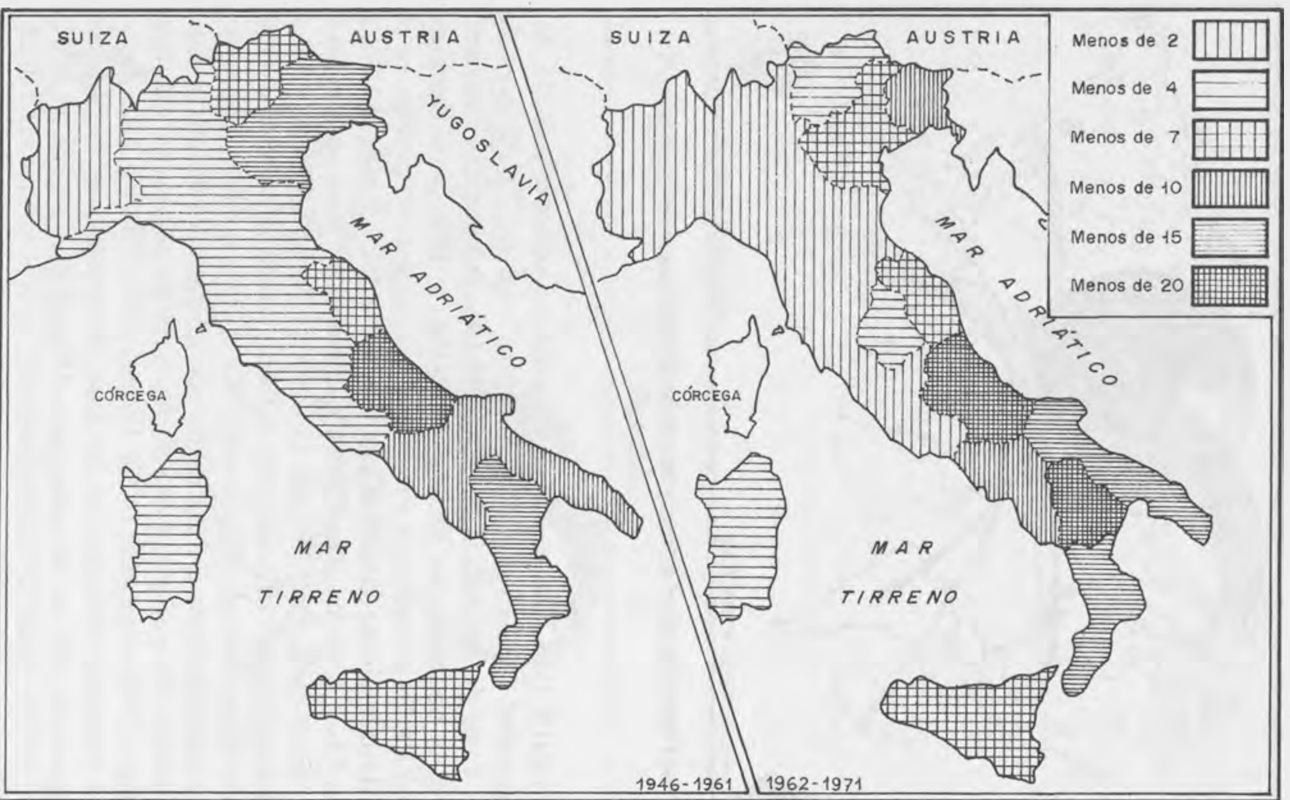


Figura 13.—Tasas migratorias hacia el extranjero de las regiones italianas.

1971-1975. La incidencia de los activos sobre el total de emigraciones fue del 85% en el quinquenio 1961-1965; disminuyó al 73% en 1965-1970 y en el último quinquenio (1971-1975) es del 67,5%; casi 1/5 de los emigrantes de los últimos años no son profesionalmente activos.

Considerando 1961 como el año cumbre de las emigraciones de posguerra, podemos dividir este período en dos subperíodos: de 1946 a 1961 y de 1961 a 1976. El primero corresponde más o menos al período de la reconstrucción y al comienzo del llamado *boom* económico italiano y a la creación de los diversos organismos comunitarios europeos; el segundo está caracterizado por la llegada, cada vez más masiva, al mercado del trabajo europeo, de las corrientes migratorias de los países del Tercer Mundo y por la recesión económica de los años setenta.

Durante el período 1946-1961 las emigraciones ascienden a poco menos de cuatro millones y medio, 3/5 del total del flujo en 1946-1976. El 61,5% de los emigrantes se dirigió a Europa, poco menos de 1/3 a ambas Américas; el 5% hacia Oceanía o, mejor dicho, Australia. (Cfr. Fig. 10.) La nación extraeuropea que tuvo mayor incremento de emigrantes italianos en estos años, respecto al período precedente, fue Venezuela, que absorbió una cifra casi igual a la de Australia. Los países comunitarios reciben un millón y medio de emigrantes: el porcentaje más elevado va a Francia (55,5%). Más de 3/5 de los emigrantes hacia países americanos (1.423.770) se dirigen (62,5%) a Sudamérica: Argentina absorbe casi medio millón (54,5% de los flujos sudamericanos) y Brasil poco más de 100.000, cifra que se duplica en Venezuela. Es preciso señalar que la emigración hacia Sudamérica se agota prácticamente con la primera mitad de los años cincuenta. Canadá y Estados Unidos se reparten a partes iguales la cuota de emigrantes, en conjunto poco superior al medio millón.

Los retornos en estos 16 años son casi de dos millones (1.913.760): el 77,5% de los cuales proviene de Europa, que tiene una tasa de 54 retornos por cada 100 emigraciones. Las naciones americanas (16% de retornos) tienen, en cambio, un tasa de rotación del 21,5%. Hay que señalar que casi 4/5 de los retornos americanos provienen de América Latina: Argentina y Venezuela se caracterizaron por una intensa pero breve fase inmigratoria.

Por lo que respecta a las tierras de origen, la región con más alto flujo migratorio (14% del total) sigue siendo el Véneto en esta primera fase (611.438). Viene después Campania (11%, casi medio millón) y Puglia (8,5%). Como se ve, exceptuando el Véneto, son las regiones meridionales las que proporcionan en conjunto la mayor aportación: el 46% del total. (Cfr. Fig. 13.)

Las emigraciones de los 15 años que van de 1961 a 1976 ascienden a menos de tres millones (2.995.130) frente a casi dos millones y medio de retornos (2.405.820). Parece, pues, cerrarse verdaderamente el ciclo secular de la emigración italiana, como se observa en los saldos globales negativos de los últimos años. La tasa de emigración al extranjero pasa del 7,2‰ de 1962 al 3‰ sobre la población italiana presente en el censo de 1971: nos encontramos, naturalmente, muy lejos del 24‰ de 1913. La dirección europea está aún más acentuada que en el período precedente. Europa absorbe casi 3/5 de las emigraciones; las naciones americanas menos de 1/3 del contingente recibido en los años 1946-1961 (450.000). (Cfr. Fig. 11.) En Europa, Suiza recibe el 47,5% de las emigraciones del continente. Entre los países comunitarios emerge en este último período Alemania, que absorbe el 71% de las emigraciones comunitarias (29% del flujo global), y Francia en segundo lugar, con un porcentaje mucho más modesto.

Las características de este período son, pues, la decidida europeización y la concentración en destinos concretos: Suiza y Alemania. También en las emigraciones hacia fuera de Europa se percibe esta concentración: el 88% de los flujos americanos se dirige hacia Norteamérica, dividiéndose entre Estados Unidos (alrededor de 212.000 unidades) y Canadá (182.000 unidades). Desaparecen definitivamente los destinos latinoamericanos (apenas 54.926 en 15 años, cuando de 1901 a 1915 habían ido allí un millón y medio de italianos).

Las regiones de mayor emigración de 1962 a 1976 fueron Puglia, con 470.782 emigrantes (16% del flujo global), seguida por Campania (15%), Sicilia (12%), Calabria (11%) y Véneto (8%). Las regiones meridionales dan ellas solas el 63% de los emigrantes, y las noroccidentales apenas el 9%. (Cfr. Fig. 13.)

Los retornos son menos de dos millones y medio, con una masiva concentración desde Europa (89% del total: 2.144.450 unidades),

divididas en partes iguales entre Suiza y los países comunitarios. En Alemania tenemos 87 retornos contra 100. La tasa de rotación de Suiza es de 93,5%, casi igual a la de Francia: 93%. Emerge claramente la alta inestabilidad de la emigración en los países comunitarios, mientras que los principales destinos extraeuropeos son mucho más estables.

En todas las regiones se percibe un aumento de la tasa de emigración de retorno, siempre más elevado en las regiones septentrionales que en las meridionales.

Después de 1976: la fase final de la emigración italiana

El momento políticamente importante de la I Conferencia Nacional de la Emigración de 1975 coincidió con el período de más profundas transformaciones de la emigración italiana, consecuencia tanto del desarrollo demográfico italiano, caracterizado por un declive de la natalidad y por el agotamiento de las reservas de mano de obra meridional, como de las políticas migratorias internacionales. Con el alto a las nuevas entradas, adoptado ahora casi universalmente a raíz de que lo hicieran los países europeos en 1974, se alarga el período de permanencia de los inmigrantes en los países de acogida, y aumenta el componente femenino y la reunión de las familias, creciendo en importancia la «segunda generación», debida en parte a los bajos niveles de natalidad de la población local.

En el decenio 1977-1987 emigraron menos de 900.000 italianos, de los cuales regresaron 940.000. Las emigraciones italianas se habían reducido a menos de 100.000 individuos por año ya desde 1975, con un constante saldo cero o de poca entidad (como en los años 1981-1982); a partir de 1984, en fin, se observan flujos sobre las 70.000 unidades con tendencia a la disminución. Junto a esta reducción numérica de las emigraciones, hay que añadir una modificación en las cualificaciones profesionales de los emigrantes, con la desaparición de las categorías agrícolas y un aumento de las profesiones de técnico y obrero especializado, sobre todo en los países de África (más del 45% en los años ochenta) y Asia, donde había empresas italianas en actividad.

El fenómeno de la llamada «nueva emigración» no es en realidad totalmente actual, pero ha alcanzado en los años recientes notables dimensiones y características peculiares, debidas también a la diferencia de contexto socio-político de los países de acogida. Las estimaciones más dignas de consideración, en ausencia de datos oficiales al respecto, hacen referencia a un millar de empresas con 100-150.000 trabajadores (la mitad empleada en el sector de la construcción y el resto en sectores de alta tecnología) y 30-40.000 familiares. Por sus aspectos peculiares —entre ellos el hecho de que el puesto de trabajo es fijo pero temporal (se calcula una permanencia media de unos seis años)— esta emigración «tecnológica» plantea una problemática específica (regulada por la ley número 398 del 3 de octubre de 1987 sobre la tutela de la emigración de «empresa», es decir, emigración de enteras unidades productivas).

La problemática juvenil ha cobrado una importancia creciente en la emigración, después del debate sobre la «segunda generación» y las políticas promovidas para favorecer la integración y la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo local. Los jóvenes constituyeron, como media, en el citado decenio, el 31% de los emigrantes y el 26% de los retornados, con un saldo total negativo. Los niños (hasta 14 años) constituían un 15,4% de los emigrantes y un 16% de los retornados, con un saldo positivo.

La evolución del movimiento migratorio verificado en los años más recientes, con el casi estancamiento de emigraciones y retornos y la predominante caracterización meridional y europea de los flujos, se reflejan en los datos regionales que demuestran la ventaja del sur (57%). Las posiciones no se modifican sustancialmente, tanto si se consideran las emigraciones (el 13,7% del flujo global proviene de Sicilia, el 12,2% de Véneto, el 11,8% de Puglia y el 11,3% de Campania) como los retornos (14,1% Sicilia, 12,3% Véneto, 11,8% Puglia, 10,5% Campania, 9,3% Calabria y 8,2% Lombardía). El saldo positivo del movimiento migratorio del decenio, calculado en cerca de 50.000 unidades, pone de relieve la función de residuo de depósito de mano de obra que el sur conserva todavía en la última fase.

Tras los profundos cambios ocurridos en las condiciones del desarrollo interno e internacional de los países de residencia, las transformaciones más importantes en los flujos migratorios y en las comunidades italianas en el extranjero se refieren, en los años

recientes, tanto a la estructura demográfica como a la familiar y profesional, con la creación de nuevas profesiones. Los problemas planteados por la reestructuración de las relaciones entre países productores e importadores de petróleo y por la introducción a gran escala de innovaciones tecnológicas, junto al intento de control de las comunidades ya establecidas, han producido modificaciones de la demanda de trabajo tales que han restringido el espacio disponible para la mano de obra extranjera. No hay que olvidar que se ha formado en las diferentes áreas una potencial reserva de fuerza de trabajo constituida por los inmigrantes de segunda y tercera generación, a los que las economías locales recurren sistemáticamente.

En estos años es cuando empieza a cobrar relieve, en el ámbito comunitario, el fenómeno de la reunión de las familias, a excepción de Suiza, por miedo a la llamada «extranjerización». Se confirma en gran parte el predominio de hombres en la mano de obra emigrante y se asiste a un desplazamiento de la estructura por edades hacia el grupo de las edades centrales (30-49 años), por la reducción de los jóvenes propensos a afrontar la experiencia migratoria. El cuadro migratorio resulta bastante articulado porque, junto a la figura tradicional del trabajador que se desplaza localmente al extranjero, se presenta la figura del emigrante que, llevando consigo a su familia, o haciendo que ésta se reúna con él, formula un proyecto migratorio más estable. Se trata en gran medida de las llamadas migraciones «tecnológicas», que recibieron un notable impulso a lo largo de los años setenta, al confiar a empresas italianas, en propio o asociadas con otras empresas extranjeras, proyectos llevados a cabo por varias naciones.

La emigración hacia los países de más allá del océano registra un creciente número de traslados por motivos de trabajo y, contextualmente, por la aparición —especialmente a principios de los años ochenta— del poder de atracción de los continentes africano y asiático. Varían también sensiblemente los sectores de la actividad económica (especialmente el sector secundario y el terciario) y la distribución de los obreros y de los dirigentes y empleados sobre el total de los emigrantes trabajadores. Durante mediados de los años setenta tiende a aumentar, en el ámbito extraeuropeo, la cuota de personas que declaran pertenecer al sector industrial. Al mismo tiempo, se registra un incremento de la mano de obra dependiente en posi-

ción medio-elevada (empleados y dirigentes). Mientras en los países tradicionales de emigración transoceánica persisten, si bien en medida ahora reducida, mecanismos de llamada y de reunión familiar, en los nuevos continentes de África y Asia se afirma una inmigración sustancialmente individual, con una duración más delimitada en el tiempo y con cualificaciones medio-elevadas. En otros términos, emerge una diferenciación en la connotación de los flujos ultramarinos que es el reflejo del papel de Italia en el ámbito de la división internacional del trabajo.

II

LAS POLÍTICAS MIGRATORIAS ITALIANAS: LAS LEYES, LAS INSTITUCIONES ESPECÍFICAS Y LA ACCIÓN DEL GOBIERNO Y DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

La política migratoria y la legislación, en particular, reflejan fielmente las tendencias y las tensiones sociales, políticas e ideológicas que se han desarrollado en el contexto italiano, pero también el impacto de la realidad y de los condicionamientos internacionales en relación con los movimientos migratorios. Es bien sabido que la política migratoria de los estados ha tenido una influencia directa más bien modesta en las decisiones de los individuos migrantes. Con todo, el poder político no se limitó sólo a ser espectador de un fenómeno que asumía dimensiones cada vez más preocupantes y contornos sociales cada vez más diferenciados. Es más, con el paso del tiempo, y con la caída de la ideología librecambista, el Estado comenzó a asumir, por todas partes, poderes cada vez más amplios y directos en materia de emigración.

El cuadro normativo de cada país no resulta importante sólo por los aspectos prácticos y organizativos del fenómeno migratorio (licitud, prohibiciones e incentivos o límites a la emigración) sino más bien porque representa por lo general el reflejo del vasto debate cultural, económico y político de un país que tiende a fijar en normas las orientaciones predominantes en un determinado momento histórico.

La importancia del dato social en la emigración italiana explica cómo, no obstante la natural puesta al día de las normas y una mayor explicitación en el tiempo, se ha realizado en este campo una sustancial y singular continuidad desde el período postunitario hasta la Italia republicana. Una vez aceptada y definida la licitud de la emigración y su libertad de expresión (con la primera ley de 1888,

ya que antes el fenómeno se había combatido), las normas tenderán a adecuarse cada vez más a las exigencias sociales del fenómeno y a tutelar al sujeto emigrante, parte débil, tanto en relación con el sector de los agentes de emigración y las navieras, como en relación —aunque en menor medida— de las instituciones extranjeras en la nueva residencia. Alcanzado más tarde el objetivo de una intervención más orgánica del Estado con la ley de emigración de 1901 —solicitada por las fuerzas católicas y socialistas—, la legislación migratoria italiana tenderá a ser hasta nuestros días —a pesar de su puesta al día y las integraciones sucesivas— la que se había definido en 1901.

La ley de 1888

En los primeros años, tras la Unidad, la emigración era un fenómeno reducido; pero ya desde el principio de los años setenta del siglo pasado comenzó a crecer, superando las 100.000 unidades anuales y preocupando seriamente a los grandes propietarios de tierras y a los hombres de estudio que, como Leone Carpi, fueron los pioneros de las investigaciones sobre la emigración italiana. La sociedad italiana en la que se desarrollaba el fenómeno obedecía, en sus estructuras, a principios económico-políticos que no obstante su mayor retraso correspondían a los que se habían afirmado en otros estados europeos. En política y economía coexistían en ella, junto a impulsos atlántico-imperialistas, principios tanto liberales como conservadores. Esto explica fácilmente cómo la primera ley italiana específica sobre el fenómeno migratorio, de 1888, responde, si bien con menor elaboración, a los mismos criterios inspiradores de las legislaciones europeas que ya precedentemente habían disciplinado la misma materia: la ley inglesa de 1855, la ley francesa, orgánicamente elaborada en 1880 y la ley belga de 1876, modificada en 1890. Leyes sobre la emigración existían también en Suiza, Dinamarca, Holanda y Portugal.

La ley de emigración de 1888, llamada también ley Crispi, precedida por un intenso debate (sostenido sobre todo por quien quería que se limitara su carácter permisivo, como el obispo monseñor Giovanni Battista Scalabrini), se atiene a una mera expresión legisla-

tiva de un interés general del Estado en relación con la emigración. La ley, favorable en sustancia a la emigración, se inspiraba en los principios librecambistas y renunciaba totalmente a tener incidencia en causas, dimensiones, destinos y resultados del fenómeno migratorio y, como consecuencia, también a la tutela del emigrante. La ley de 1888 se limitaba a disciplinar la emigración transoceánica, organizando la vigilancia del Estado en el reclutamiento y el transporte de los emigrantes y en la «industria y el comercio que surgen de la emigración». Ésta se refería, además, sólo al momento de partida del emigrante que, una vez que ya había salido del país, desaparecía de la vista de las autoridades políticas.

La primera ley italiana sobre la emigración presentaba así las características de una ley de policía: la emigración se consideraba como un fenómeno privado, en el que el Estado intervenía para reprimir los abusos más estridentes, y sólo en lo referente al viaje en los casos de emigración transoceánica de carácter permanente. Se daba importancia de esta manera sólo al transporte marítimo, regulando la forma misma del contrato y la actividad de los agentes y subagentes que se interponían entre los emigrantes y los barcos que los llevaban (*vettori*), cuya actividad era considerada necesaria (aunque no por todos, en particular por los católicos socialmente más sensibles).

De este modo, se pedía a los agentes (con un principio caro a la política de Francesco Crispi) que obtuvieran una especial autorización administrativa, un permiso, que podía concederse tanto a personas físicas como a organizaciones. Se imponía además, so pena de nulidad, la estipulación del contrato de emigración bajo forma escrita. Entre las cláusulas inderogables que éste debía contener se encontraba una relativa al pago del transporte, que habría de efectuarse a la llegada, considerándose nulo el pacto mediante el cual el emigrante se obligaba a pagar el precio del transporte con prestaciones en el país de llegada. Varias disposiciones regulaban los requisitos de seguridad e higiene de las naves (un metro cúbico de espacio por emigrante), claramente mínimos e insuficientes si se consideran los frecuentes casos de infección y muerte que se producían a bordo hasta finales del siglo XIX. Para resolver las controversias entre emigrantes y agentes estaba prevista una comisión de árbitros, compuesta por el gobernador civil *(prefetto)*, el presidente del Tribunal y dos

consejeros provinciales; composición que demuestra al mismo tiempo el espíritu meramente burocrático de la ley y su incapacidad para afrontar los problemas sociales de la emigración.

Los principios fundamentales en los que se inspiraba la ley de 1888, que encontraban una expresión idéntica en el sistema legislativo italiano, reflejaban las orientaciones predominantes en la sociedad y en el Estado en los últimos decenios del siglo. Por tanto, eran bien acogidos por los movimientos políticos y las corrientes culturales de la Italia unida. La libertad de emigración se presentaba como un aspecto de la libertad de iniciativa en el campo del trabajo, que debía estar desvinculado de todo límite y de toda asistencia por parte del Estado, aunque subsistiera para la mujer casada, a la que se impedía emigrar sin el consentimiento del marido, considerándose la emigración un acto que excedía la administración ordinaria.

La rígida adhesión a los principios librecambistas indujo a no conceder ninguna tutela especial en favor del emigrante: la ley se preocupaba más bien de que éste pagase la contribución inmobiliaria. No se concedían facilidades por lo que se refiere al servicio militar o a la llamada a filas. Al cumplimiento de las obligaciones militares en Italia estaba sujeto, no sólo el emigrante, sino también sus descendientes si no renunciaban a la nacionalidad italiana, ya que en materia de ciudadanía se seguía rígidamente el principio de la *lex patriae*. Si la ley de 1888 y sus principios informadores se acogieron en general favorablemente, no faltaron las críticas a su insuficiencia y a algunas incongruencias. Tanto las fuerzas liberal-conservadoras como las radicales, y los católicos, sobre todo, estaban de acuerdo con el hecho de que con la emigración se garantizaba un principio de libertad individual, pero consideraban que el Estado debía intervenir de manera cada vez más eficaz para asegurar su ejecución.

La primera ley encontró la adhesión tanto de quien la concebía como un instrumento de redención social de masas atrasadas (como Francesco Saverio Nitti), como de quien, con espíritu de conservador iluminado, veía en ella una válvula de seguridad respecto a los movimientos sociales a los que hubiera podido dar lugar la miseria campesina (como Sidney Sonnino); tampoco faltó quien pusiera de relieve lo oportuno que resultaba favorecer el alejamiento de personas indeseables. No obstante las fuertes críticas del mundo católico, el consenso de intereses en torno a la ley de 1888 explica por qué

hasta 1901 no se llegó (fundiendo tres proyectos) a una nueva ley que ampliara la tutela del emigrante.

Figura 14.—Emigración hacia diversas áreas geográficas.
Primer período (1876-1915).

1876-1915	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Reino Unido	69.483	0,5	1.737
Benelux	37.489	0,2	937
Francia	1.715.510	12,0	42.887
Alemania	1.225.820	8,8	30.645
Suiza	1.340.260	9,5	33.506
EUROPA	*6.137.250*	*44,0*	*153.431*
Canadá	148.565	1,0	3.714
Estados Unidos	4.156.880	29,0	103.922
NORTEAMÉRICA	*4.305.450*	*30,5*	*107.636*
Brasil	1.225.120	9,0	30.628
Argentina	1.795.860	13,0	44.896
Venezuela	19.720	—	493
SUDAMÉRICA	*3.317.170*	*23,5*	*82.929*
TOTAL AMÉRICA	*7.622.650*	*54,5*	*190.566*
Oceanía	18.437	—	460
África	237.966	1,5	5.949
Asia	15.294	—	382
EXTRAEUROPEA	*7.894.360*	*56,0*	*197.359*
TOTAL DE EMIGRANTES	14.027.100	100,0	350.677

LA LEY FUNDAMENTAL DE 1901

La ley de 1901 conservaba todavía una visión privada del fenómeno de la emigración, considerando siempre como tarea esencial de la ley la disciplina del viaje en los casos de emigraciones transoceánicas de carácter permanente. Una novedad importante se introdujo con la creación de una estructura administrativa a la que se de-

bían transferir las complejas funciones estatales en materia de emigración, el Comisariado General de la Emigración, creado en el ámbito del Ministerio de Asuntos Exteriores con autonomía propia para regular el cumplimiento de la ley. En realidad el Comisariado nacía con modestos poderes y escasos medios. Compuesto por un Consejo de la Emigración como órgano consultivo, trabajaba con los medios financieros que le habían sido conferidos por el Fondo para la Emigración con el fin de llevar a cabo sus servicios. Al Fondo, en cambio, no se le atribuyó una dotación propia (por oposición del ministro de Hacienda), sino sólo la procedente de los impuestos y penas pecuniarias previstas por la ley. El Fondo, pues, estaba alimentado casi de manera privada por emigrantes y *vettori*.

Una de las mayores novedades de la ley fue la abolición de las figuras de agente y subagente de emigración, consideradas como el origen de numerosos abusos y especulaciones. La responsabilidad del *vettore* aumentó, puesto que ahora éste pasaba a ser responsable de los daños si el emigrante no podía embarcarse en el puerto de partida o era rechazado en el lugar de destino. La estipulación entre agente y emigrante se sustituyó por la estipulación entre *vettore* y emigrante. Al *vettore* se le atribuyó la obligación, bajo sanción penal (artículo 31 de la ley), de asegurarse de que la autoridad administrativa no hubiera prohibido la emigración y de que el transporte llegase a buen fin. También en este caso, por tanto, el Estado rechazaba el compromiso directo y delegaba a privados funciones de interés público.

La intervención del Estado en el fenómeno de emigración se articuló mejor en el período giolittiano (esto es, de 1901 a 1914), en base a dos líneas directrices que se afirmaron en el primer decenio del siglo XX: la tendencia general a tutelar la relación de trabajo con intervenciones estatales y el planteamiento nacionalista que se estaba delineando en Italia y que llevaba a considerar al emigrante en el extranjero en continuidad de relación con la madre patria. Los mitos de la «gran Italia» y de la «gran proletaria» y la visión de la comunidad italiana no limitada a las fronteras del Estado confluían en una ideología colonialista, si bien mitigada por connotaciones humanitarias.

La acción del Estado durante época giolittiana se expuso sobre todo en tres leyes: la ley del 17 de julio de 1910 número 538 sobre

los órganos administrativos al servicio de la emigración, la ley del 13 de junio de 1912 núm. 555 sobre la ciudadanía (sustituida recientemente por la ley del 14 de enero de 1992) y la ley del 2 de agosto de 1913 número 1075 sobre la tutela jurídica de los emigrantes.

Figura 15.—Origen de los emigrantes italianos. Primer período (1876-1915).

1876-1915	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Piamonte	1.540.120	11,0	38.503
Lombardía	1.342.720	9,5	33.568
Véneto	1.822.740	13,0	45.568
Friuli-Venecia J.	1.407.740	10,0	35.193
Liguria	223.156	1,5	5.578
Emilia	690.175	5,0	17.254
Toscana	763.156	5,5	19.078
Umbría	164.520	1,0	4.113
Las Marcas	390.157	3,0	9.753
Lazio	204.955	1,5	5.123
Abruzzo	595.556	4,5	14.888
Molise	308.035	2,0	7.700
Campania	1.475.930	10,5	36.898
Puglia	382.897	3,0	9.572
Basilicata	385.693	3,0	9.642
Calabria	879.031	6,0	21.975
Sicilia	1.352.930	9,5	33.823
Cerdeña	97.759	0,5	2.443
TOTAL DE EMIGRANTES	14.027.100	100,0	350.677

La primera de las tres leyes agrupaba varios artículos de la de 1901 y preveía una estructura más amplia y eficiente que la del Comisariado General de la Emigración. La modificación, que garantizaba mayor autonomía, fue el resultado —tras vivaces contrastes en el seno del Ministerio de Asuntos Exteriores— de iniciativas tomadas por el Comisariado, y hechas necesarias por la oposición oculta de los *vettori* a la aplicación de la ley precedente. El Comisariado resultó compuesto por una oficina central directiva, oficinas ejecutivas en

el Reino, oficinas de inspección en los principales puertos de emigración (Génova, Nápoles y Palermo, en origen), órganos ejecutivos indirectos, comités de distrito y municipales. Durante el viaje marítimo la tutela del emigrante estaba a cargo de los comisarios nombrados por el Estado que iban con él, y en el extranjero de las autoridades consulares que a veces podían utilizar las oficinas de información. El Consejo de la Emigración fue también reformado, reduciéndose el número de componentes y aumentando sus atribuciones.

La ley sobre la tutela jurídica de los emigrantes, del 2 de agosto de 1913 número 1075, acentuó la intervención del Estado en materia de trabajo y fue integrada y modificada por la ley del 24 de enero de 1915 número 173. La ley consideró por primera vez, de manera amplia y autónoma, los problemas de la emigración continental. Reforzó en líneas generales la tutela de los emigrantes transoceánicos y continentales, reformando las sanciones penales previstas por la ley de 1901 a este fin, generalmente criticadas por su insuficiencia y moderación. En cuanto a lo que se refiere a la emigración continental, la ley acogió el principio de que los reclutamientos de los emigrantes se sometieran a una autorización dependiente del examen del contrato de trabajo ofrecido. El contrato de trabajo pasó de esta manera a ser objeto de la tutela estatal, y se transformó en un instrumento mediante el cual fue posible obtener efectos prácticos que se hubieran podido conseguir a través de la estipulación de convenciones internacionales de trabajo que sancionasen internamente las cláusulas impuestas de intervención del Estado.

LAS MODIFICACIONES DEL PERÍODO BÉLICO Y DE LA POSGUERRA

Durante la Primera Guerra Mundial se promulgaron algunas normas, no advertidas en seguida, que introdujeron un rumbo diferente en la legislación referente a la emigración, modificándola sustancialmente. El decreto del 2 de mayo de 1915 número 635 estableció, temporalmente, la obligación del pasaporte para los ciudadanos que abandonaban la patria por motivos de trabajo, previendo una autorización del Comisariado del Trabajo. Después de la guerra, la

autorización prevista se reconfirmó definitivamente (R.D.L. 18 mayo 1919 número 1379). Además el R.D.L. 29 agosto 1918 número 1379 abolió las comisiones arbitrales en los puertos de embarque (que seguían representando un válido órgano de tutela para los emigrantes), transfiriendo la competencia de primer grado para las controversias a los inspectores de emigración, mientras la Comisión Central de Emigración pasaba a ser el único órgano de segundo grado.

En realidad la intervención en materia de emigración realizada con las dos disposiciones era sólo un anuncio de la política del componente nacionalista, y más tarde del fascismo, con tendencia a imponer la voluntad del Estado en numerosas manifestaciones. Para el estado italiano la masa de ciudadanos que se encontraban fuera de sus confines por razones de trabajo tendía a constituirse en un elemento de política nacional.

Las discordancias que se encontraban entre los diferentes textos legislativos en materia de emigración hicieron muy oportuna la promulgación del Texto Único de la Emigración del 13 de noviembre de 1919, que no sólo recogía y coordinaba la legislación precedente, sino que introducía también las innovaciones necesarias. Tuvo también el mérito de establecer principios y definiciones generales que antes faltaban. Se mantenía la vieja distinción entre emigrante continental (según el artículo 10, el que se dirige al extranjero para desarrollar un trabajo manual o para «ejercer el pequeño comercio», o bien para reunirse con el cónyuge u otros parientes allí residentes) y emigrante transoceánico (según el artículo 17, el ciudadano que, encontrándose en las condiciones de las que habla el artículo 10, o viajando en tercera clase, se dirija a un país situado más allá del canal de Suez, excluidas las colonias y los protectorados italianos, o en un país situado más allá del estrecho de Gibraltar) y para los que se adoptaba el «pasaporte rojo» de los emigrantes.

En la disciplina del contrato de trabajo en el extranjero y del contrato de transporte transoceánico, se aumentaron y reforzaron singularmente las normas de carácter inderogable que tendían a tutelar la parte considerada más débil: el emigrante. De gran importancia desde un punto de vista más general es también la disciplina de los órganos administrativos y de jurisdicción especial en materia de emigración. La estructura del Comisariado General de la Emigración se robusteció y sus funciones se ampliaron notablemente; se le

atribuyó sobre todo un poder de intervención, a menudo sustitutivo, en favor del emigrante en los procedimientos ante las jurisdicciones especiales.

Sin duda ninguna el conjunto de las normas italianas en materia de emigración —tanto de derecho privado como de derecho administrativo o procesal civil— llegó a presentar una unidad según las finalidades perseguidas y una diversidad respecto al derecho común. El derecho de la emigración fue definido por los estudiosos de doctrina como un sistema de «derecho especial», que se podía contraponer en ocasiones al derecho común, en tanto que estaba inspirado con el fin de tutelar al emigrante, incluso sustituyendo su voluntad, según una concepción de tutela activa en una perspectiva internacional.

La primera política migratoria fascista

En el análisis de la política migratoria fascista es preciso distinguir entre el primer quinquenio, que va de 1922 a 1926 —en el que se verifica una sustancial continuidad con el rumbo precedente, sobre todo a través de la mediación del órgano técnico del Comisariado General de la Emigración— y el período siguiente. En 1926 se inicia una nueva fase de la política migratoria fascista, caracterizada por una clara inversión de los principios adoptados hasta el momento, y que lleva a la supresión del Comisariado en 1927.

En su primera fase de continuidad de la tradición liberal, la política migratoria fascista trató de alcanzar el máximo experimentalismo en relación con los mercados de trabajo extranjeros (se estaban realizando incluso proyectos de colonización italiana en Rusia) explotando las ocasiones de colocación de la mano de obra italiana en una óptica de colaboración internacional, perseguida con mayor fuerza y resolución en las negociaciones de trabajo. Con la victoria de las «puertas cerradas» en los países de inmigración y la imposibilidad, por tanto, de colocar la mano de obra en el extranjero, Benito Mussolini —jefe de gobierno desde 1922— se vio obligado a orientarse hacia la explotación integral del territorio nacional. Sufrió la exclusión de los italianos de Estados Unidos, en 1924, como un tratamiento injusto, pero prefirió presentar la línea —avanzada por

otros numerosas veces— de la colonización interna como una opción inherente al régimen.

Figura 16.—Emigración hacia diversas áreas geográficas. Segundo período (1916-1942).

1916-1942	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Reino Unido	27.713	0,5	1.026
Benelux	115.850	2,5	4.290
Francia	1.568.980	36,0	58.110
Alemania	88.907	2,0	3.292
Suiza	319.184	7,5	11.821
EUROPA	*2.245.660*	*51,5*	*83.172*
Canadá	47.762	1,0	1.768
Estados Unidos	1.045.850	24,0	38.735
NORTEAMÉRICA	*1.093.590*	*25,0*	*40.503*
Brasil	107.516	2,5	3.982
Argentina	672.052	15,5	24.890
Venezuela	5.291	—	195
SUDAMÉRICA	*826.716*	*19,0*	*30.619*
TOTAL AMÉRICA	*1.920.280*	*44,0*	*71.121*
Oceanía	49.144	1,0	1.820
África	133.324	3,0	4.937
Asia	6.788	—	251
EXTRAEUROPEA	*2.109.530*	*48,0*	*78.130*
TOTAL DE EMIGRANTES	4.355.240	100,0	161.305

El problema de la emigración se conecta de modo natural a la concepción político-demográfica del fascismo. Mussolini, reaccionando contra la ausencia de política demográfica de los anteriores gobiernos liberales, defendía la tesis optimista del desarrollo de la población italiana y afirmaba que en el suelo italiano podían vivir muchos más millones de italianos. El elemento demográfico era potencia, no sólo numérica sino también cualitativa, cultural y económica. En líneas generales el vitalismo biológico servía de base a mu-

chas argumentaciones y se manifestaba frecuentemente en una concepción de la emigración como hecho voluntario, prueba del valor y de la habilidad de la raza, así como de la vitalidad demográfica. En 1926 Mussolini definió la nueva política demográfica del régimen: incremento de los nacimientos hasta alcanzar los 60 millones al comienzo de los años cincuenta, control de las migraciones al extranjero, saneamiento integral y explotación del suelo interno y, si fuese el caso, ampliación del «espacio vital». La política del incremento demográfico se unió a la lucha contra el urbanismo, considerado como el responsable de la difusión de la mentalidad antinatalista y del rechazo de la vida campesina.

La política migratoria fascista, en realidad, más allá de algunos cambios radicales, y sin contradecirlos, tuvo como hilo conductor la política de la «potencia del número» y de la expansión, expresada como necesidad fisiológica de emigrar, o como legitimación de ocupar un espacio vital. La ostentación de diez millones de italianos en el extranjero —según el censo de 1927, de los cuales ocho y medio estaban en el continente americano—, una especie de ejército pacífico y trabajador, pero movilizable según las presunciones de la propaganda fascista, resultaba atrayente.

En esta óptica de política de potencia, el bloqueo de la emigración al extranjero —paralelamente al bloqueo interno antiurbano— resultó más aparente y parcial que integral; fue en todo caso el resultado de una caída de la demanda extranjera, más que de un cambio de dirección motivado por la mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras. Durante los primeros años después de la guerra, gracias también al activísimo jefe del Comisariado General de la Emigración, Giuseppe de Michelis, se asistió a una intensa actividad de negociación internacional con los tradicionales países de acogida de los trabajadores italianos. El Comisariado se distinguió por numerosas investigaciones, publicaciones, encuentros e iniciativas, tales como cursos de alfabetización y de cualificación profesional, destinados a desarrollar al máximo la calidad de la mano de obra y la tutela de los italianos en el extranjero frente a las crisis anunciadas.

La línea de la disciplina internacional de las migraciones

«Libertad de trabajo disciplinada por acuerdos»: ésta había sido la fórmula adoptada por los gobiernos italianos, apenas terminado el conflicto, cuando se advertía como urgente la reapertura de los mercados de trabajo extranjeros, pretendiéndose también impedir la desordenada afluencia de los emigrantes italianos. El Comisariado General de la Emigración se orientaba, en la medida de lo posible, a alcanzar en la tutela de la mano de obra la igualdad de tratamiento respecto a los trabajadores locales, independientemente de la reciprocidad de tratamiento: objetivo que Italia tratará de llevar adelante en la práctica de los acuerdos de emigración y trabajo y en las reuniones internacionales. En agosto de 1921 Italia trabajó activamente en el seno de la Comisión Internacional de la Emigración, en la Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones, haciendo aprobar una serie de útiles resoluciones.

La línea de la disciplina internacional se concretó en la realización de Conferencias Internacionales sobre la Emigración. La primera se organizó en Roma del 20 al 25 de julio de 1921 en el Comisariado General de la Emigración con los representantes de los gobiernos de los países de emigración y la participación predominante de los países centro-europeos, desde Austria hasta Polonia y Rumanía (en total siete países). La Conferencia adoptó resoluciones acerca de la vigilancia del Estado sobre agentes de emigración e información a los emigrantes, contratos que implicaban retenciones sobre los salarios de los emigrantes, seguros de los emigrantes contra los riesgos del viaje, reclutamientos colectivos, reconocimientos médicos en el país de origen, en el de llegada —y durante el viaje— e igualdad de tratamiento con los trabajadores extranjeros.

Se advertía la urgencia de una mayor conexión entre los diversos países de emigración para dar un peso más considerable a las peticiones comunes; se propuso también la constitución de una oficina de correspondencia en Roma y de un Comité Permanente compuesto por los delegados de cada país, que se puso en marcha en 1923. Dijo Mussolini:

> Los países que se presentan en el juego de la economía mundial como países exportadores de trabajo tienen por esta característica una

> evidente comunidad de intereses; ¿por qué entre ellos este hecho no se convierte en una *conciencia* y una voluntad capaces de encontrar los instrumentos idóneos para defender mejor los intereses de cada uno de ellos mediante una tutela coordinada de los intereses de todos?

El acontecimiento más conocido fue la convocatoria de la Conferencia Internacional de la Emigración que se celebró en Roma en 1924 (del 15 al 24 de mayo). La Conferencia había sido precedida por una Conferencia de los países de inmigración en París y pretendía, pues, probar una primera síntesis de los intentos hasta ahora expresados, gubernativa o internacionalmente, para llegar a formular algunos principios políticamente válidos y aplicables frente a las discriminaciones y al amenazado cierre de los mayores mercados de inmigración. Mussolini, en la apertura, subrayó la función primaria que correspondía a los gobiernos en su definición jurídica del emigrante, de modo que los legítimos intereses de los diversos países de emigración e inmigración se conciliaran en un amplio acuerdo y en un cuadro concertado y de líneas no contradictorias. La iniciativa del gobierno italiano estaba, en sustancia, en la línea de la Oficina Internacional del Trabajo, de la que quería constituir un estímulo y una anticipación. Mussolini veía la emigración como algo profundamente necesario:

> El intercambio de energías de trabajo entre las naciones responde hoy más que nunca a una necesidad de orden económico [...]. Este cambio de energías de trabajo es uno de los factores humanos verdaderamente operativos en la reconciliación espiritual de los pueblos y en el restablecimiento del equilibrio de la producción: sirve de incremento al intercambio de la riqueza entre nación y nación y al desarrollo de la civilización humana.

Pero una reglamentación era necesaria: «Ha llegado el momento de que a los acuerdos económicos, que tienen que ver con el intercambio de riquezas, se añadan los acuerdos para la tutela internacional de los trabajadores».

Esta Conferencia fue la que alcanzó una mayor participación de todas las que hasta el momento se habían llevado a cabo (participaron 59 países) y alcanzó un considerable consenso. Pretendía tener

un carácter predominantemente técnico y no diplomático, aunque estaba claro el intento político de asumir una posición abierta y equilibrada para romper las desconfianzas anti-inmigratorias. Los objetivos y los argumentos principales afrontados en las 50 resoluciones eran de tres órdenes: la asistencia moral y material del emigrante, tanto por parte de los órganos estatales como de instituciones privadas, antes de la partida, durante el viaje y a la llegada; en segundo lugar, los acuerdos para una cooperación cada vez más estrecha y solidaria con el fin de regular las corrientes de emigración en armonía con los intereses y las posibilidades de los respectivos países de emigración e inmigración; en tercer lugar, la formulación de principios generales, en los que debían inspirarse los tratados de emigración y trabajo así como la reglamentación jurídica relativa a los trabajadores extranjeros, tal como la elaboración de un estatuto del emigrante que contuviese las normas fundamentales en las que inspirarse para la normativa sobre la emigración. El intento de crear una sede para un debate internacional desembocó en la propuesta italiana de una segunda Conferencia Internacional de los países de emigración, de carácter técnico también, fijada para 1927; ésta tuvo lugar en La Habana en marzo de 1928, en una época en la cual el problema había perdido ya peso político.

En realidad la Conferencia de 1924, precisamente por su carácter técnico, no tuvo gran incidencia en las desconfianzas entre los distintos países ni en la inminente carrera hacia el proteccionismo. Los Estados Unidos se habían puesto a la cabeza del movimiento con el *Quota Act* de 1921 (un sistema de cuotas por grupos étnicos con base racista), cerrando la entrada sobre todo a latinos y eslavos. Entre las iniciativas que el expansionismo económico fascista trató de llevar adelante, estaba la línea de la valorización económica de la emigración a través del ICLE, esto es, el Instituto de Crédito para el Trabajo Italiano en el Extranjero, invocado desde hacía años como apoyo a las iniciativas privadas de los pequeños empresarios (crédito artesano y agrícola, especialmente en la primera fase de colonización agrícola). De hecho, este Instituto participó en grandes empresas en el extranjero y en maniobras de política financiera, pero a favor de los campesinos emigrantes realizó pocas iniciativas afortunadas de colonización.

Figura 17.—Origen de los emigrantes italianos. Segundo período (1916-1942).

1916-1942	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Piamonte	533.085	12,0	19.743
Lombardía	497.579	11,5	18.428
Véneto	392.157	9,0	14.524
Trentino	119.245	3,0	4.416
Friuli-Venecia J.	378.631	8,5	14.023
Liguria	116.099	2,5	4.299
Emilia	188.955	4,5	6.998
Toscana	258.906	6,0	9.589
Umbría	43.341	1,0	1.605
Las Marcas	114.378	2,5	4.236
Lazio	78.556	2,0	2.909
Abruzzo	157.342	3,5	5.827
Molise	62.620	1,5	2.319
Campania	319.496	7,5	11.833
Puglia	155.632	3,5	5.764
Basilicata	67.203	1,5	2.489
Calabria	281.480	6,5	10.425
Sicilia	449.093	10,5	16.633
Cerdeña	35.666	1,0	1.320
TOTAL DE EMIGRANTES	4.355.240	100,0	161.305

EL «CAMBIO DE RUMBO» FASCISTA

El cambio de rumbo del régimen en materia migratoria tuvo lugar tras la definición de la política demográfica de 1926 y con el abandono del librecambismo migratorio, cuando se comenzó a afirmar cada vez más repetidamente que la emigración era un mal. El fascismo no debía seguir considerando la emigración como un doloroso fenómeno de miseria y debilidad, sino como un problema moral y político de fuerza. Pero la línea de la «valorización nacional» integral, sobre todo económicamente, dio escasos resultados y la política migratoria fascista se encaminó, en breve, hacia objetivos más propiamente políticos. También el mito de la nueva «gran Italia» heredado de algunos ideólogos liberales —conquista pacífica de los

nuevos mercados a través de la expansión del capital— estaba destinado a fracasar bajo el fascismo, dado que el régimen había puesto al frente organismos económicos, burocráticos y políticos más válidos para estimular los intereses del gobierno que la iniciativa privada.

Figura 18.—Retorno de las diversas áreas geográficas.
Segundo período (1916-1942).

1916-1942	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Reino Unido	12.394	0,5	459
Benelux	51.467	2,0	1.906
Francia	842.627	37,0	31.208
Alemania	15.993	1,0	592
Suiza	161.028	7,0	5.964
EUROPA	*1.159.210*	*51,0*	*42.933*
Canadá	13.986	0,5	518
Estados Unidos	627.382	27,5	23.236
NORTEAMÉRICA	*641.368*	*28,0*	*23.754*
Brasil	57.471	2,5	2.128
Argentina	288.287	13,0	10.677
Venezuela	1.114	—	41
SUDAMÉRICA	*367.701*	*16,0*	*13.618*
TOTAL AMÉRICA	*1.009.050*	*44,5*	*37.372*
Oceanía	13.957	0,5	516
África	80.889	3,5	2.995
Asia	4.748	—	175
EXTRAEUROPEA	*1.108.630*	*49,0*	*41.060*
TOTAL	2.267.810	100,0	83.992

La estabilización del régimen, tras la crisis causada por el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti y las transformaciones institucionales que crearon la dictadura (a partir de 1925: irresponsabilidad del jefe de gobierno, supresión de la libertad de prensa, institución del tribunal especial, reforma de los sindicatos, prohibición de las huelgas; hasta llegar a la Carta de Trabajo de

abril de 1927 que subordinaba las fuerzas económicas a la potencia nacional), empezó también a dar una configuración más precisa de los objetivos e instrumentos en el campo migratorio. La preocupación de organizar de manera fascista las comunidades ya establecidas en el extranjero, más que regular el destino de los flujos de salida, en este momento ya frenados, indujo a sustituir al Comisariado General de la Emigración por una Dirección General de los Italianos en el Extranjero, órgano más exquisitamente político y en más fácil relación con la organización de los Fascios Italianos en el Extranjero. La fecha del cambio de rumbo del régimen en materia de emigración fue la supresión del Comisariado el 28 de abril de 1927.

La nueva filosofía, que debía guiar los órganos del gobierno y las representaciones en el extranjero, estaba claramente definida por Mussolini, que ilustraba a la Cámara de los Diputados el aspecto estrictamente político de la disposición y la consiguiente centralización de las actividades por parte del poder de Roma disciplinando y coordinando las desordenadas y autónomas iniciativas puestas en marcha entre las colectividades emigrantes. Emergía así en el exterior el papel político del cónsul, más que de tutela y representación, paralelo a la función central que el régimen había asignado en el interior a los gobernadores civiles.

En una circular a las oficinas diplomáticas y consulares (6 de mayo de 1927) Mussolini definía el espíritu informador de la nueva disposición en términos explícitos:

> El Gobierno Nacional no considera el problema emigratorio solamente como un hecho de orden técnico-administrativo, sino esencialmente como un problema de orden político. La tutela de la colectividad italiana en el extranjero debe ejercerse según un concepto único e inseparable. No puede existir una tutela técnica y asistencial separada de la tutela política. Y viceversa. Normas únicas de un solo órgano: el Ministerio de Asuntos Exteriores. Únicas e inseparables las funciones y las responsabilidades de quien representa la soberanía del Estado en las colectividades italianas en el extranjero: el cónsul.

El subsecretario de Asuntos Exteriores Dino Grandi, ilustrando a la Cámara de los Diputados la disposición, afirmaba que el Comisariado General de la Emigración contradecía en ese momento, de forma estridente, los principios y finalidades perseguidas por el fas-

cismo. Su crítica al Estado liberal, que había dado vida a la ley de 1901, llegaba hasta el punto de afirmar que la lengua con la cual el Comisariado había sido concebido e instituido era una «lengua muerta, incomprensible para la Italia de hoy», y afirmaba: «No, la Italia fascista ya no es la de hace veinte, treinta años. La calificación de emigrante se ha sustituido hoy por la de ciudadano». Al emigrante italiano no había ya que juzgarlo como el que había «abandonado» la patria, sino en su calidad de ciudadano italiano en el extranjero, cuya permanencia en el exterior, además, debía en principio considerarse sólo temporal. Los gobernadores civiles eran llamados, pues, a ejercer la máxima «severidad y parsimonia en la emisión de pasaportes para emigrantes» y a desconfiar de todo aquel que tratara de incitar a la emigración, y de quien tuviera demasiado interés «lícito o ilícito» por la misma.

El 20 de junio de 1927, Mussolini dirigía tres circulares sobre las nuevas orientaciones y límites de la emigración: una a los inspectores de emigración en los puertos de embarque para el control de éste (posesión de contrato de trabajo regular o «acto de llamada» visado por el consulado del lugar para poder emigrar); la segunda a los gobernadores civiles para la emisión de pasaportes; y la tercera a las autoridades diplomáticas para los contratos de trabajo (válidos sólo después de la aprobación consular) y los actos de llamada.

En 1928 se reconfirmaba la oposición a la emigración estable que tenía una única excepción en el acto de llamada, es decir, la de parientes para reunirse con sus familias. «La emigración estable no es consentida por el gobierno fascista, el cual ha invertido por completo, con esto, la concepción imperante anteriormente, según la cual cuantos más ciudadanos emigraran mayor sería el provecho de Italia.»

La emigración temporal se consentía porque se consideraba ventajosa para la economía nacional y para la del ciudadano privado, pero debía estar dotada de un contrato por tiempo limitado. La emigración intelectual o profesional se permitía y alentaba, en cuanto afirmaba el prestigio nacional y constituía una propaganda segura de la cultura y las ideas fascistas. Las líneas de la política migratoria del régimen se delineaban de esta manera: «Denodada defensa de la potencia demográfica de la Patria con la consiguiente prohibición de la emigración estable», «tolerancia de la emigración temporal», «incre-

mento de la expansión económica, industrial, comercial y cultural de la nación mediante la emigración de profesionales, técnicos y estudiantes», «recuperación espiritual de todas las colectividades italianas esparcidas por el mundo, mediante la intensificación de estos contactos materiales y morales entre Italia y los ciudadanos en el extranjero», es decir, en los llamados «baños de italianidad».

Figura 19.—Retorno hacia las distintas regiones italianas.
Segundo período (1916-1942).

1916-1942	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Piamonte	309.997	13,5	11.481
Lombardía	269.854	12,0	9.994
Véneto	229.891	10,0	8.514
Trentino	34.658	1,5	1.283
Friuli-Venecia J.	126.180	5,5	4.673
Liguria	103.183	4,5	3.821
Emilia	96.157	4,0	3.561
Toscana	151.006	6,5	5.592
Umbría	23.409	1,0	867
Las Marcas	43.981	2,0	1.628
Lazio	64.606	3,0	2.392
Abruzzo	77.483	3,5	2.869
Molise	30.217	1,5	1.119
Campania	188.417	8,5	6.978
Puglia	77.864	3,5	2.883
Basilicata	25.353	1,0	939
Calabria	125.409	5,5	4.644
Sicilia	220.647	10,0	8.172
Cerdeña	20.871	1,0	773
No indicada	—	2,0	—
TOTAL	2.267.810	100,0	83.992

LAS RESTRICCIONES FASCISTAS A LA EMIGRACIÓN

La legislación italiana sobre emigración sufrió bajo el fascismo notables modificaciones en sentido restrictivo, especialmente por medio de numerosas circulares que limitaban la libertad de emigra-

ción y aumentaban controles de todo tipo. No obstante, la orientación jurídica de fondo siguió siendo la que había fijado la ley de 1901, reformulada en el Texto Único de 1919 y en la ley de emigración de 1924.

Uno de los aspectos que diferencia la política migratoria de los gobiernos liberales de la del gobierno fascista es, sin duda, la concepción y la ejecución de la asistencia a los emigrantes. Mientras que en los gobiernos precedentes predominaba la orientación de poner al lado de la intervención del Estado la de las organizaciones filantrópicas y de patronato, durante el fascismo se afirmó poco a poco la concepción de un rígido «encuadramiento» de todas las organizaciones asistenciales y sindicales bajo la coordinación y la responsabilidad de un órgano más político que técnico, el Comisariado General de la Emigración primero y el Ministerio de Asuntos Exteriores después. El instrumento para alcanzar este objetivo fue el uso discrecional de las ayudas para las actividades asistenciales, la merma de las cuales mortificaba enormemente las iniciativas de las asociaciones privadas.

La intención del régimen era sustituir progresivamente la acción de las asociaciones italianas en el extranjero (tanto católicas como socialistas) por la de los Fascios Italianos en el Extranjero o el *Dopolavoro* (Educación y Descanso) fascista. En el I Congreso de los Fascios Italianos en el Extranjero, en 1925, cuya acción había levantado perplejidades y reacciones por parte de los estados de acogida, Mussolini mismo se preocupó de dar, por medio del «heptálogo» del italiano en el extranjero, la imagen más aceptable del emigrante fascista: un trabajador tranquilo, respetuoso de las leyes y de la vida política del país de acogida, no pendenciero y pacificador en las controversias «a la sombra del Littorio», modelo que poco tenía que ver con el comportamiento arrogante de los fascistas en el extranjero.

Más que a tutelar al emigrante la acción política tendía a politizar a los grupos de italianos en el extranjero, a combatir los núcleos antifascistas emigrados y a empujar a los emigrantes a volver a la patria. La red consular fue ampliada: entre 1928 y 1929 se abrieron alrededor de 70 nuevos consulados y empezaron su carrera 120 cónsules fascistas. Los Fascios Italianos en el Extranjero tenían la misión de controlar a los emigrantes y vigilar, más o menos cauta-

mente, a los representantes diplomáticos y consulares, aunque en el estatuto se les asignara la defensa de la italianidad y de la asistencia a los compatriotas en el extranjero.

La tendencia a limitar las jurisdicciones especiales, propia del ventenio de entreguerras, se produjo también, y de manera drástica, respecto a la emigración. El R.D.L. del 11 de febrero de 1929 número 358 abolió las jurisdicciones especiales en materia de emigración disponiendo normas transitorias. Más directamente, se tendía a desalentar la emigración con disposiciones que hacían más difícil la emisión del pasaporte, preveían sanciones penales para la emigración clandestina y consideraban reatos algunos comportamientos de los emigrantes en el extranjero.

La emigración clandestina estaba castigada por el Texto Único de las leyes de seguridad pública (R.D. 18 junio 1930 número 773) con arresto de tres meses a un año: la pena era bastante más grave (reclusión de dos a cuatro años) si la causa era por motivos políticos. La ley del 24 de agosto de 1930 número 1278 (que castigaba a todo aquel que favoreciera la emigración con finalidad de lucro o que con cualquier medio publicitario incitase a la emigración a los ciudadanos italianos) y el artículo 645 del código penal (fraude en emigración), todavía en vigor, tuvieron como finalidad declarada la tutela del emigrante, pero indudablemente se inspiraban ya en una gran desconfianza hacia el fenómeno migratorio.

La política italiana de emigración después de 1945

Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la política de emigración se presentaba con un aspecto puramente funcional ante la búsqueda y preparación de remedios a las graves necesidades sociales y económicas en las que se encontraba Italia, semidestruida por la guerra y marcada por los niveles más bajos de pobreza de toda su historia unitaria. Carente de autonomía, la política de emigración se vio condicionada por la necesidad de destruir todo lo que de artificial había producido el restriccionismo fascista.

Ya en 1946 el trabajo para el estudio de los problemas económicos para la Asamblea Constituyente definía la política italiana de emigración como un «lado esencial de la política económica y social

en general», pero subordinado a la política de los países de inmigración. Italia debía, pues,

> promover y buscar nuevas posibilidades de inmigración, y por tanto también de emigración , y por otra parte valorizar su emigración para poder obtener así... las mejores y más ventajosas condiciones de vida y de trabajo [para los emigrantes], y hacer que se les reconociera como elemento esencial del desarrollo económico y de los otros países.

La emigración italiana asume, pues, el carácter de exportación masiva de trabajo, y así es considerada no sólo en la perspectiva del gobierno italiano, sino también (y sin válidas y precisas contrapartidas) en los programas de las renacidas organizaciones internacionales y por los gobiernos extranjeros, la ECA (Agencia de Cooperación Económica) en particular, los otros países europeos y Estados Unidos.

El gobierno de coalición antifascista de junio de 1946 se encontraba frente a un aparato productivo en mal estado y a un problema de desocupación de dimensiones dramáticas. El relanzamiento de la emigración en proporciones masivas se presentaba como el modo más eficaz y oportuno de resolver concretamente el problema de la desocupación. En el informe de la subcomisión para los problemas económicos se constataba con juicio unánime la incapacidad de Italia de dar trabajo a todos, no sólo en la contingencia de la desastrosa posguerra, sino también en las presumibles condiciones futuras del desarrollo económico. La política italiana de emigración debería basarse en intereses bilaterales con el fin de obtener las mejores condiciones para los trabajadores italianos, así como una compensación en materias primas a cambio de la fuerza de trabajo, de gran importancia para la recuperación de la actividad económica. En el informe presentado al Consejo Económico Nacional, en septiembre de 1947, se afirmaba que existían condiciones positivas para una recuperación de la emigración italiana, porque muchos países de tradicional inmigración habían formulado programas de desarrollo económico con demanda de importación de mano de obra.

Tampoco en el debate de las fuerzas políticas en la Asamblea Constituyente (1946-1947) se superó el planteamiento de que la emigración era el único remedio a la desocupación, si es que no necesa-

ria para el desarrollo económico. Se reconocía no sólo que la emigración era el mejor de los remedios contra la desocupación o el medio más eficaz para alcanzar altos niveles de empleo, sino que sin ésta los otros remedios hubieran sido insuficientes o inoperantes por lo cual resultaba una «dura e inevitable necesidad». Las perspectivas de la emigración italiana se presentaban por otra parte positivas, sobre todo porque no había ningún país europeo con tradición migratoria capaz de hacer una «competencia importante a nuestra emigración». La única competencia podía venir de la masa de refugiados (alrededor de medio millón de *displaced persons*) que no podían o no tenían intención de volver a su país de origen. El aspecto negativo estaba constituido, en el plano cualitativo, por la escasa preparación de la mano de obra italiana.

En la Italia republicana se manifestaba una particular preocupación por los aspectos políticos que tantas dudas habían suscitado en los países de asentamiento durante el período fascista:

> El recuerdo excesivamente reciente de la política fascista que, como hemos visto, había hecho también de la emigración un instrumento de expansión política, impone urgentemente a la nueva Italia democrática un radical cambio de dirección.

Se quería impedir con todos los medios que el emigrante fuese mal visto en el extranjero. Esta preocupación de reconducir el papel del estado italiano en relación a los emigrantes dentro de los límites normales de la protección económica, social, jurídica y cultural, abandonando cualquier acción en el campo político llevaba a sugerir que el emigrante no sólo no debía convertirse en «portavoz de las tendencias e ideologías de su país de origen», sino que tenía que abstenerse también de tomar parte en la vida política del país.

En agosto de 1947, con ocasión de la reunión del Comité para la Cooperación Económica Europea, celebrada en París, se constituyó, a petición italiana, un Comité del Trabajo que se hiciera cargo de la situación de grave desocupación existente en Italia. En enero de 1948 se celebró en Roma la Conferencia Internacional de la Mano de Obra, con la participación de los representantes de 16 países de la OECE (Organización Europea para la Cooperación Económica), de los Estados Unidos y de las organizaciones internacionales

interesadas, como la OIT (Organización Internacional del Trabajo), la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) y el Banco Mundial. La principal finalidad de la Conferencia era la coordinación de los flujos migratorios dentro de los países europeos. De las discusiones resultó claro que la demanda de mano de obra no cualificada era superior a la de obreros especializados. Italia, con cerca de dos millones de desocupados estaba capacitada para responder a buena parte de las demandas europeas, dado que no existía competencia válida entre los países abastecedores de mano de obra. Mientras los Estados Unidos se mantuvieron fieles a un sustancial restriccionismo de matriz racista, algunos países latinoamericanos se mostraron interesados en la disponibilidad de los trabajadores italianos. Sobre todo Argentina que, con la toma de poder del general Perón en 1946, había puesto en marcha un ambicioso programa de relanzamiento económico y de industrialización, y había establecido en seguida contactos con Italia, estipulando el primer acuerdo de emigración en 1947.

En 1949 el gobierno italiano presentaba a la ECA un plan para la emigración de 971.000 italianos en cuatro años, dirigidos hacia los países americanos y europeos y hacia Australia. El proyecto estaba basado en la disponibilidad de los medios de transporte marítimo y en los acuerdos bilaterales con los países dispuestos a acoger inmigrantes. Pero las dificultades técnicas y jurídicas no furon pocas, incluso en relación con los países tradicionalmente amigos de Italia. La misión Jacini en Argentina (que llevó a cabo el segundo acuerdo de emigración en 1948) denunció no sólo la carencia de naves para el transporte de los emigrantes, sino también las recurrentes crisis internas y las dificultades de colocación de la mano de obra agrícola e industrial en el extranjero.

La emigración italiana entre normas constitucionales, programas internacionales e insuficiencias institucionales

El debate en la Asamblea Constituyente llevó a la aprobación del texto del artículo 35.4 de la Constitución italiana (que entró en vigor el 1 de enero de 1948), relativo a la emigración, como fusión

de dos propuestas: la primera para el reconocimiento en forma amplia de la libertad de emigración, y la segunda para la tutela del trabajo italiano en el extranjero. Todas las partes políticas estaban de acuerdo en la exigencia de abolir los vínculos y los controles, introducidos por el régimen fascista, sobre el libre traslado de los trabajadores en una Italia democrática. El derecho de emigrar, que entra en el derecho más general de salir y volver a la patria, contemplaba sólo la observación de las obligaciones establecidas por la ley.

El debate sobre las modalidades de la reanudación de la emigración animaba, en cambio, a las fuerzas políticas y sindicales. Los sindicatos italianos tendían a desalentar una emigración esporádica y desorganizada y a favorecer por el contrario cooperativas de trabajo. En contraposición a las «unidades orgánicas de trabajo» propuestas por los sindicalistas, otros partidos preferían apuntar a la inserción de los emigrantes en la organización sindical del país de llegada, asegurándose de la igualdad de tratamiento a través de la ratificación de las convenciones referentes al trabajo.

Gran impulso a la tutela y a la asistencia de los emigrantes trajo consigo la acción de la Iglesia italiana que favoreció, a través de sus organismos, la constitución de una red de decenas de oficinas de asistencia en varios países europeos y americanos. El mismo magisterio de Pío XII volvía a menudo sobre la emigración como agente de una más equilibrada distribución de la población y de los bienes en el mundo y como factor de solidaridad internacional.

Los gobiernos centristas que se sucedieron en Italia realizaron la obra de reconstrucción, siguiendo la precedente tradición del Estado liberal. La política europeísta, perseguida con convicción por el jefe de gobierno Alcide de Gasperi, tendía a la demolición de las barreras aduaneras y proteccionistas, y apuntaba a obtener una mayor y más concreta solidaridad internacional. El objetivo de alcanzar el equilibrio de la balanza de pagos, en el ámbito de una rígida política deflacionista, fue considerado condición esencial para el desarrollo económico, respecto a una dirección del gasto público que favoreciese también las inversiones con los fondos del ERP (Plan de Recuperación Europea).

Ya durante el primer congreso nacional de la Democracia Cristiana, en 1946, se deseaba una «prudente y digna política nacional en materia de emigración». Al año siguiente en Nápoles, en el se-

gundo congreso nacional se afirmaba la exigencia de «una puesta en marcha organizada, tanto individual como colectiva, de nuestros trabajadores en el extranjero». En 1949 Alcide de Gasperi, al cierre del tercer congreso del mismo partido, en Venecia, subrayaba «la exuberancia no sólo de fuerzas no cualificadas, sino también de las técnicas y profesionales» e insistía en la necesidad de la expansión y de la penetración pacífica del trabajo, la técnica y la cultura italianas en el mundo, como un «retomar vías conocidas». Mariano Rumor, otro importante exponente de la Democracia Cristiana, planteaba el problema emigratorio como «el principal interés de la misma política exterior cuya solución condiciona el equilibrio italiano, que a su vez condiciona el mismo equilibrio europeo». Se abría la posibilidad de construir un cuadro de solidaridad internacional para desarrollar en el país «una conciencia emigratoria» y de los problemas de la selección y de la cualificación de la fuerza de trabajo emigrante para adecuarla a las necesidades de la demanda internacional de trabajo.

También los partidos de izquierda, si bien con matices diversos y denunciando los retrasos del gobierno, justificaban el fenómeno migratorio. Todas las fuerzas políticas tendían a hacer de la emigración el correctivo de la desocupación y de la subocupación. En la elección del éxodo no faltaban preocupaciones de orden social debidas a la naturaleza crónica de la desocupación y las tensiones sociales que podían nacer en ausencia de válvulas de desahogo en el extranjero.

En la óptica de De Gasperi el problema de la emigración se veía en estrecha conexión con la perspectiva europeísta. El memorándum del ministro de Asuntos Exteriores Carlo Sforza, de octubre del 1948, insistía en que el proyecto de Unión Aduanera con Francia debía considerarse como el primer paso hacia una integración europea. Aunque el proyecto no tuvo ninguna realización concreta, consintió a las fuerzas políticas y empresariales el empezar a discutir con más realismo sobre estos problemas. En esta óptica había quien sostenía que la cooperación internacional era el mejor instrumento para alcanzar los objetivos de aumento de la producción, desarrollo del volumen de los intercambios de mercancías y de las salidas y vías nuevas para la colocación de la mano de obra excedente.

Se hacía indispensable, pues, una política activa para tratar de expandir la fuerza de trabajo, a través de acuerdos bilaterales y con

el apoyo de la financiación internacional. Italia consiguió estipular acuerdos de trabajo con casi todos los países europeos entre 1946-1950 y con algunos países transoceánicos (acuerdo de emigración con Argentina en 1947 y 1948, con Brasil en 1950 y con Australia en 1951). En el plano internacional Italia obtuvo del Banco Mundial, creado por la ONU, la inclusión entre los países cuya emigración había que favorecer, y consiguió que en 1950 se le asignara, en el ámbito del ERP, una ayuda para iniciativas en favor de la emigración y para la asistencia técnica a los emigrantes. La actividad del CIME (Comité Intergubernativo para las Migraciones Europeas), creado por la Conferencia de Bruselas de 1951, se concentró en el transporte asistido de emigrantes y en la asistencia a los gobiernos para acoger y colocar a éstos. El gobierno italiano proporcionó su apoyo en este campo a través de la ley del 10 de agosto de 1950 de financiación del ICLE (Instituto de Crédito para el Trabajo Italiano en el Extranjero), que preveía programas extraordinarios en el campo de la colonización agrícola. Por desgracia este sector, ligado a una visión ya superada de la economía agrícola, se encontró en el espacio de pocos meses con modestos resultados, y también quiebras, en Brasil y en Chile.

El nudo central alrededor del cual giró durante años la problemática institucional de la emigración fue la exigencia de la creación de un órgano directivo único, de naturaleza técnica, antepuesto a la política de emigración. Desde el final de la guerra se habló con insistencia de la reconstitución de un organismo del tipo del Comisariado General de la Emigración. La convicción de su necesidad se concretó mucho más tarde, durante la víspera de la I Conferencia Nacional de la Emigración de 1975 (formalmente con la institución del Comité Interministerial para la Emigración el 15 de septiembre de ese año, órgano dotado de escasos poderes y de ninguna iniciativa). 30 años antes, en un contexto totalmente diferente, y frente a urgentes necesidades, el tema se había debatido ásperamente, justo después de la institución del nuevo Ministerio de Trabajo el 10 de agosto de 1945 (competente para la preparación de los emigrantes) y la creación de la Dirección General de la Emigración (26 de diciembre de 1946), competente para la actividad en el extranjero. Era opinión común que la competencia de un órgano único hubiera podido evitar muchos inconvenientes en esa caótica posguerra, y haber hecho

cumplir mejor a Italia lo que estaba en sus posibilidades en cuanto a la mejora de la organización de los indispensables servicios de emigración. La ineficacia de la burocracia, la proliferación de los especuladores, la carencia de alojamientos en el extranjero, así como la ausencia de servicio consular, se convirtieron en lagunas repetidamente deploradas y seguirían siendo, por desgracia, un dato crónico.

Los líderes más acreditados de las asociaciones de emigración católicas (el diputado Stefano Jacini) y socialistas (el diputado Riccardo Bauer) eran favorables a un órgano especial, único, apolítico, y dotado de amplia autonomía, encargado de tratar todos los problemas referentes a la emigración. Pero la división de competencias entre el Ministerio de Trabajo, en materia social, y el Ministerio de Asuntos Exteriores, en materia de emigraciones —ya entonces criticada— impidió, de hecho, la creación de este organismo, y contribuyó a crear muchos inconvenientes y a fomentar la escasa colaboración institucional entre los distintos organismos. Faltando un organismo técnico, la política de emigración, delegada generalmente en un subsecretario de Asuntos Exteriores, pasó a ser en gran medida inoportuna e ineficaz. Tampoco las distintas propuestas políticas, como la creación de un Consejo Consultivo para la Emigración defendida por Stefano Jacini en 1948, ni las sucesivas proposiciones de ley en materia de emigración obtuvieron ningún resultado, signo evidente del escaso interés que en este momento se venía dedicando a la mano de obra en el extranjero.

En octubre de 1948 se presentó sin éxito el proyecto de ley Giava-Dazzi sobre la reconstitución pura y simple del Comisariado General de la Emigración. En 1949 tuvo análoga suerte la propuesta del Consejo Superior de la Emigración, presidido por el ministro de Trabajo (el proyecto no era compartido por el Ministerio de Asuntos Exteriores). En 1955 se llegó a la presentación de un proyecto de ley, con la firma de 200 diputados de la Democracia Cristiana, del Partido Socialista Demócrata y del Partido Republicano, que preveía la institución de un Alto Comisariado para el Trabajo en el Extranjero, dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros (esto es, el jefe de gobierno), al lado de un Comité Central de Emigración, con la misión de garantizar la indispensable colaboración con las otras administraciones estatales en la intervención directa en el extranjero y en la coordinación de los entes de tutela. El único re-

sultado concreto fue el establecimiento, en 1955, de una comisión de estudio para la redacción de una nueva ley en materia de emigración. No obstante el trabajo de varios meses y la aportación de una redefinición del emigrante y de algunas estructuras útiles (como el Fondo de Asistencia a Emigrantes) no se llegó a resultados prácticos (igual ocurrió con la comisión especial de 1957 para la reordenación de la legislación emigratoria).

En aquellos años urgía ya sobre todo la demanda de una integración europea y de la libre circulación de la mano de obra italiana. La tragedia minera de Marcinelle, en Bélgica, en 1956, al mismo tiempo que subrayaba dramáticamente la urgencia de medidas de protección adecuadas a los emigrantes, confirmaba la división de las fuerzas políticas en cuanto a una estrategia de conjunto y a disposiciones concretas. La perspectiva europea, que estaba abriéndose con sus notables potencialidades, tendía a reforzar en la clase dirigente la coartada para afrontar una política orgánica y específica de la emigración. También en la izquierda la carencia de un análisis adecuado sobre los problemas relacionados con la emigración llevaba, o a formulaciones genéricas, que planteaban el problema sólo en términos de responsabilidad de las clases dirigentes, o a la aceptación del hecho consumado del éxodo de masa. El emigrante no se incluía en los procesos de desarrollo de la sociedad italiana, a la cual había contribuido, a su modo, en gran medida.

Hacia la libre circulación de los trabajadores en Europa y la creación de órganos representativos de los emigrantes italianos

Desde que en 1948 se instituyó la OECE (Organización Europea para la Cooperación Económica), que tenía como finalidad la colaboración entre los estados europeos, y más tarde el Consejo de Europa (fundado en Londres en 1949) y sobre todo la CECA (Comunidad Europea para el Carbón y el Acero) en 1951, y la UEO (Unión Europea Occidental) en 1954, Italia sostuvo el principio de la libre circulación de mano de obra, servicios y capitales. Se difundía cada vez más la convicción de la necesidad de formas más profundas de colaboración, que crearan una concreta solidaridad ins-

taurando bases comunes de desarrollo económico. La etapa en la que concluye este recorrido estuvo representada, en cierto modo, por la firma en 1957 de los tratados de las futuras Comunidad Europea de la Energía Atómica (EURATOM) y Comunidad Económica Europea (CEE) por parte de seis gobiernos (Francia, Italia, Alemania Federal, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo). Se declaraba la intención de querer abolir las barreras que dividían Europa y de favorecer el constante mejoramiento de las condiciones de vida y de ocupación de sus pueblos, vinculándose para la eliminación de los obstáculos a la libre circulación de personas, servicios y capitales y para la creación de un Fondo Social Europeo para mejorar las posibilidades de ocupación de los trabajadores.

Figura 20.—Emigración hacia diversas áreas geográficas.
Tercer período (1946-1976).

1946-1976	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Reino Unido	166.402	2,0	5.367
Benelux	381.692	5,0	12.312
Francia	1.032.730	14,0	33.313
Alemania	1.137.810	15,0	36.703
CEE	2.718.590	36,0	87.696
Suiza	2.330.230	31,0	75.168
EUROPA	*5.109.860*	*68,5*	*164.834*
Canadá	440.796	6,0	14.219
Estados Unidos	488.483	6,5	15.757
NORTEAMÉRICA	*929.279*	*12,5*	*29.976*
Brasil	124.227	1,5	4.007
Argentina	500.116	7,0	16.132
Venezuela	260.048	3,5	8.388
SUDAMÉRICA	*944.518*	*12,5*	*30.468*
TOTAL AMÉRICA	*1.873.690*	*25,0*	*60.441*
Oceanía	360.708	5,0	11.635
África	88.852	1,0	2.866
Asia	13.958	—	450
EXTRAEUROPEA	*2.337.220*	*31,5*	*75.394*
TOTAL DE EMIGRANTES	7.447.330	100,0	240.236

Bajo constante presión italiana, tras una laboriosa discusión, se aprobó en junio de 1961 el reglamento relativo a las primeras medidas para la realización de la libre circulación de los trabajadores en el Mercado Común Europeo (MEC); un nuevo y más avanzado reglamento para la libre circulación de los trabajadores pertenecientes a los países miembros entraba en vigor en mayo de 1964. Las nuevas normas, aun con todas las insuficiencias y reticencias de cada una de las legislaciones nacionales, presentaban una característica decididamente innovadora en cuanto a la figura del emigrante tradicional, presentando los contornos de la del «trabajador europeo», ciertamente más conforme a las exigencias modernas, aunque no bien definida.

Si bien la dimensión europea ayudó indudablemente a algunos sectores importantísimos de la industria nacional, modelando la producción italiana en función de la demanda extranjera y de una tecnología superior, acentuó, sin embargo, el dualismo sectorial y territorial entre norte y sur, determinando ulteriores desequilibrios en el mercado de trabajo italiano. A partir de esos años la emigración resultó predominantemente meridional. Diversas fuerzas políticas, sindicales y religiosas advirtieron también las ambigüedades de la prioridad de los ciudadanos comunitarios en la libre circulación y propusieron una línea de defensa de todos los trabajadores, cualquiera que fuese su procedencia.

Con la política de planes (que tomó forma de ley en 1967), el Programa 1966-1970, por primera vez pronosticaba (en el artículo 5) «una gradual reducción del saldo de las corrientes migratorias italianas con el extranjero», fundada sobre la «prevista anulación del saldo migratorio a lo largo del próximo decenio». Se comenzaba a dar mayor peso a la tutela de los derechos de los trabajadores italianos en el extranjero, así como a la formación profesional y al tratamiento asistencial y social a través de la acción comunitaria en el ámbito de la CEE y con acuerdos y convenciones bilaterales (artículo 41).

A principios de los años sesenta en Italia se puso en marcha un replanteamiento de la política migratoria. El éxodo de masa entonces registrado era el aspecto más emblemático del desgaste de un sistema económico caracterizado por la simultánea expansión de los sectores avanzados y por el abandono de los sectores atrasados, sobre todo en el sur, diversamente asistidos. A las investigaciones ofi-

ciales promovidas por el CNEL (Consejo Nacional de la Economía y del Trabajo) y por otros organismos (principalmente la agencia de financiación de las regiones meridionales llamada Cassa del Mezzogiorno), iba añadiéndose una vasta producción de estudios sobre los problemas de la emigración (incluido el nacimiento de una revista especializada como *Studi Emigrazione* en 1964); una literatura que en cualquier caso tendía a una valoración crítica de los costes sociales en las zonas de éxodo y en las de llegada, donde los procesos de integración no resultaban en absoluto fáciles ni de corta duración. La reflexión del Concilio Vaticano II sirvió para plantear la emigración en términos globales y propositivos, y no ya como el resultado adquirido de las distorsiones del desarrollo económico y de sus dualismos.

El Proyecto 80, redactado por uno de los Ministerios económicos italianos, el del *Bilancio e della Programmazione economica*, preveía para los años 1971-1975, una anulación del saldo migratorio y una clara opción europeísta en la programación para «colmar el vacío de poder que la integración de los mercados ha creado a nivel nacional» y plantear una política de desarrollo regional dirigida a reducir la separación entre las zonas deprimidas y las más avanzadas del país.

Por lo que se refiere a las iniciativas políticas y representativas destinadas a relanzar el papel de la emigración, hay que recordar la propuesta de una Conferencia Nacional de la Emigración, avanzada por el secretario del Partido Comunista Palmiro Togliatti en la campaña electoral de 1963. En 1967 se instituyó finalmente en el Ministerio de Asuntos Exteriores el Comité Consultivo de los Italianos en el Extranjero, la primera estructura representativa de las comunidades de emigrantes, aunque sólo con base, inicialmente, de cooptación de socios. En 1971 el Comité se reestructuró con una mayor representación (en realidad sólo 39 representantes de las colectividades emigrantes). En 1976 este organismo se disolvió para ser inmediatamente sustituido por otro más representativo: éste en realidad se instituyó mucho más tarde, en 1989, como Consejo General de los Italianos en el Extranjero. La instancia para una mayor participación de los emigrantes en la vida de la madre patria se había acrecentado enormemente a raíz de la mayor facilidad e intensidad de las comunicaciones.

Los sindicatos italianos avanzaron en 1969 propuestas unitarias sobre el problema migratorio, sobre formas y demandas de consulta e intervención, y sobre la política activa de la mano de obra en relación a la creciente integración de las economías nacionales. Como resultado del nuevo papel que el movimiento sindical iba adquiriendo en la sociedad italiana, después de 1969, solicitaba participar en todas las fases de la política migratoria.

Figura 21.—Retorno de las diversas áreas geográficas. Tercer período (1946-1976).

1946-1976	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Reino Unido	53.200	1,0	1.716
Benelux	179.298	4,0	5.783
Francia	548.483	12,5	17.693
Alemania	868.255	20,0	28.008
CEE	1.649.170	38,0	53.199
Suiza	1.935.240	45,0	62.427
EUROPA	*3.628.430*	*84,0*	*117.046*
Canadá	44.454	1,0	1.434
Estados Unidos	95.659	2,0	3.085
NORTEAMÉRICA	*140.113*	*3,0*	*4.519*
Brasil	45.007	1,0	1.451
Argentina	122.012	3,0	3.935
Venezuela	123.776	3,0	3.992
SUDAMÉRICA	*311.882*	*7,0*	*10.060*
TOTAL AMÉRICA	*451.995*	*10,5*	*14.580*
Oceanía	54.333	1,0	1.752
África	172.795	4,0	5.574
Asia	12.033	—	388
EXTRAEUROPEA	*691.156*	*16,0*	*22.295*
TOTAL	4.319.560	100,0	139.340

Los sindicatos, además, animaban la propuesta de una Conferencia Nacional de la Emigración, que debería realizarse con ocasión del 50 aniversario de la OIT. Buena parte de los análisis y de las in-

dicaciones del mundo del trabajo confluyeron después en la investigación del CNEL sobre la emigración (1970) que añadía, a las numerosas y concretas propuestas de la intervención un atento análisis político del fenómeno migratorio, definido como «movilidad obligada».

En 1969 se ponía en marcha una investigación parlamentaria sobre los problemas de la emigración. En el informe definitivo se afirmaba el concepto de fondo de que «el patrimonio humano es un bien que es necesario defender y utilizar con segura ventaja para el Estado, en cuanto factor indispensable para el desarrollo económico y social del país». De esta premisa nacía el juicio de que el fenómeno migratorio «no puede ser aceptado de modo fatalista, sino que es necesario afrontarlo como situación anómala que hay que corregir y eliminar gradualmente con el desarrollo equilibrado de todos los sectores sociales y territoriales». El informe de la comisión, que hacía suya también la propuesta de la Conferencia Nacional, representaba una toma de conciencia significativa en el plano institucional de la importancia del fenómeno y de la necesidad de que éste fuera afrontado globalmente. Es interesante señalar que esta toma de conciencia del Parlamento llegó solamente al final del ciclo migratorio italiano.

Había comenzado ya en aquellos años un replanteamiento acerca de los reglamentos de libre circulación en la CEE, sobre cuya eficacia y validez el mismo Ministerio de Trabajo italiano tenía dudas. La situación de desventaja inicial, que tendía a transformarse en permanente, del trabajador obligado a buscar trabajo en cualquier condición no escapaba a los observadores políticos; el malestar de los emigrantes estaba destinado a agravarse en cada escaramuza de crisis económica en Europa, que devolvía a su patria a muchos trabajadores italianos; señal de que los mecanismos tradicionales del desarrollo expansivo ya no funcionaban.

Convocada después de no pocos retrasos, se celebró finalmente en Roma la I Conferencia Nacional de la Emigración (24 de febrero-1 marzo 1975). La finalidad era

> profundizar y volver a definir las líneas de una política para la emigración para poder realizar un amplio análisis del fenómeno migratorio, con particular atención a las causas y las consecuencias de la emigración for-

zada y a su superación, a la situación ocupacional [...], a la tutela de los derechos civiles y políticos, a la seguridad social, a la enseñanza y la cultura, a la formación profesional y al planteamiento de una política orgánica de regresos.

Figura 22.—Origen de los emigrantes italianos. Tercer período (1946-1976).

1946-1976	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Piamonte	141.669	2,0	4.569
Lombardía	475.799	6,5	15.348
Véneto	856.844	11,5	27.640
Trentino-Alto Adigio	102.989	1,5	3.322
Friuli-Venecia Julia	386.685	5,0	12.473
Liguria	81.876	1,0	2.641
Emilia Romagna	283.244	4,0	9.136
Toscana	172.633	2,5	5.568
Umbría	60.728	1,0	1.958
Las Marcas	172.693	2,5	5.570
Lazio	293.352	4,0	9.462
Abruzzo	464.505	6,0	14.984
Molise	248.344	3,5	8.011
Campania	936.561	12,5	30.211
Puglia	856.503	11,5	27.629
Basilicata	242.456	3,0	7.821
Calabria	752.372	10,0	24.270
Sicilia	785.056	10,5	25.324
Cerdeña	109.430	1,5	3.530
Total	7.447.330	100,0	240.236

Se presentaron varios informes generales sobre las causas estructurales de la emigración en Italia y sobre su superación, sobre la política activa del trabajo en los campos interno e internacional, sobre los derechos del trabajador migrante y los instrumentos multilaterales y bilaterales de tutela, y sobre los instrumentos de participación para una nueva política de la emigración. La Conferencia Nacional, en la que participaron 300 delegados y 250 representantes de las fuerzas políticas y sociales, daba testimonio de la maduración de una fase nueva de la historia de la política de la emigración, marca-

da por los más amplios niveles de movilización y participación, de los cuales era una prueba la elaboración de instancias políticas, sindicales y asociativas expresadas por las fuerzas, incluso de diferente orientación, que desde siempre trabajaban en el ámbito de la emigración.

Figura 23.—Retorno a las distintas regiones italianas. Tercer período (1946-1976).

1946-1976	*Total*	*Porcentaje*	*Media*
Piamonte	190.426	4,5	6.142
Lombardía	337.000	8,0	10.870
Véneto	483.463	11,0	15.595
Trentino-Alto Adigio	81.867	2,0	2.640
Friuli-Venecia Julia	243.425	5,5	7.852
Liguria	76.656	2,0	2.472
Emilia Romagna	164.578	4,0	5.308
Toscana	133.193	3,0	4.296
Umbría	51.009	1,0	1.645
Las Marcas	116.232	2,5	3.749
Lazio	132.545	3,0	4.275
Abruzzo	225.479	5,0	7.273
Molise	117.827	3,0	3.800
Campania	521.856	12,0	16.834
Puglia	573.876	13,0	18.512
Basilicata	155.954	3,5	5.030
Calabria	301.057	7,0	9.711
Sicilia	324.115	7,5	10.455
Cerdeña	66.146	1,5	2.133
No indicada	—	1,0	—
TOTAL	4.319.560	100,0	139.340

En conjunto los factores positivos de la Conferencia fueron la confrontación y el esfuerzo de investigación entre fuerzas políticas, sindicales, culturales y asociativas de diversa inspiración, unidas en la reclamación de una más amplia democracia participativa no sólo en Italia, sino también en los lugares de asentamiento en el extranjero, al menos a través de las elecciones administrativas. El mismo go-

bierno tenía que tomar conciencia de las causas patológicas a las que estaba ligado el fenómeno migratorio, que debía afrontarse con una mayor conciencia de las complejidades sociales. Visión más consciente que se transparentaba en las palabras del jefe de gobierno, el democristiano Aldo Moro:

> La emigración no se mirará como un fenómeno marginal y fatal del proceso de desarrollo económico y social del país, válvula de escape para las regiones deprimidas y fuente de valiosas divisas para la balanza de pagos. El gobierno se compromete, por el contrario, a considerar la emigración como «problema nacional», cuya solución está íntimamente relacionada con los temas generales del desarrollo del sur, el desarrollo de la desocupación y de la productividad, el crecimiento económico y social del país y la superación de los desequilibrios sectoriales y territoriales.

Moro deseaba que la emigración fuera una decisión libre, y no una necesidad, para desarrollar en el extranjero, con dignidad y seguridad, «otra función de apreciado trabajo y de amalgama entre los pueblos [...]».

El presidente del comité organizador de la Conferencia Nacional de la Emigración, el diputado Luigi Granelli, afirmaba que la emigración «es una cuestión nacional que involucra tanto a las estructuras económicas y sociales de nuestro país como a nuestra política internacional», por la cual «la Italia democrática se interroga sobre los problemas relacionados con la perduración de una emigración forzada que ha sido una dolorosa constante en nuestra historia».

Al finalizar los años setenta, y paralelamente a la caída de los flujos migratorios, los temas de la emigración parecían haber perdido peso político. Frente a las transformaciones estructurales de las comunidades italianas en el extranjero y a los nuevos escenarios internacionales, parecía oportuno hacer hincapié más sobre las comunidades asentadas que sobre el movimiento migratorio. Las comunidades italianas en el extranjero podían constituir presencias dinámicas de la cultura y de la economía italiana en un horizonte más abierto y multicultural. Para redefinir la nueva política de emigración, llegada ya al cierre del *trend* secular que no veía a Italia como un país de emigración, sino de inmigración, tras las profundas transformaciones sociales, demográficas y económicas del país, se

convocó la II Conferencia Nacional de la Emigración, celebrada en Roma (28 de noviembre-3 de diciembre de 1988). Ésta constituyó también el punto de llegada, si no la culminación, de muchas de las demandas del mundo de la emigración italiana, avanzadas desde hacía muchos decenios, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial (véase el capítulo V).

Figura 24.—Movimiento migratorio desde Italia hacia el extranjero: salidas, retornos y balance.

Años	*Salidas*	*Retornos*	*Balance*	*Salidas* / *Retornos* × *100*
1976	97.247	115.997	+18.750	119,3
1977	87.655	101.985	+14.330	116,3
1978	85.550	89.897	+4.847	104,2
1979	88.950	91.693	+2.743	103,1
1980	84.877	90.463	+5.586	106,6
1981	80.537	84.570	+4.033	105,0
1982	98.241	92.423	−5.818	94,1
1983	85.138	87.804	+2.666	103,1
1984	77.318	77.002	−316	99,56
1985	66.737	67.277	+540	100,8
1986	57.862	56.006	−1.856	96,8
1987	54.594	53.283	−1.311	97,6
1988	49.381	49.102	−279	99,4

III

LA ASISTENCIA Y LAS ORGANIZACIONES DE LOS EMIGRANTES ITALIANOS EN EL CONTINENTE AMERICANO

La aportación de los católicos italianos a la tutela legislativa del emigrante

El problema de la tutela legislativa de la emigración en Italia ha conocido, como se sabe, diversas fases, la primera de las cuales cubre el período que va desde la unificación nacional (1861) hasta 1888, cuando el Parlamento promulgó la primera ley sobre este asunto. Esta primera fase va acompañada por el proceso de progresivo aumento de la emigración a partir de mediados de los años setenta. Frente a este fenómeno, que poco a poco asumió una amplitud cada vez mayor, surgieron una serie de disposiciones administrativas y de circulares ministeriales a menudo incoherentes y contradictorias entre ellas.

Si se excluye la ley del 21 de diciembre de 1873 sobre la prohibición del empleo de niños en profesiones ambulantes (que trataba de tutelar la explotación a la que estaban sometidos niños y niñas en oficios ambulantes tanto en el centro y norte de Europa como en la América septentrional), no se logró una ley orgánica que tutelara la emigración a pesar de que el problema empezaba ya a suscitar interés tanto a nivel parlamentario como de opinión pública, y a pesar de los ocho proyectos de ley presentados entre 1877 y 1888, de los cuales ninguno consiguió llegar a buen puerto.

En estos años, en los que la polémica acerca de los problemas de la emigración y de las medidas necesarias para su tutela se desarrolla notablemente, hasta llegar a ser un argumento no marginal en el debate político y económico-social, se percibe por parte del movi-

miento católico italiano organizado una limitada sensibilidad al problema. Habrá que esperar a finales de la década de 1890 para ver despertarse en el seno de la mayor organización del laicado católico del siglo XIX (la Obra de los Congresos) el interés por un fenómeno que presentaba numerosas facetas sociales, morales y religiosas y que, por otra parte, involucraba directamente a ese mundo campesino que era objeto privilegiado de las atenciones del catolicismo intransigente (el que se oponía a una colaboración con el Estado liberal italiano, sobre todo después de la llamada «cuestión romana» con la ocupación de Roma, en 1870).

No puede decirse lo mismo de las corrientes católico-liberales y conciliatorias, que, en cambio, a partir de los años setenta se mueven con una particular atención al fenómeno, aunque en muchos casos, sobre todo en la primera fase, no parece que el problema de la tutela del emigrante produzca tan vivo interés como las perspectivas de carácter económico y político.

El catolicismo liberal de los años ochenta reconoció sin duda en la emigración un peliagudo fenómeno social y económico, que era necesario seguir, interpretar y guiar; juzgó necesaria una buena legislación sobre la tutela de los emigrantes, sin descuidar por ello un amplio proyecto ligado a la expansión colonial, que entonces se interpretaba generalmente como la panacea para los emigrantes italianos y para el desarrollo económico, industrial y comercial del país.

Con el comienzo del interés de monseñor Giovanni Battista Scalabrini, obispo de Piacenza, por los problemas de la emigración, comenzó a hacerse evidente un compromiso de los católicos dirigido hacia la tutela de los emigrantes y que tendía a pedir al gobierno, Parlamento e instituciones que se hicieran cargo del problema y encontraran una solución, sobre todo a nivel legislativo. Data de 1887 el opúsculo de monseñor Scalabrini, *La emigración italiana en América,* que desplaza el discurso de los temas de la prosperidad nacional al de los valores de la persona humana. Se percibe también en él escasa confianza en el colonialismo, encontrando crédito, en cambio, la perspectiva de la colonización de áreas agrícolas de América del Sur.

La atención más grande de Scalabrini estaba dedicada al problema de la legislación sobre la tutela de los emigrantes. El suyo fue un auténtico acto de acusación contra la inercia de la clase dirigente li-

beral, casi ausente ante un fenómeno social de tan amplias dimensiones. Scalabrini solicitaba, pues, una ley en favor de los emigrantes en América: deseaba una asociación de patronato que debía de surgir en Italia y desempeñar una acción religiosa y laica a la vez.

En 1887 monseñor Scalabrini constituía en Piacenza el Instituto Misionero Cristoforo Colombo para los emigrantes italianos en América (más tarde Congregación de los Misioneros de San Carlos). A principios de 1889 promovió, también en Piacenza, la Asociación de Patronato para la Emigración, que en 1894 tomó el nombre de Sociedad de San Rafael, confiada a la guía del marqués Giovanni Battista Volpe Landi, con la misión de desempeñar la acción laica de asistencia a los emigrantes.

Pero Scalabrini seguía sobre todo con gran atención la actividad legislativa, convencido de que cualquier esfuerzo o cualquier iniciativa eran inútiles en ausencia de normas concretas que tutelaran a los emigrantes de las muchas formas de especulación. Cuando supo de un proyecto de ley ministerial en materia de emigración consideró oportuno intervenir con una carta abierta titulada *El proyecto de ley de la emigración italiana. Observaciones y propuestas de un obispo* (1888).

Monseñor Scalabrini juzgaba basándose en las numerosas informaciones que había recogido sobre los diferentes tipos de engaño y explotación usados por los agentes de emigración, una figura prevista por el proyecto gubernativo. Consideraba también que el modo de reclutamiento determinaba una emigración estimulada, que contribuía a crear vanas ilusiones. En su carta abierta Scalabrini solicitaba al Parlamento italiano que no descuidase tampoco la tutela de los emigrantes en los países de destino, ni la asistencia educativa depositada en manos de maestros, sacerdotes o jóvenes seminaristas que hubieran obtenido del Estado la exención del servicio militar.

Hay que subrayar también otro aspecto no despreciable de su compromiso sobre la tutela de la emigración. En sus propuestas se percibe, sobre todo, la necesidad de una colaboración intensa y operativa entre instituciones estatales e instituciones religiosas. Se encuentra en él, incluso en la acción en defensa de los emigrantes, la idea del encuentro entre patria y fe que animó las instancias del conciliatorismo católico de la segunda mitad del siglo XIX. Baste recordar su idea de una asociación de patronato, religiosa y laica a la

vez, la colaboración por él promovida de sacerdotes y seminaristas para la educación de los emigrantes, así como la gran tarea confiada a los misioneros, no sólo en lo que se refiere a la asistencia religiosa, sino también sanitaria, cultural, civil, etc.

La ley del 30 de diciembre de 1888 no se hizo cargo de las preocupadas amonestaciones del obispo de Piacenza: sancionaba la plena libertad de emigrar dentro de los límites de orden penal y militar impuestos por la ley, e instituía la figura del agente y subagente de emigración, que tenían que obtener un permiso emitido por el Ministerio del Interior o por los gobernadores civiles. El emigrante entraba en la ley más como objeto que como sujeto.

En el campo católico intransigente, a pesar de que fueran más numerosas en la década de 1890 las intervenciones sobre el tema de la emigración, no pueden ser interpretadas como propuestas orgánicas las de la Obra de los Congresos. Se trató, más que nada, de recomendaciones de los distintos oradores, acogidas en el Congreso pero no traducidas en verdaderas deliberaciones. Por tanto, aunque en el período la actitud de la Obra se presenta como más sensible al problema respecto a los años ochenta, ciertamente no se puede encontrar en la organización del catolicismo intransigente una acción que tienda a empujar a las instituciones hacia una normativa más eficaz en favor de los emigrantes. La causa de esta incapacidad hay que buscarla no tanto en la escasa atención y sensibilidad por el fenómeno como en la cultura misma de la intransigencia católica del siglo pasado, que impedía a los hombres de la Obra hacerse promotores de propuestas, indicaciones o sugerencias al gobierno y al Parlamento, y colaborar con las instituciones en la realización de una legislación más válida en materia de emigración.

En cambio, el grupo que se reunía alrededor de monseñor Scalabrini —que abarcaba también a estudiosos de relieve internacional, como el profesor Giuseppe Toniolo— continuó su camino de denuncia de las carencias legislativas sobre la emigración, proponiendo una profunda revisión de la ley de 1888. Los resultados de la ley habían dado la razón a quien había denunciado sus límites. La situación, documentada sobre todo por las atentas investigaciones llevadas a cabo por el sacerdote scalabriniano Pietro Maldotti en el puerto de Génova, fue sometida en 1896 por Volpe Landi al ministro de Asuntos Exteriores, Emilio Visconti Venosta, subrayando la

exigencia de una nueva ley que evitase la repetición de formas de explotación que los agentes y subagentes, ahora con un permiso y legalmente reconocidos, perpetraban contra los emigrantes. Volpe Landi y Pietro Maldotti, a petición del mismo Visconti Venosta, redactaron un largo memorial que sentaba las bases para una nueva ley sobre la emigración. En particular se pedía una ley que estableciese que nadie podía ser agente de emigración a excepción de armadores, fletadores de naves o sociedades comerciales; que aboliese la figura de los subagentes sustituyéndolos por encargados o correspondientes de las sociedades de navegación y bajo su responsabilidad y control; que crease inspectores de emigración gubernativos con tareas de inspección en los piróscafos que viajaban al extranjero; que limitase a 400 los embarcados en tercera clase; que asegurase el transporte gratuito a los misioneros que se dirigían al extranjero para asistir a los emigrantes; que garantizase estructuras higiénicas y sanitarias en el interior de las naves, suficiente y sana alimentación, y una velocidad mínima de 12 millas a la hora para los piróscafos utilizados en el transporte de emigrantes. Con este documento el grupo que se reunía en torno al obispo de Piacenza ponía en marcha con alentadoras perspectivas la campaña en favor de la revisión de la ley de 1888. También en el plano parlamentario y gubernativo se percibían finalmente las señales de una orientación favorable a una nueva ley sobre la emigración que, sin embargo, tras varias elaboraciones y retrasos, no se aprobó hasta principios de 1901.

En el plano legislativo, con la aprobación por la Cámara de los Diputados y el Senado de la ley del 31 de enero de 1901 número 23, se cerraba la primera fase importante del largo camino que conduciría a una tutela legislativa orgánica de la emigración. Se trató de una ley que se había hecho cargo de muchas de las propuestas avanzadas por los católicos y sobre todo por el grupo de monseñor Scalabrini. La nueva ley, como ya se ha dicho, se inspiraba en la plena libertad de emigrar dentro de los límites del derecho vigente y prohibía el reclutamiento de menores de 15 años. Se instituían: un Comisariado General de la Emigración dependiente del Ministerio de Asuntos Exteriores, inspectores de emigración en los puertos de Génova, Nápoles y Palermo, la figura del médico a bordo, oficinas de protección, de información y de comienzo del trabajo en los países de inmigración, e inspectores de emigración viajantes. A los *vet-*

tori marítimos, que debían obtener una licencia especial del Comisariado General de la Emigración, se reservaba la responsabilidad en las operaciones de reclutamiento de pasajeros desde el lugar de origen hasta el puerto extranjero; se prohibía al *vettore* y a sus representantes incitar públicamente a emigrar ni difundir, con carteles o guías, noticias falsas. La determinación de los fletes se sustraía a la contratación privada, pero debían ser fijados cada cuatrimestre por el Comisariado, de acuerdo con la marina mercante y las cámaras de comercio; el *vettore* tenía la obligación de dar comida y alojamiento al emigrante a partir del mediodía anterior a la fecha de partida; quedaban exentos del servicio militar los alumnos internos de los institutos misioneros hasta la edad de 26 años así como los misioneros que se encontraban en el extranjero. Se instituían albergues en los puertos de Génova, Nápoles y Palermo y, por último, se establecían los requisitos de velocidad, navegabilidad y seguridad de las naves, y las normas para la tutela de las reservas y ahorros de los emigrantes.

Este resultado positivo fue posible gracias a una actitud nueva por parte de la clase dirigente liberal. La atención prestada por hombres de gobierno hay que interpretarla como una señal de los nuevos tiempos, como la superación de una actitud hostil en relación con la Iglesia y los valores religiosos que durante mucho tiempo había distinguido la toma de posición del gobierno y del Parlamento. Era también señal de un proceso de aproximación entre Estado e Iglesia, entre sociedad civil y sociedad religiosa, que en los años sucesivos se confirmó, no tanto en un acuerdo jurídico como en un ámbito nuevo de libertad y tolerancia.

Como ya hemos visto en la parte legislativa, la ley de emigración de 1901 no fue la única ni permaneció idéntica, pero ha constituido en todo momento, hasta nuestros días, la estructura portadora de la legislación italiana sobre emigración.

La acción de los católicos no se agotó ciertamente en este importante sector de intervención sino que se concentró sobre todo en el servicio pastoral y asistencial típico de la Iglesia. También en este campo las iniciativas estuvieron muy diversificadas en el tiempo y en el espacio y dan testimonio de la riqueza de las intuiciones y realizaciones sociales y religiosas promovidas en favor de la emigración en el espacio de un siglo.

LOS PRECURSORES DE LA ASISTENCIA RELIGIOSA A LOS EMIGRANTES ITALIANOS

En el siglo pasado, las comunidades italianas en el extranjero se presentaban bastante problemáticas en el plano religioso, por su consistencia numérica y por su dispersión en el territorio, además de por otros aspectos culturales (la enraizada conflictividad entre Iglesia y Estado) y organizativos, como la escasez del Clero dedicado a la asistencia de los emigrantes. No estará de más recordar que desde 1876 hasta la Primera Guerra Mundial emigraron al extranjero 14 millones de italianos, con una progresión constante y preocupante. Típica de los italianos fue su difusión en varios continentes, con importantes comunidades en todos los países industriales de Europa y en el continente americano.

Sobre todo en algunos grandes países americanos, los italianos estaban completamente abandonados desde el punto de vista religioso. La sensibilidad inicial de la Iglesia italiana frente a este nuevo y masivo fenómeno era en conjunto escasa, y no existían ni siquiera instituciones específicas comparables a las sociedades de patronato extranjeras (del tipo de la alemana *Raphaelverein,* 1871) para asistir a los emigrantes cuando partían.

Pionero de la asistencia a los emigrantes fue Vincenzo Pallotti, más tarde santo, el cual, ya en 1844, envió a Londres a un sacerdote para que asistiera a los italianos: éste fundó allí la iglesia italiana de San Pedro, que conservó durante mucho tiempo el carácter de parroquia nacional. Los «pallotinos» se mostraron sensibles a las exigencias de los emigrantes, enviando en 1884 otros religiosos a Nueva York para asistir a los italianos; en 1886 se dirigieron también al Brasil meridional (a Vale Veneto, en Río Grande do Sul) y también a Argentina.

Original intérprete de la asistencia a los emigrantes italianos fue San Giovanni Bosco, que, iniciando su expansión misionera en 1875, dirigida a la evangelización de la Patagonia en Argentina, no dejó de interesarse por los 30.000 italianos de Buenos Aires ni por los que estaban esparcidos por la pampa, a petición explícita de Pío IX y del obispo Fernando Aneiros.

El empeño religioso y educativo de los salesianos en favor de los italianos logró transformar en seguida la colonia de Buenos Aires, te-

mida como centro de anticlericales y anarquistas, en una comunidad ferviente: la iglesia italiana de la Mater Misericordiae (también ésta una especie de parroquia nacional), las dos parroquias en los barrios italianos, la puesta en marcha de escuelas e institutos profesionales para los jóvenes, además de periódicos, sociedades de mutuo socorro y más tarde la institución de un Secretariado del Pueblo para los Emigrantes (1905), dan testimonio de la dedicación de los salesianos en la asistencia a los italianos en numerosas localidades de Argentina. Para los salesianos, la asistencia a los emigrantes entraba en el más amplio diseño misionero, con especificidad y métodos que apuntaban a la penetración en el liderazgo comunitario, a la difusión de la cultura religiosa y civil, y a la formación profesional de los jóvenes. Más tarde, a petición del padre Rua, los salesianos se dedicaron también a la asistencia de los emigrantes italianos en Brasil (en São Paulo y en Río Grande do Sul), en Estados Unidos (en Nueva York y San Francisco), en Europa y en Oriente Próximo.

El inicio de la asistencia a los italianos en Estados Unidos data de la iniciativa de San Giovanni Nepomuceno Neumann, que instituyó en Filadelfia, en 1854, la primera iglesia nacional italiana, la de Santa Maria Maddalena dei Pazzi, más tarde regida por los servitas. Se encontraban algunos religiosos y sacerdotes al servicio de los italianos de Nueva York, Nueva Jersey y Boston, pero su obra no era constante.

También en América del Sur, sobre todo en Brasil, las condiciones de los italianos eran bastante difíciles, especialmente por su dispersión en territorios vastísimos y aislados, por las resistencias de los *fazendeiros* en los estados centrales a la práctica religiosa regular de sus asalariados, por la extrema escasez del Clero y por la apatía de los párrocos locales. Las iniciativas de los sacerdotes llamados por algún obispo para asistir a los italianos eran, pues, ocasionales y carecían de la debida estabilidad y del debido planteamiento orgánico.

Las intuiciones y realizaciones de monseñor Scalabrini y de sus misioneros

Frente a la escasa colaboración del episcopado norteamericano —claramente expresada durante la reunión romana del Concilio de

Baltimore (1884)—, a la Santa Sede no le quedaba más remedio que solicitar la intervención de los obispos italianos más sensibles. El intento funcionó con monseñor Giovanni Battista Scalabrini que, de común acuerdo con la Congregación de Propaganda Fide, instituyó, en 1887, una congregación religiosa especial para la asistencia espiritual y social de los italianos emigrantes en América. El breve de aprobación (1887) y la carta de presentación a los obispos americanos del nuevo y singular instituto religioso, Quam aerumnosa, de 1888, constituían un programa general y daban cuenta de la especificidad de un apostolado difícil que apuntaba a mantener a los hijos de la Iglesia en su seno o a «reconquistarles», si fuera el caso.

Scalabrini comprendió el significado natural y en cierto sentido «providencial» de las grandes transformaciones demográficas que se estaban sucediendo, que darían nuevos espacios naturales a la expansión de la fe, y nuevas experiencias a través de la movilidad de los católicos. Es bien sabido cómo la intervención de Scalabrini se articuló en un proyecto orgánico que se expresó a través de un debate político público sobre la nueva ley de emigración (y en la fuerte oposición a la aprobación gubernativa de 1888 de los agentes de emigración, que habían contribuido a crear muchos casos de explotación), a través de una propuesta concreta de patronato católico (la Sociedad San Rafael italiana, relacionada con sus homónimas en el ámbito internacional) y, por último, a través de la institución de una congregación dedicada específicamente a la asistencia religiosa y moral de los emigrantes italianos. En este nuevo apostolado social la conservación de los caracteres étnico-culturales del grupo, incluida la lengua, se veía en función de la defensa y el mantenimiento de esa fe popular, tan tenazmente ligada a las tradiciones y valores de origen y tan comprometida en los nuevos contextos.

Como ya hemos observado, respecto al movimiento católico, Scalabrini logró realizar, en las relaciones Estado-Iglesia, un cambio total de actitud hacia la emigración. Respecto a otras asociaciones católicas que trabajaron en un clima filocolonialista de apoyo a las conquistas italianas en África, Scalabrini consideraba que la acción religiosa debía permanecer autónoma y diferenciada, sin el apoyo y las vistosas interferencias de laicos demasiado ligados a intereses políticos. La necesidad de la búsqueda de una conciliación parecía recibir nueva fuerza e impulso precisamente del problema de la emigración.

Eran las finalidades religiosas las que cualificaban a la institución de Scalabrini que, seguro con la aprobación de León XIII y de Propaganda Fide, se apresuraba a promover la obra de «evangelizar a los hijos de la miseria y del trabajo». Merecen una especial atención las características espirituales de la asociación scalabriniana, no sólo por el perfil ascético-pastoral de los misioneros, sino también por el lenguaje nuevo respecto a otras congregaciones con el que se proponían perspectivas de vida religiosa, sobre todo en la prescripción a los misioneros de preservar la piedad popular de los emigrantes, pero de cuidar también del bienestar moral, civil y económico de éstos.

La mayor preocupación de Scalabrini, cuando envió sus primeros diez misioneros y catequistas a Estados Unidos y Brasil, en 1888, era exquisitamente religiosa: hablaba explícitamente de un «programa de evangelización» tanto más urgente y sentido cuanto los que emigraban eran los más desposeídos. Su instituto pretendía ser una especie de apéndice de Propaganda Fide y sus sacerdotes tenían que inspirarse en un estilo misionero con vida común e independencia de ministerio.

En 1888 la llegada de sacerdotes italianos a los barrios pobres de Nueva York y a las zonas de colonización del Paraná y de Espíritu Santo marcó el inicio de un gran despertar religioso, sobre todo en las zonas agrícolas, donde aun en medio de contrastes y dificultades comenzaba una regular vida religiosa. La posibilidad de tener lugares de culto propios y autónomos, construidos con grandes sacrificios pero con el orgullo tradicional de las plebes campesinas, ayudaba en gran medida a las expresiones religiosas en la propia lengua y al mantenimiento de las propias tradiciones, favoreciendo una identidad de grupo. Las expediciones misioneras de Scalabrini se sucedieron a ritmo más que anual: unos 50 misioneros en el espacio de pocos años, se dirigieron hacia las distintas misiones de Brasil (además de São Paulo y Paraná, los scalabrinianos entrarán en 1896 también en Río Grande do Sul), Estados Unidos (sobre todo a la costa atlántica y más tarde a los estados centrales, especialmente Chicago) y Canadá.

Además de seguir el desarrollo de las misiones entre los italianos en América, Scalabrini, como ya hemos señalado, contribuyó notablemente a la formulación de la ley italiana sobre la emigración,

que apuntaba a garantizar la tutela del emigrante antes de su partida (aboliendo los agentes de emigración, verdaderos instrumentos del «hacer emigrar») y durante el viaje. En sintonía con su compromiso pastoral por los emigrantes, emprendió dos viajes: uno en 1901 para visitar a los italianos de Estados Unidos, y otro en 1904 para visitar a los de Brasil, dejando una huella profunda de su visita pastoral sobre todo en las zonas rurales brasileñas donde nunca había puesto pie un obispo.

Poco después murió repentinamente el 1 de junio de 1905: las casas de sus misioneros en América eran entonces 40, con iglesias, escuelas y un gran orfanato en São Paulo. Poco antes de morir había presentado a la Santa Sede una propuesta para la institución de una oficina central (Congregación o Comisión) *pro Emigratis Catholicis.* Consciente de los crecientes contrastes entre grupos étnicos dentro de las iglesias de acogida, consideraba que sólo el relanzamiento de una sabia organización de la Santa Sede («autoridad no sólo indiscutida, sino indiscutible en todo el clero católico, pero de naturaleza universal y que abarca, por consiguiente, todas las nacionalidades»), podía evitar que la acción del clero al asistir a los compatriotas emigrantes se confundiera demasiado a menudo con la acción política.

El florecimiento de iglesias y devociones de los emigrantes italianos en América

El catolicismo en el extranjero se enriqueció grandemente, en sentido material y espiritual, por las aportaciones debidas a los emigrantes. El crecimiento numérico y la madurez de las iglesias de acogida deben mucho, por ejemplo, a la contribución de los italianos. Baste pensar que, mientras que en Nueva York en 1880 se contaban sólo 32 parroquias católicas en total, en 1910 había 60 sólo italianas y, después de la Primera Guerra Mundial, éstas se calculaban en unas 400 en todo el territorio estadounidense. En América Latina los nuevos llegados habían construido por entero algunas diócesis, fieles y Clero incluidos.

En conjunto la Iglesia demostró ser un factor agregador de las comunidades étnicas. Las instituciones religiosas comunitarias tuvie-

ron una función de «mediación cultural» respecto a la Iglesia y a la sociedad local y de «identificación étnica» en relación con el grupo y la sociedad global. La continuidad del trámite lingüístico en el uso litúrgico y el florecimiento de muchas instituciones paralelas a la Iglesia, y aptas para su actividad (escuelas y asociaciones de diferentes clases), garantizaron durante mucho tiempo este papel de intermediación.

El vínculo con la iglesia de origen, no obstante las deficiencias institucionales, era un hecho real para numerosas parroquias y diócesis italianas; y el apego de los emigrantes a la devoción a la propia Virgen y los propios Santos era la prueba más convincente. Además, los ritos y tradiciones religiosas practicados durante siglos en las zonas interiores de Italia revivían en territorios lejanos con nueva intensidad. Es más, se puede considerar que muchas tradiciones, desaparecidas ya en las zonas de origen por efecto del éxodo y de los rápidos cambios culturales y religiosos, sobrevivieron en las comunidades italianas en el extranjero.

La religiosidad de los emigrantes siguió siendo en esencia la misma que tenían en su país natal, a menudo devocional y formalista, y en ocasiones mezclada con creencias y prácticas mágicas, pero capaz de transmitir el credo religioso y de refinarse en la confrontación con experiencias diversas. La religiosidad popular se alimentaba de la vitalidad de la liturgia perenne, y dejaba entrar expresiones externas, tales como devociones privadas y fiestas. Las fiestas religiosas en el extranjero eran a menudo sentidas y propuestas por los emigrantes como defensa contra la oprimente estructura encaminada al productivismo, y como reafirmación de la propia identidad en una sociedad tan extraña a la suya. Antes del desafío a lo desconocido y de una aventura llena de riesgos como era a menudo la emigración, los emigrantes se dirigían a la iglesia o santuario más cercano en busca de seguridad y protección. Los modelos de piedad que caracterizaban la separación se revelaron resistentes de manera insospechada.

La centralidad de la Iglesia en la experiencia de los emigrantes está documentada por numerosas investigaciones históricas y antropológicas. Central se presenta el momento cultual y, en general, la experiencia creativa de los lugares de culto propios. La comunidad inmigrante se identificaba religiosamente en la construcción de *su*

iglesia, en un momento de gran tensión comunitaria. No se trataba de un centro opositivo o separado de culto, sino de una expresión más propia, más adecuada a la especificidad comunitaria. Los propios lugares de culto constituyen indispensables momentos de apropiación de la religiosidad de los emigrantes, desde la parroquia hasta otros lugares menores de culto como capillas privadas u oratorios.

Se explican así las innumerables huellas de la presencia de la religiosidad de origen, tanto en las arquitecturas (con fachadas paladianas y campanarios a lo San Marco en el Brasil meridional) como en los nombres de las iglesias. Los emigrantes italianos las dedicaron predominantemente a la Virgen: a la Virgen de su pueblo, pero más a menudo a la Virgen del Carmelo o del Carmine, del santo Rosario, de Nuestra Señora de Loreto, de Nuestra Señora de Pompeya, de Monte Berico, la Virgen de la Salud, de Caravaggio, de Montevirgen, de Castelmonte, de Oropa, etc.

Por lo que se refiere a la veneración de los Santos se encuentran en primer lugar los más venerados y amados en Italia. Sus estatuas se colocaban en iglesias y capillas, en los altares mayores y votivos, en los nichos esparcidos por los campos. La fiesta del patrono despertaba un particular fervor en la comunidad, que no era sólo festivo y profano, sino también deseo de lo sagrado, necesidad de comunicarse en la plegaria personal y comunitaria.

El vínculo de los emigrantes con los santuarios de la península italiana es una realidad tan antigua como la emigración, que expresa y sublima la relación entre emigrantes e iglesia de origen. La imagen sagrada tiene una función tranquilizadora para quien se aleja, por lo que se lleva encima no sólo en el corazón sino a veces también materialmente. En muchas iglesias y santuarios, sobre todo en los pueblos de montaña, existen pergaminos y lápidas con listas de ofrendas de emigrantes destinadas al Santo venerado o a la restauración de edificios sagrados; se encuentran a menudo testimonios de gratitud por una gracia concedida, una protección recibida o un peligro evitado. Numerosos exvotos conservados en los santuarios proceden de los emigrantes: retratan sus vidas difíciles y sus peligros cotidianos, pero al mismo tiempo expresan la señal de una particular presencia divina, de una intervención sentida como hecho milagroso y, sobre todo, de una necesidad de confianza en Dios.

La expansión de los institutos religiosos entre los emigrantes italianos a principios del siglo XX

Las dimensiones incomparables que el fenómeno migratorio italiano asumía a principios de siglo (cuando las partidas comenzaron a superar el medio millón por año) volvían insuficientes, e incluso ineficaces, las intervenciones anteriormente puestas en marcha para la asistencia de la emigración italiana. Se explica así la más vasta movilización que religiosos y clero secular, tanto en Europa como en América, han llevado a cabo al respecto. Entre los emigrantes el clero se convertía en un factor esencial de continuidad institucional y devocional en la Iglesia, como con el tiempo han demostrado numerosas investigaciones.

Por lo que se refiere a los italianos en Europa la iniciativa más importante fue la de la Obra Bonomelli, fundada en 1900 (como obra de asistencia a los obreros italianos emigrantes en Europa y Oriente Próximo) por iniciativa de la Asociación Nacional para Socorrer a los Misioneros Italianos, y dirigida por monseñor Geremia Bonomelli, obispo de Cremona. Los sacerdotes que trabajaban en ella —unas decenas en total— pertenecían, salvo pocas excepciones, al clero secular, y lograron realizar, en el espacio de pocos años, numerosas iniciativas religiosas y asistenciales (el Secretariado del Pueblo junto a la Misión Católica) en las mayores concentraciones de italianos en Suiza, Francia y Alemania.

El caso del continente americano es el que ha implicado al mayor número de clero italiano, así como de religiosos. Con la intensificación de los flujos transoceánicos, numerosas órdenes y congregaciones habían enviado a sus miembros a América para asistir a los inmigrantes a petición de algún obispo o comunidad. Un intento de coordinación de este trabajo en favor de la emigración transoceánica italiana lo realizó, en 1909, la federación de las congregaciones masculinas y femeninas que se interesaban por los emigrantes italianos en América, la *Italica Gens*. En ésta participaban salesianos, jesuitas, franciscanos, capuchinos, scalabrinianos, servitas, conventuales, y otros muchos, junto a las respectivas ramas femeninas.

Los religiosos italianos dedicados a la enseñanza de los emigrantes en Estados Unidos estaban representados, además de por los scalabrinianos, por los jesuitas en Nueva York, en el estado de Was-

hington, en Florida y en otros lugares; por los servitas, sobre todo en Filadelfia; por los franciscanos, en particular en Boston y en Nueva York; y había además salesianos, conventuales, pasionistas, etc. En la época de la Primera Guerra Mundial los religiosos italianos que se dedicaban a la asistencia a los italianos en Estados Unidos eran 223, mientras que los sacerdotes seculares eran 487 y las iglesias y parroquias italianas 590, a las que hay que añadir centenares de escuelas, hospitales y entes de asistencia.

En Argentina el clero nacional seguía siendo escaso (según el censo de 1895, de los 1.190 sacerdotes presentes menos del 40% eran locales). En el Plata siempre hubo una consistente y cualificada presencia de jesuitas y franciscanos italianos. A principios del siglo XX, a los salesianos se añadieron barnabitas, josefinos y, sobre todo, las instituciones del padre Orione (él mismo residió allí algunos años), los Hijos de la Divina Providencia y las Hermanitas de la Caridad de la Pequeña Obra de la Divina Providencia, todas instituciones caritativas y asistenciales en favor de los desheredados.

En Brasil, como es sabido, el grueso de la emigración italiana se dirigió y estableció en el estado de São Paulo, en los millares de *fazendas* de café a las que se dirigían por turnos los misioneros scalabrinianos. Para ayudar a los huérfanos de los italianos el scalabriniano Giuseppe Marchetti instituyó, en 1895, el gran orfanato Cristoforo Colombo. En Brasil la presencia de los religiosos italianos resalta a través de la estructura de las grandes órdenes, jesuitas y sobre todo capuchinos: baste pensar que estos últimos, desde principios del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX, habían mandado 636 religiosos de Italia, dedicados preferentemente a la evangelización de las poblaciones indígenas (en cuya religiosidad dejaron una huella indeleble), pero con presencias también en favor de los emigrantes italianos. En la ciudad de São Paulo se establecieron, desde 1885, los salesianos, que acompañaron a la comunidad italiana no sólo a través de las escuelas, sino también con los servicios en italiano en su iglesia del Sagrado Corazón. Igual que en Argentina, también los salesianos ejercieron una influencia decisiva en la penetración misionera entre los indios, de cuyo conocimiento se hicieron beneficiarios también en el campo científico. Los religiosos pasaron en Brasil de 180 en 1889 a 7.309 en 1964 (el 53% de ellos extranjeros). Por lo demás, los sacerdotes italianos constituyeron siempre la

aportación determinante entre el clero extranjero y sobre el total, según un *trend* secular por el cual en 1980 Italia contribuía ella sola con un tercio del personal religioso en Brasil.

La población italiana establecida en los estados meridionales de Paraná, Santa Catarina y Río Grande do Sul, a través del sistema de la colonización agrícola en lotes de propiedad, pudo recrear en esa realidad una particular unión entre sociedad y religión popular de los emigrantes, por la comunidad de lengua, costumbres y tradiciones religiosas, y por la centralidad que la Iglesia (no sólo como edificio) asumía en los lugares de nueva fundación. También aquí la presencia de los religiosos italianos fue importante: desde 1888 con los scalabrinianos en el Paraná y las colonias italianas en torno a Curitiba. En Río Grande do Sul, además de los ya mencionados pallotinos (en Vale Veneto, 1888) y los scalabrinianos, llegados en 1896, se señalaron los capuchinos de la provincia de Saboya, llegados el mismo año para asistir a los italianos; los monjes camaldolenses, que en 1899 crearon Nueva Camáldoli; los josefinos de Murialdo y los pasionistas, llegados ambos en 1915 con el mismo fin.

Un aspecto importante está constituido por la presencia de los institutos religiosos femeninos entre los emigrantes. Su contribución es relevante no sólo por su perfil cuantitativo, sino sobre todo, desde el punto de vista cualitativo, por los nuevos ámbitos de intervención (como escuelas femeninas, orfanatos y hospitales), en los cuales la presencia de la mujer era indispensable o más adecuada.

Desde la primera expedición de sus misioneros, Scalabrini hizo todo lo posible por agregar algunas hermanas de la reciente fundación de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús de la madre Francesca Saverio Cabrini, que llegaría a ser la primera santa de Estados Unidos. La insistencia de Scalabrini y la aprobación de León XIII sirvieron para dirigirla hacia este nuevo campo de apostolado a la conquista de América. Se dedicó con celo a la catequesis, a la construcción de escuelas, orfanatos y hospitales para los italianos, junto a los misioneros scalabrinianos y luego de manera cada vez más autónoma, dadas las sorprendentes dotes organizativas de la dinámica fundadora. La madre Cabrini, llegada a Nueva York en marzo de 1889, empezó en seguida la catequesis en la iglesia italiana de San Joaquín, pasando después a dirigir un hospital, fundado por un scalabriniano, que sería más tarde el grandioso Columbus Hospi

tal; luego fue a Nueva Orleans, a Chicago y a muchas otras ciudades. Tampoco disminuyó en América Central y América del Sur su labor en favor de los italianos: a su muerte, en 1917, dejaba 67 fundaciones y unas 1.300 misioneras.

En 1895 monseñor Scalabrini fundó en Brasil, con la decisiva cooperación del padre Giuseppe Marchetti y de la hermana sor Assunta, el instituto entonces denominado de las Siervas de los Huérfanos y de los Desamparados en el Extranjero, reunidas por el fundador del Orfanato Cristoforo Colombo en São Paulo, que después se llamarían Misioneras de San Carlo Borromeo para los Emigrantes (scalabrinianas). La congregación se difundió sobre todo en el Brasil meridional con numerosas escuelas y hospitales pero más tarde se desarrolló también en Italia, Estados Unidos y Europa, con más de un centenar de casa y varios centenares de monjas.

En 1900 monseñor Scalabrini enviaba también a Brasil a un grupo de hermanas, las Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús, fundado por la madre Clelia Merloni, que tras unos años de convivencia con las hermanas scalabrinianas volvía a su vida autónoma y se difundía rápidamente por el continente americano, sobre todo en las parroquias nacionales italianas.

Numerosas congregaciones femeninas, además de las citadas, trabajaron en el extranjero en favor de los emigrantes italianos. Siendo difícil hacer un repertorio completo, recordaremos, para Europa, a las Hijas de la Caridad en París (desde 1885), las Hijas de María Auxiliadora, las Oratorianas, las Josefinas de Cúneo, las Hermanas de la Caridad de la Inmaculada Concepción de Ivrea, las Hermanas Obreras y las Hermanas de los Pobres.

Por lo que se refiere a Estados Unidos, además de las cabrinianas, las Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús y las salesianas, hay que recordar a las Maestras Pías Filipinas, las Battistinas del canónico Alfonso Fusco presentes en Newark, cerca de Nueva York; las pallotinas, las Hermanas de Santa Dorotea (de Santa Paola Frassinetti), las franciscanas de Gemona; las Hermanas Venerinas y otras.

En Argentina y Uruguay, además del consistente grupo de las Hijas de María Auxiliadora, hay que mencionar a las Hermanas de la Misericordia de María Rossello de Albisola, las Hijas de Nuestra Señora del Huerto de Chiavari, fundadas por San Antonio María Gianelli (llegadas a Montevideo en 1855), las Hermanas de la Mise-

ricordia de Carlo Steeb de Verona, las cabrinianas y las Hermanitas de la Caridad del padre Orione.

En Brasil, aparte de las numerosas ya mencionadas, sobre todo scalabrinianas, Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús y cabrinianas, hay que recordar a las Hermanas de San Giuseppe de Chambéry, llamadas por los capuchinos a las colonias italianas de Río Grande do Sul en los años noventa del siglo pasado. En todos los casos se trataba de presencias consistentes y difundidas en el territorio, en seguida ayudadas por una alta fecundidad vocacional, típica de las zonas de inmigración europea. En conjunto, mientras a principios del siglo XX existían en Brasil sólo 5 congregaciones femeninas con 2.462 hermanas, las congregaciones habían aumentado a 325 con 41.309 religiosas en los años sesenta.

No faltaron tampoco las congregaciones femeninas ligadas a la misma experiencia migratoria: entre éstas se debe señalar la de las Hermanitas de la Inmaculada Concepción, fundadas en 1890 por Paolina del Corazón de Jesús Agonizante (Amabile Visintainer), una emigrante de Trento trasladada en 1875 —a los diez años— a Brasil con sus paisanos en los años de la gran emigración, y pronto transformada en enfermera y maestra de los más necesitados; fue beatificada por Juan Pablo II en Florianópolis en 1991.

Hacia una mayor coordinación e integración eclesiales: de Pío X a Pablo VI

Pío X, en los primeros años de su pontificado, al realizar la imponente obra de reforma de la curia romana, advirtió la exigencia de una acción más incisiva y de la indispensable coordinación de ésta por parte de los católicos en relación con los emigrantes, para involucrar a la base y a las estructuras centrales. El papa llevó a cabo en primer lugar un relanzamiento de las asociaciones de patronato católico para los emigrantes, que había que instituir en todas las diócesis; en 1908 y en 1911 insistía en la necesidad de los «comités para la emigración» para hacer frente a una tutela eficaz y proporcionar válidas informaciones a los emigrantes.

Pío X instituyó además, en 1912, la primera oficina de la curia romana para la emigración: una sección para los emigrantes católi-

cos de rito latino, con competencia sobre toda la Iglesia. Este enfoque típicamente universal en la valoración de las necesidades y de las respuestas garantizaba providencialmente la deseada coordinación de las intervenciones eclesiales para los emigrantes y servía para moderar los diferentes conflictos de nacionalidad que habían creado molestas tensiones en las iglesias de acogida.

Otra intervención, referida más específicamente a Italia, que era entonces el mayor país de emigración, tenía intención de ofrecer un remedio válido al constante escozor de las diócesis de llegada, que desde hacía varios decenios se lamentaban de la carencia de un adecuado número de sacerdotes italianos, seculares en particular, preparados especialmente para la asistencia a los emigrantes. En 1914 Pío X fundaba en Roma el Colegio Pontificio para la Emigración Italiana (a cuya dirección se puso un prelado para la emigración italiana), con la tarea de formar y enviar clero diocesano según las peticiones de los ordinarios de las Iglesias de acogida. La necesidad de una preparación específica del clero era una cuestión que no se podía seguir posponiendo; con esta formación se apuntaba además a superar la espontaneidad y a favorecer una integración entre eclesiásticos de diferentes procedencias y culturas en una pastoral más atenta a las diferencias dentro de la Iglesia universal.

En los años difíciles de la primera posguerra, los religiosos en emigración serían llamados a misiones de servicio y de valioso testimonio. Los mismos scalabrinianos fueron inducidos a ampliar sus campos de acción abriéndose a misiones entre los emigrantes en Europa, en Argentina y, en los años cincuenta, incluso en Australia .

Después de la Segunda Guerra Mundial se verificó un fuerte relanzamiento organizativo de las obras asistenciales y religiosas para los emigrantes. En Italia se fundó en 1951, en Roma, la Junta Católica para la Emigración, con la misión de sensibilizar al mundo católico italiano y coordinar las intervenciones asistenciales que ya se estaban realizando o que estaban naciendo, mientras que en Ginebra se fundaba, el mismo año, la Comisión Católica Internacional para las Migraciones (ICCM). La emigración italiana en aquellos años de «reconstrucción» era aún bastante elevada (de 1946 a 1980 abandonaron la patria cerca de ocho millones de italianos) y proporcionó la aportación dominante de fuerza de trabajo a las economías de Francia, Suiza, Benelux y, más tarde, Alemania.

No podía faltar un documento orgánico, dirigido a la Iglesia universal para definir las directrices de acción de esta materia, en coherencia con la obra desarrollada por la Iglesia durante la guerra para asistir a los prisioneros y a los refugiados, y ahora que también las organizaciones internacionales se esforzaban en afrontar estos problemas (especialmente el Alto Comisariado para los Prófugos creado por la ONU). La Constitución apostólica *Exul Familia* sobre el cuidado pastoral de los emigrantes, del 1 de agosto de 1952, además de recoger y coordinar las normas relativas a la asistencia espiritual, bajo la competencia suprema de la Congregación Concistoral, instituía a los delegados nacionales para las obras de emigración y a los directores de los misioneros, como responsables de los sacerdotes en cada una de las zonas de misión. En cuanto a los contenidos, la *Exul Familia* confirmaba muchas de las afirmaciones tradicionales de la Iglesia, acentuando los aspectos más modernos: derecho natural de emigrar, destino universal de los bienes de la tierra y orientación hacia una mejor distribución de las riquezas del mundo. Afirmaba una concepción más universal de la Iglesia y sugería como oportuno un intercambio entre el clero de las diferentes partes del mundo; por lo que se refiere a los instrumentos pastorales, el documento pontificio reafirmaba la oportunidad de las parroquias nacionales y personales, con competencia sobre los fieles de una determinada nacionalidad y confiadas a los sacerdotes de la misma lengua o nacionalidad.

En los años sesenta se abrió la época del Concilio, preparada por las aperturas de Juan XXIII y por sus documentos sociales, en particular por la *Pacem in terris*. La realización del Concilio Vaticano II, las altas enseñanzas de Pablo VI, la entrada en vigor de muchas normas conciliares, así como las modificaciones ocurridas en el fenómeno de la emigración, postulaban una puesta al día de la pastoral migratoria, que tuvo lugar por obra del *motu proprio De Pastorali Migratorium Cura* y por la carta apostólica *Pastoralis Migratorum Cura* del 15 de agosto de 1969. El documento se refiere a la compleja problemática de la movilidad actual y de los procesos de integración, amplía el concepto mismo de emigrante e insiste sobre los derechos de la persona humana y sobre los fundamentos de su vida espiritual y cultural. Al inmigrante hay que respetarlo en cuanto tal, con todas las formas expresivas, culturales, sociales, asociativas y

principalmente religiosas que lleva consigo. La emigración se ve como un fenómeno complejo de derechos y deberes, el primero de los cuales es el derecho de emigrar como derecho de la persona humana, al que se corresponde el deber de contribuir lealmente al desarrollo del país de asentamiento. Esta enseñanza prosiguió en las repetidas solicitaciones del actual pontífice, Juan Pablo II, particularmente sensible a los problemas religiosos y culturales de los emigrantes; de hecho, en sus encíclicas y discursos ha lanzado numerosas llamadas a la solidaridad humana y cristiana con éstos.

EL ASOCIACIONISMO ITALIANO EN EL EXTRANJERO

Una de las señales de la vitalidad del mundo de la emigración fue la creación de muchas instituciones sociales y asistenciales de orientación política distinta que, sobre todo a partir de principios del siglo XX, tuvieron como finalidad la tutela y defensa de los legítimos intereses de los emigrantes italianos. Junto a las mencionadas instituciones católicas hay que recordar las de tendencia socialista o sindical, muy difundidas en una época en la que se advertía la exigencia de una legislación contra abusos patronales, enfermedades profesionales y accidentes de trabajo, así como la necesidad de una acción práctica de canalización de las masas emigrantes.

De entre todas estas instituciones hay que destacar a la sociedad socialista «Humanitaria», que se señaló por una acción capital en Europa en favor de los emigrantes italianos. En América fueron sobre todo las organizaciones sindicales, tanto las locales como las secciones italianas dentro de las organizaciones nacionales, las que promovieron una fuerte acción de sensibilización de los obreros emigrantes, especialmente en el sector industrial, así como intervenciones de tutela en su ayuda. El movimiento obrero, especialmente en los países de América Latina, estuvo formado en su mayor parte por inmigrantes europeos, que dieron vivacidad, desde el punto de vista ideológico y cultural, a las corrientes de pensamiento y a las formas organizativas de las asociaciones de los trabajadores.

El cuadro del asociacionismo italiano en el extranjero, al principio del mismo movimiento sindical y obrero organizado, es bastante más amplio y rico; y fue objeto de repetidos estudios, de finales del

siglo pasado a hoy, porque en cierta medida se presenta como el reflejo de los diferentes procesos de integración en las sociedades de acogida.

Las sociedades italianas en el extranjero fueron objeto de estudios por parte del Ministerio de Asuntos Exteriores en 1896 y 1908. Los datos de la encuesta del 31 de diciembre de 1896 revelaban 1.159 sociedades italianas en el mundo (302 de ellas en Argentina y 427 en Estados Unidos) con 199.620 inscritos y un capital de 18.700.000 liras. Ya en 1906 se encontraba una tendencia al freno, si no a la disminución, de las sociedades, tras los fenómenos ligados a las hermandades y a la competencia del movimiento obrero. El *Boletín de la Emigración* de 1908 publicaba la lista de las asociaciones: se trataba de 1.190 sociedades italianas en el extranjero, predominantemente sociedades de ayuda mutua (excepto un centenar), con un total de 230.000 socios. La mitad de los socios se encontraba en Argentina, lo que confirma el crecimiento vertiginoso y la naturaleza popular de las sociedades italianas en esa nación.

Resulta confirmada también la tendencia del mutualismo a seguir las grandes directrices de la emigración, con particular referencia a las comunidades estables residentes en el continente americano, especialmente en América Latina en donde se concentraba casi la mitad de todas las sociedades. Frente a 171 sociedades existentes en Europa y 415 en Estados Unidos, había entonces 576 en Latinoamérica. De éstas la mayoría (302) estaban en Argentina, con 124.000 socios, frente a los 9.000 de Brasil.

La recuperación de la socialidad comunitaria, según los modelos (organizativos, culturales y políticos) de las sociedades de origen, parece pues darse sobre todo en Argentina, donde la base asociativa es verdaderamente amplia. Y no ha escapado a los observadores contemporáneos el hecho de esta precoz y duradera consolidación de las sociedades italianas en naciones extranjeras. Comparando el movimiento mutualista italiano en el extranjero con el existente en Italia en 1907, se ve que el número medio de socios por cada una de las sociedades era más elevado en el extranjero que en Italia: 192 contra 145. También el capital medio por sociedad era el doble en el extranjero respecto a Italia (24.000 por sociedad respecto a 12.000), así como la coparticipación al capital por socio (124 contra 82).

No es temerario avanzar la hipótesis de que la institución mutualista sea típica de la emigración italiana, y la más conveniente a sus exigencias de solidaridad y de asociación. La relación entre «mutualistas» y población italiana, que en 1907 se había calculado en el 28,8‰, resultaba doble en el caso de la población italiana en el extranjero (53,2‰) sobre una población emigrante estimada entonces en 4.300.000 individuos.

También en este caso la aportación de la comunidad italiana en el Plata se confirmaba por el censo argentino de 1914, que revelaba 460 asociaciones italianas con 166.000 socios (frente a las 250 asociaciones españolas con 110.000 socios). Se podía considerar por tanto que 18 italianos de cada 100 pertenecían a una sociedad (frente al 13% de los españoles). En Buenos Aires la proporción aumentaba aún más, considerando sólo los varones (al menos 3 de cada 100 varones eran socios, o incluso casi la mitad, si se tiene en cuenta que el fenómeno de las sociedades se subestimaba estadísticamente). Evidentemente quedaban fuera de las sociedades los grupos de migrantes más móviles y más marginales. Es significativo que también en Rosario, en 1869, cerca de la mitad de la población masculina italiana de la ciudad fuera miembro de la asociación local Unione e Benevolenza.

Es evidente que esta experiencia asociativa de los emigrantes en el extranjero precedió a los fenómenos de organización proletaria, con los que tuvo a veces un natural desarrollo y otras una relación conflictiva. Las sociedades más sintomáticas eran las de planteamiento local o *campanilista,* sobre todo en los Estados Unidos, donde el componente meridional había trasladado con más facilidad sus modelos. En América Latina, donde se había establecido una significativa cuota de exiliados políticos, se dio una amplia difusión de las sociedades mutualistas en el conjunto de los emigrantes, sin perder, por lo general, el planteamiento aconfesional y apolítico.

Las formas de socialidad difusa, que podríamos definir de naturaleza prepolítica, fueron realizadas por los emigrantes de manera masiva y oportuna. En cierto sentido se puede desacreditar la afirmación corriente según la cual las formas de vida de los inmigrantes en América serían un producto de las condiciones locales americanas. Tampoco el asociacionismo católico, en su acepción más amplia y popular, se limita a las formas más evolucionadas de mutualismo y

cooperativismo, sino que incluye las más variadas instituciones de cofradías, devocionales, caritativas y asistenciales.

Se puede distinguir, en todo caso, entre áreas rurales y urbanas de asentamiento de los inmigrantes. Las áreas rurales del continente americano vieron reforzarse las formas de socialización más tradicionales, a veces dadas por sentado, pero en realidad nuevas en el contexto de primera población. Por lo general giraban en torno a efemérides religiosas, tanto las de los domingos como las mayores solemnidades litúrgicas, que conformaban todos los aspectos de la vida cotidiana y animaban a la comunidad civil en su conjunto. Algunas investigaciones históricas lo han delineado bien, sobre todo en el caso de América Latina, donde también la vida de la *fazenda* paulista estaba marcada por las fiestas religiosas. Pero incluso en algunos *enclaves* urbanos de los Estados Unidos, mantenidos juntos por los estrechos vínculos determinados por el común origen comarcal, las formas sociales y asociativas relacionadas con el suministro de servicios sociales concretos permitieron la supervivencia del dato étnico cultural con resultados no tan diferentes a los de las áreas rurales.

Las instituciones italianas más significativas en el extranjero fueron tradicionalmente escuelas, hospitales y entes asistenciales, así como instituciones filantrópicas, religiosas, culturales y recreativas, muchas de las cuales tuvieron una duración de más de 100 años. Por otra parte, la separación de la patria hacía indispensable la reconstrucción de vínculos internos y de solidaridad que sirvieran para madurar ese proceso de identidad nacional ausente, por lo general, en los componentes regionales de los primeros emigrantes. Esta capacidad de elaboración propia, tanto cultural como política, de las comunidades emigrantes, consistentes y dinámicas, no ha dejado de producir sus efectos hasta hoy.

Después de la Segunda Guerra Mundial el asociacionismo de los emigrantes siguió teniendo una característica «función puente» entre las sociedades de origen y las de acogida y un papel de mediación bilateral en el proceso de adaptación e integración. Como consecuencia, el fenómeno asociativo en el extranjero no se presenta como una mera reproducción de instituciones conocidas, sino como una elaboración de identidades de origen que hay que adaptar a las nuevas exigencias y realidades para ofrecer servicios, así como un

soporte de relaciones. Se comprende de esta manera la predominante característica informal de la mayor parte del asociacionismo, aunque el contemplado en el ámbito oficial (en general publicado por el Ministerio de Asuntos Exteriores en un volumen especial llamado *Associazioni italiane all'estero,* esto es, Asociaciones italianas en el extranjero, desde 1983) presenta caracteres de mayor formalización de roles. Hay que señalar además que estos datos, recogidos a través de las sedes consulares, subestiman los repertorios locales de asociación.

El predominio de relaciones primarias y de parentesco en la emigración explica también la persistencia de los vínculos y las denominaciones regionales y provinciales, que resultan masivas incluso hoy día. En un primer momento las asociaciones de carácter nacional resultaron el polo privilegiado, presentándose como síntesis de nuevas identidades étnicas y sociales. Progresivamente, las asociaciones étnicas tendieron a modificar sus funciones, ideológicas y globalizadoras, y a acercarse a las necesidades inmediatas y a la demanda de servicios comunitarios específicos por parte de los emigrantes. Los sectores en los que se desarrollaron más en estos decenios las asociaciones italianas en el mundo fueron, pues, de naturaleza asistencial, cultural, recreativa y deportiva, aspectos en general descuidados en el análisis social y en las propuestas de valorización de las comunidades.

Lo que nos interesa señalar, más allá del pronunciado poliformismo de algunas asociaciones (que declaran a veces más de una finalidad), es el desarrollo reciente de la mayor parte de las asociaciones, nacidas sobre todo en Europa en los años sesenta y setenta, como prueba no sólo de una vitalidad insospechada sino también de una gran articulación de expresiones según las necesidades formuladas por las comunidades. Tampoco hay que olvidar que la creciente movilidad social y el éxito del proyecto familiar —a menudo precisamente gracias a las redes «paisanas» capaces de responder a las nuevas condiciones de vida— condujeron a la creación de asociaciones específicas que mantuvieron características regionales.

Por lo que se refiere a la distribución de las asociaciones italianas en el mundo, de las 5.400 asociaciones inventariadas por el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1983, más o menos la mitad se encuentra en Europa, el 40% en el continente americano, casi

igualmente distribuido entre América del Norte y América Latina (aunque Argentina por sí sola constituye 3/4 del total latinoamericano), y el 6,5% en Australia. En Europa la mayor parte se la llevan los países de más reciente migración, como Suiza (con el 40% de las asociaciones europeas), Alemania (con el 23%), Francia y Bélgica.

Pasando a considerar las tipologías de intervención más interesantes, las asociaciones con finalidades culturales (además de las escuelas propiamente dichas) se concentran en su mayoría en Europa (1.500), en América Latina (480), Norteamérica (390) y Australia (225) El componente regional está bastante presente, sobre todo en Australia.

La denominación del referente asociativo abarca centros, círculos, secciones de la sociedad Dante Alighieri, Misiones Católicas Italianas, comités, clubs, «Colonias Libres», «Familias» de la más diversa extracción local, etc. Asociaciones todas que desarrollan una actividad de animación cultural que va desde la escuela (con cursos) a la organización de coros, teatro, artes, cine, iniciativas folklóricas y similares. Sobre todo las Misiones Católicas Italianas se revelan como un importante polo de agregación comunitaria capaz de catalizar una consistente cuota de la segunda generación.

Se perciben también tipologías nuevas de relación e integración con la sociedad local como son las asociaciones *amicales,* los clubs italoamericanos, italovenezolanos, etc., que tienden a expresar mejor las nuevas realidades y experiencias asociativas y culturales maduradas en la experiencia migratoria. Pero hay un persistente uso de denominaciones regionales y de referencia a las grandes personalidades de la cultura clásica italiana o de la vida política.

Las facilidades para el viaje, las estancias en la patria de los hijos de los italianos en el extranjero, las visitas de representantes y las exhibiciones de grupos y conjuntos de emigrantes en Italia constituyen una línea de comunicación válida pero demasiado delicada e intermitente entre la madre patria y las comunidades emigrantes. Los intercambios son demasiado modestos y la imagen difundida sobre las comunidades italianas en el extranjero es sustancialmente inadecuada y restrictiva, cuando no deformada por estereotipos. La opinión pública italiana ignora demasiado a menudo las importantes adquisiciones, las demandas y las actuales transformaciones de las comunidades en el extranjero, por lo que parece indispensable re-

lanzar formas de relación y potenciar la calidad del intercambio de mensajes.

La parábola de la prensa italiana en el extranjero

La producción cultural de las comunidades italianas en el extranjero se manifestó en el pasado a través de la creación de numerosísimos periódicos en italiano, que representaban el único tipo de publicación leído por los emigrantes. Éstas reflejaban no sólo los orígenes regionales, sino también las divisiones políticas en el interior de las comunidades. La tendencia actual es, en cambio, la de privilegiar otros medios de comunicación, como la radio o las televisiones, que se están convirtiendo en uno de los vehículos principales de la difusión de la cultura étnica y, en cierta manera, de la cultura italiana, por medio de la transmisión directa de programas o de los importados de la madre patria.

La prensa étnica propiamente dicha parece, en cambio, llegar al final de una larga parábola. El cuadro, como es obvio, depende en cualquier caso de la situación de los diferentes países, y se destacan en él los que realizaron una política activa de multiculturalismo. En Canadá, por ejemplo, la prensa en lengua italiana es, respecto a otros países americanos, todavía muy activa aunque falte un periódico de alcance nacional. El más difundido e influyente es, en cualquier caso, *Il Corriere Canadese,* de Toronto, pero casi en cada pequeña ciudad existe un periódico en lengua italiana, ligado a menudo a la parroquia o al asociacionismo más influyente. Existen además muchos programas de radio en lengua italiana de producción local y programas televisivos, importados de Italia, de amplia difusión, en las principales áreas de presencia nacional.

Un caso que ejemplifica la importancia histórica y la reciente decadencia de la prensa étnica está representado por los Estados Unidos. Allí la prensa italoamericana, entre diarios, revistas y boletines impresos tanto en italiano como parcialmente traducidos al inglés, cuenta en su historia con más de 1.000 títulos. Los primeros, *L'Europeo americano* y *L'Eco d'Italia,* aparecieron en Nueva York en 1849; en 1880 empezó la publicación, también en Nueva York, de *Il Progresso Italo-Americano,* destinado a ser el más difundido diario de

los italianos en Estados Unidos, publicado ininterrumpidamente hasta hace pocos años. Con la formación de las colectividades italoamericanas la prensa étnica se difundió rápidamente: de 1890 a 1920 se fundaron más de 600 periódicos; pero desde los años veinte los periódicos, para poder mantener los contactos con las segundas generaciones, empezaron a hacer uso frecuente de la lengua inglesa.

Los periódicos italoamericanos, además de la función de conservación lingüística, desempeñaron un papel de mantenimiento de los vínculos étnicos, informando tanto de las novedades ocurridas dentro de las comunidades como de los hechos referentes a la madre patria; esta prensa se convirtió a menudo en intérprete de las demandas de tutela de la comunidad y de la difusión de las ideas de algunos movimientos políticos, especialmente anarquistas y socialistas.

En Argentina, al empezar el siglo, el diario *La Patria degli italiani* tiraba más de 14.000 ejemplares y era el tercer periódico argentino; a través de él se imponían las costumbres culturales y alimenticias italianas y, sobre todo en Buenos Aires, el idioma *criollo* sufría su mayor contaminación lingüística por obra de la emigración italiana. Un estudioso argentino, Tulio Halperín Donghi, refiriéndose a este paradójico proceso, habla de «omnipresencia inaprensible» de la etnia italiana, no tanto en términos de peso político, como más bien de poder en el terreno social y lingüístico-cultural.

En Brasil, la proliferación de la prensa fue absolutamente sorprendente: más de 500 cabeceras entre diarios, quincenales, mensuales y números únicos, de los cuales más de 350 se publicaban en el estado de São Paulo, 64 en Río de Janeiro y 54 en Río Grande do Sul. Tal florecimiento se registra casi exclusivamente entre 1880 y 1940, aunque la primera hoja, de carácter religioso, hizo su aparición en 1765 en Río de Janeiro. Las publicaciones estaban destinadas por lo general a una vida breve, pero no faltan importantes excepciones, como el *Avanti* e *Il Fanfulla,* diario de São Paulo, nacido en 1893, que dejó de publicarse en 1965.

Persisten todavía algunas de las cabeceras gloriosas promovidas por las comunidades en el extranjero. Los profundos cambios ocurridos dentro de las comunidades mismas y la rápida decadencia de la lengua italiana escrita han replanteado sin embargo en gran medida el papel histórico de la prensa, durante decenios disputada por las diferentes fuerzas políticas activas entre los emigrantes.

Actualmente existe una Federación de la Prensa Italiana en el Extranjero (FUSIE), además de algunas agrupaciones por área. La Federación reúne unos centenares de cabeceras, incluidas las editadas en Italia en favor de los emigrantes en el extranjero. La mayor parte de las publicaciones (más de un centenar) son americanas y se editan en Argentina, Estados Unidos y Canadá, aunque los periódicos más vivaces se editan en los distintos países europeos, adonde por otra parte llega con más facilidad la propia prensa italiana y donde los procesos de intercambio cultural y de integración con la cultura local son más avanzados.

IV

EL DESARROLLO DE LAS COMUNIDADES ITALIANAS EN EL CONTINENTE AMERICANO (1860-1970)

La diversificada geografía de la emigración italiana desde la península, y los no menos diversificados contextos de las sociedades de acogida americanas produjeron, en el espacio de un siglo, resultados de conjunto bastante diferentes. Quizá sea más oportuno hablar aquí de resultados que, aun presentando una caracterización indudablemente italiana, no se expresaron en el territorio con formas y modalidades homogéneas y uniformes. A orientar esta configuración contribuyeron en particular los factores propios de los países de acogida, los distintos momentos en los que se ponía en marcha el desarrollo económico —que llevaba consigo la exigencia de servirse de mano de obra extranjera— y las mismas políticas de inmigración (según los momentos: selectivas, de población, discriminatorias, liberales, etc.); como es sabido, en algunos países estas políticas se convirtieron en políticas de multiculturalismo o de pluralismo cultural que promovieron los procesos de valorización del aporte de los diferentes grupos étnicos ya estabilizados.

Resulta bastante difícil presentar aquí una panorámica sintética y suficientemente representativa de la realidad histórica y social de la emigración italiana en América y de su significado de conjunto en el desarrollo de esos países. Varios estudiosos han abordado esta empresa, pero pocos han adoptado un enfoque comparativo. La mayor parte prefirió ahondar en la historia de una comunidad italiana, o de más de una, pero dentro de un único país, por razones de competencia y de comodidad de investigación.

Ya se ha aceptado y consolidado universalmente la distinción entre experiencia de la emigración italiana en Norteamérica y en

América Latina. Mientras los procesos de marginalización, y en algunos casos de segregación, fueron frecuentes en la realidad de Norteamérica —donde los italianos tuvieron que trabajar mucho para conseguir las actuales posiciones de relativo prestigio—, en América Latina los italianos, dejando de lado algunos episodios individuales, pudieron gozar en seguida de una situación social favorable y entrar incluso entre las clases dirigentes.

No obstante estas diferencias entre los tiempos y los modos de integración en las sociedades americanas, sigue siendo válido el discurso de las raíces comunes y de la búsqueda o construcción de una identidad étnica, aunque diferenciada por países. Si en los Estados Unidos este proceso se introduce en el cuadro de la diferenciación y de los movimientos sociales típicos de los años sesenta en adelante, en América Latina la demanda reciente de italianidad (expresada por la petición de la nacionalidad italiana) se relaciona, naturalmente, con las crisis económicas y políticas que atraviesan esos países, pero sigue estando basada en las enraizadas tradiciones y herencias populares dejadas por la experiencia migratoria del siglo XIX.

Ante la imposibilidad de trazar un exhaustivo cuadro comparativo de la experiencia migratoria italiana en el continente americano preferimos pasar revista a los diferentes países, por orden de importancia de los flujos italianos, concediendo especial atención al aspecto cuantitativo, tanto en la fase inicial como en los cambios estructurales y en el estadio final, para ofrecer una idea sumaria del fenómeno. Pero no por ello dejaremos de subrayar las especificidades y los aspectos cualitativos sobresalientes de los distintos casos nacionales. Tendremos en cuenta también algunas pequeñas comunidades por el interés que éstas revisten en el cuadro de la vasta diáspora italiana por casi todos los países americanos a lo largo de este último siglo.

Origen, desarrollo y características de la comunidad italiana en los Estados Unidos

La comunidad italiana en los Estados Unidos es la más relevante, por consistencia cuantitativa de los italianos entrados y por el número de descendientes de origen italiano. De 1876 a 1986 más de

cinco millones de italianos entraron en Estados Unidos, si bien en los últimos años el flujo ha disminuido mucho como consecuencia de la disminución total de la emigración italiana.

A principios del siglo XIX había pocos centenares de italianos en Estados Unidos, si bien su presencia era muy cualificada. Pronto llegaron exiliados por la causa de la Unidad italiana, a partir del fracaso de los movimientos por la independencia de 1821; en 1833 y en 1836 algunos italianos que habían salido de las prisiones del Imperio Austríaco fueron acogidos en general con gran simpatía y solidaridad. Como ya se ha dicho en la primera parte de este volumen, en 1849, después del fracaso de la República Romana y de la primera guerra de independencia llegó un elevado contingente de exiliados, sobre todo mazzinianos, intelectuales, políticos y militares, entre los que destacan Giuseppe Garibaldi y Giuseppe Avezzana. Durante la guerra de Secesión entre los estados del Norte y los del Sur, se señalaron en el ejército algunos militares italianos, entre ellos el general Luigi Palma di Cesnola, más tarde fundador del Metropolitan Museum de Nueva York y personalidad influyente en la vida estadounidense.

En 1860 la comunidad italiana superó las 10.000 personas; pero la emigración masiva de los trabajadores comenzó sólo después de 1885, cuando una media de 35.000 italianos (1885-1895) entró en los Estados Unidos, aunque fue en el decenio a caballo entre los dos siglos cuando se registró la impresionante media de 130.000 entradas por año, con una punta de 300.000 en 1905 y el ápice de 376.000 en 1913. La llegada de los italianos y de los eslavos *(new immigration)* era relevante también por la disminución de las llegadas de los grupos procedentes de la Europa septentrional *(old immigration)*, que hasta entonces habían predominado. Se trataba en su mayoría de campesinos, jornaleros, artesanos y obreros poco cualificados, que abandonaban ahora en masa los campos meridionales que se encontraban en profunda crisis económica. Muchos de los emigrantes italianos retornaron: a principios de 1900 su permanencia media se calculaba alrededor de cinco años. Entre 1899 y 1924 más de la mitad (55%) de los emigrantes italianos en los Estados Unidos regresó, entre otros motivos, por razones ligadas al primer conflicto mundial.

Según los datos americanos, entre 1820 y 1986, 5.335.775 de personas procedentes de Italia emigraron a Estados Unidos. El 78,2% lle-

gó entre 1871 y 1920. En este período de la «gran emigración» el peso de los italianos creció notablemente en relación al de los demás países. Los italianos llegados entre 1891 y 1900 eran el 17,7% de todos los emigrantes, y pasaron a ser el 23% en el decenio sucesivo, y el 19,3% en el período comprendido entre 1911 y 1920. En el decenio del primer conflicto mundial se dieron puntas relevantes de emigración hasta la detención definitiva del flujo durante el conflicto y tras la Primera Guerra Mundial, a causa sobre todo de las leyes restrictivas introducidas a partir de 1924, que tendían a excluir la emigración latina y eslava con criterios basados sobre cuotas de población «deseable».

La comunidad italiana en los Estados Unidos, incluyendo hijos, alcanzó la máxima expansión demográfica en 1930; pero a partir de entonces, a causa tanto de la ausencia de nuevos flujos como de las naturalizaciones, las muertes y los regresos, la comunidad en sentido estricto se fue reduciendo y envejeciendo rápidamente.

Tras el paréntesis del período fascista y después de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de las restricciones mantenidas por el gobierno de Washington, el flujo italiano no fue indiferente: 558.891 personas entre 1951 y 1986, el 10,5% de las llegadas totales a Estados Unidos y el 15,3% de las procedentes de Europa. Durante este período la inmigración italiana fue más cualificada: junto a cuotas de trabajadores con bajas cualificaciones, se tenía la presencia creciente de profesionales y técnicos, debido a la política selectiva de los Estados Unidos.

Las diferencias territoriales en la distribución de los italianos están ligadas a una serie muy variada de factores económicos y sociales, especialmente a las posibilidades de trabajo, y por tanto de emigración, a menudo relacionadas con las cadenas familiares y las redes de solidaridad «paisana», así como con el trabajo ya desarrollado en las distintas zonas de Italia. La distribución de los italianos en el territorio americano estuvo determinada inicialmente también por la acción de los intermediarios étnicos a través del llamado *padrone system* (sistema de intermediación informal en las relaciones de trabajo). A esta «organización» recurrían a menudo tanto la mano de obra recién llegada al mercado de trabajo de más allá del océano como los empresarios necesitados de fuerza de trabajo, sobre todo durante la época de las grandes ocasiones en la construcción públi-

ca, líneas ferroviarias, etc. Hay que tener en cuenta además que el 97% de las llegadas en el período de la gran emigración se concentraba en Nueva York. La gente se veía obligada a vivir —al menos en los primeros tiempos de permanencia en el Nuevo Mundo y en los momentos de crisis económica— en condiciones precarias desde el punto de vista residencial, a menudo con graves consecuencias para la salud, no obstante la meritoria —pero insuficiente respecto a las necesidades— obra de las organizaciones de asistencia, confesionales o laicas.

La emigración italiana en los Estados Unidos tuvo un carácter predominantemente urbano y se concentró en las profesiones de bajo perfil requeridas por la gran expansión de las estructuras de las metrópolis. El grupo italiano registró un lento proceso de integración en la sociedad norteamericana, tanto a causa de dificultades y carencias estructurales del grupo como de prejuicios difundidos en la sociedad de acogida, que frenaron el constructivo proceso de confrontación y enriquecimiento recíproco.

EL RECORRIDO CULTURAL, SOCIAL Y POLÍTICO DE LOS ITALIANOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por lo que se refiere a la experiencia total de la emigración de trabajo italiana en Estados Unidos es preciso hacer una distinción entre los que se establecieron en los estados del Atlántico y los del Pacífico. Los que se establecieron en la costa occidental, a pesar de la doble distancia respecto a Italia, encontraron más éxito que los italianos de la costa atlántica. Varios factores influyeron en el resultado final, como el nivel más elevado de actividad desarrollada en el sector comercial, artesanal y de servicios, la mayor preparación cultural y técnica, el fuerte espíritu empresarial, así como factores ambientales, como el menor hacinamiento urbano, la ausencia de guetos o la afinidad climática. Comerciantes, pescadores y expertos agricultores encontraron más riqueza en California que los verdaderos buscadores de oro de aquellos años. Los emigrantes italianos consolidaron verdaderas fortunas en la viticultura, en los sectores de bienes inmobiliarios y en las bancas. Andrea Sbarboro experimentó nuevos métodos en la producción vinícola y agrícola; los hermanos

Gallo dieron vida a una imponente empresa vinícola; la California Fruit Packing Corporation de Marco Fontana llegó a ser la más importante empresa mundial del sector, y el banco constituido por Amedeo P. Giannini, en parte a través de la canalización de los ahorros de los emigrantes, creció hasta convertirse en el mayor banco privado del mundo, primero como Bank of Italy and America y finalmente, en los años treinta, como Bank of America.

Las dificultades encontradas por los italianos en las metrópolis de la costa atlántica (donde residían más de la mitad de los italianos) fueron mayores. Eran comunes las discriminaciones salariales y de trabajo, la marginación residencial y la difusión del trabajo de menores, así como asignación de los trabajos pesados y mal pagados. La cuestión de los alojamientos, no regulada por normas justas y severas, se prestaba a explotaciones y especulaciones; el hacinamiento en ambientes malsanos contribuyó a originar muchas enfermedades infecciosas, especialmente entre los niños. Los alojamientos se transformaban a menudo, por necesidad, en talleres de confección o de pastelería, en fábricas de flores artificiales, sastrería, etc. La vida familiar, sometida a las nuevas tensiones del hacinamiento o de la soledad, se resintió. Mantener sólida la familia, ante dificultades hasta entonces nunca experimentadas, tenía un significado especial para los italianos, sobre todo en el objetivo de alcanzar un cierto éxito individual y para todo el grupo que había sostenido la partida de uno de sus miembros.

Fuera de los grandes centros urbanos del este y del centro, había otros problemas en las zonas típicamente industriales y mineras. Los italianos que se aventuraron en las minas de Vermont, en las serrerías del estado de Washington, en las colonias agrícolas de Arkansas y de Louisiana encontraron aislamiento, prejuicios y graves conflictos sociales. Grandes distancias separaban a las pequeñas ciudades que, si bien dotadas de comunicaciones, carecían de las estructuras comunitarias y del ambiente «local» recreado en las ciudades del Atlántico.

El trabajo en las industrias y en las minas de los Estados Unidos se efectuó, antes de que se introdujera una legislación social a finales del siglo XIX, con el máximo dispendio de las energías humanas y el mínimo respeto de la vida y de la integridad de los trabajadores *unskilled* (no cualificados). Los riesgos de accidente de trabajo

y muerte accidental eran frecuentes en todos los trabajos pesados y peligrosos. Algunos episodios marcaron trágicamente la historia del trabajo americano. La explosión de una mina en Cherry, Illinois, en 1909, causó la muerte de cerca de 300 trabajadores italianos. Ni siquiera se pudo saber el número exacto de las víctimas, y los cadáveres se estuvieron extrayendo durante meses. En 1911 otro grave accidente golpeó a los trabajadores de la confección, mujeres en particular, con ocasión del incendio de la fábrica de camisas Triangle, en Nueva York. Los bomberos lograron alcanzar sólo los primeros pisos, mientras numerosas mujeres se habían refugiado en los alerones del octavo y noveno. Muchas se precipitaron desde lo alto: en total murieron 143. Sus cuerpos fueron alineados sobre las aceras de las calles cercanas para el rito de la difícil identificación por parte de los familiares.

La participación de los italianos en las luchas del mundo del trabajo estadounidense fue considerable, aunque procedieran de una reducida experiencia sindical, especialmente los meridionales. Por otra parte, los modelos sindicales eran diferentes; el sindicato americano de oficios, agrupado en torno a la American Federation of Labor, era poco sensible a las demandas de los grupos menos cualificados de los trabajadores inmigrantes, y no era ajeno a prejuicios. Los inmigrantes apoyaron sobre todo a los sindicatos más comprometidos ideológicamente y de tradición más radical en las luchas del trabajo, según la tradición europea. El sindicato que les acogió, incluida la corriente anarco-sindicalista, se llamaba IWW (Industrial Workers of the World). Los italianos constituyeron algunos *locals* o secciones étnicas, activas sobre todo en el sector industrial, manufacturero y textil.

Entre las luchas del trabajo fue memorable la huelga de los trabajadores italianos en Lawrence, Massachusetts, en 1912. Millares de obreros textiles, incluidas mujeres, amenazados con reducciones salariales, abandonaron el trabajo y afrontaron un extenuante enfrentamiento de más de tres meses con sus patronos. El cartel de una manifestante italiana expresó de manera significativa las peticiones de dignidad salarial y humana de su protesta: «Queremos el pan, pero también las rosas». El dinero no era suficiente sin el respeto.

En Ludlow, Colorado, en 1914, se verificó en cambio una trágica masacre. Familias italianas y griegas habían transcurrido ya un

duro invierno de protesta bajo las tiendas, después de haber sido echadas de los alojamientos de la compañía. El domingo de Pascua la policía de la compañía comenzó a disparar contra los huelguistas: 33 personas resultaron muertas, la mitad de las cuales eran mujeres y niños. Los italianos, cuando estaban suficientemente sensibilizados y sostenidos en la organización, se afiliaron en buen número a los sindicatos americanos. Junto a los irlandeses muchas de las personalidades de la organización obrera más combativas eran italianas, incluso entre los líderes sindicales de nivel nacional. Algunos fueron protagonistas de protestas y de procesos en las contiendas de trabajo: Carlo Tresca y Arturo Giovannitti (éste era un fino escritor y poeta) animaron en 1912-1913 el duro enfrentamiento con los patrones.

Sin embargo, el prejuicio contra la llamada *new immigration,* que comprendía a italianos, latinos en general y eslavos, estaba fuertemente extendido en los Estados Unidos, enraizado en un *nativism* que tendía a privilegiar a los grupos ya establecidos y a justificar sistemas de jerarquización según la estructura étnica y racial. Los italianos, a causa de la ausencia de un sistema de protección legal y de legislación social, se defendieron con todas las armas, y no siempre legalmente. Muchas de las asociaciones italianas de los Estados Unidos tuvieron durante bastante tiempo un carácter defensivo y estaban preparadas para la lucha contra la difamación de todo el grupo.

Indudablemente, el suceso que más conmovió a la comunidad italiana, así como a todo el país fue el proceso, en 1921, contra los anarquistas Bartolomeo Vanzetti y Nicola Sacco, acusados de homicidio. Su condena a muerte, tras un debate encendido y caracterizado por prejuicios políticos y raciales, tuvo lugar en 1927, basándose en testimonios y argumentaciones discutibles. En 1977, a medio siglo de distancia, el gobernador de Massachusetts, Michael Dukakis, declarando el 23 de agosto *Memorial Day* de Sacco y Vanzetti, reconoció que el clima de prejuicio xenófobo y de hostilidad hacia las opiniones políticas no ortodoxas había inspirado el comportamiento de muchos funcionarios americanos.

Después de la Primera Guerra Mundial un número creciente de italianos comenzó a afirmarse en todos los campos: negocios, arte, deporte, literatura, espectáculo e incluso política. El camino de la

afirmación, aunque constelado por dificultades y contrastes, se presentaba en línea con la vitalidad impetuosa del grupo. Los italianos manifestaron una particular propensión al campo musical y del espectáculo, donde dejaron una huella singular. Con todo, esta fuerte presencia cultural no impidió que el *nativism* americano alcanzase sus objetivos: primero con la prohibición de entrada a los analfabetos, en 1917, y más tarde con el *Quota Act* basado en criterios racistas que privilegiaban a los grupos considerados superiores en perjuicio de los «inferiores» y no deseables.

Reconocidos escritores italoamericanos, como Constantine Panunzio, Pietro di Donato y Jerre Mangione extrajeron de su experiencia étnica las páginas más vivas de su creación literaria. Las nuevas artes contemplaron una cualificada presencia italiana. El director de cine Frank Capra realizó algunas de las películas más inspiradas y populares. La estrella de Rodolfo Valentino, rey de la pantalla americana durante los años veinte, sobrevivió durante decenios a su desaparición registrando las primeras formas de divismo moderno. El sector del deporte fue para muchos italoamericanos ocasión de ascenso social y de gran notoriedad: púgiles como Willie La Morte o Rocky Marciano, y jugadores de béisbol como Joe di Maggio, fueron durante años algunas de las personas más populares.

Por lo que se refiere a los aspectos políticos, es importante subrayar cómo en la formación de las élites italoamericanas interactuaron las ideologías dominantes en el contexto de acogida y de la patria de origen. En el caso italiano, el nacionalismo se difundió también en el extranjero en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial, dando apoyo a las peticiones de fuerte defensa de la nacionalidad y de las características italianas. También el nacimiento del fascismo en Italia encontró inmediata respuesta por parte de las élites nacionalistas, que consideraban que el nuevo movimiento era el instrumento adecuado para obtener mayor respeto y consideración. Del mismo modo, la opinión pública y los responsables de la política exterior americana reconocían, al menos hasta el final de los años treinta, que el fascismo era un elemento de estabilidad política y el restaurador de la ley y el orden.

Por parte de los italoamericanos la adhesión al fascismo representó, en sustancia, tanto una forma de patriotismo emotivo como una ingenua expresión de orgullo nacional. Los sentimientos profas-

cistas estaban favorecidos además por el escaso conocimiento y conciencia política de las comunidades emigrantes, que entonces estaban perdiendo los vínculos con la madre patria por la actitud de los llamados «prominentes» o líderes de las comunidades. El gobierno fascista, mucho más que el precedente gobierno liberal, trató de conseguir una gran difusión de temas propagandistas que le fueran favorables por medio de la acción de los consulados, así como de las asociaciones culturales y patrióticas. En cambio, un obstáculo a la presencia de un componente antifascista organizado en los Estados Unidos estuvo representado por la rígida clausura del movimiento migratorio italiano en general, llevada a cabo definitivamente con la ley de 1924. De hecho, el grueso de la emigración antifascista se refugió en Francia.

No obstante las numerosas barreras, exponentes socialistas y sindicalistas lograron llegar a Norteamérica. Se introdujeron en las organizaciones demócratas y antifascistas, en algunos grupos políticos sobre todo, y en los sindicatos italoamericanos, entre los que hay que recordar las asociaciones étnicas de trabajo: por ejemplo, las de Nueva York del ACWA (American Clothing Workers Amalgamated) y las del ILGWU (International Ladies Garment Workers Union) del sector de las confecciones. Las organizaciones sindicales estaban, sin embargo, obligadas a hacer frente al creciente filofascismo de amplios sectores de la propia base y mientras reforzaban los propios caracteres americanos perdían interés en los asuntos italianos.

Durante los años veinte el mundo académico americano dio refugio a un grupo, exiguo pero cualificado, de intelectuales de orientación antifascista, entre los que hay que destacar a Gaetano Salvemini, Lionello Venturi, Michele Cantarella, Giuseppe Antonio Borgese, Max Ascoli, etc. Entre los antifascistas se encontraba el gran director de orquesta Arturo Toscanini. Después de la promulgación de las leyes raciales en Italia en 1938, numerosos ciudadanos italianos de origen judío, junto a correligionarios de nacionalidad alemana y austríaca, se refugiaron allende el Atlántico; pero fue el estallido del segundo conflicto mundial lo que transformó a los Estados Unidos en el mayor centro de actividad de la emigración antifascista, sobre todo después de que Francia empezara a ser ocupada por las tropas alemanas. Ya en otoño de 1939, Gaetano Salvemini había constituido una asociación de inspiración demócrata y

republicana, la Mazzini Society, cuya finalidad principal era la sensibilización de la opinión pública y de las autoridades americanas sobre el peligro fascista.

En la segunda mitad de 1940 encontraron refugio en Norteamérica exponentes de relieve del antifascismo operante en Francia y en Inglaterra, así como de diversa orientación política: comunistas (Giuseppe Berti, Ambrogio Donini), socialistas (C. E. Prato), populares cristianos (Luigi Sturzo), independientes (Carlo Sforza) y republicanos (Randolfo Pacciardi). El grupo más influyente estaba representado por exponentes liberal-demócratas, cercanos al movimiento llamado *Giustizia e libertà* (Alberto Tarchiani, Alberto Cianca) y al ala moderada del Partido Socialista. El conde Carlo Sforza, como diplomático del antifascismo, trató de poner en marcha una iniciativa política basada en el modelo gaullista y ser un interlocutor privilegiado. Su estrategia apuntaba en primer lugar a entretejer estrechas relaciones con ambientes políticos e intelectuales americanos con el fin de acreditar su papel de líder indiscutible de la oposición al régimen fascista. Al mismo tiempo logró transformar la Mazzini Society en un instrumento de imagen guía del antifascismo en el extranjero, con la conquista de un amplio consenso en el interior de la comunidad italiana. Trató de construir una alianza con los sectores del mundo político y sindical «liberal» de origen italiano, que iba desde el alcalde de Nueva York, Fiorello La Guardia, al vicepresidente del sindicato ILGWU, Luigi Antonini, y a Howard Molisani, los cuales veían en el antifascismo un medio para quitar de las posiciones de poder a los «prominentes» filofascistas. La ambición de Sforza era constituir oficialmente un Comité Nacional Italiano, una especie de gobierno en el exilio, del que habría sido el líder, y una legión voluntaria «garibaldina» para unirla a las tropas aliadas. La ambiciosa estrategia de Sforza, que pareció tener éxito al principio, por el apoyo de la administración Roosevelt y de otras personalidades estadounidenses, no obtuvo los resultados esperados precisamente por la falta de apoyo de las otras fuerzas antifascistas. Desde la segunda mitad de 1941 se manifestó una ruptura entre Salvemini y Sforza y los vértices de la Mazzini Society, muy comprometidos con el mundo político y sindical italoamericano. Otro elemento de diversificación era la completa oposición de Sforza y de la Mazzini Society a los comunistas, mientras que Pacciardi se mostraba abierto.

Además de los crecientes contrastes internos de la emigración, entre 1941 y 1942, se verificaron profundos cambios. Los italoamericanos, con la entrada en guerra de los Estados Unidos, tomaron partido por la democracia americana contra el fascismo y prefirieron el apoyo de sus líderes y de organizaciones culturales y políticas como el potente Italian American Labor Council. Para la administración Roosevelt, una vez obtenida la lealtad de la comunidad de origen italiano y la «conversión» de muchos «prominentes», el interés hacia los exiliados disminuía sensiblemente, no obstante el apoyo dado por Washington al Congreso Antifascista de Montevideo de 1941. En cuanto al futuro de Italia, verdadera preocupación de la emigración antifascista, el gobierno estadounidense asumió una actitud de espera; por otra parte, se difundía el convencimiento de que el más válido interlocutor de Washington en la Italia posbélica debería ser el mundo católico y el Vaticano, más que el antifascismo militante acusado de anticlericalismo y de alejamiento de los verdaderos problemas de Italia.

De todas formas, el papel de los antifascistas en los Estados Unidos no fue secundario. Se expresó a través de la acción en la propaganda de guerra y en la influencia sobre la opinión pública liberal. Quizá la herencia más duradera fue la influencia cultural de los intelectuales en la enseñanza en universidades americanas (Salvemini en Harvard, Roberto López en Yale) y a través de los escritos del fundador del Partido Popular, el sacerdote Luigi Sturzo. Aunque alejado de los juegos políticos de la inmediata posguerra, la influencia de la «batalla» de este último fue profunda, al orientar hacia el relanzamiento moral y político a ese partido del que había sido padre inspirador y que ahora, con el nombre de Democracia Cristiana, tenía que asumir la guía en la reconstrucción de Italia.

Otras personalidades antifascistas asumirán, de vuelta a Italia entre 1948 y 1949, un papel de primer plano en el momento de «la opción occidental»; Carlo Sforza como ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Tarchiani como embajador italiano en Washington y Randolfo Pacciardi como ministro de Defensa.

Les unía la experiencia del exilio americano y la comprensión del creciente papel de los Estados Unidos en el contexto internacional, convicción ciertamente madurada durante los años del conflicto.

Por lo que respecta al grueso de la comunidad, el conflicto militar dividió a las familias; la contribución de los italoamericanos al éxito de la guerra fue consistente en términos de vidas humanas, debido a la máxima expansión demográfica de la comunidad. Los soldados italoamericanos que fueron a Italia con los ejércitos aliados fueron también agentes de conexión entre las familias y representaron uno de los canales más concretos de la difusión del mito americano entre las jóvenes generaciones italianas.

La emigración italiana hacia los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial es relativamente modesta, a causa de las restricciones legislativas a la inmigración, que no se modificarán hasta 1965. Su cualificación y preparación es mucho más alta, y sobre todo es mucho más elevado el número de científicos y técnicos italianos, desde los atómicos Enrico Fermi y Bruno Pontecorvo (ya activos durante la guerra), hasta una gran cantidad de docentes de las más variadas disciplinas, humanistas, escritores, investigadores, etc.

El camino de la comunidad italoamericana es ahora autónomo, aunque preocupado por no perder contacto con las raíces, que se encuentran más en la propia comunidad que en la lejana tierra de origen. En este último período es importante la contribución dada por los italoamericanos en el campo de las artes y en el sector de la administración y de la política, en la que ganaron terreno conquistando un propio campo de batalla político. En el Congreso Federal Vito Marcantonio se batió contra la discriminación de su comunidad. Los estados de Rhode Island, Massachusetts y Washington vieron sus primeros gobernadores italoamericanos. En 1950 los ciudadanos de Nueva York eligieron alcalde a Vincent Impellitteri que ganó a otros tres oponentes italoamericanos: el gran juez Edward Corsi, Ferdinand Pecora y el mismo Vito Marcantonio. Desde entonces las elecciones vieron siempre una intensa concentración de apellidos italianos en ayuntamientos, escuelas, universidades, etc.

En los años setenta, Ella Grasso fue la primera mujer italoamericana elegida gobernadora, en Connecticut. En el mismo período, el hijo de un emigrante italiano, el ex gobernador de Massachusetts John Volpe, fue el primer italoamericano enviado a Roma en calidad de embajador. Pero su presencia es sobre todo significativa en el sector judicial, a través de las personalidades de Peter Rodino, John Sirica y Antonin Scalia, magistrado de la Corte Suprema.

Aunque quizá sea el mundo de las artes el que mejor expresa las cualidades y la herencia étnica de los italoamericanos, que han sabido elaborar la memoria de la propia identidad. Directores como Martin Scorsese, Francis Ford Coppola, actores como Robert de Niro, Frank Sinatra y numerosísimos otros salieron del ámbito comunitario y pertenecen ya al patrimonio artístico americano y universal.

PERFIL SOCIAL Y ECONÓMICO DE LA COMUNIDAD ITALIANA Y DE «ORIGEN ITALIANO» EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por lo que se refiere a la cantidad actual de la población que siente su origen italiano, el censo estadounidense de 1980 calculó 12.195.798 de italoamericanos, correspondientes al sexto grupo étnico en cuanto a consistencia (el 5,4% de la población: prácticamente 1 de cada 20 americanos es de origen italiano).

Pasando a la situación actual nos encontramos con que de los nacidos en Italia, el 78%, según los datos del censo de 1980, hablan italiano en casa (en un porcentaje superior al de los otros grupos europeos) lo que significa 648.411 personas, a las que se añaden 23.295 que tienen uno o los dos padres nacidos en Italia. Nótese que la edad media de los que se han definido italianos, por nacimiento o ascendencia, pero que no hablan la lengua, es de 27 años, mientras que la de los que no saben hablar más que italiano es de 65. Globalmente, sólo el 12% de los italoamericanos nacidos en los Estados Unidos se sirve de la lengua italiana en casa, y esto es un indicador de la progresiva «americanización» del grupo étnico. Sin embargo, en los emigrantes de primera generación no faltan resistentes identidades regionales y provinciales, más que nacionales, en las diversas expresiones de la vida cotidiana.

Como ya hemos observado, la comunidad italiana de nacimiento ha ido reduciéndose en los últimos años y haciéndose más anciana: dos tercios del total son ya de tercera generación, y un cuarto de segunda. En 1980 eran sólo 830.000 las personas nacidas en Italia, lo que normalmente se llama «primera generación». En estos momentos las llegadas de italianos a los Estados Unidos se han reducido a pocos millares al año, con una cualificación profesional mucho más alta que en el pasado.

Considerando algunas características demográficas de esta última porción de la comunidad de los «nacidos en Italia», se puede observar que, en 1980, el italoamericano medio tenía 60 años de edad; pero, mientras la edad media de los que habían inmigrado antes de 1960 era de 65 años, la del grupo llegado después de 1960 era de 36 años. Las mujeres son ligeramente más numerosas que los hombres (52,8% frente al 47,2%), a diferencia de otras naciones europeas, en las que las mujeres son la neta mayoría. Casi el 80% de los italianos ha obtenido la ciudadanía estadounidense.

La tasa de divorcios entre los italianos es menos elevada que en los otros grupos étnicos, pero va en aumento entre los que han crecido y se han educado en los Estados Unidos. La fecundidad de las mujeres italianas era más alta que la de las mujeres procedentes de otras naciones europeas, pero con tendencia decreciente; la familia italiana se va alineando a la europea. Entre las mujeres italianas, además, se da un porcentaje más alto de madres. El porcentaje de fuerza de trabajo entre los italianos inmigrados era más bien bajo en 1980 (alrededor del 40%) a causa de la edad y por la elevada componente familiar. Entre los inmigrantes llegados después de 1970, la fuerza de trabajo italiana (68,4%) era más alta que la media nacional (62%) y que la de la población inmigrante en general (64,4%).

Los italianos conservan el porcentaje más alto, respecto a los otros grupos europeos, de trabajadores de la construcción. El sector manufacturero, sin embargo, es el que ofrece mayor empleo a los italianos, sobre todo a las mujeres. Entre manufactura y comercio están empleados más del 50% de los italianos. Una tradición confirmada por los datos del censo de 1980 es la del sector de servicios personales (ocupaciones típicas como sastre, barbero, camarero y similares), donde los italianos, sobre todo los hombres, alcanzan un porcentaje superado sólo por los franceses.

Los italianos están poco representados en otras ocupaciones, no sólo en las profesionales o directivas, sino también como técnicos o empleados. Una última anotación concierne al trabajo autónomo, en el que los italianos tienen el porcentaje más alto, confirmando la tradicional ingeniosidad en estas profesiones. Los inmigrantes italianos recientes tienen un salario medio más alto que el nacional y que el de la población inmigrada en general, aunque no igual al salario medio de los otros inmigrantes de Europa.

La escolarización de los italoamericanos de Estados Unidos nacidos en Italia es generalmente baja. Un italiano de cada cinco, de más de 20 años de edad, no ha llegado más allá de la enseñanza primaria. Sólo el 30% de los italianos ha cursado la enseñanza media (frente al 50% de otras naciones europeas y al 66% de los Estados Unidos). Hay que recordar que hasta 1963 la enseñanza obligatoria en Italia incluía sólo los cinco años de la escuela primaria. Pero, naturalmente, estamos hablando de la «primera generación», nacida en Italia.

En el censo de la población estadounidense de 1980, se especifica el origen o ascendencia *(ancestry)*, evidenciando el valor de la etnicidad sin limitarse, como en los censos anteriores, a informaciones de relevancia jurídica, como la ciudadanía o el país de nacimiento del emigrante o de sus padres. De los datos sobre la ascendencia ha surgido un hecho significativo y en sintonía con lo que sostienen muchos estudiosos: la reafirmación en la sociedad americana de los vínculos étnicos y culturales capaces de mantener una identidad propia tanto en los emigrantes como en sus descendientes, desmintiendo la teoría determinista del *melting pot*, según la cual se consideraba que, con la asimilación económica, se obtendría, en los Estados Unidos, una «americanización» total de las masas procedentes de todo el mundo.

En 1980, 12.183.692 de personas —el 5,37% de los habitantes de Estados Unidos— declararon ser de ascendencia italiana en línea paterna o materna (ascendencia singular) mientras que el 56,5% del mismo grupo declaraba la ascendencia de ambos padres. Esta consistente colectividad no ha encontrado, sin embargo, un correspondiente reconocimiento en la vida social, cultural, y sobre todo política, aunque hayan desaparecido ya las diferencias económicas, típicas del período de la «gran inmigración» ligadas sobre todo a la baja cualificación profesional de la mano de obra.

El carácter de la emigración italiana se ha mantenido siempre predominantemente urbano. Todavía en 1980, según los datos del censo, el 88% de los italoamericanos vivía en las áreas metropolitanas. Hoy, como a principios de siglo, Nueva York tiene el grupo más numeroso de habitantes de origen italiano: 802.279. Al comenzar el siglo XX el espacio urbano se caracterizaba por la concentración del establecimiento de italianos, sobre todo en las *Little Italies,*

en las que la mayor parte de la población vivía en condiciones precarias desde el punto de vista de la densidad y la higiene residenciales. Con el paso de los años —y también por efecto del aumento de rentas de los emigrantes y de la atenuación de la intensidad del flujo de nuevos llegados desde Italia— estas aglomeraciones se vaciaron con el traslado de los residentes a las periferias urbanas.

Estos nuevos asentamientos perdieron las características unidades del vecindario, producidas por la «gran emigración» en Greenwich Village o Mulberry Street. Se trata, por otra parte, de un proceso general de expulsión de los habitantes menos acomodados de los centros históricos para dejar lugar a las actividades cualificadas del sector terciario.

Hay 23 ciudades estadounidenses en las que viven más de 25.000 italoamericanos; además de Nueva York, hay otras tres que acogen a más de 100.000: Filadelfia (192.102), Chicago (138.396) y Los Ángeles (107.279); sigue Boston con 68.962. Digna de mención es también la presencia, en cuatro ciudades medias, de una proporción superior o cercana a la tercera parte de los habitantes, como en Rhode Island y Connecticut.

Respecto a las ciudades del primer lugar de establecimiento de los emigrantes a principios de siglo, las comunidades italoamericanas conocieron también una movilidad interna de un estado a otro, siguiendo además las directrices de los otros grupos de población blanca, que vio aumentar la presencia italiana en Florida y en la California meridional. Con todo, en conjunto, la mayor parte (57%) de la población de origen italiano vive todavía en los estados del noreste, el 16% en el Midwest, el 14% a lo largo de la costa del Pacífico y el 13% en el sur.

La integración socioeconómica de la comunidad italoamericana, sobre todo en el último decenio, ha progresado rápidamente, como muestra el censo de 1980. Los italoamericanos están hoy al nivel de la media nacional en términos de escolaridad y profesionalidad (aunque no a los niveles más elevados), y superan la media nacional en los niveles de ocupación, y sobre todo de renta anual. En particular, la proporción de los pobres dentro del grupo italoamericano es la más baja de los grupos étnicos.

Sin ninguna duda la ráfaga de movimientos de los años sesenta, con el redescubrimiento del valor de la etnicidad y el desarrollo de

las organizaciones étnicas, dio también a los italoamericanos un nuevo impulso hacia la búsqueda de los valores y caracteres de la propia identidad. Las mayores repercusiones tuvieron lugar en el terreno artístico y cultural.

En la dialéctica entre asimilación al modelo de vida y de cultura estadounidense y el abandono de los valores ligados a la etnia italiana —aun con todas las reservas para una generalización de este tipo— se pueden señalar tres situaciones diferentes. La primera está representada por los nacidos en Italia y trasladados de adultos allende el Atlántico, que mantuvieron una identidad cultural propia durante toda la vida. La segunda es la de los descendientes de éstos, que viven, o han vivido, de manera problemática el conflicto de «lealtad» étnica entre la socialización familiar «tradicional», y la «moderna» propuesta por la sociedad americana, no encontrándose completamente a gusto ni en una ni en otra.

El tercer modelo está representado por los que ya están separados, al menos por dos generaciones, de la llegada a los Estados Unidos: tienen poquísimos vínculos con asociaciones «paisanas» o nacionales y su etnicidad (a menudo denominada incluso simbólica) deriva principalmente de los procesos inducidos por la sociedad global. Si buscan una identidad étnica lo hacen por interés cultural —sin vergüenza ni necesidad de mimetizarse, como les sucedía a sus padres— y para encontrar valores culturales y una identidad colectiva. Está claro que esta exigencia de identidad varía también en función de los momentos históricos; obviamente, era más fácil afirmar la propia italianidad al principio, durante la Primera Guerra Mundial, que no durante la Segunda. No existe una homogeneización general de las expresiones culturales y políticas, sin que los diferentes «lugares» y, por tanto, la dimensión geográfica, hayan ejercido un papel mediador.

Entre la «asimilación» y la afirmación de la «etnicidad» no existen, además, ni una clara y recíproca interrupción, ni un recorrido en sentido único; los grupos étnicos tienden, no obstante los años de vivaces tendencias asimilacionistas, a reivindicar su peculiar contribución a la vida estadounidense, en un intercambio de dimensión planetaria, con las culturas y los países de origen.

ARGENTINA: LA APORTACIÓN DEMOGRÁFICA ITALIANA

Argentina, a partir de la mitad del siglo XIX fue la segunda meta preferida por el flujo emigratorio transoceánico italiano y la cuarta de todo el mundo en cuanto a importancia. Argentina recibió en un siglo alrededor de tres millones de italianos, según las estadísticas de la península comenzadas en 1876. Es el país donde mayores y más significativas han sido las incidencias demográficas y sociales de la afluencia de italianos, respecto a los demás países americanos.

La presencia italiana en Argentina no sólo acompaña la formación de las estructuras del Estado, sino que contribuye de manera relevante al mismo crecimiento de la población argentina. Hay que señalar que semejante incidencia no se verificará en otros países de acogida, como en el caso de Estados Unidos, no sólo porque la llegada de los italianos es mucho más tardía (no cobra relevancia hasta 1890), sino sobre todo porque en Norteamérica la consistencia de la población local era mayor.

De los casi tres millones de italianos llegados a Argentina, casi dos tercios lo hicieron antes de la Primera Guerra Mundial, 670.000 en el período de entreguerras y 500.000 en el primer decenio después del segundo conflicto.

Para comprender la naturaleza de la primacía inmigratoria italiana en Argentina (que ha superado constantemente en más de un 20% al otro gran grupo: el español), es oportuno considerar las etapas sobresalientes de los flujos basándose en las estadísticas disponibles: es sabido que las estadísticas de los países de acogida son por lo general más ricas y exactas. Las fuentes argentinas hacen subir a cerca de 1.900.000 el saldo migratorio italiano (es decir, la diferencia entre las entradas y salidas) entre 1871 y 1973: esta aportación constituye casi la mitad de los extranjeros que se han establecido definitivamente en Argentina en el espacio de tiempo considerado. Las fuentes italianas calculan los regresos del continente americano (y como consecuencia, los saldos) sólo a partir de 1905: desde ese año hasta 1981 dan un saldo con Argentina de más de un millón. El año de punta de las emigraciones de Italia a Argentina fue 1911, con 111.500.

Ya hacia el final de la época virreinal y al principio de la Independencia, los italianos estaban presentes en Argentina y consti-

tuían, según estiman algunos autores, el 20% de la población extranjera a principios del siglo XIX (que entonces aún no superaba el millar de unidades). Por lo demás, personajes ilustres como Alberdi, Belgrano y otros —que tuvieron una contribución importante en la Revolución de mayo de 1810 y en la formación de la primera República— eran italianos o hijos de italianos. La emigración se vio favorecida inicialmente por las guerras napoleónicas y por los fracasos de los movimientos independentistas de los años 1820-1830 en Italia. La meta argentina conoció una inmediata popularidad, no sólo por la fortuna económica de muchos emigrantes, sino por ser patria de libertad para muchos exiliados, en particular mazzinianos y personalidades políticas que más tarde resultaron decisivas en el Resurgimiento italiano. Se trataba de un pequeño grupo de prófugos, altamente cualificado, que no dejó de influir en el desarrollo sucesivo de la misma comunidad italiana. Pero muy pronto prevalecieron los profesionales y comerciantes, activos sobre todo en el sector de la navegación fluvial y marítima, y procedentes en su mayoría de Liguria.

A principios del siglo XIX la población argentina estaba en torno a medio millón de personas; en 1869 no alcanzaba los dos millones de habitantes; en 1895 superó los cuatro millones, que se duplicaron en los 20 años siguientes (y que se duplicaron de nuevo en 1947 y en 1985, cuando la población alcanzó los 30 millones de habitantes).

La inmigración contribuyó de manera determinante al crecimiento demográfico global, especialmente en las fases de mayor desarrollo económico. En el quinquenio 1885-1889, por ejemplo, la relación entre tasa de incremento migratorio (debido a la aportación de los inmigrantes) y vegetativo (del componente local) era de 70,4% frente 29,6%. El flujo migratorio italiano entre 1871 y 1930 constituyó de media el 43,6% del total de inmigrantes en Argentina, alcanzando el 62% en el período 1890-1920, mientras que fue del 50-60% en la región del litoral. Por lo demás Buenos Aires concentraba los dos tercios de la población total y contribuía de manera determinante a la capacidad productiva del país. También después de la Segunda Guerra Mundial la aportación italiana fue elevada, aunque limitada aproximadamente a un decenio; los italianos constituyeron 3/5 de la corriente migratoria dirigida entonces a Argentina.

Siguiendo los censos argentinos, que indican sólo los «nacidos en Italia» (y que, por lo tanto no indican los hijos, es decir, la llamada «segunda generación»), se puede ver que en el censo de 1895 los italianos constituían la mitad de la población extranjera (y el 12,5% de la población total), para disminuir al 39% en el censo de 1914. En los censos de 1947 y de 1960 el porcentaje de los italianos entre todos los extranjeros se mantiene cerca del 33%, para disminuir al 29% en 1970, y al 25% en 1980, es decir, una de cada cuatro personas nacidas en el extranjero.

En valores absolutos la población «nacida en Italia» pasa de 71.000 en 1869 a 492.000 en 1895 y a 942.000 en 1914. Hay que presumir que la población italiana superó ampliamente el millón después de la Primera Guerra Mundial, para reducirse más tarde a causa de las muertes y de los nuevos flujos reducidos. En 1947 la población italiana había disminuido hasta 786.000, para después aumentar (con motivo de las llegadas de después de la Segunda Guerra Mundial) a 878.0000 unidades en 1960. A partir de entonces comenzó un lento camino de flexión de la comunidad italiana en sentido estricto, es decir, de los «nacidos en Italia», por las muertes y la interrupción ya definitiva de nuevas llegadas: en el censo de 1970 estaba calculada en 637.000 unidades, y en 1980 en 488.000.

Faltando en Argentina datos adecuados referidos al origen étnico (presentes, por el contrario, en los censos de Estados Unidos, Canadá y Australia), es imposible proceder a una valoración de la cifra exacta de la población de origen italiano —que debería incluir las segundas, terceras y sucesivas generaciones— y que reviste un significado puramente demográfico y no político ni administrativo, tratándose, casi en su totalidad, de ciudadanos argentinos.

Se suele considerar que casi la mitad de la población argentina es de origen italiano, entre 12 y 15 millones de personas (como parece confirmar un análisis sumario basado en los apellidos). Es oportuno aclarar que este componente demográfico no es ni siquiera equivalente a «comunidad étnica» en sentido estricto, y tanto menos coincide con una descendencia «únicamente italiana», desde el momento en que ya las segundas generaciones (y en particular las terceras) conocen un elevado componente de matrimonios «mixtos» *(intermarriage)*. Esta estimación sirve sólo para dar una idea de la aportación demográfica de la emigración italiana en Argen-

tina durante un siglo, con la riqueza y la variedad de intercambios resultante.

La concentración de los italianos tuvo lugar sobre todo en las zonas urbanizadas, en las que ya en 1914 residía el 96% de los italianos censados en aquella fecha. Buenos Aires y su provincia, sobre todo, constituyeron no sólo el puerto de llegada, sino también el lugar de recogida y distribución de los italianos en Argentina. En 1869 la capital albergaba al 58,7% de los italianos. El desplazamiento hacia el interior del país aparece ya en el censo de 1895, que muestra al 22% de los italianos establecidos en la provincia de Santa Fe. El proceso de desplazamiento hacia Buenos Aires se afirma en los decenios sucesivos. Por primera vez la ciudad de Buenos Aires pierde población italiana, pasando de 312.000 en 1914 a 204.000 en 1960, mientras la provincia (la Gran Buenos Aires) alcanza el ápice albergando a 470.000 italianos: la mitad aproximadamente del total de los residentes en el país. En 1980 sólo el 18,4% de los nacidos en Italia vivía en la capital, contra el 48,8% en el área del Gran Buenos Aires y el 13,4% en el resto de la provincia. Actualmente Santa Fe, Córdoba y Mendoza son, en este orden, las zonas con mayor presencia de italianos fuera de Buenos Aires.

Características regionales, sociales y profesionales de los italianos

Ligures y piamonteses fueron los grandes protagonistas de los primeros decenios de inmigración al Plata, seguidos por vénetos, friulanos, lombardos y campanos. Hasta finales del siglo XIX el componente septentrional resultó dominante; pero al empezar este siglo la proporción se invirtió en favor del sur. La jerarquía de las regiones italianas que contribuyeron a la emigración italiana en Argentina, en el período 1876-1925, contempla en primer lugar al Piamonte con el 16,5% (350.000 piamonteses), seguido por Calabria con el 13%, Sicilia con el 11% y Lombardía con el 10,4%. Después de la Segunda Guerra Mundial la emigración italiana en Argentina es netamente meridional, con el 86% de las llegadas, de las cuales el 29% sólo de Calabria, región seguida por Campania, Abruzzo-Molise y Sicilia.

En algunos contextos destacaba el predominio de una determinada región: un ejemplo típico es la Boca del Riachuelo, el barrio del puerto de Buenos Aires, donde la continuada presencia de ligures caracterizó los usos y costumbres y hasta el modo de hablar del barrio. La colonización agrícola posterior a 1870, que tanta repercusión tuvo en el desarrollo económico y social de Argentina, fue llevada a cabo en su mayor parte por colonos italianos, sobre todo de origen lombardo y piamontés. No se debe conceder al origen regional un carácter exclusivo, ya que los cambios de origen regional fueron rápidos, tanto en la composición de los contingentes que llegaban desde Italia como en las corrientes internas, alimentadas por la alta movilidad geográfica que caracterizó a la emigración italiana. Los italianos fueron llamados «golondrinas» por su capacidad de combinar la temporada de cosechas (o una temporada de trabajo) en Italia y volver a Argentina para la inmediatamente sucesiva, dirigiéndose hacia las localidades que ofrecían mayores oportunidades de éxito, a través de las cadenas familiares y paisanas.

Hay que señalar que la emigración italiana en Argentina conservó fuertes identidades regionales (como en otros lugares, por otra parte) que se pueden ver en la conservación de muchos aspectos del patrimonio cultural y lingüístico regional. Este marcado regionalismo, que constituye uno de los factores de la rica diferenciación cultural italiana, impidió, incluso tras los conflictos políticos internos, una fuerte amalgamación de caracteres y la formación de una definida conciencia nacional. La comunidad italiana pocas veces ha sabido expresarse políticamente en los momentos más importantes de la vida del nuevo país y en las formas más constructivas.

La masiva presencia de ligures al inicio de la emigración italiana en Argentina explica su monopolio en el sector del cabotaje y de la navegación fluvial en la región del Plata. Las capacidades profesionales y el *know how* artesanal, herencia tradicional de los emigrantes, hacían a los italianos muy hábiles en el terreno profesional y capaces de éxito en numerosas actividades agro-industriales.

En 1909 los italianos en Buenos Aires eran propietarios del 56% de los establecimientos mecánicos y metalúrgicos, del 46,3% de las industrias textiles, del 57% de las alimenticias, y del 78,6% de la industria de la construcción. El censo de 1914 indicaba que el 21% de los propietarios agrícolas eran italianos (15.000 de 72.000). No

obstante, la gran propiedad agrícola —sólidamente en manos de los *estancieros* nativos dedicados a la cría y comercio de ganado— que coincidía con la clase política, no tuvo nunca una presencia italiana de relieve.

Un análisis por grupos de edad pone en evidencia la importancia de la población italiana activa en la primera mitad de este siglo. Después de los años veinte la población italiana propiamente dicha sufre un proceso de envejecimiento, al no ser alimentada por nuevos flujos. Pasando directamente al último censo de 1980, que, como es natural, registra un marcado envejecimiento de la comunidad italiana (el 45% de la cual tiene más de 60 años), se observa que un tercio de la población italiana activa está concentrada en la industria, seguida por los sectores del comercio (23%), de los servicios (13%) y de la construcción (11%); la presencia en la agricultura se reduce al 3,9%. La distribución por grupos profesionales registra el 39% de obreros, el 20% de comerciantes, el 10% de empleados y el 7,7% de profesionales.

Los emigrantes italianos en la economía argentina

La entrada de Argentina en el mercado mundial del siglo XIX sentó las bases de su desarrollo económico moderno, en primer lugar el de la agricultura y la cría, aunque creó también las condiciones favorables para el crecimiento de la industria, que se afirmó precisamente gracias a la aportación directa de las competencias profesionales de los inmigrantes.

El período entre 1870 y 1920 fue una época de excepcional crecimiento en Argentina, alcanzando una de las más altas tasas del mundo debido al fuerte aumento de las inversiones bajo forma de importación de capitales y a la expansión de los cultivos agrícolas (con una tasa del 10% anual), que pasaron de 0,5 millones de hectáreas en 1870 a 24 millones en 1914, en parte por la expansión de la red ferroviaria. El crecimiento de la economía está relacionado con el aumento de la población que, como ya hemos recordado, pasó de 1,8 millones en 1869 a 8 millones en 1914.

La agricultura

En la primera etapa del ciclo de los cereales (1870-1895) la provincia de Santa Fe ocupó un lugar de primerísima importancia; de hecho, la mitad de las exportaciones de trigo argentino procedía de esos campos. La expansión de los cereales produjo una significativa diversificación de actividades en el ámbito rural. Las dos ciudades de Rosario y de Santa Fe crecieron sensiblemente y el número de los pueblos rurales aumentó de manera espectacular (de 4 a 60 en 1895), para satisfacer la demanda de bienes y servicios generada por la expansión cerealera. El 65% de la población extranjera en la provincia de Santa Fe estaba compuesto por italianos.

Pero la contribución no fue sólo numérica; los inmigrantes italianos supieron adaptarse con sorprendente rapidez a un tipo de agricultura diversa, que exigía nuevas tecnologías y espacios más amplios. La opinión entonces predominante entre los observadores extranjeros subrayaba la gran adaptabilidad de los trabajadores italianos, su «actitud ingeniosa» y su capacidad de ahorro, bastante difícil en cambio, en esas circunstancias, para otros grupos, especialmente para los anglosajones.

En líneas generales, los campesinos recién llegados se introducían en los trabajos agrícolas como arrendatarios, a veces trabajando en tierras propiedad de inmigrados que habían tenido éxito. El arriendo tuvo una doble función: servía como escuela agrícola para los últimos en llegar, y era además un canal de ascenso social para los inmigrantes llegados sin medios. Muchos de ellos se convirtieron más tarde en propietarios, generalmente comprando tierras de frontera. La contribución de los italianos a la agricultura argentina no se expresó solamente a través de agricultores, sino también a través de una serie de actividades , de tipo comercial e industrial, ligadas a la agricultura.

Los progresos fueron en conjunto lentos y a veces bastante reducidos; pero la coyuntura favorable, comenzada en la década de 1880, permitió a los agricultores italianos obtener buenos ahorros, entre otras cosas por su capacidad de combinar las dos temporadas de cosechas, en Italia y Argentina. La relativa prosperidad material se veía favorecida también por la ausencia de estructuras rígidas en la sociedad local.

En el proceso de veloz asimilación de los italianos en la sociedad argentina, probablemente tuvieron gran importancia las afinidades culturales, lingüísticas y religiosas, y el hecho de que, considerado su gran número, los italianos no se sintieron nunca una minoría aislada. Pero este proceso de integración no fue en absoluto automático ni indoloro, incluso en el campo, a causa de la supervivencia de prejuicios étnicos. Decisiva fue más tarde la contribución de los italianos en el campo de la viticultura, especialmente en el área de Mendoza, hasta el punto de llegar a convertirse en un sector monopolio de los italianos.

La manufacturas

La incidencia de la inmigración en la puesta en marcha del proceso de industrialización en Argentina fue muy profunda, por la fuerte oferta de mano de obra y por los cambios cuantitativos y cualitativos en la composición de la demanda, con la difusión de nuevos hábitos de consumo. Pero los inmigrantes trajeron consigo también capacidad empresarial, elevada profesionalidad técnica y una cierta disciplina de trabajo, que fueron factores clave en el desarrollo de la industria local.

En el censo de 1895 la gestión de las industrias y el comercio se encontraba en un 80% en manos de extranjeros, en calidad de propietarios. En el personal asalariado de ambas ramas, empleados y obreros, la proporción era menor, pero siempre superior a la de la población activa en general. Los extranjeros se colocaban, preferentemente, en los nuevos estratos promovidos por el desarrollo económico: empresarios, obreros y empleados de la industria y del comercio predominaban, sobre todo, en la clase media en expansión y en el nuevo proletariado urbano industrial, superando a las clases existentes en la sociedad tradicional.

El papel de los italianos fue muy importante debido a las personalidades que dieron vida a empresas industriales. El economista Luigi Einaudi encontraba que, ya al principio del siglo, en la capital, 127 empresas industriales de 164 eran de italianos; en Rosario, 275 de 395, y 3/5 de la industria del hierro estaban en manos italianas. Si bien las dimensiones y la actividad de la población italiana en Ar-

gentina alimentaban el sueño de una «nueva y gran Italia en el Plata», típico de la ideología expansionista expresada por Einaudi, el gran capital italiano estuvo ausente en las inversiones en Argentina, donde predominaron Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos. Esta orientación cambiará sólo tras la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de que no faltan ejemplos de industriales llegados de Italia con el capital suficiente como para implantar una empresa, es interesante señalar que el perfil de la mayor parte de los empresarios italianos de éxito está ligado más bien al mundo de la emigración. Fueron el trabajo, la habilidad y la capacidad de ahorro de estos «patrones-obreros», y de ese tipo de empresas familiares —muy difundidas en la experiencia industrial italiana de fin de siglo—, las que produjeron los halagüeños resultados en Argentina. Los industriales italianos invirtieron sus capitales principalmente en sectores consolidados, como algunas ramas de la alimentación, la metalurgia, la construcción, la industria textil, cerillera y las papeleras.

Los grupos italianos más poderosos se lanzaron también en ámbitos reservados a capitales de procedencia británica o norteamericana, como el campo de los grandes frigoríficos, pero obtuvieron escasos resultados. Aunque desde principios del siglo XX algunas empresas italianas experimentaron un rápido proceso de expansión, en general los italianos estuvieron ausentes en los sectores que requerían grandes inversiones de capital. Junto a las empresas fundadas por inmigrantes, que constituyen la mayoría, aparecen algunos casos raros de empresas de capital italiano con sede en la madre patria.

Las empresas italianas

Después de la Primera Guerra Mundial, y no obstante la reducción de los flujos migratorios, aumentó la proporción de empresas de origen extranjero (el 55,3% y el 64,3% en los censos industriales de 1914 y 1935). Las empresas propiedad de italianos siguieron ocupando el primer lugar de las empresas extranjeras (alrededor del 40%). Si la pequeña industria de origen italiano comenzó a decaer, crecieron en cambio empresas italianas de otro tipo, empresas filia-

les de empresas italianas u oficinas comerciales de distribución: es el caso de la Pirelli (1917), de la Cinzano (1922) con producción local, de la Fiat (1923) y de la Olivetti (1923). Hay que recordar, no obstante, que la mayor parte de las empresas que se instalaban en ese período en Argentina eran norteamericanas.

De las numerosas empresas de origen italiano, la mayoría continuaron como empresas familiares o pequeñas sociedades con producción a escala reducida, mientras que algunas se transformaron en grandes sociedades anónimas con actividades extendidas a muchas ramas productivas. Uno de los factores esenciales en el crecimiento de estas empresas fue su estrecha relación con el capital bancario acumulado por los inmigrantes italianos. A partir de 1872 se fundaron en Buenos Aires los primeros bancos con capital italiano: el Banco de Italia y Río de la Plata (1872), el Nuevo Banco Italiano (1887) y el Banco Popular Italiano (fundado en 1898, pero liquidado y absorbido en 1926 por el Banco de Italia y Río de la Plata).

En sustancia, la amplia presencia de italianos en la industria argentina se concretó sobre todo en la participación de empresas italianas en la Unión Industrial Argentina (1887). Desde su origen los italianos constituyeron cerca del 20% del total de los miembros, presencia que se confirmó a principios de siglo con la presidencia de algunos italianos: Alfredo Demarchi (1904-1907), Ermenegildo Pini (1920-1924), Luis Colombo (1926-1946): este último era dueño de las bodegas de vino Tomba de Mendoza. En conjunto, hay que reconocer que, no obstante la creciente importancia de empresas en la producción manufacturera, los industriales italianos carecían de una representación equivalente tanto en el campo político como en el sector agro-exportador, que desempeñó un papel hegemónico hasta el final del segundo gran conflicto.

Después de la Segunda Guerra Mundial hubo una nueva etapa de establecimiento de industrias originarias de Italia y que trabajaban en sectores muy dinámicos y con elevada concentración de capitales. Al lado de éstas apareció nuevamente la difusión de pequeñas y medianas empresas fundadas por los mismos inmigrantes y que reproducían algunas de las características y experiencias de las primeras industrias italianas en Argentina de finales del siglo XIX.

La aportación de los italianos al desarrollo cultural argentino

La aportación que la cultura italiana dio a Argentina fue profunda y diversificada y tocó todos ámbitos de la vida y producción culturales, del filosófico al literario, artístico, educativo, musical, científico, arquitectónico, y del pensamiento económico, político y religioso. Parte de esta influencia estuvo mediatizada por la amplia cultura italiana, representada por sus más importantes pensadores y escritores.

Una influencia cultural más directa, a través de la experiencia misma de los exiliados italianos, ejerció el pensamiento de Mazzini, sobre todo después de la caída del gobierno de Rivadavia y el advenimiento del régimen de Rosas. Por medio del periódico *Giovine Italia* (Joven Italia), publicado en Río de Janeiro en 1836 y por influencia de un grupo de mazzinianos de Montevideo, la ideología republicana influyó grandemente en importantes políticos argentinos como Miguel Cané, Juan Cruz Varela, Florencio Varela y Juan Bautista Alberdi.

En la segunda mitad del siglo XIX la influencia cultural italiana en Argentina dejó de tener un carácter intelectual y elitista y pasó a ser más penetrante y difundida, ligada a la experiencia misma de las masas emigrantes. La cultura de estas últimas, rica en contenidos antropológicos y en tradiciones locales, era, en cambio, más débil en el terreno educativo y formativo, como lo prueba la elevada tasa de analfabetismo entre los italianos (que en el censo de 1895 tocaba el 42% de la comunidad y en el de 1914 el 36%). De todas formas precisamente gracias a la contribución de los inmigrantes se produjeron profundas transformaciones en la tradición criolla, en lo que se refiere a organización colectiva, estilos de vida, concepción de la casa y del papel del hombre y de la mujer (implicada también ésta en primera persona en la actividad económica), organización del espacio y de la iniciativa económica, así como en el ahorro.

Entre los resultados más vistosos de la experiencia italiana hay que situar la gran variedad de instituciones étnicas creadas por los italianos, incluidas las culturales, como las mutuas, las de beneficiencia, sociales, políticas y de recreo. Las sociedades de ayuda mutua, en particular, con una fuerte tradición de oficio y con base regional,

pero comprometidas también con las tensiones sociales y políticas, permitieron una experiencia de tipo presindical y de formación de las élites. Al inicio del siglo XX, las asociaciones mutuas en Argentina eran 366, de las cuales casi un tercio se encontraba en Buenos Aires, y los socios eran más de 116.000.

Una de las iniciativas más significativas de las sociedades de ayuda mutua italianas fue la creación de escuelas para los hijos de los italianos. Las primeras escuelas «nacionales» en Argentina fueron instituidas en 1866 por iniciativa de la sociedad Unione e Benevolenza y por la Società Nazionale Italiana; en 1876 surgió la primera escuela femenina de la sociedad Unione Operai Italiani y en 1884 el jardín de infancia de la sociedad femenina Margherita di Savoia. Estas escuelas expresaban una exigencia educativa fuertemente advertida por la comunidad aun antes de la ley argentina de 1884 sobre la enseñanza obligatoria. Las escuelas de las sociedades de ayuda mutua italianas eran 54 a principios de siglo, 23 de las cuales en Buenos Aires, y tenían 5.200 alumnos. El otro bloque importante de escuelas para los hijos de italianos, o en las que se enseñaba italiano, eran las escuelas de los salesianos. Sus institutos, a pesar de haber sido creados años después, muestran un dinamismo mayor con estructuras ampliamente competitivas, especialmente si se considera el sector de la formación profesional. La contribución del gobierno italiano al funcionamiento de estas escuelas fue en general modesta y restringida generalmente al envío de libros.

El empeño cultural espontáneo de las comunidades italianas desembocó, coherentemente, en la realización del primer Congreso Pedagógico en Argentina, promovido por las sociedades de ayuda mutua en 1881 (con antelación respecto a la iniciativa similar del gobierno argentino). Naturalmente sobre un tema tan delicado como el de la enseñanza, que permitía un control sobre la formación cultural y cívica de la juventud, no podían faltar roces, como de hecho hubo, entre los defensores del mantenimiento a ultranza de la lengua de origen, por una parte, y los que, por otra, veían en cualquier escuela extranjera un atentado a la soberanía del Estado. De esta opinión era Domingo Faustino Sarmiento en 1881, en la polémica contra las escuelas extranjeras. Una ulterior etapa en el mantenimiento de la difusión de la lengua y la cultura italianas tendrá lugar con la difusión de la sociedad Dante Alighieri, en 1898. Se debe a

su intensa actividad en el campo cultural la realización durante tantos decenios, y con gran vitalidad hasta hoy día, de los cursos de italiano dirigidos no sólo a los hijos de italianos, sino a todas las personas interesadas y sensibles a la cultura de la península.

Por lo que se refiere a las influencias culturales de tipo popular, no puede subestimarse la contribución italiana constituida por los fermentos político-culturales, expresados por los filones de pensamiento y acción que entonces interpretaban mejor las demandas de la gente. El pensamiento socialista, el anarquista y el católico social encontraron vivaces intérpretes e innumerables canales de expresión, constituidos sobre todo por varias decenas de periódicos a principios de siglo, de tendencia diversa y a veces contraria. Las solicitudes de justicia y libertad, del valor del trabajo y del respeto de los trabajadores entraron en el patrimonio civil y cultural común.

Los inmigrantes italianos, precisamente por las dimensiones de su pacífica invasión, pasaron también a ser sujetos de la cultura local, a través de la novela, el teatro o la literatura popular. El sainete, género antiguo de farsa, se convierte en el instrumento más adecuado para expresar los contrastes, la ambigüedad, las mezclas lingüísticas (como el *lunfardo* y el *cocoliche*), y también los estereotipos sobre el inmigrante italiano, personaje central, generalmente, en este tipo de teatro. El lenguaje mismo del inmigrante se lleva a escena en la producción dramática del país, dejando innumerables influencias. También la música popular de Buenos Aires, expresada sobre todo en el tango, está ligada a la presencia del inmigrante y a la originalidad de algunos intérpretes italianos; desde la novela hasta el cuento, desde el teatro hasta el tango, los italianos se extendieron, pues, en todos los espacios narrativos y artísticos, dejando una huella indeleble en la cultura argentina.

Las personalidades italianas en el mundo de las ciencias y de la investigación

La primera aportación dada por los estudiosos italianos después de la operación cultural conducida por Rivadavia, embajador primero en Europa y más tarde presidente de la República Argentina, en cuyos diseños entraba la instauración de un sistema formativo de al-

to nivel en su país, con la ayuda de muchos de los exiliados conocidos en Londres o París fue de suma importancia. Invitó a la Universidad de Buenos Aires a Pietro Carta Molino, que más tarde fundaría el Museo de Ciencias Naturales. El matemático Octavio Mossotti de Novara estuvo activo desde 1827 hasta 1834 como profesor de Física experimental e ingeniero astrónomo. También el napolitano Pietro de Angelis —ya recordado en la primera parte de este volumen— pertenece a este grupo de intelectuales enviados a Argentina: activo en el periodismo oficial, en la enseñanza —en la que destacó por iniciativas originales como el Ateneo Argentino—, en el asesoramiento político y en la historiografía; fue autor de la primera gran historia de las provincias del Río de la Plata, en 6 volúmenes (1836-1837) e introdujo el pensamiento de Giambattista Vico, que ejerció mucha influencia en la generación romántica argentina de 1837.

En 1828 llegó a Buenos Aires Carlo Enrico Pellegrini, implicado asimismo en los movimientos independentistas italianos, ingeniero y pintor, ingenio versátil luego activo en las obras municipales de Buenos Aires y padre de Carlos Pellegrini, vicepresidente de la República bajo Juárez Celman y más tarde presidente de ésta de 1890 a 1892.

Los estudiosos italianos llamados a enseñar en la primera Universidad de Buenos Aires (1824) fueron muy numerosos e influyentes, aunque su permanencia fuera sólo temporal, como en el caso del médico Paolo Mantegazza (Buenos Aires, 1854-1858). Carlo Imperiale dio un fuerte impulso a los estudios naturales y a la Escuela de Farmacia.

Los ingenieros y físicos Bernardino Speluzzi, Emilio Rossetti y Pellegrino Stroebel contribuyeron decisivamente a los estudios en la segunda mitad del siglo XIX. El primero, activo de 1865 a 1885, fue el promotor de la Sociedad Científica Argentina (1872), además de arquitecto y, al final de su carrera, cónsul argentino en Milán. Giovanni Ramorino sustituyó a Stroebel en 1866 en el Departamento de Ciencias Exactas y fue autor del primer manual de mineralogía. En 1880 el naturalista Carlo Luigi Spegazzini fue llamado a enseñar a la Facultad de Ciencias Físicas y Naturales; fue además presidente de la Cámara de Comercio italiana de Buenos Aires y participó con el teniente Giacomo Bove y el salesiano Pietro Bonacina, en una expedición a tierras australes. Domenico Bortolazzi y Domenico Paro-

di fueron docentes universitarios, el segundo de ellos director del Instituto Agronómico.

En 1868 llegaba a Argentina Piero Scalabrini (padre del brillante escritor Raúl Scalabrini Ortiz y hermano de monseñor Giovanni Battista Scalabrini, fundador de los misioneros para los emigrantes). Positivista evolucionista, enseñó en la Escuela Normal de Paraná, fundada por Sarmiento y centro del positivismo argentino. Su aportación como docente de filosofía, historia e historia natural, dejó una huella profunda sobre todo en el desarrollo de la pedagogía argentina de tipo positivista; se aventuró también en obras de derecho comparado y en investigaciones paleontológicas en Entre Ríos y Paraná (con la caracterización de 80 nuevas especies) que lo llevaron a abrir el Museo Provincial de Ciencias Naturales de Paraná.

En 1888 llegaba al país el padre Clemente Onelli, licenciado en ciencias naturales, minerólogo y geólogo, explorador en Patagonia con Giacomo Pozzi, activo en el Museo del Plata, estudioso de arte sacro colonial y, por último, nombrado por el presidente Julio A. Roca director del jardín zoológico de Buenos Aires.

El ingeniero Pompeo Moneta, llegado en 1860, fue profesor de física experimental, activo en el Observatorio Astronómico de Córdoba, y autor de estudios para la construcción de los ferrocarriles. En 1873 llegaba a Argentina el ingeniero Cristoforo Giagnoni, más tarde inspector general. En el campo de la ingeniería hidráulica, la aportación más importante fue dada por el romano Cesare Cipolletti, autor del sistema de irrigación en Mendoza y encargado, en 1898, de preparar el plano de irrigación de la provincia de Río Negro. Otros ingenieros importantes fueron Guido Jacobacci, Moldo Montanari y Ugo Miatello, agrónomos, y Luigi Luiggi, creador del puerto militar Belgrano.

Entre los numerosos médicos italianos, hay que señalar a Silvio Dessy, llegado en 1893 y luego director del Instituto Experimental de Higiene, el fisiólogo Valentino Grandis (llegado en 1898), y el anatomista Alessandro Tedeschi (1889).

Entre los juristas el nombre más importante es el de Antonio Tarnassi, docente de derecho romano y, desde 1886, secretario de la Corte Suprema de Justicia; su sobrino Giuseppe Tarnassi fue un ilustre docente de literatura latina.

Hacia finales de siglo, tras la represión de los movimientos sociales en Italia, llegaron a Argentina pensadores socialistas y anarquistas, bastante numerosos y versátiles. Entre éstos hay que señalar a Pietro Gori, director de *Criminología moderna,* docente de sociología y criminología, activista político en favor de las huelgas y elemento decisivo de la hegemonía anarquista en la recién instituida Federación Obrera Argentina.

Numerosa y cualificada fue también en aquellos años la contribución de astrónomos como Francesco Porro de Somenzi (llegado en 1905), docente en la Universidad de La Plata, el físico Galdino Negri y el matemático en la Universidad de La Plata, Ugo Broggi. Entre los humanistas ocupa un lugar relevante Francesco Capello, crítico artístico y literario, autor de ensayos filosóficos, iniciador de los estudios helenistas en Argentina y decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1903). Clemente Ricci (llegado en 1893) enseñó historia de la civilización medieval y moderna, y fue el primer docente de historia de las religiones en Argentina.

El siglo XX, que vio el crecimiento máximo de la comunidad italiana, se enriqueció ulteriormente con estudiosos y pensadores, que por distintas razones (intelectuales, económicas y políticas), eligieron Argentina como meta definitiva o temporal. De entre los médicos, que destacaban por su amplia formación y por su actividad en el campo de la investigación y los descubrimientos, hay que señalar a Adolfo Faggiolini y a Arsenio Guidi Buffarini de Ancona. Pionero de la psiquiatría infantil en Argentina fue Lanfranco Ciampi, llegado en 1918.

El médico Donato Boccia, llegado en 1922, fue uno de los máximos expertos en medicina del trabajo. De los antropólogos hay que recordar a Giuseppe Imbelloni (llegado en 1921) y a su sucesor Marcello Bormida (llegado en 1946).

Del nutrido grupo de geólogos, destaca, en primer lugar, Guido Bonarelli, llamado a Argentina en 1911 y director de numerosas investigaciones en los distritos mineros, así como Egidio Ferruglio y Enrico Fossa Mancini. Entre los naturalistas hay que recordar a Roberto Dabbene, profesor de química, que llegó a ser el máximo ornitólogo argentino, y a Giocchino Frenguelli (llegado en 1911), botánico y geólogo de formación enciclopédica, docente en varias universidades.

Las exploraciones de este siglo tienen una cualificada presencia de salesianos, además de otros como Bartolomeo Bossi y Giacomo Bove. El salesiano Giuseppe Fagnano colaboró en exploraciones a principios del siglo XX, pero el más importante fue el salesiano Alberto Maria de Agostini, que durante 30 años llevó a cabo descubrimientos en Tierra de Fuego, publicando importantes volúmenes.

Las restricciones a la libertad personal durante el fascismo y, en particular, las leyes raciales de 1938 contra los judíos, obligaron a un cualificado número de intelectuales y profesores italianos a dirigirse a las universidades argentinas, donde dejaron una huella importantísima en todos los campos del saber. Entre éstos, la mayoría de los cuales alcanzó fama mundial, hay que recordar a los matemáticos de Turín Beppo Levi y Alessandro Terracini, y al hermano de éste, el lingüista Benvenuto Terracini; al historiador de la ciencia Aldo Mieli; a los médicos Renato Segre y Amedeo Herlitzka; al físico Andrea Levialdi; a los juristas Renato Treves, Gino Arias y Camillo Viterbo, y al historiador y filósofo Rodolfo Mondolfo, que dejó una profunda huella. Hay que añadir a éstos a Eugenia Sacerdote de Lustig y sobre todo a Gino Germani, que desarrolló en Argentina la sociología científica: autor de libros fundamentales para la comprensión de la sociedad argentina, concluyó su carrera en Harvard y después en Roma en 1979.

La contribución cultural y política del antifascismo italiano en Argentina fue significativa e influyente, aunque no alcanzara el nivel de importancia existente en Estados Unidos durante los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Además, apenas terminado el conflicto, mientras que muchos antifascistas volvieron a Italia, una vez establecida la democracia, para ofrecer su ayuda al renacimiento de la patria, varios tránsfugos fascistas se refugiaron en Argentina, lo mismo que en otros países latinoamericanos.

Después de la Segunda Guerra Mundial, numerosos estudiosos y científicos de menor fama contribuyeron a la investigación en Argentina como, por ejemplo, Giovanni Dalma, Salvatore Bucca, Michelangelo Cei, Armando Pisanó y los físicos Gino Moretti, Manlio Abele y Livio Gratton. Si bien la aportación mayor fue la que dieron los técnicos, ingenieros y cuadros medios, que contribuyeron válidamente a la implantación de firmas y empresas italianas en Argentina.

Las empresas italianas en Argentina constituyen uno de los elementos más dinámicos y de fuerte unión entre estos dos países. Piénsese por ejemplo en la Techint, creada por el ingeniero Agostino Rocca, de Milán, emigrado a Argentina en 1947, o en el establecimiento de empresas y sociedades italianas como Fiat, Dalmine, Olivetti, Pirelli, ENI, Impresit, Sade, Panedile, Marelli, Ansaldo, Impregilo, Italimpianti, Italtel, SNIA, RIV, Lepetit, Galileo, Carlo Erba, y los grandes nombres de la industria vinícola y de licores, Cinzano, Martini, Gancia y Branca. Relevante fue también la contribución de las empresas en los sectores metalúrgicos, textil, químico, alimenticio, de las grandes construcciones y de las comunicaciones.

Por otra parte, las posibilidades económicas ofrecidas entonces a los italianos eran buenas, en un territorio rico en recursos económicos, adaptado a los más variados cultivos agrícolas, y abierto al desarrollo de la industria y del artesanado. En aquellos años se intentó, en un marco gubernamental bilateral (1947 y 1948 entre Italia y Argentina), y multilateral, llevar a cabo acuerdos de emigración, que superaran la fase de la emigración caótica de principios de siglo, y garantizaran una emigración «asistida» y «seleccionada» hacia salidas concretas en el sector ocupacional. El CIME (Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas), constituido en 1952 y con especiales programas intergubernamentales para una «emigración controlada y asistida», ayudó en sus primeros tres años de actividad a más de 50.000 italianos, sobre todo a familiares que iban a reunirse con el cabeza de familia u otros allegados en Argentina. La migración selectiva hacia Argentina (es decir, de expertos y técnicos de alto nivel: ingenieros mecánicos, civiles, metalúrgicos, físicos, biólogos, enseñantes, agrónomos, etc.) dio en conjunto buenos resultados.

Las diversas coyunturas económicas que los dos países atravesaron en los años setenta y ochenta, con la recesión cada vez más fuerte en Argentina, y la integración económica de Italia en el sistema europeo, cambiaron la naturaleza, no sólo de las políticas migratorias, sino también de los intercambios entre Italia y Argentina. Acabada la emigración de trabajo tradicional, se podía reforzar un nuevo tipo de presencia, tanto económica como cultural. En diciembre de 1987 se suscribió un acuerdo privilegiado entre Italia y Argentina (o «relación asociativa particular») para la inversión en este país de

varios miles de millones de dólares. Por primera vez en la historia de las relaciones bilaterales se apuntaba a concretar, en el terreno de la cooperación, esa solidaridad largamente —y a veces sólo formalmente— proclamada. Pero por lo que se refiere a las intervenciones de carácter cultural, como el apoyo a la enseñanza de la lengua y la cultura italianas en Argentina (no limitada a descendientes de italianos), las iniciativas concretas son, una vez más, llevadas adelante por el tesón y la vitalidad de los ciudadanos italoargentinos.

Conclusiones sobre la experiencia argentina

En ningún otro país del mundo la emigración italiana obtuvo el éxito que alcanzó en Argentina. Las comunidades italianas en el extranjero, que se formaron rápidamente y de forma vital ya a finales del siglo XIX, encontraron en numerosos países de Europa y de América prejuicios, incomprensiones, dificultades económicas, institucionales y culturales mucho mayores: baste pensar en los casos de linchamiento de italianos en los Estados Unidos a principios de los años noventa y en los luctuosos hechos, casi contemporáneos, contra trabajadores italianos en Francia y Suiza (Aigues Mortes y Zurich).

La dosis de incomprensión hacia estos «gringos», elaborada además por las clases cultas y dominantes, fue modesta en Argentina, resultando exenta de una sistemática discriminación. La vitalidad demográfica y la ingeniosa actividad de los italianos, adaptadas al desarrollo de la sociedad argentina, hicieron superar rápidamente las dificultades e incomprensiones.

El recorrido llevado a cabo puede, en alguna medida, dar razón de la «unicidad» del caso argentino, en el contexto de las comunidades italianas en el extranjero, por las siguientes razones y factores que intervinieron en los procesos de integración:

1) La gran cercanía cultural y lingüística entre los dos grupos, y su pertenencia a la misma cultura latina, con modelos institucionales y jurídicos similares, tanto en la esfera de lo privado como en el comportamiento social y político.

2) La relativa antigüedad del establecimiento de los italianos en Argentina, tratándose de la primera comunidad inmigrada relevante

que se constituyó, y que, por tanto, ejerció una gran influencia en el desarrollo social sucesivo de la nación de acogida.

3) La contribución de los italianos en la fase constituyente de la República Argentina, en la medida de lo posible para una élite extranjera, suficiente para legitimar su compromiso en los decisivos y delicados momentos institucionales de la vida política y social.

4) La consistente aportación demográfica dada al crecimiento de la población local, hasta el punto de que se puede considerar razonablemente, en una primera aproximación, que cerca de la mitad de la población argentina es de origen italiano (en la actualidad, de tercera o cuarta generación).

5) La importante contribución económica y profesional dada por la inmigración italiana en las fases decisivas de la formación de la potencia económica y productiva argentina a principios del siglo XX, cuando los italianos constituían alrededor de la mitad de la fuerza de trabajo extranjera, con un impacto determinante en todos los sectores productivos de la agricultura, la industria, la artesanía y el comercio.

6) La aportación de capacidades empresariales y de cualificaciones técnicas, científicas y de investigación de los italianos, más antigua y relevante en Argentina que en ninguna otra parte, incluso durante el período fascista y en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

7) Junto a esta positiva integración social de los italianos en Argentina, en conjunto, se encuentra la debilidad de su integración política y el escaso éxito en este campo. Los motivos hay que buscarlos tanto en la tradicional carencia de un indiscutible liderazgo comunitario como en los frecuentes contrastes internos, de carácter ideológico-político o causados por una fuerte identidad regional, así como en la falta de un reconocido prestigio por parte de los representantes étnicos capaces de mediar con la sociedad de acogida: todo esto no hizo más que volver débil y fragmentaria la identidad italoargentina, que fue tanto más precaria cuanto más rápido fue el proceso de integración.

Una vez más funcionaron mucho mejor las fuerzas autónomas de la emigración que las instituciones políticas, tanto italianas como locales, incluidas las élites intelectuales de la comunidad y las intervenciones del gobierno italiano. El mismo «retorno de italianidad»,

que existe hoy difusamente en la sociedad argentina, como se ve por la solicitud de la ciudadanía italiana, incluso por parte de los jóvenes, es consecuencia de los fuertes lazos primarios que aún existen y de la herencia cultural en Argentina.

BRASIL: ORIGEN Y DESARROLLO DE LA COMUNIDAD ITALIANA

Alrededor de un millón y medio de italianos entraron en Brasil en más de un siglo de emigración, entre 1876 y 1980; de éstos, dos tercios habían llegado ya a principios del siglo XX. En 1902 el gobierno italiano prohibió la emigración «subsidiada» hacia Brasil como respuesta a algunos abusos en el tratamiento de los trabajadores italianos. Desde aquella fecha, por tanto, el flujo italiano tiende a disminuir grandemente, en parte también a causa de la crisis económica del café que sufrió Brasil a finales del siglo XIX.

La emigración europea hacia Brasil comienza alrededor de 1820, pero sólo después de la mitad del siglo asume cierta consistencia. A causa del sistema esclavista vigente en el país, la necesidad de mano de obra poco cualificada era bastante escasa; se requería más bien la presencia de técnicos y profesionales. La emigración campesina italiana en Brasil se concentra en el último cuarto del siglo XIX, es decir, desde que empezaron los proyectos de colonización agrícola (1875) promovidos por las provincias meridionales brasileñas para el establecimiento de campesinos europeos y la explotación intensiva de la selva virgen. Pero el grueso de la emigración llega después de 1888, tras la abolición de la esclavitud en Brasil, un año antes de la proclamación de la República. Los campesinos italianos, llamados sobre todo por los *fazendeiros* paulistas, estaban favorecidos por el viaje pagado anticipadamente por los propietarios de esa provincia (luego estado de la Federación). El destino principal de la masa es, pues, el estado de São Paulo y los estados de la costa central, donde está difundido el cultivo del café. Brasil es el único país del mundo en el que la emigración italiana se concentra en poco más de un decenio. En 1891 se superan las 100.000 unidades. Las fuertes oscilaciones anuales del flujo italiano se debieron también a la andadura coyuntural de las políticas de incentivo y a la disponibilidad de capitales para la importación de inmigrantes.

Un dato característico de la emigración italiana hacia Brasil fue el elevado componente familiar y femenino de los flujos, junto a la predominante extracción campesina (80%) de los inmigrantes procedentes de las regiones septentrionales italianas. Este aspecto de relativa estabilidad del grupo familiar se relaciona también con la baja proporción de los regresos, sobre todo si los comparamos con los de Estados Unidos y los de otros países.

La colectividad italiana en seguida llegó a ser la más importante entre los grupos extranjeros en Brasil y desempeñó un papel determinante no sólo en las actividades económicas sino también en las de la vida cultural y política de la nación. En torno a 1901 la comunidad italiana calculada en Brasil ascendía a más de un millón de personas, correspondientes a casi la mitad del total de los extranjeros.

Entre 1903 y 1920 entraron en Brasil 306.000 italianos, y en los 20 años sucesivos 88.000 personas. Un nuevo inicio del flujo migratorio italiano hacia Brasil se dio después de la Segunda Guerra Mundial, en relación con el relanzamiento de algunas empresas de colonización agrícola. De 1946 a 1987 entraron en Brasil 130.000 italianos; de 1952 (año de punta con 17.000 emigrantes) en adelante el número de los italianos fue disminuyendo hasta reducirse a pocos centenares de unidades al año.

La colectividad italiana en Brasil se calculaba, en 1986, en 350.000 personas con ciudadanía italiana, mientras que la población de origen italiano se estimaba en unos ocho o diez millones de individuos.

Aunque no es fácil definir con precisión la procedencia regional de los italianos en Brasil, el origen septentrional es sin duda ampliamente mayoritario. Fue el Véneto en particular el que proporcionó la cuota más elevada: sólo esta región representó más de un quinto del total, seguida por Campania (13%), Calabria (11%), Lombardía (8,5%) y Abruzzo (7,5%). Las regiones meridionales prevalecieron solamente en el último período. Importante fue también la emigración del Trentino, a pesar de que antes de la Primera Guerra Mundial los trentinos estaban registrados como súbditos del imperio austro-húngaro.

Tanto los trabajadores que se dirigieron hacia el sistema de la libre colonización agrícola en los estados meridionales (Río Grande

do Sul, Santa Catarina, Paraná) como los que lo hicieron hacia las *fazendas* del estado de São Paulo eran originarios del norte. En Paraná el 90% de los núcleos italianos estaba constituido por vénetos. Si consideramos el período 1887-1902, encontramos incluso que un emigrante de cada tres era originario del Véneto. Por lo que se refiere a las regiones centrales, el número de lombardos, especialmente campesinos de la Baja Padana, fue elevado en la primera fase, así como el de toscanos.

En cuanto a las zonas de asentamiento, los estados meridionales de Brasil y el estado de São Paulo representan las metas hacia las cuales se dirigieron los dos tercios de la emigración italiana y donde está hoy concentrada en gran parte la población de ese origen. Las áreas de menor importancia son, por orden, Río de Janeiro, Minas Gerais y Espíritu Santo.

La integración de los italianos en Brasil no conoció particulares dificultades desde el punto de vista social y cultural. En el terreno político las tradicionales buenas relaciones conocieron momentos de tensión solamente en la época de la primera constitución republicana y de la ciudadanía «presunta» o impuesta. Los italianos pudieron expandirse muy pronto en las actividades económicas y culturales, promoviendo un número elevado de escuelas propias. Sólo a finales de los años treinta se impusieron medidas restrictivas contra las escuelas extranjeras, después de que se difundieran las ideologías fascistas y nazis. En general, la ausencia de sentimientos chauvinistas en relación con los extranjeros, y sobre todo con los italianos, determinó una gran rapidez de asimilación al nuevo ambiente, con una efectiva integración ya a partir de la segunda generación, con una elevada tasa de matrimonios mixtos, fácil adopción de usos y costumbres italianos por parte de la sociedad de acogida, y fenómenos de mezcla lingüística allí donde vivían importantes comunidades italianas.

Colonias agrícolas, *fazendas* y desarrollo urbano-industrial en Brasil

La emigración italiana en el Brasil meridional, especialmente en Río Grande do Sul, representa un caso único en el cuadro de las an-

tiguas comunidades italianas en el extranjero, por su particular cohesión y continuidad cultural hasta la tercera y la cuarta generación.

La fecha oficial del inicio de la emigración italiana en Río Grande do Sul es 1875, cuando el gobierno adoptó una política de incentivos a la colonización agrícola. Los primeros italianos llegados al lugar eran campesinos de Olmate (provincia de Milán) que fundaron las colonias de Nueva Milán. Pronto nacieron, en la zona de colinas del estado, las colonias de Caxias, Antonio Prado, Alfredo Chaves, Conde d'Eu y Dona Izabel. En el período 1875-1890 los italianos constituían casi el 90% de la inmigración total en la zona, disminuyendo a casi la mitad en el decenio sucesivo.

La zona de colonización agrícola, en lotes asignados a rescate en el espacio de pocos años, fue poblada predominantemente por emigrantes procedentes del norte de Italia. Éstos se caracterizaban por la presencia de núcleos familiares, al ser hombres casados y con prole en el 85% de los casos. La cadena migratoria se reforzó grandemente en esas zonas con la llegada de parientes y vecinos. Entre 1875 y 1914 entraron en el estado casi 100.000 italianos, la mayor parte de los cuales se dirigió a las colonias agrícolas. Lo compacto del núcleo original y la gran homogeneidad inicial consiguieron el mantenimiento de usos y costumbres, incluso alimenticias, y de la lengua y los dialectos (en concreto, del modo de hablar véneto) en una continuidad cultural que, con las naturales transformaciones, ha llegado hasta nuestros días.

El asentamiento de los italianos en los estados meridionales se caracterizó por un régimen económico basado en la pequeña propiedad, por lo general de conducción familiar, y en el policultivo para satisfacer las necesidades domésticas y la economía interna, en contraposición al latifundio y al monocultivo en los que se basaba la economía brasileña. Se relanzó así la producción de trigo y de maíz y se inició la producción vinícola, favorecida por el suelo de las colinas. Los núcleos familiares, aislados en grandes espacios, adquirieron un alto grado de autosuficiencia para sobrevivir que ayudó en parte al nacimiento de una artesanía regional.

Desde un punto de vista demográfico, y no obstante el número relativamente reducido de los primeros llegados (en relación a otros países como Estados Unidos), el ritmo de crecimiento natural de la población fue elevado, con una media de 10-12 hijos por pareja. La

fecundidad, más elevada que la de la población local, se veía favorecida por las buenas condiciones alimenticias y por las perspectivas de una producción agrícola más rentable. Mientras la mortalidad alcanzó niveles similares a los de Europa, en las primeras generaciones la edad matrimonial y la proporción de solteros bajaron y el período de fecundidad se hizo bastante largo.

Todavía hoy las colonias de origen italiano en el Brasil meridional están caracterizadas por un elevado grado de cohesión social y de relativo bienestar, además de por una intensa actividad cultural de dimensión étnica.

Diferente fue la condición de la mayoría de los emigrantes italianos dirigidos a las *fazendas* paulistas. Con el principio de la crisis del mercado del café y la caída de los precios ya hacia finales del siglo XIX, la mayor parte de los italianos, especialmente los que no habían sido capaces de convertirse en propietarios de la tierra, se dirigió hacia los centros urbanos, sobre todo hacia São Paulo. Esta ciudad conoció un notable crecimiento industrial a principios de siglo, pasando a ser, en breve, la capital industrial del país, precisamente gracias a la concentración de capitales y a las numerosas actividades de pequeña industria y artesanales ligadas a la presencia de los inmigrantes europeos, sobre todo italianos.

Por otra parte las condiciones de vida, a menudo difíciles, de los italianos en las *fazendas* estaban ligadas a demasiados factores externos, como la creación de estructuras de comunicación, las oscilaciones del cambio entre el oro y el papel moneda local, las cláusulas contractuales, a menudo introducidas unilateralmente, el desarrollo de la cosecha de café, y el comportamiento y honestidad del *fazendeiro,* muy diferentes según los casos. Los emigrantes italianos no desarrollaban, en cuanto colonos asalariados o propietarios, sólo actividades agrícolas. Tras la primera oleada masiva de campesinos llegaron a Brasil también obreros especializados, artesanos y comerciantes: muchos trabajaron en la realización de obras públicas y ferrocarriles y en el terreno de la construcción. En los centros, pequeños y grandes en los que se introdujeron, los emigrados supieron dar una característica residencial italiana.

Características socio-profesionales de la comunidad italiana en Brasil

Junto a la predominante actividad agrícola, no faltaron los que estaban involucrados en actividades más complejas. Había, ya a principios de siglo, italianos que ejercían las profesiones de médico, farmacéutico, ingeniero y arquitecto. Algunos habían creado fábricas de tejidos, sombreros, pastas alimenticias, molinos, serrerías, curtidurías. Los que no servían o no podían soportar el régimen de la *fazenda* se dedicaban a ejercer los diferentes oficios y profesiones artesanas aprendidos en Italia.

La compleja y articulada comunidad italiana no había tardado en tener una serie de periódicos italianos (el más conocido de los cuales era *Il Fanfulla,* fundado en 1892). Se crearon algunos bancos italianos, sobre todo en el estado de São Paulo, donde se habían acumulado grandes fortunas. El más importante fue el Banco Comercial Italiano, que agrupaba a los mayores importadores italianos de la ciudad (Mattarazzo, Puglisi, Andreotti, Fiaccadori y otros), junto al banco privado Briccola. A principios de siglo amasó una gran fortuna el salernitano Francesco Mattarazzo, que en 1905, además de participar en la creación del Banco Comercial Italiano, ponía en marcha una serie de industrias que iban de las textiles a las metalúrgicas, alcanzando un conjunto de más de 300 empresas agrupadas en una sola gran financiera.

El desarrollo industrial de Brasil favoreció la actividad de muchos italianos (en particular de los industriales Crespi) y también la apertura de filiales de pequeñas y grandes empresas italianas, como la Pirelli y la Fiat; pero en estos casos no se trataba más que de puntas avanzadas, enriquecidas con *know how,* que devolvían, en cierta manera, los envíos que los primeros emigrantes habían hecho llegar a Italia con sus ahorros.

Ya en el período de entreguerras la emigración italiana hacia Brasil empezó a perder el carácter predominantemente rural que hasta entonces había tenido. El aumento de obreros, peones y artesanos se hizo consistente (más del 50% en los años treinta). Después de la Segunda Guerra Mundial se dirigieron a Brasil no sólo obreros y agricultores, sino también empresarios y cuadros. En el fondo, las medidas restrictivas introducidas en Brasil en aquella época favore-

cían la llegada de técnicos y obreros especializados; además la creación del CIME, muy activo en América Latina, permitió la realización de importantes proyectos y trabajos especializados para el desarrollo del país. No todos los proyectos, sobre todo los de colonización agrícola, tuvieron buen resultado, pero fue elevado el número de técnicos y de cuadros medios que entró en Brasil.

En los años sesenta la emigración italiana hacia Brasil se redujo drásticamente, cuando los flujos italianos, como ya se ha visto, se dirigieron masivamente hacia los países europeos y cuando las escuelas de formación profesional empezaron a desarrollarse ampliamente en Brasil. Desde 1961 el saldo migratorio con Brasil es establemente positivo (los regresos superan a las partidas). A partir de los años setenta la presencia de trabajadores italianos está ligada casi exclusivamente a los cuadros técnicos de las grandes empresas nacionales activas en Brasil. Según los datos del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano, en 1986 los pertenecientes a la comunidad italiana en condición profesional ascienden a 181.000 personas; de éstas, el 43% está colocado en el sector industrial, al que siguen el sector del comercio y artesanía (9%) y las profesiones liberales.

Hoy día en Brasil el conjunto de la población italiana de antigua emigración se ha integrado social y políticamente en la estructura de la población local y a menudo ha seguido un recorrido hacia lo alto con importantes presencias en el sistema industrial y financiero brasileño. Notable es también el papel de algunas escuelas italianas en el país, que son beneficiosas para la difusión de la lengua y la cultura de origen entre los descendientes de la comunidad y la población local.

Origen y desarrollo de la comunidad italiana en Canadá

Hasta principios del siglo XVII no se encuentra un asentamiento estable de italianos en Canadá, con todo, se trataba de pocos núcleos de personas. Una penetración regular, con carácter de verdadera inmigración, no empieza hasta la mitad del siglo XIX. En 1875 se fundaba en Montreal una Società Nazionale de la que se puede deducir la existencia de una comunidad inicial de unas 1.000 perso-

nas. El número de italianos comenzó a aumentar sobre todo con su empleo en la construcción de la Canadian Pacific Railways. En 1881 los italianos censados eran unos 2.000.

El censo canadiense de 1901 presentaba ya un cuadro preciso de la presencia italiana, que ascendía a más de 10.000 personas (de las que ya el 30% había nacido en Canadá).

Los centros de mayor asentamiento eran Ontario (más de la mitad), Quebec y British Columbia. En 1902 se fundó la Sociedad de Socorro al Inmigrante Italiano (Italian Immigrant Aid Society), en Montreal. Se crearon varios periódicos, se instituyeron varias sociedades de ayuda mutua y se crearon iglesias para la asistencia religiosa de la comunidad.

En 1911 la comunidad italiana aparece más que cuadruplicada. El incremento demográfico acompaña a la instalación de trabajadores y familias, asumiendo caracteres de mayor estabilidad.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la presencia tiende a acrecentarse. En el censo de 1951 el número de los italianos supera los 150.000, de los que sólo 58.000 son nacidos en Italia. La mayor concentración se encuentra siempre en Ontario (más de la mitad), pero la ciudad con el mayor número de italianos es Montreal (más de 30.000).

A partir de 1950 las autoridades canadienses modificaron radicalmente las normas de entrada en el país, favoreciendo la llegada de los italianos. En el decenio 1950-1960 el número medio anual de inmigrantes supera las 20.000 unidades, llevando a la comunidad italocanadiense a alcanzar en total, en 1971, la cantidad de 730.000 personas, de las cuales la mitad había nacido en Italia. Pero ya durante los años setenta el número de los italianos que llegaban tiende a disminuir, mientras que aumentan los regresos a Italia.

Con todo, la comunidad italocanadiense se expande demográficamente en esos años gracias a la aportación de la segunda generación que, como hemos visto, se triplica entre 1951 y 1961 y casi se duplica en los 20 años siguientes. Según los datos del minicenso de 1986, la comunidad italiana supera ahora el millón de individuos, de los que 711.000 son de origen italiano «singular» (sólo uno de los padres), y unos 300.000 «plúrimo».

CARACTERÍSTICAS SOCIO-DEMOGRÁFICAS DE LOS ITALOCANADIENSES

La comunidad italiana en Canadá es en la actualidad el cuarto grupo étnico por importancia, después del británico, el francés y el alemán. La comunidad italocanadiense ha conseguido en estos años notables pasos hacia adelante en el terreno social y cultural, recuperando la desventaja que tenía la primera generación entrada después de la Segunda Guerra Mundial, caracterizada entonces por los bajos niveles de escolaridad y profesionalidad, y superando incluso en algunas ocasiones los niveles de la población local, como por ejemplo en la renta media.

Por lo que se refiere a la distribución territorial la mayoría de la comunidad italocanadiense está concentrada en Ontario: casi dos tercios, unos 630.000 individuos. Quebec acoge casi 200.000, 93.000 British Columbia y 50.000 Alberta. Las áreas metropolitanas de mayor asentamiento son: Toronto (175.000), Montreal (90.000) y Vancouver (25.000). La vocación urbana de los italocanadienses está considerablemente marcada: el 95% vive en áreas urbanas y dos tercios en centros de más de 50.000 habitantes (frente al 41% de la población canadiense). El futuro de la comunidad estará todavía más caracterizado por los modelos de vida urbana.

En cuanto a las características demográficas, la comunidad italiana, en 1986, muestra aún un desequilibrio en favor de los varones. Los grupos de edad más representados son los centrales. Mientras que la población de origen sólo italiano muestra claros signos de envejecimiento, la de origen «múltiple» evidencia una fuerte natalidad.

Respecto a la procedencia regional de los emigrantes italianos en Canadá, en el período 1955-1980, un quinto de éstos procedía de las regiones septentrionales (sobre todo de Friuli y Véneto), el 13% de la Italia central y el 68% de la Italia meridional. La región con mayor número de emigrantes es Calabria, seguida a distancia de Sicilia, Abruzzo y Molise (que juntas proporcionaron un quinto del total).

Por lo que se refiere al aspecto ocupacional, los italocanadienses muestran un mayor porcentaje de ocupados y menores niveles de desocupación respecto a la población local. Los italianos se concentran principalmente en el sector manufacturero, en el de servicios y en el sector de la construcción.

La gran mayoría de la comunidad, en 1986, tiene la ciudadanía del lugar (más del 91% del total). De éstos la mayor parte ha adquirido la ciudadanía por nacimiento y la otra mitad por naturalización. En estos momentos la vieja comunidad, llegada antes de las masivas oleadas de los años cincuenta, constituye sólo el 10% del total. Los nacidos en Italia, en 1986, resultaban más de 370.000.

El nivel de escolaridad de la población mayor de 15 años contempla todavía un grueso sector sólo con el título elemental, mientras que el 16% cursó escuelas superiores y el 9% tiene el título de enseñanza secundaria. En las universidades canadienses se encuentra ahora un contingente elevado: más de 120.000 individuos, de los que la mitad ha conseguido el título.

Por efecto del alto índice de conservación de la lengua, el italiano es en la actualidad la tercera lengua hablada en Canadá, y la primera de las lenguas no oficiales. Se percibe, no obstante, una flexión del italiano hablado, sobre todo en familia, y de los que consideran el italiano como lengua materna (que pasaron de 538.000 en 1971 a 531.000 en 1981 y a 470.000 en 1986). La lengua más hablada en casa es en la actualidad el inglés, frente a una reducida proporción que habla solamente francés: más de un quinto de la comunidad italocanadiense conoce ambas lenguas oficiales.

Aspectos culturales de la comunidad italiana en Canadá

De todas las comunidades italianas en el extranjero la comunidad italocanadiense representa un caso significativo, casi único, de dinamismo cultural (con un cierto paralelismo con la comunidad de Australia). La razón principal consiste indudablemente en el impacto positivo de la política del multiculturalismo, puesta en marcha por el gobierno canadiense en 1971.

A pesar del bajo nivel cultural de la mayor parte de los italianos llegados a Canadá en los años cincuenta, la comunidad supo en seguida destacar no sólo en el campo profesional, sino también en el cultural. El sector escolar fue el más desarrollado por la comunidad. En un principio se promovieron las escuelas técnicas y profesionales dadas las exigencias de inserción en el mercado de trabajo. En 1961

se creó un grupo de coordinación, el COSTI (Centro de Organización de las Escuelas Técnicas Italianas).

En el decenio sucesivo se promocionaron sobre todo los centros culturales, siguiendo las tendencias de la política multicultural. Se trató en general de centros autogestionados por la comunidad, dotados de estructuras amplias y destinados a actividades pluriformes, culturales y recreativas, capaces de llevar a cabo importantes iniciativas escolares, artísticas y teatrales. Cada gran ciudad canadiense posee uno o más centros de este tipo. Los centros culturales comunitarios de Toronto, Montreal, Vancouver, Edmonton, Calgary, Windsor, Thunder Bay y Hamilton promueven debates, conferencias de estudiosos italianos o locales, exposiciones, festivales cinematográficos, así como premios literarios, concursos y becas.

En 1971 se creó en Toronto un Comité Escolar Italiano con el objetivo de promocionar la enseñanza de la lengua y de la cultura italianas en las escuelas canadienses. Gracias a la acción de centros de esta naturaleza, ya en los años setenta casi 40.000 muchachos estaban inscritos en los cursos de lengua italiana en el ámbito de la enseñanza primaria. Con la introducción del italiano como segunda lengua a nivel elemental, la formación de los profesores asumió una función importante en las intervenciones escolares y en las dinámicas culturales. Se organizan todos los años numerosos congresos científicos en los diversos campos de la didáctica, de la investigación intercultural y de la historia de la comunidad italiana. En estos años han nacido diversas instituciones de investigación y de documentación, a nivel nacional o provincial, sobre las comunidades inmigrantes. Importantes también han sido las recientes publicaciones científicas sobre la comunidad italiana.

El sector asociativo de la comunidad es bastante vivaz, comprendiendo asociaciones de distinta naturaleza: desde las antiguas sociedades de ayuda mutua y las numerosísimas asociaciones paisanas y regionales hasta las de las cofradías con el nombre del santo patrono del pueblo. Sólo en la circunscripción de Toronto se cuentan unas 400 asociaciones italianas, y otras tantas son las que existen en el resto de Canadá.

La prensa italiana en Canadá es todavía muy activa, dado el buen grado de conservación de la lengua. Casi en cada ciudad existe un diario o un boletín, ligado a alguna sociedad o parroquia. Un

sector en gran expansión son las iniciativas de carácter asistencial, sobre todo para los ancianos, promocionadas por los centros comunitarios.

Además de la cultura popular, todavía muy viva en Canadá, hay que señalar la consolidada importancia de la cultura clásica italiana en el sistema cultural canadiense. Su influencia se ve reforzada no sólo por la política cultural, sino también por los esfuerzos de mantenimiento de la cultura francesa y de la de origen latino, frente a la predominante cultura anglosajona. La influencia cultural italiana es bastante amplia en los estudios jurídicos, humanísticos y clásicos en general.

Se percibe también una fuerte recuperación del factor italiano en el estilo de vida, en la moda, en el diseño y en la arquitectura, favorecida también por la rápida expansión de las nuevas periferias urbanas. El aspecto decorativo, la estructura de las viviendas, los espacios privados y públicos, así como los ambientes comerciales, dejan ver un estilo italiano.

La participación política de los italocanadienses

El inmigrante italiano en el contexto anglosajón ha sufrido siempre una cierta marginalidad, que asumía caracteres más marcados en el campo de la participación política. La comunidad italiana en Canadá ha tenido una historia particular en esta materia, después de las tensiones y enfrentamientos que tuvieron lugar a finales de los años sesenta en Montreal a propósito de las escuelas bilingües, con la imposición del francés por parte de las autoridades locales. Esos hechos sobre todo hicieron viva la exigencia de una voz autorizada y representativa de toda la comunidad en las cuestiones que tuvieran carácter político o cultural.

La tradicional división de los grupos italianos se superó con la creación de una Federación de las Asociaciones Italianas en Quebec, como interlocutor en las cuestiones políticas. El primer presidente, Pietro Rizzuto, fue uno de los primeros senadores italianos elegidos en el Parlamento Federal. En 1974 se fundó finalmente el National Congress of Italian Canadians, esto es, una asociación capaz de ser representativa de toda la comunidad en el campo polí-

tico, cultural y social. Este organismo constituye un caso único en el panorama de las comunidades italianas en el extranjero, tratándose de un ente reconocido por el sistema político local. Su objetivo es el de salvaguardar los intereses de todos los italocanadienses, así como el de estimular el crecimiento de la comunidad, decidida a mantener las propias tradiciones y valores morales italianos en el ámbito de la estructura multicultural de la vida canadiense. Este Congreso ha apuntado a combatir las formas de discriminación contra los italocanadienses, a mantener y desarrollar el patrimonio lingüístico y cultural italiano en mutua comprensión y a proporcionar ayuda y asistencia en los casos de necesidad.

El Congreso se ha mostrado también activo en diferentes circunstancias tanto de política interna, como la defensa del multiculturalismo en Canadá, como en las relaciones con la madre patria, prestando importantes ayudas con ocasión de los terremotos de Friuli y de Campania.

Esta institución representativa, más allá de sus intervenciones específicas, ha ayudado mucho a estimular el sentido de participación política de los italianos en la cosa pública canadiense. Son numerosos en la actualidad los italocanadienses elegidos en el Parlamento Federal de Ottawa y en los Parlamentos provinciales, así como los que han ocupado y ocupan todos los años cargos en los distintos gobiernos liberales y conservadores. Algunos ministros de origen italiano han dejado una huella significativa en la vida política canadiense o en la actividad de la Corte Suprema.

La comunidad italiana en Venezuela

La presencia de población de origen italiano y de sus descendientes tiene particular importancia en la formación demográfica, económica y cultural de la Venezuela contemporánea. Es la consecuencia de pequeños y episódicos desplazamientos espontáneos, desde el siglo XVI hasta la primera mitad del siglo XX, así como de grandes corrientes migratorias que tuvieron lugar en la segunda mitad de este siglo. Una primera y significativa fase de la presencia italiana coincide con la llegada, en la primera mitad del siglo XIX, de pequeños núcleos de las islas de Elba y de Córcega, ligados a las

profesiones marineras y comerciales, cuya descendencia representa hoy uno de los componentes de la élite venezolana.

Desde principios del siglo XX hasta el momento de la urbanización y la explotación petrolera —a principios de los años cuarenta— la presencia de los italianos era numéricamente bastante limitada. La primera corriente migratoria consistente llega en el decenio 1948-1958, como consecuencia de una política de apertura hacia el exterior que explica la presencia de 43.938 italianos en el censo de 1950, frente a los casi 3.000 de 1940. En la década de 1951-1960 entraron en Venezuela 188.000 italianos y en el decenio sucesivo las llegadas se reducen a 21.000, lo que ha situado a los italianos como la corriente migratoria europea más importante en la Venezuela posterior a la Segunda Guerra Mundial, aunque en los últimos 20 años los flujos se hayan reducido drásticamente.

En el censo de 1961 se registraban 121.733 italianos (el 25% de la población venezolana nacida en el extranjero), que disminuyen a 88.249 en 1971 y a 80.002 en 1981. Junto a esta normal tendencia decreciente de la primera generación, la comunidad venezolana de origen italiano está siendo cada vez más relevante demográficamente gracias a la alta tasa de natalidad y a los numerosos matrimonios mixtos, aunque no existen estimaciones oficiales.

Según datos provisionales, la mayoría de la población italiana, alrededor del 60%, procede de la Italia del sur, especialmente de Puglia (área de Bari) y de Campania (área de Salerno); el 25% del centro, y sólo el 15% de las regiones septentrionales, en concreto del Véneto. La comunidad italiana en Venezuela, al haberse formado sobre todo en los años cincuenta, se caracteriza por su neto predominio meridional en la época del masivo éxodo del sur.

La inmigración se concentró en las regiones más urbanizadas, sobre todo en el territorio de la capital, Caracas, en la región central, en el área urbana de Valencia-Maracay, en la región centro-occidental, en los estados de Lara y de Portuguesa y en la región de Maracaibo.

En los procesos económicos venezolanos el papel de la emigración italiana fue muy variado. Hoy los descendientes de los italianos manifiestan una tendencia a disminuir su presencia en el sector primario, pero en el siglo pasado sus antepasados contribuyeron a las primeras colonias agrícolas en Araira y Guatopo y, en 1951, a la for-

mación de la colonia agrícola de Turén, introduciendo innovaciones tecnológicas en agricultura, fruticultura y cultivo del arroz.

En el sector secundario participaron en el proceso de industrialización ligera en las regiones de la capital, en la centro-occidental y en la de Guayana, especialmente en la construcción, en la cerámica, en la industria de alimentación y en los procesos industriales inherentes a la cría de ganado y la pesca. Va en aumento la introducción de sus descendientes en las industrias de estructura familiar de pequeña y mediana dimensión y en el sector del comercio, de los transportes y de la industria hotelera. Porcentajes significativos de inmigrantes italianos y de sus descendientes han entrado a formar parte, en el último decenio, del terciario medio y superior.

Un sector de particular relevancia son las iniciativas de carácter cultural y escolar, promovidas por la comunidad italiana. Desde la fundación de la escuela italiana Agostino Codazzi en Caracas, en 1951, hasta la creación, en 1958, de otras escuelas de las Misiones Católicas en Caracas y Maracay, había habido un florecimiento de iniciativas importantes y cualificadas en el campo de la cultura. En la actualidad las dos escuelas, Agostino Codazzi y Amerigo Vespucci, están legalmente reconocidas. La Universidad Central tiene una cátedra de lengua italiana. Ésta es también materia optativa en varias facultades universitarias. Por otra parte se imparten cursos de italiano, a nivel elemental, en unas 90 instituciones, en algunas Casas de Italia y en los principales centros culturales italovenezolanos, que constituyen una de las características distintivas de este país.

Los italianos en Chile

La emigración italiana a Chile ha sido siempre relativamente modesta; a pesar de que desde los tiempos en los que Chile era colonia se registra presencia italiana, ésta comenzó a tener consistencia sólo a partir de 1880. En 1885 los italianos censados son 4.114; en 1927, año en el que se observa la punta más alta, son 13.023. Entre 1949 y 1955 se registran 15.000 llegadas, pero el flujo migratorio se bloquea en 1955. Las puntas más altas se encuentran en los dos períodos en los que se dieron experiencias de emigración organizada: la primera en 1905-1907 en Capitán Pastene, en el centro-sur del

país (asentamiento que recuerda el nombre del marinero genovés que iba con Pedro de Valdivia), y la segunda en 1953-1955 en La Serena, en el centro-norte. Desde su independencia de España, Chile vio positivamente la entrada de extranjeros, sobre todo europeos. Este hecho, junto con la presencia de numerosas etnias europeas representadas de modo equilibrado, ha permitido desde el principio una notable integración de los italianos en la sociedad chilena. Algunos de ellos dieron vida a instituciones culturales en la joven República, subieron rápidamente en la escala social y, por medio de los matrimonios, se mezclaron con otras etnias, sobre todo con la española.

Los italianos en Chile se establecieron en su mayor parte en las áreas urbanas (Santiago, Valparaíso y Concepción). Su actividad económica destacó en el sector del comercio y de la pequeña industria. La formación de sus capitales es en casi su totalidad de «origen migrante», es decir, derivada de ganancias y ahorros acumulados durante el trabajo en el extranjero. Estas fortunas, pues, no están ligadas a la expansión del gran capital italiano, sino a la habilidad, al constante trabajo y a las capacidades emprendedoras de los emigrantes.

Desde el comienzo de la industrialización chilena, la presencia de los extranjeros fue consistente, sobre todo por parte de los británicos que, a partir de 1825, tenían ya tres compañías mineras. En la segunda mitad del siglo se difunden las sociedades colectivas y anónimas y aparecen además los bancos que estimulan la creación de manufacturas. La ubicación geográfica de los europeos en Chile se verifica en los sectores en los que se concentra la actividad económica: Santiago, Concepción y las zonas mineras del norte. Un caso particular está constituido por Valparaíso que, por su ubicación e intenso desarrollo tecnológico y mercantil, recibe un gran número de extranjeros (de las 91 industrias más importantes sólo 15 eran de propietarios chilenos) y presenta una gran utilización de máquinas de vapor.

En octubre de 1882 se creó la Agencia General de Colonización e Inmigración, con sede en París y Burdeos, para promover la inmigración europea. El resultado fue la llegada de 30.000 europeos durante los últimos 20 años del siglo. A menudo los trabajadores extranjeros constituían comunidades étnicas propiamente dichas. Por

lo que se refiere a la comunidad italiana el lugar de mayor atracción resultó durante mucho tiempo Valparaíso, que en 1885 tenía el 40% de los italianos, y en 1895 el 32%, muchos de los cuales eran genoveses y ligures que trabajaban en actividades del puerto. Solamente después de comenzar el siglo XX la capital del país, Santiago, pasó a ser el lugar de mayor establecimiento de italianos.

La emigración nacional en Chile destaca por su carácter marcadamente urbano. Los trabajadores agrícolas fueron pocos y bastante reducidos también en los proyectos de colonización agrícola. Sólo en el caso de la colonia Nueva Italia, promovida por los hermanos Ricci, hubo un proyecto llevado a cabo por italianos.

A diferencia de lo que se verificó en otros países de la costa atlántica, los italianos en Chile no formaron parte, en términos sociolaborales, de los sectores obrero y campesino. Las perspectivas de trabajo en Chile atraían sobre todo a los trabajadores independientes, que se establecían con la familia e iban a trabajar para un compatriota, según los conocidos mecanismos de la cadena migratoria; a veces, disponiendo de un pequeño capital, podían desarrollar actividades productivas individuales.

La distribución por sectores de trabajo de la población italiana en Chile, según los censos de 1865 a 1895, confirma la fuerte concentración urbana de los italianos, puesta en evidencia por la elevada cuota de actividades terciarias, que supera el 80% en todo el período. La tasa de actividad es del 80%, frente a un 50% de la población local. El sector secundario se compone fundamentalmente de artesanos y trabajadores que poseen un pequeño taller; se encuentran en primer lugar los carpinteros, albañiles, pintores, zapateros, sastres, etc. En 1885 hay 38 profesiones en el sector industrial, que pasan a ser 49 en 1895. Se ve un cierto crecimiento del sector industrial a principios de siglo.

El sector terciario es el que absorbe más de la mitad de la comunidad italiana. Predominaba el sector de servicios, sobre todo comerciantes. Las características iniciales han perdurado hasta hoy en la colonia italiana, caracterizada ya al principio por sus almacenes, sus actividades de tipo urbano y por el tipo de relaciones sociales de vecindad propias de la sociedad italiana. Hacia la Primera Guerra Mundial la comunidad italiana, crecida en número y posición económica, obtiene el segundo lugar, después de los españoles, en el

ámbito de las colectividades europeas, superando a los grupos de alemanes y de británicos.

Sólo desde 1920 se dispone de mayores informaciones sobre la actividad industrial. En ese año, de las 71 manufacturas italianas en el sector de alcoholes y bebidas, sólo cinco habían sido fundadas en el siglo XIX, por lo que el sector se presenta como de creación reciente y caracterizado además por una cierta inestabilidad. En 1884 se había fundado la compañía Farinelli y Vanoni que, en 1896, tenía un movimiento de capital de 400.000 pesos y que desapareció al empezar el siglo. Diferente suerte corrió la fábrica de licores de Virgilio Brusco que existe todavía en Valparaíso. Es sorprendente la concentración en esta ciudad de industrias italianas de este sector, que de hecho supera el 54%.

De las industrias de cerámica y vidrios destaca por su antigüedad la fábrica de Angelo Dell'Orto, fundada en 1857, y reconocida por la calidad de sus espejos y vidrieras. Otras vidrierías eran las de Andrea Toscarini en Iquique, fundada en 1889, la de Luigi Mori en Viña del Mar, fundada en 1913, y la de Giacomo Giraudo en Valparaíso, fundada en 1906.

El sector de los productos alimenticios es el más numeroso y mantiene su carácter de industria italiana ocupándose de pasta, conservas y confites: predominan las fábricas de pasta, de las que hay 34. Algunas de las mayores y más antiguas existen todavía hoy, como es el caso de las marcas Carozzi y Luchetti. La compañía Molinos y Fideos Carozzi empezó en 1907, en Quilpué, como sociedad formada por siete italianos, dirigidos por Augusto Carozzi. Molinos y Fideos Carozzi nació en 1905, cuando Leopoldo Luchetti, llegado a Chile en 1900, se asoció con su cuñado Carlo Traverso. En 1909 se sumó a éstos otro italiano, llamado Bassi, y en 1923 la firma tomó el nombre definitivo con la constitución de la sociedad con los cuñados Carlo y Giovanni Degnino. En este sector hay 19 molinos, varios de los cuales fundados en el siglo XIX, y 44 tahonas. La fábrica de espagueti más antigua es, sin embargo, la de Basso y Basso en Valparaíso, fundada en 1856 por Matteo Frugone y Lazzaro Basso. Ya en 1840 existían en aquella ciudad cuatro industrias de pasta, después desaparecidas: las de Giacomo Schiarella, Stefano Brignardello, Antonio Daneri y Matteo Frugone. Las industrias conserveras más antiguas son la de los hermanos Molfino, creada alrededor de 1824 y

aún activa y la fábrica de Confites y Chocolates Costa, fundada en Valparaíso por Federico Costa en 1907.

De los 47 establecimientos de confecciones y vestidos, 17 son de sombreros y accesorios: los cuatro más importantes pertenecen a la familia Cintolesi. Entre sastrerías, *atelier* de moda y fábricas de tejidos hay que señalar la importante Falabella SAIC (que emplea todavía a más de 1.500 personas), fundada en 1890 por Salvatore Falabella Cardone, así como la Machiavello, Solimano y Cía. (de 1894), y la Fábrica Nacional de Tejidos Vender, de Michele Vender (de 1905).

La gran mayoría de las industrias textiles se concentran en la ciudad de Santiago, y su fundación data de inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial. Están también las sociedades Benacchio, Canziani y Cía., la fábrica de seda de Giuseppe Caffarena Morice (de 1920) y la algodonera de Pietro Mercandino (de 1924).

Más de la mitad de los italianos en Chile son de origen ligur. Las otras regiones, en orden de importancia numérica son: Trentino, Piamonte, Lombardía, Véneto y Toscana. Las regiones del sur están escasamente representadas a excepción de Abruzzo y de Basilicata, regiones de procedencia del flujo migratorio de después de la guerra.

Valparaíso y Santiago, como ya hemos observado, fueron siempre las zonas de asentamiento más importantes. Todavía en 1987 albergaban a más del 70% de la población. El restante 30% se distribuye en las regiones de Concepción, La Serena y en los puertos del norte del país.

No existen estimaciones de la población chilena de origen italiano, aunque se considera que ésta debe ascender a unas decenas de millares de personas. En la actualidad hay 4.710 personas con pasaporte italiano, de las cuales el 36,4% está representado por italianos, el 38,6% por hijos de italianos y un 25% por descendientes de tercera o cuarta generación.

La comunidad italiana se enriqueció con nuevos miembros después de la Segunda Guerra Mundial, que fueron particularmente activos en el sector industrial y en las profesiones medio-altas. Hoy los italianos y sus descendientes se encuentran en el sector social medio-alto del país, representando una parte consistente del empresariado más dinámico, así como de las profesiones liberales.

La comunidad italiana en Uruguay

La inmigración italiana en el Plata es una de las más antiguas de América Latina y comenzó en el período inmediatamente posterior a la independencia del país. Con las luchas del Resurgimento llegaron refugiados políticos y un gran número de garibaldinos, muchos de los cuales pidieron la residencia. En la segunda mitad del siglo XIX, al principio de la inmigración de masa, se calcula que un cuarto de la población de Montevideo era de origen italiano.

La composición y la distribución tanto de la corriente migratoria como de la colectividad italiana que se ha ido estableciendo en Uruguay entre 1830 y 1930 puede ilustrarse por el desarrollo que contempla 24.000 italianos en Uruguay en 1871, 40.000 en 1881 y 100.000 en 1891. Al empezar el siglo disminuye a 80.000 unidades y en 1891 a 62.000. En 1924 la comunidad experimenta un inesperado aumento colocándose en 190.000 personas.

Del conjunto se deduce que los decenios de la segunda mitad del siglo XIX hasta 1890 fueron los que más contribuyeron a la formación de la colectividad, que decaería al final de la Primera Guerra Mundial. El aumento de 1924 debería atribuirse a una vigorosa reanudación de los flujos, limitada a un breve espacio temporal, justo después del conflicto mundial. En realidad los flujos hacia Uruguay son muy modestos, y el inesperado aumento se debe a la introducción de la estimación aproximada, realizada a través de las autoridades consulares, de los hijos de italianos nacidos en el país de inmigración, tanto si conservaban la ciudadanía italiana como si a causa de la ley local la habían perdido.

Los datos de fuentes uruguayas son bastante diferentes, incluso exceptuando la estimación de 1924. El primer censo nacional, de 1860, calcula una población total de 221.248 habitantes, en la que los extranjeros representan el 35% y los italianos (10.000) el 5,1%. La relación entre la capital y el resto del país nos muestra al 26% de la población concentrado en Montevideo, donde reside el 75% de los italianos, que representan el 13% de los habitantes de la ciudad. La incidencia de la colectividad italiana en la capital en términos de peso demográfico se alza hasta el 20% en 1894 (32.000 personas) y toca el máximo (22%) en 1889 con 46.000 unidades, según los censos de Montevideo de esos dos años.

Ya en el último decenio del siglo XIX y todavía más a principios del siglo XX el peso absoluto y relativo de los italianos en Uruguay va disminuyendo, y en esto concuerdan los datos italianos y los uruguayos. El segundo censo nacional, de 1908, cifra la población global en 1.042.686, de los que el 29,6% se concentra en Montevideo; la incidencia de los extranjeros en el total de la población ha bajado al 17,3%, mientras que en la capital permanece en el orden del 30,4%. Los italianos son 62.000 y representan el 6% de la población global; el 64,3% es absorbido por Montevideo (40.000 unidades, el 13% de la población de la capital).

Fuera de Montevideo el área que atrae principalmente a los italianos es la franja del litoral del río Uruguay, entre Colonia y Salto: en 1860, esta zona contiene al 14,6%, y al 17% en 1908. Los italianos se concentraron sobre todo en las pequeñas ciudades del litoral fluvial: los genoveses controlaban casi toda la navegación en el río y a ella asociaban, lógicamente, su actividad comercial. El área central, sobre todo el departamento de Canelones, cerca de Montevideo, contempla un discreto asentamiento de italianos: el 8,4% de la colectividad en 1860 y el 14,4% en 1908. Se trata en gran parte de agricultores, huertanos y cultivadores de fruta de origen piamontés o lombardo, que con sus productos abastecen el mercado de la capital. En ella los italianos se dedican a todos los oficios, sobre todo al comercio, a la artesanía, a la construcción y a todas las especialidades relacionadas con esta última (pintores, estucadores y artesanos del hierro y del vidrio, entre otras). Con el aumento de la procedencia de las regiones meridionales se incrementa también el número de los que necesariamente tenían que trabajar en las profesiones más humildes (vendedores ambulantes, carboneros, limpiabotas, barrenderos, mozos de cuerda, etc.) o buscar empleo a jornal. El asociacionismo italiano fue el espejo fiel de este variado aspecto de la emigración, tanto por lo que se refiere a la composición profesional como a la de orden regional.

El núcleo originario de la colonia italiana en Uruguay está constituido por ligures, flanqueados por piamonteses y lombardos. A éstos se añaden los exiliados políticos procedentes de todas las regiones italianas. Fueron estos últimos, principalmente, refugiándose en Montevideo desde Buenos Aires durante el período de Rosas, los que tomaron parte activa en los acontecimientos políticos y militares

del Río de la Plata, hasta constituir, durante el largo asedio de Montevideo (1843-1851) y la llamada Guerra Grande (1839-1852), núcleos armados que confluyen en 1844 bajo el mando de Garibaldi en la Legión Italiana.

Los acontecimientos militares que se suceden y la figura de Garibaldi marcaron la experiencia asociativa italiana, en la que fue frecuente la referencia a ideales políticos sobre todo mazzinianos y la incorporación de Garibaldi como socio honorario. En los años sucesivos a 1860 se diversifica la aportación de las regiones italianas y se tiende hacia una progresiva «meridionalización» de los flujos, que no encuentra comparación en el movimiento hacia Argentina. El quinquenio 1880-1884 nos muestra que el 47% de los inmigrantes son originarios de Campania, Basilicata y Calabria, frente al 46,6% del triángulo Liguria (28,6%), Piamonte y Lombardía. En 1890-1894 sólo Campania contribuye a casi la mitad de los flujos de entrada, mientras la participación ligur se reduce al 10,3%. Al finalizar el siglo, prácticamente tres cuartos de los inmigrantes eran originarios de las provincias del sur (con la participación de Sicilia) y esta relación se mantiene también en los primeros años del siglo XX.

La emigración italiana, sin embargo, dejó de constituir un factor importante a causa de las dificultades económicas, y últimamente políticas, atravesadas por Uruguay. Limitándonos sólo al componente de los nacidos en Italia, en el censo de 1975 sobre un total de 131.800 extranjeros se tenían 21.281 italianos, que constituían el segundo grupo inmigrante después de los españoles. La distribución por grupos de edad contemplaba la máxima concentración en las clases maduras y ancianas de más de 50 años. Como en todos los otros países de antigua inmigración, gran parte de los uruguayos de origen italiano pertenece a generaciones sucesivas a la segunda, y, por tanto, no están contemplados en los censos.

También en este país se ha verificado en los últimos años una demanda de ciudadanía italiana, que ha producido un aumento en la colectividad que tiene el pasaporte italiano. Entre 1984 y 1988 fueron concedidos 4.340 nuevos pasaportes.

Las zonas urbanas, en particular Montevideo (donde se concentra el 95% de la inmigración italiana), Salto y Paysandú, acogen a la gran mayoría de la población de origen italiano.

PERÚ: LA COLECTIVIDAD ITALIANA

La inmigración italiana empezó pocos años después de la independencia política del Perú, en el segundo decenio del siglo XIX. Hasta 1850 llegaron unos 2.000 individuos, sobre todo ligures, en su mayoría marineros y comerciantes. De 1850 a 1890 su número se triplicó, gracias a la expansión económica y comercial del país, debida a la exportación del guano. La crisis del sector, al final de la década de 1870, así como la guerra entre Chile y Perú, hicieron disminuir la presencia de inmigrantes; sólo durante el período posterior a la Primera Guerra Mundial hubo un ligero crecimiento. De todas maneras, en el siglo pasado los italianos constituyeron la colonia europea más numerosa y activa del país. En la actualidad los censos nacionales proporcionan datos solamente de los nacidos en Italia. De un máximo registrado en 1876 con 6.900 italianos (sobre una población total del país obviamente más limitada), se ha llegado, en 1981, a un total de 4.062.

La primera región de procedencia fue Liguria, de la que resultaba originario el 70% de los emigrantes en 1900; el 14% procedía de otras regiones septentrionales, el 8% de regiones centrales, y otros tantos de las regiones meridionales y de las islas.

Los italianos se dirigieron principalmente hacia las zonas urbanas; pocos de ellos lo hicieron hacia las rurales. En las primeras etapas de la emigración el asentamiento tenía un carácter más disperso en las distintas áreas del país. En general se verificó una concentración en las zonas metropolitanas de Lima (donde en la actualidad reside el 78% de los italianos) y de Callao.

Si durante el siglo XIX los italianos eran pequeños comerciantes, al final del siglo se ocuparon también de otras actividades económicas (agricultura, extracciones mineras, industria y finanzas), hasta tocar posiciones de gran relevancia en la alta empresa, o formar parte de la clase media de comerciantes y pequeños empresarios. Después de haber tenido un papel de élite, se puede decir que la emigración italiana en Perú se ha diluido en el tejido social del país en los últimos 50 años.

V

CONDICIONES Y EXPECTATIVAS DE LAS COMUNIDADES ITALIANAS EN EL EXTRANJERO HOY

En este capítulo pretendemos ilustrar la realidad de las comunidades italianas en el extranjero en sus aspectos más sobresalientes de orden cuantitativo, de naturaleza normativa y jurídica y de intervención cultural.

El problema de las comunidades italianas en el extranjero continúa en el período más reciente, aunque las condiciones de vida y de trabajo de los emigrados han cambiado profundamente respecto a la situación inicial, como ya se ha dicho, por efecto de las transformaciones sucedidas tanto en la sociedad italiana como en la de acogida. En el perfil estadístico del primer capítulo pasamos revista al crecimiento de la emigración cualificada o tecnológica presente en los flujos italianos recientes, y las cambiadas expectativas culturales y sociales de los emigrantes en los últimos 20 años, es decir, una vez terminada la emigración de masa. Una ocasión oportuna para debatir y verificar las nuevas instancias fue la II Conferencia Nacional de la Emigración, que tuvo lugar en Roma (28 de noviembre-3 de diciembre de 1988) con la participación de más de un millar de representantes de los emigrantes.

La finalidad de la Conferencia era principalmente la de delinear una política en el campo de la tutela de los derechos de los trabajadores en el extranjero, del cumplimiento de las exigencias culturales y escolares, de una adecuada información y de la puesta en marcha de los derechos civiles y políticos en los países de residencia, con particular atención a la participación política a nivel local y en las elecciones generales italianas. Superada la fase asistencialista, surgía más clara la exigencia de enfrentarse a las demandas de participa-

ción y de cultura en el contexto de las relaciones internacionales. Los resultados de la Conferencia no fueron tan inmediatos y concretos, pero aceleraron la ejecución de las numerosas normas pedidas desde hacía tiempo por los emigrantes en el campo social, político y cultural.

Los aspectos cuantitativos

Un primer aspecto digno de mención se refiere a la dimensión misma de las comunidades italianas en el extranjero que, todavía en los años ochenta, seguían representando una cifra elevada. Por otra parte la dimensión de la «etnia italiana» en el mundo representa el primer paso para una comprensión de su papel y posición internacional, aun antes de analizar los complejos mecanismos psicológicos y culturales de la pertenencia y del redescubrimiento étnicos.

Hay que tener en cuenta primero la diferenciación por áreas geográficas, pues nos encontramos con realidades sociales y culturales y con ordenamientos bastante diversos, incluso en el terreno de la definición jurídica y de la realización de las estadísticas. Los grandes países de emigración, aun estando implicados en el mismo fenómeno, no manifiestan la misma sensibilidad hacia la temática étnica, que sólo en pocos resulta valorizada.

El tema de las comunidades en el extranjero, y sobre todo el de su cuantificación, se afronta en términos bastante diferentes y con resultados contrastantes según los criterios y las perspectivas metodológicas del ente que realice el estudio, así como de los objetivos prácticos que la administración interesada persiga. Así, por ejemplo, el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano confía en cuantificar una comunidad que mantiene todavía, al menos en cierta medida, unos vínculos con el estado nacional y su administración, por medio de la conservación de la ciudadanía (no siempre comprobable y en ocasiones solamente presumida), o con la posibilidad de volver a obtenerla realmente. Es evidente, en cualquier caso, que el país de origen tiene interés en mantener con sus emigrantes vínculos lo más duraderos posibles, mientras que los países de acogida, por lo general, tienen el interés opuesto. Añádase después el contraste entre las dos legislaciones, la del país de origen basada sobre el criterio del

ius sanguinis (y de la consiguiente transmisibilidad de la ciudadanía) y la del país de acogida, basada en el *ius loci*.

Las diferencias entre países en las estadísticas sobre las migraciones son, pues, comprensibles, no siendo unívoco ni el concepto ni la atribución de la nacionalidad, y siendo muy diversificadas las políticas de integración, las cuales, en sustancia, constituyen durante el largo período la otra vertiente destinada a incidir en los resultados demográficos y culturales de las comunidades en el extranjero.

Para Italia, ya al final de su fenómeno migratorio a causa del agotamiento de los flujos de salida, parece legítimo interrogarse (antes de que se pierda el sentido y la memoria) sobre los resultados de conjunto de su aportación a las áreas de llegada para evaluar la contribución que los italianos y sus descendientes han dado a la construcción de las sociedades de más allá del océano. Hay varios aspectos conceptuales que hay que aclarar cuando se habla de la dimensión de las colectividades en el extranjero. De hecho, una cosa es hablar de estimaciones (a las que se recurre regularmente), y otra cosa es hablar de datos directos, como las cifras de un censo; una cosa es hablar de ciudadanos con «pasaporte italiano», y otra cosa es definir la cifra demográfica producida por un flujo migratorio, incluidas las generaciones sucesivas, prescindiendo de su relación jurídica con la patria de origen.

Desde hace muchos años el Ministerio de Asuntos Exteriores se encarga de las estadísticas sobre las comunidades italianas en el extranjero que presentan aspectos dignos de relieve. Las estadísticas sobre la consistencia de los italianos en el mundo, que el Ministerio de Asuntos Exteriores publica desde hace casi 20 años, no están realizadas directamente y apuntan principalmente a dar una idea de la población que se puede considerar todavía con «pasaporte italiano», según una evaluación de las autoridades diplomáticas y consulares nacionales. En concreto el registro consular, aunque existe en teoría desde 1967, funciona escasamente, por lo que los cálculos se deducen en buena parte de las estadísticas locales, a veces integradas con los datos de la «segunda generación».

Las formas de participación en los organismos representativos consulares, puestas en marcha en la actualidad en la mayor parte de las circunscripciones consulares, permitirán aclarar mejor el futuro de esta cuota de población que mantiene lazos estables con Italia

(de carácter jurídico, económico, cultural político y afectivo). Pero sobre todo valdrá el definitivo funcionamiento del registro de los italianos en el extranjero (que debería servirse también de los ficheros de las oficinas consulares) y que se definió con la ley del 29 de septiembre de 1988. Esta ley estableció también la realización del censo de los italianos en el extranjero a partir de 1991.

La figura 25 presenta los datos oficiales de las colectividades italianas en los años ochenta. Según el Ministerio de Asuntos Exteriores, en 1986-1987 había en el mundo 5.124.000 italianos, de los cuales 2.244.000 estaban en las Américas, 2.192.000 en Europa, 84.000 en África, 15.800 en Asia y 587.000 en Oceanía.

La consistencia media de nuestra colectividad en el extranjero permanece estacionaria desde 1970, con un ligero descenso en la América meridional: de 1.900.000 a 1.700.000, y en la América septentrional: de 525.000 a 423.000 unidades (la presencia en los países de América Central es casi insignificante), y un aumento considerable en Oceanía. No han aumentado en cambio las colectividades asiática y africana, probablemente debido a que los trabajadores que hay allí no se consideran permanentemente residentes en el extranjero.

Los países que acogen a un mayor número de italianos son, en primer lugar, Argentina, con 1.109.000; seguida por Francia, con 593.000; Alemania con 537.000; Suiza, con 427.000; Brasil, con 359.000 y Estados Unidos, con 226.000.

Por lo que se refiere a la composición de las colectividades italianas en el extranjero, según las estadísticas analíticas del Ministerio de Asuntos Exteriores, no existen acentuadas diferencias en la cuota de sexos en el total ni en la repartición por grupos de edad. La estructura por edad refleja la ancianidad de la emigración italiana en los diferentes países, con colectividades más maduras en Francia, Estados Unidos, Brasil y Argentina, y más jóvenes en Alemania y Canadá. Es interesante señalar que alrededor del 13% de los italianos en Europa y del 10% de los que están en América Latina han nacido en el extranjero.

En cuanto a las regiones de procedencia de los emigrantes, se puede decir que éstas son predominantemente meridionales en casi todos los países. El sur está particularmente presente en Alemania (78%) y Canadá (75%); la Italia nororiental es fuerte en Australia

Figura 25.—Colectividades italianas en el mundo (1975-1986).

Area geográfica	*1975*	*1977*	*1979*	*1981*	*1983*	*1985*	*1986*
Europa	2.352.148	2.281.476	2.214.521	2.242.615	2.146.553	2.169.811	2.192.411
Asia	18.537	39.160	26.521	24.335	19.420	19.479	15.827
África	106.061	111.392	117.128	111.441	101.715	95.333	84.843
América	2.445.870	2.400.456	2.373.446	2.331.042	2.247.175	2.139.266	2.244.251
Norte	469.431	417.662	389.283	379.059	354.415	356.650	432.254
Centro	9.440	8.199	9.850	11.034	10.250	11.781	13.909
Sur	1.966.999	1.974.595	1.974.994	1.934.949	1.882.510	1.770.835	1.798.088
Oceanía	303.803	319.082	331.317	447.623	544.999	544.124	587.295
TOTAL	5.226.419	5.151.566	5.062.933	5.157.056	5.059.862	4.968.013	5.124.627

(17,5%), Bélgica (17,6%) y Francia (16,7%); la Italia noroccidental en Francia, Suiza y Argentina, y la Italia central en Francia, Gran Bretaña, Canadá y Argentina.

Por lo que se refiere al *status* profesional, sobre todo en Europa prevalece el nivel obrero (casi el 38% en las categorías no cualificadas). De los ocupados la mayoría trabaja como obrero, generalmente no cualificado, a excepción de Canadá, Estados Unidos, Venezuela y Brasil, en donde la mayoría de los obreros italianos resulta ser cualificada; en Argentina y Brasil parece existir una franja de empleados de una cierta consistencia.

EL CENSO DE 1991 DE LOS ITALIANOS EN EL EXTRANJERO

Casi un siglo antes del último censo (1881) de los italianos en el extranjero (prescindimos del censo dudoso de 1927), se realizó uno en noviembre de 1991 en paralelo con el de la población en Italia. Las razones para realizar una operación técnica de esta envergadura se habían expresado repetidamente, y consistían en las exigencias de los órganos italianos para responder con mayor precisión a las intervenciones culturales, asistenciales y políticas en favor de las comunidades en el extranjero. Los formularios individuales fueron distribuidos por los consulados, con la ayuda en ocasiones de las asociaciones italianas, y en buena medida enviados por correo; fueron compilados y devueltos a las oficinas consulares para su elaboración.

Como suele ocurrir en el caso de todas las recogidas de datos realizadas por correo, cuya tasa de respuesta tiene una caída de retorno de más de la mitad, también en el caso de los cuestionarios del censo para los emigrados la respuesta fue baja: aproximadamente del 35%. Se enviaron más de 4.291.000 fichas y volvieron a las oficinas consulares 1.436.000. El procedimiento contempló 3.772.000 expediciones postales y 518.000 distribuciones a través de los consulados, asociaciones y empresas italianas en el extranjero.

De las fichas devueltas, la mayor suma se refiere a los italianos residentes en los países europeos (el 57,5% del total, con 826.000 formularios); siguen América del Sur (30,8%, con 442.000 cuestiona-

rios) y América del Norte (6,5%, con 93.000 cuestionarios). Pero para valorar el grado de respuesta en los distintos continentes, es preciso señalar que América meridional registró la tasa más elevada de respuesta, con el 43% de los cuestionarios devueltos (superando a Europa con el 31% de respuesta y a América del Norte con el 25%). Una vez más es Argentina el país que demuestra el mayor grado de adhesión (con el 44,5% de respuesta y 329.000 cuestionarios), en confirmación de los muchos intereses y vínculos que unen profundamente a los dos países.

Naturalmente el censo constituye solamente un instrumento técnico, y el primer paso para predisponer políticas culturales y asistenciales más acordes con las necesidades de los italianos en el extranjero, que en los últimos años se han manifestado cada vez más en instancias de tipo cultural y de participación.

La estimación de la población de origen italiano en el mundo

La estimación de la consistencia numérica del conjunto demográfico que llamaremos por comodidad «población de origen italiano» no persigue finalidades administrativas ni se refiere a aspectos jurídicos, como el disfrute de la ciudadanía o la posesión del pasaporte. En el lenguaje corriente italiano se ha usado mucho el término «oriundo» (considerado un feo neologismo), para denominar a los descendientes de ciudadanos italianos en el extranjero que, aun poseyendo la ciudadanía extranjera, pueden, práctica o teóricamente, volver a obtener la italiana.

Naturalmente este primer balance elemental podrá ser corregido y perfeccionado por ulteriores estudios más concretos y analíticos. Está claro que esta suma, de difícil valoración, se separa netamente de los valores del Ministerio de Asuntos Exteriores anteriormente citados, porque el dato de las «segundas» y «terceras generaciones» (y más si es posible) resulta en este caso predominante, y sobre todo porque esa población no puede considerarse con «pasaporte italiano» o con una relación específica con la administración nacional, sino simplemente como un conjunto demográfico de ascendencia u origen italiano no obstante la nacionalidad diferente.

El carácter de italianidad de este conjunto demográfico en contacto con las poblaciones extranjeras, con el paso del tiempo no conserva ningún valor de «pureza» o aislamiento del grupo, sino que revela más bien su capacidad integradora y de mezcla demográfica. Con la tercera generación en particular, la ascendencia tiene que verse no como un dato nacional, sino como una contribución al desarrollo y al intercambio demográfico entre grupos.

No existe una valoración científica comúnmente aceptada del total de las poblaciones de origen italiano en el mundo, faltando al respecto estudios de carácter demográfico con sistemas homogéneos sobre la ascendencia étnica.

Sólo en el caso de los Estados Unidos se averiguó, en el censo de 1980, el origen por grupo étnico a través de la autoatribución: los italoamericanos de primera, segunda y tercera generación resultaron ascender a 12 millones de personas (de las que 8,3 millones eran de tercera generación). El caso de Argentina, aun en presencia de menor afluencia de italianos, pero con mayor ancianidad y menor temporalidad, no parece separarse mucho del resultado demográfico estadounidense.

Manteniendo idéntica al caso estadounidense la relación entre resultado demográfico final y flujos de entrada en el continente americano, se podría llegar a una estimación de conjunto de al menos 30 o 35 millones de individuos de origen italiano residentes en Estados Unidos, Argentina, Brasil, Canadá, Venezuela, Chile, Uruguay y en las otras naciones americanas. Si se añade la consistente población italiana, y de descendencia italiana, residente en Australia y las exiguas fracciones en los continentes africano y asiático, más la cuota presente en Europa, se puede razonablemente estimar —en una primera y sumaria aproximación— en alrededor de 50 millones de individuos al colectivo demográfico de origen o ascendencia italiana producido por la emigración durante los siglos XIX y XX. Pero esta estimación global podrá ser corregida o perfeccionada a través de investigaciones concretas según el modelo de la realizada en Estados Unidos en el censo de 1980.

La participación política y social de los emigrantes italianos: del *melting pot* al «multiculturalismo»

Desde que se verificaron los primeros asentamientos estables de inmigrantes, la relación entre la cultura de éstos y la del país de inmigración ha sido fuente de debate dentro del país de acogida. Los Estados Unidos han sido los primeros en elaborar teorizaciones sobre la relación entre la cultura nacional y la de las minorías étnicas, acuñando un léxico y expresando conceptualizaciones y prácticas que los otros países de fuerte inmigración han adoptado total o parcialmente.

En el siglo XIX en los Estados Unidos predominaba la teoría de la *angloconformity,* basada en la confianza en la posibilidad ilimitada de poder absorber a todos los nuevos llegados en conformidad con el modelo original inglés. Al empezar la segunda oleada inmigratoria desde los países de la Europa suroriental a finales del siglo XIX, con importantes componentes católicos y judíos, se afirmaron los sentimientos nativistas, dictados por el temor de que el recién llegado, además de querer participar de la general prosperidad, quisiese también plasmar y forjar el cuerpo social. De aquí las orientaciones del teutonismo (que postulaba la apertura sólo a los inmigrantes de origen noreuropeo y de estirpe anglosajona) y del nativismo propiamente dicho.

En una fase sucesiva se difundió la esperanza en la fusión en un único modelo americano, idea que, por el título de una afortunada *pièce,* tomó el nombre de teoría del *melting pot.* El término *melting pot,* literalmente crisol, se difundió a partir de la primera década del siglo XX en la historiografía, y más generalmente en la cultura estadounidense: la expresión quería simbolizar a los Estados Unidos como un crisol de razas que poco a poco pierden sus características originales para fundirse en una única, nueva e indefinida identidad, el «nuevo hombre americano». El concepto tuvo notable fortuna, y se adoptó también en Brasil, donde se utilizó el término *miscelação,* y en Argentina, donde se habló de crisol de razas.

No obstante el sentido original, favorable a la valoración de la aportación de los inmigrantes implícita en el concepto del crisol, se pasó a menudo, en la práctica, a una interpretación decididamente asimilacionista que, aun utilizando la misma terminología, apuntaba

a la homologación con los modelos ya definidos, propios de la tradición nacional americana, mucho más que a la fusión en una nueva y abierta identidad.

Con el paso del tiempo muchos observadores y estudiosos empezaron a reconocer que, no importa como se la definiese, la idea del *melting pot* tropezaba con una realidad no del todo asimilable a esta imagen. A partir del período del *New Deal*, en particular, hubo intelectuales que se alinearon en defensa del mantenimiento de las culturas de los inmigrantes, viéndolas como un enriquecimiento de la sociedad y de la cultura americanas. Se empezó así a hablar de «pluralismo cultural», una teoría según la cual cada inmigrante podía y debía mantener la propia identidad étnica, si bien dentro de una común lealtad a las instituciones políticas fundamentales de los Estados Unidos. Mientras que hasta los años setenta esta orientación estuvo confinada en los restringidos ámbitos intelectuales (y no dirigió ni siquiera las lecturas históricas o contemporáneas de la sociedad americana, que siguieron estando inspiradas predominantemente en conceptos de *melting pot* o asimilación), el concepto de pluralismo fue más tarde retomado con fuerza por el movimiento de la *new ethnicity*, que hizo su aparición justamente en ese decenio.

La *new ethnicity* nació en un momento de crisis de la ideología nacional estadounidense, puesta en discusión entre otras cosas por el movimiento en favor de los derechos civiles de los afroamericanos.

El ejemplo del movimiento negro, y los éxitos obtenidos por éste gracias a la identificación con la propia matriz cultural, constituyó para muchos otros grupos una invitación a volver a pensar en sí mismos en términos de etnia. El elemento de etnicidad se convirtió entonces en uno de los factores de identificación para avanzar peticiones políticas y culturales.

La recuperación de la etnicidad no ha dejado de tener repercusiones en el campo académico e intelectual; se instituyeron en aquellos años disciplinas específicas para los estudios de la inmigración y de las etnias, y la investigación en este campo se desarrolló rápidamente. A un nivel más popular se dio un renacimiento del interés por las lenguas y las tradiciones étnicas, con el florecimiento de una producción y una actividad editorial especializada, configurando en conjunto lo que tantas veces se ha llamado «revival étnico». Se asiste

en estos años a la multiplicación de asociaciones recreativas y culturales que tienen como elemento de cohesión la etnicidad.

El concepto de pluralismo, que en cierto sentido está en la base de las políticas públicas utilizadas por las sociedades multiétnicas, como Canadá y Australia (donde se ha transformado en *multiculturalism*), no dio, sin embargo, vida a una política propiamente dicha en Estados Unidos. Solamente en el caso de los «hispánicos», es decir, la vasta y diferenciada población de origen latinoamericano y de lengua española, han surgido recientemente prácticas y orientaciones favorables a alguna forma de bilingüismo. Más que en el terreno de las verdaderas políticas multiculturalistas, la más reciente contribución de los Estados Unidos ha sido, pues, el reconocimiento de la insuprimible multietnicidad de la sociedad.

También el debate histórico actualmente en curso sobre el tema subraya con claridad el carácter extremadamente flexible y, por tanto, resistente de la etnicidad: una etnicidad que está continuamente reinventándose para hacer frente a las realidades que cambian, tanto dentro del grupo como dentro de la sociedad que lo acoge. Una etnicidad que puede incluso llegar a traspasar los confines nacionales de las etnias europeas para configurar el surgimiento de una etnia euroamericana, según una feliz intuición del historiador francés Fernand Braudel.

Participación política y políticas étnicas de los países de acogida

Es interesante subrayar la variedad de situaciones verificadas en el campo de la participación política de los inmigrados, que resultó a menudo uno de los argumentos más delicados del debate político en los países de acogida.

En Argentina, por ejemplo, las élites italianas llegadas antes de la emigración de masa se dividieron entre la decidida integración en la vida política local (testimoniada por los Belgrano, Castelli, etc., que sirvieron a la comunidad italiana para reivindicar un papel en el nacimiento de la República) y un apasionado apego a los acontecimientos del Resurgimiento y la Unidad nacional, de los que muchos habían sido excluidos más o menos violentamente, tratando de ma-

niobrar en este sentido también a la colectividad. Esta dicotomía se mantuvo constante en el tiempo y fue retomada con particular vigor en el período fascista.

En general, las segundas generaciones entraron progresivamente en la formación de los grandes partidos (el radical y, más tarde, el movimiento peronista), mientras que los nacidos en Italia fueron reacios a naturalizarse (lo hicieron sólo para entrar en la burocracia estatal y en los empleos que requerían la ciudadanía argentina); prefirieron la participación informal a la arriesgada y mudable vida política, a través de los grupos de presión y el poder financiero.

Las antiguas dicotomías se sumaron a las nuevas. Así se pueden encontrar muchos nombres italianos en la vida pública argentina después de Perón, pero con inestables conexiones sustanciales y formales con Italia o con el sentido de pertenencia étnica, a excepción quizá del presidente Arturo Frondizi. La pertenencia seguía confinándose sobre todo en la vida familiar. De este modo la reciente crisis económica argentina, durante el régimen militar y después de éste, aceleró un reclamo afectivo hacia Italia, incluso en la forma patológica de colas en los consulados italianos, alimentadas por la ilusoria ecuación: *pasaporte=trabajo en Italia,* pero que estimuló en parte la estipulación de una teórica relación preferencial entre Italia y Argentina.

Pasando a países relativamente menores, encontramos por lo general situaciones de inserción en el sistema político con modalidades no conflictivas, que se asocian a más o menos rápidos procesos de disolución de la pertenencia originaria. En Venezuela, por ejemplo, no sólo las segundas generaciones, sino también los italianos naturalizados operan dentro de los diferentes partidos políticos y tienen una relevante presencia en diversos organismos públicos, en los términos permitidos por la actual legislación venezolana, y en poderosas asociaciones de empresarios. Los descendientes de italianos nacidos en Venezuela han alcanzado elevadas posiciones en el Parlamento, en los ministerios, en las gobernaciones y en las instituciones estatales y municipales, así como en los altos mandos de las fuerzas armadas. En Perú los descendientes de los emigrantes italianos entraron a formar parte de los sectores medio-altos de la sociedad desde el siglo pasado, cuando la élite empresarial se introdujo en la oligarquía local.

En los Estados Unidos el proceso de participación política de los italianos ha sido tradicionalmente difícil y lento, por una serie de condicionamientos y prejuicios. Solamente a nivel local y municipal los italianos lograron hacer valer su voto étnico, sobre todo cuando, a partir de los años veinte, las comunidades urbanas más consistentes pudieron expresar personalidades políticas de relieve. Los nombres de Fiorello La Guardia y Vincent Impellitteri han quedado en la memoria como alcaldes de Nueva York en los años cuarenta y cincuenta.

A partir de los años sesenta los gobernadores, alcaldes, administradores y jueces supremos de origen italiano se han multiplicado, sobre todo en los estados de la costa atlántica, en la parte central del país y de California, por lo que es difícil ofrecer una lista exhaustiva. Aun así el aspecto más interesante se refiere al nacimiento de organismos representativos a nivel nacional. En los años setenta se instituyó una Fundación Nacional Italoamericana (la National American Italian Foundation), con sede en Washington, a la que pertenecen todos los miembros del Congreso Federal y los políticos de origen italiano; el propósito de la Fundación ya no es de carácter defensivo, sino que trata más bien de coordinar todas las presencias políticas y promover una línea común que responda más a los intereses y a las instancias electorales de la comunidad.

También durante la administración Reagan, la aparición en la escena política de personalidades de origen italiano se ha leído como un testimonio del éxito de este grupo étnico en el país. Históricamente, los italoamericanos de los Estados Unidos no han expresado nunca un masivo voto étnico de discriminación entre los dos grandes partidos. Recientemente esta tendencia se ha ido consolidando, y la relación entre pertenencia étnica y voto resulta hoy escasamente relevante. La presencia de Geraldine Ferraro, demócrata, como candidata a la vicepresidencia, no ha desviado el voto italoamericano, en la actualidad esencialmente de clase media, al partido republicano de Reagan. Pero no faltan indicaciones de otro tipo; efectivamente, el gobernador demócrata Mario Cuomo, elegido en el estado de Nueva York, puede contar con la alta densidad de población de origen italiano, lo mismo que el gobernador Edward di Prete en Rhode Island. Sin embargo, el gobernador Richard Celeste de Ohio, así como los senadores Pete Dominici y Dennis de Concini fueron ele-

gidos en estados en los que la población de origen italiano tiene una modesta incidencia. Esto, si por una parte quiere decir que los ciudadanos estadounidenses de origen italiano se distribuyen a lo largo de toda la gama de opciones políticas típicas del conjunto de la población blanca del país, por otra indica el nivel de integración alcanzado por el grupo étnico en su conjunto.

En Canadá fueron las tensiones de finales de los años sesenta por las escuelas bilingües en Montreal las que solicitaron la demanda de una voz autorizada y representativa de la comunidad italiana en las cuestiones de carácter político y cultural. El fraccionamiento de la comunidad y el *campanilismo* habían hecho que, a nivel político y sindical, los canadienses de origen italiano no gozaran de adecuada representación. Después de esta movilización nació la Federazione delle Associazioni Italiane en Quebec, cuyo presidente, Pietro Rizzuto, se convirtió más tarde en uno de los dos primeros senadores elegidos por el Parlamento Federal.

En 1974 —ya lo hemos contado— se fundó finalmente el National Congress of Italian Canadians, como voz representativa de toda la comunidad italiana en el sector político, comercial, social, cultural y económico. Esta institución ha estimulado la participación política de los italianos y de los italocanadienses en la vida pública; en la actualidad son numerosos los italocanadienses elegidos al Parlamento Federal de Ottawa y a los Parlamentos provinciales, o como miembros de las administraciones federales o estatales.

Por lo que se refiere al nivel de integración de la comunidad italiana, se observa desde diversos puntos de vista que el grupo italiano es en la actualidad un *established group*, habiendo alcanzado un nivel de integración igual al de los otros grupos étnicos de inmigración coetánea, y ya no es víctima de discriminaciones. Los resultados positivos se deben también a la política oficial del multiculturalismo (aunque hoy se encuentre en una honda crisis) y a la autonomía cultural que la comunidad italiana sigue manifestando todavía. El cuarto grupo étnico por importancia en Canadá ha sido capaz de activar, en parte también por su continuada y fuerte concentración residencial, toda una serie de iniciativas sociales y culturales que le permiten presentarse en el plano político como un posible interlocutor válido del programa multicultural del Canadá contemporáneo.

Participación y representación política de los emigrantes italianos en relación con la madre patria

La relación de los emigrantes hacia la madre patria es, por su naturaleza, compleja y problemática. Si, por un lado, los vínculos con la tierra de origen no se ponen inicialmente en peligro con la emigración, e incluso se refuerzan por razones múltiples de orden económico y afectivo, por otra parte la separación lleva a un aflojamiento de los lazos con el país natal; los contrastes políticos en concreto, o el alejamiento de la madre patria, pueden conducir también a un rechazo o a una visión polémica de ésta. Es un hecho que, por lo general, los vínculos políticos con la patria de origen tienden a persistir en el tiempo, si bien no con la misma intensidad que los de naturaleza afectiva o económica.

Es bien conocida la manera en la que el papel del país de origen puede resultar ambivalente en la experiencia del emigrante, no menos que otros factores subjetivos e institucionales. El país de origen influye, en primer lugar, en la formación de su identidad nacional y en los grados y modos de participación política. Puede crear rémoras o visiones distorsionadas en la integración, o bien sostener demandas legítimas y favorecer síntesis más enriquecedoras y experiencias culturales originales y nuevas.

La forma clásica y más sintomática del vínculo con la tierra de origen es la participación de los emigrados en las elecciones políticas del propio país. La otra forma, que no se opone a ésta y es a menudo utilizada paralelamente, es la participación en los organismos de representación de los emigrantes, creados expresamente para ellos, tanto en el extranjero —por lo general en los organismos consulares— como en la nación de origen. Italia ha privilegiado esta segunda fórmula. De hecho, y no obstante las numerosas propuestas de ley y un debate político y parlamentario casi secular, Italia no ha conseguido establecer por ley la posibilidad de que sus emigrantes voten en las elecciones políticas de su patria.

El problema del voto político de los emigrantes se debatió ya a principios de siglo, y se propuso con ocasión del I y el II Congreso de los Italianos en el Extranjero celebrados en 1908 y 1911, respectivamente. Apenas terminada la Primera Guerra Mundial, el voto de

los emigrantes parecía que debía definirse siguiendo una consolidada perspectiva internacional y la estipulación de numerosos acuerdos bilaterales en materia de emigración. Pero la cuestión no se resolvió durante el período fascista, ni tampoco durante todo el período republicano, a pesar de que las propuestas de ley se acumularan sobre todo a partir de la I y la II Conferencia Nacional de la Emigración de 1975 y 1988, respectivamente.

El voto de los emigrantes en las elecciones políticas en Italia

Las filosofías que inspiran la normativa para las elecciones políticas en materia de voto en el extranjero siguen dos concepciones principales. La primera, de inspiración inglesa, está ligada al concepto de territorialidad, según el cual sólo los ciudadanos residentes en la patria tienen derecho al voto, excluyéndose la posibilidad de participar en las consultas electorales a los ciudadanos residentes en el extranjero. La segunda concepción, de inspiración francesa, y más difundida, está ligada al concepto de nacionalidad y afirma que todos los ciudadanos tienen derecho al voto, tanto si residen en la patria como en el extranjero.

Las modalidades de una eventual participación en el voto de los ciudadanos en el extranjero se pueden llevar a cabo de tres maneras: por correspondencia, por poderes o en las sedes diplomáticas y consulares. Italia, en el caso de las elecciones europeas —que tuvieron lugar en 1979, 1984 y 1989— introdujo el *voto in loco,* es decir, el voto en colegios electorales constituidos expresamente para los emigrados, no necesariamente en los consulados.

La mayor parte de los países europeos atribuye a sus ciudadanos emigrados el voto por correo (como algunos países americanos, entre ellos Estados Unidos) o por poderes. Italia, aun reconociendo en el artículo 48 de la Constitución el voto como derecho-deber, no ha establecido todavía las modalidades relativas al voto en el extranjero obligando, pues, a los residentes a regresar a la patria para expresar su voto. Las razones de este retraso hay que encontrarlas en factores institucionales y políticos. Entre los primeros hay que mencionar la carencia hasta ahora de un verdadero registro en el extranjero con

listas nominativas; entre los segundos se debe recordar que las fuerzas políticas, el Partido Comunista Italiano (hoy transformado en Partido Democrático de la Izquierda), en particular, no han considerado plenamente congruentes con las garantías constitucionales las modalidades del voto por correo comúnmente adoptadas en otros países.

Caídas algunas rémoras de los partidos políticos en la actualidad, parece que la ley relativa al ejercicio del derecho de voto de los italianos en el extranjero podrá ser aprobada en breve. Naturalmente los ciudadanos temporalmente en el extranjero deberán inscribirse en las listas electorales.

Queda aún por definir si los emigrantes podrán elegir dentro de la Cámara de Diputados y del Senado una representación «suya», o si bien podrán votar por las listas de sus ayuntamientos de inscripción.

El Consejo General de los Italianos en el Extranjero

La demanda de una participación de los emigrantes en un organismo central representativo, creado en Italia y con funciones no puramente consultivas, se expresó reiteradamente después de la Segunda Guerra Mundial, especialmente con la I y la II Conferencia Nacional de la Emigración. Esta demanda corría paralelamente a la constitución de organismos de representación a nivel local, es decir, en las varias circunscripciones consulares.

Ya en 1967 se había instituido un Comité Consultivo de los Italianos en el Extranjero (CCIE), reestructurado y ampliado con nombramiento y cooptación de miembros en 1971. Las comunidades emigradas se orientaban predominantemente hacia un organismo con base electiva, compuesto en su mayoría por representantes de los emigrantes con la integración de miembros de la administración y de las fuerzas políticas.

Finalmente, con la ley de 25 de octubre de 1989 se instituyó el Consejo General de los Italianos en el Extranjero (CGIE), por el cual los emigrantes italianos pueden considerar que tienen un «parlamentito» suyo que expresa pareceres obligatorios sobre varias materias financieras y de intervención cultural. Objeto del Consejo es

> promocionar y facilitar el desarrollo de las condiciones de vida de las comunidades italianas en el extranjero, reforzar la conexión de estas comunidades con la vida política, económica y social de Italia, asegurar la más eficaz tutela de los derechos de los italianos en el extranjero, y facilitar el mantenimiento de la identidad cultural de éstos, así como su integración en las sociedades de acogida y la participación en la vida de las comunidades locales.

El CGIE está compuesto por 94 miembros, de los cuales 65 son elegidos en representación de las comunidades italianas en el extranjero (21 para América del Sur y 11 para América del Norte) y 29 nombrados en el ámbito de la administración y de las fuerzas políticas. El CGIE, cuya secretaría tiene sede en el Ministerio de Asuntos Exteriores, eligió un comité de presidencia y se ocupó en seguida de las cuestiones más urgentes relativas a la situación de malestar de algunas comunidades y a la normativa en discusión relativa al derecho de voto y de ciudadanía.

Los COMITES

La demanda, avanzada en más de una ocasión, de constituir una representación de los emigrantes en el ámbito de la circunscripción consular llevó, tras un profundo debate parlamentario, a la aprobación de la ley del 8 de mayo de 1985, concerniente a la institución de los Comités Italianos en el Extranjero (COMITES). La ley, a causa del mecanismo electoral demasiado complicado y de la limitación del número de los consulados, fue revisada por la siguiente ley del 9 de agosto de 1986, que establecía los requisitos electorales y ampliaba el número de consulados, fijando además la fecha de las elecciones, que tuvieron lugar a finales de noviembre de 1986 en 82 circunscripciones consulares de unos 20 países. El número mayor de votantes se dio en Argentina (de los 400.000 electores inscritos votó allí el 40%); 130.000 votaron en Brasil, 60.000 en Estados Unidos y 64.000 en Venezuela; en Canadá las elecciones no se efectuaron.

Los COMITES (llamados al principio COEMIT) desarrollan funciones consultivas y de colaboración con las autoridades consulares italianas en las iniciativas concernientes a la vida social, cultural, de asistencia, deporte y tiempo libre. Los COMITES siguen sobre

todo el problema de la integración de los hijos de los emigrantes en la escuela local y vigilan el respeto a las normas correspondientes en contacto con las autoridades locales; se interesan por la ejecución de las leyes locales que favorecen a los inmigrantes, en vista de la cada vez mejor integración social y cultural de los italianos y del mantenimiento de los vínculos con la madre patria. Los COMITES entran también en la vida de las comunidades y expresan su parecer sobre las contribuciones destinadas a las asociaciones italianas.

Cada comité de la emigración está compuesto por 12 miembros en las comunidades de hasta 100.000 personas, y por 24 en las que tengan un número superior. Pueden formar parte de ellos también los ciudadanos extranjeros de origen italiano, pero en número inferior a un tercio de los componentes. Los miembros del comité, que permanecen en el cargo tres años, son responsables del empleo de las ayudas ministeriales.

En el terreno práctico, las elecciones de los COMITES representan una buena ocasión para conocer mejor a las colectividades emigrantes, sus vínculos con Italia, la formación de las élites internas y el surgimiento de las componentes políticas regionales junto a la nacional. La subjetividad política se expresa dentro del enrevesado recorrido de la integración y de la participación política, suspendida entre los vínculos con la madre patria y con el país de acogida.

La ley sobre la ciudadanía italiana

La última disposición que se refiere directamente a los emigrantes concierne a la ley sobre la ciudadanía italiana. Los problemas relativos han constituido durante mucho tiempo motivo de debates y de puntos de vista contrarios por lo que se refiere a la modificación de las disposiciones vigentes.

Las normas en materia de ciudadanía estaban fijadas esencialmente por la ley del 13 de junio de 1912 (y los subsiguientes decretos de ejecución del 2 de agosto de 1912): una ley antigua, modificada sólo parcialmente en época reciente, en 1983, por la desigualdad entre hombre y mujer en el nuevo derecho de familia. Según la precedente ley de 1912, basada en el principio del *ius sanguinis,* se consideraban ciudadanos italianos por nacimiento los hijos de padre

ciudadano italiano o los hijos de madre italiana si el padre era desconocido. A fines del reconocimiento de la filiación durante la minoría de edad, se consideraba predominante la ciudadanía del padre. Otras normas se referían a la concesión o el reconocimiento a extranjeros nacidos en Italia y residentes en ella y a la recuperación de la ciudadanía tras un período —fijado en dos años— de residencia en Italia. Las críticas de los emigrantes italianos se referían sobre todo a la disposición relativa a la pérdida automática de la ciudadanía italiana por adquisición de una extranjera (normal para una integración a nivel social, político y económico) y a la necesidad de restablecer la residencia en Italia para la recuperación de la ciudadanía originaria.

Finalmente, con la ley del 5 de febrero de 1992 (entrada en vigor el 16 de agosto de 1992) se reformuló toda la materia referente a la ciudadanía italiana. La ley recibe importantes innovaciones. En primer lugar se afirma el principio de la igualdad entre hombre y mujer, en relación a los efectos del matrimonio y de la adquisición de la ciudadanía. Además, en consideración al difundido caso de adquisición de la ciudadanía extranjera, la ley prevé la posibilidad de una declaración de voluntad de mantenimiento de la ciudadanía italiana y sanciona la posibilidad de una prórroga del derecho de opción para quien haya perdido la ciudadanía por no haberla hecho explícita.

Por lo que se refiere a la doble ciudadanía (vigente sólo entre Italia y Argentina en base al acuerdo firmado en Buenos Aires el 29 de octubre de 1971), la práctica actual tiende a consentir el mantenimiento de la doble ciudadanía a quien ha nacido en el país de quien la asume, así como al cónyuge que asuma la del otro cónyuge y a los hijos que adquieran la de uno de los padres.

En definitiva, el conjunto de normas anteriormente citado, referente a la atribución de la ciudadanía o a su recuperación, así como a los instrumentos jurídicos y a las estructuras destinadas a favorecer la representación de los emigrados en organismos italianos, enlaza con las instancias de participación que, bajo formas y modalidades diferentes tanto en el país de origen como en los países de acogida, están interesadas en promover una positiva integración.

Las intervenciones culturales para la emigración actual: las escuelas y la promoción de la lengua

Italia, a diferencia de otros estados, no dispuso oportunamente una política concreta para la difusión de la lengua y la cultura italianas en el extranjero. Mientras algunos países europeos, ya desde los años treinta, habían adoptado una política de presencia cultural penetrante y organizada en el extranjero (a través del British Council, Goethe Institut e instituciones similares de Francia y España), Italia no había puesto en marcha una sistemática y orgánica red de estructuras culturales en el extranjero, aparte de la creación de los Istituti Italiani di Cultura ligados al aparato diplomático y consular. Quizá también a causa de la menor relevancia y difusión internacional del italiano, la política cultural al extranjero ha sido tímida, improvisada y no integrada con el dinamismo artístico, económico e industrial del país.

Históricamente la creación de las escuelas italianas en el extranjero fue un hecho espontáneo y autónomo de las comunidades emigradas y no ligado a una estrategia del gobierno central. Es verdad que ya a principios del siglo XX se instituyó en el Ministerio de Asuntos Exteriores una Dirección de las Escuelas Italianas en el Extranjero, cuya función era solamente la de coordinar y reconocer las iniciativas escolares ya existentes, por lo general financiadas por las comunidades. La contribución del gobierno italiano normalmente se limitaba al envío de algún subsidio escolar y, raramente, de algún profesor. La centralización del gobierno fascista tendió a privilegiar más a los intercambios con la alta cultura oficial del lugar, por medio de los Istituti Italiani di Cultura, que a la instrucción de las clases populares.

La gran difusión de las escuelas italianas en el extranjero, y de los cursos de italiano en general, tuvo lugar ya hacia finales del siglo XIX por obra de sociedades locales y, sobre todo, de las varias secciones de la Sociedad Dante Alighieri. Esta institución, creada en 1889 por el humanista e historiador Pasquale Villari, apuntaba a la promoción de la lengua y de la cultura italianas en Italia y en el extranjero, y conoció un singular florecimiento en todos los países. Todavía hoy esta asociación cultural es la única presente en el mun-

do donde se promueven millares de cursos de lengua y cultura que compensan, en cierta manera, la ausencia de una intervención orgánica por parte del gobierno de Roma. Piénsese en Argentina donde, en 1987, la Dante Alighieri disponía de 100 sedes y de 400 docentes, llegando a alcanzar cerca de 22.000 estudiantes.

Hasta después de la Segunda Guerra Mundial, exactamente en 1971 con la ley número 153, el Estado no puso en marcha intervenciones culturales y escolares, destinadas a los emigrantes italianos y a sus hijos, con atención principal dirigida a Europa. La intervención del gobierno italiano se limitó a la creación de cursos en las escuelas locales; raramente instituyó escuelas propias (actualmente son 27 las escuelas estatales italianas en el mundo), principalmente en las capitales para uso de los hijos de funcionarios y profesionales. Las escuelas italianas privadas u homologadas en el extranjero son actualmente 167 y alcanzan a varios millares de estudiantes.

En el campo escolar y formativo la ley número 153 («iniciativas escolares, de asistencia escolar, y de formación y perfeccionamiento profesionales, para poner en práctica en el extranjero con los trabajadores italianos y sus allegados») promulgada en 1971 renovó la legislación italiana de la actividad escolar y cultural en el extranjero; legislación que había estado anclada hasta la fecha en los criterios y en los fines fijados en el R.D. 12 de febrero de 1940, emanado como texto de las normas sobre las escuelas italianas en el extranjero. La ley número 153 prevé sustancialmente cuatro tipos de iniciativas:

A) La institución de clases o cursos destinados a los parientes de los trabajadores italianos para facilitar su inserción en las escuelas de los países de inmigración; y cursos de lengua y cultura general italiana también para trabajadores italianos que asistieran a las escuelas locales correspondientes a las escuelas italianas elementales y medias.

B) La institución de cursos de formación y perfeccionamiento profesional, destinados a trabajadores italianos y a sus familiares, para favorecer el acceso al ambiente de trabajo y a los cursos extranjeros de formación profesional.

C) El reconocimiento y la homologación con los títulos de estudio italianos de los diplomas conseguidos por los trabajadores y sus parientes en las escuelas extranjeras, correspondientes a las escuelas italianas elemental y media.

D) La institución de cursos de escuela popular para trabajadores italianos y de cursos especiales anuales para la preparación de los trabajadores italianos y sus parientes a los exámenes de idoneidad y de título de enseñanza elemental y media.

La ley prevé también la institución de escuelas maternas y jardines de infancia, que no tuvieron un amplio desarrollo.

La ley número 153 se había limitado a codificar pragmáticamente una serie de iniciativas escolares, existentes de hecho en las áreas de inmigración, con la finalidad de responder a las necesidades formativas y culturales de los trabajadores italianos y de sus parientes en el extranjero. Había sido concebida sobre el fundamento de una cierta visión del flujo migratorio como fenómeno de transferencia de masa, como se había manifestado de manera explosiva en la Italia de los años cincuenta y sesenta. Como es sabido, ya a principios de los años setenta el flujo dejaba entrever las primeras señales de disminución. Parece evidente que las iniciativas culturales se sitúan en la concepción de un fenómeno sobre todo de trabajo, y en la perspectiva de estabilización de los trabajadores y de sus parientes en los países de inmigración, como también de su vuelta a la patria. La disposición envejeció en seguida, tanto a causa de las veloces transformaciones culturales de las comunidades emigradas como de los complicados procedimientos de funcionamiento y del escaso rendimiento de los docentes italianos en el extranjero.

La reforma de la normativa italiana en materia de escolarización de los hijos emigrantes fue propuesta repetidamente por las distintas fuerzas sociales desde 1983 (Congreso de Urbino de marzo de 1983), pero no ha llevado todavía a una nueva legislación.

El nuevo proyecto de ley tiende a la reorganización de las varias actividades escolares, educativas y escolares en el extranjero, en un cuadro único de intervenciones. Emergen en particular la conciencia de la existencia de específicas exigencias culturales en las diversas áreas geográficas; la necesidad de favorecer los procesos de integración escolar, profesional y cultural en el área de la Comunidad Europea; la necesidad de favorecer la integración de los ciudadanos italianos en el extranjero en las estructuras escolares y formativas también a nivel superior y universitario del estado de acogida (mientras que la ley número 153 opera solamente a nivel de enseñanza obligatoria: elemental y media). Hoy parece oportuno también pro-

mover la enseñanza de la lengua y de la cultura italianas en el extranjero mediante comunicaciones televisivas vía satélite, así como con técnicas audiovisuales y de enseñanza a distancia, por medio de las convenciones correspondientes. Es necesario volver a cualificar las específicas intervenciones para facilitar la inserción y la reinserción escolar y social de los ciudadanos y sus familias que tienen intención de volver a Italia, y realizar una educación permanente que tienda al desarrollo cultural y profesional de los adultos. Un aspecto importante es la puesta al día de todo el personal escolar italiano y extranjero operante en las diversas instituciones escolares y culturales en el extranjero.

Por lo que se refiere al desarrollo de actividades escolares y culturales concretamente, los cursos organizados con la ley número 153 son actualmente unos 18.000, con unos 340.000 estudiantes en el mundo, de los cuales más de 200.000 asisten a cursos de lengua italiana integrados en programas escolares. De los restantes 140.000, más de la mitad asisten a cursos integrados en el horario escolar, con calificaciones finales, aunque no sean materia curricular, y solamente unos 70.000 asisten a los cursos extraescolares (los sábados o por las tardes).

Dos tercios de los beneficiarios de estos cursos se encuentran en los países transoceánicos y unos 140.000 en Europa. La actividad de promoción de la lengua italiana en las comunidades del extranjero ha hecho posible la introducción y la difusión de la lengua italiana en contextos nacionales y en ordenamientos escolares en los que de otra manera hubieran sido muy difíciles.

En los países extraeuropeos, gracias a una interpretación extensiva de la ley número 153 ya se ha podido poner en marcha un proceso de difusión de la lengua italiana. En Argentina, después de que el gobierno del radical Alfonsín decidiera reconocer el italiano como principal lengua extranjera (a la par con la francesa y la inglesa) en el sistema escolar público, se pudo poner en funcionamiento el curso de formación de los docentes argentinos (más de un millar) mediante una fructuosa colaboración de los Ministerios italianos de Asuntos Exteriores y de Instrucción Pública, el Instituto de la Enciclopedia Italiana y el Ministerio argentino de la Educación.

La enseñanza del italiano en las escuelas extranjeras abre hoy grandes posibilidades para la difusión de la lengua, y permite con-

centrar la acción italiana en este campo en algunos sectores concretos, como los cursos de puesta al día de los profesores extranjeros, los lectorados en universidades extranjeras, la concesión de becas, o el abastecimiento de libros y material didáctico.

La dimensión de una cultura «étnica» italiana en el mundo

Mientras que los fenómenos de mantenimiento cultural de los emigrantes italianos en el extranjero y sus niveles de integración en las sociedades de acogida se han estudiado a menudo desde el punto de vista socio-económico, se ha hecho poco para verificar cuál ha sido la incidencia de las culturas de los inmigrados, e indirectamente de su país de origen, en el orden cultural y político de las sociedades de acogida. También por lo que se refiere a estos aspectos, surge la necesidad de distinguir entre los diferentes países y las ópticas específicas con que se examina el problema.

Hay que señalar en seguida que la cuestión específica de la difusión de la cultura italiana en el mundo no tiene necesariamente relación exclusiva con los procesos migratorios, ni agota de por sí la más vasta temática de la dimensión cultural de la presencia étnica. La circulación de las élites culturales y la difusión de los grandes modelos de pensamiento son aspectos bastante más complejos. Hay que señalar, sin embargo, que raramente se ha verificado un encuentro fecundo de culturas sin un movimiento de población, que añade de suyo las características de una experiencia popular y colectiva. Naturalmente, tratándose, en la emigración de masa, de gente con bajos niveles culturales y escolares, son más bien los modelos de la cultura material, por ejemplo la cocina o la arquitectura popular, los que se han transmitido y en cierta medida afirmado en los países de llegada gracias al proceso migratorio. Pero no hay que olvidar tampoco los valores culturales profundos, referentes a la visión de la familia, a los deberes éticos, o a los valores religiosos, que sobreviven durante mucho tiempo en la vida de los grupos étnicos.

Por lo que se refiere a la alta cultura, en casi todos los países ha existido también una emigración italiana de élite que comprendía una cierta cantidad de intelectuales, artistas, profesionales y técni-

cos. Pero raramente esta forma peculiar de flujo migratorio ha influido de manera determinante en los procesos de difusión cultural, ni ha interactuado significativamente con el resto de la colectividad italiana. En el terreno de las especificidades territoriales de los procesos culturales se registran conspicuas diferencias en el caso de Estados Unidos, en parte como reacción a los procesos de segregación y marginación iniciales. Allí el gradual nacimiento y afirmación de una cultura étnica en el período reciente se ha revelado capaz de desempeñar un papel nacional (e internacional) de primer plano, precisamente sobre la base de las características de identidad que la distinguen.

En América Latina, principalmente a causa de la mayor cercanía institucional y de estructuras sociales, culturales y religiosas entre italianos y población local, la aportación de los emigrantes ha sido más diluida, en cierto sentido «omnipresente», pero menos visible y autónoma, y esto a causa del más rápido e intenso proceso de inserción e integración de la presencia italiana en el conjunto de la sociedad de llegada.

En Argentina es opinión consolidada que a nivel cultural y político la colectividad italiana no consiguió expresar el mismo peso que tuvo en el terreno demográfico, social o económico. Por una parte, se puede citar una larga lista de personalidades de origen italiano que han contribuido en los diversos campos al desarrollo argentino a partir de la fundación de las disciplinas científicas en las universidades, sobre todo en la época del positivismo. Por otra, se pueden encontrar huellas conspicuas y difusas de los legados de la emigración italiana en el terreno de la cultura política: tras la oleada de difusión de la cultura del Resurgimiento, ligada a la presencia directa de los seguidores de Garibaldi y Mazzini, encontramos la influencia de la emigración socialista y anarquista de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, y más en general la contribución italiana al nacimiento del movimiento obrero, tanto de carácter católico como socialista. Es indudable, sin embargo, que ninguna obra literaria de relieve (excepto algunas de carácter científico) se ha escrito en italiano, ni se puede decir tampoco que contenidos o temáticas específicamente italianas o italoargentinas jueguen un papel dominante, o exclusivo, en la producción intelectual de los descendientes de italianos.

En Brasil la naturaleza de la producción cultural de los numerosísimos intelectuales de origen italiano ha estado igualmente poco ligada a las vicisitudes de la emigración o a la dimensión de la etnicidad, pero hay importantes excepciones, entre las que podemos citar el teatro obrero, bastante activo entre principios de siglo y 1920 con la difusión de los trabajos de inmigrantes socialmente comprometidos.

El reciente desarrollo, en los países de más allá del océano, de una producción cultural autónoma de los americanos de origen italiano, esencialmente pero no exclusivamente en las lenguas nacionales de tales países, que incorpora temas y experiencias ligadas a la experiencia migratoria o étnica, parece un fenómeno difuso, más frecuente y típico en los países anglosajones.

El caso de Estados Unidos es desde este punto de vista particularmente vistoso: se va de las representaciones cinematográficas de la experiencia italoamericana en sus varias facetas (Francis Ford Coppola, Martin Scorsese), a la narrativa (Mario Puzo, Jerre Mangione), a la crítica, al periodismo (Gay Talese, Nick Pileggi), siempre con una específica atención a la dimensión étnica. En Canadá (con Nino Ricci y un cualificado grupo de novelistas y poetas italocanadienses), por la naturaleza comparativamente reciente del fenómeno migratorio, también se empiezan a encontrar ahora frutos tan importantes como aquellos. Junto a la vivacidad de la cultura popular italocanadiense, se debe señalar la consolidada importancia de la alta cultura italiana y clásica, reforzada no sólo por el sistema del multiculturalismo, sino también por el mantenimiento de la cultura francesa y latina en Quebec.

Una forma más difundida y menos transitoria del fenómeno cultural, directamente ligada a la experiencia migratoria y étnica, viene dada por el impacto de estilos y técnicas arquitectónicas, cultas o populares, de procedencia italiana sobre los modos de construir, habitar y definir los espacios urbanos.

En Argentina muchos de los principales edificios públicos (el Congreso, la Casa Rosada, el Teatro Colón) fueron proyectados y construidos por italianos, lo mismo que en Chile (donde fueron proyectados por italianos el Palacio Presidencial, el Teatro Municipal de Santiago y el Palacio del Parlamento). Pero en Argentina como en Uruguay el legado determinante se revela como el trasplante de

una larga tradición, típicamente italiana, de definición de los espacios urbanos como ámbitos adecuados a la práctica de la vida comunitaria cotidiana, manteniendo al mismo tiempo, en parte a través de las soluciones tipológicas decorativas, caracteres distintivos e individualizadores para los diferentes edificios.

También en Brasil la influencia italiana en el terreno arquitectónico se ha manifestado tanto en el plano culto —con los ilustres ejemplos de los siglos XIX y XX de los palacios gubernativos de Río de Janeiro y São Paulo hasta el Museo de Arte Moderno de esta misma ciudad— como en la construcción de las casas rurales en el sur de Brasil y en los modelos de vivienda de los centros urbanos de São Paulo.

En la arquitectura popular de Canadá la dimensión étnica desempeña un papel directo y se percibe una influencia del estilo italiano en la intensa actividad de los empresarios italianos y de la expansión de la colectividad italiana en las grandes periferias urbanas. Sólo en la ciudad de Toronto y suburbios, con cerca de 600.000 italocanadienses en el conjunto del área de la provincia, barrios enteros asumen un aspecto italianizante, no sólo a causa de las numerosas tiendas y restaurantes, los carteles y los nombres utilizados, sino también por el estilo arquitectónico de las casas, las decoraciones externas, y la distribución y amplitud de los espacios.

En Venezuela se encuentran huellas de la influencia italiana tanto en la arquitectura popular como en la culta, incluso en la contemporánea, de las zonas urbanas y suburbanas, llevada a cabo en gran parte por constructores y artesanos inmigrados u oriundos a partir de 1950.

Naturalmente, el análisis de la aportación de otros valores culturales, además de la cultura material, nos lleva a un discurso mucho más complejo que no puede sino confirmar el intercambio activo y profundo con las vivencias del mundo occidental. Sus horizontes se han hecho más ricos y variados gracias a la contribución de las comunidades emigrantes que en los legados culturales han proyectado su herencia más preciada.

Lo que caracteriza la experiencia de la emigración italiana es, por una parte, su amplitud y, por otra, su capacidad de funcionar como elemento de integración. Por lo que se refiere al primer aspecto, hay que tener en cuenta su larga duración, sus consistentes di-

mensiones (26 millones en un siglo), y las repercusiones culturales y sociales de sus vivencias familiares. Una reciente encuesta del instituto italiano de opinión Doxa (de diciembre de 1990) ha constatado la amplitud de los vínculos entre las familias italianas y los emigrados. Casi 31 millones de italianos declararon que tenían parientes o amigos en el extranjero, de los que 13 millones eran miembros de la familia, 11 millones parientes lejanos y 7 millones amigos. La mayoría del país, pues, prolonga fuera del territorio nacional sus articulaciones, conocimientos y vínculos afectivos.

Por lo que se refiere a la función integradora de la emigración hay que observar que ésta ha constituido un gran proceso colectivo de aprendizaje y de ampliación de los propios horizontes culturales, en relación con otras civilizaciones, experiencias de trabajo y momentos de elaboración social y política.

La identidad italiana es una identidad multiforme, bastante compleja, resultado de una historia de muchos siglos rica en encuentros entre razas y culturas diferentes. La coexistencia de la diversidad y la pluralidad de las culturas ha constituido, en cierta medida, un signo distintivo de la identidad italiana, aun antes de ser nación. Las diferentes identidades y patrias se pueden entonces encontrar en una patria más grande y en una conciencia universalista. La historia de las comunidades italianas en el extranjero es ya una historia paralela e interrelacionada con la de Italia en la época contemporánea; aún más, es una historia que constituye la verdadera parte de su imagen en las otras naciones, la huella íntima de un pueblo rico en tradiciones y valores.

[illegible]

APÉNDICES

MICROBIOGRAFÍAS

Luigi Andreoni, Vercelli, 1853-Montevideo, 1936. Arquitecto, fue durante casi medio siglo el más conocido realizador en la capital de Uruguay, en la que construyó obras portuarias y los más distinguidos edificios (la estación ferroviaria, el palacio Buxareo, el Banco y el Hospital de Italia, etc.). También ejerció la docencia en la Universidad de Montevideo.

Peter Bosa, Treviso, 1927. Emigrado a Canadá en 1948, se integró rápidamente. Participó en política, primero en York (Ontario) y posteriormente en Toronto. Fue elegido en 1976 presidente del Consejo Consultivo del Multiculturalismo y nombrado secretario del ministro de Inmigración. Es senador federal desde 1977.

Carletto Caccia, Milán, 1930. Licenciado en Ciencias Agrarias, emigró a Canadá en 1955. Trabajó como experto agrícola y en editoriales, y se comprometió con el Partido Liberal en política. Concejal en Toronto, 1964, y diputado en la Cámara de Representantes desde 1968, es el primer italiano que ha recibido un cargo en el gobierno federal: ministro de Trabajo en 1981.

Basilio Cittadini, Pilzone, 1843-Buenos Aires, 1928. Patriota y periodista republicano, se fue a la República Argentina en 1867. En 1871 fundó el periódico *L'Operaio Italiano* y, en 1876, *La Patria Italiana;* posteriormente dirijió el diario *La Patria degli Italiani.* Fue el periodista más representativo de la comunidad nacional en el Plata.

Federico Costa, Rapallo, 1893-Santiago de Chile, 1955. Emigrado muy niño a Chile, destacó en la producción de dulces. Suya fue la gran fábrica de alimentos construida en Valparaíso en 1907. Ayudó a promover la sociedad Carozzi especializada en fideos y a la creación del Banco Italiano. De las tres sociedades fue presidente durante mucho tiempo.

Enrico dall'Acqua, Abbiategrasso, 1851-Milán, 1910. Empresario manufacturero, participó en la creación de nuevas rutas comerciales. En 1889

creó la primera compañía de exportación a América y posteriormente fábricas en Argentina, Brasil, Uruguay, Venezuela y los países andinos. Por su actividad fue llamado «el príncipe mercante».

Alberto Maria de Agostini, Pollone, 1883-Turín, 1960. Fue uno de los muchos salesianos que destacaron en las exploraciones geográficas y etnográficas. Recorrió los Andes meridionales y desde 1922 exploró la Tierra de Fuego. Narró sus viajes e investigaciones científicas en numerosos volúmenes.

Stefano dell'Orto, Menaggio, 1882-Santiago de Chile, 1949. Siguió las huellas de su hermano, creador en 1875 de un pequeño taller vidriero en la capital chilena. Consiguió multiplicar la actividad añadiendo a ésta la importación de cerámica y porcelana de Italia. Desde 1913 proporcionó cristales y losas para los más importantes edificios de Santiago.

Antonio Devoto, Lavagna, 1840-Buenos Aires, 1916. En la República Argentina tuvo éxito en los negocios inmobiliarios y mercantiles. Estuvo entre los fundadores del Banco de Italia y Río de la Plata y fue su presidente durante un largo período. Uno de los prohombres más influyentes de la comunidad nacional, destacó también por su filantropía (viviendas populares en Villa Devoto, etc.).

Gino Germani, Roma, 1911-Roma, 1979. Licenciado en Ciencias Económicas en Italia, completó su formación en Buenos Aires desde 1936. Ejerció allí la docencia y contribuyó de manera decisiva a propagar la sociología en los países del Plata. Después del golpe militar de 1966 se fue a enseñar a Harvard. Regresó a Italia en 1976.

Amedeo P. Giannini, San José, 1870-San Francisco, 1949. Hijo de genoveses emigrados en California, ejerció actividades agrícolas, inmobiliarias y, desde 1901, financieras. En 1904 fundó el Bank of Italy, que se desarrolló proporcionando créditos a los emigrantes y a la reconstrucción de San Francisco después del terremoto de 1906. Su banco en 1926 era el tercero del país; sucesivas transformaciones permitieron al Bank of America National Trust and Savings Association ser el más poderoso banco privado del mundo.

Giuseppe Guazzone, Alessandria, 1854-S. Giuliano Nuovo, 1935. Emigrado a Argentina, se dedicó a la actividad agrícola. Consiguió enriquecerse tanto que fue conocido como «el rey del trigo». Al volver a Italia fue nombrado conde de Passalacqua por sus obras beneméritas.

Dan Iannuzzi, Montreal, 1934. Hijo de italianos, experto en márketing y comunicaciones, es productor de los programas multiculturales de la City-TV; presidente de la Multilingual Television de la Cadena 47 de Toronto, que transmite en diez lenguas; presidente del consejo de ad-

ministración del *Corriere Canadese,* fundado por él mismo en 1954 y que es el diario más importante de la comunidad italiana en Canadá.

Fiorello H. La Guardia, Nueva York, 1882-1947. Hijo de inmigrados, entró en política con el partido republicano. Fue diputado federal por el distrito de Manhattan de 1916 a 1932 y alcalde de Nueva York de 1933 a 1945. Reformó la administración ciudadana y promovió la asistencia social. Compartió el *New Deal* del presidente Franklin D. Roosevelt y durante la guerra hizo propaganda radiofónica contra el fascismo.

Geremia Lunardelli, Mansuè, 1885-São Paulo, 1962. Emigrado muy joven a Brasil, trabajó como colono en una *fazenda* de café paulista. Pronto creó una pequeña empresa agro-mercantil y en pocas décadas llegó a ser uno de los más importantes productores brasileños: en 1927 una asamblea de agricultores le eligió «rey del café». Posteriormente amplió el radio de sus negocios a otros sectores.

Francesco Matarazzo, Castellabate, 1854-São Paulo, 1937. Llegado a la región brasileña de São Paulo, realizó afortunadas iniciativas mercantiles y manufactureras. A finales de siglo se le conocía como «el príncipe industrial de Brasil»; poco después la Industrie Riunite F. Matarazzo y la Metallurgica Matarazzo agrupaban a más de 300 empresas industriales.

CRONOLOGÍA

1492-1531 *América.* Viajes de Colón, Vespucio, Caboto, Verazzano.
1525 *Italia.* Hegemonía española en gran parte de la península.
1556 *Italia.* Gran colección de viajes al Nuevo Mundo en el tercer volumen de las *Navigationi et Viaggi* del veneciano Giovanni Battista Ramusio.
1561 *Brasil.* Llegan los primeros jesuitas italianos.
1572 *América.*Expediciones marítimas impulsadas por los Médicis.
1594-1596 *América.* Viajes de Francesco Carletti.
1603-1631 *Paraguay.* Ayuda del cardenal Federico Borromeo a las reducciones de los jesuitas.
1621-1625 *Virginia.* Artesanos venecianos en la colonia inglesa.
1626 *Italia.* Traducción en Venecia de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas.
1625-1640 *Brasil.* Tropas napolitanas contra los holandeses.
1642-1649 *Canadá.* Estancia del jesuita Giuseppe Bressani entre los hurones.
1697-1698 *Nueva España.* Viaje de Giovanni Francesco Gemelli Careri.
1700 *Italia.* El cambio de dinastía en España y las siguientes mutaciones territoriales reducen el poderío hispánico en la península.
1711-1719 *Perú.* El príncipe napolitano Carmine Nicola Caracciolo, virrey del Perú.
1736-1744 *Nueva España.* Estancia de Lorenzo Boturini Benaduci.
1749-1767 *Venezuela.* Actividades en el Orinoco del jesuita Filippo Salvatore Gilij.
1767 *Italia.* Llegada de los jesuitas expulsados del Nuevo Mundo: su compromiso en favor de América.
1773 *Norteamérica.* Comienzo de la estancia de Filippo Mazzei en Virginia: él y otros italianos apoyan la independencia de Estados Unidos.

1789-1794 *América.* Exploraciones marítimas de Alejandro Malaspina.
1796 *Italia.* Primera invasión de las tropas revolucionarias francesas y, sucesivamente, comienzo del período napoleónico.
1805 *Estados Unidos.* Lorenzo da Ponte llega a Nueva York.
Italia. Visita de Simón Bolívar.
1815 *Italia.* Fin del período napoleónico. El Congreso de Viena realiza una nueva división territorial y sanciona el dominio austríaco en la península.
Estados Unidos. El jesuita Giovanni Grassi, presidente de la católica Georgetown University.
1816 *Hispanoamérica.*Aumenta la participación de militares italianos en la lucha por la independencia de los criollos.
1820-1821 *Italia.* Primeras conjuraciones patrióticas.
1823 *Norteamérica.* Comienzo de los viajes de Constantino Beltrami por el Mississippi, Haití y México.
1826 *Brasil.*El Reino de las Dos Sicilias reconoce diplomáticamente al imperio brasileño.
1826-1859 *Venezuela y Colombia.* Segunda estancia de Agostino Codazzi y su actividad como geógrafo.
1827 *Estados Unidos.* Giuseppe Rosati, obispo de San Louis (Missouri).
1833 *América.* El Imperio Austríaco y algunos estados italianos empiezan a deportar a algunos patriotas a las Américas.
1834 *Brasil.* El Reino de Cerdeña abre una legalización en Río de Janeiro.
1835 *Cuba.* Antonio Meucci, director de escena en el Teatro Tacón.
1836 *Sudamérica.* Legaciones sardas en Buenos Aires y Montevideo. Giuseppe Garibaldi empieza su actividad revolucionaria y militar luchando primero en Río Grande do Sul y posteriormente en la Banda Oriental del Uruguay.
1838 *Estados Unidos.* El músico Filippo Traetta crea el conservatorio de Boston.
1838-1846 *Estados Unidos.* Pleno establecimiento de relaciones diplomáticas del gobierno de Washington con el Reino de Cerdeña y el Reino de las Dos Sicilias.
1843 *Brasil.* Enlaces matrimoniales de los Braganza brasileños con los Borbones de Nápoles.
1848-1849 *Italia.* Insurrecciones, primera guerra de independencia y República Romana. Nueva oleada de prófugos a América.
1850 *Estados Unidos.* Primera estancia de Garibaldi en Nueva York.
1850 *Perú.* Comienzo de la obra geográfica y etnográfica de Antonio Raimondi.
1852-1860 *Sudamérica.* Provechosa misión diplomática de Marcello Cerruti en Brasil y en el Plata.

1854 *Argentina.* Gian Battista Cúneo publica el periódico *L'Italiano.*
1855 *Estados Unidos.* Constantino Brumidi pinta los frescos en el Congreso de Washington.
1858 *Argentina.* Fundación en Buenos Aires de la sociedad de socorro mutuo Unione e Benevolenza.
1859 *Italia.* Segunda guerra de independencia contra Austria.
1860 *Italia.* Garibaldi conquista el Reino de las Dos Sicilias.
Argentina. Fundación en Buenos Aires de la monárquica Società Nazionale Italiana.
1861 *Italia.* Después de una serie de anexiones, el Reino de Cerdeña se transforma en Reino de Italia. Rápido reconocimiento del cambio por los gobiernos de Estados Unidos, México y otros países americanos.
1861-1865 *Estados Unidos.* Algunos italianos participan en la Guerra de Secesión; apoyo del gobierno de Turín a los unionistas.
1863-1867 *México.*Reconocimiento italiano del Imperio de Maximiliano de Habsburgo.
1866 *Italia.* Tercera guerra de independencia y anexión del Véneto.
1870 *Italia.* Toma de Roma: conclusión del Risorgimento.
1872 *Argentina.* Buenos Aires, fundación del Banco de Italia y Río de la Plata e inauguración del Hospital Italiano.
1875 *Brasil.* Empieza la colonización italiana en Río Grande do Sul (Nova Milano, Caxias).
1876 *Argentina.* Nace el diario *La Patria;* posteriormente, *La Patria degli Italiani.*
1880 *Estados Unidos.* En Nueva York, Carlo Barsoti crea el diario *Il Progresso;* posteriormente, *Il Progresso Italo-Americano.*
1882 *Italia.* Creación de la Triple Alianza con Alemania y Austria-Hungría. Comienzo de la expansión colonial en África.
1883 *Argentina.* Los salesianos construyen la iglesia de San Juan Evangelista en el barrio de La Boca, en Buenos Aires.
1887 *Estados Unidos.* Francis B. Spinola, primer diputado italoamericano elegido en Nueva York.
1888 *Italia.* Primera ley que regula la emigración.
1889 *Estados Unidos.* Santa Francesca S. Cabrini abre en Nueva York un orfanato para los niños italianos.
1891 *Estados Unidos.* Los padres de la congregación de Scalabrini crean en Nueva York la sociedad de patronato S. Raffaele.
Estados Unidos. Matanza de italianos en Nueva Orleans.
Brasil. Máxima afluencia de italianos; fundación del diario *Il Fanfulla* en São Paulo.
Argentina. Congreso de las sociedades italianas.

1895 *Estados Unidos.* Anthony Caminetti elegido diputado en California.
Cuba. Algunos republicanos italianos luchan a favor de la independencia de la isla.
1896 *Argentina.* Fundación en Buenos Aires de la sociedad de cultura Dante Alighieri.
1901 *Italia.* Nueva ley sobre emigración y creación del Commissariato Generale dell'Emigrazione.
1902 *Italia.* El gobierno de Roma suspende la emigración a Brasil. Intervención armada en el bloqueo de Venezuela.
1904 *Estados Unidos.* Amedeo P. Giannini crea el Bank of Italy en California.
1906 *Argentina.* Los salesianos fundan el Segretariato del Popolo per gli Emigranti.
Estados Unidos. Amedeo Obici, conocido como «el rey de los cacahuetes», constituye en Virginia la empresa Planters Peanuts.
1908 *Estados Unidos.* Arturo Toscanini abre la temporada lírica en el Metropolitan Opera House de Nueva York; Giulio Gatti-Casazza dirige el mismo teatro.
1911 *Argentina.* Nuevo Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires.
Italia. Guerra contra Turquía y anexión de Libia.
1913 *Italia.* Año de la mayor emigración nacional. Primeras elecciones con sufragio universal masculino.
1915-1918 *Italia.* El país participa en la Primera Guerra Mundial. Anexiones en la frontera oriental.
1916 *Estados Unidos.* Fiorello La Guardia elegido en el Congreso Federal.
1921 *Brasil.* Nuevo acuerdo de emigración entre los gobiernos de Roma y Río de Janeiro.
1922 *Italia.* Benito Mussolini, jefe de gobierno.
1924 *Estados Unidos.* Restricciones a la emigración.
1925 *Canadá.* Constitución del primer *fascio* entre la comunidad emigrada.
1926 *Estados Unidos.* Muerte del actor Rodolfo Valentino.
1927 *Estados Unidos.* Condena a muerte de los anarquistas Sacco y Vanzetti.
1929 *Italia.* Los Pactos de Letrán cierran la «cuestión romana» y recatolizan oficialmente a Italia.
Estados Unidos. La Lictor Federation sustituye a la Fascist League of North America.
1933 *Estados Unidos.* Fiorello La Guardia elegido alcalde de Nueva York.
1936 *Italia.* Conquista de Etiopía y proclamación del Imperio. Formación del Eje con Alemania. Participación en la Guerra Civil española.
Estados Unidos. Matthew T. Abbruzzo, primer juez federal de origen italiano. Joe Di Maggio, campeón de béisbol.

1938 *Italia.* Ley de discriminación contra los ciudadanos de origen israelí. Emigración de muchos de éstos a América, entre ellos Enrico Fermi, Premio Nobel de Física y posteriormente uno de los creadores de la bomba atómica en Estados Unidos.
1940 *Italia.* Pacto Tripartito con Alemania y Japón; entrada en el segundo conflicto mundial.
1941-1942 *Italia.* Estado de guerra con Estados Unidos y algunas repúblicas latinoamericanas; ruptura de las relaciones con casi todos los demás Estados del continente.
1943 *Italia.* Invasión del territorio nacional, destitución de Mussolini y armisticio con los aliados; comienza la Guerra Civil.
1944-1945 *Italia.* El gobierno monárquico de Roma reanuda las relaciones diplomáticas con América Latina.
1945 *Estados Unidos.* John Pastore elegido gobernador de Rhode Island.
1946 *Italia.* Tratado de paz, referéndum (votan también las mujeres) y proclamación de la República.
Estados Unidos. El presidente Harry Truman nombra a Michael Musmanno, el antiguo abogado de Sacco y Vanzetti, presidente del Tribunal de Nüremberg contra los crímenes de los nazis.
América Latina. Muchas repúblicas del continente apoyan a Italia en la ONU.
1947 *Estados Unidos.* Viaje político-económico del jefe de gobierno Alcide De Gasperi.
Argentina. Primer tratado de emigración entre los gobiernos de Roma y Buenos Aires.
1948-1949 *Italia.* Derrota electoral de la izquierda. Adhesión al Pacto Atlántico y creación de la OTAN. Firma de tratados de amistad con varios Estados latinoamericanos.
1950 *Estados Unidos.* Vincent Impellitteri, alcalde de Nueva York.
1952 *Estados Unidos.* Rocky Marciano campeón de boxeo.
1955 *Italia.* Admisión en la ONU.
1958 *Venezuela.* Algunos desórdenes contra la comunidad italiana.
Brasil. Giovanni Gronchi efectúa la primera visita de un jefe de Estado italiano a América Latina.
1961 *Estados Unidos.* John A. Volpe, gobernador de Massachusetts.
1962 *Estados Unidos.* El presidente John F. Kennedy nombra a Anthony Celebrezze ministro de Salud y Educación Pública.
1966 *Italia.* Creación en Roma del Instituto Italo-Latino Americano (IILA).
1970 *Estados Unidos.* Manifestaciones de los italoamericanos en Nueva York en relación con la mafia.

1971 *Argentina.* Acuerdo entre los gobiernos de Roma y Buenos Aires que permite la doble ciudadanía.

Estados Unidos. Richard Nixon nombra a John A. Volpe ministro del Transporte.

1973 *Chile.* Movilización del gobierno de Roma y de los partidos italianos en favor de los políticos de Unidad Popular perseguidos por los militares.

Estados Unidos. El juez federal John Sirica dirige el juicio del «escándalo Watergate», que llevaría el año siguiente a la dimisión del presidente Richard Nixon.

1974 *Canadá.* Creación en Toronto del Congreso Nazionale degli Italo-Canadesi.

1975 *Italia.* En Roma, primera Conferencia Nacional sobre la Emigración.

1983 *Estados Unidos.* Mario M. Cuomo es elegido gobernador del Estado de Nueva York.

1988 *Italia.* En Roma, segunda Conferencia Nacional sobre la Emigración.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

No existe un libro que estudie exhaustivamente el tema de las relaciones entre Italia y las dos Américas. Hay monografías parciales que se refieren a aspectos relacionados con un período, con este o aquel antiguo Estado italiano, con una u otra área del Nuevo Mundo (la mayoría de los estudios nacionales tienen como objeto a los Estados Unidos). Los volúmenes más valiosos son:

R. Romeo, *Le scoperte americane nella coscienza italiana del Cinquecento*, Roma-Bari, 1989, 1.ª ed., 1954, estudio pionero sobre el tema, limitado a los mitos y acontecimientos del siglo XVI; la edición de 1989 recoge también el interesante ensayo *Le fonti gesuitiche e l'utopia politica italiana nella seconda metá del secolo XVI.*

A. Gerbi, *La disputa del Nuovo Mondo. Storia di una polemica: 1750-1900*, Milán-Nápoles, 1983, 2.ª ed., obra eruditísima (existe también una traducción al castellano, México, 1960) en la que se reseñan las posturas de un gran número de autores italianos en relación con América.

F. Ambrosini, *America e colonialismo europeo nella cultura veneziana (secoli XVI-XVII)*, Venecia, 1982, estudio exhaustivo sobre la percepción veneciana del Nuevo Mundo en los dos primeros siglos.

P. del Negro, *Il mito americano nella Venezia del Settecento*, Padua, 1986, 2.ª ed., complementa al estudio anterior para la siguiente centuria.

L. Olschki, *Storia letteraria delle scoperte geografiche. Studi e ricerche*, Florencia, 1937, obra general que presta buena atención al tema americano.

Un gran avance en el conocimiento del tema, relativo al mundo iberoamericano, lo ha supuesto el proyecto «Italia-America Latina» del Consiglio Nazionale delle Ricerche Italiano, dirigido por Giuseppe Bellini, que en la última década ha promocionado importantes estudios. Las investigaciones

han sido difundidas en volúmenes que incluyen la reedición de antiguos textos y en ensayos aparecidos en actas de congresos y en revistas. Véanse,antes de todo, las actas de los congresos que se han desarrollado, respectivamente, en Venecia, Milán y Nápoles: A. Caracciolo Aricó (coord.), *L'impatto della scoperta dell'America nella cultura veneziana*, Venecia, 1990; G. Bellini (coord.), *L'America tra reale e meraviglioso. Scopritori, cronisti, viaggiatori*, Roma, 1990; G. B. de Cesare (coord.), *Il Nuovo Mondo tra storia e invenzione. L'Italia e Napoli*, Roma, 1990. Es inminente la publicación de las actas de los análogos congresos celebrados en Siena, Génova, Mesina y, nuevamente, Venecia, entre 1990 y 1992.

Otras piezas del interés italiano hacia el hemisferio occidental se encuentran en los tres números aparecidos hasta el día de la publicación *Temi colombiani*, Roma, 1988, 1989 y 1991. Otra publicación periódica de temática más amplia, pero en la que se encuentran muchas contribuciones sobre los viajes italianos al Nuevo Mundo, es la dirigida por Francesco Surdich desde 1975 y que sigue publicándose casi anualmente: *Miscellanea di storia delle esplorazioni*, Génova. Sobre los temas literarios es fundamental el libro de G. Bellini, *Storia delle relazioni letterarie tra l'Italia e l'America di lingua spagnola*, Milán, 1982, 2.ª ed., y, sobre los aspectos lingüísticos del italiano en Iberoamérica (lunfardo, cocoliche, etc.); G. Meo Zilio, *Estudios hispanoamericanos. Temas lingüísticos*, Roma, 1989. Una serie de interesantes ensayos, de diferente valor pero bastante ilustrativos, se encuentran también en el volumen colectivo *Storie di Viaggiatori italiani. Le Americhe*, Milán, 1987.

No escasean los estudios relativos a las relaciones entre Italia y los Estados Unidos. Sobre el período más antiguo, desde los descubridores hasta la mitad del siglo XIX, todavía no se ha superado el libro de G. E. Schiavo, *The Italians in America before the Civil War*, Nueva York, 1975, 1.ª ed., 1934. De las muchas publicaciones de A. F. Rolle, existe una visión sintética en el volumen *The American Italians: Their History and Culture*, Belmont, 1972. Más problemático es el libro del mismo autor *The Italian Americans. Troubled Roots*, Nueva York, 1980. Podemos encontrar una reseña actualizada en los más diferentes campos de actividad en P. di Franco, *The Italian American Experience*, Nueva York, 1988. Más volcados hacia los aspectos culturales son: A. La Piana, *La cultura americana e l'Italia*, Turín, 1938; D. Visconti, *Le origini degli Stati Uniti d'America e l'Italia*, Roma, 1940; A. F. Guidi, *Relazioni culturali fra Italia e Stati Uniti d'America*, Roma, 1940; A. J. Torrieli, *Italian Opinion on America as revealed by Italian travelers, 1850-1900*, Cambridge (Mass.), 1941. Particularmente valioso para las relaciones político-diplomáticas es H. R. Marraro, *Relazioni fra l'Italia e gli Stati Uniti*, Roma, 1954. Abundantes y más recientes contribuciones se encuentran en tres volúmenes misceláneos: *Italia e America dal Settecento all'età dell'imperialismo*,

Venecia, 1976; *Italia e America dalla Grande Guerra ad oggi*, Venecia, 1976; *Italia e Stati Uniti dall'indipendenza americana ad oggi (1776-1976)*, Génova, 1978. Una interesante visión de conjunto es la de H. S. Nelli, *The United States and Italy. The first two hundred years*, Nueva York, 1977.

Con relación a Canadá, hay un panorama general en R. F. Harney, *Dalla frontiera alle Little Italies. Gli italiani in Canada. 1800-1945*, Roma, 1984; también se encuentran contribuciones sobre los dos siglos anteriores en L. Codignola (coord.), *Canadiana. Storia e storiografia canadese*, Venecia, 1979, y L. Codignola (coord.), *Canadiana. Problemi di storia canadese*, Venecia, 1983.

Todas las publicaciones arriba reseñadas se han revelado muy valiosas para la redacción de la primera parte del presente volumen. Sin embargo, como los temas son diversísimos, ha sido necesario acudir a una serie de monografías y estudios biográficos, los cuales, por su abundancia, es imposible recordar de manera completa. Se sugieren, pues, para cada apartado cronológico, sólo algunos títulos.

De 1492 a finales del siglo XVI

Muy reciente es la valiosa obra colectiva de P. Collo-P. L. Crovetto (coord.), *Nuovo Mondo. Gli Italiani 1492-1565*, Turín, 1991, que comprende también una larga selección antológica. Para el coleccionismo toscano, D. Heikamp, *Mexico and the Medicis*, Florencia, 1972. Parte de las relaciones de la diplomacia veneciana está recogida en los numerosos volúmenes de E. Alberi, *Relazioni degli ambasciatori veneti al Senato nel secolo XVI*, Florencia, 1861 y sig. En fin, sobre los epítomes histórico-geográficos, A. Albònico, *Il mondo americano di Giovanni Botero. Con una selezione dalle Epistolae e dalle Relationi Universali*, Roma, 1990.

Siglo XVII

A. Albònico, *Il cardinal Federico «americanista»*, Roma, 1990.

M. Batllori, «Las ideas de Las Casas en la Italia del siglo XVII. Turín y Venecia, centros de su difusión», ahora en *id.*, *Del descubrimiento a la Independencia. Estudios sobre Iberoamérica y Filipinas*, Caracas, 1979, 41-63.

G. Doria, «I soldati napoletani nelle guerre del Brasile contro gli olandesi, 1625-1641», publicado en Nápoles en 1932 y vuelto a editar, como apéndice, en el volumen del mismo autor, *Storia dell'America Latina (Argentina e Brasile)*, Milán, 1937.

Siglo xviii

M. Batllori, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. Españoles-hispanoamericanos-filipinos. 1767-1814*, Madrid, 1966.
P. Scarano, «Un principe napolitano viceré del Perù, Carmine Niccolò Caracciolo di Santo Buono», *Atti dell'Accademia di Scienze Morali e Politiche della Società Nazionale di Scienze, Lettere e Arti di Napoli*, 1964, 309-359.
P. del Negro, «Le relazioni storiche tra l'Italia e il Canada nell'età moderna», *Il Veltro*, 1985, 53-71.
A. Albònico, *Delle Lettere Americane di Gian Rinaldo Carli*, Roma, 1988.

Siglo xix

«Rivoluzione Bolivariana. Prospettive italiane», en *Quaderni Latinoamericani*, vols. IX y X, Sásari. Estos volúmenes examinan detalladamente, a través de varios ensayos, los efectos y comentarios producidos en Italia por la emancipación de las tierras ultramarinas de España:

A. Filippi (coord.), *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía, Siglo xix*, vol. I, Caracas, 1986. En su parte italiana, este trabajo presenta un análisis similar al de la obra anterior.
P. Scarano, «Rapporti politici, economici e sociali tra il Regno delle Due Sicilie ed il Brasile (1815-1860)», *Archivo storico per le provincie napoletane*, 1956, 289-314; 1957, 303-330; 1958, 231-262; 1959, 353-373.
E. Lodolini, «L'esilio in Brasile dei detenuti politici romani (1837), *Rassegna Storica del Risorgimento*, LXV, 1978, 131-171.
S. Candido, «L'emigrazione politica e di élite nelle Americhe (1810-1860)».
F. Assante (coord.), *Il movimento migratorio italiano dall'Unità nazionale ai giorni nostri*, Ginebra, 1978, vol. I, 113-150.
A. Albònico, «Las relaciones diplomáticas italo-mexicanas (1861-1880)», *Studi di letteratura ispano-americana*, 12, 1982, pp. 113-128.
J. Oddone, *Una perspectiva europea del Uruguay. Los informes diplomáticos y consulares italianos, 1862-1914*, Montevideo, 1965.

Para la opinión de los Estados Unidos:

H. R. Marraro, *American opinion on the unification of Italy, 1846-1861*, Nueva York, 1969.
—, *Diplomatic relations between the United States and the Kingdom of the Two Sicilies: instructions and despatches, 1816-1861*, Nueva York, 1951-1952.

Sin embargo, la fuente príncipe para las relaciones desde 1861 entre Italia y los Estados americanos sigue siendo la siguiente colección, todavía no completa:

Ministero degli Affari Esteri, *I Documenti Diplomatici Italiani*, Roma, 1952 y sigs.

A pesar de ser el del Vaticano un tema sólo tratado de pasada en la presente obra, pueden señalarse:

L. Bruti Liberati, *La Santa Sede e le origini dell'impero americano: la guerra del 1898*, Milán, 1984.
A. Albònico, «La diplomazia vaticana tra Brasile monarchico e Brasile repubblicano (1888-1890), *Nuova Rivista Storica*, LXIV, 1980, 565-605.

Sobre el movimiento obrero y la actividad política de los emigrados (también el contraste entre fascismo-antifascismo), son numerosos los trabajos:

B. Bezza (coord.), *Gli italiani fuori d'Italia. Gli emigrati italiani nel movimenti operai dei paesi d'adozione (1880-1940)*, Milán, 1983.

SIGLO XX

M. Vernassa, *Emigrazione, diplomazia e cannoniere. L'intervento italiano in Venezuela (1902-1903)*, Liorna, 1980.

De entre los muchos estudios dedicados a las relaciones con Estados Unidos durante el período fascista:

G. Salvemini, *Italian fascist activities in the United States*, Nueva York, 1977.
J. P. Diggins, *Mussolini and fascism. The View from America*, Princeton, 1972, traducción italiana, Bari, 1972.
G. G. Migone, *Gli Stati Uniti e il fascismo. Alle origini dell'egemonia americana in Italia*, Milán, 1980; este volumen hace hincapié en las relaciones económicas.
C. Damiani, *Mussolini e gli Stati Uniti 1922-1935*, Bolonia, 1980.
J. Iorizzo-S. Mondello, *The Italian-Americans*, Nueva York, 1971, 193-208, un sagaz resumen del favor con que los norteamericanos vieron al *Duce* y de las actividades de fascistas y antifascistas.

Por el contrario, falta todavía una obra de conjunto capaz de presentar cabalmente el tema del impacto del fascismo mussoliniano en Latinoamérica y sólo hay estudios parciales:

M. Mugnaini, «L'Italia e L'America Latina (1930-1936): alcuni aspetti della politica estera fascista», *Storia delle Relazioni Internazionali*, 2, 1986, 199-244.
M. Toscano, «Il fascismo e L'Estado Novo».
R. de Felice (coord.), *L'emigrazione italiana in Brasile. 1800-1978*, Turín, 1980, 235-270.
A. Trento, «Relações entre fascismo e integralismo: o ponto-de-vista do Ministério dos Negócios Estrangeiros italiano», *Ciência e Cultura*, 12, 1982, 1601-1613.
A. Albònico, «Immagine e destino delle comunità italiane in America Latina attraverso la stampa fascista deli anni '30», *Studi Emigrazione*, 65, 1982, 41-51 (ahora también recogido en A. Albònico, *L'America Latina e l'Italia*, Roma, 1984, publicación que presenta ulteriores ensayos sobre temas culturales y políticos del siglo XX y de las centurias anteriores).
A. Albònico, «Italia y Argentina, 1943-1955: política, emigración e información periodística», *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 3-1, 1992, 41-57.

Otros ensayos útiles están incluidos en la obra colectiva ya citada:

B. Bezza (cur.), *Gli italiani fuori d'Italia.*

Por lo que se refiere al país americano más septentrional:

L. Bruti Liberati, *Il Canada, l'Italia e il fascismo (1919-1945)*, Roma, 1948.

De la ayuda latinoamericana a Italia en la ONU hay algunas noticias en:

G. L. Rossi, *L'Africa italiana verso l'indipendenza (1941-1949)*, Milán, 1980.

Sobre la actividad diplomática italiana hacia Latinoamérica después de la Segunda Guerra Mundial, parece que existe solamente un estudio:

A. Albònico, «Un'alleanza subìta più che desiderata. Gli Stati latinoamericani e la formazione del Patto Atlantico».
B. Vigezzi (coord.), *La dimensione atlantica e le relazioni internazionali nel dopoguerra (1947-1949)*, Milán, 1987, 351-396.
—, «Non vogliamo essere coinvolti. L'opposizione latinoamericana all'integracione politico-militare nel primo decennio dell'alleanza atlantica», *Nuova Rivista Storica*, LXXI, 1987, 329-338.
—, «Hispanidad e religione in America Latina. Una singolare valutazione della diplomazia italiana».

G. Bellini (coord.), *Studi di iberistica in memoria di Alberto Boscolo*, Roma, 1989, 7-26.

* * *

Imponente es la bibliografía sobre la emigración realizada por estudiosos tanto italianos como de los países americanos. Se señalan a continuación, pues, las contribuciones más importantes, divididas por temas y áreas.

ESTUDIOS DE CONJUNTO

Se encuentran valiosos marcos estadísticos y valoraciones generales en G. Rosoli (coord.), *Un secolo di emigrazione italiana: 1876-1976*, Roma, 1978; Z. Ciuffoletti-M. degl'Inocenti, *L'emigrazione nella storia d'Italia. 1868-1975. Storia e documenti*, Florencia, 1978, 2 vols.; esta obra contiene también una selección de textos políticos y parlamentarios; E. Sori, *L'emigrazione italiana dall'Unità alla Seconda Guerra Mondiale*, Bolonia, 1979; Centro Studi Emigrazione, *Profilo statistico dell'emigrazione italiana nell'ultimo quarantennio*, Roma, 1988.

OTRAS OBRAS DE REFERENCIA

Imprescindibles sobre las discusiones producidas por el fenómeno migratorio son F. Manzotti, *La polemica sull'emigrazione nell'Italia unita*, Milán, 1962, y G. Dore, *La democrazia italiana e l'emigrazione in America*, Brescia, 1964.

Para la asistencia religiosa y social proporcionada por los católicos: P. V. Cannistraro-G. Rosoli, *Emigrazione, Chiesa e fascismo. Lo scioglimento dell'Opera Bonomelli (1922-1928)*, Roma, 1979. Es interesante el número monográfico de la revista *Studio Emigrazione*, 66, 1982, dedicado a «Chiesa ed emigrazione italiana tra '800 e '900». M. Francesconi, *G. B. Scalabrini vescovo di Piacenza e degli emigrati*, Roma, 1985. G. Tassello-L. Favero, *Chiesa e mobilità umana. Documenti della Santa Sede dal 1883 al 1983*, Roma, 1985. G. Rosoli (coord.), *Scalabrini tra vecchio e nuovo mondo. Atti del convegno,* Piacenza, 1987, Roma, 1989. N. T. Auza-L. Favero, *Iglesia e inmigración*, Buenos Aires, 1991.

Tocan varios aspectos —jurídicos, sociales, culturales, diplomáticos— las tres publicaciones de V. Briani, *La stampa italiana all'estero dalle origini ai nostri giorni*, Roma, 1977; *La legislazione emigratoria italiana nelle successive fasi*, Roma, 1978; *Il lavoro italiano oltremare*, Roma, 1985. Estas obras hay que integrarlas con A. Bartole (coord.), *Immagine culturale dell'Italia all'estero*, Ro-

ma, 1980; F. Foschi, *Sugli istituti italiani di cultura all'stero*, Florencia, 1980; G. Kojanec (coord.), *L'italiano nel mondo e la sua condizione giuridica. Norme comunitarie e convenzioni multilaterali*, vol. I, Padua, 1980; Ministero degli Affari Esteri, *Associazioni italiane nel mondo: 1980*, Roma, 1984; V. Lo Cascio (coord.), *L'italiano in America Latina*, Florencia, 1987; C. Cirvilleri, *Le istituzioni scolastiche educative e culturali all'stero*, Florencia, 1988; F. Schino, *Cultura nazionale, culture regionali, comunità italiane all'estero*, Roma, 1988; VV.AA., *L'insegnamento della lingua italiana all'estero*, Turín, 1992.

Sobre las innovaciones legislativas, véanse Conferenza Nazionale dell'Emigrazione, *L'emigrazione italiana nelle prospettive degli anni ottanta. Atti della Conferenza Nazionale dell'Emigrazione*, Roma, 1975, y las cuatro publicaciones realizadas, a veces en colaboración con otras publicaciones, por el Ministero degli Affari Esteri, *Atti del Convegno La riforma della normativa italiana in materia di scolarizzazione dei figli degli emigranti...*, Urbino, 1983, Roma, 1984; *Raccolta delle leggi usuali sull'emigrazione e le comunità italiane all'estero*, Roma, 1988, *Racolta delle leggi regionali sull'emigrazione*, Roma, 1988; *Atti della II Conferenza Nazionale dell'Emigrazione*, Roma, 1988, Milán, 1991, 4 vols.

Las Américas

No existe una obra capaz de abarcar conjuntamente a todo el Nuevo Mundo. Para las condiciones del viaje: A. Molinari, *Le navi di Lazzaro. Aspetti sanitari dell'emigrazione transoceanica italiana: il viaggio per mare*, Milán, 1988. Específica sobre los tres países americanos más importantes para Italia es la obra colectiva de la Fondazione Giovanni Agnelli, *Euroamericani*, Turín, 1987: cada uno de los tres volúmenes editados presenta los más diversos aspectos —también políticos, culturales, etc.— de la presencia nacional en Estados Unidos, Argentina y Brasil, respectivamente.

Estados Unidos

Además de las obras ya citadas, existen algunos panoramas que intentan ser completos, histórica y geográficamente que se presentan en las siguientes obras: E. Amfitheatrof, *The children of Columbus: an informal history of the Italians in the New World*, Boston, 1973, traducción italiana: Milán, 1975; A. M. Martellone (coord.), *La «questione» dell'immigrazione negli Stati Uniti*, Bolonia, 1980; J. A. Crispino, *The Assimilation of ethnic groups. The Italian case*, Nueva York, 1980; R. U. Pane (coord.), *Italian Americans in the professions*, Nueva York, 1983; L. F. Tomasi (coord.), *Italian Americans. New*

Perspectives in Italian immigration and etnicity, Nueva York, 1985; R. D. Alba, *Italian Americans into the twilight of etnicity*, Englewood Cliffs, 1985; Ministero degli Affari Esteri, *Le società in transizione: italiani e italoamericani negli anni ottanta. Atti del convegno,* Filadelfia, 1985, Roma, sin fecha; G. Battistella (coord.), *Italian Americans in the '80s. A sociodemographic profile*, Nueva York, 1989.

Aspectos particulares, al contrario, se examinan en: S. M. Tomasi (coord.), *The religious experience of Italian Americans*, Nueva York, 1975; E. Fenton, *Immigrants and unions. A case study. Italians and American labor, 1870-1920*, Nueva York, 1975; R. H. Bayor, *Neighbors in conflict. The Irish, Germans, Jews and Italians of New York City, 1929-1941*, Baltimore, 1978; B. Boyd Caroli-R. F. Harney-L. F. Tomasi (coord.), *The Italian immigrant Woman in North America*, Toronto, 1978; Center for Migration Studies, *Images. A pictorical history of Italian Americans*, Nueva York-Turín, 1981; P. Russo, *Catalogo collettivo della stampa periodica italo-americana (1836-1980),* Roma, 1983; R. A. Orsi, *The Madonna of 115th Street. Faith and community in Italian Harlem, 1880-1950*, New Haven, 1985; F. Russel, *Sacco and Vanzetti. The case resolved*, Nueva York, 1986.

Canadá

Buenos estudios de conjunto y puestos al día son los de C. I. Jansen, *Italians in a Multicultural Canada*, Lewinston-Queenston, 1988; R. Perin-F. Sturino (coord.), *Arriangiarsi. The Italian immigrant experience in Canada*, Montreal, 1988. Más detalles sobre temas específicos se encuentran en el número de la revista *Studi Emigrazione*, 77, 1985, dedicado a «Gli emigrati italiani in Canada nel primo Novecento», y las monografías de B. Ramírez, *Les premiers italiens de Montréal. L'origine de la Petite Italie du Québec*, Montreal, 1984; R. F. Harney (coord.), *Gathering place. Peoples and neighbourhoods of Toronto, 1834-1945*, Toronto, 1985; J. E. Zucchi, *Italians in Toronto. Development of a national identity 1875-1935*, Kingston y Montreal, 1988; B. Ramírez, *On the move. French-Canadians and the Italian migrants in the North Atlantic economy (1860-1914)*, Markham, 1991.

América Latina en general

Además de las obras generales antes citadas, a la emigración italiana en el área latinoamericana está dedicado el número monográfico de la revista *Il Veltro*, 34, núm. 3-4, 1990; para colocar el fenómeno nacional dentro de

un marco más general, un óptimo texto de comparación es M. Mörner, Adventures and Proletarians. The story of migrants in Latin America, Pittsburgh, 1980, traducción española, 1992. Por el contrario, resulta muy difícil dar aquí, por razones de espacio, un panorama suficiente de la procedencia regional de los emigrantes: sólo recordamos los casos de E. Franzina, *Merica! Merica! Emigrazione e colonizzazione nelle lettere dei contadini veneti in America Latina, 1876-1902*, Milán, 1979, y G. Meo Zilio, *Presenza, cultura, lingua e tradizioni dei veneti nel mondo. Parte I: America Latina. Prime inchieste e documenti*, Venecia, 1987.

MÉXICO

Texto necesario de referencia es el de J. B. Zilli Manica, *Italianos en México. Documentos para la historia de los colonos italianos en México*, Jalapa, 1981. Otras monografías: M. Sartor-F. Ursini, *Cent'anni di emigrazione. Una comunità veneta sugli altipiani del Messico,* Crocetta del Montello, Treviso, 1983; J. B. Zilli Manica, *Braceros italianos para México. La historia olvidada de la huelga de 1900*, Jalapa, 1986.

COSTA RICA

T. Franceschi, *Lingua e cultura di una comunità italiana in Costa Rica*, Florencia, 1970; H. G. Weizmann, *Emigranti alla conquista della foresta. Una colonizzazione promossa da italiani in Costa Rica: San Vito de Java*, Milán, 1985.

VENEZUELA

N. Messina, «Aspetti e problemi dell'emigrazione italiana in Venezuela e in Messico (1876-1879)», *Studi Emigrazione*, 45, 1977, 105-122; G. di Caporiacco-A. di Caporiacco, *1877-1880. Coloni friulani in Argentina, Brasile, Venezuela, Stati Uniti*, Reana del Roiale, Udine, 1978; M. Vannini de Gerulewicz, *Italia y los italianos en la historia y en la cultura de Venezuela*, Caracas, 1980, 1.ª ed., 1966.

PERÚ

Omaggio ad Antonio Raimondi in occasione del primo centenario della pubblicazione di «El Perú», 1874-1974, Roma, 1974; J. E. Worral, «Growth and

assimilation of the Italian Colony in Peru: 1860-1914», *Studi Emigrazione*, 41, 1976, 41-60; B. Bellone, *Presencia italiana en el Perú*, Lima, 1984.

BRASIL

VV.AA., *Centenário da imigraçâo Italiana. Centenario della immigrazione italiana. 1875-1975*, Río Grande do Sul-Brasil, Porto Alegre, sin fecha; R. de Felice (coord.), *L'emigrazione italiana in Brasile. 1800-1978*, Turín, 1980; C. Vangelista, *Le braccia per la fazenda. Immigrati e «caipiras» nella formazione del mercato del lavoro paulista (1830-1930)*, Milán, 1982; A. T. Battistel-R. Costa, *Vida, história, cantos, comidas e estórias. Assim vivem os Italianos*, vol. I, Porto Alegre, 1982; R. Costa-A. I. Battistel, *Religiâo, música, trabalho e lazer. Assim vivem os Italianos*, vol. 2, Porto Alegre, 1983; A. Trento, *Là dov'è la raccolta del caffè. L'emigrazione italiana in Brasile, 1897-1940*, Padua, 1984; G. Rosoli, *Emigrazioni europee e popolo brasiliano. Atti del Congresso Euro-Brasiliano sulle migrazioni*, São Paulo, 1985, Roma, 1987; F. Martinelli, *San Paolo: gli Italiani. Integrazione sociale e diffusione culturale*, Roma, 1988; R. Costa-L. A. Boni (coord.), *La presenza italiana nella storia e nella cultura del Brasile*, Turín, 1991.

URUGUAY

S. Rodríguez-G. Sapriza, *La emigración europea en el Uruguay. Los italianos*, Montevideo, 1972; G. Marocco, *Sull'altra sponda del Plata. Gli italiani in Uruguay*, Milán, 1986.

ARGENTINA

Pioneros han sido los estudios de E. Zuccarini, *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910. Studi, leggende e ricerche*, Buenos Aires, 1910; N. Cuneo, *Storia dell'emigrazione italiana in Argentina*, Milán, 1940; J. Sergi, *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, 1940. Más recientes, y aptos para profundizar el tema en sus nuevos aspectos, son: F. Devoto-G. Rosoli (coord.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, 1985, y F. Devoto-G. Rosoli (coord.), *L'Italia nella società argentina. Contributi sull'emigrazione italiana in Argentina*, Roma, 1988. Véanse también D. Petriella, *Los italianos en la historia de la cultura argentina*, Buenos Aires, 1973; D. Petriella-S. Miatello Sara, *Diccionario biográfico italo-argentino*, Buenos Aires, 1976; E. Scarzanella, *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e*

missionari italiani in Argentina, 1850-1912, Venecia, 1983; el número monográfico sobre el tema argentino de la revista *Affari Sociali Internazionali*, 15, núm. 2, 1987; V. Blengino, *Oltre l'Oceano. Un progetto di identità: gli immigrati italiani in Argentina (1837-1930)*, Roma, 1987; M. C. Giuliani Balestrino, *L'Argentina degli italiani*, Roma, 1989, 2 vols.; F. Devoto, *Estudio sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Nápoles, 1991.

CHILE

J. Contreras Batarce-G. Venturelli Abad, *Nueva Italia. Un ensayo de colonización italiana en la Araucania, 1903-1906*, Temuco, 1988; V. Maino, *Características de la inmigración italiana en Chile: 1880-1987*, Santiago de Chile, 1988.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de marzo de 1994.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
PORTUGAL Y EL MUNDO

La ciencia náutica portuguesa.

Portugal en el Brasil.

Portugal en el África negra atlántica.

Portugal entre dos mares.

Portugal y Oriente:

– El proyecto indiano del Rey Juan hasta la llegada de los holandeses al Índico (1481-1596).

– Decadencia, refundación y supervisión del Asia portuguesa.

– Viajeros y aventureros portugueses en Asia.

Portugal en las islas del Altántico.

COLECCIÓN
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Linajes hispanoamericanos.

El abate Viscardo (jesuitas e independencia) en Hispanoamérica.

La agricultura y la cuestión agraria en el encuentro de dos mundos.

Sevilla, Cádiz y América. El trasiego y el tráfico.

Acciones de Cultura Hispánica en América.

La Junta para la Ampliación de Estudios y América (1912-1936).

La cristianización de América.

Influencias artísticas entre España y América.

Influencia del Derecho español en América.

Revolución Francesa y revoluciones hispánicas.

Historia del Derecho indiano.

Exiliados americanos en España.

Andalucía en torno a 1492. Estructuras. Valores. Sucesos.

Exilio republicano.

Fiestas, diversiones y juegos en la América hispánica.

El dinero americano y la política del Imperio.

Relaciones científicas entre España y América.

El pensamiento liberal español en el siglo XIX sobre la descolonización de Iberoamérica.

Introducción a los derechos del hombre en Hispanoamérica.

Relaciones diplomáticas entre España y América.

La idea de justicia en la conquista de América.

Exiliados españoles en América: liberales, carlistas y republicanos.

Cargadores a Indias.

El teatro descubre América: fiestas y teatro en la Casa de Austria (1500-1700).

COLECCIÓN
«RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA»

Lírica hispanoamericana.
El [illegible] (desde la Independencia) en Hispanoamérica.
La agricultura y la cuestión agraria en el encuentro de dos mundos.
Sevilla, Cádiz y América. El trasiego y el tráfico.
Acciones de Cultura Hispánica en América.
La Junta para la Ampliación de Estudios y América (1912-1936).
La [illegible] de América.
Influencias artísticas entre España y América.
Influencia del Derecho español en América.
Revolución Francesa y revoluciones hispánicas.
Historia del Derecho indiano.
Exiliados americanos en España.
Andalucía en torno a 1492. Estructuras. Valores. Sucesos.
Exilio republicano.
Fiestas, diversiones y juegos en la América hispánica.
El [illegible] y la política del [illegible].
Relaciones científicas entre España y América.
El pensamiento liberal español en el siglo XIX sobre la descolonización de Iberoamérica.
Introducción a los derechos del hombre en Hispanoamérica.
Relaciones diplomáticas entre España y América.
Causas de justicia en la conquista de América.
Cabildos españoles en América: liberales, realistas y republicanos.
Conquistas e Indias.
El comercio colonial americano [illegible] y [illegible] en la Casa de Austria (1500-1700).

El libro *Italia y América,* de Aldo Albònico y Gianfausto Rosoli, forma parte de la Colección «Europa y América», en la que se analiza la contribución de las naciones europeas no ibéricas a la formación de la América actual, desde una perspectiva global que incluye aspectos culturales, políticos, económicos y sociales.

COLECCIÓN EUROPA Y AMÉRICA

- El Reino Unido y América: la época colonial.
- Francia y América.
- Rusia y América.
- El Reino Unido y América: inversiones e influencia económica.
- El Reino Unido y América: emigración británica.
- El Reino Unido y América: influencia religiosa.
- Holanda y América.
- Italia y América.

En preparación:

- El Reino Unido y América: influencia política y legal.
- Alemania y América.
- Países Bajos y América.
- Escandinavia y América.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 006189